SANTIAGO MONTERO

DICCIONARIO DE ADIVINOS, MAGOS Y ASTRÓLOGOS DE LA ANTIGÜEDAD

EDITORIAL TROTTA

Diccionario de adivinos, magos y astrólogos de la Antigüedad

Diccionario de adivinos, magos y astrólogos de la Antigüedad

Santiago Montero

E D I T O R I A L T R O T T A

Esta obra ha sido publicada con ayuda de la Dirección General del Libro,
Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Educación y Cultura

C O L E C C I Ó N P A R A D I G M A S
Biblioteca de Ciencias de las Religiones

© Editorial Trotta, S.A., 1997
Sagasta, 33. 28004 Madrid
Teléfono: 593 90 40
Fax: 593 91 11
E-mail: trotta@infornet.es
http://www.trotta.es

© Santiago Montero, 1997

Diseño
Joaquín Gallego

ISBN: 84-8164-161-8
Depósito Legal: VA-852/97

Impresión
Simancas Ediciones, S.A.
Pol. Ind. San Cristóbal
C/ Estaño, parcela 152
47012 Valladolid

CONTENIDO

Presentación 9

Introducción 13

Bibliografía 29

Adivinos, magos y astrólogos de la Antigüedad

(por orden alfabético) 41

PRESENTACIÓN

La extraordinaria importancia que las prácticas adivinatorias y mágicas de la Antigüedad tuvieron no sólo en la religión, sino también en la política, en el ejército o en la sociedad, contrasta sin embargo con los escasos nombres de adivinos, astrólogos y magos conservados por las fuentes.

Ya el Antiguo Testamento se refiere a innumerables «profetas», «videntes», «hombres de Dios» cuyos nombres, en la mayoría de los casos, desconocemos.

Del mundo clásico greco-romano, sobre todo antes de la era cristiana, ignoramos los nombres de muchos adivinos, profetas y «hombres divinos» como es el caso, por ejemplo, del «griego desconocido» (*graecus ignobilis*) que según Livio introdujo en Roma la celebración de las célebres Bacanales del 186 a.C.:

> La cosa comenzó con la llegada a Etruria de un griego desconocido que no poseía ninguna de las muchas artes que difundió entre nosotros el más culto de los pueblos para el cultivo de la mente y del cuerpo: una mezcla de practicante de ritos y adivino; y no era de los que imbuyen el error en las mentes con unas prácticas religiosas declaradas predicando abiertamente la doctrina de la que viven, sino un maestro de ritos ocultos y nocturnos (Liv., XXXIX, 8, 3-4).

Las fuentes antiguas, intelectuales y conservadoras, mantuvieron un «despreciable silencio», en expresión de Cracco Ruggini, hacia estos hombres y mujeres, cuyos nombres citaban sólo cuando sus pronósticos ponían en peligro los intereses del Estado de la aristocracia.

A finales del siglo II d.C., Clemente de Alejandría realiza una lista de los más célebres adivinos griegos. Muchos de ellos, como Aristón de Tesalia, Cleofonte de Corinto, Dionisio de Cartago, Nicias de Caristo, Polícratres de Tasos o Timóxeno de Corcira son, sin embargo, para nosotros sólo nombres.

Los magos son silenciados aun con más frecuencia, probablemente a causa de la clandestinidad de sus prácticas, perseguidas casi siempre por las autoridades políticas. Tampoco se conservan los nombres de las pitias que a lo largo de un milenio emitieron desde el santuario de Apolo en Delfos sus influyentes oráculos dirigidos a ciudades y particulares.

Este diccionario nace precisamente de la necesidad de preservar y tener reunidos bajo su forma biografiada aquellos nombres de los que aún sabemos algo. Existen numerosas monografías sobre los grandes santuarios oraculares (Delfos, Claros, Dídima, el Serapeion de Alejandría, Praeneste, etc.), pero ningún trabajo ha recogido hasta la fecha los nombres de los adivinos que ofrecían sus servicios itinerantemente. A ellos, también por primera vez, se incorporan los de los magos y astrólogos más influyentes de la Antigüedad.

Cronológicamente la obra comienza con la figura del profeta Balaam, a finales del segundo milenio a.C., y concluye con Albicerio, adivino de los primeros años del siglo V d.C. Otro de los objetivos del presente diccionario ha sido, precisamente, mostrar la sincronía de adivinos y magos greco-romanos y orientales, así como de sus respectivas técnicas.

Desde el punto de vista geográfico se ha pretendido abarcar todas las culturas del mundo antiguo. Es evidente que Grecia, con sus numerosos santuarios oraculares y sus adivinos y magos itinerantes, ejerció un indudable predominio en este ámbito; pero limitar nuestro diccionario a la cultura griega hubiera dado una visión *greco-céntrica* y parcial muy alejada de la realidad. De aquí la inclusión, por ejemplo, de profetas y videntes judíos, de hechiceras tesalias o africanas, de astrólogos babilonios o egipcios o de harúspices etruscos.

Hace unos años, el gran estudioso francés R. Bloch escribía:

> Como en todos los ámbitos de la investigación religiosa, el estudio de la adivinación exige acudir constantemente al método comparativo, pues si el papel y el lugar del adivino varía según el caso y si las técnicas de adivinación son numerosas, la vida adivinatoria, en cambio, tiene en todas partes las mismas tendencias, las mismas necesidades, y como la imaginación del hombre tiene sus límites hay muchas similitudes en las formas de interrogación y de respuesta observadas en los cuatro puntos del mundo (*La adivinación en la Antigüedad*, México, 1985, p. 9).

Estas palabras de uno de los mejores conocedores de la adivinación y los prodigios en la Antigüedad como era R. Bloch, justifican la publicación y el planteamiento del presente diccionario.

Entre los criterios de selección seguidos en esta obra figura, ante todo, el de incluir en ella a los adivinos, astrólogos y magos que ejercieron su arte de una forma que hoy llamaríamos «profesional»; por esa

razón he optado por dejar fuera aquellos personajes históricos —reyes, políticos, militares, etc.— que sólo de forma ocasional o en calidad de simples aficionados actuaron como tales.

Por el contrario, se presta atención a aquellos teóricos que escribieron libros o tratados sobre adivinación, magia y astrología. Son, por lo general, adivinos y astrólogos que no ejercieron públicamente su arte pero que, a su manera, es decir, sistematizando o profundizando en sus respectivas doctrinas, contribuyeron a difundirlas.

Todos los personajes reunidos son históricos (o supuestamente históricos); quedan fuera —aunque nunca del todo— los adivinos, magos y astrólogos de la literatura. Se ha hecho, no obstante, una excepción: incluir los adivinos griegos de los ciclos tebano y troyano. Todos ellos están más próximos a los hombres que a los dioses y la similitud de sus técnicas adivinatorias con las practicadas por los profesionales históricos así lo aconsejaba. El lector podrá reconocerlos fácilmente por la ausencia de indicación cronológica en la entrada de la voz.

Por la misma razón han sido excluidos los dioses, héroes o ninfas que sobresalieron por sus dotes adivinatorias o sus conocimientos mágicos, dado que hoy día existen en lengua española diccionarios muy completos que cubren estas voces. Será oportuno recordar a este respecto el magnífico estudio introductorio de C. García Gual, *Introducción a la mitología griega* (Madrid, 1992) y los repertorios de P. Grimal, *Diccionario de la mitología griega y romana* (Barcelona, 1965) y A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica* (Madrid, 1982).

Cada entrada consta del nombre en castellano seguido del nombre originario (hebreo, griego o latín). Para la transcripción de los nombres griegos se han seguido los criterios de M. Fernández Galiano, *La transcripción castellana de los nombres propios griegos* (Madrid, 1969).

Junto al aspecto biográfico, cada voz recoge —cuando las fuentes nos lo permiten— la palabra profética, el pronóstico astrológico o el conjuro mágico, que aparecerá en cursiva. Por último, no he renunciado ni a la cita de las fuentes antiguas ni (cuando es posible) a una corta referencia bibliográfica (que complementa el elenco bibliográfico de carácter general que se incorpora al comienzo); tal información permitirá en muchos casos profundizar en el conocimiento sobre determinado personaje. Las siglas de las revistas se corresponden con las recogidas en *L'Année Philologique* y en J. L. Areaz, J. J. Caerols y A. López, *Clavis Periodicum*, Madrid, 1995.

También he creído conveniente introducir al lector —mediante una somera visión de carácter general— en la evolución de la adivinación, la magia y la astrología a lo largo del mundo antiguo, así como en las diferentes formas que de ellas se practicaron.

En cualquier caso el objetivo principal de este diccionario es mostrar, a través del conocimiento de las biografías de estos personajes históricos de la Antigüedad, lo alejado que nuestro concepto del antiguo adivino, astrólogo o mago suele estar de la realidad. Lejos del tópico de un charlatán o falsificador, que sin duda también existieron, encontraremos a figuras que, al tiempo que practicaban sus técnicas, participaban en la política o eran destacados militares, filósofos, literatos o deportistas. Sea como fuera, con sus predicciones, con sus previsiones astrológicas o con sus conjuros cambiaron en no pocas ocasiones el curso de la Historia.

Introducción

ADIVINOS, MAGOS Y ASTRÓLOGOS DE LA ANTIGÜEDAD

1. LOS ADIVINOS

En todas las épocas y en todas las culturas del mundo antiguo, el hombre ha sentido la necesidad de averiguar el futuro y en ocasiones también el pasado y el presente que le era desconocido y al que por vías racionales no podía acceder. Se dice por ello en la *Ilíada* del famoso adivino Calcante, que sabía «las cosas presentes, las futuras y las pasadas» (I, 70).

Las religiones oficiales e incluso los cultos mistéricos se preocuparon por satisfacer esta necesidad de los fieles; pensemos, por ejemplo, en el trance profético de la Pitia en el santuario apolíneo de Delfos. Sin embargo, al margen de ellas, proliferaron adivinos, magos y astrólogos que —sobre todo en épocas de crisis— fueron consultados también a título individual.

Pero reducir la adivinación a la práctica de profetizar los acontecimientos futuros o de descubrir lo oculto y oscuro por medios sobrenaturales o agentes mágicos, no sería justo. En un sentido más amplio, la adivinación debe entenderse como la comunicación con el orden sagrado, con la divinidad, con las fuerzas naturales que se supone intervienen en la vida del hombre y de la comunidad. Como dice A. Neher en referencia a los profetas bíblicos, «la profecía responde a la nostalgia de un conocimiento; pero no del conocimiento del mañana, sino del conocimiento de Dios».

Entre los griegos la adivinación —considerada una técnica (*téchne*) o un arte— se llamaba *mantiké*. Platón (*Fedro,* 244C) hacía derivar este término del verbo *máinesthai*, «estar furioso», «loco», sin duda en referencia a la exaltación profética, la más extendida —pero no la única— de las técnicas adivinatorias; *mántis*, por tanto, designa al adivino. Los

romanos usaron el término *divinatio*, relacionado con *divus* y *divinus*, para designar la adivinación, y el de *divinus* (pero también *vates*) para referirse al adivino.

Los términos utilizados, pues, por griegos y romanos para designar la adivinación tienen diferentes sentidos: los primeros, dándole una interpretación más restringida, se fijan en la finalidad práctica del hecho, mientras los segundos hacen referencia con el vocablo a su aspecto más general y sobresaliente. Cicerón así lo observó:

> En esto, como en otras muchas cosas, nosotros hemos actuado mejor que los griegos, ya que hemos dado a esta facultad superior un nombre sacado de la divinidad, mientras que los griegos, según la interpretación de Platón, lo hacen derivar de «locura» (*furor*) (*De div.*, I, 1, 1).

Las formas de adivinación practicadas por los pueblos antiguos fueron extraordinariamente numerosas y variadas, lo que explica que pronto surgiese la necesidad de clasificarlas. La división más común, que se encuentra ya en Platón (*Fedro,* 244c) y será seguida más tarde por los filósofos estoicos (Cicerón, por ejemplo, la desarrolla en su *De divinatione*, I, 72; I, 109-110; II, 26-27) es aquella que reconoce una adivinación «intuitiva» o «natural» (*mantiké átechnos, divinatio naturalis*) y una adivinación «inductiva» o «artificial» (*mantiké techniké, divinatio artificiosa*).

En la adivinación intuitiva o natural los dioses se revelan directamente a los hombres valiéndose de la posesión de una persona. El adivino es directamente inspirado por la divinidad entrando así en un estado de éxtasis o trance. Pertenecen, pues, a ella el delirio profético, las prácticas oraculares y los sueños premonitorios.

La adivinación natural estuvo especialmente arraigada en el Oriente. Desde el tercer milenio encontramos en Babilonia al *baru* o «vidente», término que parece corresponderse con los hebreos *roeh* y *hozeh*; el término hebreo *nabî*, quizá de origen acadio, más genérico, suele designar al profeta y acabó por imponerse a los anteriores cuando el pueblo de Israel se instala en Canaán. Como el *prophétes* griego, el *nabî* es un anunciador, es la boca de Yahveh porque anuncia su palabra. No obstante, en los primeros tiempos de la historia de Israel los que transmitían oráculos de Yahveh eran llamados «videntes» y anunciaban extáticamente las alabanzas de Dios. Hombres de Dios como Amós, Isaías, Miqueas o Jeremías nunca se designaron a sí mismos *nabî*, término que aparece en profetas como Oseas o Ezequiel.

Las formas de la revelación profética se producían por medio de sueños o de visiones, muy ligados —como en el caso de Jeremías— a los éxtasis. Por lo general los libros proféticos no fueron escritos por los

profetas mismos, pero éstos sí dictaron oralmente oráculos aislados que fueron fijados por escrito y coleccionados por sus discípulos, a los que luego se añadieron noticias biográficas hasta configurar los actuales libros proféticos.

Por otra parte, el texto bíblico da el nombre de «falsos profetas» a hombres que se hacían pasar por profetas pero que, en realidad, no lo eran: hablaban en nombre de Yahveh, sin haber sido enviados por él. Los verdaderos profetas les acusaban de mentir, profetizar por dinero o confundir al pueblo. De igual forma, son los profetas los suscitados por Yahveh para que hablen en su nombre y no los magos y adivinos:

> Cuando hayas entrado en el país que Yahveh, tu Dios, te otorga, no aprenderás a imitar las abominaciones de aquellas naciones. No ha de hallarse en ti quien haga pasar a su hijo o su hija por el fuego, quien practique la adivinación, agorero por las nubes, adivino, mago, quien obre encantamientos, consultor de espectros u oráculos o evocador de muertos; pues constituye una abominación para Yahveh el hombre que hace tales cosas, y por causa de estas abominaciones, Yahveh, tu Dios, arroja a estas naciones delante de ti. Has de ser perfecto con relación a Yahveh, tu Dios. Pues esas naciones que tú vas a expulsar escuchan a agoreros y adivinos, mientras que a ti no te consiente cosa parecida Yahveh, tu Dios (Dt 18, 9-14).

También la adivinación natural o inspirada se desarrolló mucho desde antiguo en Siria. Por los archivos de Mari, ciudad del Éufrates medio, se conoce la existencia del *mahhu,* verdadero enviado de la divinidad que surge inesperadamente como portador de un mensaje revelado. Aún en época tardía grandes personajes históricos como Alejandro Magno o Mario recibieron oráculos de profetisas de esta nacionalidad.

En el mundo griego fue generalmente una mujer (sacerdotisa o no) la escogida como médium para revelar el futuro. Cualquier dios podía, en principio, adueñarse de ella para hablar por boca suya pero fue Apolo el que con más frecuencia recurrió a este tipo de adivinación. La posesión del dios fue considerada como un acceso de «locura» (*manía* en griego, *furor* en latín), comparada muchas veces con los ataques epilépticos o la inspiración poética. En la mitología griega, Casandra, invadida por Apolo, ilustra bien esta forma de revelación; en época histórica las pitias, sacerdotisas del templo de Apolo en Delfos, y las sibilas (en singular es citada por primera vez en el siglo VI a.C. por Heráclito de Éfeso), mujeres mortales pero de gran longevidad establecidas por lo general en una ciudad o cerca de ella, aparecen como prototipos de esta adivinación natural.

Existieron, no obstante, contrapartidas masculinas de las sibilas: los «báquides», quizá un término genérico para designar a los profetas extáticos itinerantes en época arcaica. En el siglo IV a.C. Platón mencio-

na a los *theomanteis* y *chresmódoí* como adivinos inspirados y Plutarco a los *engastrimythoi*.

Dentro de este mismo tipo de adivinación, figuraron los sueños. Muchos pueblos antiguos consideraron los sueños como revelaciones divinas de lo futuro, de verdades ocultas o, simplemente, como avisos de los dioses. En el mundo griego y, más tarde en el romano, se multiplicaron los templos en los que los particulares recibían instrucciones oníricas del dios (*incubatio*), generalmente para mostrarles el camino de la curación; los de Asclepio (Esculapio) y Serapis se especializaron en este método. Como los sueños que los dioses enviaban eran a menudo simbólicos y requerían una interpretación, tanto el personal de los *asklepieia* y de los *serapieia* como los intérpretes de sueños profesionales se prestaron a ello. Pero, al margen de los ritos de incubación, existían también intérpretes especializados, como Artemidoro de Daldis, que viajaban de forma itinerante explicando el sentido de los ensueños o las visiones nocturnas.

La adivinación artificial (a veces llamada también inductiva) es una *téchne* o un *ars*; el hombre no es —como en el caso anterior— invadido por la divinidad, no sufre ningún *raptus*, sino que recibe de ella un signo que le anuncia el futuro y que debe ser interpretado. Este *signum* (*seméion* en griego) suele ser de carácter excepcional, por lo que no es difícil reconocerlo pero ha de ser un intérprete, es decir, un *exeghetés* (gr.) o *interpres* (lat.) quien lo interprete. Éste es, por lo común, un hombre y no una mujer: si Casandra era el prototipo de la profetisa inspirada de la adivinación extática, su hermano Héleno destaca por sus cualidades para la adivinación artificial. Dicho intérprete debe reunir —en Grecia y en Roma— las características contrarias a la «locura» de las pitias y sibilas: es un *coniector* y por tanto debe observar continuamente la relación entre los signos y los acontecimientos para saberlos predecir. El Estado se cuidó de que recibieran la educación necesaria, siendo su *téchne* equiparada a otras que, como la agronomía, la medicina o la meteorología, también predicen para el hombre.

En Grecia surge pronto la figura del sacerdote adivino, el *mantis*, prototipo del hombre sabio. Se trata de auténticos profesionales sometidos primero a largos períodos de aprendizaje; unas veces transmiten su saber especializado a personas especialmente cualificadas; en otras ocasiones, el don de la interpretación se transmite dentro de una misma familia, de generación en generación, como es el caso, por ejemplo, de los Yámidas de Olimpia.

En los ciclos legendarios griegos aparece ya un buen número de adivinos que realizan esta función de intérprete. Los *manteis* más antiguos de la mitología griega participan en empresas colectivas como la

expedición de los Argonautas y las dos guerras de Tebas, ambas fechadas por los historiadores antiguos en el siglo XIII a.C. y, posteriormente, en la guerra de Troya u homérica (Calcante, Héleno), que se creía celebrada a finales del siglo XII. Sólo a partir de comienzos de la época arcaica vemos a los adivinos griegos al servicio de un gobernante.

Próximos a los *manteis*, los *chresmologoi* (o *chresmódoi*) ejercieron en las ciudades griegas una notable influencia; coleccionaban oráculos (generalmente versificados), atribuidos a algún adivino legendario como Museo o Bacis, que luego transmitían al pueblo; aún a comienzos de la guerra del Peloponeso (s. V a.C.), según sabemos por Tucídides (II, 8, 2), los cresmólogos seguían anunciando el futuro. M. P. Nilsson advirtió que el papel de los cresmólogos —como el de los *manteis*— no debe ser subestimado, ya que desempeñaron en tiempos de agitación política una extraordinaria influencia.

En el mundo greco-romano eran los animales y en particular las aves los que más frecuentemente proporcionaban esos signos indirectos. La ornitomancia descansaba en la atenta observación del tipo de ave, del vuelo o del graznido, siendo fuente de presagios importante entre los pueblos indoeuropeos. Dicha «ciencia» la practicaron los griegos desde muy temprano; Calcante es llamado por Homero «el mejor de los *oionopóloi*» (de los intérpretes de pájaros); pero fueron sobre todo los pueblos itálicos como los etruscos, umbros, marsos y latinos los que más desarrollaron este arte. En Roma un colegio sacerdotal especializado, el de los augures, fue el encargado de observar el vuelo de las aves (*auspicium*) y revelar a los magistrados su significado.

Pero los dioses podían transmitir también sus signos valiéndose de animales terrestres. La hepatoscopia o inspección del hígado de la víctima sacrificada (corderos y terneros) era una técnica usada entre los babilonios y los hititas; los israelitas posiblemente la conocieron también, pero no la practicaron. Recientemente ha sido hallado un hígado votivo de bronce en el templo micénico II de Kition (Chipre), datado en el siglo XII a.C. Pero aún anteriores son los hígados rituales encontrados en la acrópolis de Ras Shamra, junto con textos mitológicos hurritas y vasos micénicos del fines del siglo XIV y comienzos del XIII.

La hepatoscopia griega (también *hieroscopia* o *extispicina*), desconocida aún a comienzos de la época arcaica, debió de llegar de Etruria. Aquí existía un sacerdocio, el de los harúspices, especializado en esta técnica adivinatoria así como en la interpretación de los rayos y los prodigios. Tales signos eran considerados como expresión directa de la voluntad de los dioses, manifestaciones de la voluntad o de la cólera divina ante el comportamiento de los hombres. Estos sacerdotes creían en un principio de correspondencia entre el mundo terrestres y el mun-

do celeste, en base al cual el hígado de los animales era imaginado como reflejo de la división de la bóveda celeste.

Roma requirió la presencia y la colaboración de los harúspices etruscos a comienzos del siglo II a.C., lo que constituyó un caso único; pocas sociedades antiguas permitieron que un sacerdocio de nacionalidad extranjera —etrusca en este caso— participara en la religión y en los asuntos políticos nacionales. Es cierto que no faltaron en Roma actitudes de desconfianza hacia los harúspices y, así, Tiberio Graco se refiere a ellos como *Tusci ac barbari*; pero dichas actitudes fueron minoritarias, ya que los harúspices llegaron a contar incluso con el apoyo del Senado romano. En el año 186 a.C. el cónsul Postumio equipara, por primera vez, la ciencia de estos adivinos con los decretos de los pontífices y los *senatusconsulta*. Pocos años después, el Senado dictaba un decreto por el que protegía los estudios de esta ciencia adivinatoria, creando un *Ordo LX haruspicum*, órgano supremo de los harúspices con sede en la ciudad etrusca de Tarquinia.

La colaboración del Senado con los harúspices etruscos, pertenecientes por lo general a las oligarquías locales, se explica por la indudable atracción que los romanos sintieron por sus técnicas adivinatorias y, en particular, por sus libros sagrados (conocidos como la *Disciplina Etrusca*) donde se recogían las revelaciones de los dioses a Tages y Vegoia.

En Roma la adivinación artificial es una de las características de la religión. Los cargos sacerdotales romanos relacionados con la *divinatio* —augures y decénviros— eran compatibles con el ejercicio de las magistraturas, aunque a diferencia de éstas podían desempeñarlos de por vida. Además, su objetivo no era revelar el futuro (para lo que ya contaban con los harúspices etruscos), sino reconocer los signos que advertían la ruptura de la *pax deorum*, es decir, de las relaciones entre los dioses y la comunidad. En el caso de que los dioses se indispusieran contra la ciudad a causa de alguna falta, los hombres debían realizar las expiaciones rituales indicadas por decénviros y harúspices para restablecer cuanto antes la normalidad.

Otra forma más de adivinación artificial fue la cleronomancia o adivinación por medio de las suertes, practicada sobre todo en Grecia. Las suertes (lat. *sortes*) eran, generalmente, pequeñas tablillas de madera sobre las que estaban inscritas palabras o letras que, al unirse, formaban frases; otras veces eran dados, habas o huesecillos. Solían ser extraídas por un niño o arrojadas fuera desde un recipiente; naturalmente no se consideraban sólo cuestión de azar, sino también manifestación de la voluntad misma de los dioses. En Roma algunos santuarios, como el de Fortuna de Praeneste, estaban especializados en este tipo de adivinación.

Dentro igualmente de esta categoría existían diferentes variedades en función del instrumento que se utilizaba, como las flechas (belomancia), las varitas (rabdomancia) o los dados (pseformancia). Otros métodos como la hidromancia (adivinación por el agua) o la cataptromancia (adivinación mediante espejos), basadas en las virtudes de los objetos resplandecientes, estuvieron más ligados a los santuarios (como el de Deméter en Patras) que a los adivinos, siendo también menos populares.

2. LOS MAGOS

La magia —como la haruspicina o la astrología— descansa sobre unos principios básicos. Considerada como «hermana bastarda de la ciencia» (Frazer), se basa, como ésta, en la observación (aunque sea superficial y rudimentaria) y en el principio de que existe un orden o unas leyes en la naturaleza que permiten que las cosas, las palabras y las personas estén íntimamente relacionadas entre sí.

Es característica de la magia la idea de que el mago o la hechicera obran por virtud de sus propios medios y poder, independientemente del dominio divino o de la ley moral. Para ello, el mago puede actuar bien mediante la «homeopatía» o «magia simpática» (si se quema una imagen de cera, el enemigo arderá de fiebre; si se golpea un escudo, se provocará el trueno), bien mediante el «contagio» (se tendrá poder sobre una persona si se dispone de algo que pertenece a ella, a veces incluso simplemente conociendo su nombre).

La magia fue utilizada con fines diversos: protegerse de enemigos y peligros (magia apotropaica), curar enfermedades y aliviar dolores (magia terapéutica), suscitar el amor de un hombre o una mujer (magia erótica) o adivinar el futuro (magia adivinatoria). No obstante, los papiros mágicos combinan en ocasiones algunas de estas funciones.

La extraordinaria variedad de amuletos o de tablillas de execración (*tabellae defixionum*) bastan para darnos una idea de la diversidad y de las finalidades de la magia; las *tabellae* (tablillas cuyo objetivo era someter a una persona o anular su voluntad mediante una inscripción en la que se invocaba el poder de las fuerzas infernales) fueron clasificadas por A. Audollent en: judiciales (empleadas en los juicios), agonísticas (en competiciones deportivas), eróticas (para actuar sobre la persona amada), execratorias (contra calumniadores o ladrones) y comerciales (para favorecer transacciones).

La magia fue, en el mundo antiguo, un fenómeno prácticamente universal, si bien las fuentes clásicas señalaron a algunos pueblos o tribus por sobresalir en el dominio de técnicas mágicas de características

propias; así, los babilonios, los persas, los egipcios, los hebreos, los galos, los marsos, los psilos o los tesalios.

La arqueología ha puesto al descubierto textos mágicos (sobre tablillas de arcilla) pertenecientes a la biblioteca del rey Asurbanipal en Nínive y en las ruinas de Assur. Se trata de documentos que datan de los siglos VIII-VII a.C. pero seguramente inspirados en textos sumerios o acadios de comienzos del segundo milenio. No sorprende, pues, que los historiadores griegos hiciesen a los babilonios maestros de los grandes magos iranios, como Zaratustra, Ostanes o Histaspes.

Precisamente la palabra «mago» viene, a través del griego (*mágos*), del persa (*magu*). Designaba, en origen, una tribu meda (Herod., I, 101) que constituía —según los antiguos— una casta sacerdotal al tiempo que una clase social, al estilo, pues, de los brahmanes entre los indios. Sus deberes religiosos eran muy variados (sacrificios y libaciones, ritos funerarios, himnos rituales) y llevaban a cabo prácticas más de tipo adivinatorio (como la interpretación de sueños) que propiamente mágico. Muchos de estos *magoi* persas se vieron envueltos en las luchas dinásticas que concluyeron con la toma del poder por Ciro y Darío.

Tampoco faltaron leyendas sobre los contactos de los magos iranios con Egipto, donde la magia está documentada ya en los Textos de las Pirámides del Imperio Antiguo; el clero egipcio hacía uso de ella sobre todo para asegurar la felicidad del faraón en el Más Allá. El Antiguo Testamento es rico en alusiones a los magos egipcios que, al servicio del faraón, llegan incluso a competir con el propio Yahveh.

Sin embargo, los magos egipcios no parecen haber existido como tales. En Egipto, los sacerdotes desempeñaban un papel fundamental en el mantenimiento del orden social y del orden cósmico, tan estrechamente ligados; como intermediarios entre los dioses y los hombres, gozaban de un enorme prestigio. Pero, en particular, su poder les vino tanto de su condición de depositarios de las tradiciones nacionales como de su gran sabiduría. Desde la Baja Época, el sacerdote es un representante culto y letrado, cuyo saber es de carácter universal (astrología, farmacopea, filosofía, etc.), célebre, sobre todo, por su capacidad para transmtir la voluntad de los dioses mediante la interpretación de signos y oráculos y para intervenir en el ámbito de la magia. Este tipo de conocimiento, que en realidad constituía sólo una parte de las ciencias sacerdotales, proporcionó a los sacerdotes un poder ilimitado sobre los seres —vivos y muertos—, los dioses o las fuerzas del Universo. Recurrían con frecuencia a fórmulas mágicas antiguas (cantos, exorcismos) recogidas en papiros celosamente custodiados en los sótanos del templo (*ádyta hypogaia*). Dichos textos escritos se caracterizaban por su hermetismo; eran difícilmente comprensibles para quien no fuese sacerdo-

te o escriba. No puede sorprendernos, por tanto, que durante la época helenística y romana el mago egipcio estuviera identificado con el «sacerdote lector» (el *hierogrammateus,* o «escriba sagrado», en griego).

Adquirir todos estos conocimientos (religiosos, filosóficos, científicos) exigía no sólo una iniciación, sino también un largo aprendizaje (incluido el de la escritura jeroglífica), pues constituía una *ars* o *téchne*, una *scientia* o *sophía*, generalmente consignada en libros. Era pues necesario iniciarse en ella pero también estudiarla, aprenderla. La arqueología ha puesto al descubierto cámaras y galerías secretas en el Serapeion de Alejandría o en los templos de Dendera y Edfú, donde transcurría el largo aprendizaje de los sacerdotes egipcios.

En todas las culturas del mundo antiguo los hombres y mujeres que se entregaban a las prácticas mágicas —y, en general, todo especialista religioso— solían pasar una iniciación ritual; pero también debían reunir unas facultades especiales que a veces reclamaban de los dioses como nos recuerda Platón, en su *República*:

> ... por su parte los adivinos y sacerdotes itinerantes (*agyrtai kai manteis*) van llamando a la puerta de los ricos y les convencen de que han recibido de los dioses poder para borrar, por medio de sacrificios o conjuros [...] cualquier falta que haya cometido alguno de ellos o de sus antepasados; y si alguien desea perjudicar a un enemigo, por poco dinero lo harán, sea justo o injusto, valiéndose de encantos o de ligámenes, ya que, según aseguran, tienen a los dioses convencidos para que los ayuden (364 b-c).

La magia fue uno de los elementos más decisivos para la penetración de los cultos egipcios en Occidente, dado que las ideas o especulaciones teológicas apenas jugaron papel alguno. Los ritos y fórmulas mágicas de los magos egipcios o persas cautivaron al pueblo romano.

En Roma nunca llegó a desarrollarse una magia de características propias; ésta se practicaba, sobre todo, en el campo (para atraer o rechazar las lluvias, para hacer pasar las cosechas de un campo a otro) y estaba particularmente vinculada a la medicina. Roma toma tardíamente (a mediados del siglo I a.C.) el término *magus* del griego. La magia griega y especialmente la amorosa fascinó a los latinos, como refleja la literatura desde Levio a Virgilio. Por lo general la figura del mago se asocia con extranjeros, sobre todo griegos, tesalios y, más tarde, egipcios.

Las autoridades romanas se resistieron inicialmente a ellos dictando orden de expulsión en tres ocasiones: en el 33 a.C. (junto a los astrólogos), en el 28 a.C. y en el 8 a.C. Muchos de los juicios *de maiestas* celebrados durante la dinastía Julio-Claudia tuvieron como causa las consultas de los particulares a los magos sobre el futuro del emperador o de los miembros de la familia imperial. Pero con el paso del tiempo fueron tolerados cada vez más e incluso atraídos a la corte. Durante el

Imperio conocemos nombres de magos célebres, sobre todo de origen egipcio, al servicio del Estado o del emperador como Queremón, preceptor del emperador Nerón, o Arnufis, colaborador de Marco Aurelio. Pertenecen a una *élite* de profesionales admirada por sus conocimientos religiosos, filosóficos y científicos.

Prueba de la libertad de actuación de la magia y también de la notable actividad de los magos egipcios es, sin duda, la circulación en el Egipto greco-romano de un gran número de papiros griegos mágicos, en su mayor parte datados en los siglos III y IV d.C. El contenido de estos papiros, recopilados y traducidos por primera vez por K. Preisedanz, es muy variado: unos pertenecen a la magia protectora y apotropaica, otros a la magia maléfica, otros a la magia amorosa y un nutrido grupo de ellos a la magia adivinatoria.

Nuestra información de la magia greco-romana procede de las inscripciones sobre plomo (las *tabellae defixionum* o tablillas de execración), los papiros, y la documentación literaria. Desgraciadamente los libros de magia que circulaban clandestina o subrepticiamente se han perdido. Las razones son obvias: sabemos que un joven de la aristocracia romana, hijo del prefecto de la ciudad, Lampidio, fue condenado y decapitado en el siglo IV d.C. por haber copiado textos mágicos (Amm. Marc., XXVIII, 1, 26). Los emperadores cristianos ofrecían a los magos la posibilidad de escapar de las persecuciones quemando sus libros ante los obispos y adoptando la fe de la nueva religión oficial (*CTh* IX, 38, 3-8). El propio Crisóstomo (*Acta Apost. Hom.*, XXXVIII = *PG*, IX, 273) describe libros de magia flotando sobre las aguas del Orontes, arrojados por sus propietarios por temor a los fuertes castigos de la legislación imperial o por simple precaución.

Con el paso del tiempo, los antiguos llegaron a distinguir varios tipos de magia según su grado de evolución y desarrollo: además de la magia propiamente dicha, la goecia y la teúrgia. Aún a comienzos del siglo V d.C., Agustín de Hipona mantenía esta triple distinción:

> Y se realizaban por la fe sencilla y la piadosa confianza, no por los hechizos o vaticinios compuestos por el arte de impía curiosidad, que designan con el nombre de magia, o con el nombre más detestable de goecia, o con el menos deshonroso de teúrgia (*CD*, X, 9, 1).

La goecia (*goetia*), que podríamos identificar con la «hechicería» o «magia negra», es una magia vulgar, grosera, degradada, que descansa en el ilusionismo y la charlatanería.

Generalmente la *goetia* va asociada a la magia nociva o maléfica, así como a la magia amorosa o erótica, por lo que era perseguida y castigada por la ley. En el primer caso recurría a los maleficios, las prácticas

necrománticas y, sobre todo, a la elaboración de venenos (*venena, phármaka*); en el segundo, a los nudos, a efigies de las personas a las que se desea atraer o a la elaboración de filtros amorosos (*pocula amatoria*).

En Roma y en general en el Imperio, este tipo de magia era practicada casi exclusivamente por mujeres y, particularmente, por la *saga*, es decir, por la hechicera no especializada, que con frecuencia actúa también como alcahueta (*lenae*) o trabaja como mesonera (*caupona*). La literatura latina nos ofrece una amplio repertorio de ellas: Canidia, Ságana, Veya, Folia, Ericto, Meroe, etc.; suelen ser viejas de tez pálida y cabello desordenado, que andan descalzas y actúan de noche cerca de los cementerios. Se las conoce también por utilizar para sus prácticas víctimas humanas (niños especialmente) y mutilar cadáveres.

En el extremo opuesto, durante el Imperio romano, se desarrolló una forma más «evolucionada» de magia, conocida con el nombre de teúrgia (*theurgia*). A su fundador, Juliano el Teúrgo, se atribuyó una obra en hexámetros titulada *Oráculos caldeos* que fue muy bien acogida por filósofos posteriores como Porfirio, y, en especial, por los neoplatónicos (como Jámblico, el emperador Juliano, Máximo de Éfeso); aún en la Atenas del siglo V, Proclo dedica a la obra un extenso comentario.

El foco desde el cual partió la teúrgia fue la escuela de Alejandría, a finales del siglo I d.C.; los magos griegos y caldeos fueron quienes más contribuyeron a difundirla por el Mediterraneo. El término «teúrgo» no aparece antes de Porfirio (232-303 d.C.), quien, en opinión de algunos estudiosos, pudo haber sido el inventor del mismo.

Se ha definido la teúrgia como una magia aplicada a un fin religioso; la diferencia entre ambas es clara: mientras la magia hace uso de nombres y fórmulas de origen religioso con fines profanos, la teúrgia se sirve de los procedimientos de la magia vulgar con un fin puramente religioso.

La principal aplicación de la teúrgia fue la adivinación, como se desprende de la existencia de sus dos ramas (Dodds): la consagración y animación de estatuas de los dioses para obtener oráculos y el empleo del trance de un médium (encarnación temporal de un dios en un ser humano).

Los teúrgos componían y utilizaban una amplia colección de oráculos sagrados, generalmente de contenido muy oscuro, parecidos a respuestas de un médium. La teúrgia conoció un rápido desarrollo entre las clases cultivadas, alcanzando su máximas cotas de popularidad a mediados del siglo IV d.C.

Las teologías gnósticas y herméticas que se desarrollaron en el Imperio a partir del siglo III también estuvieron contaminadas de magia y

por ello Agustín asoció los gnósticos a los teúrgos. Uno de los textos más importantes del *Corpus Hermeticum*, el *Asclepius*, retoma el tema de la simpatía universal propia de la magia atendiendo también al papel del demiurgo y los daimones.

Para entender las diferencias entre goecia o hechicería y las formas más evolucionadas de la magia, como la teúrgia, es necesario conocer las palabras que Heliodoro (s. IV d.C.), pone en sus *Etiópicas* en boca del mago Calasiris:

> Sin embargo, hay que distinguir dos tipos diferentes [de sabiduría]: una es vulgar y, por decirlo así, camina sobre la tierra; es servidora de ídolos y da vueltas entre los cuerpos de los cadáveres; es muy aficionada a los yerbajos y sólo se sostiene con encantamientos; ni tiende ella a ningún fin digno, ni se lo procura a los que la emplean; fracasa por su propia culpa la mayoría de las veces y en los casos en que tiene éxito sus resultados son dolorosos y mezquinos, como alucinaciones en que lo irreal se toma como existente, y frustraciones en las esperanzas; es hábil para encontrar todo lo que sea ilícito y magnífica cómplice en cualquier placer intemperante. La otra, en cambio, la que verdaderamente hay que llamar sabiduría, porque la primera no ha hecho más que usurpar y adulterar su nombre, esa en la que nos ejercitamos desde jóvenes los consagrados a la divinidad y todo el linaje sacerdotal, mira a lo celestial, convive con los dioses y participa de su poder connatural, investiga el movimiento de los astros y logra pronosticar el futuro; se mantiene lejos de los males terrenales y se aplica al bien y a la utilidad para los hombres (III, 16, 3-4).

3. LOS ASTRÓLOGOS

La astrología fue conocida por primera vez en la tierra del Tigris y el Éufrates. Los textos asirio-babilonios hallados en las excavaciones de mediados del siglo XIX permiten concluir que la «astromántica», quizá emanación de una «religión astral», era practicada al menos ya en la Mesopotamia del siglo VII a.C., si bien algunos de estos textos, según los especialistas, parecen remontar incluso a la civilización sumeria del III milenio. La antigüedad y superioridad de la técnica astrológica babilónica es apuntada también por autores griegos como Diodoro:

> Los caldeos, pues, que se cuentan entre los más antiguos habitantes de Babilonia, ocupan en la distribución del estado una posición semejante a la de los sacerdotes en Egipto: adscritos, en efecto, al culto de los dioses, dedican al estudio todo el tiempo de su vida, disfrutando de la máxima reputación en el campo de la astrología. Se dedican también en buena medida a la mántica, haciendo previsiones acerca del porvenir, y se esfuerzan en procurar el alejamiento de los males y la cumplimentación de los bienes, en unos casos mediante purificaciones, en otros mediante sacrificios y en otros mediante algún tipo de conjuro (II, 29).

Se trata, pues, de sacerdotes dedicados al estudio de una ciencia en la que astronomía y astrología se confunden. Los sacerdotes asirio-ba-

bilonios eran estudiosos del Universo, el cielo y sus constelaciones; pero también consideraban que todo ello venían a ser «la caja de resonancia de los acontecimientos terrestres y de las actividades y hechos del hombre» (F. Lara). En los astros estaba contenido todo cuanto se desarrollaba en la tierra y, por tanto, su adecuada interpretación permitía determinar los hechos concretos presentes y las predicciones para el futuro. Leer en los astros, interpretar sus «estaciones», era averiguar aquello que iba a ocurrir en la Tierra. Los sacerdotes no observaban el cielo sólo para profundizar en el movimiento de los planetas, las estrellas y los fenómenos celestes desde un punto de vista «científico», sino también para conocer el destino de los hombres.

Por lo general la frontera entre astronomía y astrología estuvo en el Oriente, como más tarde en Occidente, mal definida, interfiriéndose mutuamente. Astrónomos tardíos, como Naburamanni (hacia el 425 a.C.), Kidinnu (hacia el 300) o Sudinas (hacia el 240 a.C.) son citados a veces como autoridades en materia astrológica.

Es esta casta sacerdotal la que, como sucede en el *Poema babilónico de la Creación*, proyectó posteriormente una interpretación astrológica sobre determinados mitos —como la lucha entre Marduk y Tiamat— de la que inicialmente éstos carecían. En esta misma línea, los astrólogos babilonios o «caldeos» (el término *chaldaeus* acabó siendo sinónimo de astrólogo) también fueron expertos en la elaboración de horóscopos; partiendo de la influencia y el determinismo que los astros ejercen sobre una persona en el momento de su nacimiento podían predecir la vida de cualquier sujeto.

Los griegos, llevados de su interés tanto por lo religioso como por las leyes del cosmos y la naturaleza, siguieron —en lo que a este ámbito se refiere— dos vías diferentes. Por una parte, una «vía astronómica», que en el siglo V a.C. había rechazado la idea de la Tierra como centro del Universo y que en el III a.C. anticipó el descubrimiento copernicano del movimiento de la Tierra alrededor del Sol. Durante la época clásica no faltaron escuelas griegas de astronomía, como las de Atenas, Rodas o Samos, interesadas en el estudio del movimiento de los astros y, en consecuencia, también en la medida del tiempo (determinación de la hora, el día o la noche, fijación de una unidad de tiempo invariable, fijación del calendario, etc.).

Por otra parte, en los círculos pitagóricos se puso de manifiesto un temprano interés por la astrología caldea viva en el ámbito de la Academia de Platón, si bien no será hasta el período helenístico cuando la astrología oriental deje sentir su influencia sobre la sociedad. La expedición de Alejandro, en los últimos decenios del siglo IV a.C., abrió —de forma decisiva— el pensamiento científico griego hacia las observaciones y los

cálculos de los babilonios. Entre los tres siglos que transcurren de Alejandro a Augusto la astrología oriental vencerá de forma definitiva.

Las doctrinas astrológicas de los babilonios o caldeos se difundieron pronto por el Mediterráneo, sobre todo cuando Beroso, sacerdote de Baal, fundó —hacia el 280 a.C.— una escuela en Cos. Fue también autor de una *Historia de Babilonia*, dedicada a Antíoco I Sóter, donde exponía las ideas básicas de la astrología. Astrónomos griegos de la talla de Hiparco (190-120 a.C.), considerado por muchos como el más sabio de los astrónomos de la Antigüedad, no tuvieron impedimento en reconocer la superioridad de la ciencia astronómica oriental.

Pero no menos decisivas fueron también para Occidente las influencias de la astrología egipcia, pues también a los sacerdotes egipcios se les atribuyó una gran cantidad de observaciones astronómicas sobre el movimiento de los planetas o la duración del año solar. Dichos conocimientos eran celosamente guardados por la casta sacerdotal en el interior de los templos, si bien la perseverancia de los griegos, siempre atraídos por la cultura egipcia, permitió que algunos de ellos —como Tales o Eudoxo— recibieran sus enseñanzas de los sabios egipcios.

Hoy se considera que la astrología egipcia, como tal, es tardía, pues apenas existen huellas de ella en el Imperio Antiguo. Las paredes de los templos de Denderah, Edfú y Athribis, donde se representa a divinidades egipcias y signos zodiacales, serían los primeros testimonios conocidos. Dicha astrología, de origen babilonio, no se practicaría pues antes de la dominación griega del país. Pero para el futuro de la astrología tendría una particular influencia una obra atribuida al rey Nequepso (s. VII a.C.) y a su sacerdote, Petosiris que, aunque publicada hacia el 150 a.C., incorporaba conocimientos más antiguos. Dicho tratado, escrito posiblemente en Alejandría, impulsó el prestigio de la astrología egipcia, cuya influencia sobre la vida política y religiosa de la Roma se hizo sentir ya en el siglo I a.C.

Roma, poco interesada en la astronomía como ciencia matemática, vio cómo la astrología, pese a ser conocida tardíamente, ganó adeptos entre los diferentes medios sociales: la poesía (y, en general, la literatura), la filosofía, la política e incluso la religión (una teología solar conectada a cultos mitraicos) quedaron también impregnadas por esta pseudo-ciencia.

Es una astrología que llega del Oriente, de mano de los llamados «caldeos», pronto también conocidos como *mathematici* o *astrologi*; ambos términos son usados, sin embargo, para designar también —durante el Imperio— al astrónomo: el término «astronomía» es atestiguado sólo a partir de época neroniana (Sen., *Ep.*, 95, 10; Petron., *Sat.*, 88, 6) y el de *astronomus* aún más tarde.

Los primeros astrólogos debieron de llegar a Roma a comienzos del siglo II a.C., pues no sólo son citados por Catón (*De agr.* 5), sino que un edicto fechado en el año 139 a.C. les obliga —por primera vez— a abandonar Italia en un plazo inferior a diez días. Pero este tipo de disposiciones oficiales se reveló poco eficaz, como demuestra el hecho de que se repitieran continuamente a lo largo de cuatrocientos años. Los astrólogos no sólo no abandonaban Roma sino que fueron sumándose a otros procedentes sobre todo de Egipto y de ciudades greco-orientales.

Durante el Imperio, la astrología conquistó casi todos los estratos de la sociedad romana, desde los esclavos hasta el emperador. Buscaban en ella lo mismo que en otros ámbitos de la adivinacion tradicional, como la *auguratio* o la *haruspicina*: las llamadas «iniciativas» (gr. *katarchài*; lat. *electiones*), es decir, saber si una empresa iba a tener éxito. Otro método astrológico —éste más complejo y costoso— era la elaboración de un horóscopo, es decir, la determinación de los astros en el momento del nacimiento o —incluso— de la concepción de un individuo; dicha disposición determinaba el destino de la persona así como la fecha de su muerte.

Juvenal (*Sat.*, VI, 575-581) nos dice que las mujeres constituían las mejores clientes de los astrólogos. Pero, como ya se ha dicho, tanto la plebe como la aristocracia consultaron en mayor o en menor medida a los astrólogos. Las diferencias entre una y otra eran, básicamente, dos: los motivos de las consultas y el prestigio profesional del astrólogo.

Muchas escuelas filosóficas de época helenística prestaron a la astrología un valioso punto de apoyo, especialmente el estoicismo, que defendía —aunque no unánimemente— la conexión recíproca o *sympàtheia* entre todas las partes del cosmos y la analogía entre el microcosmos (el hombre) y el macrocosmos (el cielo). Zenón, Cleanto y Crisipo, pero sobre todo Posidonio, ferviente defensor de la simpatía universal, dieron un fundamento filosófico a la creencia en la astrología situándola además en el conjunto de las ciencias y *technai*. Tampoco le faltó el apoyo de algunos filósofos pitagóricos, como el célebre Nigidio Fígulo.

Sólo los epicúreos o algunos escépticos radicales como Sexto Empírico se mostraron hostiles a la astrología por considerarla una forma de superstición.

Los más destacados personajes de la política —ya desde época republicana— se sintieron pronto atraídos por esta pseudo-ciencia; Pompeyo, César o Craso —en el siglo I a.C.— no ocultaron sus consultas a los caldeos. Continuando con esta tradición muchos emperadores romanos —desde Augusto— se rodearon de ilustres astrólogos, sobre todo de origen egipcio.

Pero la astrología también pasó a ser, desde los primeros años del siglo I a.C., un peligroso instrumento de oposición a la política oficial; Tiberio Graco y Cneo Octavio fueron quizá los primeros políticos republicanos en recurrir a los consejos de la astrología. Las consultas a los astrólogos, intensificadas a partir de Augusto, favorecieron las intrigas sobre el futuro del emperador o de los miembros de la familia imperial. Dichas consultas, efectuadas, sobre todo por los miembros de la aristocracia, acabaron constituyendo un crimen *de maiestas*.

A partir del siglo II d.C. se advierte una distinción cada vez más clara entre astronomía y astrología, como pone de manifiesto, por ejemplo, la obra de Sexto Empírico, *Contra los astrólogos,* y sobre todo la producción de Claudio Ptolomeo, astrónomo y astrólogo alejandrino de este mismo siglo.

Por último no podemos olvidar la «literatura astrológica», en la que junto a tratados clásicos como el *Tetrabiblos* de Ptolomeo, las *Antologías* de Vetio Valente o la *Mathesis* de Fírmico Materno se incluyen también numerosos manuscritos y textos astrológicos que han sido reunidos en los doce volúmenes del *Catalogus Codicum Astrologorum Graecorum (CCAG)*, publicados en Bruselas entre 1898 y 1953. Dichas obras, de tipo teórico y doctrinal, daban a la astrología una apariencia de rigor científico, contribuyendo así también, junto a la práctica diaria de los astrólogos, a guiar los actos de muchos hombres. «Raramente —escribió R. Turcan— una ideología ha regido la vida personal, familiar, política con tanta prepotencia».

BIBLIOGRAFÍA

1. *Adivinación*

Amand, D., *Fatalisme et liberté dans l'Antiquité grecque*, Louvain, 1940.

Amandry, P., *La mantique apollinienne à Delphes. Essai sur le fonctionnement de l'oracle*, Paris, 1950.

Amandry, P., «Oracles, littérature et politique»: *REA*, 61 (1959), pp. 400-413.

Amandry, P., «La divination en Grèce: état actuel de quelques problèmes», en *La divination en Mésopotamie ancienne et dans les régions voisines*, Paris, 1966, pp. 77-99.

Amat, J., *Songes et visions: l'au-delà dans la littérature latine tardive*, Paris, 1985.

Antonetti, C. y Lévêcue, P., «Au carrefour de la Mégaride. Devins et oracles»: *Kernos*, 3 (1990), 197-209.

Athanassiadi, P., «Dreams, Theurgy and Freelance Divination: The Testimony of Iamblichus»: *JRS*, 83 (1993), pp. 118-121.

Aune, D. E., *Prophecy in Early Christianity and the Ancient Mediterranean World*, Michigan, 1983.

Bacht, H., «Wahres und falsches Prophetentum»: *Biblica*, 32 (1951), pp. 237-262.

Bayet, J., «Présages figuratifs déterminants dans l'antiquité gréco-latine», en *Mélanges F. Cumont*, Bruxelles, 1949, pp. 13-30.

Björk, G., «Heidnische und christliche Orakel mit fertigen Antworten»: *SO*, 19 (1939), pp. 86-98.

Björk, G., «*Onar ideîn*. De la perception du rêve chez les anciens»: *Eranos*, 44 (1946), pp. 307-314.

Bloch, R., *Les prodiges dans l'antiquité classique*, Paris, 1963.

Bloch, R., *La adivinación en la Antigüedad*, México, 1985 (trad. cast.).

Bouché-Leclercq, A., *Histoire de la divination dans l'Antiquité*, 4 vols., Paris, 1879-1882.

Borbone, P. G., «La profezia nell'antico Israele»: *Parola di vita*, 33 (1988), pp. 247-257.

Briquel, D., «Divination étrusque et mantique grecque: la recherche d'une origine hellénique de l'Etrusca disciplina»: *Latomus*, 49 (1990), pp. 321-342.

Briquel, D. (ed.), *La divination dans le monde étrusque-italique*. I: *Caesarodonum*, suppl. 52 (1985); II-III: *Caesarodonum*, suppl. 54 y 56 (1986); IV: *Casarodonum*, suppl. 61 (1991); V: *Caesarodonum*, suppl. 63 (1993); VI: *Caesarodonum*, suppl. 64 (1995); VII: *Caesarodonum*, suppl. 65 (1996).
Caquot, A. y Leibovici, M., *La divination*, 2 vols., Paris, 1968.
Caerols Pérez, J. J., *Los libros sibilinos en la historiografía clásica*, tesis doctoral, Madrid, 1991.
Casevitz, M., «Mantis: le vrai sens»: *REG*, 105 (1992), pp. 1-18.
Casevitz, M., «Les divins des Tragiques. Transe et Théâtre», en *Actes de la table ronde Montpellier 3-5 Mars 1988*, Montpellier, 1989, pp. 115-129.
Champeaux, J., «Les oracles en Italie sous la République et l'Empire»: *MEFRA*, 102 (1990), pp. 271-302.
Champeaux, J., «Les oracles de l'Italie antique: hellénisme et italicité»: *Kernos*, 3 (1990), pp. 103-111.
Corno, D. del, «I sogni e la loro interpretazione nell'età del impero», en *ANRW*, II, 16.2 (1978), pp. 1605-1618.
Cracco Ruggini, L., «Imperatori romani e uomini divini (I-VI secolo d.C.)», en *Governanti e intelettuali, popolo di Roma e popolo di Dio (I-VI secolo)*, Torino, 1982, pp. 9-91.
Crahay, R., *La littérature oraculaire chez Hérodote*, Liège-Paris, 1956.
Crone, T. M., *Early Christian Prophecy: A Study of its Origin and Function*, Baltimore, 1973.
Defradas, J., *Les Thèmes de la propagande delphique*, Paris, 1954.
Delcor, M., «Storia e profezia nel mondo ebraico»: *Fondamenti*, 13 (1989), pp. 3-34.
Delcourt, M., *L'oracle de Delphes*, Paris, 1981.
Desanti, L., *Sileat omnibus perpetuo divinandi curiositas. Indovini e sanzioni nel diritto romano*, Milano, 1990.
Eitrem, S., *Orakel und Mysterien am Ausgang der Antike*, Zürich, 1947.
Ellermeier, F., *Prophetie in Mari und Israel*, Herzberg, 1968.
Fascher, E., *Prophétes. Eine sprach- und religionsgeschichtliche Untersuchung*, Giessen, 1927.
Flacelière, R., *Adivinos y oráculos griegos*, Buenos Aires, 1965 (trad. cast.).
Fohrer, G., *Die Propheten des Alten Testaments*, 7 vols., Güttersloh, 1974-1977.
Fontenrose, J., *The Delphic Oracle: Its Responses and Operations with a Catalogue of Responses*, Berkeley, 1978.
García Quintela, M. V., «El sacrificio humano adivinatorio céltico y la religión de los lusitanos»: *Polis*, 3 (1991), pp. 33-41.
Gascó, F., «Castidad y don profético. Las profetisas montanistas», en *Sexo, Muerte y Religión en el Mundo Clásico*, Madrid, 1994, pp. 213-221.
Guidorizzi, G. (ed.), *Il sogno in Grecia*, Bari, 1988.
Guillaumont, F., *Philosophe et augure. Recherches sur la théorie cicéronienne de la divination*, Bruxelles, 1984.
Hajjar, Y., «Divinités oraculaires et rites divinatoires en Syrie et en Phénicie à l'époque gréco-romaine», en *ANRW*, 18.4 (1990), pp. 2236-2320.
Halliday, W. R., *Greek Divination. A Study of its Methods and Principles*, London, 1913 (reimp. Chicago, 1967).
Hankinson, R. J., «Stoicism, Science and Divination», en *Method, Medicine and Metaphysics*, Edmonton, 1988, pp. 123-160.

Hanson, J. S., «Dreams and Visions in the Graeco-Roman World and the Early Christianity», en *ANRW*, II, 23.2 (1980), pp. 1405-1411.
Haran, M., «From Early to Classical Prophecy: Continuity and Change»: VT, 27 (1977), pp. 385-397.
Hidalgo, M. J., «El profetismo femenino en la tradición cristiana»: *Studia Historica*, 9 (1991), pp. 115-128.
Iriarte, A., *Las redes del enigma. Voces femeninas en el pensamiento griego*, Madrid, 1990.
Kessels, A. H. M., «Ancient Systems of Dream-Classification»: *Mnemosyne*, 22 (1969), pp. 389-429.
Kessels, A. H. M., *Studies on dream in Greek Literature*, Utrecht, 1978.
Kivuila-Kiaku, J. M., «Poésie, prophétie et rêve dans l'Éneide VI ou la "philosophie du destin romain" dans l'imaginaire virgilien»: *LEC*, 65 (1997), pp. 49-64.
Kolenkow, A. B., «Relationships between Miracle and Prophecy in the Graeco-Roman World and Early Christianity», en *ANRW*, II, 23.2 (1980), pp. 1472-1482.
Labat, R., *La divination en Mésopotamie ancienne,* Paris, 1966.
Lang, B., *Monotheism and the Prophetic Minority. An Essay in Biblical History and Sociology*, Sheffield, 1983.
Lara Peinado, F., *Poema babilónico de la creación. Enuma Elish*, Madrid, 1981.
Lara Peinado, F., *Himnos babilónicos. Estudio preliminar, traducción y notas*, Madrid, 1990.
Last, H., «Rome and the Druids»: *JRS*, 39 (1949), pp. 1-5.
Lauer, W. Z., *La divinazione nel Vecchio Testamento*, Roma, 1970.
Lewis, N., *The Interpretation of Dreams and Portents*, Toronto, 1976.
Lindblom, J., *Prophecy in Ancient Israel*, Oxford, 1962.
Lods, A., *Les prophètes d'Israël et les débuts du Judaïsme,* Paris, 1935.
Lohfink, N., *I profeti ieri e oggi*, Brescia, 1987.
Long, B. O., «Reports of Visions among the Prophets»: *JBL*, 95 (1976), pp. 353-365.
Loss, N. M., *Introduzione al profetismo biblico*, Roma, 1979.
MacBain, B., *Prodigy and Expiation: A Study in Religion and Politics in the Late Republic*, Bruxelles, 1982.
MacMullen, R., *Enemies of the Roman Order: Treason, Unrest and Alienation in the Empire*, Cambridge, 1966.
Manetti, G., «The Language of the Sibyls»: *Euphrosyne,* 25 (1997), pp. 237-249.
Meier, C. A., «Le rêve et l'incubation dans l'ancienne Grèce», en *Le rêve et les sociétés humaines*, Paris, 1967, pp. 220-304.
Momigliano, A., «Dalla Sibilla pagana alla Sibilla cristiana: profezia come storia della religione»: *ASNP*, 17, 2 (1987), pp. 407-428.
Monloubou, L., *Profetismo y profetas. Profeta ¿Quién eres tú?*, Madrid, 1971.
Montero, S., *Política y adivinación en el Bajo Imperio: emperadores y harúspices (193-408 d.C.)*, Bruxelles, 1991.
Montero, S., «Mántica inspirada y demonología: los harioli»: *L'Antiquité Classique,* 42 (1993), pp. 115-129.
Montero, S., *Diosas y adivinas. Mujer y adivinación en la Roma antigua*, Madrid, 1994.
Montero, S., «Adivinación y esclavitud en la Roma antigua»: *'Ilu. Revista de Ciencias de las Religiones*, 0 (1995), pp. 141-156.

Mora, F., «Gli indovini elei e la guerra»: Milano (CISA, 10), 1984, pp. 31-40.
Motte, A. (ed.), «Actes du Colloque *Oracles et mantique en Grèce ancienne* (Liège, 1989)»: *Kernos*, 3 (1990), pp. 11-366.
Muilenburg, J., «The "office" of the Prophet in Ancient Israel», en J. Ph. Hyatt (ed.), *Bible in Modern Scholarship*, Mashville-New York, 1965, pp. 74-97.
Neher, A., *La esencia del profetismo*, Salamanca, 1975.
North, J., «Diviners and Divination at Rome», en *Pagan Priest, Religion and Power in the Ancient World*, Ithaca, 1990, pp. 51-71.
Parke, H. W., *Greek Oracles*, London, 1967.
Parke, H. W., *The Oracle of Zeus, Dodona, Olympia, Ammon*, Oxford, 1967.
Parke, H. W., *The Oracles of Apollo in Asia Minor*, London, 1985.
Parke, H. W., *Sibyls and Sibylline Prophecy in Classical Antiquity*, London-New York, 1988.
Parke, H. W. y Wormell, D. E. W., *The Delphic Oracle*, 2 vols., London, 1956.
Parker, S. B., «Possession, Trance and Prophecy in Pre-Exilic Israel»: *VT*, 28 (1978), pp. 271-285.
Pellizer, E., «L'enfant et l'oracle: Esquisse d'une analyse sémio-narrative», en *Métamorphoses du Mythe en Grèce antique*, Genève, 1988, pp. 71-83.
Perrot, C., «Prophètes et prophétisme dans le Nouveau Testament»: *Lumière et Vie*, 22 (1973), pp. 25-39.
Pfeffer, F., *Studien zur Mantik in der Philosophie der Antike*, Meisenheim, 1976.
Piñero Sanz, A., «Sobre la inspiración de la Pitia délfica. Breve historia de una polémica»: *Durius*, 3 (1975), pp. 406-416.
Plácido, D., «Cresmólogos, adivinos y filósofos en la Atenas Clásica», en *Formas de difusión de las religiones antiguas*, Madrid, 1993, pp. 189-196.
Pomeroy, A. J., «Status and status-concern in the Greco-Roman Dream-Books»: *Ancient Society*, 22 (1991), pp. 51-74.
Potter, D. S., «Sibyls in the Greek and Roman World»: *AJArq*, 3 (1990), pp. 471-483.
Potter, D. S., *Prophecy and History in the Crisis of the Roman Empire: A Historical Commentary on the Thirteenth Sibylline Oracle*, Oxford, 1990.
Price, S., «The Future od Dreams: from Freud to Artemidorus»: *P&P*, 113 (1986), pp. 3-37.
Pulci Doria, L., *Oracoli sibillini tra rituali e propaganda*, Napoli, 1983.
Robinson, T. H., «The Prophet in Israel and in Greece», en *Studies in Honour of Gilbert Norwood*, Toronto, 1952, pp. 229-238.
Rofé, A., *Storie di profeti*, Brescia, 1991.
Roth, P., *Mantis: The Nature, Function and Status of a Greek Prophetic Type*, Ann Arbor, 1986.
Sabbatucci, D., *Divinazione e cosmologia*, Milano, 1989.
Sanz, R., «Adivinación y sociedad en la Hispania tardorromana y visigoda», en *Estudios sobre la Antigüedad en Homenaje al profesor Santiago Montero Díaz*, Gerión, Anejos II, 1989, pp. 365-390.
Sauneron, S., *Les songes et leur interprétation. Sources Orientales*, 2, Paris, 1959.
Sissa, S., «Il segno oracolare, una parola divina e femminile», en *Mondo classico: percorsi possibili*, Ravenna, 1985, pp. 243-252.
Sogni, visioni e profezie nell'antico Cristianesimo. XVII Incontro di studiosi dell'Antichità Cristiana (Roma, 5-7 maggio 1988): *Augustinianum*, XXIX, 1-3 (1989).

Somigliana, A., «Divinazione e filosofia nell'Antichità»: *Sophia*, 38, 3-4 (1970), pp. 235-243.
Suárez de la Torre, E., «Oráculos Sibilinos», en A. Díez Macho (ed.), *Apócrifos del Antiguo Testamento*, vol. III, Madrid, 1982, pp. 241-396
Thulin, C. O., *Die Etruskische Disciplin,* Göteborg, 1905-1909.
Torrey, C. C., *The Lives of the Prophets*, Philadelphia, 1946.
Trebolle, J., *La experiencia de Israel: profetismo y utopía*, Madrid, 1996.
Trisoglio, F., «L'intervento divino nelle vicende umane della storiografia classica greca a Flavio Giuseppe e ad Eusebio di Cesarea», en *ANRW*, II, 21.2 (1988), pp. 977-1104.
Van der Kolf, M. C., «Prophetes»: *RE*, XXIII (1959), cols. 797-816.
Vernant, J. (ed.), *Divination et rationalité*, Paris, 1974.
Veyne, P., «Une évolution du paganisme gréco-romain: justice et pitié des dieux, leurs ordres ou "oracles"»: *Latomus*, 45, 2 (1986), pp. 259-283.
Vinagre Lobo, M. A., «Serapis y los libros de los sueños», en *Sexo, Muerte y Religión en el Mundo Clásico*, Madrid, 1994, pp. 125-134.
Wilson, R. R., *Prophecy and Society in Ancient Israel*, Philadelphia, 1980.
Wormell, D. E. W., *The Delphic Oracle*, 2 vols., Oxford, 1956.
Zanker, P., *The Mask of Socrates. The image of the Intellectual in Antiquity*, Berkeley, 1995.
Zimmerli, W., *La Ley y los Profetas: para la comprensión del Antiguo Testamento*, Salamanca, 1980.

2. Magia

Addabbo, A. M., «"Carmen" magico e "carmen" religioso»: *Civiltà Classica e Cristiana* (1991), pp. 11-27.
Annequin, J., *Recherches sur l'action magique et ses représentations (I et II siècles après J.C.),* Paris, 1973.
Audollent, A., *Tabellae defixionis quotquot innotuerunt tam in Graecis Orientis quam in totius Occidentis partibus*, Paris, 1904.
Aune, D. E., «Magic in Early Christianity», en *ANRW*, II, 23.2 (1989), pp. 1507-1557.
Barb, A. A., «The survival of Magic Arts», en *The conflict between Paganism and Christianity in the fourth Century*, Oxford, 1963, pp. 100-125.
Benveniste, E., *Les Mages dans l'Ancien Iran*, Paris, 1938.
Bernand, A., *Sorciers grecs*, Paris, 1991.
Betz, H. D., *The Greek Magical Papyri in Translation Including the Demotic Spells. I: Texts*, Chicago, 1986.
Betz, H. D., «Secrecy in the Greek Magical Papyri», en H. G. Kippenberg y G. S. Strounse (eds.), *Secrecy and Concealment. Studies in the History of Mediterranean and Near Eastern Religions*, Leiden, 1995, pp. 153-175.
Bidez, J. y Cumont, F., *Les mages hellénisés. Zoroastre, Ostanes et Hystaspe d'après la tradition grecque. I: Introduction; II: Les textes,* Paris, 1938.
Bolgiani, F., *La magia in Grecia e in Roma arcaica*, Torino, 1971.
Bonner, C., *Studies in Magical Amulets Chiefly Graeco-Egyptian,* Ann Arbor, 1959.
Bousset, W., «Zur Dämonologie der späteren Antike»: *ARW*, 18 (1915), pp. 134-172.

Brashear, W. M., «The Greek Magical Papyri: an Introduction and Survey annotated Bibliography», en *ANRW*, II, 18.5 (1982), pp. 3380-3648.
Brown, P., «Witchcraft Confessions and Accusations»: *Ass. Social Anthropologists Mon.*, 9 (1970), pp. 17-45.
Brown, P., «Sorcery, Demons and the Rise of Christianity: from the Late Antiquity into the Middle Ages», en *Religion and Society in the Age of Saint Agustine*, London, 1972, pp. 119-146.
Brox, N., «Magie und Aberglaube in den Anfängen des Christentums»: *Trierer Theologische Zeitschrift*, 83 (1974), pp. 157-180.
Burkert, W., «Goes. Zum griechischen Schamanismus»: *RhM*, 105 (1962), pp. 36-55.
Cagnat, R., «La sorcellerie et les sorciers chez les Romains»: *Annales du musée Grivet*, 15 (1903-1904), pp. 134-175.
Campbell Bonner, A., *Studies in Magical Amulets, Chiefly Graeco-Egyptian*, Ann Arbor, 1950.
Capponi, F., «Avifauna e magia»: *Latomus*, 40 (1981), pp. 292-304.
Cazeaux, J., «La Thessalie des magiciennes», en B. Helly (ed.), *La Thessalie*. Actes table ronde 1975, Lyon-Paris, 1979, pp. 265-275.
Clark Kee, H., *Medicina, milagro y magia en tiempos del Nuevo Testamento*, Córdoba, 1992.
Clerc, J. B., *Homines Magici. Étude sur la sorcellerie et la magie dans la société romaine impériale*, Bern, 1995.
Collart, M., *La Nécromancie dans l'Antiquité*, Liège, 1950.
Daxelmüller, Chr., *Historia social de la magia*, Barcelona, 1997.
Delatte, A., «Études sur la magie grecque»: *BCH*, 37 (1913), pp. 247-278; 38 (1914), pp. 189-249.
Delatte, A., *Herbarius. Recherches sur le cérémonial usit chez les anciens pour la cueillete des simples et des plantes magiques*, Liège, 1936 (reimp. Bruxelles, 1961).
Delatte, A. y Derchain, P., *Les intailles magiques gréco-égyptiens*, Paris, 1964.
Delcourt, M., *Héphaïstos ou la légende du magicien*, Paris, 1982.
Donnadieu, M. P. y Vilatte, S., «Genèse de la nécromance hellénique: de l'instant de la mort à la prédiction du future (la Nekuia de l'Odyssée, Ephyra, Perachora»: *DHA*, 22, 2 (1996), pp. 53-92.
Edelstein, L., «Greek Medicine in its relation to Religion and Magic», en O. C. L. Temmpkin (ed.), *Ancient medicine. Selected papers by L. Edelstein*, Baltimore, 1967.
Eitrem, S., «La magie comme motif littéraire chez les Grecs et les Romains»: *SO*, 21 (1941), pp. 39-83.
Eitrem, S., «La Theurgie chez les Nèo-platoniciens et dans les papyrus magiques»: *SO*, 22 (1942), pp. 49-79.
Engemann, J., «Zur Verbreitung magischer Übelabwehr in der nichtchristlichen und christlichen Spätantike»: *JbAC*, 18 (1975), pp. 22-48.
Escribano Paño, M. V., «Superstitio, Magia y Herejía», en *Actas del I Congreso Peninsular de Historia Antigua*, III, Santiago de Compostela, 1988, pp. 41-60.
Faraone, C. y Oblink, D. (eds)., *Magika Hiera. Ancient Greek Magic and Religion*, New York, 1991.
Festugière, A.-J., «La valeur religieuse des papyrus magiques», en *L'idéal religieux des grecs et l'évangile*, Paris, 1981, pp. 281-328.

Fohrer, G., «Prophetie und Magie»: *ZAW*, 78 (1966), pp. 25-47.
Fowden, G., «The Pagan Holy Man in Late Antique Society»: *JHS*, 102 (1982), pp. 77-101.
Gagé, J., *Basileia. Les Césars, les rois d'Orient et les mages,* Paris, 1988.
García Teijeiro, M., «Retórica, oratoria y magia», en *Estudios de Drama y retórica en Grecia y Roma,* León, 1987.
García Teijeiro, M., «Recursos fonéticos y recursos gráficos en los textos mágicos griegos»: *RSEL*, 19 (1989), pp. 233-249.
García Teijeiro, M., «Religion and Magic»: *Kernos*, 6 (1993), pp. 123-138.
Gardiner, A. H., «Professional Magicians in Ancient Egypt»: *Proceedings of the Society for Biblical Archaeology*, 39 (1917), pp. 54-63.
Garosi, R., «Indagine sulla formazione del concetto di magia nella cultura romana», en P. Xella (ed.), *Magia. Studi di storia delle religioni in memoria di R. Garosi*, Roma, 1976.
González Wagner, C., «El rol de la licantropía en el contexto de la hechicería clásica», en *Anejos de Gerión II. Estudios sobre la Antigüedad en Homenaje al profesor S. Montero Díaz,* Madrid, 1989, pp. 83-97.
Graf, F., «Comment devenir magicien? Le rituel d'initiation magique gréco-égyptien», en *L'initiation. L'acquisition d'un savoir ou d'un pouvoir*, vol. II, Montpellier, 1992, pp. 27-35.
Graf, F., *La Magie dans l'Antiquité gréco-romaine*, Paris, 1994.
Grondona, M., «Folklore e Magia», en *Civiltà dei Romani. Il rito e la vita privata*, Milano, 1992, pp. 65-71.
Helck, W., «Schamane und Zauberer», en *Mélanges Adolphe Gutbub*, Montpellier, 1984, pp. 77-99.
Hopfner, Th., *Griechisch-ägyptischer Offenbarungszauber*, 3 vols., Amsterdam, 1974.
Hull, J. M., *Hellenistic Magic and the Synoptic Tradition,* London, 1974.
Jeffers, A., *Magic and Divination in Ancient Palestine and Syria,* Leiden, 1996.
Jordan, D. R., *Contributions to the study of Greek defixiones*, Providence, 1982.
Jordan, D. R., «A Survey of Greek Defixiones not included in the Special Corpora»: *GRBS*, 26 (1985), pp. 151-197.
Lanata, G., *Medicina magica e religione popolare in Grecia*, Roma, 1967.
Le Glay, M., «Magie et sorcellerie à Rome au dernier siècle de la République», en *Mélanges offerts à J. Heurgon*, Paris, 1976, I, pp. 525-550.
Le Glay, M., «La magie et la mort», en *La mort, les mortes et l'au-delà dans le monde romain. Actes du colloque de Caen 20-22 nov. 1985*, Caen, 1987, 247 ss.
Lewy, H., *Chaldean Oracles and Theurgy: Mysticism, Magic and Platonism in the Later Roman Empire*, El Cairo, 1956 (reimp. Paris, 1978).
Lexa, F., *La Magie dans l'Égypte antique*, 3 vols., Paris, 1923-1925.
Lloyd, G. E. R., *Magic, Reason and Experience. Studies in the Origin and Development of Greek Science*, Cambridge, 1979.
Lomas, F. J. (ed.), *Religión, superstición y magia en el mundo romano*, Cádiz, 1985.
Luck, G., *Hexen und Zauberei in der römischen Dichtung*, Zürich, 1962.
Luck, G., *Arcana Mundi. Magic and the Occult in the Greek and Roman Worlds*, Baltimore-London, 1985.
Marco Simón, F., «Topografía cualitativa en la magia romana. Izquierda y

derecha como elementos de determinación simbólica»: *Memorias de Historia Antigua,* VII, Oviedo, 1986, pp. 81-90.
Marco Simón, F., «Abraxas. Magia y religión en la Hispania tardoantigua», en *Héroes, semidioses y daimones*, Madrid, 1992, pp. 485-510.
Martroye, F., «La répression de la magie et le culte des gentils au IV siècle»: *RHDF*, 9 (1930), pp. 669-701.
Massoneau, E., *Le Crime de magie dans le droit romain*, Paris, 1933.
Massoneau, E., *La magie dans l'Antiquité romaine. La magie dans la littérature et les moeurs romaines*, Paris, 1934.
Maury, L. F. A., *La magie et l'astrologie dans l'Antiquité et au Moyen Âge*, Hildesheim, 1877.
Merkelbach, R., *Abraxas. Ausgewählte Papyri religiösen und magischen Inhalts*, 3 vols., Opladen, 1990-1992.
Metzler, D., «Zum Schamanismus in Griechenland», en *Antidoron. Festschrift für J. Thumme*, Karlsruhe, 1983, pp. 75 ss.
Monaco, L., «"Veneficia Matronarum". Magia, Medicina e repressione», en *Sodalitas. Scritti in onore di A. Guarino*, vol. IV, Napoli, 1984, pp. 2013-2024.
Mugler, Ch., «Sur quelques points de contact entre la magie et les sciences appliqués des Anciens»: *RPh*, 67 (1973), pp. 31-37.
Mura, M. I., «Le *tabellae defixionum* africane come fonte di storia sociale: nota preliminare», en *L'Africa romana. Atti dell'XI convegno di studio*, vol. 3, Ozieri, 1996, pp. 1535-1546.
Nilsson, M. P., «Die Religion in den griechischen Zauberpapyri», en *Opuscula selecta,* III, Lund, 1960, pp. 129-166.
Önnerfors, A., «Magische Formeln und römische Medizin», en *ANRW*, II, 37.1 (1993), pp. 157-224.
Parker, R., *Miasma. Pollution and Purification in Early Greek Religion*, Oxford, 1983.
Parry, H., *THELXIS. Magic and Imagination in Greek Myth and Poetry*, New York, 1992.
Pavis D'Escurac, H., «Magie et cirque dans la Rome antique»: *ByzF*, 12 (1987), pp. 447-467.
Pérez Fernández, D. y Seguido Aliaga, M., «Suscitación de cadáveres con fines adivinatorios en el mundo romano», en *Sexo, Muerte y Religión en el Mundo Clásico*, Madrid, 1994, pp. 171-191.
Pharr, C., «The Interdiction of Magic in Roman Law»: *TAPhA*, 63 (1932), pp. 269-295.
Pinch, G., *Magic in Ancient Egypt*, London, 1994.
Poupon, G., «L'accusation de magie dans les Actes apocryphes des Apôtres», en F. Bovon, *Les Actes apocryphes des apôtres. Christianisme et monde païen*, Genève, 1981, pp. 71-93.
Praulx, P. y O'Callagham, J., «Papiro magico cristiano»: *Studia Papyrologica*, 13 (1980), pp. 83-88.
Preisedanz, K., *Papyri Graecae Magicae. Die Griechischen Zauberpapyri*, 3 vols., Leipzig, 1938-1941.
Remus, H., «Magic or Miracle? Some Second Century Instances»: *The Second Century*, 2 (1982), pp. 127-156.
Robert, L., «Amulettes grecques. Le profit de la justice»: *JS* (1981), pp. 27-30.

Romilly, J. de, *Magic and Rhetoric in Ancient Greece*, Cambridge-London, 1975.
Salvia, F. de, «La figura del mago egizio nella tradizione letteraria greco-romana», en A. Rocati (ed.), *La Magia in Egitto ai tempi dei faraoni*, Verona, 1987, pp. 343-365.
Sauneron, S., «Le monde du magicien égyptien», en *Le monde du sorcier. Sources Orientales, 7*, Paris, 1966.
Schilling, R., «Religion et magie à Rome», en *Rites, cultes et dieux de Rome*, Paris, 1979, pp. 191-215.
Segal, A. F., «Hellenistic magic: some questions of definition», en *Studies in Gnosticism and Hellenistic Religion*, Leiden, 1981, pp. 71-94.
Seguin, R., «La magie dans l'Afrique romaine», en *Magie et littérature*, Paris, 1989, pp. 32-44.
Smith, Z. J., «The Temple and the Magician», en *Map is not Territory. Studies in the History of Religions. Studies in Judaism in Late Antiquity*, 23, Leiden, 1978, pp. 172-189.
Smith, Z. J., «Toward Interpreting Demonic Powers in Hellenistic and Roman Antiquity», en *ANRW*, II, 16.1 (1978), pp. 425-439.
Tupet, A. M., *La magie dans la poésie latine. I: Des origines à la fin du règne d'Auguste*, Paris, 1976.
Tupet, A. M., «La mentalité superstitieuse à l'époque des Julio-Claudiens»: *REL*, 62 (1984), pp. 206-235.
Tupet, A. M., «Rites magiques dans l'Antiquité romaine», en *ANRW*, II, 16.3 (1986), pp. 2591-2675.
Vázquez, A. M., «Aproximación a la magia, la brujería y la superstición en la antigüedad»: *Espacio, Tiempo y Forma*, 2 (1989), pp. 171-196.
Vázquez, A. M y Muñoz Martín, O., *Diccionario de magia en el mundo antiguo*, Madrid, 1997.
Weinreich, O., *Antike Heilungswunder. Untersuchungen zum Wunderglauben der Griechen und Römer*, Giessen, 1909-1910.
Versnel, H. S., «Some Reflections on the Relationship Magic-Religion»: *Numen*, 38 (1991), pp. 177-197.
Zecchini, G., *I druidi e l'opposizione dei celti a Roma*, Milano, 1984.

3. Astrología

Abry, J. H., «Auguste: La Balance et le Capricorne»: *REL*, 66 (1988), pp. 103-121.
Abry, J. H. (ed.), *Les tablettes astrologiques de Grand (Vosges) et l'astrologie en Gaule romaine*. Actes de la Table-Ronde du 18 mars 1992 organisée au Centre d'Études Romaines et Gallo-Romaines de l'université de Lyon III, Lyon, 1993.
Astres, Astrologie, religions astrales dans l'Antiquité classique, Paris, 1983.
Astronomie dans l'Antiquité classique, Actes du Colloque Université de Toulouse (21-23 oct. 1977), Toulouse, 1979.
Aujac, G., «Le zodiaque dans l'astronomie grecque»: *RHS*, 33, 1 (1980), pp. 3-32.
Baccani, D., *Oroscopi greci. Documentazione papirologica*, Messina, 1992.

Bakhouche, B. (ed.), *Les astres. Les correspondances entre le ciel, la terre et l'homme. Les «survivances» de l'astrologie antique*, 2 vols., Montpellier, 1996.
Barton, T. S., *Power and Knowledge. Astrology, Physiognomics and Medicine under the Roman Empire*, Ann Arbor, 1994.
Barton, T. S., *Ancient Astrology,* London, 1994.
Barton, T. S., «Augustus and Capricorn: astrological polyvalency and Imperial Rhetoric»: *JRS*, 85 (1995), pp. 33-51.
Becker, U., *Lexikon der Astrologie, Astronomie, Kosmologie*, Freiburg, 1981.
Bidez, J., Les écoles chaldéennes sous Alexandre et les Séleucides«: *Ann. Inst. Phil. et Hist. Orient.*, 3 (1935), pp. 41-89.
Boll, F., «Beiträge zur Überlieferungsgeschichte der griechischen Astrologie und Astronomie»*: Sitzungsberichte der philosophischen-historischen Klasse der königlichen bayerischen Akademie der Wissenschaften zu München* (1899), pp. 77-140.
Boll, F., «Die Erforschung der antiken Astrologie»: *Neue Jahrbücher für das klassische Altertum*, 21 (1908), pp. 103-126.
Boll, F., *Sphaera. Neue griechische Texte und Untersuchungen zur Geschichte der Sternbilder*, Leipzig, 1903 (reimp. 1965).
Boll, F., *Kleine Schriften zur Sternkunde des Altertums*, Leipzig, 1950.
Boll, F., Bezold, C. y Gundel, W., *Sternglaube und Sterndeutung. Die Geschichte und das Wesen der Astrologie*, Leipzig-Berlin, 1931 (reimp. 1966).
Bouché-Leclercq, A., «L'astrologie dans le monde romain»: *RH*, 65 (1897), pp. 241-299.
Bouché-Leclercq, A., *L'Astrologie grecque*, Paris, 1899 (reimp. Bruxelles, 1963).
Calvo Martínez, J. L., «La astrología como elemento del sincretismo religioso del helenismo tardío», en *Astronomía y Astrología de los orígenes al Renacimiento*, Madrid (1994), pp. 59-86.
Charlesworth, J. H., «Jewish interest in astrology during the Hellenistic and Roman period», en *ANRW*, 20.2 (1987), pp. 926-950.
Cramer, F. H., «The Caesars and the Stars»: *Seminar*, 9 (1951), pp. 9-50; 10 (1952), pp. 1-59.
Cramer, F. H., «Expulsion of astrologers from Ancient Rome»: *C&M*, 12 (1951), pp. 9-50.
Cramer, F. H., *Astrology in Roman Law and Politics*, Philadelphia, 1954.
Cumont, F., «L'astrologie et la magie dans le paganisme romain»: *Revue d'Histoire et de Littérature Religieuses,* 11 (1906), pp. 24-55.
Cumont, F., *Astrology and Religion among the Greeks and Romans*, New York, 1912.
Cumont, F., «Astrologues romains et byzantins», en *Mélanges d'Archéol. et d'Hist.*, 37 (1918-1919), pp. 33-54.
Cumont, F., «Les noms des planètes et l'astrolâtrie chez les Grecs»: *L'Antiquité classique*, 4 (1935), pp. 4-43.
Cumont, F., *L'Égypte des astrologues*, Bruxelles, 1937.
Deman, A., «L'astrologie dans la loi et la politique romaines»: *Latomus,* 15, 4 (1956), pp. 559-566.
Dicks, D. R., *Early Greek Astronomy to Aristotle*, London, 1970.
Festugière, A.-J., *La révélation d'Hermès Trismégiste. I: L'astrologie et les sciences occultes; II: Le dieu cosmique; III: Les doctrines de l'âme; IV: Le dieu inconnu et la Gnose*, Paris, 1942-1954.

French, R., «Astrology in Medical Practice», en *Practical Medicine from Salerno to the Black Death,* Cambridge, 1994, pp. 39-42.
Gagé, J., «Tibère à Capri: histoire, légende et thèmes astrologiques»: *Revue des Études Italiennes*, 8 (1961), pp. 25-35.
Gundel, W., *Sternglaube, Sternreligion und Sternorakel*, Leipzig, 1933 (reimp. Heidelberg, 1959).
Gundel, W. y Gundel, H. G., *Astrologumena. Die astrologische Literatur in der Antike und ihre Geschichte* (= Sudhoffs Archiv., 6), Wiesbaden, 1966.
Gundel, W. y Gundel, H. G., *Weltbild und Astrologie in den griechischen Zauberpapyri,* München, 1968.
Gundel, W. y Gundel, H. G., *Zodiakos. Der Tierkreis in der antiken Literatur und Kunst*, München, 1972.
Gury, F., «Le métier d'astrologue», en *L'Africa Romana. Atti dell'XI convegno di studio* (Cartagine, 15-18 dicembre 1994), vol. 1, Ozieri, 1996, pp. 231-259.
Hübner, W., «L'astrologie dans l'Antiquité»: *Pallas,* 30 (1983), pp. 5-24. (= «Die Astrologie der Antike»: *Berichte zur Wissenschaftsgeschichte*, 8 [1985], pp. 7-24).
Hübner, W., *Zodiacus Christianus: Jüdisch-christliche Adaptationen des Tierkreises von der Antike bis zur Gegenwart*, Beiträge zur Klassischen Philologie, Königstein, 1983.
Hübner, W., *Die Begriffe Astrologie und Astronomie in der Antike: Wort geschichte und Wissenschaftssystematik*, Stuttgart, 1990.
Hübner, W., «Antike in der Astrologie der Gegenwart», en *Die Antike in der europäischen Gegenwart*, Göttingen, 1993, pp. 103-124.
Hunger, H., *Astrological Reports to Assyrian Kings*, Helsinki, 1992.
Ioppolo, A. M., «L'astrologia nello stoicismo antico», en *La scienza ellenistica*, Napoli, 1985, pp. 73-93.
Jürs, F., «Über die Grundlagen der Astrologie»: *Helikon,* 7 (1967), pp. 63-80.
Knappisch, W., *Geschichte der Astrologie,* Frankfurt, 1967.
Kroll, W., «Kulturhistorisches aus astrologischen Texten»: *Klio*, 18 (1923), pp. 213-225.
Le Boeuffle, A., *Les noms latins d'astres et de constellations*, Paris, 1977.
Le Boeuffle, A., *Astronomie, Astrologie, Lexique latin*, Paris, 1987.
Le Boeuffle, A., *Le ciel des Romains,* Paris, 1989.
Lindsay, J., *The Origins of Astrology*, London, 1971.
Lisi, F. L., «Astrología, astronomía y filosofía de los principios de Platón», en *Astronomía y Astrología de los orígenes al Renacimiento*, Madrid, pp. 87-110.
Long, A. A., «Astrology: arguments pro and contra», en *Science and Speculation: Studies in Hellenistic Theory and Practice*, Cambridge, 1982, pp. 165-192.
MacMullen, R., «Social history in Astrology»: *Ancient Society* 2 (1971), pp. 105-116.
Martínez Vázquez, J., «Astronomía y astrología en Roma», en *Astronomía y Astrología de los orígenes al Renacimiento*, Madrid, 1994, pp. 143-160.
Neugebauer, O. y van Hoesen, H. B., *Greek Horoscopes*, Philadelphia, 1959.
Neugebauer, O. y van Hoesen, H. B., *A History of Ancient Mathematical Astronomy*, Heidelberg, 1975.

Nielsen, K., «Remarques sur les noms grecs et latins des vents et des régions du ciel»: *C&M*, 7 (1945), pp. 1-114.
Nilsson, M. P., Die babylonischen Grundlagen der griechischen Astrologie»: *Eranos*, 56 (1958), pp. 1-11.
North, J. D., *Horoscopes and History*, London, 1986.
Panaino, A., «La diffusione dell'astronomia e dell'astrologia mesopotamica in India attraverso la mediazione iranica», en *L'astrologia e la sua influenza nella filosofia, nella letteratura e nell'arte dall'età classica al Rinascimento*, Milano, 1992, pp. 9-50.
Pérez Jiménez, A., «La doctrina de las estrellas: tradición histórica de una ciencia», *en Astronomía y Astrología de los orígenes al Renacimiento*, Madrid, 1994, pp. 1-42.
Riedinger, U., *Die heilige Schrift im Kampf der griechischen Kirche gegen die Astrologie von Origines bis Johannes von Damaskos*, Innsbruck, 1956.
Riess, E., «The Influence of Astrology in Life and Literature at Rome»: *Classical Weekly*, 27, 10 (1933), pp. 33-78.
Riley, M., «Theoretical and practical Astrology: Ptolemy and his colleagues»: *TAPhA*, 117 (1987), pp. 250-255.
Robert, L., «Theriodeiktes. Astrologers at Glossaires Latin-Greeks»: *Helleniká*, 1 (1940), pp. 132 ss.
Robson, V. E., *The Fixed Stars and Constellations in Astrology*, Wellingborough, 1969.
Rochberg-Halton, F., «New evidence for the history of astrology»: *Journal of Near Eastern Studies*, 43 (1984), pp. 115-140.
Rochberg-Halton, F., «Mixed traditions in Late Babylonian astrology»: *Zeitschrift für Assyriologie*, 77 (1987), pp. 207-228.
Rochberg-Halton, F., «Elements of the Babylonian contribution to Hellenistic astrology»: *Journal of American Oriental Society*, 108 (1988), pp. 51-62.
Rougier, L., *La religion astrale des Pythagoriciens*, Paris, 1959.
Sachs, A., «Babylonian Horoscopes»: *JCS*, 6 (1952), pp. 49-75.
Schiaparelli, J. V., *La astronomía en el Antiguo Testamento*, Madrid, 1969.
Stierlin, W., *L'astrologie et le pouvoir de Platon à Newton*, Paris, 1986.
Tester, S. J., *A History of Western Astrology*, Woodbridge, 1987.
Turcan, R., «Littérature astrologique et astrologie littéraire dans l'Antiquité classique»: *Latomus*, 27 (1968), pp. 392-440.
Virolleaud, Ch., *L'Astrologie chaldéenne*, Paris, 1905-1912.
West, S., «Astrologoumena»: *ZPE*, 77 (1989), pp. 30-32.
Wuilleumier, P, «Cirque et astrologie»: *MEFR(A)*, 44 (1927), pp. 184-209.

DICCIONARIO DE ADIVINOS, MAGOS Y ASTRÓLOGOS DE LA ANTIGÜEDAD

A

ÁBARIS / *Ábaris* (s. VI a.C.?).— Legendario adivino y taumaturgo (*iatromantis*) hiperbóreo, pueblo al que los griegos atribuían el conocimiento de la magia. Según la leyenda transmitida por Licurgo[1], atravesando los mortales un período de hambre y enfermedades, un oráculo de Apolo informó que sus penalidades acabarían cuando los atenienses realizaran cierto sacrificio (*proêrosia*) en su honor. Ábaris llegó a Grecia procedente de una isla fértil y de suave clima, de extensión no menor que Sicilia, situada «más allá de donde sopla el viento del norte». Al verle, los atenienses quedaron sorprendidos tanto por su carácter y la sencillez de sus costumbres como por su atuendo.

Atendiendo al oráculo, Ábaris realizó el sacrificio y logró eliminar las calamidades que padecían los mortales; dicho sacrificio parece ser una antigua institución religiosa, probablemente anterior a la fecha en que se creía había vivido Ábaris. Píndaro[2] sitúa al personaje en tiempos del rey Creso, es decir, hacia el 546 a.C. Según la Suda (s. X d.C.), Ábaris habría llegado a Atenas como embajador de los hiperbóreos durante la LIII Olimpiada, es decir, hacia el 568/565 a.C.; la misma fecha es propuesta por Eusebio en su *Crónica* (quien sin embargo le considera un escita) y por Hipóstrato[3].

En sus viajes[4] se detenía para realizar purificaciones, alejar pestilencias[5] o desviar los vientos[6], siempre sin tomar alimento alguno. En época helenística se le imaginó viajando a través de los aires transportado por una flecha mágica que le había entregado el propio Apolo[7] y que le permitía llegar a lugares inaccesibles.

Ábaris reconoció en el filósofo Pitágoras una encarnación del Apolo hiperbóreo. La relación de Ábaris con Pitágoras (nacido en Samos hacia el 580 a.C.) es mencionada por Aristóteles y Heráclides, aunque probablemente se hablaba de ella ya en épocas anteriores; serán, no obstante, los filósofos neoplatónicos los que más insistan en esa coetaneidad en la que hoy no se cree. No tardó, pues, en hacerse de Ábaris un discípulo de Pitágoras, de quien recibiría conocimientos sobre la naturaleza y los dioses e, igualmente, sobre la adivinación por los números (cuando, hasta entonces, Ábaris sólo utilizaba la observación de las entrañas de los animales[8]).

Jámblico[9] hace a Ábaris y Pitágoras contemporáneos del tirano Fálaris de Agrigento (Sicilia), lo que es muy du-

doso. Según este autor, Ábaris planteaba diversas cuestiones de carácter científico y teológico a Pitágoras cuando éste era prisionero del tirano griego y, viendo la lucidez de sus respuestas, pasó a venerarle como a un dios. Fálaris decidió entonces actuar contra los dos sabios, pero el mismo día en que iba a ejecutarlos una conspiración acabó con su vida. Ábaris es el destinatario de una carta del Pseudo-Fálaris[10] seguida de una respuesta (falsa) del propio Ábaris.

El propio Jámblico[11] nos dice también que Ábaris se detenía a veces en tierra, descendiendo de su flecha mágica, para hacer una colecta con la que construir un templo al Apolo hiperbóreo, a modo, pues, de los *agyrtes* o sacerdotes mendicantes de la Antigüedad.

No han faltado mitógrafos que reconstruyeran el itinerario geográfico seguido por Ábaris a lo largo de su vida. Una de las escalas debió hacerla en Delos, donde Ábaris renovó la antigua alianza entre los hiperbóreos y los habitantes de la isla[12]. Algunos autores antiguos consideran que fue entonces —y no antes— cuando recibió de Apolo sus dotes proféticas[13]. En su condición de profeta y purificador de almas, Ábaris recorrió toda Grecia, revelando los secretos del futuro y curando las enfermadades mediante fórmulas mágicas.

Según un escolio[14], Ábaris recopiló unos oráculos (los *chrêsmoi* de Ábaris o *chrêsmoi Skythikoi*) que, en su mayor parte, eran prescripciones rituales. Así, liberó a Esparta de una peste, siendo recordada su presencia en la ciudad con un monumento levantado en el templo de *Korè Soteira*[15]. De igual forma purificó también la ciudad de Cnossos en Creta[16].

La leyenda de Ábaris —que, por otra parte, tanto recuerda a la de *Aristeas— fue tratada en una obra especial por Heráclides del Ponto[17] (consultada quizá más tarde por Jámblico[18]). Otros autores, como Hecateo de Abdera, le prestaron también gran atención[19]. En la Antigüedad circulaba un *Lógos pròs Abarin* atribuido a Pitágoras.

En Virgilio[20] Ábaris es un guerrero rútulo, muerto por Eusialo durante una salida nocturna, mientras en Ovidio[21] es un amigo de Fineo, y en Silio Itálico[22] es un cartaginés.

1. *Orat.*, fr. 86. / 2. Fr. 270 Snell-Mähler. /3. *Apud* Harpokrat., s.v. «Ábaris»; Suidas, s.v. «Ábaris. Proerósia». / 4. Herod., IV, 36; Steph. Byz., *Hyperbóreioi.* / 5. Jambl., *Vit. Pyth.*, 135. / 6. Porfirio, *Vit. Pyth.*, 29 / 7. Jambl., *Vit. Pyth.*, 91; Porfirio, *Vit. Pyth.*, 29; 140. / 8. Jambl., *Vit. Pyth.*, 147. / 9. *Vit. Pyth.*, 215-217. / 10. *Ep.*, 56. / 11. *Vit. Pyth.*, 91. / 12. Diod., II, 47. / 13. Licurg., *Orat.*, fr. 86. / 14. *Eq.*, 729. Cf. Suda, s.v. «Skythikoi». / 15. Paus., III, 13, 2. / 16. Jambl., *Vit. Pyth.*, 92. / 17. Plut., *De aud. poet.*, 14 e; *Anecdota Graeca*, I, 178. / 18. *Vit. Pyth.*, 215-221. / 19. Diod., II, 47; *Schol. Apoll. Rhod.*, II, 675. / 20. *Aen.*, IX, 344. / 21. *Met.*, V, 86. / 22. *Pun.*, X, 134.

[Bibl.: P. Boyancé, «Sur l'Ábaris d'Heraclide le Pontique»: *REA*, 36 (1934), pp. 321-352; G. Colli, *La sabiduría griega*, Trotta, Madrid, 1995, pp. 441-442.]

ABDÍAS / *'Obadyahu* (s. VI a.C.).— Uno de los doce profetas menores judíos (*nabî*), asentado probablemente en Palestina tras la deportación de los israelitas a Babilonia. Su misión va especialmente ligada a sus ataques proféticos contra el reino de Edom, en el sur de Palestina.

La cronología de Abdías es, sin embargo, discutida. Para unos, su misión tuvo lugar en el siglo IX; en este caso su hostilidad contra Edom vendría justificada por el ataque de este reino contra Jorán, rey de Judá.

Parece más probable, sin embargo, que la figura del profeta haya que situarla en el siglo VI, cuando, tras la caída de Jerusalén (587 a.C.) a manos de los babilonios, los edomitas llevaron a

cabo repetidos saqueos sobre sus tierras e invadieron parte de su territorio; el libro de Reyes[1] denuncia a «las bandas de Aram» (Edom) y tanto los profetas como los salmistas posteriores a los acontecimientos siguieron maldiciéndolos. Incluso después de la desaparición de Edom, el reino quedó como prototipo de opresor del pueblo judío.

Abdías cree y espera la llegada del «día de Yahveh» o día del juicio contra las naciones (y en especial contra Edom). Se le atribuye el libro más corto del Antiguo Testamento (21 versículos), redactado, quizá, en el período posterior a la caída de Jerusalén (587 a.C.). En él se transmite el siguiente oráculo de Yahveh:

¿Acaso en aquel día no exterminaré de Edom a los sabios y de la montaña de Esaú la inteligencia? Y se aterrarán tus guerreros, oh Temán, de suerte que todo varón será extirpado de la montaña de Esaú. Por la mortandad, por la injusticia, contra tu hermano Jacob, te cubrirá la vergüenza y serás extirpado para siempre (Ab 8-10).

1. 2 R 24, 2.

[Bibl.: M. A. Arroyo, «El profeta Abdías»: *Cult.Bib.*, 11 (1954), pp. 32-33; J. D. W. Watts, *Obadiah*, Grand Rapids, 1969.]

ACÁNTIDE / *Acanthís* (s. I a.C.?).— Hechicera (*saga*) y alcahueta citada por el poeta Propercio (50/47 a.C.-2 d.C.), quien dirige contra ella una de sus elegías[1]; el personaje es histórico, en opinión de algunos autores. Propercio maldice a esta *saga*, corruptora de jóvenes enamoradas, cuya muerte desea; el tema fue tratado también por Horacio (quien en *Epodos*[2] execra a la lena *Canidia) y Ovidio (quien en *Amores*[3] maldice a *Dipsas).

Propercio destaca los poderes de la hechicera, capaz de alterar el curso de la luna, transformar la tierra firme en agua corriente o convertirse en lobo. En un acto de magia simpática cegaba a los maridos arrancando con su uña los ojos de las cornejas. Acántide consulta a los vampiros (*striges*) sobre la muerte del poeta y con el propósito de hacerle enloquecer elabora un filtro (*hipomanes*) mezcla de hierbas y secreciones de yegua preñada.

El poeta recoge las seductoras palabras que Acántide, ahora en su faceta de alcahueta, dirige a Cintia, amante del poeta, y con las que corrompe poco a poco a la joven alejándola de éste:

Si te agrada la aurífera ribera oriental de los Dorozantes [lejano pueblo del Oriente, famoso por su oro] y la concha que se enorgullece en el fondo del mar de Tiro, y te placen los tejidos de la Minerva de Cos, patria de Eurípilo, y la frágil imaginería arrancada de los lechos atálicos, o los vasos que para ser vendidos envía Tebas rodeada de palmeras, o los murrinos [vasos frágiles] que se cuecen en los fuegos de Persia, ¡desprecia la fidelidad, derriba las imágenes de los dioses, triunfen las mentiras y quebranta las leyes de un pudor perjudicial! Añade precio inventar un marido; haz uso de pretextos. El deseo se acrecerá demorando la noche prometida. Si acaso te mesara los cabellos, su enojo puede serte provechoso: hay después que oprimirlo con una paz regateada [...] Suplicante, siéntate a tu lado, tú dispón tu sillón, escribe cualquier cosa: si él teme tus artimañas ¡tuyo es! Muestra siempre mordiscos recientes en tu cuello, que él piense que te los han dado en lid alterna [...] Acomódate a las costumbres de tu amante; si canciones vocea, acompáñale y, embriagada, une tu voz; que tu portero esté despierto para los dadivosos: que se adormezca sobre el cerrojo bien echado, si viene desprovisto el que llama. Y no te desagrade un soldado rudo en amor, ni un marinero, si en su

encallecida mano trae monedas, ni aquellos de cuyos bárbaros cuellos pendió un cartel cuando untados de greda danzaron en medio del foro [esclavos extranjeros]. Tú atiende al oro, no a la mano que lo trae. De oir versos, ¿qué sacarás en limpio sino palabras? ¿De qué sirve, vida mía, presentarte con el cabello adornado y mover los pliegues delicados de un vestido de fina seda de Cos? Del que te ofrende versos, pero no el regalo de un vestido de Cos, séate la lira sorda y sin metal. Mientras la sangre bulle primaveral, mientras tu edad carezca de arrugas, disfruta, no sea que el día de mañana le quite la flor a tu rostro. Yo vi las fragantes rosaledas de Pesto, que vida prometían, quedar mustias bajo el viento de una mañana (*Eleg.*, IV, 5, 21-62).

Estas palabras explican que la figura de Acántide, como la de *Dipsas, haya sido considerada un precedente de ciertos personajes literarios como la Celestina.

1. IV, 5. / 2. 5 y 17. / 3. I, 8.

[Bibl.: A. M. Tupet, *La magie dans la poésie latine*, Paris, 1976, pp. 285-288.]

ACHINAPOLO / *Achinapolus* (s. I a.C.?).— Astrólogo egipcio citado sólo por Vitrubio[1]. Dejó una teoría de los horóscopos basada no en el momento del nacimiento, sino en el momento de la concepción. Los manuscritos dudan entre *Achi-* y *Archi-* pero el nombre no es citado por otras fuentes. Algunos autores (E. Maas) han leído *Anchimolus,* identificándolo, a su vez, con el Molón citado por Teócrito, si bien éste no dice que Molón sea astrólogo. Otro autor (V. Rose) propone leer *Athenodorus* e identificarlo con *Kordylion*, un filósofo estoico al frente de la Biblioteca de Pérgamo que vivió hacia el año 70 a.C. y que murió en Roma, pero se ignoran, igualmente, inquietudes astrológicas en este personaje.

La idea de que el momento de la concepción era el más importante en la determinación del horóscopo debió de ser emitida por los filósofos antiguos (J. Soubiran), si bien era muy difícil precisar dicho momento a causa del largo período de gestación. Fue un método astrológico, pues, poco extendido y reservado sólo a personajes de la realeza como Antíoco I Epífanes o el emperador Augusto. La mayor parte de los astrólogos consideraba que concepción y nacimiento se producían necesariamente en las mismas circunstancias y bajo influencias astrales análogas, por lo que el horóscopo del nacimiento era suficiente.

1. *De arch.*, IX, 6.

ÁGABO / *Aagabo* (s. I d.C.).— Miembro de la primera comunidad cristiana de Jerusalén, dotado del don de la profecía. Poco después de haberse convertido, anunció desde la ciudad de Antioquía un periodo de hambre «en todo el orbe», es decir, en las provincias del Imperio romano. *Hechos*[1] recuerda que la epidemia se produjo, efectivamente, bajo el gobierno del emperador Claudio; conocemos, concretamente una carestía en Judea durante los años 45-46 d.C., lo que justificaría el envío de suministros por parte la comunidad cristiana de Antioquía a los hermanos de Judea[2].

Ágabo reaparece en Cesarea, años más tarde (58 d.C.), en compañía de Pablo. El profeta predice entonces, mediante gestos simbólicos, la próxima cautividad del apóstol. Concretamente le quitó a Pablo el cinturón, se ató con él los pies y las manos y dijo:

El Espíritu Santo dice lo siguiente: «Así atarán los judíos en Jerusalén al hombre de quien es este cinturón, y lo en-

tregarán en manos de gentiles» (Hch 21, 12).

En efecto, la revuelta producida por los fanáticos judíos en las proximidades del Templo de Jerusalén fue la causa de que Pablo fuera detenido por las autoridades romanas, encerrado en Cesarea y, posteriormente, llevado a Roma[3].

1. 11, 27. / 2. Hch 11, 29-20. / 3. Hch 28, 16 ss.

AGÉLOCO / *Agélochos* (s. v a.C.).— Adivino (*mantis*) griego perteneciente a la rama espartana de la familia de los *Yámidas. Era hijo del célebre *mantis* *Tisámeno y padre de *Agias y quizá también de *Tisámeno el joven según recuerda Pausanias[1]. Nada sabemos de su actividad como adivino.

1. III, 11, 5.

AGEO / *Haggay* (s. vi a.C.).— Profeta hebreo de Jerusalén (uno de los doce «profetas menores»). Debió regresar a la Tierra Santa con los repatriados del exilio del 587 a.C. Es, por tanto, el primero de los tres profetas posexílicos, junto a *Zacarías y *Malaquías.

Su actividad profética coincide con el segundo año del reinado del persa Darío (en el 520 a.C.). El libro de Esdras[1] señala que profetiza para los judíos de Judá y Jerusalén; Ageo hace una llamada para reconstruir el Templo ante la indiferencia generalizada del pueblo hebreo.

Un corto libro del Antiguo Testamento lleva el nombre del profeta Ageo; seguramente recoge sus palabras, pero debió de ser obra de algún testigo.

En uno de los oráculos se elogiaba a Zorobabel[2], gobernador de Judea[3], bajo cuya dirección y la del sumo sacerdote Josué se iniciaron los trabajos de reconstrucción de la Casa de Yahveh. El oráculo de Yahveh transmitido por Ageo dice:

Subid al monte, traed madera y reconstruid la Casa, y me complaceré en ella y seré así honrado... Porque es mi Casa la que está en ruinas y vosotros corréis cada uno a vuestra casa. Por eso los cielos os negaron su rocío y la tierra rehusó los productos. Y llamé a la aridez sobre la tierra, y sobre las montañas, y sobre los cereales, y sobre el mosto y sobre el aceite y sobre lo que el suelo produce, y sobre el hombre, y sobre las bestias, y sobre todo trabajo manual (Ag 1, 7-11).

En el oráculo de 2, 10-14 se alude a una futura ley sacerdotal que regule los elementos santos e impuros introducidos en el interior del Templo, cuya construcción se estaba llevando a cabo entonces, pero del que el profeta espera que sobrepasará al primero.

1. Esd 5, 1; 6, 14. / 2. Ag 1, 1; 2, 20-23. / 3. Ag 1, 1.

AGESIAS / *Agesías* (466/5 a.C.).— Adivino griego (*mantis*) perteneciente a la rama siracusana de la familia de los *Yámidas (que custodiaba el altar de Zeus en Olimpia), hijo de Sóstrato[1]. Vivió en la primera mitad del s. v a.C.

Sirvió como jefe militar y como adivino a las órdenes del tirano Hierón I de Siracusa (478-466 a.C.), de quien acabó haciéndose amigo; nada, sin embargo, sabemos de ambas actividades, si bien unos escolios[2] dicen que destacó en los combates por su arte y su valor personal.

Píndaro le dedicó su sexta Olímpica[3] por su triunfo en la carrera de carros de mulas en los juegos olímpicos del 468. El éxito fue celebrado en Estínfalo (ciudad de Arcadia, de don-

de procedía la madre de Agesias) con la oda que Píndaro compuso en Tebas para la ocasión; a la fiesta se sumó *Eneas, otro adivino estinfalio, quizá pariente de Agesias.

Agesias murió asesinado en el 466/5, durante una revolución interna producida en la ciudad de Siracusa pocos meses después de la muerte del tirano[4].

1. Pind., *Ol.*, 6, 9; *Schol. Pind.*, 14a. / 2. *Schol. Pind.*, 30c. / 3. *Ol.*, VI, 4, 22 ss. / 4. *Schol. Pind.*, *Ol.*, VI, 165.

[Bibl.: Cauer, «Agesias»: *RE*, I, 1 (1894), col. 795.]

AGIAS / *Agías* (2.ª mitad s. V a.C.).— Adivino griego (*mantis*) hijo de Agéloco y nieto del célebre *Tisame-no, perteneciente a la «rama espartana» de la familia de los *Yámidas.

Las fuentes antiguas[1] recuerdan que fue Agias quien animó de forma decisiva al rey espartano Lisandro a atacar a la flota ateniense en Egospótamos (405 a.C.), afirmando que lograría someterla toda entera a excepción de diez embarcaciones que se refugiarían en Chipre, como así sucedió[2].

En agradecimiento por este servicio, los espartanos elevaron en su honor una estatua de bronce en el ágora que aún podía ser contemplada en el siglo II d.C. junto al altar de Augusto. También tuvo otra en Delfos, próxima a la de Lisandro[3].

1. Paus., X, 9, 7. / 2. Paus., III, 11, 5 / 3. Paus., X, 19, 7.

AGLAONICE / *Aglaonike* (s. II d.C.?).— Hechicera tesalia, hija de Hegétor, citada por Plutarco[1] y por algunos escolios[2]. Era famosa por sus conocimientos astrológicos (*astrologiké gyné*, la denomina Plutarco[3]). Según este autor, era experta en predecir eclipses de luna llena, ya que conocía de antemano el tiempo en que la luna es oscurecida «por la sombra de la Tierra». Engañaba así a las mujeres, a las que convencía durante los eclipses de embrujar la luna y poder «hacerla bajar». La creencia de que las mujeres tesalias tenían el poder de «bajar la luna» estaba muy extendida en la Antigüedad[4]. Ignoramos cuándo vivió, aunque el personaje parece histórico.

1. *Mor.*, 145 C; 416 F-417 A. / 2. *Schol. Apoll. Rhod.*, IV, 59. / 3. *Mor.*, 417 A. / 4. Aristof., *Nubes*, 749; Platón, *Gorg.*, 513a; Apol. Rodas, *Arg.*, IV, 54 ss.

AJAB / *'Ajab* (s. VI a.C.).— Falso profeta hebreo que vaticinaba en nombre de Yahveh a la comunidad israelita deportada en Babilonia[1]. Fue denunciado y maldecido por *Jeremías (profeta verdadero), quien invocó —tanto contra él como contra Sedecías— un oráculo de Yahveh que decía:

He aquí que yo los entregaré en manos de Nabucodonosor, rey de Babilonia, que los hará matar a vuestros ojos; y de ellos se originará una imprecación proverbial entre todos los desterrados de Judá que se hallan en Babilonia, exclamando: «¡Haga Yahveh contigo como con Sedecías y con Ajab, a quienes el rey de Babilonia tostó al fuego», ya que obraron villanía en Israel, y cometieron adulterio con las mujeres de sus compañeros, y pronunciaron en mi nombre palabras falsas que yo no les había ordenado decir (Jr 29, 21-23).

Por su condición de falso profeta, Nabucodonosor (605-562 a.C.), instrumento de la justicia divina, lo mandó arrojar al fuego.

1. Jr 29, 21-23.

AJÍAS / *Ahiyyah* (s. X a.C.).— Profeta hebreo, originario de Siló, que anun-

ció el cisma de Israel mediante una acción simbólica[1]. Cuando en los últimos años del reinado de Salomón (970-931 a.C.) Jeroboam salía de la ciudad de Jerusalén, Ajías, que iba embozado en un manto nuevo, le salió al encuentro. Cogiendo el profeta su manto lo rasgó en doce pedazos y, dirigiéndose al futuro rey, le dijo:

Cógete diez trozos, pues así ha dicho Yahveh, Dios de Israel: He aquí que desgarro el reino de la mano de Salomón y te daré diez tribus. La otra tribu será para él, en gracia a mi siervo David y a Jerusalén, la ciudad que escogí de entre todas las tribus de Israel [...] Sin embargo no retiraré de su mano todo el reino, pues lo mantandré príncipe todos los días de su vida, en consideración a David, mi siervo, a quien escogí, el cual guardó mis mandamientos y mis leyes; pero retiraré el reino de mano de su hijo y lo daré a ti: las diez tribus; y a su hijo entregaré una sola tribu, a fin de que David, mi siervo, tenga siempre una lámpara ante mí en Jerusalén, la ciudad que yo escogí para poner allí mi nombre. A ti te cogeré y reinarás sobre todo lo que tu alma desee y serás rey sobre Israel (1 R 11, 29-37).

Con este acto simbólico el profeta daba a entender cuál es la voluntad de Yahveh: Jeroboam reinará sobre la mayor parte de las tribus de Israel, mientras que a causa de las infidelidades de Salomón, entregado al culto de Astarté, éste sólo conservará la de Judá (dos, en realidad, con la de Benjamín).

La promesa de Ajías, y en particular el anuncio divino de una «casa firme», animaron a Jeroboam a acelerar sus planes para asegurarse el poder.

Pero una vez rey de Israel, Jeroboam apartó a su pueblo de la religión de Yahveh incitándolo a practicar sacrificios en honor de Baal[2], lo que no tardó en desatar la cólera de Dios. Cuando Ajías fue llamado por la reina para atender al príncipe Abdías, hijo de Jeroboam, muy enfermo, le anunció no sólo la muerte del niño sino la desgracia para toda la casa real culpable:

...Así, pues, tú levántate y vete a tu casa; cuando tus pies penetren en la ciudad, morirá el niño. Todo Israel le llorará, y le enterrarán; pues éste será el único de los de Jeroboam que vaya a parar a una sepultura, por cuanto que se ha hallado en él alguna cosa buena hacia Yahveh, Dios de Israel, dentro de la casa de Jeroboam. Yahveh se suscitará un rey sobre Israel, que aniquile la casa de Jeroboam: ¡en ese día! Luego Yahveh vapuleará a Israel, como la caña es agitada por las aguas, y arrancará a Israel de este excelente país que había dado a sus padres, y los dispersará al otro lado del río [Éufrates] [...] Entregará a Israel, a causa de los pecados que Jeroboam ha cometido y ha hecho cometer a Israel (1 R 14, 12-16).

Los hechos no tardaron en confirmar las predicciones del profeta. Muerto Jeroboam, Nadab, su único hijo superviviente, sólo gobernó durante dos años, siendo asesinado por Basá, uno de sus generales. Éste, tras proclamarse rey, exterminó a toda la descendencia de la casa de Jeroboam[3]. Más tarde, a finales del siglo VIII a.C., se cumpliría también la segunda parte del oráculo: el exilio de Israel al otro lado del Éufrates.

1. 1 R 11, 29-39. / 2. 1 R 12, 26-33. / 3. 1 R 14, 2-18; 1 R 15.

ALBICERIO / *Albicerius* (s. IV d.C.).— Adivino (*divinus*) de origen cartaginés citado por Agustín de Hipona en su libro *Contra los Académicos*[1], escrito hacia el año 368 d.C. A los que iban a consultar a este «vidente» respondía cosas «maravillosas y ciertas». En el diálogo agustiniano, Albicerio es de-

fendido por uno de sus personajes, Licencio, quien narra cuatro casos asombrosos de los que fue testigo:

1) A una persona, a la que no conocía, que había perdido en su casa una cuchara le adivinó no sólo lo que buscaba y dónde se hallaba oculta, sino su propio nombre.

2) A un niño que llevaba unas monedas, parte de las cuales había robado, le obligó a devolver las que había hurtado sin haber visto la suma y sin ser informado de lo que aquél había hecho.

3) Estando Flaciano, un hombre de alta posición social, en tratos para comprar una finca, preguntó a Albicerio si sabía qué asunto estaba llevando entre manos. El adivino manifestó la naturaleza del negocio y el nombre de la finca, que ni el propio Flaciano recordaba.

4) Un hombre joven le desafió en una ocasión a que adivinase lo que estaba pensando en aquel mismo instante. Albicerio le respondió que tenía en mente un verso de Virgilio. Como él, lleno de asombro, no pudo negarlo, le preguntó qué verso era y el adivino, que apenas sabía gramática, se lo recitó completo.

San Agustín atribuye las dotes adivinatorias de Albicerio a demonios o espíritus que embaucan a los hombres[2]. En otra de sus obras[3] explica las causas por las que Dios permite la adivinación de los demonios.

1. Aug., *C. Acad.*, VI, 17-18. / 2. *De ordine*, II, 9, 27 = *PL*, 32, 1007. / 3. *De div. daemonum* = *PL*, 40, 582-591.

ALEJANDRO / *Alexandrós* (s. IV a.C.).— Adivino (*mantis*) troyano. Diodoro[1] dice que una vez levantado el campamento de Tróade, Alejandro Magno se dirigió al templo de Atenea donde el encargado de los sacrificios, Alejandro (o Aristandro, según otras lecturas), le advirtió que delante del templo yacía tirada la estatua de un antiguo sátrapa de Frigia, Ariobarzanes; esta señal y otros presagios favorables animaron al adivino a asegurar al monarca macedonio que obtendría la victoria en una gran batalla de caballería, especialmente si se daba la circunstancia de celebrar el combate en los confines de Frigia, como poco después sucedería en la batalla de Gránico (mayo/junio del 334 a.C.).

Finalmente anunció que con sus propias manos Alejandro daría muerte en el transcurso de un combate a un destacado general enemigo y que la diosa Atenea colaboraría en su éxito. Como agradecimiento por el oráculo, Alejandro dedicó su propia armadura como ofrenda a la diosa[2].

1. XVII, 17, 6-7 / 2. Diod., XVII, 18, 1.

ALEJANDRO DE ABONUTICO / *Alexandrós* (s. II d.C.).— Adivino y mago fundador de un célebre oráculo en Abonutico (Paflagonia), su ciudad natal. Sabemos de él a través de la biografía que le consagra su enemigo personal, Luciano de Samósata (en su *Pseudomantis*) quien, sin embargo, reconoce haber consultado el oráculo de Abonutico en varias ocasiones con el fin de poner al descubierto las supercherías de Alejandro[1], al que considera un «falso adivino» (*pseudomantis*). Existen no obstante otras fuentes, arqueológicas, epigráficas[2] y numismáticas, que prueban la historicidad de Alejandro.

Alejandro debió de vivir en época de los Antoninos, es decir, a mediados del siglo II d.C. Dotado de gran talento, fue educado por un mago amigo y compatriota de *Apolonio de Tiana, cuyo nombre no se cita. Concluida su etapa de aprendizaje, decidió sacar provecho de sus conocimientos. Se asoció primero con un bizantino de

nombre *Coconas, con el que acordó fundar un oráculo en la ciudad de Abonutico bajo la protección del dios Asclepio.

Para darle apariencia de autenticidad enterró unas tablillas de bronce en el templo de Apolo en Calcedón —que simuló después haber «descubierto»— en las que se anunciaba que «pronto Asclepio, acompañado de Apolo, su padre, vendrían al Ponto y fijarían su residencia en Abonutico». El oportuno descubrimiento de estas tablillas difundió inmediatamente la noticia por Bitinia y el Ponto y, sobre todo, entre los habitantes de Abonutico.

La llegada de Alejandro a su ciudad natal despertó una gran expectación. De larga cabellera rizada, iba vestido con una túnica blanca y purpúrea sobre la que caía un manto blanco y portaba una espada curva. Diversos oráculos hacían de él un descendiente de Podalirio (médico y adivino hijo de Asclepio que participó activamente en la guerra de Troya) y de Perseo, así como un gran profeta. Uno de estos oráculos decía:

Este que veis aquí, hombre grato a Zeus, de la estirpe de Perseo, / es el adivino Alejandro, partícipe de la sangre de Podalirio (*Alex.*, 11).

Los habitantes de Abonutico fueron testigos del nacimiento de un nuevo dios: Alejandro depositó en los cimientos del templo de Asclepio (cuya construcción se iniciaba) un huevo de oca, previamente vaciado, que encerraba en su interior una serpiente recién nacida. Al «eclosionar» el huevo, apareció la nueva divinidad, que recibió el nombre de Glicón (*Glykón*); algunos estudiosos (Eitrem) han relacionado el teónimo con el del dios de la gnosis *Chnubis* o *Cnumis*, iconográficamente afín. El dios tenía cuerpo de serpiente y cabeza con rasgos humanos (la cabeza había sido pintada o modelada y la boca se abría o cerraba a voluntad del impostor)[3].

Una escultura marmórea hallada en la antigua Tomi, considerada como una imagen cultual, permite darnos una idea de su apariencia: es de gran tamaño (4,60 m) —enrollada al cuello y al torso de Alejandro aún tocaba el suelo—, de cabeza «antropomórfica» —sobre todo los cabellos y las orejas— pero también con partes propias de cabezas de perros y ovejas.

Pronto estableció el método adivinatorio del oráculo de Glicón-Asclepio, tomando como modelo el de Anfíloco de Malo (Cilicia). Indicaba al consultante que escribiera en una tira de papiro lo que deseaba saber y que luego la atara y la sellara con cera. Él mismo tomaba las tiras y, ya en el interior del santuario, llamaba por orden a los consultantes por mediación de un sacerdote. Después escuchaba al dios y devolvía la tira sellada, sin abrir, tal y como fue entregada, pero incluyendo en ella, debajo de la consulta, la respuesta del dios[4]. Luciano de Samósata describe algunos de los trucos utilizados por Alejandro para abrir los sellos sin que fueran advertidos[5].

El precio de la consulta era caro: una dracma y dos óbolos[6]; un oráculo emitido por Glicón había, sin embargo, anunciado el desinterés por el dinero:

Os exhorto a conferir honores a mi servidor y profeta, / no me preocupo en exceso de las riquezas, sí de mi profeta (*Alex.*, 24).

No obstante, quienes pagaban más podían recibir oráculos «autófonos», es decir, pronunciados en voz alta por la serpiente misma: un tubo acústico que salía de la cabeza del reptil permitía a Alejandro simular el oráculo de Glicón.

Las respuestas solían ser equívocas y ambiguas recurriendo con frecuencia a expresiones tales como: *Todo su-*

cederá cuando yo quiera, y Alejandro, mi profeta, me lo pida, y ruege por vosotros[7]; a veces incluso carecían de sentido. Glicón prescribía también medicamentos y dietas, recomendando con frecuencia las *cytmides*, nombre inventado por él para designar un remedio fortificante hecho con grasa de oso.

Cuando el oráculo estaba en su apogeo, Alejandro ideó un tercer método de consulta: los oráculos «nocturnos». Tomaba las tiras de papiro y se acostaba sobre ellas, dando las respuestas como si las hubiese oído al dios en sueños[8].

Con las enormes sumas que obtenía (setenta u ochenta mil dracmas al año, dice Luciano[9]) pagaba a las muchas personas que estaban a su servicio: una red de espías que le proporcionaba informaciones útiles, el personal dedicado a la propaganda del oráculo, guardianes del templo, falsificadores de sellos, etc.

La fama del oráculo se extendió por las ciudades vecinas llegando incluso a Roma, entre cuyos consultantes figuraron hombres de la categoría social de Severiano, tetrarca de Galacia, que llevó a cabo una expedición militar contra Armenia siguiendo las indicaciones del siguiente oráculo autófono:

Después de someter a partos y armenios con diestra lanza / regresarás a Roma, y al agua del Tíber luminosa en las sienes / llevando una diadema centelleante (*Alex.*, 27).

Otro personaje de alta condición social que consultó repetidamente —mediante emisarios— al profeta fue *P. Mummius Sisenna Rutilianus*, de familia romana consular y procónsul de Asia en el 150 d.C. Una de estas consultas se refería al maestro que debía elegir para que dirigiese los estudios del hijo de su anterior esposa; Alejandro respondió:

A Pitágoras y al excelente aedo mensajero de guerras (*Alex.*, 33).

El niño murió a los pocos días, pero Rutiliano defendió al oráculo diciendo que lo ocurrido era precisamente lo que el dios había querido predecir, pues ambos —Pitágoras y Homero— muertos muchos siglos antes serían sus maestros, pero en el Hades.

En otra ocasión Rutiliano le preguntó de quién era el alma que él había recibido, a lo que el oráculo respondió:

Primero fuiste el Pelida, después de esto, Menandro, luego el que ahora pareces, más tarde serás rayo solar, y vivirás ochenta, además de cien años (*Alex.*, 34).

Luciano dice que el oráculo se equivocó nuevamente con él, dado que sólo vivió hasta los sesenta años.

Fue precisamente gracias a la mediación de Rutiliano como Alejandro logró entrevistarse con el emperador Marco Aurelio. Según Luciano, durante la guerra contra los marcomanos (hacia el 170 o 171 d.C.) el oráculo de Alejandro prescribió arrojar «dos fieles servidores de Cibeles» al Danubio, junto con perfumes de la India y otras magníficas ofrendas, como garantía de victoria y paz:

En los remolinos del Istro, el río que se nutre de las lluvias de Zeus, / mando arrojar a dos fieles servidores de Cibeles, / fieras en las montañas criadas, y cuanto cría el aire indio / de flores y plantas perfumadas. Y al momento habrá / una victoria, y gloria magna, junto con la anhelada paz (*Alex.*, 48).

El emperador, siguiendo las instrucciones del oráculo, arrojó dos leones al río; los animales tras alcanzar a nado la orilla enemiga, fueron muertos por los bárbaros. Sin embargo el oráculo se mostró poco efectivo, pues, poco después, cerca de veinte mil soldados romanos fueron hechos prisioneros y los bárbaros lograron penetrar en sue-

lo itálico. Alejandro se defendió recurriendo a la ambigüedad de los oráculos délficos, es decir, afirmando que la victoria prometida por el dios se refería a la de los bárbaros. Sólo entre los años 166 y 169 el emperador logró a duras penas rechazar a los marcomanos invasores de las provincias orientales. Algunos autores han creído reconocer a los leones representados en la célebre columna de Marco Aurelio, pero parece difícil admitir que un hecho de tan desgraciado recuerdo para el ejército romano fuese conmemorado en un monumento oficial de estas características.

Alejandro mantuvo buenas relaciones con otros oráculos de la zona, enviando con frecuencia a muchos de sus clientes a Claros, Dídima o Malo, lo que sin duda también contribuyó a prestigiar el suyo. La ciudad de Abonutico llegó incluso a hacerse insuficiente para albergar el gran número de peregrinos venidos de todas partes del Imperio. El propio Alejandro logró de Roma que el topónimo de su ciudad natal fuera sustituido por el más altisonante de *Ionopolis* (conservado en el actual nombre turco de Ineboli), derivado de Ion, héroe epónimo de los jonios. La ciudad recibió también, desde Lucio Vero, el derecho a acuñar moneda con las efigies del dios y del profeta.

En los últimos años, al decir de Luciano, Alejandro dirigió sus oráculos a los extranjeros que venían a consultarlo en sus idiomas de origen (sirio, celta, escita); la respuesta era escrita en esas mismas lenguas gracias a la creación de un servicio de agentes que la traducían[10].

También emitió oráculos durante la peste del año 165, distribuidos posteriormente por todas las ciudades del Imperio. Pretendiendo haber sido emitidos con anterioridad a la aparición de la plaga predecía, junto a la peste, incendios y terremotos pero prometía ayudar eficazmente a los hombres para evitar tales desastres. Uno de estos «oráculos autófonos» es citado también por Luciano:

La peste ahuyenta el bien crinado Apolo (*Alex.*, 36).

El verso era escrito sobre las puertas de las casas para preservar a los habitantes de la plaga. Precisamente una inscripción con este mismo verso fue hallada en Antioquía, lo que demuestra la veracidad del relato de Luciano (L. Robert).

Pero también es cierto que el oráculo de Glicón-Asclepio desencadenó una fuerte oposición, sobre todo por parte de los filósofos epicúreos, resueltos a desenmascarar la farsa de Alejandro. Desde su santuario, Alejandro —dice Luciano— sostenía contra ellos una guerra sin tregua ni concesiones. Una de sus armas fue el propio oráculo: Alejandro emitió uno en el que, tras haber sido preguntado por alguien qué hacía Epicuro en el Hades, respondió:

Lleva grilletes de plomo y está sentado en cieno (*Alex.*, 25).

En otra ocasión quemó una de las más preciosas obras de Epicuro en el centro del ágora al tiempo que emitía un nuevo oráculo:

Te ordeno consumir en la hoguera las máximas del viejo ciego (*Alex.*, 47).

Junto a los epicúreos, también los ateos y los cristianos formaron parte de la oposición al oráculo. Por el contrario, los filósofos platónicos, estoicos y pitagóricos (siempre según Luciano) apoyaron al profeta.

Pero al margen de la actividad oracular, Alejandro instituyó también unos misterios (muy similares a los de Eleusis) celebrados durante la noche con marchas de antorchas y ceremo-

nias sagradas. El primer día tenía lugar la representación del parto de Latona (madre de Apolo), el nacimiento de Apolo y su boda con la ninfa Coronis y la venida al mundo de Asclepio. El segundo día la aparición y el nacimiento del dios Glicón y, por último, el tercero, las bodas de Podalirio (hijo de Esculapio) y de la madre de Alejandro (que se decía descendiente de Perseo). Una última representación cerraba los misterios: la hierogamia de Selene (la Luna) y Alejandro. El papel de Selene estaba encarnado por Rutilia, una hermosa mujer hija del citado Rutiliano: mientras Alejandro yacía dormido, ella descendía sobre él desde el techo (que simbolizaba el cielo) y, a la luz de las antorchas, se daban besos y abrazos ante los presentes. Fruto de esta unión nacería una hija, con la que más tarde contrajo matrimonio el propio Rutiliano, siempre siguiendo uno de los oráculos de Alejandro.

Según Luciano[11], muchas mujeres, con la aprobación de sus maridos, presumían haber parido un hijo de Alejandro. Posiblemente éste las fecundaba sustituyendo a Glicón pues las mujeres, llevadas de la extendida creencia griega de que un dios-serpiente podía dejarlas preñadas, se acercaban con ese fin al santuario. Precisamente una inscripción[12] alude a un sacerdote llamado Miletos, «hijo de Glicón Paflagonio». La madre de Miletos debió, pues, de haber visitado el santuario de Abonutico donde recibió el milagro de un hijo, naturalmente con la mediación de su sacerdote.

En Dacia (Apulum y Alba Julia) fueron halladas dos inscripciones[13] a Glicón (una de ellas hecha *iussu dei*). El culto había penetrado más allá de los Cárpatos. Quizá esta expansión por tierras danubianas se debió a la influencia de Rutiliano, el suegro de Alejandro, gobernador de la Mesia Superior entre los años 155 y 158 d.C.

Muchas veces Alejandro se presentaba en público mostrando su muslo bañado con un color dorado, como el que, según una tradición, tenía Pitágoras; de esta forma aparentaba ser una reencarnación del filósofo griego. Para resolver la polémica sobre si tenía o no el alma de Pitágoras, Glicón emitió el siguiente oráculo:

El alma de Pitágoras, ora se extingue, ora crece de nuevo. / La del Profeta es flujo del espíritu divino. / La envió el padre como una ayuda para los hombres buenos; / y a Zeus de nuevo volverá fulminada por el rayo de Zeus (*Alex.*, 40).

Alejandro había anunciado en un oráculo sobre sí mismo que viviría ciento cincuenta años y moriría fulminado por un rayo[14], pero murió en el 174 d.C., es decir a los setenta, víctima de una pierna gangrenada «hirviendo de gusanos». Al morir, sus colaboradores se disputaron su sucesión; su suegro, Rutiliano recibió el derecho a impartir los oráculos «aunque él no estuviera». Algunos autores piensan por ello que el oráculo pudo haber adquirido un carácter necromántico. Las monedas de Abonutico con la efigie de Glicón llegan hasta la época de Treboniano Galo (251-253 d.C.), si bien es posible que el oráculo permaneciese activo algunas décadas más.

1. *Alex.*, 53. / 2. *IGRom.*, IV, 1498; *CIL*, III, 1021-1022. / 3. *Alex.*, 17. / 4. *Alex.*, 19. / 5. *Alex.*, 20-22. / 6. *Alex.*, 23. / 7. *Alex.*, 22. / 8. *Alex.*, 49. / 9. *Alex.*, 23. / 10. *Alex.*, 51. / 11. *Alex.*, 42. / 12. *IGRom.*, IV, 1498. / 13. *CIL*, III, 1021 y 1022. / 14. *Alex.*, 59.

[Bibl.: Edición española del tratado de Luciano: M. Giner Soria, *Elio Arístides. Luciano de Samósata. Discursos sagrados. Sobre la Muerte de Peregrino. Alejandro o el falso profeta*, Madrid, 1989. Sobre el personaje: F. Cumont, «Alexandre d'Abonotichos: un épisode de l'histoire du paganisme au II siècle de notre ère», *Mémoires de l'Academie Royale Belge*, 40 (1887), pp. 3-54; E. Babelon, «Le faux prophète Alexandre d'Abonotichos»: *RNum*, 4 (1900), pp.

1-30; F. Cumont, «Alexandre d'Abonotichos et le néo-pythagoricisme»: *RHR*, 86 (1922), pp. 202 ss.; A. D. Nock, «Alexander of Abonuteichos»: *CQ*, 22 (1928), pp. 160-162; M. Caster, *Commentaires sur Alexandre ou le faux prophète de Lucien*, Paris, 1938; S. Eitrem, *Orakel und Mysterien am Ausgang der Antike*, Berlin, 1947; L. Robert, «Lucien et son temps», en *À travers l'Asia Mineure*, Paris, 1980, pp. 393-421; D. Clay, «Lucian of Samosata: Four Philosophical Lives (Nigrinus, Demonax, Peregrinus, Alexander Pseudomantis)»: *ANRW* II, 36.5 (1992), pp. 3406-3450; F. Guillaumont, «Lucien et la divination», en *Les écrivains du deuxième siècle et l'Etrusca Disciplina. Caesarodonum*, 1996, supl. 65, pp. 13-25.]

AMANCIO / *Amantius* (s. IV d.C.).— Conocido harúspice de la segunda mitad del siglo IV d.C. citado por el historiador Amiano Marcelino[1]. El adivino fue llevado ante un tribunal, por una delación anónima, acusado de haber ofrecido sus servicios en África a *Hymetius*, procónsul de la provincia conocido por sus críticas al emperador Valentiniano (364-375).

El objeto de la visita de Amancio es revelado por Amiano: hacer un sacrificio «con propósitos criminales»; la acusación fue negada por Amancio[2]. Pero en un registro privado fue encontrado un escrito de *Hymetius* en el que rogaba al harúspice que realizara un rito solemne a la divinidad para aplacar a los emperadores Valentiniano y Graciano en su hostil actitud hacia su persona[3].

Desconocemos qué ritos religiosos pudo realizar el harúspice Amancio (Amiano parece referirse a un sacrificio: *ritu sacrorum sollemnium*), pero parece claro que no se trata de un rito haruspicinal a través del cual se quisiera conocer el porvenir de los emperadores o la voluntad de los dioses. Amancio debió de intervenir en prácticas mágicas como confirma la pena capital que le fue impuesta[4].

1. XXVIII, 1, 19. / 2. Amm. Marc., XXVIII, 1, 19. / 3. Amm. Marc., XXVIII, 1, 20. / 4. Amm. Marc., XXVIII, 1, 21.

[Bibl.: S. Montero, *Política y adivinación en el Bajo Imperio romano: emperadores y harúspices*, Bruxelles, 1991, p. 129.]

AMIAS DE FILADELFIA / *Ammia* (s. I d.C.?).— Profeta de la Iglesia, del que nada sabemos, citado, junto a *Cuadrato, por un antimontanista anónimo cuyo testimonio es recogido por Eusebio de Cesarea[1].

1. *HE*, V, 17, 3.

AMÓN / *Ammon* (s. IV d.C.).— Autor de un poema astrológico, *Katarcha*, del que sólo se conservan 19 versos citados por el escritor bizantino Tzetzes (s. XII). Éste le menciona como destacado astrólogo, aunque es probable que le confunda con el *Ammon* al que están dedicadas las *Iatromathematika* de Hermes. Los críticos fechan los fragmentos conservados en el siglo IV d.C.

[Bibl.: A. Ludwich, *Maximus et Ammon*, Leipzig, 1877; Riess, «Ammon»: *RE*, I, 2 (1894), col. 1858.]

AMÓS / *'Amós* (s. VIII a.C.).— Profeta hebreo (*nabî*) nacido en Teqoa, al sur de Judea. En origen debió de ser propietario de ganado[1] y quizá de sicómoros[2]. En 7, 14a afirma: «Ciertamente soy profeta (*nabî*) pero no un profeta profesional (*ben nabî*)», lo que ha dado lugar a interpretaciones muy diversas: *a*) funcionario cúltico dedicado a la adivinación; *b*) profeta de oficio; *c*) profeta pero no de oficio, es decir, llamado expresamente por Yahveh.

Su actividad profética hemos de situarla en el reinado de Jeroboam II (786-746 a.C.); es, por tanto, el pri-

mer profeta cuyos oráculos se han conservado (en el Antiguo Testamento).

Amós denuncia, ante todo, los males sociales de su tiempo: el lujo en el que viven los ricos de Samaria, el formalismo cultural y la corrupción de los profetas; también condena la violación de los «derechos humanos» entre los pueblos extranjeros (2, 1). Sus ideas fueron la causa de que Amasías, sacerdote de Betel, ordenase su expulsión al reino de Judá[3].

Destacan sus profecías sobre el juicio final, reservado a una minoría:

Así dice Yahveh: «Como rescata el pastor de las fauces del león dos patas o el extremo de una oreja, así serán rescatados los hijos de Israel que moran en Samaria, como un extremo de un lecho, o como un pedazo de pata de cama» (Am 3, 12).

El día de Yahveh, entendido por Amós en un sentido escatológico, no será luminoso —como el pueblo creía— sino triste y lleno de tinieblas:

Ay de quienes ansían el día de Yahveh. El día de Yahveh, ¿de qué os servirá? Será tinieblas y no luz. Como cuando huye un hombre delante de un león y topa un oso o entra en casa y, apoyando su mano en la pared, le muerde la culebra (Am 5, 18-20).

Israel perecerá por completo si no se convierte y hace el bien; sólo así situará a su pueblo en la tierra de la Promesa:

En aquel día levantaré la cabaña de David, que habrá caído, y repararé sus brechas, y alzaré sus ruinas, y la reconstruiré como en otros tiempos de antaño. A fin de que tornen a poseer el resto de Edom y todas las naciones sobre las cuales es invocado mi nombre —oráculo de Yahveh que tal hace—. He aquí que llegan días —oráculo de Yahveh— en que el arador se encontrará con el segador el que pisa la uva con el que esparce la semilla; y las montañas destilarán mosto y todas las colinas se derretirán. Y repatriaré a los cautivos de mi pueblo Israel (Am 9, 11-15).

Sin llegar a una concepción monoteísta, Amós presenta a Yahveh como Señor de la naturaleza y las Naciones, anticipándose así a las ideas del Deutero-Isaías.

1. Am 1, 1. / 2. Am 7, 14. / 3. Am 7, 10ss.

[Bibl.: A. Neher, *Amos. Contribution à l'étude du prophétisme*, Paris, 1950; H. W. Wolff, *L'enracinement spirituel d'Amos*, Paris, 1974; A. González, «Semblanza de un profeta: Amós», en *Profetas verdaderos, profetas falsos*, Salamanca, 1976, pp. 77-95; J. L. Vesco, «Amos de Téqoa, défenseur de l'homme»: *Revue Biblique* (1980), pp. 481-513; A. G. Auld, «Amos and Apocalyptic: Vision, Prophecy, Revelation», en *Storie dei profeti*, Brescia, 1991, pp. 1-14.]

ANA / *Ana* (s. I a.C.).— Profetisa hebrea, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, citada en el Nuevo Testamento. Tras siete años de matrimonio quedó viuda hasta los ochenta y cuatro. No se apartaba del Templo de Jerusalén, sirviendo a Dios con ayunos y plegarias día y noche[1]. Por su condición de profetisa se creía que en ella estaba el espíritu de Dios y que recibía revelaciones divinas[2]; una de ellas le permitió reconocer al Mesías en el niño Jesús[3].

Hechos[4] alude a las cuatro hijas de Felipe (cuyos nombres, sin embargo, no conocemos) también como profetisas.

1. Lc 2, 36. / 2. Lc 2, 25. / 3. Lc 2, 38. / 4. 21, 9.

ANAXILAO DE LARISA / *Anaxílaos* (s. I a.C.).— Filósofo pitagórico y mago, originario de Larisa (Tesalia), expulsado de Roma e Italia por orden de Augusto en el año 28 a.C.[1]. Dióge-

nes Laercio[2] le atribuye un tratado *Sobre los filósofos*, aunque también se le considera autor de otros tres: *Physiká, Baphiká* y *Paígnia*.

El motivo de su expulsión fue, más que sus enseñanzas filosóficas, la práctica de la alquimia, la astrología y la magia. Los principales fragmentos conservados hacen referencia a los siguientes asuntos:

1) Propiedades ignífugas e insonorizantes del amianto[3].

2) La tinta de la sepia posee poderes tales que, puesta en una lámpara, la luz precedente desaparece y hace aparecer a etíopes. De igual forma, si el *pulmo marinus* se frota sobre un bastón, éste se hace fosforescente[4].

3) Si se deposita el hipómano (sudor de yegua) en una lámpara, hace aparecer cabezas de caballo[5].

4) Añadiendo azufre en un poco de vino y haciéndolo girar con los brazos en alto se obtiene un reflejo que, al difundirse sobre los invitados, hace que éstos adquieran un color pálido y mortecino[6].

5) Técnicas para hacer aparecer fuego sobre el agua[7].

Existen algunas razones para creer que Anaxilao conocía un método para «fabricar» plata; la receta pudo apropiársela de alguna de las obras de *Bolos de Mendes.

En opinión de algunos estudiosos (Wellmann) Anaxilao es el autor de prodigios y milagros atribuidos más tarde a *Simón Mago[8].

Un siglo después de su muerte, Anaxilao seguía siendo recordado como autoridad en su materia. Así, Plinio el Viejo le cita como una de sus fuentes en los libros de su *Historia Natural*[9]. Autores paganos y cristianos aluden a él aún en el siglo II d.C.[10].

1. Jer., *Chron. Ol.*, 188, 1. / 2. III, 2. / 3. Fr. 1 = Plin., *NH*, XIX, 19 / 4. Fr. 2 = Plin., *NH*, XXXII, 141. / 5. Fr. 3 = Plin., *NH*, XXXII, 141. / 6. Fr. 4 = Plin., *NH*, XXXV, 175. / 7. Fr. 9 = Ps. Cypr., *De rebapt.*, XVI. / 8. *Refut.*, IV, 28. / 9. *NH*, XIX, 21-26 y 28-31. / 10. Ireneo, *Adv. Haeres.*, I, 13; Ps. Cypr., *De rebapt.*, III, 184.

[Bibl.: Fragmentos: M. Wellmann, «Die Physiká des Bolos Demokritos und der Magier Anaxilaos aus Larissa. Teil I», en *Abhandlungen der Preussischen Akademie der Wissenschaften. Phil. Hist. Klasse*, 1928; L. Tarán, «Anaxilaus of Larissa»: *DSB*, I (1970), p. 150.]

ANEBÓN / *Anebon* (s. IV d.C.).— Destinatario de una *Carta* de Porfirio sobre la filosofía de la religión y la teúrgia. Debió de ser un mago y sacerdote de origen egipcio, discípulo de Porfirio y, después, de Jámblico. Dicha *Carta* se ha perdido pero podemos hacernos una idea de su contenido a través de los pasajes citados por Jámblico, Eusebio de Cesarea y Agustín. Gran parte de la *Carta* estaba dedicada a las revelaciones oraculares, las epifanías o las apariciones de los dioses durante las sesiones teúrgicas[1], técnicas todas ellas en las que Anebón debía de ser un consumado maestro. Algunos autores proponen identificarlo con el «profeta egipcio» citado por Proclo[2].

1. Porf., *Ep. ad Aneb.*, II, 3b Sodano. / 2. *In Timaeum*, I, 29-255.

[Bibl.: A. R. Sodano, *Porfirio. Lettera ad Anebo*, Napoli, 1958.]

ANFIARAO.— *Anfíloco.

ANFÍLITO / *Amphílytos* (s. VI a.C.).— De origen acarnanio, el adivino Anfílito era contemporáneo del tirano ateniense Pisístrato (527 a.C.), quien, durante uno de sus exilios, recibió de aquél el siguiente oráculo:

Ha sido echada la trampa, la red se ha tendido / y los atunes se precipitarán

con ímpetu en noche / de luna (Herod., I, 62).

Comprendiendo el vaticinio, puso en movimiento sus tropas y, cayendo sobre Atenas cuando la población descansaba, logró hacerse fácilmente con el poder. Un autor cristiano, Clemente de Alejandría[1], dice que Pisístrato afirmó su tiranía gracias a que Anfílito le designó cuál era «el instante propicio».

Se trata, probablemente, del primer oráculo favorable sin reservas a un tirano. Anfílito debió de recibir de Pisístrato, como recompensa, la ciudadanía ateniense, pues Platón[2] y otros autores más tardíos[3] le consideraban originario de esta ciudad.

El vaticinio de Anfílito fue emitido en estado de trance (Heródoto emplea el término griego *entheázon*). Algunos autores han observado que Anfílito abandonó las tradiciones de los antiguos *Melampódidas para adoptar la adivinación intuitiva, entonces de moda. En su figura se confunde, sin embargo, el cresmólogo con el exégeta, lo que también sucede en otros adivinos como *Onomácrito.

1. Clem. Alex., *Strom.*, I, 132. / 2. *Theages.*, 124 d. / 3. Temist., *Orat.*, I, 26; III, 46; XX, 235.

[Bibl.: Hiller, «Amphilytos»: *RE*, I, 2 (1894), col. 1941.]

ANFÍLOCO / *Amphílochos*.— Héroe y adivino (*mantis*) mítico griego, hijo del célebre Anfiarao y de Erifile. Anfiarao, su padre, era un héroe y adivino griego de origen beocio. Su nombre aparece ya en las tablillas micénicas[1]. La mitología griega le presenta como hijo de Oícles y de Hipermestra[2], descendiente, por tanto, de *Melampo. Su mujer es la ambiciosa Erífila, hermana de Adrasto[3]. Zeus y Apolo aparecen como sus protectores[4].

Anfiarao participó activamente —como guerrero y adivino— en la expedición de los «Siete contra Tebas»[5] bajo el mando de Adrasto, rey de Argos; en las *Olímpicas*[6] de Píndaro, Adrasto le llama «el ojo de mi tropa», elogiando sus cualidades adivinatorias y guerreras.

Durante el viaje a Tebas, a su paso por Nemea, los héroes pidieron a Hipsípila, la esclava encargada de la custodia de Ofeltes (hijo del rey del país), que les diese de beber. La mujer dejó al niño en el suelo durante unos instantes siendo así que un oráculo había ordenado que no fuera depositado antes de que aprendiese a andar. Aprovechando el descuido de la mujer una serpiente se precipitó sobre la criatura y la ahogó[7]. Anfiarao reveló el funesto significado de aquél prodigio: la expedición fracasaría y los jefes morirían. El niño fue llamado Arquémoro («el primer muerto»), instituyéndose en su honor unos juegos —conocidos más tarde como nemeos— en los que el propio Anfiarao participó (en las modalidades de salto y disco).

En Tebas, ante los muros de la ciudad, Anfiarao intentó retrasar el último —y fatal— asalto a la ciudad declarando que las entrañas de las víctimas prohibían atravesar el Ismenos[8]. Fue quizá en aquel momento cuando Anfiarao, revelando su secreto, predijo que de todos los jefes de la expedición sólo Adrasto regresaría vivo al hogar; el héroe se entregaba así, con resignación, al destino.

Poco después, Melanipo hería en el vientre a uno de los «Siete», Tideo. Cuando éste yacía moribundo, Atenea le llevó un remedio para hacerlo inmortal. Pero Anfiarao, que odiaba a Tideo, al darse cuenta de la intención de la diosa, cortó la cabeza de Melanipo y se le llevó a Tideo; éste la abrió y se comió los sesos. Al verlo, Atenea, asqueada, desistió de su buena acción y lo aborreció[9].

Ya en los últimos momentos de la batalla, Anfiarao, herido en la espalda por la lanza de Periclímeno, iba a ser alcanzado por éste cuando Zeus hizo abrir la tierra ante él por un enorme trueno[10], desapareciendo en su interior Anfiarao con sus caballos, su carro y su auriga. Conocida la noticia, su hijo Alcmeón —siguiendo las instrucciones de su padre[11]— mató a su madre, Erífila, al regresar a Argos. Más tarde organizaría una segunda expedición contra Tebas en la que Alcmeón participaría junto a su hermano Anfíloco.

Zeus concedió la inmortalidad a Anfiarao, que pudo así seguir impartiendo sus oráculos (oníricos) en Oropo (Ática). Pausanias[12] menciona a un exégeta, Iofón de Cnossos, que versificó (en hexámetros) los oráculos atribuidos a Anfiarao y dirigidos a los siete jefes argivos en su guerra contra Tebas; también se le atribuye otra colección de oráculos de *Mopso. Iofón no es datado por ningún autor antiguo.

Anfíloco debió, pues, de heredar las cualidades adivinatorias de su padre. Bajo las órdenes de su hermano, Alcmeón, participó en la segunda expedición de los «Siete» contra Tebas[13], conocida como la de los Epígonos. Apolodoro[14] dice que Alcmeón dio muerte a su madre bien solo o con la ayuda de su hermano; en cualquier caso no fue perseguido por las Erinias como lo fue su hermano. Su nombre figura[15] entre los pretendientes de Helena, razón por la cual intervino en la expedición contra Troya[16].

A Anfíloco no se le cita en los poemas homéricos y sí en los *nostoi*. En Troya, Anfíloco, que heredó de su padre el don de la profecía, colaboró con el célebre adivino *Calcante al que luego acompañó —por tierra— hasta Claros (Colofón, en Asia Menor); aquí Calcante competiría en un certamen mántico en el que fue derrotado por *Mopso.

Estrabón[17] afirma que Anfíloco fundó la ciudad de Malo de Cilicia y más tarde, volviendo a la Hélade, la de Argos (en Acarnania) si bien, al no agradarle la evolución de la nueva ciudad, regresó a Malo. Allí reclamó el mando a Mopso, pero, ante la negativa de éste a entregárselo, ambos pelearon, pereciendo en el combate[18].

Según Pausanias[19] en su época existía un oráculo de Anfíloco en Malo de Cilicia, el más verdadero de todos. No obstante, las fuentes atribuyen la fundación de varios oráculos al otro Anfíloco, hijo de Alcmeón y Manto. Anfíloco recibió culto en Oropos, Atenas, Esparta y Etolia.

1. *KN*, X, 94: *A-pi-ja-re-wo*. / 2. Pind., *P.*, 8, 39; Diod., IV, 68, 4. / 3. *Od.*, XI, 326 ss.; Apolod., *Bibl.*, III, 6, 4; Est., *Teb.*, 734 ss. / 4. *Od.*, XV, 244-246. / 5. Paus., IX, 18, 1; Apolod., *Bibl.*, III, 60 ss. / 6. VI, 14. / 7. Apolod., *Bibl.*, III, 6, 4. / 8. Esquil., *Siete*, 276 ss. / 9. Apolod., *Bibl.*, III, 6, 8; *Schol. Hom., Il.*, V, 126. / 10. Pind., *N.*, IX, 21 ss. / 11. Apolod., *Bibl.*, III, 6, 2. / 12. I, 34, 4. / 13. Apolod., III, 7, 2. / 14. III, 7, 5. / 15. Apolod., III, 10, 8. / 16. Apolod., III, 10, 8, 2. / 17. XIV, 5, 16. / 18. Licofr., 439 ss.; Apolod., *Ep.*, VI, 2-4. / 19. I, 34, 3.

[Bibl.: Sobre Anfiarao: E. Bethe, «Amphiaraos»: *RE*, I, 2 (1894), cols. 1886-1893; A. Moreau, «Fonction du personnage d'Amphiaraos dans les Sept contre Thèbes: le blason en abyme»: *BAGB* (1976), pp. 158-181; P. Vicaire, «Images d'Amphiaraos dans la Grèce archaïque et classique»: *BAGB* (1979), pp. 2-45; I. Krauskopf, s.v. «Amphiaraos»: *LIMC*, I (1981), pp. 691-713. Sobre Anfíloco: E. Bethe, «Amphilocos»: *RE*, I, 1 (1894), cols. 1938-1940; I. Krauskopf, s.v. «Amphilocos»: *LIMC*, I (1981), pp. 713-717.]

ANFÓTERO / *Amphóteros* (s. V a.C.).— Adivino (*mantis*) ateniense perteneciente a la familia de los *Melampódidas. En el siglo V a.C. Éupolis[1] lo considera un vidente, al estilo de *Estilbides, colaborador de Nicias. Nada sabemos de él.

1. *Poleis*, fr. 211 Nock.

ANTÍCARES / *Antichares* (s. VI a.C.).— Adivino (exégeta o intérprete de oráculos), natural de Eleon, que vivió en la época del rey espartano Cleómenes I (h. 520-480 a.C.).

Contemporáneo del adivino *Lisístrato, sólo sabemos de él que aconsejó a Euristénides Dorieo colonizar Heraclea de Sicilia siguiendo los oráculos de Laios (*Laiou chrêsmoi*) —no sabemos si oráculos revelados a Laios, pronunciados por Laios o coleccionados por Laios—, padre de Edipo. Antícares le dijo que todo el territorio de Eris, por haberlo poseído antes Heracles tras vencer a aquél, era propiedad de los Heráclidas. La interpretación dada por Antícares a estos oráculos recibió la aprobación de Delfos[1]. El historiador griego atribuye el fracaso de la empresa a que Dorieo (que encontró allí la muerte) no siguió fielmente las indicaciones de los adivinos[2].

1. Herod., V, 43. / 2. V, 46 ss.

ANTÍCRATES / *Antíkrates* (s. I a.C.?).— Astrólogo, probablemente histórico, del que se burla el poeta Filodemo, contemporáneo de Cicerón, en uno de sus epigramas[1].

1. *Anth. Pal.*, 318.

[Bibl.: Riess, «Antikrates»: *RE*, I, 2 (1894), col. 2427.]

ANTIDAS / *Anthidae*.— Familia (*genos*) originaria de la Arcadia, famosa, según Plinio[1], por la transformación en lobo de sus miembros.

Según el naturalista latino los miembros del *genos* elegían a suerte a uno de ellos, que era llevado a un lago; después de haber colgado su ropa en una encina, atravesaba el lago a nado y, transformándose en lobo, permanecía largo tiempo lejos de los suyos. Si en el transcurso del mismo se había abstenido de carne humana, volvía al lago y, tras haber alcanzado la otra orilla, recuperaba su condición originaria.

Agustín[2], siguiendo quizá a Varrón, narra una tradición análoga aunque sin citar el nombre de la familia. Los autores modernos han señalado las enormes semejanzas de dicha tradición con los ritos en honor de Zeus Lycaios[3]: el margo geográfico, el papel jugado por el azar y, sobre todo, la metamorfosis en lobo. No obstante en el rito del *genos* de los Antidas hay elementos (la ropa colgada, cruzar el lago a nado) propios de los «ritos de paso», quizá de iniciación al propio *genos*.

1. *NH*, VIII, 81. / 2. *CD*, XVIII, 17. / 3. Paus., VIII, 38, 6.

[Bibl.: C. Mainoldi, *L'Image du loup et du chien dans la Grèce Ancienne, d'Homère à Platon*, Paris, 1984.]

ANTIFONTE DE ATENAS / *Antiphôn* (s. V a.C.).— Experto en la interpretación de sueños[1] y de prodigios[2]. Originario quizá de Atenas, era contemporáneo del orador Antifonte de Ramnunte (h. 490-411), colaborador del régimen oligárquico de los Cuatrocientos, con quien a veces se le confunde.

Además de adivino, Antifonte era poeta (*epopoiós*) y sofista[3], siendo conocido como rival de Sócrates[4]. Se le atribuyen, al menos, las siguientes obras: *a*) *Sobre la interpretación de los sueños* (*Perì kríseos oneíron*); *b*) *Sobre la Verdad* (*Perì aletheías*); *c*) *Sobre la Concordia*.

Antifonte es recordado por Cicerón[5], quien recoge una anécdota atribuida a él: un atleta que deseaba participar en las olimpíadas soñó ser transportado por una cuadriga; acudió a un intérprete de sueños (*coniector*) quien le aseguró que vencería, pues la

velocidad y el ímpetu de los caballos tenían ese significado. Pero después se dirigió a Antifonte quien le anunció:

Estás destinado a perder; ¿no entiendes que en el sueño cuatro corredores te precedían? (*De div.*, II, 144).

De igual forma, otro corredor había soñado ser transformado en un águila. Primero un intérprete de sueños le anunció la victoria, ya que ningún ave volaba con tanto ímpetu como aquélla. Pero consultado también Antifonte, le respondió:

Estúpido, ¿no entiendes que ya estás derrotado? Este pájaro, el águila, dado que sigue y da caza a otros pájaros, vuela siempre la última respecto a las demás (*De div.*, II, 144).

También Artemidoro[6], en el siglo II d.C., se refiere a él, y es posible que algunos pasajes suyos[7] pertenezcan a la obra de Antifonte.

1. Hermog., 400, 3 Rabe: «oneirocrites». / 2. *Ibid.*; Diog. Laert., II, 46: «teratoskópos». / 3. *Suda*, s.v. «sophistés». / 4. Arist., fr. 75 R. / 5. *De div.*, I, 39. / 6. *Oneir.*, II, 14. / 7. *Oneir.*, I, 8.

[Bibl.: Fragmentos: H. Diels, *Die Fragmente der Vorsokratiker*, Berlin, 1903 (n.º 80); M. E. Reesor, «The Truth of Antiphon the Sophist»: *Apeiron*, 20 (1987), pp. 203-218.]

ANTIFONTE / *Antiphôn* (s. IV a.C.).— Intérprete de signos (*semeiolýtes*), de origen desconocido, contemporáneo del rey Filipo de Macedonia. Para algunos autores fue él quien reveló el significado de lo que sucedió al monarca macedonio[1] cuando en los jardines reales vio cómo, de pronto, un pájaro revoloteó hasta su regazo, sobre el que puso un huevo. Éste se deslizó rodando por sus ropas y, al caer a tierra, se quebró. De él surgió una pequeña serpiente, que tras dar la vuelta alrededor de la cáscara del huevo intentó volver a entrar por donde había salido. Pero al meter dentro la cabeza murió.

El intérprete, inspirado por un dios, le explicó el significado de lo sucedido a la luz del futuro nacimiento de su hijo Alejandro:

Rey, tendrás un hijo que ha de dar la vuelta al universo entero sometiendo a todos a su propio poder, pero al regresar a su reino, al cabo de pocos años, perecerá. El ofidio es un animal regio, y es una imagen del universo el huevo, de donde había surgido la serpiente. Ya ves que, después de dar la vuelta al universo y queriendo regresar allí de donde había salido, murió antes de lograrlo (Ps. Calist., *Alex.*, I, 11).

No obstante, la misma historia es atribuida a *Aristandro, célebre adivino de Alejandro Magno, al que acompañará en su expedición.

1. Ps. Calist., *Alex.*, 1, 11.

[Bibl.: Wellmann, «Antiphon»: *RE*, I, 2 (1894), col. 2529.]

ANTÍGONO / *Antígonos* (s. II d.C.).— Nacido probablemente en la ciudad de Nicea, vivió en la segunda mitad del siglo II d.C., siendo por tanto contemporáneo del también astrólogo *Vetio Valente. De él se conservan tres horóscopos de relevantes figuras históricas de su tiempo. El más interesante es, sin duda, el horóscopo del emperador Adriano (117-138 d.C.), que conocemos a través del astrólogo del siglo IV d.C. *Hefestion de Tebas[1]. Se trata de un documento de excepcional importancia, ya que es el único ejemplo conocido de lo que los latinos llamaban *genesis* (o *genitura*) *imperatoria*, es decir, de un horóscopo imperial.

Adriano había nacido el 24 de enero del 76 d.C. al levantarse el sol: Acuario era pues su signo solar y su signo ascendente; en el zodíaco estaban la Luna y Júpiter en conjunción. El horóscopo explica que la vida del emperador quedase reducida a 62 años y 6 meses:

Había un hombre nacido cuando el sol estaba en el 8.° (o 20.°) grado de Acuario, la Luna, Júpiter y el Punto horoscópico, los tres juntos en el primer grado del mismo signo de Acuario, Saturno en el 16.° (o 5.°) grado de Capricornio, Mercurio en el mismo signo, en el 12.°, Venus en Piscis en el 12.°, mientras que Marte estaba en el 22.°, pero el Mesuranema se encontraba en Escorpión, en el 22.°. En este horóscopo Saturno es el dueño del domicilio de la Luna. Estando en su propio domicilio, da la muerte a la edad de 56 años. En tanto que Venus le favorece, ella añade otros seis años a su vida, haciendo un total de 64. Después de 61 años y diez meses, sin embargo, el Punto horoscópico y la Luna aparecen en el cuadrado de Saturno... (CCAG VI, 67, pp. 1 ss.).

Los datos astronómicos del horóscopo han permitido conocer la fecha exacta del nacimiento del emperador. Después el horóscopo continúa recordando algunos hechos de su vida, como su adopción por Trajano:

Fue adoptado por un emperador que había emparentado con él, llegando a ser emperador a la edad de 42 años. Estaba intelectualmente dotado y bien cultivado, siendo honrado en los templos y bosques sagrados. Él se casa una sola vez, con una soltera intacta, pero no tuvo hijos. Tenía solamente una hermana. Se hizo sospechoso y se dirigió contra los miembros de su familia. En su 63er año murió de hidropesía, sucumbiendo a la enfermedad (ibid.).

A continuación el horóscopo explica los detalles de los mecanismos propiamente astrológicos que explican los episodios más importantes de su vida: su elección como emperador y *kosmocrátor* [«el que gobierna el cielo»]:

Él llega a ser emperador a causa de la presencia de dos planetas en el sector horoscópico (Marte y la Luna) y particularmente porque la luna estaba en ascendiente y coincidiendo con el sector horoscópico y que Júpiter estaba próximo a elevarse en el Oriente en los siete días. Y como los «satélites» se encontraban en sus propios domicilios y Venus se estaba en la hypsôma *del suyo y Marte en su propio triángulo, teniendo su posición en sus propios sectores mientras que los dos planetas (Marte y Venus) están cerca uno de otro y a punto de elevarse ante la Luna. Además, el Sol también, el soberano es el servidor de la Luna en los seis sectores de ésta y el mismo es servido, a su vez, por Saturno en su propio domicilio y por Mercurio, encontrándose uno y otro en su orto matinal. Queda por señalar que la Luna también estaba a punto de entrar en conjunción con una brillante estrella fija en el grado 22. Pues no debe atenderse sólo a la conjunción de la Luna con los planetas, sino también a su conjunción con las estrellas fijas (ibid.).*

Por último, Antígono de Nicea trata de justificar astrológicamente el culto imperial que se le debe dispensar así como la sumisión de los súbditos del Imperio:

Que él fuese honrado y recibiese la proskynesis *de todos los hombres se explica por el hecho de que Júpiter estaba vigilante, «epicéntrico» sobre el Sol, pues una planeta que «sirve» de esta manera al Sol y a la Luna, tiene como efecto que el hombre (nacido bajo estos signos) es altamente estimado por sus iguales o*

superiores. Y las cualidades benéficas las recibe de la posición ya citada de Júpiter. Que él fuese benefactor de muchos y que reciba la proskynesis se explica porque el «epicéntrico» Sol, y la Luna, se encontraban igualmente servidos por otros cinco planetas. Pues si el Sol y la Luna o los dos se encuentran en los puntos activos, es decir, en el Punto horoscópico o Mesuranema y están servidos por todos los planetas, hacen que aquellos que nazcan bajo tal conjunción lleguen a ser reyes que reinen sobre todas las naciones (ibid.).

Se trata, pues, de un razonamiento astrológico extremadamente complejo ideado para justificar la presencia y los hechos de Adriano en el trono: influencia de los signos zodiacales, de la posición de los planetas en los signos y sus relaciones con las estrellas fijas. Estos y otros detalles explicaban para los astrólogos su fama de constructor y viajero o justificaban la elección de su sucesor.

No obstante, de Antígono de Nicea conocemos otros dos horóscopos más: uno (*post mortem*) sobre Cn. Pedanius Fuscus Salinator, ejecutado por Adriano quizá porque otro horóscopo le prometía el trono[2]. El segundo no incorpora el nombre, de forma que los estudiosos se dividen: para unos (Gundel) se trata de P. Aelius Afer, el padre de Adriano, mientras para otros (Cramer) se refería a Serviano, cuñado del emperador.

1. Lib. III = *CCAG*, VI, 67, 1 ss. / 2. Dion Cass., LXIX, 17, 13; SHA, *Hadr.* 23, 1-9.

[Bibl.: Fragmentos: *CCAG*, VI, pp. 67-71; VIII, 2, pp. 82-84.]

ANTÍOCO / *Antíochos* (s. VI a.C.).— Adivino griego, de la familia de los Yámidas. Vivió en la segunda mitad del siglo VI. Era padre del *mantis* *Tisameno. De él solo conocemos su nombre a través de Heródoto[1], pero nada de su actividad como adivino.

1. IX, 33, 1.

ANTÍOCO DE ATENAS / *Antíochos* (s. II d.C.).— Astrólogo griego que vivió entre los años 150 y 200 d.C.. Su cronología es bastante insegura (algunos autores le creen de finales del siglo I d.C.), pero sabemos que en sus escritos citaba a *Ptolomeo y *Doroteo de Sidón. Porfirio[1], y más tarde *Hefestion[2], nos dicen que era ateniense.

De su obra se conserva parte de una «Introducción» (*Eisagogiká*) incluida en las *Apotelesmaticas* de Porfirio y en los fragmentos de Retorio (h. 500 d.C.). También se le atribuye una antología titulada *Tesoros* (*Thesayroi*), compuesta en exámetros. Fírmico Materno[3], en el siglo IV d.C., sitúa a Antíoco junto a astrólogos de la talla de Ptolomeo y Doroteo de Sidón.

1. *Isagoge*, 194. / 2. *CCAG*, VIII, 2, 16. / 3. *Mathes.*, II, 29.

[Bibl.: Los fragmentos se hallan recogidos en *CCAG*, I, pp. 140-146; IV, pp. 155 ss; VII, pp. 107-128, 194, 213 y 224. Estudios: Riess, «Antiochos»: *RE*, I, 2 (1894), col. 2429.]

ANTÍPATRO / *Antipater* (s. II a.C.?).— Astrólogo citado por Vitrubio[1] del que nada sabemos. Algunos autores (H. Markowski) han intentado identificarlo con Antípatro de Tarso[2], un filósofo estoico alumno y continuador de Diógenes de Babilonia (s. II a.C.), pero no existe total seguridad.

1. *De arch.*, IX, 6, 2. / 2. Diog. Laert., 4, 64.

ANUBIÓN / *Annoubíon* (s. I d.C.).— Astrólogo autor de tratados y poemas

astrológicos, de los que se conservan algunos fragmentos. De su vida no tenemos ninguna noticia aunque sabemos que *Manetón utilizó sus escritos; por su nombre (quizá un pseudónimo), parece de origen egipcio.

De un poema suyo, escrito en griego, cuyo título desconocemos, se conservan doce versos en la obra de Hefestion[1], dos en la de Retorio[2] y unos pocos más en la antología astrológica de un papiro. De todos estos fragmentos, el más largo[3] se refiere a la influencia astral en el momento del nacimiento.

1. *CCAG*, VIII, 1, 147. / 2. *CCAG*, VIII, 4, 208, 4. / 3. *CCAG*, VIII, 1, 147.

APFE DE CALCEDONIA / *Ápphe* (s. II d.C.).— Profetisa de Calcedonia, quizá de los primeros siglos del Imperio romano, citada en una inscripción griega[1] donde también se alude a su alumna Orbanilla.

1. *CIG*, 3.796.

APOLOBEX / *Apollobex* o *Apollobeches* (s. V a.C.?).— Mago originario de Coptos (Kuft) en el Alto Egipto. Según Plinio[1], el filósofo griego Demócrito (muerto entre el 380 y 370 a.C.) utilizó sus escritos mágicos junto a los de *Dárdano. Apuleyo[2] le cita entre los grandes magos de la Antigüedad. La mayor parte de los estudiosos considera su nombre relacionado con el del dios egipcio Horus.

1. *NH*, XXX, 9. / 2. *Apol.*, 90.

[Bibl.: Riess, «Apollobex»: *RE*, I, 2 (1894), col. 2847.]

APOLODORO / *Apollodoros* (s. II a.C.?).— Originario de Telmeso, es citado en una ocasión por *Artemidoro[1] como renombrado especialista en materia de sueños; probablemente ejerció la oniromancia.

1. *Oneir.*, I, 79.

APOLONIO DE MINDOS / *Apollónios* (s. III a.C.?).— Es considerado como uno de los primeros astrólogos griegos de época helenística (h. 225 a.C.?), quizá ligeramente posterior a *Beroso; no parece probable, como se ha sostenido, que fuera contemporáneo de Séneca y del emperador Nerón (54-68 d.C.).

Sus teorías sobre los cometas derivan posiblemente de tradiciones orientales. Séneca[1] sostiene que, según Apolonio, el cometa no se forma por la reunión de muchos planetas, sino que —por el contrario— muchos cometas forman planetas; los cometas son astros propios y distintos, como el sol o la luna, de forma esbelta y prolongada. En otro pasaje[2], Séneca dice que Apolonio era un experto (*peritus*) en el arte de elaborar horóscopos.

En cualquier caso sus libros, hoy perdidos, ejercieron una considerable influencia sobre muchos autores griegos y romanos.

1. *NQ*, VII, 17, 1. / 2. *NQ*, VII, 4, 1.

APOLONIO DE ATALIA / *Apollónios* (s. II a.C.?).- Originario de la ciudad de *Attaleia* (en Panfilia), escribió un tratado de onirocrítica en dos libros, donde se describían los sueños y su significado. Es citado en dos ocasiones por *Artemidoro de Daldis[1]. En la primera afirma que Apolonio diserta ampliamente en el libro II sobre el significado de los sueños en los que aparece la lengua; en la segunda alude a lo dicho por Apolonio sobre la capacidad de predicción de los hechos que acon-

tecen de día y los que se producen durante una visión onírica.

1. *Oneir.*, I, 32; III, 28.

[Bibl.: Riess, «Apollonius»: *RE*, II, 1 (1895), col. 161.]

APOLONIO EL EGIPCIO / *Apollónius* (s. I d.C.).— Astrólogo egipcio que desde su patria predijo la muerte del emperador Calígula (37-41 d.C.), por lo que fue detenido y trasladado a Roma según sabemos por nuestra única fuente, Dion Cassio[1]. Respecto a este traslado, caben dos posibilidades: *a)* que Apolonio fuese ciudadano romano, en cuyo caso tenía derecho a apelar ante la administración imperial la sentencia de muerte dictada por el gobernador romano de la provincia; *b)* si no poseía la ciudadanía el gobernador, tras su sentencia, pudo haber considerado el caso lo suficientemente importante como para ordenar su traslado a Roma, quizá en la esperanza de que allí implicase a otros importantes personajes.

Apolonio llegó a la capital del Imperio pocos días antes de que el emperador muriese asesinado víctima de una sedición (41 d.C.). Pese a ser hallado culpable de un delito de lesa majestad (F. H. Cramer), la ejecución fue anulada (quizá gracias a una amnistía o a una orden del emperador Claudio) y pudo salvar su vida. El episodio recuerda al del astrólogo *Largino Próculo.

1. LIX, 29, 4.

[Bibl.: F. H. Cramer, *Astrology in Roman Law and Politics*, Philadelphia, 1954, pp. 111-112 y 271-273.]

APOLONIO DE TIANA / *Apollónios* (3/4 a.C.-97 d.C.).— Célebre taumaturgo y filósofo neopitagórico del siglo I d.C., conocido a través de la biografía que le dedica Filóstrato a comienzos del siglo III. En ella le presenta bajo los rasgos de un *thèios anèr* («hombre divino») con poderes sobrenaturales: Apolonio es capaz de hacer milagros, adivinar el futuro, expulsar démones, evocar a los muertos, ver lo que sucede a mucha distancia o entender el lenguaje de los animales. No obstante, otros autores antiguos vieron rasgos negativos en esos mismos poderes extraordinarios, calificando a Apolonio de *mágos* o, aun peor, de *góes*[1].

Nació en la ciudad de Tiana, en la Capadocia (Asia Menor), en torno al año 3 o 4 a.C. A la edad de catorce años estudió en Tarso con el retor Eutidemo de Fenicia; poco después realizó sus primeros estudios filosóficos en Egea recibiendo enseñanzas pitagóricas de Euxenos de Heraclea. A los 16 años adoptó el pitagorismo, viviendo cerca del templo de Asclepio de Egea, donde llevó a cabo reformas en los ritos sacrificiales. Quizá ya entonces realizara las primeras curaciones: recientemente ha sido descubierta una inscripción, procedente de *Aigai*, con un epigrama que evoca los poderes terapéuticos de Apolonio[2].

Tras cinco años de vida pitagórica, Apolonio realizó un largo viaje visitando a los magos persas, los sabios de la India y los gimnosofistas etíopes. Filóstrato pretende que en muchas ciudades llevó a cabo labores de mediación, lo que quizá en algún caso sea cierto. Sus relaciones con los emperadores romanos fueron muy irregulares: malas con Nerón y —sobre todo— con Domiciano y buenas con Vespasiano, Tito y Nerva.

También mantuvo un trato desigual con otros filósofos de la época. Mientras se mostró enemigo del filósofo estoico Éufrates, entabló relaciones amistosas con Musonio Rufo, Dion de Prusia o Demetrio el Cínico.

En tanto que filósofo neopitagórico

sus enseñanzas se ajustan a la doctrina del fundador de la escuela: los animales, como los hombres, tienen un alma divina y por tanto es una falta grande matarlos para comer su carne, aprovechar su piel u ofrecerlos en sacrificio. Renuncia a los placeres carnales y propugna una vida ascética y pura. Apolonio cree también en la metempsicosis, asegurando acordarse de sus precedentes reencarnaciones.

El de Tiana se rodeó de numerosos discípulos, como recuerdan Luciano[3] y la propia correspondencia de Apolonio[4], dirigidas *tois mathetais*. La *Vida* de Filóstrato menciona, sobre todo, a Damis, Menippo de Licia, Dioscórides el Egipcio y Filisco de Melos, de los que nada sabemos.

Los poderes taumatúrgicos de Apolonio, podemos agruparlos en dos ámbitos diferentes: el de la adivinación (sueños, visiones, oráculos) y el de la magia (exorcismos, evocaciones de espectros, etc.):

a) Poderes adivinatorios:

Apolonio domina todos los ámbitos de la adivinación, incluido el de la interpretación de sueños. Viajando hacia la región de Cisia, próxima a Babilonia, él mismo tuvo uno en el que se aparecían unos peces que, salidos del mar, daban boqueadas en tierra y emitían un lamento propio de seres humanos, suplicando a un delfín que nadaba cerca de tierra que los salvara. Apolonio reveló a su amigo Damis el significado del sueño:

Yo te voy a explicar qué alcance tiene el ensueño. Es que los habitantes de esta región de Cisia son unos eretrios traídos desde Eubea por Darío antaño, hace quinientos años, y dicen, tal y como se mostró el ensueño, que se les trató como a peces respecto a su captura, pues fueron prendidos en una red y capturados todos. Los dioses, por tanto, parecen exhortarme a que, visitándolos, me ocupe de ellos en lo que pueda. Quizá también las almas de los griegos que encontraron aquí su destino me encaminan para beneficio de su tierra... (I, 23).

Conoce el pasado, el presente oculto y el futuro, como se desprende de varios episodios. Así, Apolonio recomienda al sacerdote de Asclepio que expulsara del templo a un cilicio al que no conocía pero del que sabía que no había tenido una conducta honrada (en concreto mantener relaciones con una hija de su anterior matrimonio). El dios se apareció de noche al sacerdote para, confirmando las palabras de Apolonio, ordenarle que expulsara al cilicio de su templo[5].

En otra ocasión, viendo una leona muerta en una cacería, de cuyo vientre se habían extraído ocho crías, anunció a su amigo Damis la duración de su estancia en Babilonia:

Damis, la duración de nuestra estancia junto al rey será de un año y ocho meses, pues ni aquél nos dejará irnos más pronto, ni para nosotros el marcharnos antes de eso será más ventajoso. Preciso es conjeturar los meses por los cachorros, y el año por la leona, ya que hay que comparar enteros con enteros (I, 22).

Durante su estancia en Éfeso, cuando una epidemia estaba a punto de brotar en la ciudad pero la enfermedad aún no se había declarado, Apolonio se dio cuenta de su inminencia prediciéndola en varios de sus discursos mediante expresiones como: «Tierra, permanece como eres», «Sálvalos», «No llegarás aquí»[6]. Nadie, sin embargo, le creyó, por lo que decidió abandonar la urbe.

En Eleusis reveló la identidad del hierofante que cuatro años después le iniciaría en los misterios[7]. Al llegar al Istmo de Corinto anunció con el siguiente oráculo que comenzaría a excavarse un canal, pero que las obras no serían concluidas:

Ese cuello de tierra será cortado o, más bien, no (IV, 24).

Estando en Creta fue escuchado un trueno procedente no de las nubes sino del interior de la tierra, al tiempo que el mar retrocedió unos kilómetros. La población se asustó, pero Apolonio dijo: «Tened ánimo. El mar parió tierra». Al cabo de unos días se anunció que poco después de producirse el fenómeno se había formado una isla emergida del mar, entre Tera y Creta[8].

Días después se produjo un eclipse de sol acompañado por el ruido de un trueno. Apolonio, alzando su mirada hacia el cielo, dijo: «Sucederá algo grande y no sucederá»[9]. Interpretar sus palabras fue algo imposible para quienes le acompañaban, pero al tercer día de producirse aquel fenómeno todos comprendieron el significado de su vaticinio: había llegado la noticia de que un rayo había caído sobre la mesa de Nerón, destrozando la copa que se hallaba en sus manos. Al saberse, pues, que el emperador estuvo a punto de morir fulminado, las palabras de Apolonio cobraron sentido.

Cuando Apolonio llegó a Siracusa (Sicilia) supo que una mujer de la clase alta había parido un monstruo de tres cabezas, cada una con su propio cuello, pero unidas a un solo cuerpo. Tras convocar a sus amigos, les anunció:

Serán emperadores de los romanos los tres a los que yo recientemente llamé tebanos, pero ninguno acabará por ejercer el poder, sino que, tras haber dominado unos en la propia Roma y otros en la periferia de Roma, perecerán, quitándose la máscara más deprisa que los tiranos de los actores trágicos (V, 13).

Los acontecimientos producidos a lo largo del año 69 d.C. aclararon la oscura interpretación del prodigio ofrecida por Apolonio: Galba murió en Roma apenas hubo tomado el poder; Vitelio pocas semanas después y Otón se suicidó en Brixello, a orillas del Po.

Durante el trayecto de Siracusa a Grecia, la nave en la que Apolonio viajaba hizo una escala en Léucade (una isla frente a la costa de Acarnania). Al llegar a ella, Apolonio dijo a sus amigos: «Desembarquemos de esta nave, pues es mejor no hacer en ella la travesía hasta Acaya»[10]. Sólo los que le conocían siguieron su advertencia: pocos días después la nave siracusana se hundía cerca del golfo de Corinto.

Tan pronto como llegó de Grecia y Rodas a la ciudad de Alejandría, donde fue recibido por una multitud, vio cómo eran conducidos al lugar de ejecución doce hombres, acusados de ser bandidos. Entonces, dirigiéndose a la escolta que los llevaba, les dijo:

No todos, pues Fulano ha sido falsamente acusado y se marchará [...] Os ruego que aflojéis el paso y lleguéis algo más tarde a la fosa, y asimismo que no matéis a este último, pues no tiene nada que ver con lo que se le acusa; así que vosotros obraríais con mayor piedad si dejarais vivir por un breve momento del día a los que mejor sería no matarlos (V, 24).

La intención de Apolonio pronunciando estas palabras en un discurso más largo de lo que en él era habitual pronto se puso de manifiesto, pues cuando ya se había cortado la cabeza a ocho de ellos, un jinete llegó cabalgando hasta la fosa para ordenar que se perdonase la vida de Farión, pues había mentido por miedo a ser torturado, pero los demás habían coincidido en su declaración que se trataba de un hombre de bien. Conocido el desenlace, la admiración de los egipcios por Apolonio creció aún más.

Fue también en Egipto donde tuvo lugar el primer encuentro entre Apolonio y el futuro emperador Vespasiano; éste le pidió que dado que siempre sa-

bía cuál era el deseo de los dioses, le dijera si éstos apoyarían su deseo de llegar al trono de Roma, a lo que el taumaturgo le contestó:

Zeus Capitolino (pues sé que eres el árbitro de la siguiente situación), consérvate para él y consérvalo para ti. Pues el templo que ayer quemaron manos injustas está determinado por el destino que este hombre volverá a elegirlo (V, 30).

Se refería Apolonio al incendio del templo de Júpiter en el Capitolio (diciembre del 69 d.C.), consecuencia de los enfrentamientos en Roma entre los seguidores de Vespasiano y los del emperador Vitelio (meses después el templo sería, en efecto, restaurado por Vespasiano, ya como emperador). La noticia no había llegado aún a Egipto y Vespasiano quedó extrañado por las palabras del profeta; Apolonio añadió entonces:

Las cosas se manifestarán por sí mismas, así que no me preguntes nada, sino concluye lo que con todo derecho te propusiste (V, 30).

En el año 71 tuvo lugar su encuentro con el emperador Tito, hijo de Vespasiano. Éste se interesó por conocer de quién debía guardarse más. Apolonio le contestó que los dioses le habían advertido que, en vida de su padre, temiera a sus mayores enemigos, pero a su muerte a los más allegados. Interrogado también sobre la forma en que moriría, éste respondió:

Igual que dicen que murió Ulises, pues también cuentan que la muerte le llegó del mar (VI, 32).

En efecto, según una tradición griega referida en la *Telegonía*, Ulises murió tras ser herido por una espina de raya conchada. Filóstrato, el autor de la biografía de Apolonio da, pues, por sentado algo que no todos los autores sostienen: que Tito murió envenenado por su hermano Domiciano con una liebre marina.

En los últimos meses de su vida, Apolonio tuvo en Éfeso una visión del asesinato de Domiciano (septiembre del 96 d.C.). En el momento en que, en Roma, el odiado emperador caía víctima de una conjura, Apolonio paseaba por una alameda de la ciudad griega, en compañía de algunos seguidores; primero bajó la voz, atemorizado, luego siguió su explicación, pero siempre como si estuviera distraído por algo. Finalmente se calló, miró hacia el suelo y, avanzando unos pasos, exclamó:

¡Golpea al tirano, golpéalo! ¡Ánimo señores, pues el tirano ha sido asesinado hoy! ¿Qué digo hoy? ¡Ahora mismo, por Atenea, ahora mismo, en el momento en el que callé en mi discurso! (VIII, 26).

Naturalmente los efesios creyeron que Apolonio se había vuelto loco, pero éste les dijo:

No me extraña que aún no me aceptéis una noticia que ni siquiera conoce aún Roma entera. Pero ya lo sabe, pues se está extendiendo. Son diez mil ya los que le dan crédito, salta de alegría el doble, y aun el doble de éstos, y el cuádruple, ¡todo el pueblo! Llegará la noticia también aquí, así que diferid los sacrificios por este motivo hasta el momento oportuno en el que se os anunciará. Yo me voy a dar gracias a los dioses por lo que he visto (VIII, 26).

Cuando, treinta días después, Nerva comunicó por carta al filósofo y adivino que ya se había hecho con el poder en Roma y que lo conservaría con mayor facilidad si acudía a su lado como consejero, Apolonio le contestó con estas enigmáticas líneas:

Estaremos juntos, emperador, muchísimo tiempo, durante el cual ni mandaremos sobre nadie, ni nadie sobre nosotros (VIII, 27).

Apolonio sabía que no iba a vivir mucho tiempo más y que Nerva reinaría por poco tiempo (murió el 27 de enero del 98).

b) Prácticas mágicas:

Apolonio destaca, ante todo, por la realización de milagros (*aretai*) y curaciones milagrosas, que aprendió de los brahmanes. Uno de los primeros milagros recordados por la biografía es la resurrección de una muchacha, cuya familia era de rango consular, a la que se dio por muerta el día de la boda. Apolonio, que se hallaba casualmente presente en el duelo, dijo:

Poned las andas en el suelo, pues os haré cesar del llanto por la muchacha (IV, 45).

Preguntó después cómo se llamaba la muchacha y, sin más que tocarla y decirle algo en secreto, aquélla despertó de su muerte, recobró el habla y volvió a casa de su padre. Los amigos y familiares entregaron a Apolonio una suma de ciento cincuenta mil sestercios, que éste, sin embargo, entregó a la joven como dote. El episodio tiene conocidos paralelos en los Evangelios[11].

En la ciudad de Tarso, bajo el gobierno de Domiciano, un perro rabioso había atacado a un muchacho y su mordisco le hacía comportarse como un perro: ladraba, aullaba, corría a cuatro patas. Cuando llevaba treinta días en estas condiciones, fue a verlo Apolonio, que acababa de llegar a Tarso; pidió que buscaran al perro causante de la enfermedad, pero nadie lo conocía. Apolonio, dirigiéndose entonces a su amigo Damis, le dijo:

Damis, el perro es blanco, lanudo, pastor, parecido al anfiloquio, y se halla junto a tal fuente, temblando, pues desea el agua y la teme. Tráemelo a la orilla del río en la que están las palestras, con sólo que le digas que yo lo llamo (VI, 43).

El perro, que llegó arrastrado por Damis, se echó a los pies de Apolonio, llorando «como los suplicantes ante el altar». Apolonio lo tranquilizó y puso al muchacho de pie, a su lado diciendo:

*Ha trasmigrado a este muchacho el alma de Télefo de Misia y las *Moiras quieren la misma suerte para él* (VI, 43).

De la misma forma que Apolo dijo a Télefo, rey de Misia, herido por Aquiles, que sólo sanaría si el que había causado la herida era también su sanador, así Apolonio ordenó al joven que el perro le lamiera la herida producida por la mordedura. El muchacho pudo así volver con sus padres y el perro rabioso, tras cruzar el río Cidno, pudo curarse de su enfermedad.

Apolonio actúa como exorcista en varias ocasiones. La primera en Éfeso, donde una plaga afectaba a la mayor parte de la población que fue reunida en el teatro; entre la gente estaba un viejo, cubierto de harapos, de rostro escuálido, que cerraba artificiosamente sus ojos y llevaba una alforja y un mendrugo de pan en ella. Apolonio, disponiendo a los efesios a su alrededor, les dijo:

Apedread a ese enemigo de los dioses, cogiendo cuantas más piedras podáis (IV, 10).

Los efesios se resistieron inicialmente a ello, pareciéndoles mal matar a un hombre que se hallaba en un estado tan lastimoso y que, además, suplicaba piedad. Pero ante la insistencia de Apolonio, el viejo comenzó a recibir las primeras pedradas y abriendo repentinamente sus ojos ante la multitud

los mostró llenos de fuego; los efesios reconocieron inmediatamente en él a un demon y lo lapidaron hasta quedar completamente cubierto de piedras. Al poco rato Apolonio los exhortó a que apartaran las piedras y conocieran la bestia que habían matado. Al ser descubierto, el que creían haber apedreado había desaparecido y en su lugar apareció un perro de gran tamaño que escupía espuma, como los rabiosos.

El segundo ritual de exorcismo tuvo lugar en Atenas. En esta ciudad Apolonio hablaba a un pequeño grupo de ciudadanos sobre las libaciones, cuando un joven soltó una extensa y desvergonzada carcajada; Apolonio, dirigiéndose a él, dijo:

No eres tú quien te comportas con ese descaro, sino el demon que te impulsa sin tú saberlo (IV, 20).

Estaba, efectivamente poseído por démones, causantes de que pasara de la risa al llanto sin motivo, de que conversara y cantara para sí mismo o de que actuara como si estuviera bajo los efectos de la embriaguez. Al descubrirlo Apolonio, el demon prorrumpió en ritos de pavor y cólera, prometiendo abandonar el cuerpo del joven y no apoderarse del de ningún otro hombre. Pero Apolonio, dirigiéndose encolerizado a él, le exhortó a que demostrase sus buenas intenciones. El demon movió primero y derribó después una de las estatuas del ágora: inmediatamente el joven, como si acabara de salir de un sueño, recobró su propia naturaleza.

Pero quizá el caso más célebre tuvo lugar en Corinto. En esta ciudad Menipo, un joven filósofo dotado de singular inteligencia y belleza, era amado por una rica extranjera. Sin embargo fue Apolonio quien le reveló la verdadera naturaleza de la mujer:

...Pues no es materia sino apariencia de materia. Y para que sepáis lo que quiero decir, la buena novia es una de las empusas, a las que la gente considera lamias o mormolicias. Ésas pueden amar, y aman los placeres sexuales, pero sobre todo la carne humana, y seducen con los placeres sexuales a quienes desean devorar (IV, 25).

Su amante y futura esposa era, pues, una empusa, es decir, una especie de vampiro infernal sediento de sangre, capaz de adoptar formas diferentes; proporcionaba todo tipo de placeres a Menipo con objeto de devorar su cuerpo y tomar su sangre. Con las palabras de Apolonio todos los ornamentos y regalos de la mujer se esfumaron: copas de oro, objetos de plata, los cocineros, la servidumbre. La mujer, que inicialmente se echó a llorar y pidió que no se la torturara, acabó reconociendo su verdadera naturaleza.

En otra ocasión Apolonio tuvo oportunidad de expulsar al demon de un sátiro que, loco por las mujeres, frecuentaba una aldea de Etiopía; había matado, además, a dos de ellas, de las que parecía estar especialmente enamorado. Apolonio reconoció inmediatamente al sátiro, poniendo en práctica para acabar con él un plan del que se decía se había valido el rey Midas en una ocasión: se escanciaron primero cuatro ánforas egipcias de vino en un abrevadero; después Apolonio pronunció un conjuro secreto. El sátiro no se dejó ver, pero el nivel del vino comenzó a bajar como si alguien lo estuviera bebiendo. Apolonio llevó entonces a los aldeanos a una gruta de las ninfas donde les mostró al sátiro, que dormía profundamente. Prohibió, sin embargo, que se le golpeara o injuriara, asegurando que, en adelante, ya no molestaría a nadie más[12].

Nuestro taumaturgo era conocido también por su poder sobre los espectros. Mediante una sencilla invocación —al estilo de las que hacían los indios— logró entablar una conversación con Aquiles:

Aquiles, la mayoría de los hombres aseguran que estás muerto, pero yo no admito esa idea, ni Pitágoras, ancestro de mi sabiduría. Si estamos en lo cierto, muéstranos tu propia figura, pues en gran medida te beneficiarías de mis ojos si te sirvieras de ellos como testigos de tu existencia (IV, 16).

Inmediatamente sobrevino un temblor de tierra y surgió un joven de cinco codos de alto y gran belleza que, al ser contemplado por Apolonio, dobló su estatura y acrecentó su hermosura.

Dentro también del ámbito de la magia podemos incluir el episodio, narrado por Filóstrato[13], en el que Apolonio, encerrado y encadenado en una prisión por orden del emperador Domiciano, demostró a su amigo Damis su poder, sacándose primero la pierna de los grilletes e introduciéndola de nuevo en ellos al tiempo que volvía a comportarse como un prisionero.

Precisamente poco después de esto Apolonio protagonizó un hecho aún más asombroso: su traslación mágica desde el tribunal, en Roma, hasta Dicearquía, en las proximidades de Nápoles; dirigiéndose a su amigo Damis le anunció:

Mi defensa tendrá lugar en el día fijado, pero tú encamínate a Dicearquía, pues es mejor que vayas por tierra y, después de entrevistarte con Demetrio, tuerce hacia la orilla del mar frente a la que se halla la isla de Calipso, pues me verás aparecer allí (VII, 41).

Cuando Damis llegó a Dicearquía tres días después oyó hablar de una tormenta y de un violento vendaval que, por aquellos días, había causado el hundimiento de varias naves; comprendió así por qué Apolonio le había recomendado que hiciera el viaje por tierra. Tras el juicio en presencia de Domiciano y posterior absolución, Apolonio desapareció de Roma antes de mediodía y por la tarde se mostró en Dicearquía ante los ojos de Demetrio y Damis. Aquél, al verle, no sabía si estaba vivo o resucitado y Apolonio, tendiéndole su mano, le dijo:

Tócame, y si me evado de ti, soy un fantasma que te viene de los dominios de Perséfone, como los que muestran los dioses infernales a los que se hallan vencidos en exceso por sus penas. Pero si, a tu toque permanezco, convence también a Damis de que vivo y de que no he abandonado mi cuerpo (VIII, 12).

Filóstrato asegura que, muerto Apolonio, pocos años después, se apareció a un joven que dudaba sobre la naturaleza del alma para demostrarle su inmortalidad.

La figura de Apolonio fue contrapuesta a la de Cristo por muchos paganos, pero sólo a partir de la época de Filóstrato. Así, Porfirio, en su tratado *Contra los Cristianos*[14], o Hierocles, en su obra *Los Amantes de la Verdad*, afirman la superioridad del taumaturgo de Tiana. No obstante, también cristianos como Eusebio (*Contra la «Vida de Apolonio» de Filóstrato*) acusaron a Apolonio de ser un charlatán favorecido en sus milagros por los demonios.

En época bizantina circulaban con éxito talismanes atribuidos a Apolonio. Su leyenda como sabio experto en talismanes, bajo el nombre de *Balinus*, fue conocida también en el Oriente árabe.

Los textos antiguos mencionan estatuas o retratos de Apolonio[15]. Dion Cassio[16] asegura que cuando el emperador Caracalla llegó a Tiana en el 217 a.C. hizo erigir un *heroon* en su honor, sancionando así con la autoridad imperial una tradición local.

Destaca igualmente la imagen que se conservaba en el larario del emperador Alejandro Severo (222-235 d.C.), junto a la de Cristo, Abraham y Orfeo[17]. Lamentablemente de todas ellas no se

ha conservado ninguna. Un medallón con inscripción[18], descubierto en Roma y posteriormente perdido, recoge la única imagen fiable de Apolonio.

Se atribuye a Apolonio una gran cantidad de obras: *Sobre los sacrificios*, un *Testamento*, unos *Oráculos*, una *Vida de Pitágoras*, unas *Cartas* (de las que se conserva una colección de 77, si bien algunas de ellas no son suyas), un *Himno a la Memoria*, una obra *Acerca de la adivinación por las estrellas* y las *Opiniones de Pitágoras*.

1. Lucian., *Alex.*, 5. / 2. N. J. Richardson y P. Burian, «The Epigram on Apollonius of Tyana»: *GRBS*, 22 (1981), pp. 283-285. / 3. *Alex.*, 5. / 4. *Ep.*, 77. / 5. I, 10. / 6. IV, 4. / 7. IV, 18. / 8. IV, 34. / 9. IV, 43. / 10. V, 18. / 11. Marc., V, 40; Luc., VII, 11. / 12. VI, 27. / 13. VII, 38. / 14. Fr. 4. / 15. VIII, 29; Lact., *Inst. Div.*, V, 3. / 16. LXXVII, 18, 4. / 17. HA, *AS*, 29, 2. / 18. *CIL*, VI, 29828.

[Bibl.: Fuentes: A. Bernabé Pajares, *Filóstrato. Vida de Apolonio de Tiana*, Madrid, 1979. Las *Cartas* de Apolonio han sido editadas por Kayser, Leipzig, 1870-1871. Estudios: Miller, «Apollonios von Tyana»: *RE*, II, 1 (1895), cols. 146-148; G. Petzke, *Die Traditionen über Apollonios von Tyana und das Neue Testament*, Leiden, 1970; W. Speyer, «Zum Bild des Apollonios von Tyana bei Heiden und Christen»: JbAC, 17 (1974), pp. 48-64; E. L. Bowie, «Apollonius of Tyana: Tradition and Reality»: *ANRW*, II, 16.2 (1978), pp. 261-327; G. Anderson, *Philostratus. Biography and Belles Lettres in the Third Century A.D.*, London, 1986; M. Dzielska, *Apollonius of Tyana in Legend and History*, Roma, 1986.]

APOLONIO DE LAODICEA / *Apollónios* (s. II d.C.?).— Autor de un tratado sobre auspicios ornitoscópicos citado por Pselo[1].

1. *Phil.*, VIII, 167.

APUSORO / *Apusorus* (s. III a.C.?).— Mago persa citado únicamente por Plinio[1] junto a Zaratus (gr. *Zarátas*), transcripción latina de Zaratustra.

1. *NH*, XXX, 5.

AQUINIO / *Lucius Aquinius* (s. IV a.C.).— Harúspice, quizá de origen etrusco, llamado por el Senado romano en el año 389 a.C. para ser consultado sobre el ritual haruspicinal que debía seguir uno de los tribunos militares durante la batalla de Allia. Sólo es citado por Macrobio[1].

Se trata del primer caso conocido en el que Roma solicita la intervención pública de un harúspice etrusco, coincidiendo con un período de fuerte «etrusquización» de la ciudad: inmediatamente después de la toma de Veyes y en tiempos de la alianza con la ciudad etrusca de Caere. Un siglo más tarde[2] (en el año 273 a.C.) el estado romano comenzó a ejercer de forma oficial, por medio de sus pontífices, un control directo sobre las prácticas y la organización de los harúspices etruscos.

1. *Sat.*, I, 16, 22. / Plin., *NH*, XI, 186.

AREXIÓN / *Arexíon* (s. V a.C.).— Adivino (hieróscopo) griego, natural de Parrasia (Arcadia), que ocupó el puesto dejado por *Silano en la Expedición de los Diez Mil (mercenarios griegos al servicio del príncipe persa Ciro).

Según Jenofonte[1] los estrategos ofrecieron en Heraclea un sacrificio, dirigido por Arexión (h. 400 a.C.). Las entrañas de las víctimas no fueron favorables para la reanudación de la marcha. Hubo sospechas de que, dado que Jenofonte no quería abandonar la ciudad, para llevar a cabo otras empresas, había convencido al adivino para que anunciara que las entrañas no se mostraban propicias; este hecho obligó a que, en lo sucesivo, los sacrificios tuvieran que realizarse públicamente.

Cuando, pocos días después, Jenofonte sacrificaba de nuevo, Arexión vio un águila, signo de buen augurio, exhortando a continuación al estratego a abrir la marcha[2]. Por último, en los momentos previos al encuentro con el ejército de Farnabazo, Arexión sacrificó una víctima y las entrañas resultaron —a la primera— favorables; el adivino no erró su pronóstico, pues Jenofonte logró una victoria sobre Farnabazo y los bitinios[3].

1. *Anab.*, VI, 4, 13. / 2. *Anab.*, VI, 5, 2. / 3. *Anab.*, VI, 5, 8.

ARISTANDRO DE TELMISO / *Arístandros* (s. IV a.C.).— Célebre adivino (*mantis*) telmesio colaborador de Alejandro Magno durante su expedición asiática (334-323 a.C.).

La primera intervención conocida de Aristandro tuvo lugar poco antes de que naciese Alejandro. Según Plutarco[1], Filipo de Macedonia soñó después de su boda con Olimpide que imprimía un sello con forma de león en el vientre de su mujer. Mientras otros adivinos no dieron importancia a la visión, Aristandro afirmó que la mujer estaba encinta de un niño del ánimo de un león. La misma anécdota es narrada por Tertuliano[2], que sin embargo silencia el nombre del adivino. Este episodio prueba la presencia de Aristandro en la corte de Filipo desde el año 357/356. No obstante, se trata de una profecía *ex eventu* que debió ser divulgada cuando el Macedonio trataba de poner de manifiesto su carisma; en este sentido es probable que Aristandro haya divulgado la interpretación del sueño de Filipo no en el 357/356, sino hacia el 336.

En los meses previos al inicio de la expedición asiática Aristandro demostró su habilidad para dar un significado positivo a prodigios aparentemente ambiguos o, incluso, amenazadores. Según Plutarco[3] y Arriano[4], en la ciudad de Libetra (al pie del monte Olimpo), una estatua de Orfeo sudó ininterrumpidamente. Pese a que, en general, este tipo de prodigios era interpretado muy desfavorablemente, Aristandro dio un significado bien distinto al afirmar que Alejandro iba a realizar hazañas dignas de ser cantadas y celebradas, que darían mucho trabajo y sudor a los poetas y músicos que compusieran sus himnos.

En una novela tardía (*Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia,* atribuida por la crítica moderna al Pseudo Calístenes), Aristandro, que aparece con el nombre de *Melampo (como el mítico adivino), ofrece una interpretación diferente del mismo prodigio:

Del mismo modo que Orfeo, tocando la lira y cantando, persuadió a los griegos, ahuyentó a los bárbaros y amansó las fieras, así también tú, esforzándote con tu lanza, los harás a todos tus súbditos (I, 42).

A partir de este momento y hasta la batalla de Gaugamela (1 de octubre de 331) Aristandro será consultado cada vez con mayor frecuencia por Alejandro. La hepatoscopia, la onirocrítica y la interpretación de prodigios no parecen tener secretos para él. Las consultas de estos años se centran en los siguientes casos:

a) Durante el asedio de Halicarnaso apareció una golondrina que revoloteaba insistentemente sobre la cabeza de Alejandro, posándose una y otra vez sobre su nido trinando de forma estruendosa. Alejandro, dormido, espantó con la mano suavemente la golondrina pero ésta se posó sobre su cabeza y no levantó el vuelo hasta que hubo despertado por completo. Consultado Aristandro, éste le contestó que aquello era indicio de la traición de alguno de sus amigos, añadiendo que, sin embargo, la conjura llegaría a ser descubierta, pues la golondrina es un

pajarillo que convive con el hombre, de quien es su amigo. Poco tiempo después se detenía a Alejandro, hijo de Aréope, por tramar una conspiración contra él[5].

b) Durante el asedio de Tiro, Alejandro tuvo un sueño en el que creía aproximarse a los muros de la ciudad, donde Heracles estrechaba su mano derecha y le introducía en la ciudad. Aristandro interpretó este sueño afirmando que Tiro sería tomada a costa de un laborioso esfuerzo, como ocurriera con los trabajos de Hércules. Tras el largo asedio, de enero a julio o agosto del 332, la ciudad fenicia cayó finalmente en manos de Alejandro.

Arriano[6], Plutarco[7] y Quinto Curcio[8] ofrecen sus particulares versiones de la intervención de Aristandro, pero siempre favorables a Alejandro.

Merece la pena, no obstante, recordar lo transmitido por *Artemidoro en su célebre *Oneirokritikà*: durante el asedio de Tiro, Alejandro soñó que un sátiro danzaba sobre un escudo. El intérprete descifró el sueño: «Tuya (*sà*) será Tiro (*Týros*)».

c) Durante el asedio de Gaza, mientras Alejandro preparaba un sacrificio, ya a punto de ofrecer la primera víctima, un pájaro carroñero que revoloteaba por encima del altar dejó caer sobre su cabeza una piedra que llevaba entre sus patas. Interrogado sobre el suceso por Alejandro, Aristandro respondió:

Señor, conseguirás tomar la ciudad, pero tú deberás tener una extrema precaución en el día de hoy (Arr., *Anab.*, II, 26).

Desatendiendo u olvidando los consejos de su adivino, Alejandro arriesgó su vida durante el combate, resultando herido[9].

d) Durante la fundación de Alejandría quiso el monarca macedonio señalar los límites que marcaran las obras de fortificación; como no tenía con qué hacerlo utilizó la harina que los soldados transportaban en unos barriles. Reflexionando sobre esto Aristandro, vaticinó que la nueva ciudad sería próspera por muchas razones, y en especial por su fertilidad en frutos de la tierra[10].

e) Tras vadear el río Tigris, Alejandro, aprovechando un eclipse de luna (21 de septiembre de 331), realizó un sacrificio conjunto a la Luna, al Sol y a la Tierra. A juicio de Aristandro, la coyuntura de la luna era favorable a los macedonios y a Alejandro, afirmando que el combate contra los persas tendría lugar en ese mismo mes y que las víctimas presagiaban la victoria del macedonio[11].

Casi todas las fuentes coinciden en reconocer la presencia de Aristandro junto a Alejandro en los momentos previos a la batalla de Gaugamela. Plutarco[12] y Curcio[13] afirman que Aristandro hizo sacrificios en nombre de Alejandro (a Fobos según Plutarco, a Zeus y Atenea Niké según Curcio) y que al inicio del combate, vestido con un manto blanco, indicó a los soldados que soltaran un águila sobre la cabeza de Alejandro como auspicio de victoria. Arriano[14] silencia este episodio pero recuerda que Aristandro anunció la victoria cuando se produjo el citado eclipse de luna.

Tras la batalla de Gaugamela las intervenciones de Aristandro se espacían más observándose, sobre todo, que sus interpretaciones de los presagios son cada vez menos favorables a Alejandro y su empresa.

Curcio afirma que tras el episodio de las llamadas «Puertas persas» Aristandro renunció a sacrificar en nombre de Alejandro alegando que era inoportuno[15]. Poco después, cuando el monarca decidió luchar contra los escitas y realizaba los sacrificios previos al combate, Aristandro le dijo que las víc-

timas indicaban algún peligro. Ante la actitud impaciente y hostil de Alejandro, el adivino manifestó que no era posible interpretar los sacrificios contra la evidencia de los signos del cielo por más que Alejandro deseara tener mejores noticias[16]. Sobre la conclusión de este episodio las fuentes no concuerdan: según Arriano[17] el adivino fue obligado por Alejandro a repetir el sacrificio, que dio de nuevo resultado negativo, rehusando modificar su interpretación de los signos celestes. Curcio[18] sostiene que Aristandro, atemorizado ante la ira de Alejandro, no sólo repitió los sacrificios sino que extrajo de ellos presagios favorables para la empresa que el monarca macedonio proyectaba. En cualquier caso ambos autores ponen claramente de manifiesto el deterioro de las relaciones entre Alejandro y Aristandro.

Otro episodio, el de la muerte de Clito, pone también de relieve cómo Alejandro iba perdiendo el favor divino. Aristandro hizo ver al héroe macedonio que la fuga de tres ovejas durante un sacrificio celebrado por Clito era uno de los peores presagios posibles[19]. Tras el asesinato de Clito a manos de Alejandro, Aristandro se limitó a imputar lo sucedido a la voluntad inmutable del destino[20]. El filósofo Anaxandro justificó el homicidio parangonando a Alejandro con Zeus[21].

La última de las consultas a Aristandro tuvo lugar a orillas del Oxo (en el confín entre la Bactriana y la Sogdiana) en la primavera del 328 a.C. Cerca del lugar donde se fijó la tienda de Alejandro en el campamento brotaron dos manantiales, uno de agua y otro de una sustancia oleaginosa (petróleo). Ante el prodigio Alejandro ofreció un sacrificio. Aristandro interpretó la fuente de aceite como indicio de futuros sufrimientos pero también de una victoria que llegaría tras algunos contratiempos[22].

A partir de entonces el nombre de Aristandro desaparece de los escritos de Arriano, Plutarco y Curcio, que citan de pasada a otros adivinos llamados en lugar suyo, como *Demofonte, *Cleómenes y *Pitágoras. Dicha desaparición podemos ponerla en relación con el último período de la vida de Alejandro: aquel en el que el héroe macedonio pretendió el reconocimiento de una naturaleza divina. Las razones del distanciamiento de Aristandro no debieron de ser muy diferentes de las del historiador Pseudo Calístenes quien, conforme a la mentalidad griega tradicional, se había negado a aceptar la divinización del soberano.

El silencio del nombre de Aristandro en las fuentes historiográficas pudo deberse, según unos (Robinson), a la interrupción de la obra del Pseudo Calístenes; según otros (Berve, Hamilton, Greenwalt, Prandi) a la muerte del adivino, un año después (327 a.C.).

Sin embargo, se ha demostrado recientemente (F. Landucci Gattinoni) que Aristandro no sólo pudo morir después de esta fecha, sino que nada excluye que siguiera formando parte del grupo de *manteis* del séquito de Alejandro hasta el 323 a.C. Es más, Eliano[23] sostiene que a la muerte del macedonio sus generales discutieron durante treinta días sobre el lugar donde debía ser enterrado el cuerpo de Alejandro. Aristandro, que había profetizado un poder eterno al diádoco que sepultase a Alejandro en su territorio, indujo a Ptolomeo a trasladar el cuerpo a su satrapía egipcia pese a la oposición de Pérdicas. La noticia de Eliano parece, sin duda, una reelaboración tardía pero pone de manifiesto que muchos consideraban a Aristandro vivo en aquella fecha.

La fama de Aristandro se perpetuó al menos hasta el siglo II d.C. Clemente de Alejandría[24] le cita entre otros adivinos célebres. Luciano[25] considera a Aristandro una autoridad en la interpretación de los sueños, como también *Artemidoro. Algunos autores moder-

nos, aceptando lo que dicen de él Plinio y Luciano, creen que Aristandro pudo haber sido autor de algunos tratados sobre oniromántica y sobre el significado de los prodigios.

1. *Alex.*, 2, 4-5. / 2. *De anim.*, 46, 5. / 3. *Alex.*, 14, 8-9. / 4. *Anab.*, I, 11, 2. / 5. Arr., *Anab.*, I, 25, 6-8. / 6. *Anab.*, II, 18, 1. / 7. *Alex.*, 25, 1-3. / 8. IV, 2, 4. / 9. Arr., *Anab.*, II, 26-27.; Plut., *Alex.*, 25, 4-5; Curt., IV, 6, 12 / 10. Arr., *Anab.*, III, 2, 1-2; Plut., *Alex.*, 26, 8-10; Curt., IV, 8, 6. / 11. Arr., *Anab.*, III, 7, 6; Plut., *Alex.*, 31, 8; Curt., IV, 10, 1-7. / 12. *Alex.*, 31, 9. / 13. IV, 13, 15. / 14. *Anab.*, III, 15, 7. / 15. V, 4, 2. / 16. Arr., *Anab.*, IV, 4, 3. / 17. *Anab.*, IV, 4, 3. / 18. VII, 7, 23-29. / 19. Plut., *Alex.*, 50, 4-5. / 20. Plut., *Alex.*, 52, 2. / 21. *Alex.*, 52, 5-7. / 22. Arr., *Anab.*, IV, 15, 7-8. / 23. *HV*, 12, 24. / 24. *Strom.*, I, 21, 134, 4. / 25. *Philopatris*, 21-22.

[Bibl.: Kaerst, «Aristandros»: *RE*, II, 1 (1895), cols. 859-860; C. A. Robinson, «The Seer Aristander»: *AJP*, 50 (1929), pp. 195-197; M. Plezia, «De Aristandri vaticinio»: *Eos*, 59 (1971), pp. 227-230; W. S. Greenwalt, «A Macedonian Mantis»: *AncW*, 5 (1982), pp. 17-25; F. Landucci Gattioni, «L'indovino Aristandro e l'eredità dei Telmesii», en *La profezia nel mondo antico*, Milano, 1993, pp. 123-138.]

ARISTEAS DE PROCONESO / *Aristéas* (s. VII a.C.).— Originario de Proconeso (una isla de la Propóntide), fue un taumaturgo (*iatromantis*), entre mítico e histórico, al que se le atribuye un poema hexamétrico titulado *Arimaspeas*, en el que relataba su prodigioso viaje al país de los isedones para informarse en él de todo lo concerniente a las regiones más septentrionales de la tierra habitadas por los arimaspos (hombres con un solo ojo), los grifos guardianes del oro y los hiperbóreos[1].

Desde el estudio de Bolton se acepta que Aristeas vivió en el Proconeso entre 650 y 625 a.C. Posiblemente en la época en la que los griegos exploraban las costas del mar Negro viajó hasta el territorio de los escitas y, desde aquí, al de los isedones, donde recopiló noticias sobre otros pueblos legendarios. Sus experiencias fueron relatadas en el citado poema del que se conservan algunos fragmentos.

Aristeas tenía la facultad de desdoblarse y viajar en espíritu, mientras que su cuerpo esperaba el regreso del alma en vuelo[2]. En Heródoto[3] aparece como un personaje capaz de morir y resucitar varias veces, desaparecer y reaparecer en un lugar lejano. Este historiador asegura que murió en un batán de su ciudad natal y que el batanero, después de cerrar su taller, marchó a comunicarlo a los parientes del muerto. Difundida la noticia, un hombre venido de Artace sostuvo ante los vecinos de Proconeso no sólo haberle encontrado en aquella ciudad, sino incluso haber hablado personalmente con él. Cuando los parientes acudieron al batán para enterrarlo, el cuerpo de Aristeas no apareció. Sólo al cabo de seis años Aristeas volvió a Proconeso para componer el citado poema, tras lo cual desapareció nuevamente.

Aristeas está por ello muy ligado a la figura de Apolo (cuyo culto se preocupa en propagar) y comparte muchos de los rasgos del hiperbóreo *Ábaris[4]. Así, después de su «segunda muerte», se le ve aparecer en la ciudad de Metaponto, en la Magna Grecia, para ordenar a los habitantes que elevasen un altar en honor de Apolo y, junto a él, una estatua suya, ya que había acompañado al dios a Italia bajo la forma de un cuervo[5]; después, desapareció súbitamente. Los metapontinos, tras enviar una embajada a Delfos, preguntaron al dios qué significaba la aparición de aquel hombre; como la Pitia les ordenó hacer caso de la aparición, ya que sería de gran provecho para ellos, decidieron seguir el consejo de Aristeas. Además de su célebre poema, ya citado, se le atribuía una *Teogonía* en prosa cuyo contenido desconoce-

mos[6]. Otros llegaron incluso a hacerle preceptor de Homero[7].

Tampoco tenemos noticias de oráculos pronunciados por Aristeas, pero sabemos que de un laurel de bronce que los metapontinos levantaron en el ágora para conmemorar la visita de Apolo y su profeta salía una voz o un ruido que provocaba el delirio extático de los adivinos de la ciudad. Los pitagóricos sintieron también gran interés por su figura, haciendo de Aristeas maestro o discípulo del fundador de la escuela.

1. Herod., IV, 16; Paus., V, 7, 9. / 2. Pind., frag. 194; Max. Tyr., *Diss.*, XVI, 2; XXXVIII, 3; Suidas, s.v. «Aristeas». / 3. IV, 13-15. / 4. Herod., IV, 13. / 5. Herod. IV, 15. / 6. Suda, s.v. «Aristeas». / 7. Strab. XIV, 1, 18.

[Bibl.: Fragmentos: A. Bernabé Pajares, *Fragmentos de épica griega arcaica*, Madrid, 1979, pp. 344-351; G. Colli, *La sabiduría griega*, Madrid, 1995, pp. 50-51 y 441-442. Estudios: Bethe, «Aristeas»: *RE*, II, 1 (1895), cols. 876-878; J. D. P. Bolton, *Aristeas of Proconnesus*, Oxford, 1962.]

ARISTOGITÓN / *Aristogeíton* (s. IV a.C.).— Político y *sykophante* ateniense de la época de Demóstenes, quien le cita en uno de sus discursos[1] escrito hacia el año 324 a.C.. Fue llevado a juicio tras la batalla de Queronea por falsa acusación y más tarde se vio implicado en el proceso de Harpalos. Por los discursos de Demóstenes sabemos que como hechicero fue iniciado en los secretos de los venenos y encantamientos por la esclava de *Teóride de Lemnos, con la que tuvo dos hijos. Demóstenes le acusa de componer sortilegios (*magganeúei*), abusar de las gentes y pretender curar a los enfermos de epilepsia.

1. *Or.* XXV.

ARISTÓNICA / *Aristoníka* (s. V a.C.).— *Pitia y *promantis* del santuario de Delfos que vivió en época de las guerras médicas (h. 480 a.C.). Aristónica dio el siguiente oráculo a una delegación de magistrados atenienses interesados en conocer el futuro de los suyos ante la amenaza persa:

¡Oh desgraciados!, ¿por qué permanecéis sentados? / Huye a los extremos de la tierra, abandonando / tus casas y las altas cimas de tu ciudad circular. /Pues ni la cabeza permanece en pie, / ni el cuerpo, ni los pies situados en las extremidades, / ni por tanto las manos, / ni nada del centro queda, sino que se encuentra / en estado lamentable. / Pues la destruye el fuego y el activo Ares, / que conduce un carro de origen sirio. / También aniquilará otras muchas fortalezas, / y no la tuya sólo. / Entregará al devastador fuego muchos templos de dioses, / que ahora se alzan bañados en sudor, / temblando de miedo; y en lo más alto de los techos / se ha derramado sangre negra, / que presagia fatalidades de desgracia. / Ea pues, salid del santuario, / mostrad entereza ante las desgracias (Herod., II, 140).

Al escuchar el oráculo, los enviados atenienses quedaron sorprendidos y abatidos. Timón, una de las autoridades religiosas de Delfos, les aconsejó entonces entrar de nuevo en el oráculo con traje de suplicantes y llevar ramas de olivo en las manos. Esta vez Aristónica les contestó así:

No puede Palas aplacar a Zeus Olímpico, / aunque le suplica con muchas palabras y / con prudente discreción. / Pero a ti de nuevo dirigiré esta respuesta, / comparándola con el acero: / Mira, al ser tomado lo demás que contienen en su interior / la frontera de Cécrope y la gruta del divino Citerón, / Zeus, de amplia mirada, concede a Tritogenia / que una muralla de madera / sea la única inexpugnable, que te servirá a ti y a tus hijos. / Pero tú no aguardes in-

mutable a la caballería y / al numeroso ejército / de tierra que viene desde el continente, sino retirándote / tras volver la espalda; sin duda, todavía alguna vez / estarás frente a él. / ¡Oh divina Salamina, aniquilarás tú a tus hijos / de mujeres, / bien al esparcirse Deméter o bien al reunirse! (Herod., II, 141).

Los atenienses tomaron por escrito esta segunda respuesta, más suave que la primera, y regresaron a su ciudad. Allí se dieron interpretaciones dispares del oráculo hasta que, finalmente, se impuso la de Temístocles: el oráculo iba dirigido a los enemigos de Atenas, y lo que sus habitantes debían hacer era disponerse para una batalla naval, ya que era a esto y no a las murallas a lo que se refería el «muro de madera». Poco después los atenienses obtenían bajo sus órdenes una victoria naval sobre los persas en la batalla de Salamina (480 a.C.).

Plutarco[1] dice que Aristónica, como las pitias y *sibilas más antiguas, profetizaba en verso.

1. *Pyth. or.*, 23.

ARNUFIS / *Arnoûphis* (s. II d.C.).— Mago egipcio conocido, sobre todo, por el episodio que protagonizó en el año 172 d.C., bajo el reinado de Marco Aurelio. El ejército romano (la legión XII Fulminata), aislado en las montañas de Panonia, cercado por los cuados[1] y agobiado, además, por el calor sofocante y la falta de agua, se vio, de repente, sorprendido por una oportuna tormenta acompañada de lluvias abundantes; este hecho permitió a los romanos reponerse y rechazar a los bárbaros.

El milagro fue atribuido a Arnufis, sacerdote (*hierogrammateys)* de Isis, que por entonces pertenecía al séquito imperial de Marco Aurelio (*synonta to Marco* dice el historiador griego Dion Cassio). Sus «artes ocultas» (*sophía tiní*) lograron la intervención de Hermes Aérios (Thot, el dios de la magia al que por entonces también se asimiló el Mercurio latino).

Durante las excavaciones del pretorio imperial de Aquileya (levantado en el invierno del 168-169 d.C.) fue hallada una dedicación de Arnufis a Isis (*Dea Epiphane*) que parece probar la historicidad del personaje.

Un pasaje de la *Historia Augusta*[2] alude a que, antes de este episodio, el emperador Marco Aurelio convocó sacerdotes de todas partes del Imperio para ejecutar «ritos extranjeros» (*peregrini*) de profilaxis colectiva con motivo de una *pestilentia*; el mago egipcio pudo haber participado en dicho ritual, ya que un fragmento de Eliano atestigua entre las especialidades de los *hierogrammateis* ritos purificatorios contra las epidemias. Poco después, en el 167 d.C., debió de pasar a formar parte del séquito del ejército romano.

No obstante, otras religiones se atribuyeron la autoría del «milagro de la lluvia». Así, uno de los fundadores de la teúrgia, *Juliano el Teúrgo, muy conocido en aquel tiempo, hijo de un famoso mago (Juliano el Caldeo) que vivió en época de Domiciano. Se le menciona en algunas fuentes como rival de Apuleyo y *Apolonio de Tiana en la purificación de Roma durante una pestilencia[3].

Las fuentes oficiales, de las que la escena XVI de la columna de Marco Aurelio (erigida hacia el 176 d.C.) así como un medallón romano del 173[4] se hacen eco, atribuyeron el prodigio —dentro de la más estricta ortodoxia romana— a la intervención de Júpiter Tonante que, con sus rayos detuvo a los bárbaros. En el siglo IV d.C. el poeta Claudiano, aun conociendo la atribución del milagro a Juliano el Teúrgo, se inclina también por la «versión oficial» romana:

Y tú, benévolo Marco, no regresaste a los templos de la patria invocando con tan gran entusiasmo cuando Fortuna liberó de peligros semejantes a Hesperia por todas partes cercada por pueblos bárbaros. No hubo allí mérito alguno de los caudillos. Pues cayó sobre los enemigos una lluvia de fuego. A uno su abrasado caballo lo llevaba tembloroso en el lomo humeante; otro cayó consumido por el casco que se fundía; las lanzas resplandecieron derretidas por los rayos y las espadas se desvanecieron de pronto en humo. Entonces la batalla, restringida al cielo, desconoció las almas mortales, ya si las fórmulas caldeas armaron con sus ritos mágicos los dioses, o si, como pienso yo, la vida intachable de Marco pudo merecer todo el apoyo del Tonante (*De VI cons. Hon.*, 340-350).

Pero desde Tertuliano (que escribe cinco años después del acontecimiento) también las fuentes cristianas reclamaron para su Dios el milagro. La *legio XII Fulminata* (así llamada desde el siglo I) era originaria de Melitene, una de las ciudades más cristianizadas de Asia Menor y fue precisamente —según dichas fuentes— la plegaria de los soldados cristianos (*precationibus militum*) la que logró que Dios obrara el milagro. Una pretendida carta oficial del emperador Marco Aurelio al Senado (auténtica según M. Sordi) es argumentada por las fuentes cristianas como prueba[5]. De hecho, en la escena XVI de la columna de Marco Aurelio se representa a un soldado con los brazos y la mirada dirigidos hacia el cielo.

En un pasaje de sus *Meditaciones*[6] el propio Marco Aurelio atribuye un milagro de características similares a éste a la plegaria simple y libre dirigida por los atenienses al amigo Zeus, lo que parece reforzar la hipótesis de que adscribiese el prodigio danubiano a las invocaciones de sus propios soldados, si bien dirigidas quizá a Júpiter Tonante.

Pese a todo, las recientes contribuciones (Guey, Posener) se inclinan a aceptar la historicidad de la «versión egipcia» frente a todas las demás.

1. Dion Cass., 71, 8, 4. / 2. *Vit. MA*, 13, 1-3. / 3. Anast., *Quaestiones et responsiones centum quinquaginta quattor*, Q. XX = PG 89, coll. 524-525. / 4. Gnecchi, *I medaglioni romani*, II, p. 28, tav. 60, 1. / 5. Tertul., *Apol.*, 5, 6; *ad Scapulam*, 4, 7-8; Eus., *HE*, V, 5, 1-6; Oros., VII, 15, 9-11; *Acta Sanctorum: Vita Abercii*, 485 ss. Nissen. / 6. *Medit.*, V, 7.

[Bibl.: A. Calderini, «L'iscrizione aquileiense di Harnouphis»: *Aquileia Nostra*, 8-9 (1937-1939), pp. 67-72; J. Guey, «La date de la pluie miraculeuse (172 après J.C.) et la colonne Aurélienne I et II»: *MEFR*, 60 (1948), pp. 105-127; 61 (1948), pp. 3-118; J. Guey, «Encore la "pluie miraculeuse"»: *RPh*, 22 (1948), pp. 16-62; M. Sordi, «Le monete di Marco Aurelio e la pioggia miracolosa»: *Ann. Ist. Ital. Numism.*, 5-6 (1958-1959), pp. 41-55; W. Jobst, «11. Juni 172 n. Chr. Der Tag des Blitz- und Regenwunders im Quadenlande»: *SAWW*, 335 (1978), p. 36; Z. Rubin, «Weather miracles under Marcus Aurelius»: *Athenaeum*, 57 (1979), pp. 357-380; G. Fowden, «Pagan Versions of the Rain Miracle of A.D. 172»: *Historia*, 36 (1987), pp. 83-95; A. Birley, *Marcus Aurelius*, London, 1987, pp. 227 y 251-259 *passim*.]

ARQUÉSTRATO / *Archéstratos* (s. V a.C.?).— Adivino (*mantis*), quizá de origen ateniense, citado por Alexis[1] junto a otros literatos del siglo V a.C. conocidos por su delgadez. Alexis dice de él que cuando los enemigos capturaron a Arquéstrato y le pusieron sobre una balanza, pesaba solo un óbolo [= 72 cg]. Polemón el Periégeta, en el libro *Sobre las cosas asombrosas*, afirma que fue al subir a la horca, tras ser capturado por sus enemigos, cuando se advirtió que tenía el peso de un óbolo[2]. Eustacio[3] insiste también en su poco peso. Quizá de la noticia de Alexis pueda deducirse que el adivino

era una figura destacada de la comedia antigua.

1. *Apud* Elian., *HV*, 10, 6. / 2. *Apud* Ateneo, XII, 552. / 3. *In Hom.*, II, 1288, 46.

ARRUNTE DE LUCA / *Arruns* (s. I d.C.?).— Con este nombre es citado en la *Farsalia* de Lucano (39-65 d.C.) un harúspice etrusco de avanzada edad, originario de Luca (Dante[1] dice que era de Luni, pero no sería improbable que hubiese manejado un códice enmendado), llamado por las autoridades de Roma para que expiara e interpretara los prodigios aparecidos en vísperas de la guerra civil (49-45 a.C.). El personaje es, para algunos estudiosos, histórico.

Arrunte es experto en la interpretación del rayo, «de las venas calientes de las vísceras» y de «los avisos del ala que revolotea por el cielo». Ordena, ante todo, quemar los «monstruos» (seres deformes) que la naturaleza había producido y después un *amburbium* (procesión purificatoria del pueblo, encabezada por los magistrados y sacerdotes, alrededor de la ciudad). Mientras, Arrunte concentra las hogueras provocadas por el rayo, las entierra en el suelo y pronuncia ante ellas un «lúgubre recitado».

Finalmente, sacrifica un toro en honor a Júpiter, pero de la víctima no brotó «sangre corriente» sino una «horrible sangraza», lo que hizo palidecer al harúspice. A éste siguieron otros signos no menos intranquilizantes: al observar el hígado vio «amenazantes las venas por la parte enemiga»; el «tendón del pulmón» quedaba oculto; una pequeña fisura cortaba las partes vitales; el corazón estaba encogido y las vísceras echaban pus a través de hendiduras abiertas. Pero el más grave de todos los presagios era que en la «cabeza del hígado» se había desarrollado la masa de otra cabeza (*duo capita*). Ante tales indicios (los *duo capita* representan a Pompeyo y César, que se enfrentarán en la batalla de Farsalia) el adivino se percata de la inminencia de grandes desgracias y exclama:

*A duras penas, dioses celestiales, me será lícito revelar a las gentes todo lo que maquináis; pues no ha resultado en tu honor, Júpiter supremo, este sacrificio que he ofrecido, y en el pecho del toro inmolado se han introducido los dioses infernales. Nos asaltan temores indecibles, pero vendrán desastres peores aún que los que tenemos. ¡Ojalá los dioses conviertan en favorables mis visiones, y no haya que confiar en las vísceras, antes sea todo ello una invención de *Tages, el fundador de esta ciencia!* (*Fars.*, I, 631-637).

1. *Inf.*, 20, 46.

ARTEMIDORO DE DALDIS / *Artemídoros* (s. II d.C.).— Artemidoro vivió en la segunda mitad del siglo II d.C. Había nacido en Éfeso pero siempre se consideraba de Daldis (Lidia), patria de su madre[1]. En esta localidad existía un templo a Apolo Mistes y Arte-midoro confesaba haber iniciado la redacción de su tratado oniromántico obedeciendo los dictados del dios que se le aparecía frecuentemente en sueños[2].

A él se refieren algunos autores contemporáneos suyos, como Frontón, Galeno[3] y Luciano[4]. También le cita la Suda (léxico bio-bibliográfico escrito en el siglo X).

Su única obra conservada es un manual onirocrítico (*Oneirokritikà*), dividido en cinco libros: los tres primeros dedicados a Casio Máximo (bajo cuyo nombre parece esconderse el del sofista Máximo de Tiro, que vivió entre 125-185 d.C.) y los otros dos a su hijo, también llamado Artemidoro, que se dedicó a la misma actividad que el padre; en este sentido el libro V de su obra no

es sino una recopilación de sueños interpretados a lo largo del ejercicio de la profesión.

El propio Artemidoro, según él mismo nos dice, practicó el arte de la adivinación por los sueños, recorriendo Grecia, las islas del Egeo, Asia e Italia[5]. En Roma tuvo ocasión de conocer al célebre retor M. Cornelio Frontón, hombre próximo a la familia imperial. La frecuencia con la que alude a sueños de los atletas que competían en los grandes certámenes, sobre todo en los Juegos Olímpicos, hace suponer que Artemidoro ejerció buena parte de su profesión aprovechando la celebración de este tipo de certámenes.

Artemidoro se acoge a la tradición, muy difundida en el mundo antiguo, que creía en el valor premonitorio de los sueños. El sueño dice (o predice) la verdad, como Artemidoro intenta probar cuando establece la etimología de *óneiros* (sueño), de *tò ón* (lo que es y, por tanto, lo verdadero) y *eírein*, forma arcaica de *légein* (decir); por tanto: «lo que dice lo verdadero». Los sueños proféticos (*òneiroi*) son subdivididos, a su vez, en directos y simbólicos, conociéndose de éstos hasta cinco clases: propios, ajenos, comunes, públicos y cósmicos. Pero existen otros, no proféticos, *enypnia*, que ponen de manifiesto las pasiones del alma o del cuerpo.

Él mismo alude, a otros trabajos anteriores a éste: uno de teoría onirocrítica[6], otros sobre argumentos diversos[7]. La Suda[8] atribuye a Artemidoro un tratado sobre la adivinación por medio de las aves (*Oionoskopia*), también citado por Galeno entre los libros más famosos sobre el tema, y otro sobre la quiromancia (*Cheiroscopikà*). Quizá por ello no sea casualidad que Gregorio de Nisa[9] divida el arte de predecir el futuro en: interpretación de sueños, observación de prodigios y quiromancia.

No obstante, algunos autores dudan de estas obras, pues cuando Artemidoro habla de los adivinos, en conjunto, señala que de ellos hay que excluir, por embaucadores e impostores, entre otros, a los quirománticos:

... los fisiognomistas, los que averiguan el porvenir mediante unos dados, el queso o una criba, los que interpretan las formas del cuerpo o las líneas de la mano, los que se sirven de recipientes y los que consultan a los muertos. Ciertamente, sus prácticas son de tal índole y no saben ni una pizca del arte mántica, pero, sirviéndose de charlatanerías y de engaños, desvalijan a los que caen en sus manos (*Oneir.*, II, 69).

Por el contrario, Artemidoro salva —como auténticas— las siguientes técnicas adivinatorias:

Únicamente restan como veraces los vaticinios hechos por los que analizan los sacrificios o el vuelo de las aves, los observadores de estrellas y prodigios, los descifradores de sueños y los examinadores del hígado de las víctimas (*Oneir.*, II, 69).

Desde que Freud se interesara por la obra de Artemidoro (traducida al alemán por F. S. Krauss), ésta ha sido objeto de numerosos estudios.

1. *Oneir.*, III, 66. / 2. *Oneir.*, II, 70. / 3. *Comm. in Hippocratis librum De victu auctorum*, I, 15. / 4. *Philopatris*, 21-22. / 5. *Proem.*, I y V. / 6. I, 1. / 7. III, 66. / 8. s.v. «Artemidoros»/ 9. *Contra fatum*, 60.

[Bibl.: Traducción española: E. Ruiz García, *Artemidoro. La interpretación de los sueños*, Madrid, 1989. Sobre el autor y su obra: C. Blum, *Studies on the Dream-Book of Artemidorus*, Uppsala, 1936; D. Del Corno, «C'è del metodo in questa follia: Artemidoro», en G. Guidorizzi, *Il sogno in Grecia*, Bari, 1988, pp. 147-159; H. Bender, «Predizione e simbolo in Artemidoro alla luce della moderna Psicologia del sogno», en G. Guidorizzi, *Il sogno in Grecia*, Bari, 1988, pp. 161-171.]

ARTEMÓN DE MILETO / *Artémon* (s. I d.C.?).— Onirócrita originario de Mileto, autor de una obra, en 22 libros, de la que quedan algunos fragmentos[1]. En ella se recogían los significados de los sueños así como las curaciones obtenidas en los santuarios de Serapis, donde, como sabemos, se practicaba la *incubatio*. A él se refiere *Artemidoro de Daldis[2], quien pudo haber seguido su clasificación de los sueños (Del Corno). La obra de Artemón iba precedida de una introducción teórica, también citada por Artemidoro.

1. *FHG*, IV, 340 / 2. *Oneir.*, I, 2; II, 44.

ASCLETARIÓN / *Ascletario* (96 d.C.).— Astrólogo, condenado por el emperador Domiciano en el año 96 d.C. por haber hecho predicciones y haberlas propagado[1]. El historiador Dion Cassio[2], más explícito que Suetonio, revela el delito cometido por Ascletarión: éste había predicho a Domiciano el momento y la forma de su muerte.

Su nombre aparece citado por las fuentes de diversas maneras (*Ascletarius, Asclepion, Asclation*), pero, en cualquier caso, parece de origen egipcio (H. Cramer). Pudo, de esta forma, pertenecer a un reducido pero importante grupo de astrólogos egipcios cuya influencia fue creciendo desde finales del siglo I a.C. y al que pertenecerían, por ejemplo, *Balbilo, *Queremón, *Ptolomeo Seleuco o *Pámmenes.

Ascletarión fue detenido en agosto o septiembre del 96 d.C. y llevado ante el emperador el 17 de septiembre de ese mismo año. Según Suetonio[3], Domiciano le preguntó si sabía cuál era la suerte que le estaba reservada, a lo que el astrólogo respondió que en breve los perros le despedazarían. Para demostrar que su arte carecía de fundamento, el emperador ordenó matarlo y darle sepultura con el máximo cuidado. Pero cuando se cumplían estas órdenes, una fuerte lluvia extinguió las llamas de la pira fúnebre y los perros desmembraron el cadáver a medio quemar, lo que fue puesto en conocimiento del emperador.

Sus escritos son citados con frecuencia por autoridades de la talla de *Vetio Valente[4], Palchus[5] y Lido[6].

1. Suet., *Domic.*, 15, 3. / 2. *Epit.*, 67, 16, 3. / 3. *Domic.*, 15, 3. / 4. *Anthol.*, 9. / 5. *Cat.*, 1, 80, 15. / 6. *De ost.*, 2.

[Bibl.: Fragmentos de la obra en *CCAG*, VIII, 4, 101, pp. 2-12. Estudios: F. H. Cramer, *Astrology in Roman Law and Politics*, Philadelphia, 1954, pp. 143-145.]

ASTÍFILO / *Astýphilos* (s. V a.C.).— Adivino griego (*mantis* y onirócrita), originario de Posidonia (en la Magna Grecia), que anunció al ateniense Cimón la proximidad de su muerte tras narrarle éste el sueño que había tenido antes de emprender la que sería su última expedición (450/449). En dicho sueño se le apareció una perra muy furiosa que emitía un ladrido mezclado con voz humana que le decía:

Ve, porque has de ser amigo / mío y de estos mis tiernos cachorrillos (Plut., *Cimón,* 18).

Astífilo, al ser consultado por su amigo Cimón, declaró que aquello significaba su muerte, pues el perro es enemigo de aquel a quien ladra y el mayor placer que se puede hacer a su enemigo es morir. En cuanto a la mezcla de la voz, designaba un enemigo medo, porque el ejército de los medos se compone de griegos y bárbaros[1].

Plutarco[2] dice que después de este sueño, estando Cimón sacrificando a Dióniso, el sacerdote que le ayudaba (quizá el propio Astífilo) troceó la víctima; la sangre que se derramaba, ya

cuajada, fue llevada poco a poco por unas hormigas hasta ponerla pegada en el dedo grande del pie de Cimón. Cuando éste lo advirtió, vino el sacerdote mostrándole el hígado de la víctima sin «cabeza» (*caput hiecoris*), considerado como el peor de los presagios en las técnicas hepatoscópicas.

1. Plut., *Cimón*, 18. / 2. *Cimón*, 18, 4.

ASTRÁMPSICO / *Astrámpsychos* (s. II d.C.?).— Seudónimo de un mago y astrólogo egipcio que utilizó el nombre de un antiguo mago persa de época de Alejandro Magno[1]. Algunos autores le atribuyen un poema (*libellus*) sobre interpretaciones de sueños, del que se conservan 101 versos, escrito a comienzos del siglo II d.C. También se le atribuyen otros tratados sobre geomancia, oráculos y hechizos de amor[2]. Un papiro griego[3] conserva una invocación a Hermes para conseguir éxito y favores atribuido a *Astrapsuco* (Astrámpsico).

Junto con *Doroteo de Sidón y *Manetón, representa el prototipo del astrólogo-poeta que alcanzó gran popularidad durante los siglos II y III del Imperio.

Bajo el nombre de *Sortes Astrampsychi* se conoce una serie de fragmentos de papiros con oráculos numerados que comprenden tanto la pregunta formulada como su respuesta. El consultante anotaba el número de la pregunta seleccionada, extraía luego otro número por sorteo y, mediante un complicado sistema, llegaba a otro que, en teoría, se correspondía con la respuesta.

1. Diog. Laert., pr. 2. / 2. Suidas, s.v. «Astrampsychos». / 3. *PGM*, VIII, 1.

[Bibl.: Fragmentos: Hercher, *Astrampsychi oraculorum decadas CIII*. Estudios: P. Tannery, «Astram-psychos»: *REG*, 11 (1898), pp. 96-105; Riess, «Astrampsychos»: *RE*, I, 2 (1894), cols. 1796-1798; G. M. Browne, «The Composition of the Sortes Astrampsychi»: *University of London Institute of Classical Studies Bulletin*, 17 (1970), pp. 95-100; G. M. Browne, *The Papyri of the Sortes Astrampsychi*, Meisenheim am Glan, 1974.]

ATENAIS / *Athenaïs* (s. IV a.C.).— Adivina (*mantiké gyné*) griega, originaria de Eretria, que vivió en tiempos de Alejandro Magno (356-323 a.C.). Estrabón[1] dice de ella que tenía el don de la profecía y la compara con la *Sibila, originaria de la misma ciudad. También señala[2] que fue ella quien proclamó el origen divino de Alejandro.

1. XIV, I, 34. / 2. XVII, I, 43.

ATENIÓN / *Athenion* (s. II a.C.).— Esclavo de origen cilicio que recurrió a técnicas astrológicas durante la llamada «segunda rebelión de esclavos» (104-100 a.C.). «Lugarteniente» de *Salvio, dio a conocer a los esclavos sublevados (en Egesta y Lilibeo) un pronóstico astrológico, tras el estudio de las estrellas, según el cual la isla de Sicilia caería en sus manos, advirtiendo por ello que la tierra y sus cultivos debían ser tratados con respeto como si le pertenecieran[1].

A las órdenes de Salvio conquistó Triokala, enfrentándose a Licinio Lúculo en el 103. Tras la muerte de Salvio pasó a dirigir el movimiento servil, ocupando Makella. Fue derrotado y muerto por el cónsul M. Acilio en el 101.

1. Diod., XXXVI, 5, 1-3; XXXVI, 4, 4; 2, 5.

ATEYO CAPITÓN / *C. Ateius Capito* (22 d.C.).— Experto romano en derecho civil y religioso (pontifical y sacral), en el año 17 a.C. interpretó un oráculo

que justificaba la elección de esta fecha para la celebración de los *Ludi Saeculares*, presididos por Augusto y Agripa[1].

De origen humilde (su abuelo fue un centurión de Sila), alcanzó destacadas magistraturas (*consul suffectus* en el año 5 d.C.). Dejó numerosos escritos, de los que se conservan sólo unos pocos fragmentos: *Coniectanea* (en nueve libros); *Epístolas*; *De pontificio iure* (en seis libros); *De iure sacri-ficiorum*, y un tratado sobre derecho augural.

Su adversario en el campo de lo jurídico fue el célebre Antistio Labeón[2]. Su obra fue consultada por juristas, anticuarios y filólogos incluso de época bajoimperial.

1. Zos., II, 4. / 2. Tac., *Ann.*, III, 75.

[Bibl.: Fragmentos: W. Strzelecki, *Atei Capitonis fragmenta*, Berlin, 1960.]

ATTO NAVIO: *Navio.

AULO / *Aulus* (s. I d.C.?).— Astrólogo citado por el poeta Lucilio (que vivió en Nápoles en época de Nerón), en uno de sus epigramas satíricos[1]. Cuando Aulo logra descifrar su propio horóscopo, declara:

Ha llegado el momento marcado por el Destino; no me quedan más que cuatro horas de vida (*Ant. Pal.*, XI, 164).

Lucilio dice que cuando llegó la quinta hora y vio que continuaba viviendo, avergonzado, se ahorcó. Aquel que habría podido vivir consciente de su ignorancia muere ignorante, viene a decirnos el poeta. No sabemos si Aulo fue —como parece— un personaje real, contemporáneo de Lucilio.

1. *Anth. Pal.*, XI, 164.

AURINIA / *Aurinia* (s. I d.C.?).— Una de las primeras sacerdotisas y profetisas germanas conocidas[1], al estilo de *Véleda o *Ganna, y quizá, como éstas, opuesta a los romanos.

1. Tac., *Germ.*, VIII, 3.

AZARÍAS / *Azaryahu* (s. X-IX a.C.).— Profeta hebreo, hijo de Oded, que instigó al rey Asá de Judá (911-870 a.C.) a luchar contra los ritos paganos, a eliminar sus imágenes y a favorecer el culto de Yahveh[1]:

¡Escuchadme, oh Asá y todo Judá y Benjamín! Yahveh estará con vosotros mientras vosotros estéis con Él; si lo buscareis, se dejará hallar de vosotros; mas si lo abandonareis, os abandonará. Por mucho tiempo ha estado Israel sin verdadero Dios, sin sacerdote que guíe y sin Ley; pero cuando en su angustia se convirtió a Yahveh, Dios de Israel, y lo buscó, Él dejose hallar de ellos (2 Cro 15, 2-4).

1. 2 Cro 15.

B

BACIS / *Bákis* (s. VI-V a.C.?).— Célebre *chresmologos* (coleccionista oficioso de oráculos) griego, sin duda, el más famoso y mejor conocido de todos ellos. Los *chresmologoi* suelen clasificarse en tres «generaciones»: una «mítica» o «legendaria» (Orfeo, Laio, *Euclo y *Museo); otra «histórica», que aparece ligada, sobre todo, al siglo VI a.C. (*Onomácrito, *Lisístrato, *Anfílito) y una «tercera generación», testimoniada sobre todo por las obras de Aristófanes (Trigeo).

Las fuentes le consideraban, pues, un adivino histórico, de origen beocio, que profetizaba antes de las guerras médicas (s. V a.C.). También se sabía que sus facultades proféticas las había adquirido de las ninfas[1]; Bacis era, pues, un *nympholeptos*, es decir, un hombre «poseído por las ninfas». Sólo algunas fuentes[2] sostienen que fue Apolo quien envió a Bacis a profetizar.

La crítica moderna no cree, sin embargo, en la historicidad del personaje, inclinándose a considerarlo una personificación popular de la *báxsis* («profecía»); sería, pues, un vate ficticio, como Orfeo, Laio, Museo y tantos otros.

Conservamos seis oráculos de Bacis: tres en Heródoto[3] (sobre las guerras médicas) y tres en Pausanias (dos sobre Mesenia[4] y uno sobre Beocia[5]).

Heródoto muestra una gran confianza en las colecciones oraculares de Bacis y en particular por la precisión con que anunció los acontecimientos del 480/479; él es también el primero en citarlo.

1) El primer oráculo, cumplido tras la retirada de la flota griega de Artemisio, decía:

Procura, cuando eche sobre el mar un puente de papiro el que habla un lenguaje bárbaro, alejar de Eubea tus cabras que mucho balan (VIII, 20, 1-2).

2) En otro pasaje, Heródoto cita siete versos de Bacis anunciando la derrota de los bárbaros y el triunfo de los griegos que el historiador consideró referidos a la batalla naval de Salamina (en el 480 a.C., concluida con la victoria griega sobre el rey persa Jerjes):

Pero cuando unan con un puente de naves la orilla consagrada a Artemisa, de espada de oro, y la marítima Cinosura, con loca esperanza tras saquear la esplendorosa Atenas, la divina Dike apaciguará al fuerte Coro, hijo de

Hibris, que es terriblemente ávido pues cree que seducirá a cualquiera. En efecto, el bronce chocará con el bronce, y Ares de sangre enrojecerá el mar. Entonces, el día de la libertad para la Hélade trae el Cronida que ve a lo lejos y la augusta Nike (VIII, 77).

3) El tercer oráculo se creyó referido a la batalla de Platea (479 a.C.), en la que los griegos derrotaron a los persas mandados por Mardonio; aunque es probable que se haya perdido el principio (o que Heródoto no lo cite), en él se habla claramente del destino adverso del ejército persa:

La reunión de los helenos a orillas del Termodonte y del herboso Asopo y un grito de dolor de sonido bárbaro, donde por encima de la suerte y del destino caerán muchos de los medos portadores de arcos, cuando sobrevenga el día fatal (IX, 43).

4-5) Las alusiones a los oráculos de Bacis reaparecen algún tiempo después de las guerras médicas, ya en el siglo IV a.C., y hacen alusión, sobre todo, al rey Epaminondas, cuya política antiespartana en favor de Mesenia se vio favorecida por los oráculos de Bacis. El primero decía:

Y cuando de Esparta la brillante flor perezca, Mesenia volverá a ser poblada por siempre (Paus., IV, 27, 4).

Pausanias declara haber descubierto que otro oráculo anunciaba también la toma de Hira:

Los de Mesenia, con ruidos y fuentes domada (*ibid.*).

6) El último oráculo conservado es bien diferente de los anteriores y se refiere a una disputa de carácter agrícola y religioso entre dos ciudades de Grecia central: Titorea (en la Fócide) y Tebas:

Mas cuando Titoreo a Anfión y Zeto libaciones y plegarias y ruegos sobre la tierra derrame, mientras el sol glorioso permanece halagando al toro, entonces guarda a la ciudad de un mal no leve que la amenaza: pues los frutos perecerán en ella arrebatados del suelo, llevados a la tumba de Foco (Paus., IX, 17, 4-6).

Bacis alertaba a los tebanos de la iniciativa de los titoreos que, cuando el sol entraba en el signo del Toro, sacaban la tierra del túmulo de Anfión y Zeto (en Tebas) para trasladarla al de Foco (en Titorea) con el fin de acrecentar la productividad de sus cultivos y empobrecer la tierra de los tebanos. Según la leyenda, Antíope, madre de los gemelos Anfión y Zeto, constructores de las murallas de Tebas, huyó de la ciudad, refugiándose en Titorea, donde se casó con Foco compartiendo después su tumba.

Entre la época de Heródoto (s. V a.C.) y la de Pausanias (s. II d.C.), Bacis es parodiado en las obras de Aristófanes[6], quien por primera vez utiliza el verbo *bakitsein* («profetizar»). Concretamente en *Los caballeros*[7], el político Cleón y el charcutero, tratando cada uno de ellos de atraerse al *demos*, aportan en su favor gran cantidad de oráculos (inventados). Cleón presume de que sus predicciones son de Bacis, mientras que el charcutero se inventa el nombre de un supuesto hermano de éste: Glanis[8].

Todo parece indicar, pues, que en el siglo IV a.C. sus profecías estaban ya muy desacreditadas. En este mismo siglo Teopompo[9] consideraba a Bacis un «purificador» y profeta apolíneo que, siguiendo los consejos de Apolo, purificó a las mujeres espartanas presas de delirio (*nymphomanía*). El epicúreo Boeto[10] no tenía dudas sobre la falsedad de los oráculos de Bacis si bien admite alguno. Aun Luciano cita un (falso) oráculo de *Bakis*[11].

Con alguna frecuencia las fuentes recogen la forma plural, *Bákides*. Probablemente su origen se halle en la leyenda de los «tres Bacis». De éstos el más antiguo es el ya citado (*supra*), un vate de Eleon (Beocia) inspirado por las ninfas cuyos oráculos se referían sobre todo a acontecimientos míticos e históricos beocios[12]. El segundo Bacis fue ático; quizá sea a él a quien se refiera Heródoto como autor de las profecías sobre las grandes batallas navales atenienses (Pausanias, sin embargo, las atribuía al Bacis beocio). En Atenas una tradición sostenía que Bacis era quizá un epíteto del tirano Pisístrato[13] (h. 560 a.C.), famoso por su pasión por los oráculos y su aplicación a la política. El tercer Bacis era un arcadio de *Kaphyai*, conocido también por otros nombres (Kydas, Aletes). Sobre esta base se fue haciendo de Bacis un nombre genérico que designaba a cierto tipo de adivino que profetizaba en estado de posesión, como una contrapartida masculina de las *sibilas.

1. Aristof., *Pax*, 1070-1071; Paus., X, 12, 21. / 2. Teopompo, 786H. / 3. VIII, 20, 77; IX, 43. / 4. IV, 27, 4. / 5. IX, 17, 4-6. / 6. *Equit.*, 123 ss.; 997-1068; *Pax*, 1046-1126; *Av.*, 959-991. / 7. *Equit.*, 1002-1096; 1229-1240. / 8. vv. 1015 ss. / 9. *FGrHist*, 115 F 77 Jacoby. / 10. *Apud* Plut., *De Pythiae oraculis*, 399 A. / 11. *De mort. Peregr.*, 30. / 12. Paus., IV, 27, 4; IX, 17-5-6; X, 12, 11; Cic., *De div.*, I, 34. / 13. *Schol. Aristof. Pax.*, 1071.

[Bibl.: I. Trencsényi-Waldappel, «Die Weissagungen des Bakis», en *Untersuchungen zur Religionsgeschichte*, Amsterdam, 1966, pp. 232-250; L. Prandi, «Considerazioni su Bacide e le raccolte oracolari greche», en *La profezia nel mondo antico*, Milano, 1993, pp. 51-62; D. Asheri, «Erodoto e Bacide. Considerazioni sulla fede di Erodoto negli oracoli (Herod., VIII, 77)», en *La profezia nel mondo antico*, Milano, 1993, pp. 63-76.]

BALAAM / *Balaam* (s. XIII a.C.?).— Prestigioso adivino citado en el Pentateuco. Es un extranjero proveniente de Petor[1], «junto al río» (es decir, el Éufrates; la localización del topónimo es incierta pero podría tratarse de Aram-Naharayin, en la Alta Mesopotamia[2]). Según este dato sería un adivino mesopotámico pero según otra tradición[3] se trataría de un madianita, lo que explicaría más fácilmente su relación con Yahveh.

Fue llamado por Balac, rey de Moab, cuando éste se enfrentaba a los hebreos venidos de Egipto a través del Sinaí. El experto adivino marchó hacia él no sin antes haber recibido en sueños de Yahveh la orden de hacer lo que le ordenara[4]. Sin embargo, sus intenciones no son sinceras: Balaam sabía que el rey le colmaría de riquezas y honores por maldecir al pueblo de Israel aun a costa de desafiar el poder de su Dios. Se desencadena así la ira de Yahveh, lo que da origen al célebre episodio de la burra: el animal se detiene al ver el ángel de Yahveh, lo que a Balaam no sucede. Atemorizado finalmente por la visión divina, acaba por someterse a la voluntad de Yahveh, comprometiéndose a transmitir a los hombres cuanto Dios le ordene[5].

De esta forma, transformado en un profeta verdadero a su pesar, Balaam se ve obligado a pronunciar oráculos de bendición para el pueblo de Israel, precisamente lo contrario de lo que el rey Balac esperaba de él. Al divisar el campamento de Israel emite un primer oráculo; se trata de una visión extática en la que ve un futuro Estado, asentado en su tierra de promisión, poderoso y rico en agua y bienes naturales:

Oráculo de Balaam, hijo de Beor, oráculo del varón de cerrada vista, / oráculo de quien oye las palabras de Él, de quien ve las visiones de Sadday; / que cae y se le abren los ojos. ¡Qué bellas son tus tiendas, oh Jacob; tus pabellones, oh Israel! / Dilátanse como valles, cual jardines a la vera del río, / como

áloes que plantara Yahveh, cual cedros junto a las aguas. / Agua fluye de sus nubes y su sementera abundante agua rebosa. / Más ensalzado que Agag será su rey, y exaltado será su reino. / Él, que le sacó de Egipto, es para él como los cuernos del búfalo. / Devora las naciones enemigas suyas, y quebranta sus huesos / y con sus flechas los traspasa. / Luego se ha agachado, se ha tumbado como un león y como una leona; / ¿quién le hará levantar? /¡Benditos quienes te bendigan; quienes te maldigan, malditos sean! (Num 24, 3-9).

El rey de Moab, indignado por el cambio de actitud de su adivino, ordena su inmediata expulsión, no sin que antes Balaam emitiese un segundo oráculo. En él ve el esplendor de la monarquía de David, al que llama «estrella» y «gobernante»; la tradición judía y cristiana vieron en sus palabras un anuncio del futuro Mesías, descendiente del rey David:

Lo veo, mas no ahora; lo diviso, pero no de cerca: / ha salido una estrella de Jacob, y ha surgido un gobernante de Israel / y ha quebrado las sienes de Moab y el cráneo de todos los hijos de Set. / Edom se va empobreciendo y empobrécese Se'ir, su enemigo, / mientras Israel adquiere riqueza. / De Jacob saldrá Dominador y aniquilará el remanente de la ciudad (Num 24, 17-19).

Balaam reemprendió así el regreso a su patria, pero, según el libro de Josué[6], fue muerto por la espalda durante los combates de los hebreos contra los madianitas, que auxiliaban a Moab.

Además de la información que sobre Balaam nos proporciona el texto bíblico, disponemos hoy de un segundo testimonio: una inscripción de finales del siglo VIII a.C., hallada en Deir Alla (de unas cincuenta líneas, aunque la lectura del texto presenta muchas dificultades). En ella Balaam no sólo habla en nombre de los dioses, sino que su palabra se transforma en juicio y castigo.

1. Num 22, 5. / 2. Dt 23, 4, 5. / 3. Num 31, 8, 16. / 4 Num 22, 9-21. / 5. Num 22, 23-38. / 6. Jos 13, 22.

[Bibl.: E. Puech, «Le texte *ammonite* de Deir 'Alla: les admonitions de Balaam», en *La vie de la Parole: De l'Ancien au Nouveau Testament*, Paris, 1987, pp. 13-30.]

BALBILO / *Ti. Claudius Balbillus* (s. I d.C.).— Influyente astrólogo alejandrino de época del emperador Nerón. Sus orígenes son mal conocidos: según unos (C. Cichorius) sería hijo de *Ti. Claudius Thrasyllus* (*Trasilo), el astrólogo de Tiberio; según otros, su nieto. Si se le considera como su hijo debió de ocupar, bajo el reinado de Claudio, el cargo de *archiereus Aegypti*, un verdadero ministro del culto imperial en la provincia.

Algunos autores (Piganiol, Schwartz) fechan en estos primeros años el inicio de la hostilidad de Balbilo hacia los cristianos (en particular hacia la comunidad de Éfeso); se ha creído ver una alusión al astrólogo en la segunda bestia del *Apocalipsis*[1], un falso profeta que seduce y engaña, valiéndose de magia y prodigios raros, induciendo a dar culto al Anticristo. Pero la documentación disponible no permite confirmar esta hipótesis.

Es posible que Balbilo entrara en contacto directo con la corte a través de Agripina (madre de Nerón), viéndose así involucrado en las intrigas para eliminar a Británico. En el 41 d.C. Balbilo debió de ser (J. P. Martin) el astrólogo que predijo a Agripina el destino que esperaba a su hijo (es decir, el trono) pero también que ella moriría a manos de él. Tácito[2] atribuye a Agripina la célebre respuesta: «Que la mate, con tal que reine». Se conserva una ins-

cripción hallada en Esmirna[3] en la que un *Tib. Claudius Thrasyllos* (probablemente nuestro astrólogo) manifiesta su lealtad hacia Agripina y su hijo Nerón.

Pero su influencia en la corte aumenta con la llegada de Nerón al poder (13 octubre del 54 d.C.). Según Tácito[4], la noticia de la muerte de Claudio fue dada a conocer sólo en el momento que los «caldeos» lo consideraron oportuno. Esta precaución tomada por Agripina, sin duda aconsejada por Balbilo, parece explicarse porque el horóscopo de Nerón (nacido el 15 de diciembre del 37) contenía no pocos elementos inquietantes[5].

Balbilo sobresalió del resto de los «caldeos» de su época (como entonces se llamaba genéricamente a los astrólogos); el emperador Nerón recurrió a Balbilo no sólo para sus consultas astrológicas sino para compartir con él sus aficiones egipcianizantes y, en general, orientalizantes; su colaboración debió de haber favorecido el desarrollo de la mitología solar que marcan los primeros años del reinado neroniano, aportando también la tradición astrológica de las monarquías helenísticas. Séneca[6] dirige hacia él grandes elogios como persona y hombre de letras. Pocos meses después de la llegada al poder de Nerón, Balbilo fue recompensado con la prefectura de Egipto (55 d.C.).

La muerte de Agripina (59 d.C.) no fue un obstáculo para que Balbilo, que regresó a Roma quizá en este mismo año, entrara a formar parte, junto a otros hombres de origen greco-oriental, de círculos aún más próximos al emperador. Algunos autores (J. Gagé) le consideran dueño, desde entonces, del destino de Nerón.

Así, en el año 60, cuando en Roma fue visto (durante seis meses) un cometa al norte de la constelación de Perseo que se dirigía a la de Virgo[7], Balbilo debió intervenir ante Nerón. Dicho fenómeno celeste fue considerado popularmente como un anuncio de cambio en el poder, propalándose incluso el nombre de Rubelio Plauto como próximo sucesor de Nerón. Para acallar esos rumores, el emperador tomó la precaución de hacer alejar de Roma[8] a su adversario, pero no ordenó su ejecución, sin duda siguiendo la interpretación «optimista» del significado del cometa (J. P. Martin) hecha por Balbilo.

Pero a finales del año 64, Balbilo intervino más directamente para interpretar la aparición de un nuevo cometa durante varias noches seguidas[9]. El astrólogo sugirió al emperador la conveniencia de conjurar tal presagio con alguna muerte muy sonada para que, de esta forma, desviándolos de su persona, fueran a recaer sobre otros. Suetonio[10] dice que Nerón sentenció a muerte a los ciudadanos más conspicuos coincidiendo con la conspiración de Pisón en Roma y de Vinicio en Benevento. No obstante, algunos estudiosos (H. Cramer) piensan que durante estos últimos años Balbilo mantenía una actitud discreta, tratando de distanciarse de la feroz represión del 66. Al mismo tiempo Popea, la esposa de Nerón, contaba con su propio astrólogo, *Ptolomeo Seleuco, enemigo o rival de Balbilo.

La mejor prueba de este distanciamiento es su abandono de Roma entre los años 66 y 70 d.C. El astrólogo Balbilo parece, pues, haber estado ausente cuando se produjo la muerte del emperador, la guerra civil del año 69/70 o el advenimiento de Vespasiano, permaneciendo quizá en Alejandría o en Éfeso. Para entonces su hija, Claudia Capitolina, había contraído ya (64 d.C.) matrimonio con C. Julio Antíoco Epífanes (hijo del ex-rey de Commagene Antíoco IV) del que nacerían dos nietos: C. Julio Antíoco Epífanes Filopapo (cónsul en el 109 d.C.) y Julia Balbilla. Ésta acompañaría años más tarde (130 d.C.) al emperador Adriano y a su esposa Sabina en su viaje a Egipto.

Se cree (H. Cramer) que entre los años 69 y 72 d.C. Balbilo debió de mantener contactos con el emperador Vespasiano, conocido también por su fe en la astrología; es posible incluso que en los años siguientes (73 y 74) Balbilo mediase en las malas relaciones políticas entre Roma y el reino de Commagene, una de cuyas figuras más destacadas era precisamente su yerno.

Dion Cassio[11] dice que para demostrar a Balbilo la consideración que le profesaba, el emperador Vespasiano permitió que los habitantes de la ciudad de Éfeso celebrasen juegos sagrados en su honor. Dichos juegos —conocidos como *Balbillea* o *Balbilleia*— fueron luego muy populares como revela la epigrafía[12]; los testimonios más antiguos datan del año 90 pero se conservan algunos del 105.

Se ha sugerido (F. Cumont) que Balbilo fue el autor de la interpretación astrológica del cometa aparecido en el 79 d.C., en lo cual era —como hemos visto— una autoridad. Desconocemos la fecha exacta de su muerte, quizá a comienzos de la década de los 80 d.C., medio siglo después de la de *Trasilo.

Se conserva de Balbilo un resumen en lengua griega de sus reglas sobre la duración de la vida en función de cálculos astrológicos.

1. 13, 11. / 2. *Ann.*, XIV, 9, 3. / 3. *ZPE*, 31 (1978), pp. 186-187. / 4. *Ann.*, XII, 68, 3. / 5. Suet., *Nero*, 6, 2; 40, 2. / 6. *NQ*, IV, 2, 13. / 7. Sen., *NQ*, VII, 17, 2; 21, 3. / 8. Tacit., *Ann.*, XIV, 22. / 9. Suet., *Nero*, 36, 1-2. / 10. *Nero*, 36. / 11. LXV, 9, 2. / 12. *CIG*, 2810; 3208; 3675; 5913; 6916.

[Bibl.: Fragmentos: *CCAG*, VIII, 3, p. 103; VIII, 4 cod. Paris, pp. 233-234. Estudios: F. Cumont, «Astrologues romains et byzantins I: Balbillus»: *MEFR(A)*, 37 (1918-1919), pp. 35-54; A. Piganiol, «Balbillus», en *Mélanges G. Glotz*, vol. II, Paris, 1932, pp. 723-730; J. Schwartz, «Ti. Claudius Balbillus»: *BIAO*, 49, 1950, pp. 45-55; F. H. Cramer, *Astrology in Roman Law and Politics*, Philadelphia, 1954, pp. 108-141; R. Merkelbach, «Ephe-sische Pererga 21. Ein Zeugnis für T. Claudius Balbillus aus Smyrna»: *ZPE*, 31 (1978), pp. 186-187; J. P. Martin, «Néron et le pouvoir des astres»: *Pallas*, 30 (1983), 63-73.]

BALTASAR: *Melchor.

BARDESANES DE SIRIA / *Bar-Daisan* (154-222 d.C.) .— Filósofo estoico y astrólogo cristiano. Nacido en Edessa (Siria) el 11 de julio del 154 d.C., sus padres eran paganos, pero él se convirtió pronto al cristianismo.

Según algunas fuentes tardías estudió en Hierápolis, según otras, en Apamea. Probablemente estuvo también en Babilonia, donde pudo haber seguido las enseñanzas de los astrólogos (caldeos); en los primeros siglos del Imperio dicha ciudad aún mantenía su prestigio cultural.

Jerónimo[1] cita a Bardesanes cuando se refiere a los gimnosofistas indios y le llama *vir babylonius*. No obstante, Bardesanes pudo haber recibido sus enseñanzas astrológicas en Siria. Se cree que su padre era él mismo un astrólogo, ya que dicha disciplina, como la de los magos, solía transmitirse de padres a hijos.

De su vida sabemos poco. Al frente de una delegación recibió a Abertius, obispo de Frigia (hacia el 175) durante el viaje que éste realizó por el Oriente, hecho recordado por una inscripción.

Escribió numerosos poemas, recopilados por su hijo Armonio pero posteriormente perdidos, que el pueblo cantaba en las iglesias y en las calles, pero que no gustaban a las autoridades esclesiásticas; algunos han llegado incluso a considerarle instigador de ciertas herejías de la época bajoimperial. Sus obras debieron escribirse en siriaco, la lengua aramea hablada en el norte de Siria desde el siglo I d.C.

Se le atribuye un tratado astrológico *Sobre la conjunción de los Planetas*, en el que estimaba la duración del mundo en 6.000 años.

De sus ideas filosóficas y astrológicas (diferentes éstas de la astrología popular) podemos hacernos una idea a través de *El libro de las Leyes de los países*, obra de Filipo —uno de sus discípulos— conservada en un manuscrito del siglo VII d.C. Es aquí donde se recoge su peculiar visión del horóscopo y la necesidad de someterse al destino (*hermarmen*) de los astros. Contamos también con algunos fragmentos conservados en fuentes tardías.

Tuvo algunos discípulos, entre los que (según Efrén) se encontraba el célebre *Mani. Siguiendo las doctrinas del maestro, aquéllos creían en la existencia del Bien y del Mal, en el Genio de la Fortuna, los oráculos y las constelaciones. Negaban la libertad en el hombre y la resurrección de los cuerpos. Vestían siempre de blanco porque pensaban que así participaban del Bien.

A Bardesanes se le atribuyen[2] unos *Diálogos* contra los marcionitas, una obra, *Sobre el destino*, dedicada a Antonino[3] y diversos tratados sobre las persecuciones de los cristianos en época de Caracalla o de Heliogábalo; también se afirma que perteneció a la escuela de Valentín, contra la que se volvería más tarde, lo que no parece cierto. Su fama se mantuvo varios siglos dando lugar a numerosas leyendas.

1. *Ad Jovianum*, 2, 14; *PL*, 23, col. 317. / 2. Euseb. Caesar, *HE*, IV, 30. / 3. Fr. *Apud* Euseb., *PE*, 6, 10, 1-48.

[Bibl.: H. J. W. Drijvers, *Bardaisan of Edessa*, Assen, 1966; J. Teixidor, *Bardesane d'Édesse. La première philosophie syriaque*, Paris, 1992.]

BASIAS / *Basías* (s. V a.C.).— Adivino eleo, perteneciente quizá a la familia de los *Yámidas o de los *Clítidas, que formó parte de la célebre expedición de los Diez Mil (401-399 a.C.). Jenofonte, uno de los jefes de la expedición, propuso en Pérgamo de Misia un plan para capturar al persa Asidates[1]. Antes de llevarlo a cabo realizó un sacrificio. Basias el adivino, que estaba presente, dijo que las víctimas le eran muy favorables y que el enemigo persa sería capturado, predicción que más tarde se cumplió[2]. Con Jenofonte había colaborado también, durante esta misma expedición, el adivino *Euclides.

1. *Anab.*, VII, 8, 9. / 2. *Anab.*, VII, 8, 10; 23.

BASÍLIDES / *Basílides* (s. I d.C.).— Sacerdote y profeta egipcio, quizá miembro del alto clero (Tácito[1]: *e primoribus Aegyptiorum*), que tuvo dos encuentros con Vespasiano (69 d.C.) poco antes de que éste accediera al poder.

Tácito dice que cuando Vespasiano se encontraba en el monte Carmelo (Siria) sacrificando en un templo, el sacerdote Basílides, tras mirar una y otra vez las entrañas de la víctima, le advirtió:

Sea lo que sea lo que proyectas, Vespasiano, ya construir una casa, ya dilatar tus tierras ya aumentar tu servidumbre, se te conceden una gran morada, ingentes confines y muchos hombres (II, 78, 3-4).

Las mismas fuentes señalan un segundo encuentro entre Vespasiano y Basílides, celebrado poco después, esta vez en Egipto. Según Tácito[2] y, con ligeras variantes Suetonio[3], Vespasiano entró a visitar el *Serapeion* de Alejandría para consultar sobre los asuntos políticos. Cuando se encontraba en el interior, completamente solo, creyó ver a sus espaldas a Basílides (Suetonio dice que le ofrecía verbenas, guirnaldas

y pasteles, como era tradición en el país), del que no ignoraba que se encontraba enfermo, lejos de Alejandría, a varios días de camino. Inmediatamente preguntó a los sacerdotes si habían visto a Basílides entrar en el templo. Tras enviar a unos soldados, Vespasiano comprobó que Basílides se encontraba a ochenta millas del *Serapeion*. Entonces interpretó lo sucedido como una visión divina y, al mismo tiempo, como oráculo favorable (pues Basílides deriva, en griego, de *basileus*, «rey»). Algunos autores creen, sin embargo, que el sacerdote del Monte Carmelo y el del *Serapeion* son personajes diferentes.

1. *Hist.*, IV, 82. / 2. *Hist.*, IV, 82. / 3. *Vesp.*, 7, 1.

[Bibl.: K. Scott, «The Role of Basilides in the Events of AD 69»: *JRS*, 24 (1934), pp. 138-140; L. Herrmann, «Basilides»: *Latomus*, 12 (1953), pp. 312-315.]

BATACES / *Batakes* (s. I a.C.).— Gran sacerdote y profeta de la *Magna Mater* (Cibeles) en Pessinunte (Asia Menor). Llegado a Roma en tiempos de Mario, aseguró ante el Senado que la diosa le había anunciado en su santuario que los romanos obtendrían una victoria aplastante sobre sus enemigos, los cimbrios y teutones[1]. El Senado prestó fe a la profecía e hizo erigir un templo a Cibeles como agradecimiento por la victoria que les prometía.

Pero Bataces se presentó al pueblo con la intención de repetir las mismas profecías. El tribuno Aulo Pompeyo se lo prohibió, llamándole charlatán y expulsándole de la tribuna con injurias. Aulo, poco después de ser disuelta la asamblea, cogió unas fiebres tan elevadas, que murió una semana después. Al conocerse la noticia aumentó la confianza de la población romana en los oráculos de Cibeles.

1. Plut., *Mar.*, 17, 9-11.

BEO / *Boió* (s. IV a.C.?).— Según Pausanias[1] era una mujer de Delfos que, quizá por inspiración del dios, compuso un himno a su ciudad en el que afirmaba que el oráculo de Apolo fue establecido por los hiperbóreos que llegaron con Olén. Éste era un adivino y músico que había sido el primero en dictar los oráculos en hexámetros dactílicos.

Pausanias afirma también que, en época histórica, los delios cantaban himnos en honor de la diosa Ilitia[2], de Hera[3] y de Acaya[4] compuestos por Olén.

La noticia transmitida por Pausanias parece ser una invención de época helenística. El texto dice:

Donde de cierto cumplieron un oráculo digno de recuerdo / los hijos hiperbóreos, Págaso y el divino Agieo / [...] / y Olén, que se tornó en el primer profeta de Febo / y en el primero que compuso un canto de antiguos versos (Frs. 1 y 2).

Clemente de Alejandría[5] alude a Beo como cresmóloga y en el siglo X la Suda[6] menciona su matrimonio. Su nombre suele confundirse con Boios, al que Ateneo[7] atribuye un tratado titulado *Ornithogonía* (*Sobre el origen de las aves*) que manejó Ovidio.

1. I, 18, 5; VIII, 21, 3; IX, 27, 2. / 2. II, 13, 3. / 3. V, 7, 8. / 4. X, 5, 8. / 5. *Strom.*, I, 132, 3. / 6. s.v. «Palaíphatos». / 7. IX, 393.

[Bibl.: A. Bernabé Pajares y H. Rodríguez Somolinos, *Poetisas griegas*, Madrid, 1994, pp. 133-137.]

BEROSO / *Berossós* (s. III a.C.).— Sacerdote babilonio del dios Marduk (su nombre originario era, quizá, *Bel-re'usu*), escribió en griego una obra muy consultada sobre la historia mesopotámica (no exenta de referencias astrológicas), en tres libros, *Babyloniakà* o

Chaldaikà, dedicada al rey Antíoco I Sóter (281-262 a.C.); de ella sólo quedan algunos fragmentos transmitidos sobre todo por dos autores: Eusebio de Cesarea y Flavio Josefo.

Como sacerdote de Marduk en Babilonia, Beroso colaboró con los nuevos monarcas greco-macedonios en la consolidación de su poder, tratando también de que los grupos sociales más influyentes del país conquistado prestasen al gobierno su apoyo. En este sentido se le comparó a su contemporáneo *Manetón de Egipto, autor de unas *Aigyptiakà* dedicadas a Ptolomeo II Filadelfo.

Las *Babyloniakà* constaban de tres libros:

I: Prefacio y dedicación, informaciones biográficas y referencias a las fuentes. En los orígenes de la civilización se encuentra la figura de Oannès, un monstruo con cuerpo de pez pero cabeza y piernas humanas, que, mediante un escrito, da a conocer a los hombres la civilización y les revela los orígenes del mundo: al principio todo era agua, de donde nacieron las criaturas monstruosas, pero luego Belos instauró el orden dividiendo el cuerpo de Talat (que gobernaba sobre las aguas primigenias) en dos, el cielo y la tierra, creó a los hombres y ordenó los astros.

II: Lista de los diez primeros reyes y monstruos ictiformes. Reyes y dinastas hasta Nabonasar (s. VIII a.C.).

III: Dominación asiria, imperio neo-babilonio y dominación persa hasta Alejandro Magno.

Para autores antiguos como Flavio Josefo[1], Beroso inició a los griegos en los secretos de la ciencia caldea y fue el introductor de la astrología oriental en el mundo griego. Pero la crítica moderna se divide sobre los conocimientos astrológicos de Beroso. Mientras para unos (Schwartz, Schnabel, Burstein) los fragmentos astrológicos proceden del libro I de las *Babyloniakà* (después de la exposición de la cosmogonía que concluía con el ordenamiento de los astros), otros autores (Jacoby) defienden la existencia de dos autores diferentes: Beroso y un Pseudo-Beroso de Cos. Este último, un astrólogo, sería el autor de los fragmentos astrológicos conservados y al que se referiría la literatura técnica de época imperial (Plinio, Ptolomeo, Séneca, Vitrubio, etc.).

Sería también este (Pseudo) Beroso el primero que reveló los secretos de la astrología babilonia a los griegos[2], fundando una célebre escuela de astrología en Cos (que acogió a los astrólogos *Critodemo y *Antípatro)[3]. La elección de dicha isla se explica bien por su fama como centro médico, donde confluían todas las disciplinas. Quizá muchos de los estudiantes de su escuela eran los que asistían a la célebre escuela de medicina en la isla; la iatromatemática, «ciencia» que estudiaba las relaciones entre las diferentes partes del cuerpo humano y las constelaciones o planetas, se creía muy antigua y de origen egipcio.

Los fragmentos de contenido astrológico se refieren a los siguientes aspectos:

a) Fr. 19-20: una explicación de los eclipses y de las fases de la luna a partir de su naturaleza (*hemípyron*).

b) Fr. 21: una versión de las catástrofes universales, diluvio y conflagración, determinadas por las conjunciones de los astros.

El fuego y el agua era frecuentemente considerados entre los filósofos griegos como causas de la destrucción periódicas de los seres vivos[4], pero la idea no parece griega.

Una tradición atribuye al (Pseudo) Beroso de Cos, como esposo de Erimanto, la paternidad de la *sibila Caldea[5].

Plinio[6] dice que los atenienses erigieron, a expensas públicas, en honor de Beroso, una estatua suya con la lengua de oro, en agradecimiento por sus profecías divinas.

Precisamente fue a partir de finales de la época helenística, es decir, en el momento que Roma comienza a sentirse poderosamente atraída por la cultura oriental, cuando la obra de Beroso comenzó a gozar de gran popularidad y fue ampliamente consultada, incluso ya tardíamente, por los autores cristianos.

1. Flav. Josef., *Contra Apión*, I, 129. / 2. *Ibid.*, I, 129. / 3. Vitrub., *De arch.*, IX, 6; *FGrH*, 680 T 5. / 4. Platón, *Timeo*, 22b-e / 5. Pausan., X, 12, 9; Suda, s.v. «Síbylla Delphís». / 6. *NH*, VII, 37, 123; *FGrH*, 680 T 6.

[Bibl: Fragmentos: F. Jacoby, *FGrH*, III c, sec. V, pp. 364-397. Estudios: P. Schnabel, *Berossos und die babylonisch-hellenistische Literatur*, Leipzig-Berlin, 1920; A. Kuhrt, «Berossus'Babyloniaka and Seleucid Rule in Babylonia», en A. Kuhrt y S. M. Sherwin White, *Hellenism in the East: The Interaction of Greek and Non-Greek Civilizations from Syria to Central Asia after Alexander*, London, 1987, pp. 32-56.]

BESOS / *Bessoí*.— Casta sacerdotal del oráculo dionisiaco de Tracia. Según Heródoto[1], en el territorio de los satras, en lo más elevado de sus montañas, se hallaba un oráculo de Dioniso cuyos intérpretes eran los Besos. Una sacerdotisa de esta casta vaticinaba en su interior al estilo de la *pitia de Delfos.

1. IV, 111.

[Bibl.: Oberhimmer, «Bessoi»: *RE*, III, 1 (1897), cols. 329-331.]

BITIS / *Bítys* (s. IV d.C.?).— Sacerdote y profeta egipcio citado por Jámblico[1] como traductor al griego de libros herméticos escritos en caracteres jeroglíficos. Según algunos autores (Reitzenstein) puede ser indentificado con el Bitos al que Zósimo[2] atribuye un *diagramma*. Otros (Hopfner) llaman la atención sobre el parecido fonético con un rey egipcio de nombre Bidis, citado en las *Aegyptiakà* de Manetón. Parece menos probable que pueda identificársele con *Pitis de Tesalia o con Bithos de Durratium[3].

1. *De Mysteriis*, 267, 15 y 293. / 2. *Comm.*, 9. / 3. Plin., *NH*, XXVIII, 23, 82.

BOLOS DE MENDES / *Bôlos* (s. III a.C.).— Escritor de hechos milagrosos, originario de Mendes (en el delta del Nilo), cuyas obras eran dadas a conocer bajo el nombre de Demócrito (Suidas[1], Columela[2]). De este falsario sabemos sólo que vivió hacia el año 200 a.C., pues utiliza con frecuencia (por ejemplo en su *Physika*) la obra de los magos *Zaratustra y *Ostanes, textos traducidos al griego en época de Ptolomeo Filadelfo y catalogados por Hermipo hacia el 200 (J. Bidez y F. Cumont). Según Suidas[3] era un pitagórico (*pithagóreios*), pero con dicho término parece dar a indicar su afición al ocultismo, ya que en época helenística Pitágoras pasaba por ser uno de los maestros de las artes mágicas.

Fue autor de tratados de contenido muy diverso: *a*) paradoxografía (*Perì thaumasíon*); *b*) medicina (*Physiká dynamerá*): los libros XXVIII-XXX de la *Historia Natural* de Plinio nos pueden dar una idea de su contenido, ya que este autor lo utiliza como fuente; *c*) agricultura (*Perì georgías*): Columela (en su *De re rustica*, VII, 5, 17) consulta este escrito cuando escribe sobre los instrumentos de los veterinarios; *d*) astrología.

Sus observaciones sobre las enfermedades de los animales fueron tenidas en cuenta por autores tan importantes como el citado Columela quien, siguiendo a Bolos, recomienda[4] examinar con atención el dorso de las ovejas para ver si tienen la enfermedad conocida como *sacer ignis* (pústula); si se

hallaran los síntomas ha de cavarse un hoyo en la puerta del establo y enterrar viva y boca arriba la oveja que tenga la enfermedad dejando que pase sobre ella todo el rebaño; haciéndose así, asegura, la enfermedad desaparecerá.

En otro pasaje[5] Bolos aconsejaba plantar después del equinocio, en un sitio de la huerta que sea abrigado y estercolado, hileras de férulas y zarzas, así como abrir sus mérulas con una vereta para echar estiércol y semillas de cohombro por el agujero; al nacer las semillas se van incorporando a las cañahejas o a las zarzas, ya que no sacan alimento de sus propias raíces sino de aquéllas. Injertada la planta de esta manera da fruto de cohombro incluso durante el invierno.

Una de sus más célebres obras fue un escrito —firmado también como Demócrito— titulado *Sobre las simpatías y antipatías* (*Perì sympatheion kaí antipatheion*)[6] tanto de animales como de plantas y piedras (por orden alfabético). El contenido de la obra ha sido reconstruido por Wellmann (quien atribuye a Bolos 82 fragmentos). En ella se trataba de las propiedades naturales, es decir, ocultas, de los tres reinos de la naturaleza; Bolos añadía aplicaciones médico-mágicas de cada uno de los objetos.

Bolos sostenía en esta obra[7] que los persas conocían una planta venenosa que cultivaron en Egipto con la intención de hacer matar a muchos de sus habitantes; pero dicha planta, transformándose en su contrario, se hizo comestible y produjo un fruto muy dulce.

Entre los fragmentos explícitamente dados como democriteos veinte conciernen a las antipatías: comadreja / albahaca; ibis / serpiente; serpiente / hojas de encina; serpiente / saliva de un hombre en ayunas; serpiente / rábano negro; león / gallo; león / fuego; hiena / pantera; camaleón / gavilán; escorpión / lagarto; escorpión /asno; zorro / ruda; siempreviva / insectos; pisada de una mujer desnuda durante la menstruación / orugas; patas de liebre o ciervo / chinches; pico / peonia; elefante / carnero o cerdo; avispa / rama de encina de frutos comestibles; marta / olor de la mirra; tigre /sonido del tímpano; plumas de águila / pluma de otras aves; tamariz / rata.

Tres conciernen a las simpatías: serpientes / granos de hinojo; salamandra / fuego; golondrina / hierba celidonia. El resto del tratado versa sobre ciertas propiedades maravillosas de animales, hierbas o piedras: se domestica un toro furioso atándole en las patas un hilo de lana o atándolo a una higuera; la lengua de una rana viva puesta sobre el pecho de una mujer le hace confesar todos sus actos; la médula espinal de una hiena cura las enfermedades de espalda; el hígado de la hiena cura las oftalmias; si se come el corazón o el hígado de las serpientes se comprende el lenguaje de las aves; el lagarto amarillo aleja las influencias hostiles y mágicas; el imán frotado con ajo no atrae el hierro.

El *Libro de las simpatías* de Bolos de Mendes fue muy leído a partir del siglo I a.C., siendo su autor reconocido como una autoridad en lo que se refiere a las ciencias naturales. Plinio, Plutarco, Eliano o las *Geoponica* la citan con frecuencia.

Los fragmentos relativos a la agronomía podemos encontrarlos en Cassio (88 a.C.); los fragmentos botánicos en Krateuas (II-I a.C.); los fragmentos zoológicos, en los tratados de Juba, rey de Mauritania (I a.C.-I d.C.); los fragmentos filosóficos, en Posidonio. De su obra se aprovechan también numerosos autores del siglo II d.C., como Plinio, Plutarco o Eliano.

Plinio —como con anterioridad Vitrubio— cita los *Cheirókmeta* (tratado sobre hierbas mágicas no siempre fácil de distinguir del *Perì sympatheion*), atribuyéndola a Demócrito (al que considera como el más apasionado estudioso de

los magos después de Pitágoras), pero Columela[8] asigna con acierto su paternidad a Bolos de Mendes.

1. s.v. «Bolos». / 2. VII, 5, 17. / 3. s.v. «Bolos». / 4. Colum., *RR*, VII, 5, 17. / 5. XI, 3, 53. / 6. *Ibid.*; *Schol. Nic. Ther.*, 764. / 7. *Ibid.* / 8. VII, 5, 17.

[Bibl.: M. Wellmann, «Bolos»: *RE*, III, 1 (1897), cols. 676-677; M. Wellmann, *Die Physiká des Bolos Demokritos und der Magier Anaxilaos aus Larissa*, Teil I, Abhandlungen der Preussischen Akademie der Wissenschaften. Phil. Hist. Klasse 1928 (la segunda parte del trabajo nunca fue publicada); W. Kroll, «Bolos und Demokritos»: *Hermes*, 69 (1934), pp. 228-232.]

BRÁNQUIDAS / *Branchídai*.— Familia (clan, *genos*) sacerdotal a cuyo cargo estaba el oráculo de Apolo en Dídima (Asia Menor)[1], también conocido como de Apolo Milesio.

Los Bránquidas decían descender del adivino Branco (*Bránchos*), adivino y purificador legendario, hijo de Esmicro (héroe originario de Delfos), establecido en Mileto. Antes de darle a luz, su madre había tenido una visión en la que el sol descendía hasta su propia boca, pasaba a través de su cuerpo y le salía por el vientre. El hijo fue llamado Branco, es decir, «bronquio» porque fue por estos órganos por donde su madre sintió descender el sol.

Según Conón[2], siendo joven aún, mientras cuidaba del rebaño en el monte, Branco fue amado por Apolo, quien le obsequió con el don de la adivinación, dándole como prendas y símbolos una corona y un ramo. Dichas fuentes aseguran que fue «el beso» del dios lo que hizo del joven un adivino.

Levantó entonces un altar a Apolo Filesio («Amistoso») y empezó a profetizar. Posteriormente desapareció o murió repentinamente. Los milesios le edificaron una tumba y construyeron el santuario oracular de Dídima, al sur de Mileto, que, atendido más tarde por sus descendientes, los Bránquidas, tuvo gran prestigio durante la época clásica.

Apolodoro de Corcira dice de Branco que purificó a los milesios de la peste (quizá después de la fundación de Mileto) asperjando a la población con ramas de laurel[3].

Salvo Lactancio Plácido, quien le considera *peritissimus futurorum deus*[4], en general fue considerado como un mortal. Branco tuvo un templo en Dídima antes del 494 a.C., el llamado Branchiadôn[5]; otro, en honor de Branco y de Apolo, era llamado Filesia[6].

Pese a su origen griego, durante la expedición persa contra los griegos (480 a.C.) los Bránquidas colaboraron económicamente con Jerjes, al que entregaron el tesoro del templo. Al fracasar la empresa y ante el temor a ser castigados por sus compatriotas, solicitaron al rey persa ser transferidos a la Bactriana. Según Curcio[7], Alejandro Magno castigó (150 años después) a los descendientes, a instigación de los milesios que formaban parte de su ejército.

La sacerdotisa de Apolo Didimeo (quizá reclutada de los Bránquidas) daba sus profecías tras caer en trance extático, de forma análoga al sacerdote de Apolo Clario o a la *pitia de Delfos. El ritual oracular era también muy parecido al de ésta: sostenía entre sus manos una vara, se sentaba sobre una tabla, lavaba sus pies y el borde del vestido en agua sagrada, aspiraba vapores, ayunaba tres días, se retiraba al *adyton*. Apuleyo[8] dice que el oráculo del dios milesio respondía *per sortem*; el término latino puede referirse tanto a la técnica de extracción de una *sors* («suerte»), documentada por otra parte también en Delfos desde el siglo IV a.C., como —genéricamente— a la respuesta oracular.

Es posible que los Bránquidas tuviesen a los Evangélidas (*Euangelidai*), otro *genos* milesio, como colaboradores en calidad de mensajeros de las respuestas o de intérpretes de su significado[9].

1. Paus., I, 16, 3 y IX, 10, 12. / 2. *Narr. frag.*, 33; Lucian., *De domo,* 24; *Dial. Deor.*, 2-4. / 3. *apud* Clem., *Strom.*, V, 8 (243). / 4. *Ad Theb.*, III, 479. / 5. Varr., *apud Lact. Theb.*, VIII, 198. / 6. Conón, *Narr. frag.*, 33; *Schol. ad Paus.*, V, 8, 8; Str., VII, 421; 634. / 7. VII, 5, 28-35. / 8. *Met.*, IV, 32. / 9. Conón, *Narr. frag.*, 33, 44.

[Bibl.: J. Fontenrose, *Didyma. Apollo's Oracle, Cult and Companions*, Berkeley, 1988.]

C

CAFACIO / *Lucius Cafatius* (s. I a.C.?).— Harúspice citado en la célebre inscripción bilingüe etrusco-latina de Pessaro[1]: *[L(ucius) Caf]atius L(uci) F(ilius) Ste(llatina tribu) Haruspe[x] Fulguriator; [C]afates L(a)rth L(a)r (thal) netsvis trvtnvt frontac.*

En la inscripción latina se distinguen los términos *haruspex* y *fulguriator,* mientras la etrusca distingue tres: *netsvis, trvtnvt, frontac.* Los filólogos suelen identificar *haruspex=netsvis* y *fulguriator=trutnvt.* El término *frontac* es un *hapax* y parece indicar un termino étnico alusivo a la ciudad de origen del harúspice, quizá Ferentum (la inscripción latina sólo indica la tribu). En todo caso queda clara en el epitafio la especialización del personaje: se trataría de un *haruspex-fulguriator,* capaz de atraer o rechazar los rayos (generalmente para lanzarlos contra el ejército enemigo como sabemos por Livio).

1. *CIL*, XI, 6363 = *ILS*, 4958.

[Bibl.: La inscripción ha sido nuevamente publicada por E. Benelli, *Iscrizioni bilingui etrusco-latine*, Firenze, 1994; M. Hano, «Le temoignage des inscriptions latines sur les haruspices», en *Les écrivains et l'Etrusca Disciplina de Claude à Trajan. Caesarodonum,* 1995, suppl. 64, pp. 184-199.]

CALCANTE / *Kálchas.*— Famoso adivino *(mantis)* legendario griego, originario quizá de Micenas o de Mégara[1], que participó en la guerra de Troya. Hijo de Testor, es conocido en la *Iliada* por su habilidad en la interpretación del vuelo de las aves, así como por sus dotes proféticas, que le permiten conocer «el pasado, el presente y el futuro»[2].

Guió a los aqueos hasta Troya gracias al arte que Apolo le había procurado[3]; no obstante, en tanto que simple *demiurgos*, socialmente era mucho menos considerado que los héroes de la expedición.

Dada la enorme popularidad de la figura de Calcante conviene distinguir el tratamiento que recibe en los poemas homéricos de la elaboración poshomérica del mito.

Las únicas intervenciones de Calcante en la *Ilíada* se producen:

a) En el canto I, cuando explica a los suyos las causas de la ira de Apolo en el décimo año de la guerra (el sacerdote de Apolo, Crises, había acudido al campamento de los aqueos a rescatar a su hija Criseida y Agamenón le había expulsado de él en un tono violento. A petición del sacerdote, Apolo castiga a los aqueos enviándoles una peste).

Ni por voto incumplido ni hecatombe / os hace ahora reproches, / sino por causa de su sacerdote, / al que Agamenón ha deshonrado, / ya que él ni a su hija ha liberado / ni ha aceptado tampoco los rescates; / por eso, pues, el flechador certero / nos ha dado dolores / y otros habrá de darnos todavía. / Y no apartará antes de los dánaos / la peste ignominiosa, / antes de que a su padre se devuelva / la muchacha de ojos giradores / sin recibir a cambio / ni precio ni rescate, / y una sacra hecatombe / a Crisa le llevemos; / podríamos entonces convencerlo, / si propiciámoslo antes conseguimos (I, 92-101).

b) Cuando los griegos se encontraban en Aúlide dispuestos a zarpar rumbo a Troya, quedaron sobrecogidos al ver, durante la celebración de un sacrificio, cómo una serpiente, tras devorar a ocho gorrioncillos en su nido y a continuación a la madre, quedó petrificada. Calcante calmó los temores al interpretar que, de igual manera, los aqueos lucharían por nueve años ante Troya y no la tomarían hasta el décimo:

¿Por qué os quedasteis en silencio, / de larga cabellera en las cabezas? / En verdad a nosotros ver nos hizo / Zeus, el consejero, este prodigio, / tardío en su llegada y cumplimiento, / del que jamás perecerá la fama. / Así como esa sierpe devoró / a los gorriatos y a la propia madre / (ocho en total que hacían con la madre / que los pariera un grupo de nueve), / así nosotros allí lucharemos / a lo largo de otros tantos años, / pero al décimo año tomaremos / la ciudad de anchas calles (II, 321-329).

En la elaboración poshomérica del mito de Calcante se añadieron otros episodios:

a) Calcante señaló la presencia de Aquiles (cuando éste contaba sólo con nueve años de edad) como necesaria para la conquista de Troya[4] .

b) Sugirió el sacrificio de Ifigenia para que la flota griega pudiese zarpar de Aúlide[5].

c) Tras la muerte de Aquiles y el suicidio de Áyax anuncia a los griegos que la ciudad no puede ser tomada a menos que se procurasen el arco de Heracles[6] (según otros autores la profecía la hizo *Héleno).

d) Aconsejó a los aqueos la captura de Héleno, que se había retirado a los bosques del Ida, ya que era el único capaz de revelar las condiciones necesarias para apoderarse de la ciudad de Troya[7].

e) Calcante fue para algunos autores quien tuvo la idea de construir el caballo de madera gracias al cual los aqueos lograron introducirse en el interior de la ciudad enemiga[8].

f) Tras la conquista de Troya ordenó los sacrificios de Astianacte y Políxena[9].

g) En el momento del regreso predice a los griegos que el viaje no será fácil, pues Atenea estaba irritada con ellos a causa de la impiedad de Áyax, su protegido; aquéllos quisieron matar al adivino, pero al haberse refugiado en el altar de la diosa lo dejaron[10].

Los *nostoi* señalan que Calcante se embarcó junto a *Anfíloco, otro adivino, y un grupo reducido de héroes, naufragando en la costa de jónica, cerca de Colofón[11]. Otros autores apuntan lugares diferentes como Claros, Cilicia o el santuario de Apolo Grineo[12].

Un oráculo (o una profecía de Héleno) había anunciado que Calcante moriría el día en que encontrara otro más sabio que él; en la ciudad de Colofón el adivino *Mopso le derrotó en un certamen de enigmas, del cual circularon diversas versiones[13]. Calcante murió poco después, apesadumbrado por la derrota.

Las noticias sobre el lugar donde descansa el cuerpo de Calcante también difieren entre sí, si bien Notio[14] parece ser el más comúnmente aceptado. Al-

gunos autores localizan su tumba en la Magna Grecia (Italia), como por ejemplo, en la montaña Drion y en Siris[15], lo cual parece explicarse por una confusión con Calco, rey de los daunios.

1. Hyg., *Fab.*, 97; Paus., I, 43, 1. / 2. *Il.*, I, 68-71. / 3. *Il.*, I, 72-76. / 4. Apol., *Bibl.*, III, 13, 8. / 5. Procl., 138-140; Esq., *Ag.*, 122-158; Eur., *Iph.T.*, 15-24; *Iph.A.*, 87-93; Enn., *Iph.*, 242-244; Hyg., *Fab.*, 98; Prop., IV, 1, 109-112; Ovid., *Met.*, XII, 27, 29. / 6. Apolod., *Ep.*, 5, 8. / 7. Conón, fr. 1, 34; Serv., *Ad Aen.*, II, 166; Ps. Apoll., *Ep.*, V, 8; Quint. Esmirn., VI, 57-67; IX, 325-332. / 8. Virg., *Aen.*, II, 185; Apolod., *Ep.*, 5, 8. / 9. Astianacte, *Acc.*, 171-172; Sen., *Troad.*, 365-370; Serv., *Ad Aen.*, III, 321; Políxene: Sen., *Troad.*, 360-365; Serv., *Ad Aen.*, III, 321. / 10. Apolod., *Bibl. Ep.*, 5, 23. / 11. Procl., 288-289. / 12. Claros: Callim., fr. 8; Cilicia: Sofoc., fr. 180; Apolo Grineo: Serv., *Ad Buc.*, VI, 72. / 13. Hes., *Melamp.*, fr. 278 M; Ferec., fr. 95; Sofoc., fr. 181 N; Apolod., *Ep.*, 6, 2. / 14. Apolod., *Ep.*, 6, 4 / 15. Str., VI, 284; Lyc., 1047 ss.

[Bibl: Heckenbach, «Kalchas»: *RE*, X, 2 (1919), cols. 1552-1555.]

CALIAS / *Kallías* (s. VI a.C.).— Adivino griego (*mantis*) perteneciente a la rama de los *Yámidas, asentada en Sicilia quizá a finales del s. VIII a.C. Las fuentes le hacen contemporáneo del tirano de Síbaris, Telis.

Al observar Calias presagios sacrificiales desfavorables en el momento en que los sibaritas iban a emprender una guerra contra los crotoniatas, Telis se indispuso contra él llegando a amenazarle, por lo que tuvo que buscar refugio en la ciudad de Crotona (510 a.C.)[1]. Como agradecimiento por la sinceridad de su vaticinio los habitantes de Crotona entregaron a Calias unas tierras que en tiempos de Heródoto aún eran disfrutadas por sus descendientes[2].

Algunos autores (Weniger) han intentado identificar a Calias con un adivino que hasta el año 522 perteneció al séquito del tirano Polícrates y cuya vida perdonó el rey persa Darío[3].

1. Herod., V, 44. / 2. Herod., V, 45, 2. / 3. Herod., III, 132.

CAMPENSE / *Campensis* (s. IV d.C.).— Según el historiador Amiano Marcelino, en el año 369 d.C. Chilón, antiguo vicario de África, denunció ante el prefecto de la ciudad al harúspice Campense (junto al *organarius* Serico y al *palaestrita* Absolio) de haber intentado envenenarle[1]. Los acusados fueron inmediatamente encarcelados.

El caso quedó finalmente en manos del prefecto de la *annona*, Maximino, quien inició una dura persecución, a la que no escaparon ilustres personajes senatoriales, bajo el pretexto de haber utilizado prácticas mágicas contra sus enemigos[2].

La suerte del harúspice Campense fue peor que la de sus compañeros al ser condenado por Maximino a morir arrojado a las llamas[3]. Se trata, pues, de uno de los pocos casos (quizá junto al de *Amancio) en el que un harúspice, apartándose de sus técnicas habituales, participa en prácticas mágicas. Algunos autores han propuesto identificar a Campense con *Campestre.

1. Amm. Marc., XXVIII, 1, 8. / 2. Amm. Marc., XXVIII, 1, 29. / 3. Amm. Marc., XXVIII, 1, 29.

[Bibl.: S. Montero, *Política y adivinación en el Bajo Imperio: emperadores y harúspices*, Bruxelles, 1991, pp. 128-129.]

CAMPESTRE / *Campester* (s. II d.C.?).— También citado como *Campestrius* (*Kampéstrios*), escribió un tratado sobre el valor profético de los cometas[1] (para el que quizá utilizó como fuente a *Petosiris) y un libro sobre necromancia[2]. Algunos autores lo identi-

fican con el harúspice *Campen-sis, ejecutado por orden de Maxi-mino[3], sin que existan plenas garantías, ya que para Campestre se han propuesto diversas cronologías: comienzos del Imperio (Gundel), siglo II d.C. (Müller) y siglo III (Wachsmuth).

1. Serv., *ad Aen.*, X, 273; Lyd., *Ost.*, 10. / 2. Fulg., *Alleg. Vergil.*, 142. / 3. Amm. Marc., XXVIII, 1, 8.

CANIDIA / *Canidia* (s. I a.C.?).— Hechicera citada en la obra poética de Horacio (sobre todo en su épodo V, pero también en otros poemas)[1]. Sobre la posible historicidad del personaje no hay unanimidad: para unos (L. Herrmann) fue real, mientras para otros (E. Fraenkel) pertenece a la ficción literaria. Algunos estudiosos, en una posición intermedia, consideran que Canidia es un seudónimo de un personaje real. Ya un escoliasta antiguo, Porfirion[2], presentaba a la maga como una perfumista (*unguentaria*) napolitana cuyo verdadero nombre sería Gratidia, enamorada de Quintilio Varo, un crítico literario de Cremona amigo de Horacio, si bien no existe acuerdo sobre la verdadera identidad de la mujer a la que este seudónimo encubriría.

Tampoco el nombre aclara mucho. Canidia parece estar relacionado con *canus* y no con *canis*; aludiría, por tanto, a una mujer de cabellos blancos.

Horacio la describe adornada con pequeñas víboras en su despeinado pelo y con las uñas sin cortar. En el épodo V el poeta narra primero el ritual de magia negra dirigido por Canidia a la que asisten otras hechiceras (Ságana, Folia y Veya): preparación de una hoguera a la que se arrojan cabrahigos sacados de tumbas, cipreses funerarios, huevos y plumas de búho embadurnadas con sangre de sapo, hierbas de Yolco y de Hiberia y huesos quitados a una perra. Después describe cómo se lleva a cabo la muerte de un niño de corta edad con el fin de elaborar con sus vísceras secas un filtro amoroso. Durante el ritual, Canidia dirige el siguiente conjuro a los dioses de la magia para atraerse el amor de Varo:

... ¡Protectoras / más fieles, Diana, Noche, que el silencio / riges y ritos arcanos, / mostraos ahora, volved las divinas / iras contra hostiles casas! / Cuando languidecen con dulce sopor / en la temerosa selva / las fieras, / que todos se rían del viejo / galán, ungido del nardo / mejor que mis manos hayan hecho, al cual / ladren suburanas perras. / ¿Qué pasa? ¿No valen los crueles venenos / con que al huir se vengó / Medea de la hija del grande Creonte, / su altiva rival, la novia / víctima del don, la túnica ardiente / en sangre empepada? ¡Pero / si no existe yerba ni raíz que en ásperas / breñas se me haya escapado! / Ya duerme en su lecho que el olvido impregna / de todas mis contrincantes. / ¡Ahora está andando, le libera el cántico / de alguna maga más sabia! / ¡Pues no, no serán usuales pociones / las que a mí me traigan, Varo / que has de llorar tanto, ni fórmulas marsas / te harán entrar en razón! / ¡Mayor, mayor filtro daré a tus desdenes! / ¡Antes debajo del mar / se pondrán los cielos y encima la tierra / que dejes tú de incendiarte / en mi amor lo mismo que el betún cuando arde con negras llamas! (*Ep.*, V, 47-82).

Además de sus conocimientos en el ámbito de la magia amorosa (como es la preparación de filtros), Canidia conoce también fórmulas para atraer los astros[3] y moldea figurillas de cera para evocar las almas de los muertos e interrogarles sobre el porvenir[4].

Las otras tres hechiceras colaboradoras de Canidia pudieron ser probablemente también personajes históricos

(aunque conocidas por sus seudónimos). Se trata de Ságana, Folia y Veya.

La primera acompaña a Canidia al cementerio de las Esquilias (en Roma) y participa directamente en la muerte de un niño[5]. Su nombre viene de *saga* («hechicera»), término relacionado en latín con *sagio* («tener buen olfato»). El escoliasta Porfirion[6], recuerda que existió una Ságana, liberta del senador *Pomponius,* pero todo parece indicar que el nombre alude a la profesión de la hechicera. Según cree A. M. Tupet, el comparativo *maior* que le acompaña indica que existirían dos Ságana, quizá hermanas. Horacio la describe con las sayas arremangadas y el cabello tieso asperjando la casa con «agua avernal».

En cuanto a Folia[7], su nombre podría estar relacionado con el griego *Phyllís*, pero en masculino aparece también en latín (A. M. Tupet). Horacio dice de ella que procedía de *Arimínium* (en la Umbría, hoy Rimini), que tenía instintos viriles y que era capaz de hacer bajar del cielo a los astros y a la luna con sus cantos tesalios.

Por último, Veya[8] (su nombre se atestigua con alguna frecuencia en la epigrafía latina) ha sido puesto en relación (A. M. Tupet) con el dios infernal Vedius, lo que conviene bien a una hechicera que realiza prácticas de magia negra. Horacio la describe cavando en la tierra, jadeante, para enterrar a un niño vivo al que dejaba sacar la cabeza «al modo de quien flota en agua»; después le extraía el hígado seco y la médula, con los que fabricaba un filtro amoroso.

1. *Ep.*, III, 8; XVII, 6; *Sat.*, 8, 24 y 48; II, 1, 48; 8, 95. / 2. *Ep.*, 3, 8. / 3. *Ep.*, 17, 4 ss. / 4. *Ep.*, 17, 76. / 5. *Ep.*, V, 25. / 6. *Ep.*, V, 25. / 7. *Ep.*, V, 42. / 8. *Ep.*, V, 29 (30).

[Bibl.: L. Hermann, «Canidia»: *Latomus* (1958), pp. 663-670; T. Zielinski, «L'envoutement de la sorcière chez Horace», en *Mélanges O. Navarre,* Toulouse, 1935, 442 ss.; S. S. Ingallina, *Orazio e la magia*, Palermo, 1974; A. M. Tupet, *La magie dans la poésie latine*, Paris, 1976, pp. 293 ss.]

CARMENDAS / *Carmendas* (s. III a.C.?).— Mago, quizá de origen oriental, citado por Apuleyo[1] y por Plinio[2] con el nombre de Tarmoendas. Algunos autores consideran que su nombre proviene del *carmen* (*qui carmen dat*) o invocación al que recurrían los magos. En tiempos de Plinio (s. I d.C.) no se conservaba ningún documento escrito suyo.

1. *Apol.*, 90, 6. / 2. *NH,* XXX, 2, 5.

CASANDRA / *Kassándra.*— Hija de Príamo y Hécuba y hermana gemela de *Héleno. Cuando ambos hermanos nacieron, sus padres celebraron una fiesta en el templo de Apolo Timbreo, en las afueras de la ciudad de Troya. Al anochecer, embriagados, regresaron al hogar, olvidándose de sus hijos, que pasaron la noche en el santuario. Cuando a la mañana siguiente fueron a buscarlos, los encontraron dormidos mientras dos serpientes les lamían los oídos; de esta forma Héleno y Casandra, purificados por el animal que simbolizaba a Apolo, adquirieron el don de la adivinación[1].

Existe, sin embargo, otra versión de este mismo hecho: Apolo, enamorado de Casandra, prometió enseñarle a adivinar el porvenir si, a cambio, se entregaba a él. Cuando finalizó el aprendizaje, Casandra se negó a cumplir lo pactado con el dios. Entonces Apolo le escupió en la boca, retirándole no el don de la profecía —verídica siempre— pero sí el de la persuasión: en adelante Casandra podrá adivinar el futuro pero no será creída[2].

Casandra es la más hermosa de la hijas de Príamo[3], «semejante a la áurea Afrodita»[4]. A diferencia de su hermano Héleno, experto en la interpreta-

ción de signos, Casandra era una profetisa «inspirada»; como las *pitias y las *sibilas, el dios se apoderaba de ella y, en pleno delirio, emitía oráculos. No obstante, la tipología de Casandra como profetisa inspirada por Apolo parece fijarse definitivamente sólo a partir de Esquilo (525-455 a.C.): en su *Agamenón*[5], Casandra aparece con el epíteto de *phrenománe*, que será retomado más tarde por Platón[6] para aplicarlo a la Sibila.

Las profecías de Casandra van ligadas, sobre todo, a la guerra de Troya.

1) Cuando Paris, cuya verdadera identidad no era aún conocida, llega a Troya, Casandra anuncia que traerá la ruina a la ciudad. Sólo Eurípides[7] sostiene que fue Casandra —y no *Ésaco— quien aconsejó que se matase a Paris, recién nacido.

2) Ordenó el rey Príamo que el día del aniversario de la exposición de su hijo, al que se creía muerto, se celebraran unos magníficos juegos fúnebres. Paris llega a Troya para tomar parte de los juegos y ganar el toro prometido al vencedor. Vence en todas las pruebas y a todos los concursantes, incluidos sus hermanos, quienes, humillados e indignados de que un pastor los derrotase, quisieron matarlo. En ese preciso instante, Casandra, invadida por el delirio profético de Apolo, reconoce en el pastor al hijo de Príamo, en otro tiempo abandonado. Es éste uno de los pocos casos en que Casandra es creída, pues Paris fue aceptado y reconocido por el palacio real[8].

3) Cuando Paris regresa a Troya con Helena, Casandra predice que aquel rapto provocará la destrucción de la ciudad.

4) Después de la muerte de Héctor y de la embajada de Príamo a Aquiles, Casandra es la primera en reconocer a su padre, de pie sobre el carro de mulas, y el cuerpo yacente de Héctor en el lecho mortuorio. Vociferó entonces por la ciudad entera, anunciando a los habitantes lo que sucedía:

Venid aquí, troyanos y troyanas, / a contemplar a Héctor, / si alguna vez otrora os alegrabais / al verle regresar de la batalla / vivo, puesto que él era la alegría / de la ciudad y de su pueblo todo (*Il.*, XXIV, 703-706).

5) Casandra se opuso a que el caballo de madera arrastrado por los troyanos fuera introducido en la ciudad, asegurando que el caballo estaba lleno de guerreros armados, pero tampoco en esta ocasión fue creída por los suyos[9].

6) Se atribuyen a Casandra numerosas profecías sobre el destino de las mujeres troyanas hechas prisioneras tras la caída de la ciudad y, de igual forma, los muchos sufrimientos de los aqueos para regresar a su patria. Así:

¡Desgraciado Ulises que no sabe qué sufrimientos le aguardan! Mis desgracias y las de los frigios algún día le parecerán deseables como el oro. Diez años habrá aún de esperar, además de los que aquí ha pasado para llegar solo a su patria [...] (Verá) el angosto desfiladero rocoso donde habita la terrible Caribdis; el montaraz Cíclope, devorador de carne cruda; Circe, la liguria, que transforma a los hombres en cerdos; naufragios en el salino mar; la atracción del loto y las vacas sagradas del sol cuyas carnes cobrarán voz un día para augurar a Ulises amargas profecías. Para abreviar, descenderá vivo al Hades y, cuando escape a las aguas del mar, encontrará, al llegar, en su casa mil calamidades. Pero ¿para qué disparar como dardos los sufrimientos de Ulises? (Eur., *Troy.*, 430-445).

7) Durante el saqueo de Troya, Casandra se refugió junto al altar de la diosa Atenea; Ayax quiso arrancarla violentamente de la estatua a la que estaba abrazada, arrastrando a la mu-

chacha y a la imagen y cometiendo así un grave sacrilegio (la escena fue frecuentemente representada en el arte griego, como nos recuerda Pausanias[10]). Los aqueos quisieron lapidarlo pero el héroe se refugió en el altar de la diosa y logró salvarse[11]. Apolodoro[12] sostiene que Áyax, viendo a Casandra abrazada a la estatua, la violó y por eso la imagen mira hacia el cielo.

8) En el reparto del botín, Casandra fue entregada (como esclava) a Agamenón[13], quien se enamoró ardientemente de ella. Hasta entonces había sido solicitada por un buen número de pretendientes y, en especial, por Otrioneo, el cual llegó a pedir a Príamo la mano de su hija a cambio de liberarlo de los griegos, pero murió en el intento[14].

Según algunas versiones la muchacha dio a Agamenón dos hijos gemelos, Teledamo y Pélope. A su regreso a Argos, Agamenón fue muerto por su esposa Clitemnestra, quien, celosa, también mató a Casandra[15]. Como consecuencia de este crimen, para vengar a su padre asesinado, Orestes mataría a su madre, Clitemnestra.

En el teatro de Esquilo, Casandra no logra convencer al coro con sus profecías sobre la muerte inmediata de Agamenón:

¡Ay de mí! ¡Oh desventura! Nuevamente / terrible, el mántico aguijón me azuza, / con siniestros preludios perturbándome / [...] /Me es igual que no logre persuadirte. / El futuro vendrá; pronto tú mismo / lleno de compasión, has de llamarme / profetisa verídica en exceso (*Ag.*, 1130-1134).

En Eurípides, Casandra anuncia su propia boda y las trágicas consecuencias que ésta traerá para la familia de Agamenón:

Pues yo lo haré perecer [a Agamenón] y destruiré su casa, tomando así venganza de la ruina que causó a mi padre y a mis hermanos. Y hay cosas que no quiero decir. No quiero yo cantar el hacha que se abatirá sobre mi cuello y sobre los de otros, ni las luchas matricidas que causará mi boda, el derrumbe, en fin, de la casa de Atreo. Voy a demostrar que el destino de esta ciudad fue más venturoso que el que aguarda a los aqueos. Aunque poseída por el dios, voy a salir, para probarlo, de mi delirio (*Troy.*, 352 ss.).

También ve su propia muerte:

En cuanto a mí, las aguas impetuosas de los torrentes arrastrarán mi cadáver, arrojado desnudo a las quebradas, cerca de la tumba de mi esposo, para entregarme como festín a las fieras. ¡A mí, la servidora de Apolo! (*Troy.*, 365 ss.).

En el siglo III a.C., Licofrón escribió un poema cuya protagonista es Casandra (llamada en la obra Alejandra) a la que enriquece con nuevos elementos. Su autor imagina que Príamo, descontento con las dotes proféticas de su hija, a quien nadie cree, y temiendo las burlas de sus súbditos, la encierra en una prisión donde no penetra la luz del día[16]. Las similitudes entre Casandra y la sibila son evidentes: ambas viven encerradas en una cueva; ambas son comparadas a la esfinge[17] y los vaticinios de Casandra, como los de la sibila o la esfinge, son oscuros y enigmáticos[18]. No sorprende, pues, que Casandra acabara confundiéndose más tarde con una sibila[19].

El poema es, en realidad, un relato que hace a Príamo el guardián encargado por el rey de la custodia de Alejandra: vv. 1-30: prólogo del guardián; vv. 31-1460: vaticinios de la profetisa; vv. 1461-1474: epílogo del guardián. Los oráculos abarcan muchos episodios: la destrucción de Troya, la muerte de los héroes troyanos; las desgracias de las mujeres troyanas y las que se abatirán sobre

los griegos en su viaje de regreso a la patria después de la guerra; las dificultades de aqueos y troyanos para establecerse en tierras extrañas (particularmente los periplos de Ulises y Eneas), etc.

1. *Schol. Il.*, VII, 44 = Anticlides, 140 F 17. / 2. Serv., *ad Aen.*, II, 247. / 3. *Il.*, XIII, 365-363. / 4. *Il.*, XXIV, 699. / 5. v. 1140. / 6. *Fedro,* 244. / 7 *Androm.*, 296-300. / 8. Hig., *Fab.*, 91; *Fab.*, 273, 12; Ovid., *Her.*, XVI, 359 ss.; Serv., *ad Aen.*, V, 370. / 9. Apolod., *Bibl. epit.*, V, 17; Virg., *Aen.*, II, 245. / 10. V, 19, 5; X, 26, 3. / 11. Licofr., *Alex.*, vv. 357-364. / 12. *Bibl. epit.*, V, 17. / 13. Eur., *Troy.*, 247-259; *Hécuba,* 827; Licofr., *Alex.*, vv. 1108-1119; Apolod., *Bibl. epit.*, V, 23. / 14. Hom., *Il.*, XIII, 363; Virg., *Aen.*, II, 343. / 15. Hom., *Od.*, XI, 421-423; Pind., *Pit.*, XI, 19; Hig., *Fab.*, 117; Apolod., *Bibl. epit.*, VI, 23. / 16. Licofr., *Alex.*, v. 1461. / 17. *Alex.*, v. 7. / 18. *Alex.*, v. 1465. / 19. Suda, s.v. «Sibylla Phrigía».

[Bibl.: Edición española de la *Alejandra* de Licofrón: L. Masciliano, *Licofrón: Alejandra*, Barcelona, 1956. Sobre el personaje: J. Davreux, *La légende de la prophétesse Cassandre*, Liège, 1942; J. Bollack y H. Wismann, «Le thème de Cassandre (Agamemnon, 1322-1330)»: *REG*, 94 (1981), pp. 1-13; M. Fusillo, «La Alessandra di Licofrone, racconto epico e discorso "drammatico"»: *ASNPS* s. III, 14, 2 (1984), pp. 495-525; G. Amiotti, «Gli oracoli sibillini e l'Alessandra di Licofrone», en *La profezia nel mondo antico*, Milano, 1993, pp. 139-149. Para los aspectos iconográficos: O. Paoletti, s.v. «Kassandra»: *LIMC*, VII, 1, pp. 956-970.]

CATA / *Chatta* (s. I d.C.).— Adivina germana consultada por el emperador Vitelio (69 d.C.). Poco antes de que Vespasiano asumiera el poder, Vitelio obedecía los vaticinios de esta adivina, perteneciente a la tribu de los catos, que había traído consigo desde Germania[1].

Suetonio recoge el rumor de que Vitelio estuvo implicado en la muerte de su madre, pues la profetisa prohibió que se le diese de comer a pesar de encontrarse enferma; Cata había pronosticado que el reinado de Vitelio sería duradero y estable si éste sobrevivía a la muerte de sus padres. Otras videntes germanas en la Roma de los Flavios fueron *Véleda y *Ganna.

1. Suet., *Vitel.*, 14, 5.

CECINA / *Aulus Caecina, Avle Caicna* (s. I a.C.).— Autor y traductor de diversos libros sobre adivinación etrusca (*Disciplina Etrusca*). Pertenecía a la conocida *gens* etrusca de los *Ceicna* (lat. *Caecina*) originaria de la ciudad etrusca de Volterra, de la que salieron muchos ilustres harúspices. Fue educado en Roma siendo compañero de estudios de Cicerón, con el que entabló estrecha amistad. Llegó a entrar en el orden ecuestre.

Se casó en segundas nupcias con una noble tarquiniense, *Caesennia* (viuda, a su vez de un rico banquero de Tarquinia). A la muerte de su mujer tuvo que someterse a un complicado proceso judicial para recibir la herencia que le había correspondido en el testamento, siendo defendido por Cicerón en su célebre discurso *pro Caecina* (68 a.C.).

Miembro del partido pompeyano, luchó en la batalla de Tapso. Cecina escribió un libelo contra César[1], lo que le costó un breve exilio en Sicilia en el año 46 a.C., al que aluden algunas cartas de Cicerón; éste debió de recomendarle ante el gobernador de la isla. Para obtener el perdón de César, Cecina compuso unas *Querelae* en las que hacía un encendido elogio del dictador[2].

Dejó escritas numerosas traducciones (del etrusco al latín) y comentarios sobre la ciencia adivinatoria etrusca (= *Disciplina Etrusca*), especialmente sobre la doctrina de los rayos (*libri fulgurales*), tradición que había heredado de su padre[3]. Su obra, perdida,

fue consultada por Cicerón, Séneca[4] y Plinio[5].

Cecina sostenía la existencia de tres tipos de rayos: *a*) consejero: cuando estalla antes de un acto pero después de que el hombre pensase en llevarlo a cabo; cuando en la vacilación de si «se hará o no se hará», el estallido del rayo persuade o disuade; *b*) el autoritario: cuando se produce después del hecho, significando si éste es bueno o malo; *c*) el de estado: cuando sobreviene de manera impensada y o bien amenaza, o bien promete, o bien avisa.

Se ha especulado mucho sobre una posible relación de esta rama de la adivinación con la filosofía; algunos autores (Münzer) creen que, al menos, la obra de Cecina no estaría desprovista de ciertas influencias filosóficas. S. Weinstock ha probado en un minucioso artículo cómo la citada representación de los tres tipos de rayos entronca con ciertas clasificaciones propias de la ciencia y la filosofía griegas.

1. Suet., *Iul.*, 75, 5. / 2. Cic., *Fam.*, VI, 5; VI, 6. / 3. Cic., *Fam.*, VI, 6, 3. / 4. *NQ*, II, 39. / 5. *NH*, II, 137-146.

[Bibl.: F. Münzer, «Caecina»: *RE*, III.1 (1897), cols.. 1237-1238; P. Hohti, «Aulus Caecina the Volterran», en *Studies in the Romanization of Etruria*, Roma, 1975, pp. 812-814. Sobre su doctrina: S. Weinstock, «Libri fulgurales»: *PBSR*, 19 (1951), pp. 122-153.]

CIDENAS / *Kidenâs* (s. III a.C.?).— Nombre de uno de los pocos astrólogos tardo-babilonios conservados (quizá *Kidinnu*)[1]. Influyó notablemente sobre los primeros astrólogos griegos.

1. Strab., XVI, 1, 6.

CINIRAS / *Kinirai*.— Familia de adivinos de origen chipriota. Conocemos sólo los nombres de algunos de sus miembros de época legendaria. Una tradición recogida por Tácito[1] aseguraba que un adivino cilicio, Támiras, antepasado de una familia vinculada a los Ciniras, introdujo el arte de la hepatoscopia o extispicina en el santuario de Afrodita de Pafos (Chipre).

1. *Hist.*, II, 3. Cf. Hesych, s.v. «Támiras».

CIPRIANO EL MAGO / *Kyprianós* (205-258 d.C.).— Retor y más tarde obispo de Cartago. En los últimos años de su vida o posiblemente ya después de su muerte comenzó a circular en las provincias griegas del Imperio una leyenda sobre Cipriano el Mago que acabaría por confundirse con su figura. Dicha leyenda se recoge en unas *Confesiones*, una biografía (apócrifa) de Cipriano. Cuando, un siglo después (hacia el 379), Gregorio de Nacianzo escribió un panegírico sobre el mártir cristiano, le resultó casi imposible discernir unos elementos de otros, atribuyéndole funciones y operaciones mágicas antes de su conversión[1]. En la misma línea de Gregorio de Nacianzo, Isidoro de Sevilla sostiene que, después de haber sido mago, Cipriano fue obispo y mártir[2].

Según las *Confesiones*, desde su infancia fue instruido en todo aquellos que existía sobre la tierra, en el aire o en el agua. Siendo niño fue entregado a Apolo, quizá en su santuario de Delfos, e «iniciado en la dramaturgia de la serpiente»; a los siete años fue iniciado en los misterios de Mitra y a los diez en los de Deméter y Core. A la edad de quince años pasó cuarenta días sobre el Olimpo, donde bajo la dirección de siete hierofantes asistió a toda clase de ritos secretos. Después tomó parte en los misterios de Hera en Argos y más tarde en los de Artemis Tauropolo en Esparta. Por último viajó a Frigia, donde aprendió técnicas mánticas y hepatoscópicas:

No había nada en la tierra, en el mar o en el aire que no conociese, ni fantasma, ni objeto de gnosis, ni artificio de ningún tipo, y sabía hasta el arte de cambiar, por mis sortilegios, las escrituras y todas las maravillas de la naturaleza misma (*Conf. Cypr.*, 1107).

No contento con la sabiduría adquirida durante los primeros años de su vida, Cipriano viajó a Egipto; en los templos subterráneos de Menfis aprendió la comunicación de los demonios con las cosas terrestres, cuáles son los lugares y los astros que aquéllos aborrecen, qué lazos mágicos y qué objetos les gustan, cómo se les puede capturar, cómo viven en las tinieblas o cómo se comunican con las almas y los cuerpos[3]. Cipriano llegó incluso a desplazarse hasta un santuario donde los demonios tomaban formas ilusorias para inducir al hombre al mal[4].

Tras haber permanecido diez años en Egipto, a la edad, pues, de treinta años, Cipriano viajó a Caldea para instruirse en los secretos de la astrología. Dueño de toda ciencia, se instaló definitivamente en Antioquía, donde acabó convirtiéndose al cristianismo.

1. *Orat.*, 24, 8-12. / 2. Isid., *Ex. pren* = *PL*, 83, 1254, v. 118. / 3. *Conf. Cypr.*, 1107. / 4. *Conf. Cypr.*, 1110.

[Bibl.: C. Saumagne, *Saint Cyprian, évêque de Carthage et «pape» d'Afrique*, Paris, 1975.]

CLEANDRO / *Kléandros* (s. V a.C.).— Adivino (*mantis*), natural de Figalia (en la Arcadia), que vivió en la primera mitad del siglo V a.C. En torno al año 465 a.C., Cleandro alarmó a los esclavos tirintios sobre su futuro, indisponiéndolos contra sus dueños argivos. Según Heródoto[1] fue él quien convenció a los esclavos para que atacaran a sus amos, lo que desencadenó una larga guerra. De su actividad como adivino no conocemos nada.

1. VI, 83, 2.

CLEÓBULO / *Kleóboulos* (s. IV a.C.).— Adivino (*mantis*) griego, hijo de Glaukos y hermano de Glaukothea o Glaukis (madre del orador ateniense Esquines), nacido en el demo ático de Acharnai. Debió de morir hacia el año 370 a.C. Nuestra única información sobre él procede de un epigrama conservado en una inscripción griega[1].

1. *SEG*, 16.

[Bibl.: J. Papadimitriou, «Attiké III, Ho theios tou Aischinou Kleoboúlos ho mántis»: *Platon*, 9 (1957), pp. 154-163.]

CLEODEMO / *Kleódemos* (s. II d.C.?).— Personaje citado por Luciano de Samósata (s. II d.C.) en su *Philopseudes*. Se trata de un filósofo peripatético, probablemente histórico, que posee conocimientos mágicos y defiende la existencia de los encantamientos.

Cuando, junto a otros filósofos, visita a Eucrates, enfermo, Cleodemo aporta su propio remedio:

Si con la mano izquierda se coge del suelo el diente de una comadreja muerta, como antes he dicho, y se envuelve en la piel de un león recién desollado, y se rodea enseguida a las piernas, cesa el dolor al punto (*Philops.*, 7).

Cleodemo reconoce en el diálogo haber sido incrédulo respecto a este tipo de remedios hasta que vio personalmente volar a un extranjero del país de los hiperbóreos; le vio caminar en pleno día por el aire, andar sobre el agua y pasar entre las llamas con total tranquilidad. Cleodemo llevaba el calzado de cuero sin curtir, como era costumbre en aquel país. Finalmente, añade:

¿Pero qué vale esto en comparación de los prodigios que nos hizo ver inspirando amores, evocando demonios, resucitando muertos antiguos, obligando a presentarse en forma visible a la tremenda Hécate y haciendo bajar del cielo a la Luna? (Philops., 13).

Por último describe lo sucedido a Glaucias, su discípulo, quien apenas fallecido su padre se había enamorado de Crisis. Cleodemo llevó a casa de Glaucias al mago hiperbóreo, al que le prometió una suma si lograba hacer gozar a Glaucias de la mujer. Narra así los acontecimientos:

Nuestro hiperbóreo aguardó al plenilunio, época en que son más eficaces estos encantamientos; hizo un hoyo en el patio de la casa y comenzó a medianoche por evocar a Alexicles, padre de Glaucias, muerto hacía siete meses. El anciano, irritado por el amor de su hijo, comienza por enfurecerse, pero acabó cediendo. Evocó enseguida a Hécate, a la cual mandó traerse el cerbero, hizo bajar la Luna, ofreciendo a nuestra vista el espectáculo más variado y multiforme, pues primero se presentó una forma de mujer, después un buey magnífico y, por fin, una perrita. El hiperbóreo terminó por hacer un pequeño Cupido de barro al cual le dijo: «Ve y tráete a Crisis». Voló el barro y poco después llama Crisis a la puerta: entra, abraza a Glaucias como loca de amor y yace con él hasta que canta el gallo. Entonces sube la Luna al cielo, baja al infierno Hécate, desvanécense los demás espectros, y casi al amanecer llevamos a Crisis a su casa. Si hubieses visto esto [...] no negarías la utilidad de los encantamientos (*Philops.*, 14).

CLEOMANTE / *Kleómantis* (s. IV a.C.).— Adivino griego (*mantis*), nacido probablemente en Esparta, que vivió en época de Alejandro Magno. Según Plutarco[1] cuando Clito, poco antes de su muerte (328/327 a.C.), se encontraba haciendo un sacrificio y fue llamado por Alejandro, los tres carneros que ya habían sido rociados con libaciones, le siguieron. Informado Alejandro del hecho, lo puso en conocimiento de los adivinos *Aristandro y Cleomante, quienes le dijeron que se trataba de un mal indicio. El rey les ordenó que hicieran rápidamente sacrificios en favor de Clito. Pero antes de que esto sucediera, Clito moría asesinado durante la celebración de un banquete, a manos del propio Alejandro.

1. *Alex.*, 50, 5.

CLEÓMENES / *Kleoménes* (s. IV a.C.).— Adivino (*mantis*), probablemente griego, contemporáneo de Alejandro Magno. Arriano[1] le cita entre las autoridades que fueron a consultar al oráculo de Serapis (=Marduk?) en Babilonia sobre la conveniencia de trasladar a Alejandro, gravemente enfermo, al templo. El dios respondió que «lo mejor» era que se quedara donde estaba. Junto a Cleómenes figuraban en la delegación el *mantis* *Demofonte, además de altos oficiales macedonios, lo que permite pensar que Cleómenes era también de origen griego.

1. *Anab.*, VII, 26, 2.

CLÍTIDAS / *Klytídai*.— Familia griega de adivinos, originaria de Olimpia y rival de la de los *Yámidas, que decía descender de Clitio (hijo de Alcmeón, nieto de *Anfiarao y biznieto de Oicles quien emigró a Elis porque no quiso convivir con los hermanos de su madre que habían dado muerte a Alcmeón[1]).

En tiempos de Heródoto pasaban por ser una rama de la familia de los Yámidas[2] con la que compartían la téc-

nica de la empiromancia. Adueñándose del nombre de Melampódidas parecen haber roto con su pasado y con la subordinación que se les atribuía. Sólo conocemos dos Clítidas de época anterior al siglo I a.C.: Teógono y *Eperasto. Los demás, que figuran en las tablas sagradas de Olimpia, son de época romana (datadas entre los años 36 a.C. y 265 d.C.)

1. Herod., IX, 33, 1; Paus., VI, 17, 6. / 2. IX, 33, 1.

CLODIO TUSCO / *Clodius Tuscus* (s. I d.C.).— Autor en época augústea de un calendario elaborado sobre doctrinas astrológicas y haruspicinales, no conservado[1]. También debió de traducir al latín algunos escritos de la llamada *Disciplina Etrusca*.

1. Lyd., *De ost.*, 59, 71.

COCONAS / *Kokkonâs* (s. II d.C.).— Adivino griego (cresmólogo) citado en una de las obras de Luciano de Samósata[1] (s. II d.C.) como compañero de *Alejandro de Abonutico. Originario de Bizancio, era autor de cantos líricos para los coros en los concursos. Tras entablar amistad con Alejandro, ambos viajaron juntos de un lugar a otro ejerciendo, según dice Luciano[2], de embaucadores y hechiceros.

Después de algún tiempo decidieron establecerse en Calcedón, en cuyo santuario de Apolo (importante centro oracular) enterraron unas tablillas de bronce; el texto escrito en ellas anunciaba que muy pronto Asclepio y Apolo irían al Ponto y se establecerían en Abonutico. Las tablillas, oportunamente descubiertas, difundieron la noticia por toda Bitinia y el Ponto. Alejandro marchó poco después hacia Abonutico (donde fundó su oráculo), mientras Cocona se quedó en Calcedón redactando, según dice Luciano[3], oráculos vagos, ambiguos y retorcidos. Murió poco después mordido por una víbora.

1. *Alex.*, 6-10. / 2. *Alex.*, 6. / 3. *Alex.*, 10.

CORNELIO LABEÓN / *Cornelius Labeo* (s. III d.C.).— Filósofo neoplatónico, autor de numerosas obras sobre la adivinación de las que sólo se conservan algunos fragmentos. Sobre su cronología existen importantes discrepancias; sin embargo Mastandrea, estudioso de su obra, lo sitúa en la segunda mitad del siglo III d.C., como contemporáneo del también neoplatónico Porfirio. Según el estudioso italiano, en materia de filosofía se nos presenta como un teólogo ecléctico que trata de unificar concepciones y experiencias diversas pero tomando el misticismo como tema central. Es preciso recordar que desde el siglo II d.C. el término *philosophia* engloba —confundiéndolas entre sí— disciplinas tales como la mitología y la astronomía, tradiciones paganas y filosofía, magia, pensamiento científico y especulación metafísica.

Se conservan sólo fragmentos de las siguientes obras:

a) Un tratado de anticuario sobre el calendario religioso romano (*Fastorum libri*). Trata sobre la duración de los días y los meses, especulaciones teológicas sobre los dioses a los que se consagraban las festividades, etc. En ella recogía los casi trescientos epítetos cultuales de la diosa Afrodita[1].

b) Escritos sobre la antigua *Disciplina Etrusca*. Cornelio Labeón trata de actualizar y adaptar a los nuevos tiempos los antiguos textos adivinatorios etruscos. Concretamente sabemos que comentó en quince volúmenes las disciplinas etruscas de *Tages y Battis. De los dos fragmentos conservados, uno[2] alude a las llamadas «piedras manales»;

el segundo, a observaciones de la luna a partir del solsticio de verano[3].

c) Uno o varios libros sobre los dioses animados (*De diis animalibus*) con el que intentó dar respuesta cultual a las concepciones salvíficas de los cultos orientales y del cristianismo. Según uno de los fragmentos conservados[4], mediante ciertas ceremonias las almas humanas eran transformadas en divinidades, llamadas «animadas» porque tenían origen en un «alma». También afirmaba que Platón[5] debía ser recordado entre los semidioses, al estilo de Hércules y Rómulo y, por tanto, en una escala superior a la de los héroes pero por debajo de los dioses.

También distinguía las divinidades buenas de las malas según la diversidad de su culto (las negativas eran aplacadas con sacrificios cruentos mientras las buenas sólo exigían juegos y ceremonias similares, tendentes a la alegría[6]).

d) Un libro sobre el oráculo del Apolo de Claros (*De Oraculo Apollinis Clarii*). El único fragmento conservado[7] recoge una consulta al oráculo de Apolo Clario sobre quién era Iao.

1. Macrob., *Sat.*, 1, 21. / 2. Fulg., *Serm. Ant.*, 4. / 3. Lyd., *Ost.*, 42. / 4. Serv., *ad Aen.*, III, 168. / 5. Aug., *CD*, VIII, 13. / 6. Aug., *CD*, II, 11. / 7. Arnob., IV, 16.

[Bibl.: Fragmentos y estudio de la obra en P. Mastandrea, *Un neoplatónico latino Cornelio Labeone*, Leiden, 1979.]

CRINAS / *Krinas* (s. I d.C.).— Médico y astrólogo del que tenemos noticia, sobre todo, por Plinio. Originario de la ciudad de *Massalia* (Marsella) practicó con éxito en la Roma de Nerón la iatromatemática (o astrología al servicio de la medicina) que tanto se difundió durante la Edad Media y el Renacimiento. Plinio[1] nos dice de él que, consultando tablas astronómicas (*ephemerides*), regulaba el régimen de comidas y fijaba los horarios con arreglo al movimiento de los astros. Dejó una fortuna de diez millones de sestercios, después de haberse gastado casi otro tanto en hacer construir una muralla para su ciudad natal.

1. *NH*, XXIX, 9.

[Bibl: Fragmentos en *CCAG*, XII, 168, 4.]

CRISANTIO DE SARDES / *Chrysánthios* (h. 310-390 d.C.).— Filósofo neoplatónico y teúrgo, maestro del emperador Juliano y de Eunapio de Sardes. Su biografía es conocida, sobre todo, a través del capítulo que le consagra Eunapio en su *Vida de los filósofos*[1].

Pertenecía a la aristocracia senatorial de Sardes. Era nieto de *Innocentius*, autor de importantes obras jurídicas en griego y latín; no llegó a conocer a su padre. Estudió en Pérgamo con Edesio, discípulo de Jámblico; entre los contenidos de dichos estudios figuraban no sólo las doctrinas filosóficas de Platón y Aristóteles, sino también la retórica, la teírgia y todas las ramas de la adivinación. Eunapio dice de él que «veía» más bien que «predecía» los acontecimientos futuros, como si conviviera con los dioses y se hallara en su presencia.

Hacia el año 350 fue llamado por *Máximo de Éfeso, junto a Eusebio de Mindos, para hacerse cargo de la educación filosófica de Juliano. Posteriormente, siendo ya emperador Juliano (361-363 d.C.), fue llamado a la corte. Pero antes de iniciar el viaje, Crisantio tomó los signos sacrificiales revelados por los dioses; al ver que se le mostraron desfavorables decidió no emprenderlo[2].

Pese a ello, el emperador nombró a Crisantio y a su mujer grandes sacerdotes de Lidia[3]. Dice su biógrafo que Crisantio, puesto que conocía claramente

lo que iba a suceder (es decir, la muerte de Juliano y el triunfo del cristianismo), no edificó ningún templo ni se mostró duro contra los cristianos[4]. Crisantio, pese a que sus convicciones eran firmemente paganas y no mantenía actitud alguna de tibieza en materia religiosa, fue respetuoso con el cristianismo —entonces en claro ascenso— y evitó poner sus ideas al servicio de una política pagana que no preveía duradera.

Así lo ilustra lo sucedido a Crisantio con Justo, vicario de la diócesis de Asia entre los años 370 y 380. Este pagano venido de Roma celebró un sacrificio público en presencia de los más sabios ciudadanos de Sardes. Fijando la mirada sobre la víctima preguntó a los invitados qué presagiaba la postura en que el animal había caído. Cada uno de ellos fue ofreciendo una solución distinta hasta que Crisantio, interrogado también, se negó a anunciar el porvenir sin haber clarificado previamente los puntos del método:

Pero, si deseas que también yo dé una opinión acerca de esto, primeramente, si tú realmente entiendes los modos de adivinación, dime qué modo de adivinación es éste, a qué tipo pertenece, qué es lo que pretendes aprender y qué método sigues en tu inquisición. Si tú quieres decirme todo esto, yo te diré cuál es el significado que para el futuro tiene esto que vemos. Pero hasta que me digas estas cosas, puesto que son los dioses mismos los que revelan el futuro, sería indigno de mi parte, como respuesta a tu pregunta, responder a tu cuestión y hablar al mismo tiempo del futuro, vinculando de esta manera el futuro con lo que ahora mismo acaba de ocurrir. Pues de esta manera surgirían dos preguntas a la vez, y nadie plantea dos o más cuestiones al mismo tiempo. Pues cuando las cosas tienen dos definiciones independientes, una explicación sola no se acomoda a ambas (Eun., 91, 13-92, 12).

Eunapio, que además de discípulo de Crisantio era tío de su esposa Melita, evoca los paseos con su maestro por las calles de Sardes. Tuvo un hijo, llamado Edesio, como su maestro, muerto a la edad de veinte años[5].

Crisantio vivió hasta una edad avanzada, superando los ochenta años, sin preocuparse de los asuntos ordinarios de la vida humana a excepción de su propia casa, de la agricultura y del dinero que pudiera conseguir de manera honesta[6]. Su dieta era muy sencilla y nunca comió cerdo u otras especies de carne[7]; rara vez acudía a los baños. Rendía culto a los dioses con devoción y asiduidad y nunca descuidó la lectura de los autores antiguos, a los que citaba de memoria. Escribió numerosas obras, ninguna de las cuales se ha conservado.

1. 23, 21-101. / 2. Eun., 47, 19-20. / 3. Eun., 50, 6-7. / 4. Eun., 93, 20-94, 6. / 5. Eun., 98, 23-25. / 6. Eun., 95, 14-17. / 7. Eun., 95, 18.

[Bibl.: W. Kroll, «Chrysanthios», *RE*, III, 2 (1899), col. 2483; R. Penella, *Greek Philosophers and Sophists in the Fourth Century A.D. Studies in Eunapius of Sardis*, Leeds, 1990, pp. 75-78.]

CRITODEMO / *Kritódemos* (s. III a.C.).— Considerado como uno de los primeros astrólogos griegos, sus conocimientos derivaban probablemente de fuentes mesopotámicas[1], quizás del propio *Beroso. Algunos autores le hacen contemporáneo de *Antípatro y *Achinapolo, que vivieron entre el 290 y 250 a.C. A mediados del siglo II d.C. *Vetio Valente[2] le acusa de ser demasiado críptico y *Fírmico Materno (h. 355 d.C.) le incluye en el reducido grupo de padres legendarios de la astrología, como, por ejemplo, Hermes, Orfeo, Abraham y *Nequepso-Petosiris[3].

Vetio Valente atribuye a Critodemo fragmentos de un cierto número

de horóscopos que, sin embargo, fueron escritos entre los años 87-115 d.C. (O. Neugebauer). De la obra astrológica de Critodemo conocemos los títulos y parte de sus respectivos contenidos de dos tratados. En su *Horasis* («Visión») se propone revelar un mensaje visionario divino; es conocida gracias a los astrólogos *Vetio Valente[4] y Retorio (que escribe hacia el año 500 d.C.), si bien Plinio (en los libros II y VII de su *Naturalis Historia*) alude anteriormente a ella. Su otra obra, *Pinax*, es mencionada por el astrólogo *Hefestion de Tebas[5], que vivió en el siglo IV d.C. Ambas obras dejan traslucir su piedad, próxima a alcanzar un cierto misticismo entre religioso y astrológico: la genetlialogía es para él el medio de obtener la inmortalidad.

1. Plin., *NH*, VII, 57, 193. / 2. *Anthol.*, 301, 27. / 3. Fírmico, *Math.*, 4 pr. / 4. *Anthol.*, III, 12, 150. / 5. II, 10; *CCAG*, VIII, 1, cod. Paris, p. 257.

[Bibl.: Fragmentos *Horasis*: *CCAG*, V, 2, 48 ss.; Fragmentos *Pinax*: *Ibid.*, 3, VIII, 1, 257 ss.]

CUADRATO / *Quadratus* (s. II d.C.?).— Eusebio de Cesarea[1] dice que, según una tradición, Cuadrato «sobresalía en el carisma profético, junto a las hijas de Felipe». Se cree (G. Bardy) que nada tiene que ver con el obispo de Atenas del mismo nombre.

1. *HE*, III, 37, 1.

[Bibl.: G. Bardy, «Sur l'apologiste Quadratus», en *Mélanges H. Gregoire*, vol. I, Bruxelles, 1949, pp. 86 ss.]

CULÉOLO / *Cornelius Culleolus* (s. I a.C.).— Según relatan Plutarco[1] y Gelio[2] el mismo día de la batalla de Farsalia (48 a.C.), entre César y Pompeyo, Cornelio Culéolo profetizó el desenlace de la misma desde la ciudad de Padua. Plutarco dice que este personaje era, además de pariente del historiador Tito Livio, un adivino reputado (*eudókimos... mantiké*). Por su parte Gelio deja bien claro que no se trata de un adivino cualquiera: era un sacerdote ilustre por su nacimiento, respetable por la santidad de sus funciones y por la pureza de su vida.

El relato de Plutarco es un tanto sorprendente, pues dice que el adivino, tras observar el vuelo de las aves (parece tratarse, pues, de un augur) conoció el comienzo de la batalla, anunciando que los hombres se preparaban para el combate; poco después, mientras meditaba sobre los signos augurales, saltó del lugar y gritó «en un transporte de entusiasmo»: *Tú eres el vencedor, César*. La técnica augural y el éxtasis profético rara vez fueron compatibles en Roma, pero el biógrafo griego insiste, en cualquier caso, en que la visión le llega al sacerdote por medio de la adivinación natural o inspirada.

Gelio, por su parte, nos dice que Cornelio Culéolo experimentó un repentino entusiasmo y anunció que veía a lo lejos una batalla encarnizada, con retiradas, persecuciones y heridas. La figura de Culéolo se ajusta a lo que en Roma se conocía como un *hariolus* (adivino inspirado), ya que, como dice Gelio, todo lo veía con claridad, como si se encontrase en el campo de batalla. El descrédito que en Roma merecía este tipo de adivinación se refleja en el hecho de que la profecía de Culéolo pasase inicialmente por locura del sacerdote, causando un profundo asombro la confirmación de su visión.

1. *Caes.*, 47, 3-6. / 2. *NA*, XIV, 18.

[Bibl: S. Montero, «Mántica inspirada y demonología: los harioli»: *L'Antiquité Classique*, 42 (1993), pp. 115-129; Id., «La gens Cornelia y la adivinación natural» (en prensa)]

D

DAMIGERON / *Damigeron* (s. II a.C.?).— Autor de un tratado sobre las propiedades mágicas y medicinales de las piedras (*Lapidario*) que circulaba en el siglo II a.C. Su nombre aparece en la lista de los grandes magos[1].

1. Tert., *De anim.*, 57; Arnob., *Adv. Nat.*, I, 52.

DANIEL / *Dāniyyēl* (s. VII-VI a.C.).— Profeta hebreo. Procedía de una familia noble de Judá y, según autores más tardíos[1], era de sangre real.

En el año 605 a.C. llegó a Babilonia con los primeros deportados judíos, siendo —por su condición social— educado en la corte del rey Nabucodonosor; en ella aprendió la lengua y la escritura babilonias. Permaneció en el exilio desde el reinado de Nabucodonosor, en el tercer año del rey Joaquín de Judá (606-605), hasta el reinado de Ciro en Babilonia, que comienza en 538 a.C. Su nombre babilónico fue el de Baltasar[2].

Su observancia y fidelidad a la ley israelita le valieron la protección de Yahveh, puesta primero de manifiesto en la corte y luego en la fosa de los leones[3].

Sobre la cronología del libro que lleva su nombre en el Antiguo Testamento existen diversas opiniones pero, en general, se admite (O. Eissfeldt) que fue redactado entre los años 167 y 163 a.C., es decir, durante la persecución de los judíos por Antíoco IV Epífanes. No obstante, la base del mismo fueron diversas tradiciones sobre un judío llamado Daniel, parte de las cuales remonta hasta la época persa.

El favor especial de Dios le proporcionó una sabiduría especial; algunos autores han identificado incluso al Daniel citado por el profeta *Ezequiel[4] con el profeta Daniel, ya que se alude a su fidelidad a la ley y a su sabiduría. Ésta fue repetidas veces puesta de manifiesto.

El rey Nabucodonosor llamó a magos, adivinos, hechiceros y caldeos para que interpretaran su sueño, pero sin revelarles cuál había sido éste[5]. Ante la imposibilidad de adivinar tal cosa, Nabucodonosor mandó exterminarlos a todos, pero Daniel, en una visión nocturna tuvo conocimiento del sueño; advirtiendo que su ciencia le viene de Dios y no de técnicas onirocritas, se presentó ante el monarca para revelarle tanto el sueño como su interpretación:

Tú, ¡oh rey!, estabas mirando, y hete aquí una gran estatua. Tal estatua era enorme y su brillo extraordinario se erguía ante ti y su aspecto era temible. La cabeza de tal estatua era de oro fino; su pecho y sus brazos de plata; su vientre y sus lomos, de bronce; sus piernas de hierro, y sus pies, parte de hierro y parte de arcilla. La estabas mirando cuando se desgajó una piedra sin que interviniera mano alguna e hirió a la estatua en sus pies de hierro y arcilla y los pulverizó. Entonces se pulverizaron a una el hierro, la arcilla, el bronce, la plata y el oro, y vinieron a ser como el tamo de las eras en verano; el viento los arrebató sin que rastro alguno se encontrara ya de ellos; pero la piedra que hiriera la estatua se convirtió en una gran montaña que llenó toda la tierra (Dn 2, 31-35).

La interpretación que el profeta hizo del sueño[6] es bien conocida: la cabeza de oro representa al rey y su propio imperio; después de él se alzará otro reino inferior al suyo, y luego un tercer imperio de bronce, que dominará toda la tierra; luego un cuarto imperio será fuerte como el hierro. La crítica moderna cree que los imperios aludidos serían los de Babilonia, Media, Persia y Macedonia.

El que los pies y los dedos de la estatua fueran en parte de arcilla y en parte de hierro indica que el reino de Nabucodonosor será dividido, siendo una parte fuerte y otra quebradiza. La piedra que desgajada de la montaña pulverizó la estatua simboliza al reino de Dios que se alzará tras desplomarse los anteriores. Tampoco aquí han faltado interpretaciones modernas: los pies se refieren a los sucesores de Alejandro: unos de arcilla (los Lágidas), otros de hierro (los Ptolomeos).

Otro sueño de Nabucodonosor proporciona a Daniel una nueva ocasión de poner de relieve la omnipotencia de Yahveh. El rey sueña esta vez que en medio de la tierra existía un árbol, de enorme altura, que creció hasta el cielo y sobre los confines de la tierra. Su ramaje era hermoso y su fruto abundante y había en él comida para todas las criaturas. De repente, un ángel santo descendió del cielo y ordenó talarlo, desmochar las ramas y desparramar los frutos pero dejar en la tierra el tocón con sus raíces que debía ser atado con ligaduras de hierro y bronce entre la hierba del campo. Con el rocío del cielo debía ser bañado y tener contacto con las bestias del campo hasta que transcurran siete años[7].

La interpretación ofrecida por Daniel fue la siguiente: el árbol era el rey, cuya enorme grandeza había llegado a los cielos. El ángel anuncia que el monarca será arrojado de entre los hombres y morará con las bestias del campo, comiendo hierba durante siete años hasta que reconozca que el Altísimo tiene dominio sobre los hombres y lo otorga a quien quiere.

Así sucedió, según el libro de Daniel, pues, afectado por una especie de demencia, el rey se creía un buey, su «corazón de hombre» se transformó en «corazón de bestia» y adoptó la forma de vivir de este animal. Transcurrido cierto tiempo y vuelto a su primer estado, proclamó la huella y la justicia de Dios.

El hijo de Nabucodonosor, el rey Baltasar, celebró en cierta ocasión un gran banquete en el que se utilizaron vasos de oro y plata que su padre había sacado del templo de Jerusalén[8]. En aquel momento los dedos de una mano de hombre escribieron sobre la cal de la pared del palacio real, lo que produjo un gran temor, especialmente en el rey. Éste hizo llamar nuevamente a los adivinos, caldeos y astrólogos para que descifraran lo que había sido escrito, pero aquéllos se mostraron incapaces de revelarlo. Sólo Daniel logró leer las palabras escritas, *Mené, Medéd, Tekel, Ufarsín*, que anunciaban la muerte in-

mediata del rey. He aquí su interpretación de las mismas:

Mené: Dios ha contado los días de tu reinado y le ha puesto fin. Tekel: has sido pesado en la balanza y hallado falto de peso. Perés: tu imperio ha sido dividido y dado a los medos y los persas (Dn 5, 26-28).

El siguiente episodio protagonizado por el profeta Daniel es la célebre escena del foso de los leones ya bajo el reinado del «rey medo» Darío (que, en realidad, no existió, aunque pueden existir en él reminiscencias de Darío I, que conquistó Babilonia en el 520 a.C.). Un edicto del monarca prohibía que, transcurridos treinta días desde su promulgación, fueran elevadas plegarias a cualquier dios u hombre que no fuera el rey mismo. Daniel desoyó la prohibición orando a su Dios tres veces al día en dirección a Jerusalén, por lo que fue detenido y, poco después, arrojado al foso de los leones. Al día siguiente el monarca se acercó al foso para saber cuál había sido su suerte y escuchó la respuesta del profeta:

Mi Dios ha enviado a su ángel y ha cerrado las fauces de los leones, que no me han causado mal alguno, por cuanto he sido hallado inocente ante Él, y tampoco respecto a ti, ¡oh rey!, he cometido maldad alguna (Dn 6, 23).

La *Septuaginta* incorpora otros dos episodios no recogidos en el texto arameo: el de la «casta Susana» y el de «Bel y la Serpiente» [9]; en este último, Daniel descubre la superchería de los sacerdotes del templo de Bel que pretendían hacer pasar a su ídolo por un dios vivo. También se recoge el episodio en el que Daniel, para demostrar la falsedad de la bestia que los babilonios adoran como dios, la hizo reventar con unas bolas dañinas, lo que le cuesta ser encerrado de nuevo en el foso de los leones[10].

En la segunda parte del libro de Daniel aparecen cuatro visiones y oráculos proféticos sobre el destino de Israel en tiempos de los Seléucidas:

a) La visión, en un sueño, de los cuatro imperios de la tierra, simbolizados por cuatro bestias y el Hijo del hombre[11]: cuatro bestias enormes salían del mar. La primera, el león con alas de águila, corresponde a la cabeza de oro del primer sueño, es decir, al imperio neobabilónico; el oso, al pecho y los brazos de plata (imperio medo); el leopardo alado al «vientre y a los muslos de bronce» (imperio persa); la bestia de dientes de hierro que tritura todo, a las piernas de hierro (imperio macedónico). Los diez cuernos que nacen de esta última son los reyes Seléucidas y el cuerno que surge más tarde es, sin duda, Antíoco IV Epífanes, el perseguidor.

b) La lucha y la victoria del macho cabrío sobre el carnero[12]; se trata de una visión que confirma la anterior: el carnero cuyos cuernos representan a los reyes de medos y persas es vencido por el macho cabrío, símbolo del rey de Yaban (el imperio de los griegos). El gran cuerno de este último deja paso a otros cuatro (Egipto, Tracia, Macedonia-Grecia y Asia); de uno de ellos (los Seléucidas de Asia) nace un nuevo cuerno «malhechor» que crece hasta el cielo (elevándose contra Dios). Por culpa de él el sacrificio del Templo se verá interrumpido.

c) El ángel Gabriel se presenta ante el profeta para interpretar un antiguo oráculo de *Jeremías, quien anunció que el exilio de Babilonia duraría 70 años; se trata de «70 semanas de años» repartidas en tres períodos: uno de 7 (= 49 años) que concluye con la llegada de un «ungido» que será jefe[13]; otro de 62 (= 434 años), tras el cual será suprimido «un ungido»; un último de una sola semana de años, la mitad de la cual transcurrirá antes de que el devastador sea exterminado. Sobre esta interpreta-

ción del ángel Gabriel se han ofrecido, a su vez, otras muchas, sin que exista entre ellas plena coincidencia.

d) Visión de los sucesos desde el hundimiento del imperio persa hasta la persecución del pueblo israelita y la derrota del perseguidor[14].

1. De Judá: Dn 1, 6; Sangre real: Flavio Josefo, *Ant.*, 10, 10, 1; Jer. *PL*, 25, 518. / 2. Dn, 1, 7. / 3. Dn 1, 6; 14, 22-42. / 4. 14, 14-20. / 5. Dn 2, 4. / 6. Dn 2, 36-45. / 7. Dn 4, 7 ss. / 8. Dn 5, 1 ss. / 9. Vulg. Dn., 13 y 14. / 10. Dn 14, 23-26. / 11. Dn 7. / 12. Dn 8. / 13. Dn 9. / 14. Dn 10-12.

[Bibl.: F. A. Tatford, *The Climax of the Ages: Studies in the Prophecy of Daniel*, London, 1953; D. Flusser, «The Four Empires on the Fourth Sibyl and the Book of Daniel»: *Israel Oriental Studies* 2 (1972), pp. 148-175; A. Lacocque, *Le livre de Daniel*, Neuchâtel-Paris, 1976; J. J. Collins, *The Apocalyptic Vision of the Book of Daniel*, Missoula, 1977; A. Momigliano, «Daniel y la teoría griega de la sucesión de los imperios», en *La historiografía griega*, Barcelona, 1984, pp. 257-264.]

DÁRDANO (Libros de) / *Dárdanos*.— Identificado por algunos con el mítico fundador de Troya, fue considerado por los escritores tardíos como uno de los más grandes magos, fundador de los misterios de Samotracia e introductor en Frigia del culto de Deméter[1].

Plinio[2] dice que era originario de Fenicia y que el filósofo griego Demócrito se desplazó hasta este país para buscar los volúmenes de Dárdano, depositados en su tumba. Siempre según el naturalista latino, Demócrito utilizó su obra junto a la del también mago *Apolobex.

El Papiro de París menciona un libro mágico titulado *La espada de Dárdano*. Los autores tardíos se refieren con frecuencia a las *Dardanicae artes* como sinónimo de prácticas mágicas[3].

1. Diod., V, 48, 4; Clem. Alex., *Protrep.*, II, 13, 7. / 2. *NH*, XXX, 9. / 3. Colum., X, 358; Apul., *Apol.*, 90; Tert., *De anim.*, 57.

DECENEO / *Decaeneus* (s. I a.C.).— Gran sacerdote, mago, teólogo y jurista de los dacios, conocido en la historia y en la leyenda como héroe civilizador de los getas. Según Estrabón[1], Burebista, jefe de la tribu tracia de los getas (44 a.C.) y artífice de la unidad política de los dacios, se valió de él para someter a su pueblo.

Deceneo, siempre según Estrabón, habría adquirido durante su larga estancia en Egipto el conocimiento de ciertos signos premonitorios con la ayuda de los cuales era capaz de anunciar la voluntad de los dioses[2]. El geógrafo griego lo presenta, pues, como un mago, «gran sacerdote de los dacios, a la vez profeta y asociado al trono». Por esta razón lo compara con *Zalmoxis, un esclavo geta de Pitágoras que, al regresar de Grecia junto a los suyos, llegó a ser consejero del rey e incluso elevado a la categoría de dios. Siglos después, bajo el reinado de Burebista (del que sería consejero), esta alta dignidad sería desempeñada por Deceneo.

Nuestra otra fuente sobre el personaje, Jordanes[3], sitúa a Deceneo entre los godos. Es posible (Mircea Eliade) que Jordanes, que utiliza como fuentes a Casiodoro y Dión Crisóstomo, trate de exaltar a los getas como «antepasados» de los godos.

Según Jordanes, Deceneo, recibido por el rey godo *Sitalcus*, ejerció sobre este pueblo una enorme autoridad en muchos ámbitos. Deceneo les habría dado una formación «filosófica» (quizá entendida como una enseñanza de los doce signos del zodíaco, las fases de la Luna y el Sol y el estudio de la vegetación). Prueba de su prestigio es que, pese a la belicosidad del pueblo godo, logró que depusieran durante algunos días sus armas para dedicarlos a la observación astronómica. En el ám-

bito religioso la influencia de Deceneo vino demostrada, según Jordanes, por la creación de nuevos templos y sacerdocios. También dio al pueblo godo leyes escritas llamadas *belagines*[4].

1. VII, 3, 5 y 11 y XVI, 2, 39. / 2. VII, 3, 11. / 3. *Get.*, XI, 67-73. / 4. *Get.*, XI, 69.

[Bibl.: C. G. Brandis, «Decaeneus, Dekaíneos»: *RE*, IV, 2 (1901), cols. 2244-2245; R. Vulpe, «Décénée, conseiller intime de Burébista: *Studia Thracologica* (1976), pp. 62-68; R. Iordache, «Portrait de Décéneus dans les Getica de Jordanès ou Remarques sur le processus d'éducation chez les Géto-Daces du temps de Burébistas», en *Mediterraneo Medievale: scritti in onore di Francesco Giunta*, Soveria Manelli, 1989, t. II, pp. 619-628.]

DEÍFOBE: *Sibila.

DEÍFONO / *Deíphonos* (s. V a.C.).— Adivino griego (*mantis*), hijo de *Evenio, originario de Apolonia (en la costa iliria), que vivió en época de las guerras médicas. Las fuentes le citan al servicio de la flota corintia (Corinto era la metrópoli de Apolonia) que venció a los persas en Micala (479 a.C.). Poco antes de este encuentro realizó un sacrificio en Delos[1], obteniendo presagios favorables que anunciaban una victoria[2].

Heródoto[3] se hace eco del rumor de que, en realidad, Deífono no era hijo del adivino Evenio pero que se sirvió de este parentesco para vaticinar más tarde contra Grecia al servicio de los persas.

1. Herod., IX, 92, 2. / 2. IX, 96, 1. / 3. IX, 95, 1.

DEMENETO DE PARRASIA / *Demaenetos* (s. VII a.C.?).— Según Varrón[1], Demeneto, personaje más legendario que histórico, gustando del sacrificio que los arcades hacían a su dios Liceo (de *lykos*, lobo) con la inmolación de un niño, se transformó en lobo. Al cabo de diez años, restituido nuevamente a su forma primitiva, se ejercitó en el pugilato y triunfó en los Juegos Olímpicos. Plinio[2], siguiendo al historiador griego Scopas, relata la leyenda prácticamente en los mismos términos: durante el sacrificio a Zeus Liceo comió las vísceras de un muchacho que había sido inmolado y se transformó en lobo; nueve años después recuperó su forma humana. La historia es muy parecida a la que el naturalista narra de los *Antidas[3].

La literatura latina recuerda otros casos de licantropía, como el de Meris (*Moeris*), un poderoso mago citado por Virgilio[4], cuyo nombre nombre quizá esté en relación con el griego *moira*. Es quien proporciona a Amarílide *herbas* y *venena* cogidos en el Ponto con los que hacer regresar a casa al infiel Dafnis. El pasaje virgiliano parece derivar de Teócrito[5]. Gracias a dichas hierbas mágicas, Meris era capaz de convertirse en lobo, sacar las almas de los sepulcros profundos y cambiar de un lugar a otro las mieses sembradas. En el libro IX de las *Bucólicas*, Meris mantiene un diálogo con Licidas.

1. *apud* Aug., *CD*, XVIII, 17. / 2. *NH*, VIII, 82. / 3. *NH*, VIII, 81. / 4. *Bucol.*, VIII, 96-98. / 5. *Idil.*, II, 161-162.

DEMOFONTE / *Demophôn* (s. IV a.C.).— Adivino griego (*teratoskópos*) experto en la interpretación de prodigios[1] y vísceras de los animales[2]. De origen desconocido, sirvió en la expedición asiática de Alejandro Magno. Según Diodoro[3] cuando Alejandro se disponía en la India a marchar contra una de las ciudades de los malios, en el 326/325 a.C., Demofonte se le acercó para anunciarle que a través de ciertos

presagios preveía un gran peligro para él a consecuencia de una herida producida en el transcurso de un asedio. Por ello aconsejó a Alejandro que dejara temporalmente en paz a esta ciudad y se centrara en otros objetivos.

Alejandro, sin embargo, reprendió a Demofonte por socavar el ánimo del ejército y ordenó disponer todo lo necesario para el asalto. En la versión de Curcio[4] el héroe macedonio recrimina al adivino diciéndole que si alguien le interrumpiera mientras estaba dedicado a su arte, contemplando las vísceras, le parecería igualmente inoportuno y molesto.

Otros adivinos más, como *Aristandro, habían desaconsejado también la toma de esta plaza en la que, pese al éxito final, Alejandro pasó, en efecto, graves apuros[5].

Arriano[6] informa que, según los diarios reales, Demofonte formaba parte de una delegación (junto con Pitón, Atalo, Peucestes, *Cleómenes, Menidas y Seleuco) que, poco antes de la muerte de Alejandro, consultó en Babilonia al dios Serapis (= Marduk?), sobre la oportunidad de trasladar al monarca enfermo al templo para ser curado por el dios.

1. Diod., XVII, 98, 3: «teratoskópos». / 2. Quint. Curc., IX, 4, 27: «exta spectantem». / 3. XVII, 98, 3. / 4. IX, 4, 28. / 5. Diod., XVII, 99. / 6. *Anab.*, VII, 26, 2.

DEXICREONTE / *Dexikreón* (s. VII a.C.?).— Adivino y taumaturgo griego[1] que mediante ritos purificatorios *liberó* a las mujeres de Samos, caracterizadas hasta entonces por su vida desenfrenada a causa de la lujuria y la «insolencia». Recuerda por tanto a lo que *Melampo hizo con las Prétides y *Bacis con las mujeres espartanas.

En opinión de algunos autores modernos (Halliday), el episodio podría tratarse de un intento de racionalización y helenización de ciertos cultos de origen tracio. Plutarco le califica de *agyrtes*, en alusión a los *charlatanes* que se dedicaban a la distribución de recetas mágicas o a vender oráculos cleronománticos.

1. *QG*, 54.

DIOCLES / *Dioklês* (s. VI a.C.?).— Adivino griego, quizá de origen corintio, que vivió en época del tirano Periandro (625-585 a.C.), con quien mantuvo relaciones amistosas. El nombre es conocido sólo a través de Plutarco, que se sirve de él en uno de sus tratados (*El Banquete de los Siete Sabios*)[1] para dirigirse en primera persona a un tal Nicarco.

La conversación entre los asistentes al banquete es interrumpida por un joven pastor, enviado por el tirano, que trae en su zurrón una criatura nacida de una yegua: la parte de arriba (hasta el cuello y los brazos) era de forma humana y el resto del cuerpo la de un caballo; el ser lloraba con voz parecida a la de un niño recién nacido. Uno de los invitados, dirigiéndose a Diocles, le preguntó en broma si iba a organizar ritos de purificación, a lo que éste, preocupado, respondió:

¿Y por qué no? En verdad se trata de un presagio de querella y discordia y temo que alcance al matrimonio y a la descendencia [en referencia a la familia de Periandro], pues la diosa, antes de que se le haya podido aplacar la primera ofensa contra ella, nos la ha mostrado, como ves, por segunda vez (*Sept. Sap. Conv.*, 149C).

La mayor parte de los editores de Plutarco consideran el personaje de Diocles una invención y no un adivino histórico del siglo VI a.C.

1. Plut., *Mor.*, 149.

DIODORO / *Diódoros* (s. IV d.C.?).— Ausonio[1] cita a un harúspice de este nombre (probablemente ficticio) quien aseguró al enfermo Marco que sólo le quedaban seis días de vida. El médico Alcón trató de demostrar que el vaticinio era falso, pero al tocar la mano de Marco, dice el poeta, «se le acabaron a Marco los seis días».

1. XXVI, 80, 1.

DIOFANTO / *Dióphantus* (s. I d.C.?).— Astrólogo (*mathematicus*), dudosamente histórico, citado por el poeta Lucilio (que vivió en la *Neapolis* de época de Nerón). En uno de sus epigramas satíricos[1], tras predecir la muerte del médico Hermógenes antes de nueve meses, muere de un ataque.

1. *Anth. Pal.*, II, 34.

DIÓN DE NÁPOLES / *Díon* (s. I a.C.?).— Astrólogo (*mathematicus*) citado por Varrón en su tratado *De gente populi Romani* [1]. Según este erudito fue Dión de Nápoles quien dató en el reinado de Ogiges (mítico rey ateniense) un extraño portento: la brillante estrella de Venus que cambiaba de color, de forma y de trayectoria.

1. *apud.* Aug., *CD*, XXI, 8, 2.

DIOPITES DE ATENAS / *Diopeíthes* (2.ª mitad del s. V a.C.).— Adivino y cresmólogo ateniense. Según sabemos por Diodoro[1] y Plutarco[2], en el año 432 la asamblea ateniense aprobó a propuesta del adivino Diopites un decreto según el cual se perseguiría por delito de impiedad (*asebeia*) «a todos aquellos que no creyesen en los dioses y que enseñasen doctrinas relativas a los fenómenos celestes». Tal disposición fue la causa del proceso contra Anaxágoras poco antes del inicio de la guerra del Peloponeso; el filósofo pensaba, en efecto, que el sol era una masa de hierro candente más ancha que el Peloponeso y creía que se eclipsaba por interposición de la luna. En el juicio Anaxágoras fue declarado culpable y se vio obligado a abandonar Atenas.

El citado decreto de Diopites trataba no sólo de proteger la religión cívica sino también de defender sus intereses particulares, puesto que la segunda parte iba dirigida expresamente contra la astronomía, cuyo conocimiento podía perjudicar la credibilidad de determinadas prácticas adivinatorias (Martínez-Pinna).

Diopites fue uno de los miembros más activos de la oposición al régimen de Pericles y, quizá por ello, pasó a ser colaborador del político Tucídides. Pocos años después, según los escoliastas[3], trabajó a las órdenes de Nicias.

Algunos autores creen que Diopites pudo ser también el autor de una moción sobre la ciudad de Methone aprobada por la Asamblea, entre los años 428 y 425 a.C.[4] Quizá en sus últimos años se trasladó a Esparta (siendo en este caso el mismo personaje que figura a continuación), pero dicha identificación no es segura.

Diopites es repetidas veces citado por Aristófanes[5]. Se decía[6] que tenía una mano deforme. Los comediógrafos griegos lo presentan como un ladrón del erario público, un vidente loco[7] y un enfurecido orador[8]; estos mismos ataques confirman que se trataba de una figura conocida e importante en la Atenas de Pericles[9]. Un pasaje del cómico Frínico[10] hace alusión a la práctica de expiaciones y cultos orgiásticos por parte de Diopites.

1. XII, 39, 2. / 2. *Peric.*, 32. / 3. *Schol. Eq.*, 1085. / 4. *Syll.*, 75: «D[iopeí]thes eipe...». / 5. *Av.*, 988; *Eq.*, 1085; *Vesp.*, 380. / 6. «Kyllós»: *Schol. Eq.*, 1085. / 7. «Ameipsias», Fr. 10 Kock. / 8. «Tekleides», Fr. 6 Kock. / 9. Aristof., *Av.*, 988: «ho mégas Diopeithes». / 10. Fr. 9 Kock.

[Bibl: Swoboda, «Diopeithes»: *RE*, V, 1 (1905), cols. 1046-1047.]

DIOPITES DE ESPARTA / *Diopeíthes* (s. V-IV a.C.).— Cresmólogo, identificado por algunos con el anterior, quizá también de origen ateniense pero establecido en Esparta, donde vivió a finales del siglo V a.C.

Diopites intervino hacia el 399 a.C., en la disputa por el trono entre Agesilao y Leotíquidas en tiempos del rey espartano Lisandro[1]. El adivino declaró que Agesilao, que era cojo, no podía ser rey de Esparta alegando la existencia de un oráculo de Apolo que advertía que se había de evitar una realeza coja. Plutarco nos ha transmitido el oráculo:

Cuidate bien, a pesar de tu orgullo, oh Esparta / ligera de piernas, si de ti nace un reinado cojo: / durante largo tiempo te abrumarán inesperados males / y las ráfagas de la guerra, destructora de hombres (Plut., *Ages.*, 3).

A esto Lisandro replicó, defendiendo a Agesilao, que no creía que el dios mandara cuidarse de uno que cojeara a causa de haberse caído, sino más bien de que no reinara si no era del linaje (Leotíquidas no era hijo de Agis, como se decía, sino fruto del adulterio de su esposa Timaia con Alcibíades). La realeza estaría verdaderamente coja si los descendientes de Heracles no dirigían el Estado. Finalmente, gracias a Lisandro, Agesilao fue proclamado rey (399-360 a.C.).

1. Jenof., *Hel.*, III, 3, 3; Plut., *Ages.*, 3; *Lys.*, 22.

[Bibl.: Kirchner, «Diopeithes»: *RE*, V, 1 (1903), col. 1046; H. W. Parke y D. E. Wormell, *The Delphic Oracle*, Oxford, 1956, I, 181; II, n. 112.]

DIOSCÓRIDES / *Dioskorídes* (s. I a.C.?).— Astrólogo egipcio. Se conserva de alguna de sus obras una breve noticia en Censorino[1]: según Dioscórides los hombres que en Alejandría embalsamaban a los muertos consideraban que el ser humano no podía vivir más de cien años, como indicaba el corazón de aquellos que habían muerto sin haber sufrido alteraciones corporales; en efecto, gracias a la práctica de pesar los corazones a lo largo de muchos años, observaban los aumentos y las disminuciones correspondientes a cada edad. Así, el corazón de un niño de un año pesaba dos dracmas, el de dos, cuatro dracmas, etc. A partir del momento en que el corazón pesaba cien dracmas, es decir, a los 50 años, perdía cada año dos dracmas, volviendo al peso inicial del primer año de vida cuando cumplían los 100 años.

1. *De die natali*, 17, 14.

DIOTIMA / *Diotíma* (s. V a.C.).— Sacerdotisa y profetisa del templo de Apolo en Mantinea conocida también por sus enseñanzas filosóficas.

En el *Banquete* de Platón[1], Sócrates afirma que Diotima había celebrado un sacrificio con la intención de alejar durante diez años la peste que asoló a Atenas a comienzos de la guerra del Peloponeso; debemos, pues, admitir la presencia de esta extranjera en Atenas hacia el año 440 a.C. (diez años antes de la peste). Se trata de un sacrificio que recuerda al efectuado por el sabio cretense *Epiménides, quien a comienzos del siglo VI a.C. libró a Atenas de una peste que asolaba la ciudad[2].

En el citado diálogo platónico, Sócrates se declara discípulo de Diotima y dice haber aprendido de ella la doctrina de la inmortalidad del alma y las teorías de la reminiscencia y del Amor[3]. En el *Banquete* de Platón apa-

rece la primera teoría bien definida sobre los démones, como categoría distinta y funciones especiales. Es precisamente Diotima quien en dicho diálogo platónico dice:

A través de él [el demon Amor] pasa toda la mántica y las artes sacerdotales concernientes a los sacrificios, las iniciaciones y los encantamientos y todo tipo de adivinación y magia. Los dioses no se mezclan con el hombre, pero por medio de Amor les es posible toda comunicación y coloquio con los hombres, en vigilia o en sueño (Plat., *Symp.*, 202e).

Dicha teoría fue después elaborada por Jenófanes y otros autores tardíos como Plutarco, Apuleyo o Celso.

Las enseñanzas de Diotima se explican en opinión de algunos autores (A. Somigliana) por el hecho de que en los templos apolíneos, como el de Apolo de Mantinea, a cuyo cuerpo sacerdotal pertenecía Diotima, se cultivaba la filosofía.

Para otros autores se hace necesario disociar el carácter histórico del personaje de Diotima del uso filosófico que de ella hace Platón. Algunos estudiosos han dudado de su historicidad, señalando que Platón la hizo originaria de la ciudad de Mantinea por la similitud fonética entre el topónimo y el término *mantis*. El significado etimológico de su nombre permite suponer también que Diotima pudo haber realizado iniciaciones mistéricas; de hecho, en la Grecia clásica no faltaron mujeres expertas en teología, como recuerdan el propio Platón[4] y Demóstenes[5]. A ella aluden aun autores tardíos como Clemente de Alejandría[6].

1. *Symp.* 201 d; 207 a-c. / 2. Diog. Laert., I, 110. / 3. Plat., *Symp.*, 201. / 4. *Menón*, 81 a. / 5. 18, 259 ss. / 6. *Strom.*, III, 31.

[Bibl.: P. Natorp, «Diotima»: *RE*, V (1905), col. 1147; W. Theiler, «Diotima neuplatonisch»: *AGPh*, 50 (1968), pp. 29-47; G. Fougères, *Mantinée et l'Arcadie Orientale*, Paris, 1972, pp. 325-330.]

DIPSAS / *Dipsas* (s. I a.C.?).— Alcahueta y hechicera citada por Ovidio[1]. Su nombre en griego significa «sedienta», en el sentido de «entregada a la bebida». Se cree que bajo él se oculta alguna popular hechicera romana.

El poeta dice de Dipsas[2] que domina las artes mágicas y los conjuros de Ea (es decir, de Circe). Para demostrarlo recuerda sus poderes en este ámbito: hace volver las aguas corrientes a su manantial, los efectos de las hierbas, así como la de las cintas movidas por la rueda y las aplicaciones del veneno de una yegua en celo. Con su sola voluntad se aglomeran las nubes en el cielo y hace brillar la luz en la bóveda celeste. Hace aparecer los astros centelleantes con el color de la sangre. Convertida en pájaro revolotea en las sombras de la noche y su cuerpo de anciana se recubre de plumas. La doble pupila de sus ojos despide rayos. Hace salir de sus sepulturas a los muertos y con sus ensalmos logra abrir el suelo.

En la citada pieza de Ovidio, los *Amores*, el poeta, escondido detrás de unas puertas, escucha cómo la vieja trata de convertir a su amada en presa de otro hombre, más rico y generoso que él, por lo cual desea su muerte. Dipsas, recuerda a otra célebre hechicera y alcahueta: la *Acántide de Propercio.

1. *A.*, I, 8, 1-20. / 2. *A.*, I, 5-6.

DIVICÍACO / *Divitiacus, D(e)ivicíacus* (s. I a.C.).— Druida y jefe de la tribu gala de los eduos (aliados de César en la guerra contra el rey germánico Ariovisto). Divicíaco se trasladó a Roma en el año 61 a.C. para pedir

ayuda contra los secuanos y contra Ariovisto[1], siendo acogido probablemente por Cicerón. Según éste, Divicíaco presumía de que gracias a sus conocimientos de *physiologia*, al arte de los augurios y a la interpretación de los sueños, era capaz de predecir el futuro[2].

Es el único druida histórico cuya existencia conocemos, si bien no tenemos noticias de sus funciones rituales o religiosas. Su hermano, jefe del partido antirromano, se llamaba Dumnorix; ambos tienen nombres paralelos: *Diviciacus* es el «adivino» y *Dumnorix* el «rey del mundo».

1. Caes., *BG*, VI, 13-14. / 2. Cic., *De div.*, I, 90.

[Bibl.: F. Le Roux y Ch. J. Guyonvarch, *Les Druides*, Paris, 1986, pp. 381-382.]

DOROTEO DE SIDÓN / *Dorótheos* (s. I d.C.).— Célebre astrólogo griego que escribió la mayor parte de su obra en forma versificada. El primer autor que le cita es *Antíoco de Atenas, que vivió entre los años 150 y 200 d.C. *Hefestion de Tebas[1] le sitúa cronológicamente después de *Trasilo (muerto en el 36 d.C.); parece, pues, haber vivido entre Trasilo y Ptolomeo; D. Pingree data su actividad como astrólogo entre los años 25 y 75 d.C.

Su obra principal fue un largo poema, la *Pentabiblia* o Pentateuco, dividido en cinco libros. El árabe Omar-ben-Farchan, autor de un comentario a la obra de Doroteo, nos ha trasmitido los asuntos sobre los que trataba cada uno de ellos:

I: *De natalibus*
II: *De epochis et periodis*
III: *De geniturae dominis*
IV: *De annorum natalicium conversione*
V: *De actionibus incipiendis*

El poema comienza con una referencia a la tradición hermética: Doroteo se presenta a sí mismo como rey de Egipto y dirige su libro a su hijo Hermes[2]. También nos dice haber viajado por Egipto y Babilonia estudiando con las autoridades más prestigiosas en la materia.

La *Pentabiblia* fue utilizada por autores como *Fírmico Materno (en su *Mathesis*[3] dice que es «hombre de gran ciencia que ha dejado escritos apotelesmáticos redactados en versos llenos de verdad y elocuencia»), Hefestion de Tebas (s. IV d.C.), Palco y Retorio (s. VI d.C.); de ellos sólo Hefestion nos ha conservado algunos fragmentos[4].

La obra de Doroteo gozó de especial estima en el Oriente, siendo traducida primero al pahlevi en el siglo III y después al árabe. Para los árabes fue uno de los más famosos astrólogos occidentales, precedido en la fama sólo por Hermes, Platón y Claudio *Ptolomeo.

El tratado *De fluviis*[5] cita a un Doroteo «el Caldeo» como autor de un *Lapidario*. Si al término *Chaldaios* se le diera, como parece, el sentido de «astrólogo», quizá pudiéramos identificarlo con Doroteo de Sidón.

1. II, 22; *CCGA.*, VIII, 2. / 2. 5, 1, 2, p. 262; 1 pr. 1-5, p. 161. / 3. II, 29, 2. / 4. *Apotélesm.*, I, 7; *CCAG*, VIII, 1, pp. 145 ss. / 5. *De fluviis*, 23, 3.

[Bibl.: Edición: D. Pingree (ed.), *Dorothei Sidonii Carmen Astrologicum*, Leipzig, 1976 (texto árabe con traducción inglesa). Estudios: V. Stegemann, «Dorotheos von Sidon»: *RhM*, 91 (1942), pp. 326-349; Id., *Die Fragmente des Dorotheos von Sidon*, Bonn, 1939-1943; Id., «Doroteus von Sidon und Firmicus Maternus»: *Hermes*, 78 (1943), pp. 113-131.]

DOSITEO / *Dosítheos* (s. I d.C.).— Profeta o «mesías» samaritano, fundador de la secta de los dositenos, con-

E

ELCESÍAS / *Elkesaí* o *Elkasaí* o *Elxaí* (s. II d.C.).— Profeta y fundador de la secta gnóstica judeo-cristiana de los elcesaítas, originaria del este del Jordán.

En torno al año 100 d.C. Elcesías dejó por escrito la visión que tuvo en la ciudad parta de Serae. En ella vio un ángel, alto y bien proporcionado, en compañía de otros seres celestiales femeninos que decía ser el hijo de Dios[1]; reveló muchas cosas de interés sobre Cristo (como que tuvo una vida en la Tierra anterior a su nacimiento de la Virgen María) y sobre cómo debían vivir los hombres sus vidas si querían salvarse.

En su libro se señalaba que junto al principio masculino, representado por el hijo de Dios, existía otro femenino que era el Espíritu Santo[2].

Un siglo después (hacia el 222), el *Libro de las Revelaciones* fue traducido del arameo al griego y llevado a Roma por un misionero de la comunidad parta, Alcibíades de Apamea. La obra causaría un tremendo impacto en la comunidad romana cristiana, dividida ya por las controversias de los dos aspirantes al obispado: Calixto e Hipólito. Precisamente éste[3] nos ha transmitido fragmentos de la obra de Elcesías para refutarla (a veces por considerar que las ideas básicas se encontraban ya en la filosofía griega o en los libros egipcios); dichas citas son fundamentales para conocer tanto al fundador como a la secta del elcesiaísmo[4].

1. Hipol., *Haer.*, 9, 8. / 2. Hipol., *Refut.*, IX, 13, 3; IX, 12. / 3. *Haer.*, IX, 13-17. / 4. Epifanio, *Panarion*, 53; Eus. Caes., *HE*, VI, 38.

[Bibl.: A. F. J. Klijn-G.R.Reinink, «Elchasai and Marci»: *Vigiliae Christianae*, 28 (1974), pp. 277-289; G. P. Luttikhuizen, *The Revelation of Elchasai: Investigation into the Evidence for a Mesopotamian Jewish Apocalypse of the Second Century and Its Reception by Judaeo-Christian Propagandists*, Tübingen, 1985]

ELEAZAR / *Eleazar* (s. I d.C.).— Bajo el reinado de Vespasiano (69-79 d.C.), el judío Eleazar liberaba a los posesos de los démones usando el «anillo de Salomón», donde se había engastado un fragmento de raíz de la que Salomón solía servirse. También recitaba encantamientos (*epodai*) y fórmulas de exorcismos que el rey mismo habría dejado por escrito, con las que prohibía al demon regresar al cuerpo de la víctima una vez expulsado[1].

Un apócrifo griego, el *Testamentum Salomonis*, ilustra esta tradición que atribuía a Salomón poderes sobre los espíritus[2]. En dicho escrito judeocristiano se narra cómo el arcángel Miguel entregó a Salomón un anillo que le otorgaba el poder de evocar e interrogar a los démones.

1. Flav. Josef., *Ant. Jud.*, 8, 2, 5. / 2. *Test. Salom.*, 18, 39.

ÉLENO: *Héleno.

ELÍAS / *Eliyyahu* (s. IX a.C.).— Profeta hebreo (*nabî*) de época de la monarquía. Su nombre significa «Yahveh es mi Dios»; no conocemos el de su padre aunque sí sabemos que era originario de Tisbé de Galaad[1]. Se le describe provisto de una pellica y un cinto de cuero ceñido a la espalda[2].

Su figura, histórica, podemos situarla bajo el reinado de Ajab de Samaria, que subió al trono en el 847 a.C. Tras el triunfo de los omridas, Israel se había apartado de Yahveh[3]; en este proceso de paganización, la actuación de Jezabel, esposa de Ajab y princesa de Sidón, debió de ser determinante: fue ella quien introdujo el culto del dios Baal y quien ordenó asesinar a los profetas yahvistas[4].

Los combates que Elías libró contra el rey y su esposa Jezabel reflejan la oposición de los yahvistas contra la religión de Baal, pero también la opresión de los pobres, bien expresada en una alusión de 2 Reyes a la servidumbre por deudas; el profeta se constituye, pues, en portavoz de los oprimidos.

En los primeros años de Ajab, Elías proclamó un oráculo de venganza:

¡Vive Yahveh, Dios de Israel, a quien sirvo, que en estos años no ha de haber ni rocío ni lluvia, sino con arreglo a mi palabra! (1 R 17, 1).

Por ello se vio obligado a retirarse al desierto, cerca del «torrente de Querit», quizá el Yabis, afluente del Jordán. Cuando pasado algún tiempo el torrente se secó en cumplimiento del oráculo divino, Elías, siguiendo las instrucciones de su Dios, se dirigió a Sarepta, en Fenicia, que, como Israel, también atravesaba momentos difíciles. Es allí donde el profeta protagoniza un milagro: con la escasa harina y el poco aceite que le entrega una viuda —en cuya casa es alojado— pudieron comer durante días, hasta la llegada de una nueva cosecha:

...la tinaja de la harina no se agotará ni la orza del aceite se vaciará hasta el día en que Yahveh conceda lluvia sobre la superficie del cielo (1 R 17, 14).

Después tuvo lugar otro hecho no menos milagroso: Elías hizo volver a la vida al hijo de la viuda fenicia, muerto de enfermedad; Elías cogió el cuerpo del muchacho, lo subió al aposento superior donde moraba y lo acostó sobre su lecho. Dirigiéndose a Yahveh, dijo:

Yahveh, mi Dios, ¿también a la viuda de quien soy huésped causarás mal, haciendo morir a su hijo? (1 R 17, 20).

Tendiéndose sobre el niño tres veces, exclamó de nuevo a Yahveh:

¡Yahveh, mi Dios, vuelva, te ruego, el alma de este niño a su interior! (1 R 17, 21).

Yahveh, escuchando los ruegos de su profeta «volvió el alma del niño a su interior» y lo revivió. Después, Elías se lo entregó a la madre. Se trata de la primera resurrección testimoniada por las Sagradas Escrituras y recordada más tarde por el propio Jesús[5].

Obadyahu, mayordomo del palacio y colaborador del rey, concertó un encuentro entre el monarca y el profeta.

Éste le hizo el siguiente desafío: que ante el pueblo, congregado en el monte Carmelo, los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal más los cuatrocientos de Aserá imploraran a su dios el fuego del cielo que encendiera una pira sobre la que estaba preparada un novillo para el sacrificio. Él, por su parte, invocaría el nombre de Yahveh para que respondiese igualmente mediante el fuego.

Desde la mañana hasta el mediodía los profetas de Baal invocaron el nombre del dios, exclamando: «¡Oh Baal, atiéndenos!»[6]; entre las burlas de Elías, danzaban, gritaban cada vez más fuerte y, conforme a sus ritos, se hacían incisiones en el cuerpo con espadas y lanzas hasta hacer brotar su sangre. Pero todo era inútil: nada ocurría.

Llegada la primera hora de la tarde, Elías convocó al pueblo. Luego cogió doce piedras, tantas como tribus de Jacob, y construyó con ellas un altar rodeado de una profunda zanja. Finalmente ordenó derramar cántaros de agua sobre el holocausto y la leña, de suerte que tanto el altar como la zanja quedaron anegadas, y exclamó a continuación:

Yahveh, Dios de Abraham, de Isaac y de Israel, conózcase hoy que Tú eres Elohim en Israel y yo soy tu siervo y por mandato tuyo he hecho todas estas cosas. ¡Contéstame, Yahveh!, contéstame para que sepa este pueblo que Tú, Yahveh, eres Ha-'Elohim, y así habrás vuelto atrás el corazón de ellos (1 R 18, 36-37).

El fuego de Yahveh cayó y consumió el holocausto, la leña, las piedras y aun lamió el agua que había en la zanja. El pueblo, al ver esto y comprender el significado del prodigio, se convirtió a la fe de Yahveh: «¡Yahveh es Dios!». Elías, conforme a la ley del talión, ordenó la ejecución de los profetas de Baal[7]. Poco después, y ante el asombro del rey Ajab, se desencadenaba una intensa lluvia que acababa con la larga sequía.

Pero al conocer los hechos, Jezabel descargó toda su furia sobre el profeta, que se vio obligado a huir a Betsabé. Reconfortado en el desierto por un ángel que lo visitó llevándole pan y agua (los mismos dones que el pueblo durante el Éxodo), se dirigió a Horeb, donde, tras la aparición de terribles prodigios, le fue dirigida la palabra de Yahveh.

Yahveh le da una nueva misión: ungir a Jazael como rey de Aram, a Jehú como rey de Israel y hallar un sucesor o discípulo que le sustituya en el ministerio profético[8]; será, en realidad, *Eliseo quien lleve a cabo las dos primeras misiones, que se traducirán en el castigo de los israelitas infieles y de la casa de Ajab.

Ajab, mientras tanto, había cometido aun mayor su impiedad asesinando a Nabot para apropiarse de sus ricos viñedos y ampliar sus propiedades[9]. Elías se enfrenta a él, recriminándole sus actos y transmitiéndole las palabras de Yahveh:

Te he pillado, por cuanto te has vendido para obrar lo malo a los ojos de Yahveh. He aquí que yo acarrearé sobre ti la desgracia, barreré de lleno y aniquilaré a Ajab y a cuantos orinan en pared, esclavos o libres, en Israel (1 R 21, 20).

También anunció el destino de su mujer, la reina Jezabel:

Los perros comerán a Jezabel en la parcela de Israel. Al que de la casa de Ajab muera en la ciudad le comerán los perros y a quien muriera en el campo le comerán las aves de los cielos (1 R 21, 23-24).

Viendo sin embargo Yahveh que el rey parecía sinceramente arrepentido,

comunicó a Elías que la desgracia sobre Ajab no se abatiría en sus días, sino que sería castigado en su descendencia[10].

El profeta asistió al primero de estos castigos. Ocozías, hijo y sucesor de Ajab (853-852), siguiendo las tradiciones religiosas paganas de la familia, ordena consultar el oráculo de Baal-Zebub (el Baal cananeo venerado en la ciudad filistea de 'Eqrón) sobre su enfermedad. Pero sus mensajeros traen consigo un oráculo de Yahveh: «No has de bajar del lecho adonde has subido, sino que morirás de cierto»[11]. El monarca mandó entonces hacer venir a Elías pero éste, invocando a Yahveh, lanzó en repetidas ocasiones «fuego del cielo» sobre los destacamentos militares que trataban de prenderlo. Finalmente se dirigió por sí mismo al lecho de Ocazías para confirmar el oráculo de su Dios:

Por cuanto has enviado mensajeros a consultar a Baal-Zebub, dios de Eqrón —¿acaso es por no haber Dios en Israel para consultar su palabra?—, por eso no bajarás del lecho adonde subiste, sino que morirás de cierto (2 R 1, 16).

Elías muere durante el reinado del sanguinario Jorán (848-841). A orillas del Jordán, en compañía de su discípulo Eliseo, al que invistiera con anterioridad y en presencia de los «hijos de profetas», Elías fue elevado a los cielos en un carro de fuego tirado por caballos también de fuego[12].

1. 1 R 17, 1. / 2. 2 R 1, 8. / 3. 1 R 16, 23-34. / 4. 1 R 18, 20-29; 1 R 18, 30. / 5. Lc 4, 26. / 6. 1 R 18, 25. / 7. 1 R 18, 40. / 8. 1 R, 19, 14-18. / 9. 1 R 21, 1-6. / 10. 1 R 21, 27-29. / 11. 2 R 1, 4. / 12. 2 R 2, 11.

[Bibl.: *Élie le prophète. I: Selon les Écritures et les traditions chrétiennes; II: Au Carmel, dans le Judaïsme et l'Islam*, Paris-Brugge, 1956; G. F. Willems (ed.), *Élie le prophète. Bible, tradition, iconographie*, Bruxelles, 1985.]

ELIEZER /*'Eli'ezer* (s. IX a.C.).— Profeta hebreo, hijo de Dodayá, originario de Maresá, que profetizó contra el rey Yosafat por su cooperación con los reyes de Israel[1].

1. 2 Cro 20, 37.

ELIMAS / *'Elýmas* (s. I d. C.).— Mago hebreo citado en los *Hechos de los Apóstoles*[1] con motivo de su encuentro con los apóstoles Pablo y Bernabé en Pafos (Chipre), hacia el año 45 d.C. Su nombre quizá proceda del árabe *'alim*, «sabio» (el sabio en ciencias ocultas era mago), aunque sería más lógico que derivase de la raíz semita *'LM*, «estrechar», «atar» (en alusión a sus poderes capaces de someter y dominar a las fuerzas ocultas).

En otros códices se lee *Etoimas* (o *Etimas*) siendo por ello identificado con un mago chipriota que en el año 54 d.C. indujo a Drusila a casarse con el procónsul romano Félix después de haberse divorciado de Azizo, rey de Emesa[2], pero se trata de una conjetura insegura. También se alude a él como el «falso profeta» (*pseudomantis*) Bar-Jesús[3].

Elimas trató de apartar de la fe al procónsul Sergio. Pero Pablo, indignado, clavando en él los ojos y llamándole «hijo del diablo, enemigo de toda justicia» le dejó ciego, obligándole así a caminar en adelante llevado de la mano. El procónsul, testigo de lo ocurrido, se convirtió, maravillado, a la doctrina del Señor.

1. 13, 6-12. / 2. Flav. Jos., *Ant. jud.*, XX, 142. / 3. Hch XIII, 7.

ELISA: *Sibila.

ELISEO / *Elishah (heb.), Elissaîos (gr.)* (s. IX a.C.).— Profeta hebreo y taumaturgo, discípulo y sucesor de *Elías.

Hijo de Safat, abandonó una vida acomodada para seguir a Elías y ejercer el ministerio profético, cuyo inicio vino marcado por el sacrificio de dos bueyes. Permaneció al lado de su maestro hasta que un día, cerca de Jericó, a orillas del Jordán, un carro y unos caballos de fuego se interpusieron entre ambos y Elías subió en un torbellino al cielo[1]. Con el manto de Elías (símbolo del poder), que había caído sobre él, golpeó repetidas veces las aguas del río Jordán, hasta que éstas se separaron en dos; Eliseo pasó así a la otra orilla uniéndose a un grupo de «hijos de profetas» que se prostraron ante él[2].

A partir de entonces realiza numerosos prodigios. El primero tuvo lugar en Jericó, donde las aguas de la fuente eran malas y la tierra resultaba estéril[3]. Ordenó traer una escudilla con sal y, dirigiéndose al manantial, la arrojó, exclamando:

Así ha dicho Yahveh: Yo he saneado estas aguas, de las cuales no saldrá ya muerte ni esterilidad (2 R 2, 21).

Las aguas, que quedaron saneadas al instante tras la palabra del profeta, han sido identificadas con las de Es-Sultan, al pie de la vieja Jericó.

Se narra también que en Betel unos muchachos se rieron de Eliseo a causa de su calvicie (quizá, la tonsura de consagración). Volviéndose hacia ellos los maldijo en nombre de Yahveh; dos osas salieron entonces de un bosque y despedazaron a cuarenta y dos muchachos[4].

Durante la campaña de Jorán de Israel y de Josafat de Judá, en coalición con el rey de Edom, contra los moabitas, Eliseo hizo cavar fosos que se llenaban de agua para dar de beber a los hombres y animales; sin embargo, esas mismas aguas bajaban hacia el enemigo cargadas de arenas rojas como si estuvieran teñidas de sangre, lo que hizo creer a los moabitas que sus adversarios se habían dado muerte unos a otros.

Esto ha dicho Yahveh: Id y haced en este valle aljibes y más aljibes; pues así afirma Yahveh: No veréis viento ni lluvia, pero ese mismo valle se henchirá de agua, y beberéis vosotros, vuestros ganados y vuestras bestias de agua. Pero aún ha parecido esto poco a los ojos de Yahveh, y va a entregar a Moab a vuestra mano. Y destruiréis toda ciudad fortificada, toda ciudad importante, talaréis todo árbol hermoso, cegaréis todos los manantiales de agua y echaréis a perder con piedras los mejores campos (2 R 3, 16-19).

El error fue, pues, duramente pagado, como había pronosticado Yahveh por medio de su profeta.

Una de las mujeres de sus discípulos, había enviudado y sus dos hijos amenazados con ser vendidos como esclavos, ya que el «código de la Alianza» permitía que se tomara por esclavos a los hijos de un deudor[5]. Siguiendo las instrucciones del profeta, la mujer pidió prestadas a las vecinas muchas vasijas vacías; con una única orza de aceite logró llenar todas las disponibles. El milagro le fue comunicado a Eliseo, quien le dijo:

Ve y vende el aceite y paga tu deuda, y tú y tus hijos vivid de lo restante (2 R 4, 7).

En otra ocasión, Eliseo, que solía alojarse en una casa de la ciudad de Šunem, hizo llamar a su dueña, una mujer que no tenía hijos y su marido era ya viejo, para decirle:

El año próximo por estas fechas abrazarás a un hijo (2 R 4, 15).

Transcurrido dicho tiempo concibió y dio a luz a un hijo, tal como el profeta le había anunciado. Sin embargo, el niño, ya crecido, murió[6]; la mujer šunamita viajó en busca de Eliseo, que se encontraba en el monte Carmelo, y le hizo saber lo ocurrido. Lle-

gado a la casa, penetró en la estancia donde, sobre una cama, yacía el cuerpo del niño muerto. Tras orar a Yahveh, se acostó sobre el muchacho, poniendo su boca sobre la boca de éste, sus ojos sobre sus ojos y sus palmas sobre sus palmas; estuvo inclinado sobre él de suerte que el cuerpo del niño cobró calor. Después se retiró, paseó por la casa y subió a inclinarse de nuevo sobre él hasta que, finalmente, el niño estornudó siete veces y abrió los ojos[7]. Tras recibir del profeta a su hijo vivo, la mujer se echó a sus pies.

Eliseo regresó a Gilgal, donde reinaba el hambre. Allí, el profeta ordenó poner una olla grande a cocer mientras uno de sus discípulos salió al campo para recoger hierbas, hallando una cepa silvestre de la cual cogió coloquíntidas silvestres. Sin saber lo que eran, e ignorando sus mortales efectos, las echó en la olla de la que todos comenzaron a comer; al advertirlo uno de ellos («¡la muerte está en la olla!»), Eliseo ordenó traer harina y, a modo de exorcismo, la echó en la olla haciendo aséptico su guiso[8].

En un milagro muy parecido al de la multiplicación de los panes[9], distribuyó —ante el asombro de uno de sus siervos— veinte panes entre cien hombres para que comiesen:

Dalo a las gentes para que coman, pues Yahveh así ha dicho. Se comerá y habrá de sobra (2 R 4, 42).

Servidos los panes, comieron y sobró conforme a la palabra de Yahveh.

Eliseo curó de la lepra a Naamán, general del rey de Aram (al que ordenó lavarse siete veces en el Jordán para que su carne quedara nuevamente purificada), con lo que además le atrajo a la fe del verdadero Dios de Israel.

El profeta, iluminado por su Dios, jugó un destacado papel en la guerra entre el rey de Aram y el de Israel (Jorán), informando a los suyos de los planes y las maniobras de los arameos. El rey de Aram, al tener noticia de ello, lo mandó capturar en la ciudad de Dotán (al norte de Samaria), pero el profeta logró escaparse cegando y capturando a las tropas que venían a prenderle[10]; para ello recurrió a la súplica a Yahveh:

Hiere, te ruego, a esta gente de ceguera (2 R 6, 18).

Después, sin embargo, les dispensó un buen trato y los devolvió a su señor.

Poco tiempo después sucedió que Ben-Hadad, rey de Siria, sitió Samaria; con el largo asedio se produjo una epidemia de hambre hasta el punto de que la población se vio obligada a comer niños. El rey de Israel hizo responsable de la situación a Eliseo (la narración no explica claramente los motivos), pero éste anunció la pronta llegada de la abundancia. El cerco de Samaria tiene, en efecto, un final prodigioso: los arameos abandonan el campamento, sus equipos y víveres al escuchar el «tumulto de un gran ejército» (que creyeron integrado por hititas y musritas) cuando, en realidad, se trataba de una ilusión enviada por el cielo[11].

Transcurrido el episodio, Eliseo se dirigió a Damasco llamado por el rey de Aram (quizá Ben-Hadad II). Éste se hallaba enfermo y quiso consultarle, a través de uno de sus oficiales, las posibilidades de curación. Es a éste, Jazael, al que Eliseo le predice la muerte del enfermo:

Ve y dile: «Sanarás ciertamente»; pero Yahveh me ha hecho ver que morirá sin remisión (2 R 8,10).

Al mismo tiempo, Eliseo anunció a Jazael su próxima subida al trono como sucesor de Ben-Hadad. Los hechos no tardan en desencadenarse: al día siguiente, Jazael mata al rey, su señor, y pasa a reinar en su lugar.

Con la unción de Jehú, décimo rey de Israel (841-814 a.C.), por un discípulo de Eliseo, éste provocó la caída de la dinastía de Ajab, anunciada ya por el profeta Elías.

Poco después de su advenimiento al trono el nuevo rey recibió un alentador oráculo de Eliseo, quien, ya anciano y apunto de morir, le promete una victoria —aunque incompleta— sobre el invasor arameo. El anuncio profético, basado quizá en antiguas prácticas mágicas, se desarrolla de la siguiente forma: el profeta ordenó al rey disparar sus flechas desde una ventana que se abría a oriente:

Es saeta de victoria de Yahveh, saeta de victoria contra Siria, pues batirás a los sirios en 'Afeq hasta exterminarlos (2 R 13, 16).

Después le ordenó disparar nuevamente contra la tierra, pero el monarca la «hirió» tres veces y se detuvo. Eliseo, enojado con él, dijo:

De haberla herido cinco o seis veces, hubieras entonces batido a los sirios hasta exterminarlos; pero ahora sólo tres veces batirás a los sirios (2 R 13, 19).

Según sabemos, Joás se enfrentó al terrible Ben-Hadad III, hijo de Jazael, al menos en tres ocasiones, derrotándolo en todas ellas; ello le permitiró recuperar al enemigo las ciudades israelitas que habían caído en sus manos.

Eliseo murió bajo el reinado del nieto de Jehú, el rey Joás de Israel (798-783 a.C.). Un pasaje del libro[12] afirma que sus propios huesos operaban milagros: al año de haber muerto, cuando unos hombres llevaban a enterrar un cadáver, divisaron unas bandas de moabitas, por lo que, asustados, arrojaron el cuerpo a la sepultura de Eliseo y huyeron. En cuanto el cuerpo de aquel hombre tocó los huesos del profeta, resucitó y se levantó.

1. 2 R 2, 11 ss. / 2. 2 R 2, 15. / 3. 2 R 2, 19. / 4. 2 R 2, 23-24. / 5. 2 R 4, 1ss. / 6. 2 R 4, 18. / 7. 2 R 4, 33-36. / 8. 2 R 4, 38-41. / 9. Mt 14, 13-21. / 10. 2 R 6, 9-20. / 11. 2 R 7-16. / 12. 2 R 13, 20 ss.

[Bibl.: R. Graves, *La historia de Eliseo y la sunamita*, Madrid, 1995.]

EMILIO POTENSE / *Aemilius Potensis* (s. II a.C.).— En el año 102 a.C. el templo de Júpiter en Roma fue alcanzado por un rayo cuando estaba cerrado. Según Obsequens[1], el harúspice Emilio Potense fue el primero en mostrar la fórmula de la expiación, obteniendo por ello una recompensa (*praemium*). El nombre del harúspice parece etrusco[2].

1. Obs., 44. / 2. Cf. «putinas»: *CIE*, 2166.

[Bibl.: C. O. Thulin, *Die etruskische Disziplin*, Darmstadt, 1968, IV, p. 154.]

EMPÉDOCLES DE AGRIGENTO / *Empedoklês* (483-423 a.C.).— Célebre filósofo y taumaturgo griego que se consideraba discípulo de Pitágoras y que, como éste, vestía un manto especial. Fue un demócrata ardiente que derribó una organización oligárquica llamada «Los Mil» y rehusó la monarquía en su ciudad natal[1].

En su actividad como «purificador» presenta analogías con la actividad mágico-religiosa desarrollada en este mismo sentido por figuras como *Epiménides o *Ábaris. Los tres casos conocidos son los siguientes:

a) Sabemos que actuó sobre los vientos en la ciudad de Agrigento (sólo citada por Clemente de Alejandría[2]) cuyos efectos malsanos eran causantes no sólo de la improductividad de la tierra[3] sino también de la esterilidad de las mujeres.

Sobre los medios utilizados por Empédocles para poner fin al proble-

ma no existe unanimidad. Según Timeo[4] hizo despellejar asnos y confeccionar con sus pieles odres que extendió sobre las alturas y las cimas de los montes para «recoger el viento» hasta que éste finalmente cesó. En relación con este remedio en el siglo I d.C. Columela[5] aún recomendaba en su *De Re Rustica* sacrificar un asno para mantener alejados los vientos nefastos y favorecer la fertilidad de los campos. No obstante, el sacrificio de los asnos constituye una característica del culto de Apolo Hiperbóreo (dios protector de las pestilencias, *loimoi*), muy difundido en la Magna Grecia y en Sicilia, y al que Empédocles parece haber estado especialmente vinculado.

Otras fuentes[6] aseguran, por el contrario, que Empédocles liberó a la ciudad de la esterilidad y la pestilencia obstruyendo las gargantas del monte desde el que soplaba el viento del sur hacia la llanura.

En realidad, Empédocles continúa aquí una vieja tradición griega, pues las fuentes citan a una familia (*genos*) de Corinto, los *Anemokoitai*, que calmaban los vientos[7]. Se trataría de una familia especializada en acciones mágicas para propiciar los vientos moderados y favorables en una zona, como Corinto, de intenso tráfico marítimo. Es posible que los *Eudanemoi* de Atenas tuvieran también idénticas funciones.

b) Se recuerda[8] que Empédocles hizo cesar con éxito las emanaciones malignas de un río próximo a la ciudad de Selinunte (Sicilia) que causaba muertes y abortos entre las mujeres. Para ello, mezcló sus aguas con las de otro río y las hizo desembocar en el mar, saneando así la zona costera selinuntina.

El saneamiento llevado a cabo por Empédocles es recordado en las monedas de Selinunte de mediados del siglo V a.C. En el anverso se representa a Apolo y Ártemis; aquél aparece desviando las flechas, símbolo de su lucha contra las miasmas pestilentes. En el reverso figuran, divinizados, los ríos de Selinunte (Selino e Ipsa) en el momento de hacer una libación sobre el altar de Asclepio mientras una grulla, símbolo de la infección proveniente del aguazal, se da a la fuga.

Laercio añade que, tras haber hecho cesar la pestilencia, Empédocles se apareció a los selinuntinos cuando éstos se hallaban banqueteando en las proximidades del río; al verle, se levantaron y le invocaron como a un dios.

c) Por último era famosa su salvación de una mujer que había yacido durante treinta días sin respiración y sin pulso[9].

Se le atribuyen, al menos, dos tratados en los que debió de dejar constancia de sus artes curadoras y taumatúrgicas: *Perì physeos* y *Katharmoí* (*katharmós* indica, en origen, el remedio mágico para llevar a cabo la purificación).

Su fin está envuelto en una mística oscuridad. Entre las diversas leyendas que circulaban sobre su muerte, la más conocida es la de su precipitación al cráter del Etna. Para unos (G. Panessa) Empédocles se aproximaba más a la figura de un *mantis* (adivino y sacerdote-purificador) del siglo VI a.C. Para otros (Dodds) era un chamán que unía en su figura las funciones indiferenciadas del mago y naturalista. Empédocles fue, en cierta forma, un precedente del *theios aner* popular (como *Apolonio de Tiana)[10].

1. Diog. Laert., VIII, 66 y 63. / 2. *Strom.*, 6, 30, 1. / 3. Timeo, *FGrH*, 556 F 30. / 4. *FGrH*, 556 F 30. / 5. X, 331 ss. / 6. Plut., *Mor.*, 1126B. / 7. Suda, s.v. «Anemokoitai»; Eusthat., *ad Od.*, X, 22. / 8. Diog. Laert., VIII, 70. / 9. Diog. Laert., VIII, 75. / 10. Diog. Laert., VIII, 51-77.

[Bibl.: J. Zaphiropoulo, *Empédocle d'Agriegente*, Paris, 1953; J. Brun, *Empédocle, ou le philosophe de l'amour et de la haine*, Paris, 1966; D. Fausti, «Su alcuni

problemi empedoclei»: *ASNP* (s. III), 10 (1980), pp. 363 ss.; B. Inwood, *The Poem of Empedocles*, Toronto, 1992]

ENAREOS / *Enarées*.— Según Heródoto[1] son hermafroditas o andróginos (el término, quizá escita, parece equivalente del griego *androgynoi*) que en Escitia pretendían haber recibido sus dotes proféticas de la diosa Afrodita. Para sus pronósticos se valían de una membrana extraída de la corteza interior del tilo: una vez que la dividían en tres partes, enroscándolas en sus propios dedos y soltándolas, emitían sus vaticinios.

Según el historiador griego, si el rey de los escitas caía enfermo eran llamados tres de los enareos para que dieran a conocer, siempre mediante el citado procedimiento, el desarrollo de la enfermedad.

1. IV, 67.

ENEAS / *Ainéas* (s. V a.C.).— Adivino (*mantis*) perteneciente a la rama arcádica de la familia de los *Yámidas. Pariente de *Agesias, encargó al poeta Píndaro la célebre sexta olímpica en honor suyo. Éste, a su vez, exhorta[1] a Eneas a cantar a Hera Partenia durante la fiesta en honor de Agesias celebrada en la ciudad de Estínfalo. De su actividad como adivino no sabemos nada.

1. *Ol.*, VI, 88.

ÉNNOMO / *Énnomos*.— Adivino (*mantis*) citado por Homero en la *Ilíada*[1]. Jefe de los misios, pese a su conocimiento de las técnicas augurales no fue capaz de evitar su propia muerte a manos de Aquiles.

1. II, 858; XVII, 218.

EPÉBOLO / *Epébolos* (s. VIII a.C.).— Adivino griego (*mantis*) originario de Mesenia. Vivió en época de la «primera guerra mesenia», es decir, en la segunda mitad del siglo VIII a.C.[1]; la cronología del personaje y el silencio de las fuentes impiden disipar las dudas sobre su historicidad.

Durante la guerra entre Esparta y Mesenia, los mesenios decidieron retirarse al monte Itome, un lugar fuerte y de difícil acceso que les permitió resistir ante los espartanos mucho tiempo. Desde allí enviaron a Tisis, considerado como el más sabio adivino[2], a consultar el oráculo de Delfos. Cuando regresaba del santuario fue capturado por los espartanos; el adivino se resistió y fue herido, oyéndose de repente un grito desde lo alto: «Deja al portador del oráculo»[3].

Salvado milagrosamente, Tisis huyó a Itome y refirió el oráculo al rey poco antes de morir de sus heridas. El oráculo délfico, dado a conocer a los mesenios, decía así:

Una doncella intacta de la sangre de los Epítidas / sacada a la suerte, a los dioses infernales / sacrificad en nocturnos sacrificios. / Si os faltara, de otro padre / sacrificadla si la da a la muerte espontáneamente (Paus., 4, 9, 3).

Inmediatamente se sortearon todas las muchachas de los Epítidas, siendo elegida la hija de Licisco. Es entonces cuando interviene el adivino Epébolo para anunciar que no se la debía sacrificar pues no era hija de Licisco ni, como se creía, la había dado a luz la mujer de éste. Mientras Epébolo hablaba en estos términos, Licisco escapó con la muchacha pasándose al bando espartano[4].

Aristodemo, también de la familia de los Epítidas, cedió entonces voluntariamente a su hija para ser sacrificada. Pero un mesenio que amaba a la joven denunció públicamente que se había unido a ella y que estaba emba-

razada de él. Loco de rabia, Aristodemo mató a su hija y después abrió su vientre demostrando así que no llevaba nada en sus entrañas.

De nuevo intervino Epébolo pidiendo que algún otro ciudadano entregase a su hija, pues la de Aristodemo había sido muerta pero no ofrecida a los dioses como la *pitia había ordenado. Al oír al adivino, los mesenios quisieron matar al amante de la muchacha, responsable de dificultar la salvación de la ciudad[5]. El rey Eufaes logró, no obstante, convencer a su pueblo de que, muerta la muchacha, el oráculo estaba obedecido y bastaba lo hecho por Aristodemo.

La última intervención conocida de Epébolo tuvo lugar algún tiempo después, cuando, muerto el rey mesenio sin haber tenido hijos, compitieron por el trono Aristodemo, Cleonis y Damis. El parecer de los dos adivinos, Epébolo y *Ofioneo, fue contrario a que la dignidad real recayese en un Epítida, maldito, sobre el que pesaba la muerte de su hija. Sin embargo, Aristodemo fue elegido rey.

1. Paus., IV, 9, 5. / 2. Paus., IV, 9, 3. / 3. Paus., IV, 9, 3. / 4. Paus., IV, 9, 5. / 5. Paus., IV, 9, 8-9.

EPERASTO / *Epérastos* (s. I-II d.C.?).— Adivino (*mantis*) perteneciente a la rama elea de la familia de los *Clítidas (Klytiadas), hijo de Teógono. Obtuvo una victoria en los Juegos Olímpicos (en la carrera con armas). Pausanias[1] vio su estatua en Olimpia con esta inscripción:

De la raza de los Clítidas de lengua sagrada me glorío de ser adivino, de la sangre de los Melampódidas iguales a los dioses.

A juzgar por el contenido de la inscripción, Eperasto no parece haber vivido antes de Alejandro Magno; algunos autores (W. Hyde) le consideran incluso de comienzos del Imperio.

1. VI, 17, 6.

EPÍGENES / *Epigénes* (s. II a.C.).— Astrólogo bizantino. Según ciertas fuentes[1] estudió directamente con los astrólogos babilonios. Algunos autores modernos (Bouché-Leclercq) le consideran un discípulo de *Beroso, mientras otros (Rehm) rebajan la cronología haciéndole contemporáneo de *Apolonio de Mindos. Tanto Posidonio como Varrón lo utilizaron como fuente.

Según Plinio[2], Epígenes sostenía que el hombre no podía vivir más allá de los 112 años[3], mientras que otros astrólogos como Beroso y *Nequepso-Petosiris aumentaban ligeramente la esperanza de vida. La influencia de los astros en la duración de la vida del hombre era entonces una extendida creencia astrológica.

Plinio nos dice también[4] que, según Epígenes, al que califica de *gravis auctor*, existían entre los babilonios ladrillos cocidos con observaciones astronómicas incisas que remontaban a 720.000 años antes de su época.

Séneca[5] nos ha transmitido algunas enseñanzas de Epígenes sobre los cometas. Otras observaciones de Epígenes se referían al momento del nacimiento; así, afirmaba que la mujer podía alumbrar en el séptimo mes de su gestación[6].

1. Sen., *NQ*, VII, 4, 1. / 2. *NH*, VII, 160. / 3. Fr. 33 Schnabel. / 4. VII, 193. / 5. *NQ*, VII, 4-10. / 6. Cens., *De die natali*, 7, 5, 6.

[Bibl.: Fragmentos: *CCAG*, IV, 150 ss. y VIII, 2, 117 ss. Estudios: A. Rehm, «Epigenes»: *RE*, VI, 1 (1907), cols. 65-66.]

EPIMÉNIDES / *Epimenídes* (s. VI a.C.?).— Taumaturgo y adivino (cres-

mólogo) cretense, probablemente histórico, aunque presentado por las fuentes con muchos elementos biográficos legendarios. Ante todo debió de ser un purificador de almas y de objetos inanimados. El prestigio de los *kathartaí* cretenses en época arcaica griega está atestiguado por figuras como las de Carmánor, que purificó a Apolo después de matar a la serpiente Pitón[1], o por la de *Taletas, que liberó a Esparta de una peste en el siglo VII a.C.

Como adivino, según Aristóteles[2], no pronosticaba las cosas futuras, sino los hechos pasados que habían quedado ocultos. Pese a ello, en una ocasión[3], fijando la vista sobre el puerto de Muniquia, mucho más tarde guarnición macedonia, advirtió a los atenienses:

¡Qué ciego es el hombre para lo futuro! con los dientes desharían los atenienses este rincón, si previeran cuántas pesadumbres les ha de costar (Plut., *Sol.*, 12, 10).

También predijo la derrota de los espartanos en la batalla de Orcómena[4].

Se decía[5] que era hijo de una ninfa (Blasta) y de un mortal (Bolos o Dosiades o Agesarco); aunque no consta que recibiese la inspiración de las ninfas, éstas debieron de transmitir a Epiménides su capacidad adivinatoria tras su famoso sueño de 57 años en una gruta[6], durante el cual tuvo contacto con los dioses, la Verdad y la Justicia[7]. Según Teopompo, cuando despertó, Epiménides decidió consagrar la gruta a las ninfas pero una voz del cielo le ordenó que lo hiciera a Zeus.

El escritor helenístico Demetrio de Magnesia afirma que Epiménides recibía la comida de las ninfas y que la guardaba en la pezuña de un buey de donde la iba tomando poco a poco, por lo que no necesitaba excrementar[8]. De esta forma se nos presenta también como un asceta, al estilo de *Ábaris.

La revelación profética de Epiménides no parece, pues, deber nada a Apolo, que quizá originariamente —como le sucedía a las *sibilas— era hostil a él. Se conserva incluso una polémica entre Epiménides y el oráculo de Delfos, ya que aquél refutó el mito del *ómphalos* u «ombligo de la tierra», negando validez a la leyenda de las aves que Zeus echó a volar en los confines de la tierra para determinar como centro del mismo el punto en el que ambas se encontraran. Para su refutación se valió del siguiente oráculo:

Pues no existió un ombligo, centro de la tierra ni del mar. Si alguno existe, es evidente a los dioses, pero invisible a los hombres (Plut., *Mor.*, 409e).

Algunos autores (Huxley) creen probable que un fragmento atribuido a Epiménides en el que se insulta a los cretenses («¡Cretenses, siempre mentirosos, malas bestias, vientres perezosos!»[9]) forme parte, en realidad, de una respuesta délfica a dicho ataque.

En cualquier caso, su método adivinatorio parece estar, pues, más acorde con el de las ninfas o el de las propias sibilas.

Pero la religión apolínea acabó por valerse de él. Durante una peste el oráculo de Delfos señaló a los atenienses la necesidad de purificar la ciudad, por lo que éstos enviaron a Nicias con la misión de traer consigo a Epiménides (el nombre de Nicias ha hecho pensar que la noticia sea una elaboración del siglo V a.C.). El adivino hizo soltar desde el Areópago algunas ovejas, blancas y negras, permitiéndoselas que tomasen la dirección que quisieran, pero allí donde se detuvieron ordenó que fuesen sacrificadas al dios más próximo. La peste cesó entonces.

Otra tradición asegura que la causa de la llamada no fue la peste sino la mancha de los atenienses tras la masacre impía de los seguidores del tira-

no Cilón, refugiados en la Acrópolis de la ciudad (612 a.C.). Epiménides expió la ciudad sacrificando a dos jóvenes, Cratino y Ctesibio; la purificación se data en 596/593 a.C. Por estas fechas, según Plutarco, Epiménides entabló amistad con Solón, a quien abriría el camino de su legislación: con sus reformas hizo los funerales atenienses más moderados y suprimió los ritos «agrestes y bárbaros» a que en estas ocasiones estaban acostumbradas muchas mujeres.

Platón[10] pone en boca del cretense Clinias la noticia de que Epiménides llegó a Atenas diez años antes de las guerras médicas; viendo Epiménides entonces el miedo de sus habitantes a la expedición de los persas, dijo que éstos no vendrían antes de diez años y que cuando llegaran no lograrían nada de lo que se habían propuesto, recibiendo mayores daños de los que infligiesen a los griegos.

Sobre la fecha de la presencia de Epiménides en Atenas existen por tanto notables discrepancias, pues si bien Platón la sitúa, como hemos visto, en torno al año 500 a.C., Aristóteles la retrasa hasta el 612 y la Suda al 604/601. Algunos autores antiguos, como Jenófanes, quisieron explicar estas diferencias cronológicas asegurando la excepcional duración de su vida: 157 años. Hoy se cree (Bernabé Pajares) que Platón no está en lo cierto y que la figura de Epiménides debe situarse hacia el 600 a.C.

Probablemente Epiménides fue introductor del culto apolíneo en Atenas, hasta entonces reservado a las familias aristocráticas (Bouché-Leclercq). Desde luego, autores tardíos como Jámblico no dudaban ya en identificar el nombre de Epiménides con los oráculos de Apolo[11].

Según dice Diógenes Laercio[12], concluida la misión de Epiménides, los atenienses quisieron pagarle, pero el adivino no consintió aceptar presentes (tan sólo un ramo del olivo sagrado); un tratado de amistad entre Atenas y Cnosos culminaría su actuación. Después regresó a Creta, donde murió, siendo su cuerpo trasladado más tarde a Esparta siguiendo las recomendaciones de un oráculo[13].

Otro rasgo peculiar de su leyenda es que después de su muerte se observó que su cuerpo estaba cubierto de tatuajes[14], marcas que, siguiendo una costumbre, se imponía a los servidores de los dioses en diversos pueblos bárbaros vecinos de Grecia.

Como en el caso de *Zalmoxis, la figura de Epiménides ha sido interpretada por la historiografía moderna a la luz de la apertura de Grecia, en el siglo VII a.C., al comercio del mar Negro, que introdujo a los griegos por vez primera ante una cultura fundada en el chamanismo y enriqueció con nuevos rasgos la figura del *theios aner*.

Textos tardíos datados en el siglo III d.C., pero siguiendo fuentes anteriores, aseguran que Pitágoras fue iniciado por Epiménides en el antro del Ida, donde permaneció «tres veces nueve días» vestido con lana negra.

No sabemos si Epiménides llegó a escribir algo pero son muchos los tratados que se le atribuyen, casi todos ellos falsos. Ante todo unos *Oráculos* redactados por algún imitador en época helenística (M. L. West), que circularon de la misma forma que los oráculos de la *Sibila. También epopeyas teogónicas y heroicas (5.000 versos sobre el nacimiento de los Curetes y los Coribantes y 6.500 sobre la construcción de la nave Argos y el viaje de Jasón a la Cólquide) llevan su nombre.

A Epiménides se le atribuyeron, de igual forma, algunas obras en prosa como, por ejemplo, una *Constitución política de Creta*, otra sobre Minos y Radamantis, un tratado sobre los sacrificios y otro sobre los misterios. Diógenes Laercio y la Suda han con-

servado, desordenadamente, la mayor parte de los fragmentos.

1. Paus., II, 30, 3; X, 7, 2. / 2. *Retórica*, 1418a, 21. / 3. Plut., *Sol.*, 12, 10. / 4. Diog. Laert., I, 10, 11. / 5. Plut.. *Sol.*, 12, 7- / 6. Diog. Laert., I, 109 ss.; Val. Max., VII, 13; Plin., *NH*, VII, 52, 175. / 7. Max. Tiro, 10. / 8. Diog. Laert., I, 110. / 9. Pablo, *Ad. Tit.*, 4, I, 12. / 10. *Leyes*, 642d. / 11. *Vit. Pyth.*, 32, 222. / 12. I, 111. / 13. Diog. Laert., I, 115. / 14. Suidas, s.v. «Epiménides».

[Bibl: Fragmentos: H. Diels, *Über Epimenides von Kreta*, Berlin, 1891; A. Bernabé Pajares, *Fragmentos de épica griega arcaica*, Madrid, 1979, pp. 328-343. Estudios: H. Demoulin, *Epiménide de Crète*, Bruxelles, 1901; C. Latte, «Epimenides»: *RE*, VI, 1 (1912), cols. 173-178; C. García Gual, *Los siete sabios de Grecia y tres más*, Madrid, 1989, pp. 159-181.]

ÉSACO / *Aísakos*.— Adivino (*onirókrítēs*) troyano. Hijo de Príamo y Arisbe había sido instruido por su abuelo *Mérope en el arte de interpretar los sueños. Su nombre deriva de la varita de los hechiceros y magos, *aisakos*.

Cuando Hécuba, poco antes de dar a luz a Paris, soñó que paría una antorcha encendida que se extendía por toda la ciudad y la quemaba, Ésaco, consultado sobre su significado, predijo que el niño (Paris) habría de causar la ruina de su patria y aconsejó que se le abandonara, como así se hizo[1].

Ésaco odiaba las ciudades y, lejos del esplendor del palacio, habitaba los montes y campos apartados. Persiguiendo por ellos a la ninfa Esperie, de la que estaba enamorado, vio cómo ésta, en su huida, era mordida por una serpiente; él, sintiéndose culpable por haberla acosado, se arrojó al mar. Compadecida, la diosa Tetis lo transformó en un somormujo[2].

1. Apolod., *Bibl.*, III, 12, 5; Licofr., *Alex.*, 224; *Schol. Lyc.*, 224. / 2. Ov., *Met.*, XI, 763; Tzet., *ad Licofr.*, Alex., 224; Serv., *ad Aen.*, IV, 254; V, 128.

ESCRIBONIO / *Scribonius* (s. I d.C.).— Astrólogo, quizá liberto de los Libones, que en el año 42 a.C. predijo a Livia, tras haber dado a luz a su hijo, el futuro emperador Tiberio, que «llegaría un día en que sería rey, pero sin los atributos de la realeza».

1. Suet., *Tib.*, 14, 3.

ESPIRIDÓN / *Spyridon* (s. III-IV d.C.).— Obispo chipriota (nacido en la ciudad de *Trimithus*) al que se le atribuyeron varios milagros más propios del «folklore pagano» que de la literatura cristiana hagiográfica (F. Thelamon). Es citado ya por Atanasio[1] en el 348 pero sabemos de él sobre todo por Rufino de Aquileya, quien —junto a *Pafnucio— le cita entre los Padres del Concilio de Nicea (325) presentándolo como un hombre excepcional comparable a los Profetas.

De los numerosos *gesta mirabilia* protagonizados por Espiridón, Rufino destaca dos. El primero[2] tuvo lugar cuando, pese a ser ya obispo, seguía trabajando como pastor de ovejas. Durante la noche unos ladrones quisieron robar su rebaño; pero, de repente, quedaron inmovilizados «por una especie de lazos invisibles». Cuando a la mañana siguiente llegó Espiridón, los vio colgados del redil, encadenados sin lazos de origen humano; tras reprocharles su conducta, los «desligó» de sus ataduras invisibles y les entregó a cada uno una oveja diciéndoles que más les hubiese valido obtenerlas mediante la plegaria que mediante el robo.

El obispo cristiano recurre, pues, a una de las técnicas mágicas más comunes: el rito de la *defixio* (en griego *katádesmos*), por el cual se podía ligar o fijar a un rival (o enemigo) o atraer sobre él el castigo divino. La inmovilización de los culpables era signo de una intervención divina directa y en ella creían tanto paganos como cristianos.

Así, por ejemplo, las vírgenes vestales podían retener, mediante la plegaria, a los esclavos fugitivos que aún no habían abandonado Roma[3]. De igual forma, la *Historia monachorum*[4] narra un milagro parecido al de Espiridón obrado en este caso por el monje Theón.

El segundo *factum mirabile* relatado por Rufino es aún más espectacular, pues trata de demostrar que Espiridón podía franquear los límites de la condición humana entrando en contacto con el más allá mediante la evocación de un muerto. Muerta Irene, la hija del obispo, se presenta un hombre para reclamar una suma de dinero (o un brazalete de oro, según otras fuentes) que en el pasado había confiado a la muchacha. Se buscó por toda la casa, pero sin éxito. Conmovido por las lágrimas del hombre, Espiridón se acercó hasta la tumba de su hija; tras llamarla por su nombre, con voz fuerte, mantuvo con ella el siguiente diálogo:

— *¿Qué quieres, padre?*
— *¿Dónde has puesto el depósito que se te reclama?*
— *Allí lo encontrarás enterrado* (Rufin., *HE*, I, 5).

Siguiendo las indicaciones que su hija le había dado desde la tumba, Espiridón halló el dinero, que entregó a su dueño.

El tema de la evocación de los muertos es, en origen, pagano. Ya Heródoto[5] cuenta cómo Periandro, el tirano de Corinto, evocó la sombra de Melissa, su mujer muerta, para poder hallar un depósito reclamado por un extranjero cuya localización ignoraba. La *Odisea*[6] y la *Ilíada*[7] ofrecen también casos parecidos de necromancia. La creencia de que los muertos poseían un conocimiento de carácter adivinatorio estaba muy extendida en la Antigüedad greco-latina.

No obstante, en este caso, Espiridón se aparta de la necromancia tradicional, pues es únicamente su *vox* la que opera el milagro del diálogo y no las técnicas mágicas que son propias.

Espiridón debió de morir en el año 343. Una *Vita* del santo escrita en versos yámbicos a fines del siglo V por Leoncio de Neápolis se ha perdido. Se conserva un *Panegírico* del obispo Teodoro de Pafos leído en 655 ante una reunión de obispos en el que se enumeran diecisiete milagros hechos por Espiridón, entre ellos la resurrección de Irene.

1. *Apologia secunda contra Arianos*, 50, 2. / 2. Rufino, *HE*, I, 5. / 3. Plin., *NH*, XXVIII, 2. / 4. 6, 2-3. / 5. V, 92. / 6. XI, 90-135. / 7. VI, 679-891.

[Bibl.: P. Van den Ven, *La légende de S. Spyridon, évêque de Trimithonte*, Louvain, 1953; F. Thelamon, *Païens et chrétiens au IV siècle. L'apport de l'«Histoire ecclésiastique» de Rufin d'Aquilée*, Paris, 1981.]

ESPURINA / *Spurinna* (s. I a.C.).— Harúspice de César. Pertenecía a la *gens* etrusca de los *spurina*, conocida por algunos epígrafes latinos de comienzos del Imperio romano descubiertos en las proximidades del Ara della Regina en la ciudad de Tarquinia.

Probablemente fue Espurina el *summus haruspex* que intentó disuadir a César en el 46 a.C. de no viajar a África antes del solsticio de invierno[1]. César desobedeció al adivino y ganó la campaña.

Su nombre se ha hecho famoso, sobre todo, por advertir a César, en los idus de marzo del 44 a.C., de un peligro, cuando tras sacrificar un magnífico buey no encontró entre sus vísceras el corazón (según otros autores le faltaba la parte superior del hígado[2]): «Este signo tiene algo que ver con tu vida y con tu prudencia, porque ambas tienen su asiento en el corazón»[3]. César, desoyendo sus advertencias, fue asesinado.

Apiano[4] es quien relata la reacción de César de forma más pormenorizada: el dictador se burló primero del harúspice recordándole que algo parecido le había sucedido ya en Hispania; el adivino le respondió que ya en aquella ocasión había estado en peligro, pero que ahora el presagio era mucho más seguro. César, cediendo, sacrificó nuevamente sin que las víctimas diesen mejores signos. Finalmente, molesto con los sacerdotes por hacerle demorar sus asuntos, penetró en el interior de la Curia, donde fue asesinado. La noticia es corroborada por otras fuentes[5].

Sin embargo, es posible que Espurina hubiese advertido a César de su trágico final con alguna anterioridad. Valerio Máximo[6] señala que el harúspice le advirtió (no nos dice cuándo) de que se guardara de los «treinta días próximos», de los que el último coincidiría con los Idus de marzo, porque iban a ser fatales. Plutarco también recoge esta profecía[7], pero sin citar a Espurina, añadiendo que cuando llegó la fecha anunciada, César saludó al harúspice, en tono de burla, recordándole que ya habían llegado los Idus de marzo, a lo que el harúspice respondió: «Han llegado, sí, pero no han pasado»[8].

César, quizá para recompesar sus servicios, le había hecho ingresar en el Senado, lo que Cicerón[9] reprobó.

1. *De div.*, II, 52. / 2. *BC*, II, 16, 116. / 3. Val. Max., I, 6, 13; cf. Cic., *De div.*, I, 119. / 4. *BC*, II, 116; II, 153. / 5. Suet., *Iul.*, 81, / 6. VIII, 11, 2. / 7. *Caes.*, 63, 3. / 8. App., *BC*, II, 153. / 9. *Ad Fam.*, 6, 18; IX, 24.

ESTÍLBIDES / *Stilbídes* (s. V a.C.).— Adivino griego (*mantis*), quizá de origen ateniense, colaborador habitual de Nicias. Murió durante las operaciones de la expedición ateniense en Sicilia, poco antes de que tuviera lugar el eclipse de luna del 413 a.C.

En efecto, el 27 de agosto del año 413 a.C., cuando el ejército ateniense se disponía a abandonar Siracusa, tuvo lugar un eclipse de luna. La mayoría de los atenienses, llenos de terror, pidieron que los generales aplazaran la marcha[1]. Nicias, «excesivamente dado a los presagios», prometió a los suyos que no tendría en cuenta la posibilidad de ponerse en marcha antes de que transcurrieran «tres veces nueve días» (es decir, un ciclo lunar), tal como los adivinos prescribían. Por esta razón los atenienses demoraron su partida y permanecieron en Sicilia, decisión que poco tiempo después la suerte de los combates demostraría ser fatal.

Plutarco[2] asegura que Nicias, un hombre bastante supersticioso, tenía presente los consejos del adivino *Diopites antes de la llegada de Estílbides.

Filocoro[3] cita a Estílbides también como afamado cresmólogo. En *La Paz* de Aristófanes[4], en el momento de encenderse la llama para el sacrificio en honor de la Paz, el adivino Trigeo se compara con Estílbides y dice: «El humo de las astillas incomoda a Estílbides»; el comediógrafo hace un juego de palabras con la etimología del nombre, que significa «lucir», «brillar» (*stílbein*).

1. VII, 50, 4. / 2. *Nic.*, 4. / 3. *FGrH.*, 328 F 135a y 135b. / 4. *Pax.*, 1031.

[Bibl.: Fiehn, «Stilbides»: *RE*, III, A, 2 (1929), col. 2522.]

EUCLIDES / *Eykleídes* (s. V a.C.).— Adivino originario de Fliunte que formó parte (con *Basias de Elis) del contingente de mercenarios griegos (conocido como Los Diez Mil) al servicio del ejército persa de Ciro (401 a.C.). Su padre, Cleágoras, al decir de Jenofonte[1], pintó *Los sueños* (quizá un cuadro alegórico) en el Liceo.

Euclides es citado como adivino e intérprete de sacrificios tanto por Je-

nofonte como por Eliano[2]. Fracasada la expedición, solos, traicionados por el aliado persa, sin dinero ni medios para adquirir vituallas, tuvo lugar, en Lámpsaco, un encuentro entre el adivino y Jenofonte (el célebre historiador, autor de la *Anábasis*, que dirigía entonces la retirada de los griegos, de quienes acabó siendo el jefe principal). Preguntado Jenofonte por el adivino cuánto dinero llevaba, le contestó bajo juramento que ni siquiera tenía medios suficientes para llegar a Atenas, lo que Euclides no creyó. Una vez que los habitantes de Lámpsaco entregaron unos presentes de hospitalidad a Jenofonte, éste ofreció sacrificios a Apolo, situando a su lado a Euclides. Cuando éste vio las entrañas dijo que estaba convencido de que, efectivamente, no tenía dinero, añadiendo:

Pero sé que, aunque algún día lo tendrás, se te presentará un obstáculo, si no es otro, tú mismo (Jenof., *Anab.*, VII, 8, 3).

Finalmente el adivino le aclaró que su obstáculo era Zeus Miliqueo (*Meilichios*: «acogedor de sacrificios expiatorios»); preguntado sobre si ya le había ofrecido sacrificios, Jenofonte contestó negativamente.

Al día siguiente, en Ofrinio, Jenofonte realizó sacrificios y quemó unos lechones según la costumbre paterna, resultando favorables las entrañas de las víctimas. Poco después, Bión y Nausiclides se presentaban ante Jenofonte para dar dinero al ejército con el que poder reanudar el camino de regreso.

1. *Anab.*, VII, 8, 1. / 2. *HA*, VIII, 5.

EUCLO / *Eûklos* (s. VI a.C.?).— Adivino semilegendario, originario de Chipre, ligado probablemente a la familia sacerdotal de los *Cíniras. Las fuentes[1] le consideran anterior a Homero, ya que profetizó su nacimiento en estos versos:

Entonces en la marítima Chipre habrá un gran cantor / a quien Temistó, divina entre las mujeres, parirá en el campo / lejos de la rica Salamina, y él será glorioso. / Dejará Chipre y será llevado por las olas a cantar el / primero las desgracias de la ancha Grecia / y será inmortal y siempre joven por todos los tiempos (Pausan., X, 24, 3).

También se creía que Euclo era anterior al mítico *Bacis, ya que fue aquél quien por primera vez profetizó las guerras médicas[2]. Las profecías de Euclo circulaban, con las de *Bacis y *Museo, después de los acontecimientos que presumían haber anunciado. A Euclo se le representaba a veces profetizando sobre un trípode, a la manera de las *pitias[3].

1. Pausan., X, 24. / 2. X, 14, 6. / 3. *Hesych.*, s.v. «Empyribétes».

EUDEMO / *Eúdemos* (s. IV a.C.?).— Farmacopola («vendedor de drogas») citado por Teofrasto[1]. Gozaba de mucha reputación en su oficio. Trató de demostrar que cuando los hombres estaban acostumbrados a las drogas no sentían sus efectos. Apostando que no sentiría ningún efecto antes de la puesta de sol, ingirió una moderada cantidad de droga.

Teofrasto[2] recuerda un caso análogo: el de Eudemo de Quíos, farmacopola distinto del anterior, que bebía heléboro sin llegar nunca a notar sus efectos purgantes. En cierta ocasión bebió más de veintidós tragos en el ágora y no se levantó de allí hasta la llegada de la tarde. Finalmente, regresó a casa, se bañó y cenó como de costumbre y no vomitó. Pero, según Teofrasto,

este Eudemo resistió porque se proveyó con antelación de un antídoto: a partir de la séptima dosis bebía un trago de vinagre fuerte espolvoreado con piedra pómez, y después otro sorbo de vino con los mismos ingredientes. Aseguraba Eudemo de Quíos que la piedra pómez era tan poderosa que, si se echaba en una tinaja de vino en fermentación, éste deja de cocer en el momento gracias a la virtud desecadora de la piedra. Con este antídoto Eudemo resistía los efectos del heléboro, pese a tomarlo en grandes dosis.

1. *HP*, IX, 17, 2. / 2. *HP*, IX, 17, 3.

EUFRÁNTIDES / *Eyphrantídes* (s. V a.C.).— Plutarco[1], siguiendo a Fainias de Eresos, constituye nuestra fuente principal sobre este adivino griego, originario de Atenas o de alguna ciudad de Asia Menor y colaborador de Temístocles en vísperas de la batalla de Salamina frente a los persas (480 a.C.).

Cuando Temístocles ofrecía un sacrificio en la trirreme de mando le fueron llevados ante él tres prisioneros de magnífica presencia, vestidos con ropas costosas y adornados con oro, que decían ser hijos de Artayktos y de Sandaucé, hermana del rey persa. En el preciso instante en que el adivino Eufrántides los vio, el fuego del sacrificio resplandeció con gran brillo y se produjo un estornudo que sonó a la derecha (presagio favorable entre los griegos). Eufrántides, tomando la mano de Temístocles, le recomendó dar muerte a los tres jóvenes, ofreciéndolos como víctimas en honor de Dioniso Omesta (*Omestés*, «crudívoro»), a quien aconsejaba dirigir plegarias; de esta forma —anunció— los griegos conseguirían a un mismo tiempo la salud y la victoria.

Temístocles se sorprendió del vaticinio pero, ante el deseo de los allí presentes, ordenó que el sacrificio fuera cumplido conforme a las instrucciones de Eufrántides. El relato, que contiene sin duda elementos fantásticos, puede encubrir, según algunos autores, la práctica de sacrificios humanos en vísperas de la batalla de Salamina.

1. *Tucid.*, 13; *Arist.*, 9.

[Bibl.: Kirchner, «Euphrantides»: *RE*, VI (1907), col. 1195.]

EUNÁCTOR / *Eynáktor* (s. IV d.C.?).— Adivino egipcio citado como colaborador del emperador Juliano (361-363 d.C.) por un tratado sirio pseudo-histórico compuesto entre los años 502/532 d.C.

[Bibl.: J. Richer, «Les Romains Syriaques (VIe et VIIe siècles)», en *L'empereur Julien, De l'histoire à la légende (331-1715)*, Paris, 1978, pp. 181 ss.]

EUNO / *Eunus* (s. II a.C.).— Esclavo originario de Apamea (Siria) que protagonizó una sublevación servil (135-132 a.C.) en Henna (Sicilia) al frente de 20.000 hombres.

Según Diodoro[1], pasaba por mago y era capaz de realizar milagros (*anthrópos mágos kaí teratourgòs*), fingiendo también recibir en sueños órdenes divinas (sobre todo de la diosa siria Atargatis) y predecir el futuro. Cuando profetizaba, echaba fuego de su boca, lo que producía gran asombro entre los presentes[2]; según el historiador griego, dicho efecto se debía a un truco (una nuez de azufre introducida disimuladamente en la boca). Durante el trance extático, sus cabellos estaban desordenados como los de una *sibila.

Euno, valiéndose de sus profecías, logró hacerse nombrar rey con el nombre de Antíoco, ciñéndose una diadema como símbolo político y dominan-

do la casi totalidad de la isla de Sicilia. Roma envió contra él, durante tres años, varios ejércitos hasta que en el 132 logró sofocar el movimiento y darle muerte[3]. Su movimiento tuvo repercusiones en Ática, Delos y Roma.

1. XXXIV/XXXV, 2, 5. / 2. Diod., XXXIV/XXXV, 2, 6-7. / 3. Flor., II, 7, 7; Oros., V, 6, 4.

EURICLES / *Eyryclês* (s. v a.C.).— Célebre «ventrílocuo» (*engastrimythos*) al que se atribuye la invención de este arte, aplicado con frecuencia a la necromancia; quienes lo practicaban recibieron el nombre de euríclidas (las mujeres el de euriclesas[1]). Unos y otros tenían en su interior una segunda voz que dialogaba con ellos[2] y predecía el futuro y de la que se creía que era la voz de un demonio; no eran, pues, ventrílocuos en el sentido moderno de la palabra: de una alusión de Plutarco[3] se desprende que a través de sus labios se oía la voz de un demonio, quizá una voz ronca del vientre. El ventrilocuismo suponía probablemente el trance del sujeto: en un tratado hipocrático[4] se compara la respiración ruidosa de un paciente con la de las mujeres llamadas *engastrimythoi*.

Euricles había convencido a los atenienses de que tenía en sus entrañas un genio parlante, permitiéndosele dar representaciones en el teatro[5]. Quizá su intención inicial no fue otra que burlarse del Genio de Sócrates (Bouché-Leclercq) pero, al ser tomada en serio su idea, quiso explotar su éxito. Aristófanes[6] dice que así como Apolo se metía «dentro de vientres ajenos» para dar a conocer sus profecías, él mismo utiliza el vientre de los actores para dar a conocer sus chistes.

Platón[7] cita a Euricles en uno de sus tratados: sostiene el filósofo que algunos hombres alojan en su seno al enemigo y al contradictor y esta voz que les gobierna desde el fondo de ellos mismos la llevan siempre consigo, como le sucedía al «extravagante» Euricles.

Más tarde los «genios», instalados en el cuerpo de los ventrílocuos —y por extensión los profetas mismos—, recibieron el nombre de «pitones» en honor al dragón *Python,* que pasaba por haber profetizado en Delfos[8]. Esta forma de adivinación encontró en la demonología pitagórica, platónica y cristiana un punto de apoyo, lo que aseguró a los ventrílocuos (o *engastrimythoi*) una considerable vigencia.

1. Plat., *Sophist.*, 252c. / 2. Plat., *Sophist.*, 252c. / 3. *De Def. Orac.*, 9, 414E. / 4. *Epid.*, V, 63 = VII, 28. / 5. Athen., *Deipnos.*, I, 35. / 6. *Vesp.*, 1017-1020. / 7. Plat., *Sophist.*, 252c. / 8. Plut., *De Def. Orac.*, 9.

EURIDAMANTE / *Eyrydámas*.— Intérprete de sueños citado una sola vez por Homero[1]. Probablemente pertenecía a alguna de las tribus aliadas de los troyanos, pues al frente de ellas vemos combatir a sus dos hijos: Abante y Poliido. El poeta señala que cuando éstos estaban a punto de marcharse para la guerra, el anciano Euridamente no logró interpretar sus sueños. Poco después eran muertos por Diomedes.

1. *Il.*, V, 149.

EUTIFRÓN / *Eythýphron* (s. v a.C.).— Adivino griego (*mantis*) originario del demo ático de Próspalta, que vivió en la segunda mitad del siglo v a.C.

Platón dio su nombre a uno de sus diálogos. En él, el sacerdote ateniense se ve obligado a acusar a su propio padre que por negligencia ha dejado morir a un asalariado; éste, a su vez, había asesinado a uno de los servidores de la casa. En el diálogo, Sócrates se extraña de que Eutifrón, llevado de su fanatismo religioso, considere que lo que hace es un acto piadoso; por su parte

el adivino tampoco logra entender que sus familiares se irriten con él por haber acusado a su padre. El episodio es, probablemente, histórico.

Pero es en otro diálogo platónico, *Crátilo*, donde uno de los interlocutores, Sócrates, hace alusión, siempre en un tono irónico, al estado de posesión de Eutifrón bajo el cual emitiría sus oráculos[1]. En este mismo diálogo[2] parece que Sócrates atribuye a Eutifrón alguna actividad en el estudio etimológico, pero carecemos de pruebas sobre el particular.

En suma, del testimonio de Platón se deduce que Eutifrón era un adivino inspirado y un experto en materia religiosa, puesto que pretendía poseer la ciencia de las cosas divinas y era capaz de interpretar la voluntad de los dioses.

1. *Crat.*, 399e, 407e, 409d. / 2. *Crat.*, 399e.

[Bibl.: Platón. *Diálogos*, I. *Crátilo*, Madrid, 1981, pp. 218-242.]

EVENIO / *Euénios* (s. VI a.C.).— En la figura de Evenio de Apolonia se mezclan elementos históricos y legendarios. Las fuentes griegas hacían de él un adivino (*mantikèn eiche*[1]) de la generación inmediatamente anterior a las guerras médicas.

En principio, Evenio no sólo no parece haber pertenecido a ninguna de las grandes familias de adivinos, sino que carecía incluso de dotes proféticas: se le arrancaron los ojos como condena por haber dejado que los lobos se llevaran una parte del ganado sagrado cuya custodia le había sido confiada; la rapidez con que fue ejecutada la sentencia impidió declarar a Evenio que su propósito era el de comprar y reponer las sesenta ovejas perdidas.

Pero tras el cruel castigo, el territorio de Apolonia, con sus campos y el ganado, se vió repentinamente asolado por una esterilidad general. Sus habitantes acudieron a consultar los oráculos de Dodona y Delfos para conocer la causa de tantas calamidades; los dioses respondieron que ésta no era otra que haber privado de la vista al guardián Evenio, advirtiendo también que debían de concederle la satisfación que exigiera por la injusticia que se había cometido con él. Finalmente los oráculos anunciaron que una vez satisfecha la indemnización, los dioses le harían un regalo a Evenio tan grande que muchos hombres le envidiarían.

Una embajada se entrevistó con Evenio para preguntarle por la recompensa que aceptaría de los apolonios en caso de que quisieran éstos satisfacerle por su error. Evenio, que nada sabía de los oráculos, declaró darse por satisfecho con las dos mejores tierras de Apolonia y una magnífica casa. Una vez satisfecha la indemnización, Evenio recibió de los dioses el don de la profecía por el que fue muy celebrado[2]. Dejó un hijo, *Deifono, también adivino.

1. Herod., IX, 94, 3. / 2. Herod., IX, 93-94. / 3. Herod., IX, 92, 2.

[Bibl.: R. Crahay, *La littérature oraculaire chez Herodote*, Paris, 1956, 82 ss.]

EZEQUIEL / *Yehezq'el* (s. VII-VI a.C.).— Profeta hebreo, hijo del sacerdote Buzí, autor del libro del Antiguo Testamento que lleva su nombre. Según la mayor parte de los especialistas (Albright), Ezequiel fue desterrado a Babilonia en el 598/597 a.C. (tras la victoriosa campaña contra Jerusalén de Nabucodonosor), donde debió ejercer su labor profética (hasta el 571 a.C., fecha de su última profecía[1]) y donde moriría (quizá asesinado). No obstante, otros investigadores (Herntrich) no descartan que Ezequiel ya predicara en Jerusalén antes del destierro. Incluso se considera que en esta ciudad fue dis-

cípulo de *Jeremías, quien ejerció una notable influencia sobre él, como se evidencia en su libro.

Su mensaje va dirigido sobre todo a los exiliados, aunque también le preocupa la situación de Judea y de Jerusalén, ciudad que «visitó» muchas veces en visiones extáticas[2].

Se ha discutido mucho la fecha del libro si bien parece que en lo esencial éste contiene el mensaje escrito del profeta. Generalmente (N. Fernández Marcos) suele dividirse en tres partes: *a*) 593-587 a.C., desde su llamada hasta la caída de Jerusalén: profecías de juicio con las que intenta que los deportados no hagan depender su fe en Yahveh de la existencia de Jerusalén y su templo; *b*) 586-585: anuncio de la salvación de los deportados si se convierten a Yahveh; *c*) de 585 en adelante: anuncio de profecías incondicionales de salvación y vaticinio del culto ideal del futuro.

Una extraña visión desencadena la vocación del profeta:

Y miré, y he aquí que un viento huracanado venía del Norte, una enorme nube con un fuego relampagueante y un fulgor en torno, y en medio de él como un brillo de electro [que salía] del medio del fuego. Del centro del mismo [emergía] la forma de cuatro seres cuyo aspecto era éste: tenía forma humana y cada uno poseía cuatro caras y cuatro alas cada uno de ellos. Sus piernas eran rectas y las plantas de sus pies, como la planta del pie de un ternero, y brillaban cual bronce bruñido. Por debajo de sus alas tenían manos de hombre a los cuatro lados, y los cuatro poseían rostros y alas. Sus alas se tocaban las unas a las otras; al marchar no se volvían, mas cada uno marchaba de frente. En cuanto a la forma de sus rostros era rostro de hombre y los cuatro poseían rostro de león a la derecha, rostro de toro a la izquierda los cuatro, y rostro de águila los cuatro... (Ez 1, 4-10).

Estos «cuatro vivientes», inspirados probablemente en la iconografía babilónica, sostienen el trono de Yahveh y son transportados en un carro (cuyas ruedas llevan innumerables ojos y que se dirige a las cuatro direcciones), símbolo de la omnisciencia y omnipresencia de Dios.

A continuación tiene lugar la visión[3] en la que Yahveh se dirige al profeta para definir su misión; a diferencia de lo sucedido a otros, guiados por una comunicación interior, cuando Ezequiel alzó la vista vio que una mano se hallaba extendida hacia él, en la cual había un rollo. Yahveh lo desplegó ante él: lo escrito, tanto en el anverso como en el reverso, eran lamentaciones y gemidos que parecen referirse a la destrucción del Templo y el reino de Judá.

Tras el relato de la llamada divina, el libro muestra en su primera parte a la comunidad judía deportada a Babilonia (en el 597). Ezequiel trata de hacer ver a los suyos que, en contra de lo que creen, no sólo tardarán en regresar a Jerusalén sino que la ciudad será asediada y destruida[4]. Para ello el profeta lleva a cabo una serie de acciones o gestos proféticos con los que pretende simbolizar dramáticamente el mensaje. En el primero de ellos representa, valiéndose de un ladrillo, el asedio de Jerusalén[5]. Siempre siguiendo la palabra de Yahveh, se acuesta inmóvil durante 190 días y luego durante otros 40 más: es el equivalente al número de años que durará el exilio de Israel y de Judá, respectivamente; durante estos meses, el profeta consume alimentos impuros, símbolo del «pan inmundo» que los hijos de Israel comerán durante el exilio[6].

En otra ocasión se afeitó con una navaja los cabellos y la barba (lo cual era un oprobio, signo de esclavitud)[7]; dos terceras partes de los pelos serían quemadas en medio de la ciudad cuando se hubiesen cumplido los días del

asedio (símbolo de los muchos judíos que serán exterminados); la otra, esparcida al viento (símbolo de la Diáspora).

En el capítulo 6 se recoge un anuncio de la devastación del reino de Israel y, en el siguiente, la inminencia de un trágico fin:

Tocarán la trompeta y estará todo presto, mas no habrá quien vaya al combate; porque mi cólera gravita sobre toda su multitud. La espada por fuera y el hambre y la peste por dentro: quien esté en el campo, con la espada morirá, y a quien esté en la ciudad, hambre y pestilencia lo han de devorar [...] Arrojarán su plata a las calles y su oro resultará basura; ni su plata ni su oro podrán salvarlos en el día del furor de Yahveh (Ez 7, 14-19).

Las amenazas se dirigen también contra los falsos profetas y profetisas[8]. Se recogen además sermones sobre la venganza divina y sobre la historia de Israel[9], lamentaciones y cantos de amenaza[10].

A partir del capítulo 25 encontramos una colección de oráculos contra naciones extranjeras (amonitas, moabitas, edomitas, filisteos, fenicios de Sidón y Tiro, egipcios), emitidos posiblemente tras la caída de Jerusalén. Ezequiel cree que Nabucodonosor era el instrumentro divino para castigar a estas potencias.

Del capítulo 33 al 48 el mensaje del profeta cambia; tras el saqueo de Jerusalén por el ejército de Nabucodonosor y la llegada a Babilonia de nuevos deportados del reino de Judá (586 a.C.), su doctrina es de esperanza; contiene promesas de salud dirigidas a Israel: restauración del reino y su pueblo y victoria definitiva sobre las potencias enemigas.

Así, la célebre la visión (37, 1-27), motivada por la desesperada situación de los exiliados, en la que el espíritu de Yahveh le traslada a una vega llena de huesos resecados (hijos de Israel y Judá) para ordenarle profetizar que Yahveh hará penetrar en ellos el espíritu divino que les permitirá revivir.

Por último[11] hace alusión a un enemigo de Israel, que vendrá contra él, pero que será destruido por los elementos que Yahveh le lanzará. Es Gog («tinieblas» en sumerio), rey de Magog, nombre simbólico que designa a la tierra hostil a Dios. Los intentos de identificar a Gog, venido del norte, con algún monarca de la época, no han culminado con éxito.

Los capítulos 40-48 que cierran el libro y que a juzgar por el estilo no pertenecen al profeta, anuncian el nuevo Templo y el nuevo culto de la comunidad restaurada.

1. Ez 29, 17. / 2. 8, 11, 40 ss. / 3. 2, 8-3, 3. / 4. 4 ss. / 5. 4, 1-6. / 6. 4, 13. / 7. 5. / 8. 12, 21-14, 11. / 9. 14, 12, 13, 18; 20. / 10. 19; 21, 1-10; 13-22; 24, 1-14. / 11. 38, 1-39, 20.

[Bibl.: P. Auvray, *Ézéchiel*, Paris, 1946; C. Westermann, *The Basic Forms of Prophetic Speech*, Philadelphia, 1967; J. Gerscha, *Studien zum Ezechielbuch*. Europäische Hochschulschriften 23/24, Bonn, 1974; B. Lang, *Kein Aufstand in Jerusalem: Die Politik des Propheten Ezechiel*, Stuttgart, 1981; L. Boadt, «Rhetorical Strategies in Ezekiel's Oracles of Judgment»: *BETL*, 74 (1986), pp. 182-200.]

F

FAÉNIDE / *Phaennís* (s. III a.C.).— Profetisa, citada por Pausanias en dos ocasiones. Primeramente[1] nos dice que era hija del rey de los caones (habitantes de una parte del Épiro), nacida a comienzos del reinado de Antíoco I poco después de la captura de Demetrio I Poliorcetes, es decir, hacia el 281-280 a.C.

Añade después Pausanias[2] que Faenó profetizó, una generación antes de que tuviera lugar la invasión de Asia Menor por los gálatas (en 277 a.C.), que esta región sería rechazada por el rey de Pérgamo Atalo II; el oráculo transmitido por Pausanias es el siguiente:

Entonces atravesando el estrecho paso del Helesponto / se enorgullecerá el terrible ejército de los gálatas que sin ley / destruirá Asia, pues un dios tramará desgracias / para todos los que habitan del mar / en la orilla. Pero pronto el Crónida les suscitará / un valedor, hijo querido de un toro divino, / que procurará todos los gálatas un funesto día (X, 15, 3).

El oráculo, evidentemente *post eventum*, alude al rey de Pérgamo Atalo («hijo de un toro»).

Más tarde —finales del siglo V, comienzos del VI d.C.— es el historiador griego Zósimo quien atribuye a Faenó otro oráculo dado «cuando entraba en trance»[3]. Dicho oráculo, según nos dice, ya había sido seguido e interpretado por Nicomedes II, rey de Bitinia, hijo de Prusias II, quien llegó al poder después de haber luchado contra su padre y haberle dado muerte, hacia el 150 a.C., gracias a la alianza con Atalo II de Pérgamo, cuyo consejo parece seguir. Dice así:

La ciudad dejarás, rey de los tracios, y entre reses / gran león, de uñas curvas, terrible, criarás, / que un día los tesoros habrá de arrebatar del suelo patrio / y hará suya esta tierra sin esfuerzo. Y digo que tú no / te has de ufanar por mucho con honores de cetro, / mas del trono caerás, pues a un lado y al otro tienes perros. / A un lobo dormido, de uñas curvas, terrible, pondrás en movimiento. / Y uncirá, aun a quien no lo quiera, penoso yugo al cuello. / Entonces, sí, lobos habitarán la tierra de bitinios / por designio de Zeus. Y pronto el imperio va a tocar / a los hombres que pueblan el suelo de Bizante. / Tres veces feliz Helesponto, por dioses fabricados muros de hombres, / [...] por divinos dictados / a quien de espanto un lobo

colmará, un lobo de desdicha, en razón de imperioso destino. / Así, a los que de mí saben porque habitan mi templo / no ocultaré por más del padre los proyectos, sino que mostraré / de inmortal vaticinio a los mortales el certero cantar (Zos., II, 37).

Pero Zósimo no está en lo cierto, pues, en realidad, el oráculo se refiere a Nicomedes I, rey de Bitinia, quien sucedió hacia el 280 a.C. a su padre Prusias II; en el 277 tomó a su servicio a los gálatas, probablemente sintiendo la amenaza de Antíoco I. Los filólogos consideran que en el oráculo transmitido por Zósimo existen algunas interpolaciones: los catorce primeros versos constituyen un oráculo dado a Nicomedes I tras acoger a los gálatas en Asia y aliarse con ellos; los siete últimos son dirigidos por Apolo a los habitantes de Bizancio para que se guarden de los gálatas.

Algunos autores (Kaegi, Paschoud) creen, sin embargo, que el oráculo es una invención pagana para anunciar la futura prosperidad de Constantinopla, dentro de un contexto pagano y, por tanto, un arma contra los cristianos, que creían que la fortuna de la ciudad se debía a la protección divina.

Paschoud nos aclara algunos detalles: Nicomedes I de Bitinia es llamado «rey de los tracios», ya que los bitinios han sido habitualmente llamados por los historiadores y geógrafos griegos «tracios de Asia» o de «Bitinia». El león del que habla la profetisa es *Leónnorios* o *Lonorius*, uno de los jefes gálatas. Los perros no pueden ser más que los gálatas, que después de haber sido aliados de Nicomedes, se volvieron contra él según el oráculo (también son llamados «lobos» en el v. 9). Tzetzes, que recoge un fragmento del mismo oráculo, cita a una *Phaennô* del Épiro[4].

1. X, 12, 10. / 2. X, 15, 2-3. / 3. *HN*, II, 36, 2. / 4. VII, 549 ss.; 564.

[Bibl.: F. Paschoud, *Zosime. Histoire Nouvelle*, Paris, 1971, pp. 109-110; 237ss.; H. W. Parke, «The Attribution of the Oracle in Zosimus, New History 2, 37»: *CQ* (1981), pp. 441-444.]

FANOTEA.— *Sibila.

FAVILLA / *Favilla* (s. I d.C.).— Hechicera africana citada por los médicos Escribonio Largo[1] (s. I d.C.) y Galeno[2] (s. III d.C.). Del testimonio de ambos se desprende que Favilla vendió con éxito en la Roma de Tiberio (14 d.C.-31 d.C.) una *compositio* contra las afecciones del colon coincidiendo con una grave epidemia de esta misma enfermedad que afectó al propio emperador[3]. La receta se conserva en las obras de los médicos citados. Los ingredientes del remedio son: cuernos de ciervo, nueve granos de pimienta blanca triturada, mirra, un caracol africano y tres vasos de vino.

Sabemos también que Favilla tomó otras recetas (*malagmae*) de una mujer de nombre *Antiochis*.

1. *Comp.*, 122. / 2. *De Comp. medic.*, XIII, 250; 341. / 3. Plin., *NH*, XXVI, 9.

[Bibl.: S. Montero, «Medicina y superstición en el África Romana: la hechicera Favilla», en *XI Convegno Internazionale L'Africa Romana* (Cartagine, 15-18 dicembre 1994), Sassari, 1996, vol. I, pp. 403-408.]

FEBO DE ANTIOQUÍA / *Phoîbos* (s. I a.C.-I d.C.).— Es mencionado en cuatro ocasiones por *Artemidoro[1] tanto por haber practicado la oniromancia como por componer un tratado sobre la materia, quizá de características similares a la célebre *Oneirocritikà* de Artemidoro. Debió de vivir en el cambio de era.

1. *Oneir.*, I, 2; II, 9; IV, 48 y IV, 66.

FEMONOE: *Sibila.

FERÉCIDES DE SIROS / *Pherekýdes* (s. VI a.C.).— Filósofo jonio, escritor y adivino, desarrolló su actividad hacia mediados del siglo VI a.C. protagonizando una gran cantidad de hechos insólitos.

Es posible, si seguimos la datación de Apolodoro, que viviera una generación después de Tales y fuera contemporáneo de Anaximandro. Su momento de mayor éxito tuvo lugar durante la LIV Olimpiada, es decir, hacia el 544-543 a.C. (von Fritz).

Según la Suda[1] escribió: *Heptámychos* (*Siete Escondrijos*), título que parece ser el verdadero, aunque otros pudieron ser *Mezcla divina* o *Teogonía*. Por su parte Diógenes Laercio[2], recogiendo el testimonio de Teopompo (s. IV a.C.), nos dice que fue el primero en escribir sobre la naturaleza y los dioses, así como en editar una composición en prosa.

De los fragmentos conservados de su obra se desprende que Ferécides fue una figura notable dentro de la historia de la especulación cosmogónica griega; su afirmación de que existieron siempre tres divinidades, Zas, Crono y Ofioneo, parece llevar implícita una corrección del sistema cosmogónico griego tradicional.

Sobre su formación y actividad existen numerosas incertidumbres. En el pasado unos consideraron que había sido un autodidacta y otros que se valió de libros secretos fenicios[3]; esta última noticia puede explicarse, quizá, por los motivos aparentemente orientales de su pensamiento. También se le relacionó con el zoroastrismo.

Muchas veces se le consideró astrónomo, lo que debemos aceptar con cautela; así, Diógenes Laercio[4] afirma que en Siro, la isla donde Ferécides había nacido, se conservaba un «marcador de solsticio» (aparato que señalaba el punto en el que el sol «gira» sobre la elíptica, en la mitad del verano o del invierno) que había pertenecido a Ferécides.

Las fuentes le atribuyen tres importantes predicciones (que, sin embargo otros autores, como Andrón de Éfeso, asignaban también a Pitágoras):

a) Según Apolonio[5], estando en la isla de Siros pidió un poco de agua a uno de sus familiares para apagar la sed; cuando la bebió, predijo que iba a producirse un seísmo en la isla cuatro días después. Al producirse el fenómeno, Ferécides aumentó notablemente su fama y prestigio. En esta misma línea otras fuentes[6] sostienen que Ferécides, tras haber bebido agua de una fuente de la isla de Siros, «se volvió muy profético» y anunció terremotos y otros acontecimientos.

b) Tras abandonar la isla para dirigirse hacia Samos, al santuario de la diosa Hera, vio un barco que se dirigía hacia el puerto; Ferécides, dirigiéndose a los presentes, les predijo que la nave se hundiría antes de entrar en puerto[7]. Cuando todavía trataba de convencerles se abatió una tempestad tan violenta que la nave desapareció súbitamente.

c) Según Teopompo[8], cuando salía de Olimpia hacia Mesenia aconsejó a su huésped Perilao que se trasladase junto con todas sus pertenencias; éste no le obedeció y Olimpia fue después tomada.

Este mismo autor sostiene[9] que Ferécides aconsejó a los espartanos que no estimaran ni el oro ni la plata, lo que le había sido ordenado por Heracles durante un sueño. A su vez, en aquella noche, el dios había ordenado a los reyes espartanos que obedecieran a Ferécides, prueba evidente de la autoridad suprema del taumaturgo griego.

Según varios autores antiguos[10], Ferécides murió a causa de la erupción de unos extraños granos, castigo de los

dioses por haberse negado a ofrecerles sacrificios. Su cadáver dio la victoria a los efesios tras su combate contra los habitantes de Magnesia.

1. s.v. «Ferecides». / 2. I, 116; II, 122. / 3. Suda, s.v. «Ferecides». / 4. I, 119. / 5. I, 5. / 6. Paradox. Vat., 30; cf. Teop., 2. / 7. *Apol.*, I, 5; Teop., 2. / 8. Teop., 2. / 9. Teop., 2. / 10. Antig., I, 88.

[Bibl.: Fragmentos: G. S. Kirk y J. E. Raven, *Los filósofos presocráticos*, Madrid, 1966, pp. 76 ss.; F. L. Lisi, «La teología de Ferécides de Siro»: *Helmantica*, 36 (1985), pp. 251-276. Estudios: Von Fritz, «Pherekydes»: *RE*, XXII (1938), cols. 2025-2033; P. Tozzi, «Ferecide di Siro»: *Rend. Accad. Linc.*, 22 (1967), pp. 207-235.]

FILINA / *Philíne* (s. I a.C.?).— Hechicera tesalia citada en un papiro mágico griego[1] del siglo I a.C., junto a *Sira de Gádara, como autora de un conjuro contra el dolor de cabeza:

Huye, dolor de cabeza, huye y desaparece bajo la piedra: huyen los lobos, huyen los solípedos caballos a golpe de...

1. *PGM*, XX.

FILÓCORO / *Philóchoros* (340-263/2 a.C.).— Nacido en Atenas, era hijo del magistrado ateniense Kyknos y estaba casado con Archestrate; vivió en la transición del siglo IV al III a.C. Gracias a la *vita* que le dedica la Suda[1] disponemos de varios datos biográficos suyos. Fue en sus inicios un adivino (*mantis*) y hieróscopo[2], pero más tarde se hizo también exégeta y coleccionista de oráculos[3]. Se le considera uno de los últimos y más señalados atidógrafos.

Por un fragmento[4] sabemos que en el año 306/5 era conocido ya por su actividad como *mantis*, siendo consultado sobre el significado de dos signos: una perra que se había introducido en el templo de Atenea Polias y una estrella que permaneció en el cielo tras la salida del sol. Ambos presagios fueron interpretados —acertadamente— como anuncio del regreso de los exiliados atenienses promacedonios sin que ello supusiera la caída del gobierno en el poder[5].

Otro fragmento[6] le menciona como intérprete del eclipse de luna del año 413 a.C. (*Estílbides); según Filócoro el fenómeno anunciaba la huida del ejército ateniense de Nicias (en Sicilia), si bien sabemos que la tardanza de Nicias hizo imposible el regreso.

La Suda[7] asegura que Filócoro fue eliminado por los seguidores de Antígono Gonatas a causa de su antimacedonismo, víctima, por tanto, de un asesinato político; sucedía en torno al año 262 o 261, tras la capitulación de Atenas.

Su obra principal (en diez libros), consultada por Asinio Polión, trató sobre la historia de Atenas, pero también escribió cuatro libros sobre adivinación (*Perì mantikés*) y otro *Sobre los sacrificios*, así como varios sobre calendario y fiestas religiosas áticas. En total se conservan 230 fragmentos.

1. *FGrH*, T 1 y 2. / 2. *FGrH.*, 238 T 1. / 3. T 2. / 4. Fr. 67. / 5. Fr 66; Jacoby, 224 / 6. Fr. 135b / 7. s. v.

[Bibl.: Fragmentos en *FGrH*, I, 415-417 (Müller-Didot (ed.); Laqueur, «Philochoros»: *RE*, XIX, 2 (1937), cols. 2434-2442.]

FILOMENA / *Filouména* (s. II d.C.?).— Es citada como una virgen «poseída» (por el demonio, según sus adversarios) que emitía profecías dentro de la secta herética de los marcionitas. Sus revelaciones extáticas y sus prodigios sirvieron de base a Apeles para sus *Phanoreseis* o *Revelaciones*[1].

Según unas anotaciones a un manuscrito del *De haeresibus* de Agustín (anotaciones que podrían derivar del *Adver-*

sus Apelleiacos de Tertuliano, hoy perdido), Filomena aseguraba haber recibido revelaciones de una especie de fantasma que aparecía bajo la forma de un niño y se presentaba unas veces como Cristo y otras como Pablo[2].

Fue Filomena quien indujo a Apeles a modificar sus primitivas convicciones doctrinales, persuadiéndole de que las profecías vienen de un espíritu contrario al principio único[3], que las almas poseen un sexo antes de entrar en los cuerpos[4], y que el cuerpo de Cristo era cuerpo verdadero pero no había tenido nacimiento[5].

1. Eus., *HE*, V, 13, 2. / 2. Aug., *De Haer.*, 24. / 3. Eus., *HE*, V, 13, 2. / 4. Tert., *De anim.*, 36, 3. / 5. Tert., *Adv. Marc.*, III, 11, 2.

FINEO / *Phineýs*.— La leyenda sobre este adivino del ciclo de los Argonautas, originario de Salmydessos (Tracia), presenta numerosas variantes. Aparece como hijo de Agenor[1], o de Fénix[2] o de Poseidón[3]. Fineo fue castigado por los dioses con la ceguera (al igual que *Tiresias).

La versión más extendida sobre la causa del castigo fue la de haber abusado de sus dotes proféticas revelando a los hombres el destino que los dioses les tenían reservado:

En el pasado he irritado el pensamiento de Zeus al profetizar insensatamente el futuro en detalle y hasta el fin. Ya que el dios quiere que ofrezca a los hombres incompletos vaticinios de mi adivinación, para que así esperen algo de la providencia de los hombres (Apol., *Arg.*, II, 315 ss.).

Pero existen otras versiones más sobre los motivos del castigo: haber mostrado el camino a Frixo[4], haber cegado a sus propios hijos instigado por la madrastra de ellos[5], etc. Helio le hizo sufrir aún más enviándole a las Harpías, demonios alados que lo atormentaban continuamente:

Ya que no sólo la Erinis me ha golpeado con su pie en mis ojos, y tengo que arrastrar hasta el fin una interminable vejez. Aún otro amarguísimo mal se añade encima a mis desgracias. ¡Las harpías que arrebatan de mi boca el alimento y que me caen encima de improviso con increíble furia! [...] Y si por casualidad me dejan alguna vez una pizca de alimento, éste apesta a putrefacto con un intenso hedor insoportable... (Apol., *Arg.*, II, 211 ss.).

Cuando los argonautas emprendieron la expedición a la Cólquide, acudieron a Fineo para que les indicara el camino que habían de seguir. Fineo pidió que antes lo librasen de las Harpías. Los dos hijos de Bóreas, Calais y Zetes, se lanzaron sobre los dos monstruos y les dieron muerte[6] (según Apolonio de Rodas[7], Iris les impidió destruirlas pero a cambio les aseguró que Fineo no sería atacado), cumpliéndose así una antigua profecía.

Fineo les reveló entonces, con todo detalle, la ruta que habían de tomar para llegar a la Cólquide. La parte más arriesgada del trayecto era, din duda, las dos Rocas Oscuras en los estrechos marinos, de donde nadie había logrado salir con vida, pues entrechocaban una con la otra (por lo cual eran llamadas las Simplégades). El adivino les aconsejó:

Probad primero con un augurio con una paloma, soltándola desde la nave por delante de ésta. Si pasa a través de las mismas rocas hacia el mar Negro sana y salva en su vuelo, ya no os apartéis más tiempo vosotros de la ruta, sino que gobernad bien los remos en vuestras manos y cruzad el estrecho del mar (Apol., *Arg.*, II, 325 ss.).

Si, por el contrario, la paloma perecía en su vuelo a través de las Rocas,

les pidió que regresaran. Ante la insistencia por parte de los hijos de Bóreas de nuevos detalles sobre la suerte del viaje tras cruzar las dos Rocas, éste les respondió:

Hijo, una vez que hayas cruzado a través de las destructoras rocas, puedes tener confianza. Porque una divinidad guiará el resto de vuestra navegación desde Ea; e incluso hasta Ea tendréis suficientes guías. Pero amigos, procuraos la astuta ayuda de Afrodita, que en su mano tiene los decisivos resultados de su empresa, y ya no me preguntéis más sobre estas cosas (Apol., *Arg.*, II, 425 ss.).

Tras partir la expedición, Fineo siguió siendo visitado por sus vecinos que, como de costumbre, le llevaban comida en agradecimiento porque sus profecías habían evitado muchas desgracias.

1. Apol., *Arg.*, II, 178; Apolod., I, 9, 21. / 2. *Schol. Apol. Rod.*, II, 178. / 3. Apol., *Arg.*, II, 178. / 4. Hesiod., Fr. 254. / 5. *Schol. Odis.*, 12, 69. / 6. Apolod., *Bibl.*, I, 9, 21. / 7. II, 84.

[Bibl.: D. Bouvier, «Phinée ou le père aveugle et la marâtre aveuglante»: *RBPh*, 61, 1 (1983), pp. 5-19; S. Protomártir, «El mito de Fineo», en *Homenaje a E. Segura Covarsi, B. Muñoz Sánchez y R. Puente Broncano*, Badajoz, 1986, pp. 139-146.]

FÍRMICO MATERNO / *Julius Firmicus Maternus* (s. IV d.C.).— Astrólogo romano, autor de un tratado titulado *Mathesis*. Originario de Siracusa (Sicilia), debió de nacer entre el 300 y el 310 d.C. Realizó estudios como abogado, pero pronto su vocación se dirigió hacia la astrología. Las fuentes le citan como *vir clarissimus*, lo que parece implicar que pertenecía al orden senatorial y que muy posiblemente era propietario de latifundios en Sicilia (R. Turcan); no hay que descartar que alcanzara un alto puesto en la administración imperial (la *Mathesis* está dedicada a un personaje de la aristocracia romana, *Egnatius Mavortius Lollianus*, quien debió de favorecer su carrera).

Su *Mathesis*, escrita antes del 337 a.C., no pone de manifiesto los grandes conocimientos astrológicos de su autor; se trata, más bien, de una obra de compendio en la que se vierten al latín fuentes del Egipto ptolemaico (*Nequepso-Petosiris, Hermes, Asclepios, *Anubión). La *Mathesis* está desprovista de toda crítica, si bien junto a las fuentes principales maneja otras griegas (*Doroteo de Sidón, Hiparco) y latinas (Frontón, *Navigius*). La *Mathesis* incluye un horóscopo[1] de Caeionius Rufius Albinus, prefecto de la ciudad del 335 al 337.

Mientras que la *Mathesis* fue escrita durante la etapa de su autor como pagano, su otra gran obra, *De errore profanarum religionum*, publicada en el 350 y dirigida a los emperadores Constante y Constancio II, responde a sus ideas cristianas. Dicha obra ha sido, pues, considerada como un panfleto y —como su conversión— parece entenderse bien a la luz de la dura legislación antipagana del 341 y 346.

1. II, 29, 10-20.

[Bibl.: Ediciones: J. R. Bram, *Theory and practice, Mathesis libri VIII, by F. Maternus*, Park Ridge, 1975; P. Monat, *Firmicus Maternus. Mathesis. Tome I: Livres I-II*, Paris, 1992; *Tome II: Livres III-V*, Paris, 1995. Estudios: L. Thorndike, «A Roman astrologer as a historical source: Julius Firmicus Maternus», *Classical Philology*, 8 (1913), pp. 415-435.]

FONTEYO CAPITÓN / *Fonteius Capito* (s. I a.C.).— Autor de escritos sobre adivinación etrusca. Comentó los *libri Tagetici* (*Tages) de la antigua *Disciplina Etrusca* y escribió una obra, *Tonitruale*, sobre los truenos y su sig-

nificado (según el día en que son escuchados)[1]. Según Weinstock, combinó la tradicional haruspicina etrusca con la astrología, que poco a poco se imponía en la Roma de su tiempo. Fue, como *Tarucio de Firmo (con cuya obra guarda ciertas similitudes), contemporáneo de Varrón. Algunos autores le identifican con el pontífice máximo y cónsul *sufectus* del año 33 a.C.

1. Lyd., *De Ost.*, 39-41; 88-92.

[Bibl.: S. Weinstock, «C. Fonteius Capito and the Libri Tagetici»: *PBSR*, 5 (1950), pp. 44-49.]

FRONTÓN / *Fronto* (s. I a.C.).— Astrólogo romano citado sólo por *Fírmico Materno[1]. Algunos autores piensan que su nombre es una deformación de *Fonteyo Capitón, amigo de *Nigidio y Varrón. Fírmico nos dice que retomó el sistema de los antiscia de Hiparco y asegura[2] que en sus tratados existían fórmulas exactas de predicción y consultas astrológicas, si bien se muestra crítico con sus métodos.

1. *Math.*, II, 1; 4. / 2. II, 4.

FULONIO SATURNINO / *Fullonius Saturninus* (s. IV d.C.?).— Astrólogo (*scriptor mathematicus*) conocido sólo a través de Sidonio Apolinar[1], quien le cita junto a Juliano Vertaco.

1. *Carm.*, XXII, ep. 4; VIII, 11, 10.

G

GAD / *Gād* (s. XI-X a.C.).— Profeta hebreo citado en el Antiguo Testamento como «vidente de David»[1] (1015-975 a.C.). Según el Cronista[2] fue enviado por Yahveh al lado del profeta *Natán para que procediese a la organización del culto en el santuario davídico.

Conocemos dos intervenciones del profeta. Gad convenció a David (quien, perseguido por Saúl antes de su llegada al trono, se había refugiado en la caverna de Adulam) para que regresara a Judá[3].

En los últimos años del rey David el profeta Gad reaparece nuevamente. El monarca había ordenado un censo[4], considerado en los ambientes sacerdotales como pecado por tratarse de una irrupción en el terreno de los exclusivos derechos de Yahveh. Gad se presenta ante él para transmitirle el castigo dictado por Dios; David debía escoger entre una de estas tres cosas:

¿Quieres que te sobrevengan siete años de hambre en tu país, o tres meses en que huyas ante tu enemigo y él te persiga, o que haya tres días de pestilencia en tu país? Ahora reflexiona y ve qué he de responder ha quien me ha enviado (2 S 24, 13).

Poco después, Yahveh utiliza de nuevo a su profeta para que transmitiera a David, arrepentido, un nuevo mensaje divino: la erección de un altar en la era de Arauná el yebuseo[5]; en él ofreció «sacrificios pacíficos» que pusieron fin a la plaga que gravitaba sobre Israel y que él mismo había escogido como castigo.

De las «visiones» de Gad nada se ha conservado así como tampoco de una obra sobre los hechos de David que el cronista[6] le atribuye.

1. 2 S 24, 11; 1 Cro 21, 9. / 2. 2 Cro 29, 25. / 3. 1 S 22, 5. / 4. 2 S 24, 11-14; 1 Cro 21, 9-13. / 5. 2 S 24, 18-19. / 6. 1 Cro 29, 29.

GALEOTAS / *Galeôtai, Galeoí*.— Familia o corporación sacerdotal de adivinos originaria de Hiblas (Gareátide) en Sicilia[1].

Recibían este nombre quizá porque se servían de lagartos (gr. *galeótes*) con fines adivinatorios, si bien es preciso recordar también que este animal, tan proclive a buscar el sol, estuvo siempre muy vinculado al dios Apolo.

Las primeras referencias a los galeotas aparecen en la comedia ática[2], hacia el 410 a.C.

Según Filisto[3], los Galeotas eran intérpretes de portentos y sueños desta-

cando sobre otros pueblos sículos por su celo religioso. Antes de hacerse con el poder, el tirano Dionisio de Siracusa (405-367 a.C.) consultó a los Galeotas cuando un enjambre de abejas se concentró sobre su mano; éstos le respondieron que era un signo de monarquía[4]. Años antes, la madre del tirano, hallándose encinta de éste, los había consultado sobre el significado de un sueño[5].

Clemente de Alejandría[6] los incluye, junto a los *Telmésidos, entre los *chresmologoi*.

1. *Hesich.*, s.v. «Galeotai». / 2. Archip., *Ichthles apud St. Byz.*, s.v. «Galeotai». / 3. *apud* Paus., V, 23. / 4. Elian., *HV*, 12, 46. / 5. *FGrH.*, 556 ss. / 6. *Strom.*, I, 21.

GALLICENAS / *Gallizenae*.— Sacerdotisas o «druidesas» de la isla de Sena (Sein) conocidas sólo por la *Chorographía*[1] de Pomponio Mela (escrita hacia el año 43 d.C.). Eran nueve sacerdotisas de una divinidad gala a la que consagraban su virginidad a perpetuidad. Según el geógrafo podían calmar los mares y los vientos con fórmulas mágicas, metamorfosearse a voluntad en cualquier ser animado, vencer enfermedades incurables y, sobre todo, conocer y predecir el porvenir. Sus facultades eran reservadas a los navegantes que viajaban hasta la isla a veces con el único propósito de consultarlas.

1. III, 48.

GANNA / *Gánna* (s. I d.C.).— Profetisa germana, sucesora quizá de *Véleda y colaboradora del emperador Domiciano (81-96 d.C.), conocida entre las tribus germanas también por su inspiración divina. Dion Cassio[1] dice que, después de ser honrada por el emperador, regresó a casa.

1. LXVII, 5, 2.

GARMANES / *Garmânes*.— Pueblo indio citado por Estrabón[1] famoso por sus adivinos, magos y filósofos expertos en fórmulas y en ritos funerarios que ofrecían sus servicios de forma itinerante. Algunos de ellos eran acompañados de mujeres que también renunciaban a los placeres del amor. El geógrafo griego recuerda que a los médicos de los garmanes se les consideraba capaces de hacer fecundas a las mujeres estériles así como, a base de suministrar ciertas drogas (*phármaka*), de que se pudiera dar a luz a elección hembras o varones.

1. XV, 1, 60.

GASPAR: *Melchor.

GAUMATA / *Gaumata* (s. VI-V a.C.).— Célebre mago persa que durante el reinado de Darío (521-485 a.C.) protagonizó una sublevación conocida como la «revuelta de los magos». Según la inscripción de Behistun, dicho personaje se hizo pasar por Bardiya, hermano menor (asesinado) de Cambises. Durante siete meses (522) logró el control del Estado suprimiendo los impopulares tributos y reclutamientos y destruyendo los ayadanas (donde eran adorados «los otros dioses»).

Los magos, con Gaumata a la cabeza, fueron ejecutados por Darío I[1] con ayuda de Ahura Mazda, según reza una inscripción. Para celebrar esa victoria instituyó la fiesta de la *magophonia* («ejecución del mago»).

1. Herod., III, 79.

GÉMINO / *Géminos* (s. IV a.C.?).— Originario de la ciudad fenicia de Tiro es conocido a través de una cita de *Artemidoro de Daldis[1], quien sostie-

ne que compuso una obra sobre onirocrítica en tres libros (recogiendo muchas de las milagrosas curaciones otorgadas por Serapis mediante visiones oníricas). Gémino es mencionado por Artemidoro junto con *Demetrio de Falero y *Artemón de Mileto.

1. *Oneir.*, II, 44.

GREGORIO TAUMATURGO / *Gregórios* (213-270 d.C.).— Célebre taumaturgo cristiano. Nació en el seno de una distinguida familia pagana en el año 213 en Neocesarea del Ponto, ciudad de la que llegaría a ser obispo. Del 233 al 238 estudió —junto a su hermano Atenodoro— con Orígenes en Cesarea, donde los dos hermanos se convirtieron al cristianismo. Al despedirse del maestro pronunció un discurso de gratitud, que todavía se conserva.

Gregorio escribió varias obras teológicas pero destacó, sobre todo, como hombre de acción y predicador del cristianismo en el Ponto, realizando milagros extraordinarios que, en época del emperador Constantino, fueron recopilados en una *Vida*. Dicha obra se perdió, pero conservamos una traducción siriaca; existen también algunas versiones latinas y griegas, si bien menos fieles. En dichos textos se relatan tres asombrosos episodios protagonizados por Gregorio.

El primero de ellos[1] narra cómo Gregorio, viajando por la provincia del Ponto, se refugió, al llegar la noche, en el interior de un templo solitario donde, como era costumbre en él, pasó las horas rezando. Al amanecer llegó el guardián del templo para reanudar la actividad oracular (que se realizaba mediante las respuestas del dios a las preguntas que le formulaban los fieles). Pero el «demon», es decir, la divinidad tutelar del templo, se negó a entrar en su propia morada donde aún resonaban las plegarias del viajero cristiano. El guardián recurre entonces a la ayuda de Gregorio convencido de que si él había sido capaz de impedir al dios la entrada también podía obligarle a regresar. Al hacerlo, el guardián se da cuenta de que el ser venerado por Gregorio es mucho más potente que el dios pagano. Este personaje fue el primer cristiano de la provincia convertido por Gregorio y, más tarde, sucesor suyo como obispo. Tras el episodio, Gregorio hace una posterior demostración de sus poderes trasladando sobrenaturalmente una roca a otro lugar.

En otra ocasión, cuando Gregorio se encontraba predicando el mensaje cristiano a una multitud, inesperadamente, un joven salió de ella gritándole a voces en tono desafiante. Gregorio expulsó también a este demon diciéndole: «No soy yo quien te lo ordeno, sino Cristo quien te ha arrojado al mar junto a los cerdos [Mt 8, 32]: ¡abandona a este joven!»[2]. El demonio, al escuchar el nombre de Dios, gritó fuerte, diciendo: «¡Pobre de mí, por Jesús! ¡Pobre de mí, a causa de su discípulo!». El mismo diablo[3], furioso porque el obispo le había expulsado de su territorio, indujo a una mujer a calumniarlo. Ésta, una prostituta, le acusó de ser uno de sus amantes; pero Gregorio expulsó también al espíritu maligno que la poseía[4].

Siempre según las fuentes, sabemos que Gregorio desvió el curso de un río para prevenir así daños irreparables debidos a las crecidas de primavera[5]; igualmente, desecó un lago que era causa de disputa entre dos hermanos[6].

Pero Gregorio sabía no sólo hacer milagros, sino también castigar —mediante procedimientos sobrenaturales— a quien lo merecía. Dos hebreos quisieron arrancarle una limosna mediante el engaño: uno de ellos fingió estar muerto para, de esta forma, conmover al obispo[7]. Sin embargo éste, advirtiéndolo, le hizo morir fulminado, resucitándole después mediante sus plegarias. Los dos hebreos acepta-

ron inmediatamente ser bautizados y se hicieron monjes.

Como resultado de la predicación de Gregorio y de sus milagros, el número de 17 cristianos que inicialmente existían en la provincia pasó a ser, según sus hagiógrafos, el de los que no lo eran. Los convertidos eran tan numerosos que una de las ciudades del Ponto tuvo necesidad de nombrar a su propio obispo[8]. Pero la misión evangelizadora de Gregorio se vio interrumpida por las persecuciones de los años cincuenta del siglo III y tanto el obispo como su «movimiento» fueron obligados a permanecer en la clandestinidad.

1. Gregorio de Nisa, *Vita S. Greg. Taumat.*, 5. / 2. Id., 11. / 3. Id., 11 y 13. / 4. Id., 11. / 5. Id., 7-8. / 6. Id., 9. / 7. Id., 4. / 8. Id., 10.

[Bibl.: V. Ryssel, *Gregorius Thaumaturgus. Sein Leben und seine Schriften*, Leipzig, 1880; W. Telfer, «The Latin Life of St. Gregorius Thaumaturgus»: *JThS*, 31 (1930), pp. 142-155 y 354-363; U. W. Knorr, «Gregor der Wundertäter als Missionar»: *Evangelisches Mission Magazin*, 110 (1966), pp. 70-84; L. Abramowski, «Das Bekenntnis des Gregor Thaumaturgus bei Gregor von Nissa und das Problem seiner Echtheit»: *ZfK*, 87 (1976), pp. 145-166.]

H

HABACUC / *Habaqquq* (s. VII a.C.).— Profeta hebreo profesional (*nabî*), aunque de nombre quizá acadio, de cuya existencia se ha dudado. Asociado probablemente al Templo de Jerusalén[1], su actividad profética suele situarse en los años de la opresión del reino de Judá por Babilonia, tras la caída de Nínive (612 a.C.). Si aceptamos su existencia sería contemporáneo de *Jeremías.

El Antiguo Testamento conserva un *Libro de Habacuc* integrado por lamentos y oráculos[2], imprecaciones contra el opresor impío y una oración final que celebra la intervención de Yahveh. En Qumrán ha aparecido un comentario a Habacuc[3] centrado sólo en los capítulos 1 y 2.

Sin duda el problema más debatido del libro es la identificación de los «caldeos», acaso —como ya se ha apuntado— el imperio neobabilónico cuyo poder iba en ascenso. El «hombre amenazado» parece referirse, según algunos autores, a los asirios que actúan como instrumento de Yahveh. El «justo» es, sin duda Judá, que sobrevirá gracias a su fe.

1. Ha 2, 1, 4. / 2. Ha 1, 2 - 2, 4. / 3. *IQpHab.*

HAGESIAS: *Agesias.

HALITERSES / *Halithérses*.— Homero lo presenta en la *Odisea*[1] como «anciano varón relevante en la ciencia de las aves y en dar solución a sus signos y agüeros».

Próxima la llegada de Ulises se produce en Ítaca un prodigio: dos águilas, al llegar al centro del ágora, empezaron a girar sobre las cabezas de los hombres. Después se desgarraron la una a la otra las cabezas y los cuellos perdiéndose de vista en dirección al oriente de la ciudad. Todos quedaron sobrecogidos meditando sobre el significado del presagio.

Haliterses se dirige entonces a los habitantes de la isla dándoles a conocer el significado del signo augural: éste iba dirigido a los pretendientes de Penélope, y anunciaba un castigo próximo (el que recibirán de Ulises cuando éste regrese):

Habitantes de Ítaca, oíd lo que voy a deciros: / a los nobles galanes aquí debo hablar ante todo, / porque tienen encima una ingente desgracia. No mucho / queda a Ulises de estar de su gente apartado; sembrando / bien de cerca ya viene ma-

tanza y ruina en aquéllos / y este mal cogerá a muchos otros varones que hoy / habitamos en Ítaca insigne. Pensemos con tiempo / en el modo de dar fin a esto: que sean los galanes / quienes luego se arredren, pues suya será la ganancia. / Mi presagio no es vano, en verdad, que bien sé lo que digo (*Od.*, II, 161-170).

Después les recordó el anuncio que le hizo a Ulises y cuya veracidad el tiempo se encargó de confirmar:

Para Ulises también rico en trazas cumplido ha quedado / cuanto yo le anuncié que le habría de pasar aquel día / que embarcó para Troya en unión de los otros argivos: / «Mucho —dije— tendrás que sufrir, perderás a tus hombres / e ignorado de todos vendrás a tu patria». Ya todo a su término toca (*Od.*, II, 171-176).

Uno de los pretendientes, Eurímaco, escéptico ante el anuncio del adivino, da una interpretación diferente e interesada[2]; pero en el poema el trágico final de Eurímaco pone de manifiesto la certeza del pronóstico.

El segundo anuncio hecho por Haliterses tiene lugar al final de la *Odisea*, cuando, muertos ya los pretendientes, durante los funerales tiene lugar una deliberación de los ítacos en el ágora para discutir la conveniencia de formar una pequeña tropa frente a Ulises. Haliterses intenta disuadirles del proyecto:

Habitantes de Ítaca, oíd lo que voy a deciros. / Vuestra propia flaqueza, ¡oh amigos!, os trajo estos males; / nunca a mí ni a Mentor, el pastor de su gente, atendisteis / en frenar las locuras que aquí vuestros hijos hacían; / grande ha sido su crimen en largo furor de desmanes; / destrozaron los bienes, trataron sin honra a la esposa / de un excelso varón que pensaron jamás volvería; / mas ahora haced esto, seguid el consejo que os doy: / no vayamos allá, nadie busque una nueva desdicha (*Od.*, XXIV, 454-462).

1. II, 157. / 2. II, 209 ss.

[Bibl.: Friedländer, «Halitherses»: *RE*, VII, 2 (1912), col. 2271.]

HECAS / *Hékas* (s. v a.C.).— Según Pausanias[1] se trata de un adivino griego (*mantis*), descendiente de otro Hecas que llegó a Esparta con los hijos de Aristodemo.

A comienzos de la «segunda guerra mesenia» (según Pausanias), o de la «tercera» (hacia el 490 a.C.), según interpretaciones modernas, Hecas representó a los espartanos en los sacrificios preliminares a la batalla que iniciaba las hostilidades contra los mesenios de Aristómenes, aconsejado por el adivino *Téoclo. Ambos bandos, según el historiador griego, animados por la interpretación de sus respectivos adivinos, se dispusieron a combatir con especial coraje. La guerra duró, sin embargo, cerca de once años pues los mesenios sublevados, haciéndose fuerte en la fortaleza de Hira, hostigaron con sus frecuentes salidas a los espartanos.

En el último y decisivo combate de la guerra, se desencadenaron truenos y relámpagos. Pausanias[2] afirma que el adivino Hecas consideró como buena señal que relampagueara a la derecha, lo que, a su vez, reforzó la moral del ejército espartano. Al mismo tiempo fue también él quien discurrió una estratagema que más tarde se mostraría decisiva: puesto que los espartanos, pese a ser muy superiores en número, no lograban vencer dado que la batalla se hacía en distintos lugares de la ciudadela y con poco espacio, mandó que algunos hombres se retirasen al campamento a comer y dormir y que por la tarde relevasen a los que habían participado en el combate[3]. De esta forma, descansando y combatiendo por turno,

los espartanos dosificaban sus energías, al tiempo que sus enemigos, cansados, se iban rindiendo. Como consecuencia de esta táctica, Aristó-menes y los suyos no tardaron en abandonar Hira.

Pausanias alude por último al adivino en otro episodio que pone nuevamente de manifiesto su autoridad: fue Hecas quien ordenó a los espartanos no hostigar a los mesenios vencidos[4].

1. IV, 16, 1. / 2. IV, 21, 7. / 3. IV, 21, 8-9. / 4. IV, 21, 12.

HEFESTIÓN DE TEBAS / *Hephaistíon* (s. IV-V d.C.).— Astrólogo de finales del siglo IV d.C. originario de Tebas (Egipto). Según él mismo nos dice, nació el 26 de noviembre del 380 d.C.

Se conserva de él un tratado, *Apotelesmática*, de contenido variado: el primer libro contiene fragmentos de *Ptolomeo y nos transmite textos astrológicos egipcios y caldeos. El segundo está dedicado al tema de la genetlialogía (astrología natal) incorporando pasajes de Ptolomeo y *Doroteo. El tercero contiene las *Iniciativas*, tema extraído del libro V de la obra de Doroteo.

Hefestión aporta, pues, pocas ideas personales pero su obra tiene el valor de compilar las de sus predecesores. Así, nos ha conservado el horóscopo del emperador Adriano (117-138 d.C.), junto a otros dos más elaborados, compilados todos ellos por *Antígono de Nicea en el siglo II d.C.

[Bibl.: Fragmentos: *CCAG*, VIII, 2, pp. 81-82; D. Pingree, *Apotelesmatica*, Leipzig, 1973. Estudios: J. Schwartz, «Héphestion de Thèbes», en J. Vercoutter (ed.), *Institut Français d'Archéologie Orientale: Livre du Centenaire (1880-1980)*, Cairo, 1980, pp. 311-321; A. Caballos Rufino, «Los horóscopos de la *Apotelesmática* de Hefestión de Tebas y los senadores hispanorromanos»: *Memorias de Historia Antigua*, 7 (1986), pp. 121-128.]

HEGESÍSTRATO / *Hegesístratos* (s. V a.C.).— Adivino griego (*mantis*) de la familia de los *Telíadas, originario de la Élide[1] o de Arcadia[2], que vivió en época de las guerras médicas.

El aspecto más relevante de la biografía de este *mantis* es narrado por Heródoto[3]. Capturado por los espartanos poco antes de la batalla de Platea, fue encerrado en prisión y condenado a muerte «a causa de los males (*agársia*) infinitos que les había causado». Hegesístrato decidió entonces cortarse por el empeine —con un cuchillo— la parte anterior del pie para librarse del grillete de hierro que lo encadenaba. Concluida la operación, tras agujerear la pared logró escapar de la cárcel en dirección a Tegea, ciudad que le dio refugio[4]. Allí curó su herida y suplió con un pie de madera la parte que le faltaba, jurando declararse enemigo eterno de los espartanos[5].

Por esta razón Hegesístrato entró a las órdenes del persa Mardonio[6] y así, en vísperas de la batalla de Platea (479 a.C.), es citado examinando víctimas sacrificiales poco propicias al servicio del ejército persa. Heródoto[7] se hace eco de un enfrentamiento entre el adivino y Mardonio, quien, deseoso de entrar en combate, desestimó el consejo de Hegesístrato de esperar a que las víctimas fuesen favorables. Por su parte, los mercenarios griegos reclutados por los persas llevaban consigo a su propio adivino, *Hipómaco de Leucadia, cuyos pronósticos coincidieron también con los de Hegesístrato[8].

Tras la derrota persa, Hegesístrato tuvo que refugiarse en Zacinto, donde siguió vaticinando contra los espartanos, quienes allí mismo lograron darle muerte[9]. Hegesístrato es el último de los *Telíadas citado por las fuentes.

1. IX, 37, 1. / 2. Plut., *De Frat. Am.*, 3. / 3. IX, 37, 38. / 4. IX, 37, 2-3. / 5. IX, 37, 4. / 6. IX, 37, 1. / 7. IX, 41, 4. / 8. Herod., IX, 38, 1. / 9. IX, 37.

[Bibl.: Sundwall, «Hegesistratos»: *RE*, VII, 2 (1912), col. 2612.]

HELCESAÍ.— *Elcesaí.

HÉLENO / *Hélenos*.— Adivino y guerrero troyano, hijo de Príamo y Hécuba. Había recibido el don de la adivinación de Apolo Timbreo al mismo tiempo que su hermana gemela, *Casandra. Se decía[1] que los dos niños, olvidados un día en el templo del dios, se despertaron a la mañana siguiente rodeados de serpientes que les lamían las orejas (cf. la historia de *Melampo), gracias a lo cual pudieron años después interpretar el lenguaje de las aves y, en general, las manifestaciones de la naturaleza. Otras tradiciones señalan, sin embargo, que las dotes adivinatorias fueron aprendidas del hijo del tracio Edon, regresando después a Troya[2]. Héleno fue el favorito del dios, recibiendo de éste como regalo el arco de marfil.

En la *Ilíada*[3] Heleno aparece sobre todo como héroe guerrero: dirige un escuadrón de combatientes en el ataque al muro (canto XII) y traspasa con su espada tracia la sien de Deípiro haciendo saltar el yelmo de su cabeza. También durante la guerra aconseja a Héctor volver a Troya para realizar sacrificios en honor de la diosa Atenea[4], lo que Héctor hace; el consejo es dado porque el adivino «comprende en su alma» los proyectos que Apolo y Atenea tienen reservados a los hombres.

Pero después de Homero (pues la «biografía» de Héleno fue continuada por otros poetas y mitógrafos posteriores) se alude a él sobre todo como adivino. Según fuentes tardías predijo a su hermano Paris todas las calamidades que iban a derivarse de su viaje a Grecia, que culminarían con el rapto de Helena.

El adivino se aparta de la causa de los suyos, es decir, de los troyanos, al ver cómo Aquiles sucumbe ante Paris[5] y cómo Príamo le niega la mano de Helena, que es entregada a Deífobo, más joven que él[6].

Decide entonces pasarse al campo enemigo[7], es decir, a los aqueos y no seguir participando en la campaña; por eso lo vemos refugiado en el monte Ida o en el templo de Apolo en Chrysis. Pero finalmente pasa a colaborar con el ejército aqueo (otras versiones sostienen que fue capturado por Ulises), a cuyo servicio pone sus facultades oraculares. Es él quien revela las tres condiciones necesarias para que Troya cayera en manos griegas: traer los huesos de Pélope; que Neoptólemo (el hijo de Aquiles) volviese a combatir con los griegos y accediese a entregarles las flechas y el arco de Heracles y, por último, robar la estatua de Palas Atenea (pues mientras estuviera dentro de la ciudad enemiga ésta sería inexpugnable)[8]. Algunas fuentes le atribuyen también la idea de construir un caballo de madera para introducir secretamente soldados en el interior de las murallas troyanas[9].

Su contribución a la victoria de los aqueos fue para éstos merecedora de recompensa y participó por ello en el reparto del botín, correspondiéndole Hécuba; algunas tradiciones creen, por el contrario, que fue hecho prisionero por los aqueos[10] y entregado a Neoptólemo (Pirro).

Los servicios prestados por Héleno al ejército aqueo le permitieron quedar en libertad tras la caída de Troya y el fin de la guerra.

A partir de este momento las diferentes tradiciones literarias varían pero casi todas ellas le hacen compañero de Neoptólemo, al que acompaña en su viaje a la Grecia continental[11] tras convencerle (siempre inspirado por Apolo) de que debían hacerlo por tierra y no por mar[12]: el consejo salvó a Neoptólemo de morir durante una fuerte tempestad.

Otras tradiciones señalan que, siguiendo el consejo de Héleno, Neoptólemo renunció a la Tesalia y se estableció en el Epiro[13]. Según Eustacio[14], Héleno le había aconsejado mediante un oráculo que se estableciese donde las casas tuvieran cimientos de hierro, paredes de madera y tejados de tela; los indígenas de Epiro vivían en tiendas con estas características.

Cuando Neoptólemo es muerto en Delfos por Orestes, Héleno le sucede como rey del Epiro (Virgilio[15] dice que había hecho de la ciudad epirota una Pérgamo y una pequeña Troya copiadas de la grande) y como esposo de Andrómaca; de dicho matrimonio nacería más tarde Cestrino al que las fuentes no atribuyen dotes adivinatorias algunas. Sin embargo, Héleno no pasó el trono a su hijo sino a Moloso, hijo de Neoptólemo. Otros autores antiguos creen que antes pudo haber contraído matrimonio con Deidamia, mujer de Aquiles[16].

Virgilio, que presenta al troyano Héleno como un «intérprete de los dioses» experto en los trípodes del Apolo Clario, en las estrellas, el lenguaje de las aves y los auspicios de su vuelo[17], recoge en su *Eneida* el largo oráculo que el vidente troyano da a Eneas (hijo de Anquises y de la diosa Afrodita) en su palacio de Butrotis; en él le advierte los peligros de su próximo viaje a Italia:

Hijo de la diosa [...] / poco de mucho te voy a aclarar con mis palabras, para que más seguro / recorras mares hospitalarios y arribes / al puerto ausonio; pues saber el resto lo prohíben / las parcas a Héleno y hablar me impide Juno Saturnia. / De Italia primero, aunque tú ya piensas, ignorante, / que está cerca y te dispones a entrar en puertos vecinos, / lejos te separa un largo y difícil camino por largas tierras. / Antes debes hincar tu remo en la ola trinacria / y recorrer con tus naves la llanura del mar ausonio / y los lagos del infierno y la isla de la dea Circe, / antes de que puedas fundar tu ciudad en una tierra segura. / Te diré las señales, tú tenlas guardadas en tu memoria (*Aen.*, III, 374-388).

Ante todo le revela cuál será el signo enviado por los dioses que le permitirá saber el lugar escogido para fundar la ciudad (Palanteo, a orillas del Tíber, sobre la que más tarde se levantará Roma):

Cuando, angustiado, junto a las aguas de un río escondido / encuentres bajo las encinas de la orilla una enorme cerda / blanca echada en el suelo, recién parida de treinta / cabezas, con las blancas crías en torno a sus ubres, / éste será el lugar de tu ciudad, éste el seguro descanso a tus fatigas. / Y que no te espanten los mordiscos que darás a las mesas: / los hados encontrarán el camino y Apolo llegará si le invocas (*Aen.*, III, 389-395).

Después le advierte de uno de los peligros que debe evitar en su largo viaje marítimo: la costa italiana oriental

Sin embargo estas tierras y esta ribera de Italia / cercana que baña la marea de nuestro mar, / evítalas; todas las murallas están llenas de malvados griegos (*Aen.*, III, 396-398).

Héleno aconseja a Eneas que sacrifique, una vez llegado a Italia, *velato capite*, es decir, con la cabeza cubierta para evitar ver durante el rito, *hostiles facies*:

Y cuando tras cruzarlo al otro lado del mar se detenga la flota / y estés cumpliendo ya tus votos en altares dispuestos en la playa / oculta tus cabellos cubriéndolos con un manto de púpura / para que entre los fuegos sagrados en honor de los dioses / no acuda alguna aparición hostil que turbe los presagios.

/ Guarda tú esta costumbre en tus sacrificios y así tus compañeros; / que fieles permanezcan a esta devoción tus descendientes (*Aen.*, III, 403-409).

Después vuelve a advertirle de los peligros de la navegación en el viaje de regreso, en especial los escollos de Escila y Caribdis:

Y cuando tras tu partida el viento a la sícula costa te empuje / y ralas se vuelvan las barreras del estrecho Peloro, / habrás de buscar las tierras a tu izquierda y a tu derecha los mares / en largo circuito; evita la costa de la derecha y las olas / [...] Ocupa Escila el lado derecho y la implacable Caribdis / el izquierdo, y en el profundo remolino de tu abismo tres veces / sorbe de pronto vastas olas y otras tantas las lanza de nuevo / al aire, y azota las estrellas con el oleaje. / A Escila por su parte una caverna la encierra en ciegos escondrijos / y ella saca la cabeza y atrae las naves a los acantilados. / Por arriba, un rostro humano y es doncella de hermoso pecho / hasta la ingle, monstruo marino de enorme cuerpo por abajo / con panza de lobo terminada en colas de delfín. / Es mejor recorrer la línea del Paquino trinacrio / en tu ruta y dar un largo rodeo / que contemplar una sola vez en su enorme antro a la deforme / Escila y las rocas resonantes de cerúleos canes (*Aen.*, III, 410-433).

Finalmente le aconseja que, para tener éxito en su empresa, haga votos a la diosa Juno e interrogue a la *sibila de Cumas para despejar las últimas incógnitas de su misión:

Por último, si aún queda sabiduría en Héleno el adivino / si aún confianza, si llena aún su corazón Apolo con la verdad, / una sola cosa te he de advertir, una sola por todas, / hijo de la diosa, y te aconsejaré repitiendo una y otra vez: / de Juno la grande adora lo primero el numen con tus plegarias. / a Juno canta en tus libaciones y a la dueña poderosa / aplaca con dones de súplica; así al fin vencedor, / serás enviado a las ítalas tierras dejando atrás Trinacria. / Una vez allí llegarás a la ciudad de Cumas / y a los lagos divinos y al Averno resonante de bosques, / veras a la vidente frenética que al fondo de una roca / canta el destino y confía a las hojas señales y nombres. / [...] Ella te hablará de los pueblos de Italia y de las guerras / venideras y de cómo evitar o soportar todas las fatigas, / y, si la veneras, te marcará caminos favorables. / Esto es cuanto me está permitido que con mi voz te advierta. / Ponte en marcha y lleva la gran Troya con tus hazañas a los astros (*Aen.*, III, 433-462).

En Ovidio, Héleno (vate y vidente) aparece prediciendo a Eneas, cuando Troya estaba a punto de caer, el renacimiento de la ciudad en la futura Roma, así como la grandeza de ésta bajo Augusto:

Hijo de diosa, si conoces lo suficiente los presagios de mi mente, no caerá Troya por entero salvándote tú. El fuego y el hierro te dejarán paso: escaparás y arrebatando los Pérgama [dioses domésticos] te los llevarás contigo hasta que Troya y tú alcancéis un suelo más acogedor que el de tu patria, y estoy viendo también que los descendientes de los frigios tienen destinada una ciudad tan grande como ni existe ni existirá ni ha sido vista en tiempos anteriores. A esta ciudad otros paladines la harán poderosa durante largos siglos, pero un descendiente de la sangre de Iulo la hará señora del mundo; cuando de ese hombre haya terminado de beneficiarse la tierra, pasarán a gozar de él las moradas celestes y el empíreo será su fin (*Met.*, XV, 439-449).

Cicerón[18] cita a Héleno entre los grandes adivinos (Anfiarao, *Poliido, *Melampo, *Mopso y *Calcante) cuyas predicciones resultaron ciertas.

Algunas tradiciones hacen de Héleno el fundador de la ciudad de Butrotis (en el Epiro) cuyo emplazamiento fue indicado por los dioses mediante un prodigio: mientras Héleno ofrecía a los dioses un sacrificio como agradecimiento, la víctima, un buey, huyó tras haber recibido el golpe mortal que la consagraba; tras atravesar a nado una bahía próxima fue a morir a la orilla. Héleno, comprendiendo la advertencia divina, mandó construir la ciudad «del buey herido» (*boutrotós*)[19]. También se le atribuye la fundación de Ilión (Epiro).

No han faltado autores modernos (P. Vincenzo Cova) que hayan insistido en su fama de «traidor»[20] y, al mismo tiempo, de sabio. Su dominio en el país de los vencedores[21] simbolizaría, en cierta manera, el paso de una cultura (troyana) a otra (griega). Su traición explicaría, a su vez, la amistad entablada con Eneas, cuyo comportamiento fue también muy similar.

1. Eust., *ad Il.*, 663, 40; *Schol. ad Il.*, VI, 76; VII, 44-45. / 2. Eust., 626, 25. / 3. XII, 94; XIII, 576-579; 754-783. / 4. *Il.*, VI, 76; VII, 44. / 5. Sófocles, *Philoct.*, 605 ss. / 6. Conon, *Narr.*, 34; Tzetzes, *ad Lycofr.*, 911. / 7. Dion. Chrys., *Or.*, 11, 142. / 8. Qynt. Smyrn., 10, 353; Apolod., *Bibl.*, 5, 9-10; Ovid. *Met.*, XIII, 333-337; Serv., *ad Aen.*, II, 166. / 9. Conon, *Narr.*, 34. / 10. Paus., X, 25, 5. / 11. Apolod., *Bibl.*, 6, 12; Paus., I, 11, 1; Serv., *ad Aen.*, II, 166. / 12. Serv., *ad Aen.*, II, 166; III, 297. / 13. Paus., I, 11, 1; Serv., *ad Aen.*, III, 297. / 14. *ad Od.*, III, 189, p. 1463. / 15. *Aen.*, III, 345 ss. / 16. Apolod., *Bibl.*, 6, 13. / 17. *Aen.*, III, 360 ss. / 18. *De Leg.*, II, 13, 33. / 19. Teucr. Cyz., *Etym.*, p. 210, 22; Apolod., *Bibl.*, 6, 13; Steph. Byz., s.v. «boutrotós». / 20. *Antol. Gr.*, II, 158; Tzetzes, *Epist.*, 6, pp. 13 y 14. / 21. Dion. Chrys., 11, 137-138.

[Bibl.: Otto, «Helenos»: *RE*, VII, 2 (1912), cols. 2844-2847.]

HELIODORO / *Heliódoros* (s. I d.C.).— Astrólogo, probablemente histórico, citado en tono burlesco por Lucilio[1] (poeta que vivió en Nápoles en tiempos de Nerón). Heliodoro sabe por su horóscopo que Cronos le es desfavorable. Durante la noche roba del templo la estatua de oro de Cronos y dirigiéndose al dios le dice:

Quien por sus fechorías llega el primero, hace experiencia, Señor, tú aprenderás cuál de nosotros dos es un Cronos para el otro. Quien para el otro trama maleficios se prepara a sí mismo; ¡cuando me hayas procurado una buena suma, obra todos los ortos que quieras! (*Anth. Pal.*, 183).

1. *Anth. Pal.*, 183.

HELIODORO / *Heliódoros* (s. IV d.C.).— Astrólogo implicado en los célebres juicios *de maiestas* celebrados en Antioquía durante el reinado del emperador Valente (372 d.C.).

Un hombre llamado Procopio denunció a dos corruptos tesoreros por haber intentado deshacerse mediante prácticas mágicas de *Fortunatianus* (tesorero de las finanzas imperiales). Los dos funcionarios recurrieron a un hombre llamado Palladio (un envenenador) y al astrólogo Heliodoro. Amiano Marcelino[1] ofrece un relato minucioso del juicio.

1. XXIX, 1, 5-6.

HERENIO SÍCULO / *Herennius Siculus* (s. II a.C.).— Harúspice amigo de Q. Fulvio, seguidor de Cayo Graco. Según Valerio Máximo[1], cuando iba a ser encarcelado por su amistad con el político romano (h. 121 a.C.) estrelló su cabeza contra la puerta de la prisión, cayó a tierra y expiró en el mismo mo-

mento en que iba a dar comienzo la ejecución de la sentencia.

Veleyo Patérculo[2] narra el hecho con ligeras variantes; cuando Herenio Sículo era conducido a prisión, preguntó dirigiéndose a su amigo: «¿Por qué no haces así?». En ese instante se abrió la cabeza contra el dintel de piedra de la puerta de la prisión (el cerebro quedó asomando) y murió.

1. IX 12, 6. / 2. II, 7, 2.

HERMÁGORAS DE ANFÍPOLIS / *Hermagóras* (s. III a.C.).— Discípulo del filósofo Perseo y uno de los primeros estoicos, escribió un manual de ooscopia [adivinación a través del examen de los huevos][1]. También circulaba otro tratado, de idéntico contenido, atribuido a Orfeo, salido de los círculos órficos.

1. Suidas., s.v.

HERMÓCLIDES / *Hermokleides* (s. I d.C.?).— Astrólogo citado por Lucilio en uno de sus epigramas satíricos[1]. Todos los astrólogos habían anunciado a cierto personaje una larga vida, pero Hermóclides había predicho que moriría antes de lo esperado; el vaticinio lo hacía, sin embargo, en el momento en que se lloraba ya su muerte.

1. *Anth. Pal.*, XI, 159.

HERMÓTIMO DE CLAZÓMENAS / *Hermótimos* (s. VI-V a.C.).— Filósofo y taumaturgo semilegendario. Nacido, quizá, hacia finales del siglo VI a.C. en la ciudad de Clazómenas, en la costa jónica de Asia Menor, poseía, como *Ábaris y *Aristeas, poderes «chamánicos».

Según Plutarco[1], el alma de Hermótimo, abandonando su cuerpo durante la noche o el día, erraba por diversos lugares y volvía a entrar en él; refería entonces muchas noticias de lugares lejanos que no podían ser conocidas de no haber estado alguien presente allí.

Un día su mujer entregó el cuerpo inanimado de su esposo a sus enemigos (llamados Cantaridos) que lo quemaron en su casa[2].

Según algunos autores[3] el alma del filósofo se habría reencarnado posteriormente en Pitágoras.

1. *De gen. Socr.*, 22, 592 c-d. / 2. Plin., *NH*, VII, 174; Tert., *De anim.*, 44. / 3. Diog. Laert., 8, 5; Porf., *VP*, 45; Hipol., *Philos.*, 2, 11.

HIEROCLES / *Hieroklês* (s. V a.C.).— Adivino griego (*mantis* y cresmólogo) natural de Atenas que vivió en la segunda mitad del siglo V a.C. De él sabemos, sobre todo, por Aristófanes[1] y otros comediógrafos de la época.

De un acuerdo de los calcidios, fechado en 446/445 a.C.[2], se desprende que Hierocles trajo a esta ciudad una respuesta oracular sobre Eubea. Algunos autores (U. Köhler) piensan, en relación con esto, que Hierocles participó en el ejército ateniense durante el levantamiento de Eubea (446/5) e incluso que pudo comandar las tropas tras la caída de la isla. Con el sometimiento de Eubea por parte de Atenas, Hierocles pudo haberse transformado en un cleruco en la región de Oreo; esto explicaría que Aristófanes[3] le considerara originario de ella.

Hierocles es citado por Aristófanes como un exégeta de oráculos que practica, ocasionalmente, la hepatoscopia. También citaba oráculos de *Bacis y de la *Sibila. En Aristófanes[4] aparece ridiculizado, olfateando el humo del sacrificio ofrecido por Trigeo a la Paz a la que el adivino se opone (una paz entre los griegos que ponga fin a la guerra del Peloponeso); dirigiéndose a Trigeo —que le interrumpe continuamente

mientras celebra el sacrificio— le dice, en hexámetros oraculares:

... el Destino no había dado aún la señal de liberar a Paz de sus cadenas, sino que antes [...] No es del agrado de los bienaventurados dioses que las discordias concluyan antes que el lobo celebre el himeneo con la oveja. Mientras las cucarachas en su huida tiren unos pedos inaguantables y el jilguero cantarín en su apresuramiento tenga crías ciegas, durante todo ese tiempo es necesario que no se haga la paz (Aristof., *Pax,* 1072 ss.).

Finalmente, cuando se dispone a comer las entrañas de la víctima sacrificial sin el permiso de Trigeo, es apaleado con una vara por éste y su criado.

1. *Pax*, 1043 ss; *Schol.*, 1046, 1063. / 2. *I.G.*, I², 39, 66 ss. / 3. *Pax*, 1046. / 4. *Pax*, 1030.

[Bibl.: Sundwall, «Hierokles»: *RE*, VIII, 2 (1913), col. 1476.]

HIGINO / *C. Iulius Hyginus* (s. I a.C.).— Astrólogo y bibliotecario de Augusto conocido sobre todo a través de Suetonio[1]. Nació en Hispania o en Alejandría (lo que parece menos probable). Hacia el 45 a.C., a la edad de 19 años, fue llevado como esclavo por César a Roma. Como liberto pudo dirigir la biblioteca del Palatino sucediendo en el cargo a Pompeyo Macer; mantuvo relaciones amistosas con el poeta Ovidio (cuyos intereses literarios defendió durante el exilio de éste[2]) y con el antiguo cónsul Clodio Licinio.

Higino escribió varias obras sobre agricultura, gramática, mitología, etc., que son conocidas por alusiones indirectas de otros autores. De carácter astronómico dejó escritas dos obras en latín: unas *Fabulae* o *Genealogiae* y el tratado *De astronomia*.

Esta última, publicada en época augústea (entre los años 11 y 3 a.C.) con el propósito de superar los *Fenómenos* de *Arato, estaba dedicada a un cierto Fabio (a quien Carcopino identificó con Paulo Fabio Máximo, un aristócrata cultivado casado en el año 11 a.C. con Marcia, sobrina de Augusto). Es posible que tanto Higino como Fabio Máximo y Ovidio hubieran formado parte de alguna secta pitagórica (J. Carcopino), lo que explicaría su caída en desgracia ante el emperador.

La obra se compone de un prefacio seguido de cuatro libros:

I: Breve compendio de cosmografía con definiciones elementales sobre el universo, la esfera celeste, su centro y su círculo y, por último, sobre la tierra y sus zonas.

II: Sobre las leyendas estelares y a los catasterismos. Las cuarenta y dos constelaciones son repartidas en cinco zonas separadas por los círculos celestes. Finalmente, una narración de las leyendas relativas a los planetas y a la Vía Láctea.

III: Las mismas constelaciones son retomadas en idéntico orden para describir su posición sobre la bóveda celeste e indicar el número de estrellas que constituyen cada figura y su disposición.

IV: Retoma el estudio de los círculos celestes abordado en el primer libro, situándolos entre las constelaciones que las atraviesan. Después explica el movimiento de la esfera, la desigualdad de noches y días, ortos y ocasos de las estrellas en sincronismo con los ortos de los signos zodiacales, el curso del Sol y de la Luna. Finalmente elabora una teoría de las revoluciones, sus distancias y la armonía de las esferas.

Se trata, en definitiva, de una obra con escasas especulaciones astrológicas, al contrario de lo que sucederá en los tratados posteriores al siglo I d.C. Entre sus fuentes figura, ante todo, el astrónomo *Arato (*Aratos*) (310-245 a.C.), contemporáneo de *Beroso (s. III

a.C.), cuyos *Fenómenos* (publicados hacia 275 a.C.) se publicaron bajo la forma de poema didáctico versificado y fueron muy elogiados por Cicerón[3]. Higino se propone en su obra dar una exposición del universo más clara y completa que la de Arato.

1. *Gramm.*, 20 / 2. *Trist.*, III, 14, 2; *Pont.*, IV, 16, 1. / 3. *De Orat.*, I, 69; *Rep.*, 1, 22.

[Bibl.: Ediciones: A. Le Boeuffle, *Hygin. L'astronomie*, Paris, 1983; Viré Ghislaine, *Higini. De astronomia*, Stuttgart, 1992. Estudios: Viré Ghislaine, «Le texte du *De astronomia* d'Hygin: questions de méthode»: *Latomus*, 51 (1992), pp. 843-856.]

HILARIO / *Hilarius* (s. IV d.C.).— Adivino (*vates*) de origen frigio[1], citado junto a su colega Patricio por el historiador Amiano Marcelino[2]. A finales del siglo IV d.C. un cierto Paladio acusó a Fidistio (un ex-gobernador), a Pergamio y a Ireneo de haber intentado averiguar mediante «prácticas nefandas» quién sería el sucesor del emperador Valente (364-378 d.C.). Fidistio fue detenido y confesó lo sucedido, implicando en su declaración también a Hilario y Patricio, «expertos en la adivinación»: narró que las *sortes*, movidas por éstos con técnicas secretas, habían anunciado la llegada de un nuevo emperador y un triste fin para aquellos que las consultaban.

Más tarde, tras ser sometidos a tortura, Hilario y Patricio explicaron los detalles de la técnica adoptada: construyeron con madera de olivo un trípode —a semejanza del de Delfos— y lo consagraron según un ritual prescrito[3]. Emplazado el trípode en el centro de la casa, previamente purificada con incienso, situaron sobre él un plato en cuyo borde estaban escritas las veinticuatro letras del alfabeto griego cuidadosamente separadas unas de otras. El oficiante, vestido para la ceremonia, tras haber suplicado a la divinidad que inspira las profecías (quizá Apolo), se puso sobre el trípode soltando un anillo consagrado suspendido de un hilo. El anillo, moviéndose por impulsos se detenía sobre varias letras, formando las respuestas en hexámetros, de forma idéntica, pues, a los célebres oráculos délficos[4]. Finalmente, a una pregunta sobre el nombre del futuro emperador, se detuvo en las letras THEO: uno de los presentes, adelantándose a la respuesta oracular y añadiendo las restantes, anunció el nombre de Teodoro siendo la sesión inmediatamente interrumpida[5]; este hecho impidió, sin embargo, conocer el verdadero nombre del sucesor de Valente, que no sería el notario Teodoro sino Teodosio.

Siempre en la misma ceremonia adivinatoria, Hilario y Patricio anunciaron su propia muerte, pero también advirtieron serios peligros para los jueces y el emperador[6]. Todos estos acontecimientos no tardaron en cumplirse, pues los inculpados en el caso fueron condenados a muerte por orden de Valente[7], en el 371/372; la misma suerte siguió el filósofo Máximo, acusado de haber escuchado el oráculo[8].

1. Eun., Fr. 40; Zos., IV, 15, 1. / 2. XXIX, 1, 5-6. / 3. Amm. Marc., XXIX, 1, 29. / 4. Amm. Marc., XXIX, 1, 31. / 5. XXIX, 1, 32. / 6. XXIX, 1, 33. / 7. XXIX, 1, 38. / 8. XXIX, 1, 42.

HILO / *Hýllos* (s. II a.C.?).— Adivino, probablemente no histórico, citado por Flegonte de Trales (s. II d.C.) en su tratado *Sobre los prodigios*. La narración se presenta bajo la forma de una carta de un oficial regio a sus superiores, quizá bajo el reinado de Filipo V (238-179 a.C.). El episodio, que será retomado por Proclo[1], narra lo sucedido con Filino, una joven muerta que, «por voluntad divina», abandonaba la tumba para encontrarse en un albergue con su pretendiente; el fenómeno despertó el

natural temor entre la familia y la población, sobre todo cuando se comprobó que la tumba se hallaba vacía.

Se decidió entonces recurrir a los servicios de Hilo, que era considerado como «el mejor adivino» y un hábil augur, así como por «tener de las cosas una destacada visión de conjunto»[2]. Hilo ordenó que enterraran a la mujer fuera de los límites de la casa, alejando mediante un sacrificio expiatorio al Hermes infernal y a las Euménides. Después recomendó que purificaran con agua todos los objetos sagrados. Al oficial, autor de la carta, le encomendó que hiciera sacrificios en honor al rey y pusiera los asuntos públicos bajo la protección de Hermes, Zeus y Ares.

1. *In Remp.*, II, 115-116. / 2. Fleg., 1.

[Bibl.: Fragmentos de la obra en F. J. Gómez Espelosín, *Paradoxógrafos griegos. Rarezas y maravillas*, Madrid, 1996, pp. 166-170.]

HIPÓMACO / *Hippómachos* (s. V a.C.) .— Adivino griego (*mantis*) originario de la isla de Leukas (según otros acarnanio) y que vivió en época de las guerras médicas.

De él sólo sabemos que consultaba las entrañas de las vísceras al servicio de los mercenarios griegos que formaban parte del ejército persa, en vísperas de la batalla de Platea en 479 a.C.[1]. Su pronóstico del examen de las vísceras sacrificiales preveía un desenlace de la batalla desfavorable para los persas, coincidiendo así, según el historiador griego, con el que *Hegesístrato hacía al servicio del persa de Mardonio y con el que *Tisámeno a su vez realizaba para los griegos.

1. Herod., IX, 38.

[Bibl.: Wiedersich, «Hippómachos»: *RE*, suppl. IV (1924), col. 749.]

HISTASPES (Oráculos de) / *Vishtaspa* (s. I a.C.).— Durante el siglo I a.C. circularon unos *Oráculos* de Histaspes (rey de Media anterior a la guerra de Troya), que, redactados en griego, iban dirigidos contra Roma, cuya caída anunciaba. Según algunos autores (Bidez y Cumont) dichos oráculos no son anteriores a la derrota de Mitrídates y la conquista de Siria (64 a.C.). Pudo ser obra de amigos de Mitrídates o de los partos, fuera o dentro del Imperio romano. Sabemos por Pausanias[1] y más tarde, por una carta de Basilio[2], que en Asia Menor existía una colonia persa con sus magos.

En estos oráculos se anunciaba también que la vida de la humanidad duraría siete milenios (en analogía, pues, con otros textos apocalípticos judíos y cristianos posteriores). Durante los seis primeros, el Bien y el Mal se disputarán el dominio de la tierra. En el séptimo, el Mal se impondría trayendo todo tipo de calamidades hasta que Ahura Mazda enviase a Mitra al final de este milenio estableciendo una época dorada. A comienzos del octavo milenio llegaría la *epikrosis,* en la que sólo los justos gozarán de la beatitud eterna.

Muchos autores cristianos trajeron a colación los oráculos de Histaspes. Así, Lactancio asegura que el rey Histaspes trasmitió a la posteridad un extraño sueño interpretado por un niño: «Que será arrancado del mundo el imperio y el nombre de Roma»[3]. Lactancio resume la mayor parte del oráculo, que, en su opinión, coincidía con las ideas escatológicas cristianas. También recuerda que el oráculo, tras describir la maldad de los últimos tiempos, anunciaba el fin del mundo.

Justino[4] sabía que la circulación del oráculo de Histaspes estaba prohibida bajo pena de muerte. Una versión cristianizada del oráculo circulaba por el Imperio ya en el siglo II d.C. Clemente de Alejandría atribuye[5] una cita de Histaspes a san Pablo, aunque quizá se

trate de algún texto apócrifo atribuido al Apóstol. En esta versión cristianizada, Histaspes alude expresamente a Cristo.

1. V, 27, 5. / 2. *Epist.*, 258. / 3. Lact., *Inst. div.*, VII, 15, 19. / 4. *Apol.*, I, 44, 12. / 5. *Strom.*, VI, 5, 43, 1.

[Bibl.: H. Windisch, *Die Orakel des Hystaspes*, Amsterdam, 1929; J. Bidez y F. Cumont, *Les mages hellénisés. Zoroastre, Ostanes et Hystaspe d'après la tradition grecque. I: Introduction; II: Les textes*, Paris, 1938.]

HOCHMEA / *Hochmaea* (s. II d.C.?).— Una inscripción bilingüe de Niha (Siria), grabada sobre una estela funeraria erigida por un soldado romano en honor de Hochmea[1], nos dice que esta mujer era profetisa (*vates*) de la diosa siria Nihathena.

Más que de una intérprete de oráculos y *omina* parece tratarse de una profetisa que revelaba a los consultantes la voluntad de la diosa mediante la inspiración directa. Se asemejaría mucho, por tanto, a la profetisa *Marta.

1. *IGLS*, VI, 2929, 1967.

[Bibl.: Y. Hajjar, «Dieux et cultes non heliopolitains de la Béqa'»: *ANRW*, II, 18.4 (1987), pp. 1521-1522.]

HORO / *Horos* (s. I a.C.).— Astrólogo babilonio, histórico en opinión de algunos autores, citado por Propercio (50/47 a.C.-2 d.C.) en una de sus *Elegías*. Dice ser discípulo del babilonio Orope, seguidor, a su vez, de Arquitas (filósofo pitagórico del s. IV a.C.). El poeta se propone, al comienzo de su IV libro, ensalzar la grandiosidad de la Roma de Augusto y evocar el glorioso pasado de la ciudad. Pero en la segunda parte del poema pone en boca del astrólogo un llamamiento a las dificultades de la empresa:

¿Adónde te precipitas, errabundo Propercio, cantando destinos ignorante del futuro? Esos hilos no están torcidos en rueca favorable. Con tus cantos te buscas lágrimas, Apolo te es enemigo; quieres sacar de una lira que se resiste palabras de las que habrás de arrepentirte. Cosas ciertas diré, con firmes pruebas, y si no, soy astrólogo que no sabe hacer girar las estrellas en la esfera broncínea. A mí, que soy Horo, me ha engendrado 'Orope babilonio, descendiente de Arquitas, linaje que se remonta a nuestro antepasado Conón (vv. 71-78).

Horo lamenta, luego, la avidez de dinero de los astrólogos de su época:

Ahora han hecho de los dioses medio de lucro y (con oro engañan a Júpiter) de las constelaciones reunidas en la órbita oblicua, y del jovial astro del padre de los dioses y del violento Marte, y del de Saturno que amenaza cualquier cabeza (vv. 82-84).

Recuerda que, consultado por una madre, Arria, le advirtió cuál iba a ser el futuro de sus hijos, en contra de los planes que ésta les tenía reservados:

Yo predije [...] que no volverían a traer sus lanzas a los penates paternos: pues ahora sus dos piras aseguran mi crédito[...]. El acierto me fue concedido, pero a pesar mío (vv. 89 ss.).

También presume de haber recomendado a otra mujer, Cínara, cuando el parto se retrasaba, hacer un voto a Juno para aplacarla[2]. Proclama:

... hay que mirar los caminos del cielo y el curso a través de las estrellas; la verdad hay que buscarla en las cinco zonas (vv. 107-108).

Finalmente, tras evocar a *Calcante, anuncia el futuro al propio Propercio[3].

1. IV, 1. / 2. IV, 1, 99-102. / 3. IV, 1, 119-150.

I

IDMÓN / *Ídmon*.— Adivino argivo (hijo de Abas o de Anficos) y miembro de la expedición de los Argonautas; su nombre puede estar relacionado con la raíz griega que significa «ver». El principal método adivinatorio practicado por Idmón era la ornitomancia[1], pero Apolonio de Rodas[2] dice que también aprendió de Apolo a explicar los signos de las víctimas sacrificiales.

Como Anfiarao de Tebas, conocía por los augurios la proximidad de su propia muerte, pese a lo cual no dudó en incorporarse a la expedición[3]. Murió en el país de los mariandinos, en el lugar donde más tarde se levantaría la ciudad de Heraclea, pero las versiones sobre las circunstancias de su muerte difieren: atacado por un jabalí[4], de una mordedura de serpiente[5] o a causa de una enfermedad mortal[6]. En el momento de fundar Heraclea un oráculo ordenó a los niseos y beocios tenerlo como protector de la futura ciudad. Idmón tuvo un hijo, Téstor (sacerdote de Apolo) y un nieto, el célebre adivino *Calcante.

1. Higin., *Fab.*, 14. / 2. *Arg.*, I, 142 ss. / 3. Higin., *Fab.*, 14. / 4. Apol., *Arg.*, II, 815 ss. / 5. *Orph. Argon.*, 185. / 6. Val. Flacc., *Argon*, 5, 2.

IDO / *Ídos* (s. X a.C.).— Profeta hebreo testigo del cisma de Israel. Se le atribuye la redacción de una crónica titulada *Hechos de los reinados de Roboán y de Abías*[1].

Se le suele identificar con Yedó el Vidente, que dejó un escrito sobre sus visiones relativas a los reinados de Salomón y Jeroboam; de ellas sabemos sólo por las *Crónicas*[2].

1. 2 Cro 12, 15; 2 Cro 13, 22. / 2. 2 Cro 9, 29.

ISAÍAS / *Yesa 'yahu* (s. VIII-VII a.C.).— El primero de los grandes profetas de Israel. Hijo de 'Amcs, nació en Jerusalén en el seno de una familia acomodada, familiarizándose con el culto desde la niñez. Oyó la llamada de la vocación hacia el 740 a.C. (bajo el reinado del rey Ozías) cuando, según él mismo narra en su libro[1], vio en el interior del Templo de Jerusalén a Yahveh sentado sobre un trono mientras los vuelos de su manto llenaban el Templo; unos serafines, de seis alas, se mantenían erguidos por encima de él. Después de que uno de ellos tocase con una brasa del fuego del altar la boca de Isaías para expiar sus pecados, Yahveh se dirigió a él para dictarle su misión:

Ve y di a este pueblo: / Escuchad bien pero sin comprender, y mirad, mas sin percibir. / Embota el corazón de este pueblo, y entorpece sus oídos, y ciega sus ojos, / para que con sus ojos no vea, ni oiga con sus oídos, / ni con su corazón entienda, ni se convierta y se le cure (Is 6, 8-10).

Isaías nos ofrece algunos detalles sobre su familia, su esposa, que también era «profetisa»[2], y sus hijos, a los que dio nombres simbólicos[3]. Desempeñó el papel de «profeta de la corte» en el Templo de Jerusalén; es posible que gracias a su buena formación (dominaba la cultura de los escribas) accediera a la corte sirviendo en calidad de sacerdote a varios reyes.

Su vocación se desarrolla bajo los reinados de Jotam (745-742 a.C.), Ajaz (741-726) y Ezequías (725-697). Se trata de un período rico en acontecimientos a los que con frecuencia alude el profeta en sus mensajes: la guerra siroefraimita (734-733), la muerte del monarca asirio Tiglatpileser III (hacia el 726), la rebelión del reino del Norte contra Salmanasar V (concluida con la caída de la capital, Samaría, en el 721), los intentos independentistas de Ezequías (ayudado por Egipto) y la amenaza de Jerusalén por Senaquerib (701).

Durante su primera etapa predicó muchos de los temas preferidos del profeta *Amós, censurando el lujo desmedido de las mujeres de la alta sociedad[4], condenando la injusticia de los tribunales y atacando la corrupción de muchos sabios y políticos[5].

Los oráculos que se conservan de la predicación de Isaías están recogidos en la primera parte del libro que lleva su nombre (caps. 1-39), a la que después se añadieron materiales más tardíos (que componen las otras dos partes del libro: caps. 40-55 y 56-66).

En el año 735 los reyes de Aram y de Israel se coaligaron contra Judá, intentando sustituir al rey Ajaz por un soberano favorable a una coalición antiasiria. El profeta exhortó a Ajaz a que tuviera confianza y fe en Yahveh, el único que podía salvarle[6]. Pero Ajaz, indiferente a los signos de la presencia de Yahveh[7], inmoló a su hijo a las divinidades paganas invocando su auxilio e hizo un llamamiento a Asiria[8]. Isaías emite entonces el llamado «oráculo de Emmanuel»:

Y acaecerá en aquel día que silbará Yahveh al tábano / que está en el confín de los Nilos de Egipto, / y a la abeja que mora en la tierra de Asiria, / y vendrán y se posarán todos ellos en las hoces de los valles / y en las hendiduras de las rocas, / y en todos los matorrales y en todas las malezas. / Aquel día rasurará Adonay con navaja alquilada del / otro lado del Río, a saber, por medio del rey de Asiria, / la cabeza y el pelo y las piernas, y arrancará hasta la barba... (Is 7, 18-20).

El oráculo será repetido en otras ocasiones más a lo largo del libro[9]. La prueba de que Dios estaba con su pueblo y asiste a la dinastía será el nacimiento de un niño en el harén real, llamado Enmanuel (*'Immanu-El*, «Dios con nosotros»), en alusión, quizá, a Ezequías, hijo del propio Ajaz. Dicha profecía influiría considerablemente, siglos más tarde, sobre el pensamiento cristiano que reconoció en Emmanuel al Mesías.

La incredulidad del pueblo provocó el castigo divino que se materializó con la caída y ruina de Samaria. Ezequías (716-687), sucesor de Ajaz al frente de Judea, trató de llegar a un acuerdo de alianza con Egipto para sacudirse el yugo de los asirios; a la embajada judía se refiere también Isaías[10] en tono irónico, ya que no creía que dicha alianza sirviera frente a Asiria. Nuevas profecías[11], emitidas probablemente tras la caída de la ciudad de Asdod por las tropas de Sargón (711 a.C.), anunciaron la

superioridad de los asirios sobre los egipcios; el propio profeta se mostró desnudo por las calles de Jerusalén en señal prefigurativa del estado en que iban a quedar egipcios y etíopes como cautivos de los asirios:

Así como mi siervo Isaías ha caminado desnudo y descalzo, y ha sido durante tres años signo e indicio contra Egipto y Etiopía, así conducirá el rey de Asiria a los cautivos de Egipto y a los deportados de Etiopía, muchachos y ancianos, desnudos y descalzos y con las posaderas al aire, las vergüenzas de Egipto (Is 20, 3-4).

A la muerte del rey asirio Sargón, Isaías anunció que su sucesor sería aún mucho más terrible, describiendo así la marcha irresistible del invasor:

Y tremolará una enseña para un pueblo lejano / y le silbará haciéndolo venir desde el extremo de la tierra / y he aquí que apresuradamente, ligero, vendrá. / No hay en él cansado ni quien se tambalee, no dormita ni duerme / ni se desabrocha el cinturón de sus lomos, ni se rompe la correa de sus sandalias. / Sus saetas son afiladas y todos sus arcos están tensos; / los cascos de sus caballos se tomarían por pedernal, y sus ruedas por huracán. / Tiene rugido como de león, ruge como los leoncillos; / gruñe y atrapa la presa, la arrebata y no hay quien la libere (Is 5, 26-29).

Assur es para el profeta el «bastón de la ira de Dios»[12]. Aunque criticó las medidas militares tomadas para reforzar la capital[13] también anunció que Dios no permitiría que el enemigo entrara en ella, donde Él reside, a causa de las promesas hechas a David:

Por ello así dice Yahveh respecto al rey de Asiria: / «No penetrará en esta ciudad, ni disparará allí flecha, / ni le opondrá escudo, ni acumulará contra ella baluartes; / por el camino que trajo habrá de volverse / y en esta ciudad no penetrará —oráculo de Yahveh—. / Yo ampararé esta ciudad para salvarla en atención a Mí / y a David mi siervo» (Is 37, 33-35).

La profecía fue cumplida cuando Senaquerib, por motivos de índole diversa (epidemia en el ejército, sublevación de las provincias orientales), se vio obligado finalmente a retirarse de Jerusalén.

Como profeta, Isaías era un hombre inspirado por la divinidad; entraba en éxtasis cuando la «mano de Yahveh» se posaba sobre él[14]. Unas veces tenía visiones, otras escuchaba la voz divina «con sus oídos»[15]. Su fuerte carácter le llevaba a cometer actos excéntricos, cantando o lamentándose en la plaza pública[16]. Sin duda se consideraba en posesión de poderes sobrehumanos[17] y no evitaba anunciar en sus oráculos fechas precisas[18].

Siempre sus presentimientos vienen dictados más por exigencias morales o religiosas que por motivos de índole política o social. En este sentido es un profeta de la santidad purificadora de Dios, santidad entendida siempre como sinónimo de gloria, de majestad; el pueblo se presenta, por el contrario, como ingrato hacia su dueño legítimo[19]. Respecto a la monarquía apoya, como hemos visto, la legitimidad de la casa de David[20] (como también el Templo y su culto) y no duda en colaborar con ella interviniendo directamente en los asuntos políticos.

Respecto al contenido de las otras dos partes restantes del libro que lleva su nombre podríamos resumirlo así: los capítulos 40-55 (el llamado Déutero-Isaías) comprende una serie de profecías destinadas a dar ánimo a los judíos exiliados en Babilonia poco antes de que el rey Ciro les permitiese regresar a su patria (537 a.C.). Los capítulos 56-66 tratan temas que presupo-

nen la reconstrucción del Templo (h. 520).

1. Is. 6, 1. / **2.** 8, 3. / **3.** 7, 3; 8, 3. / **4.** 3, 16-24. / **5.** 5, 23; 5, 11-22. / **6.** 7, 1-9. / **7.** 7, 10-12. / **8.** 2 R 16, 3-9. / **9.** 8, 5-8, 23; 9, 6; 11, 1-9. / **10.** 18, 1 - 19, 15. / **11.** 20; 18, 1-6. / **12.** 10, 5. / **13.** 22, 8-14; 30, 15-17. / **14.** 8, 11. / **15.** 6; 28, 19; 5, 9; 22, 14. / **16.** 2; 5, 1-6. / **17.** 7, 11. / **18.** 7, 16; 8, 4; 29, 1. / **19.** 1, 2-4. / **20.** 7, 17.

[Bibl.: J. H. Hayes, «The usage of oracles against foreign nations in Ancient Israel»: *JBL* (1962), pp. 81-92; J. Vermeylen, *Du prophète Isaïe à l'apocalyptique*, 2 vols., Paris, 1981; G. R. Hamborg, «Reasons for judgement in the oracles against the nations of the prophet Isaiah»: *VT*, 31/2 (1981), pp. 145-159; P. Cesare Bori, «L'esperienza profetica nell'Ascensione di Isaia», en *L'estasi del profeta*, Bologna, 1989, pp. 17-30.]

J

JANANI / *Jananí, Ananí* (s. IX a.C.).— Vidente (*roeh*) judío, padre del también profeta *Yehú[1]. Hacia el 875 amonestó al rey Asá de Judá por haber proyectado una alianza con Ben-Jadad, rey de Aram (frente al rey de Israel Baasá), antes que con Yahveh:

Por cuanto te has apoyado en el rey de Siria y no te has apoyado en Yahveh, tu Dios, por eso el ejército del rey de Siria ha escapado de tu mano [...] Has obrado neciamente en esto; pues desde ahora habrá guerras contra ti (2 Cro 16, 7 y 9).

Su ataque al rey le costó ser encarcelado[2].

1. 1 R 16, 1 y 7. / 2. 2 Cro 16, 10.

JANANÍAS / *Ananías* (s. VII-VI a.C.).— Nombre de un «falso profeta», hijo de Azur, originario de Gabaón y contemporáneo de *Jeremías. Ambos se enfrentarán abiertamente, con sus profecías, en tiempos del rey de Judá, Sedecías (hacia el 597 a.C.). Jeremías creía necesaria y conforme al deseo de Yahveh, la sumisión a Babilonia y a su rey, Nabucodonosor. Jananías, por el contrario, profetizaba la inminente liberación de Judá, la pronta restitución de los objetos sagrados del Templo de Jerusalén, saqueado por los babilonios, y la restauración de la dinastía davídica:

Así me habla Yahveh, rey del Israel: «¡He decidido quebrar el yugo del rey de Babilonia! Dentro de dos años completos haré restitutir a este lugar todos los objetos de la Casa de Yahveh que Nabucodonosor, rey de Babilonia, tomó de este lugar y transportó a Babel. Y a Jeconías, hijo de Joaquim, rey de Judá, y a todos los desterrados de Judá emigrados a Babilonia, los haré retornar a este lugar, pues quebraré el yugo del rey de Babilonia» (Jr 28, 6-9).

Para afirmar sus palabras, el falso profeta cogió el yugo que Jeremías llevaba al cuello como símbolo de sus ideas y lo quebró. Jeremías le anunció entonces el castigo que iba a recibir de Yahveh por haber engañado al pueblo con sus mentiras: su muerte en ese mismo año.

1. Jr 28, 10. / 2. Jr 28, 16.

JEREMÍAS / *Yirmeyahu* (hebr.), *Hieremías* (gr.)(650-586 a.C.).— Profeta hebreo, quizá el más grande de los

pre-exílicos, nacido en torno al año 650 a.C. en el seno de una familia sacerdotal de 'Anatot, en las proximidades de Jerusalén. Judá era entonces vasallo de Asiria, pero pocos años después, bajo el reinado de Josías, el reino asirio comienza a debilitarse bajo los golpes del nuevo Imperio babilónico; la muerte de Asurbanipal en el 627 acentúa el declive asirio consumado más tarde con la destrucción de Nínive (612). Aprovechando los acontecimientos el rey Josías logrará la independencia para su pueblo.

La vocación del profeta tuvo lugar en el 627 a.C., convirtiéndose desde entonces en «boca de Yahveh»[1]. La primera predicación repite temas de *Oseas, en especial la relación conyugal de Yahveh con Israel. Se dedica a censurar el desorden público, la apostasía y la injusticia, el culto de los «altos lugares» y la situación social de pobres y huérfanos[2].

Probablemente en el 622, cuando el rey Josías lograba conquistar una parte del reino del Norte, Jeremías emite un oráculo en el que Yahveh llama a la reconstrucción de la unidad de Israel:

Así dice el Señor Dios de Israel: Escribe en un libro todas las palabras que te he dicho. Porque llegarán días en que cambiaré la suerte del pueblo de Israel y Judá y los traeré a la tierra que di en posesión a sus padres (Jr 30, 2-3).

No obstante, durante los años de la reforma de Josías, Jeremías parece retirarse; dado que nada sabemos de su actividad podríamos suponer que básicamente estaba de acuerdo con las líneas de aquella reforma. Sin embargo otros autores creen que el profeta habría caído en descrédito ante los suyos, pues en aquella época sus oráculos iban acompañados de una amenaza de castigo divino por medio del «enemigo del Norte», arqueros y gentes de a caballo cuya «lengua nadie conoce»[3]. No sabemos a qué pueblo se referiría Jeremías (¿escitas?), pero lo cierto es que la invasión anunciada nunca se produjo y el profeta se vio en la obligación de retirarse, siendo objeto de burlas que él mismo recuerda[4]. Sólo el desarrollo de los acontecimientos convencería a los suyos de la veracidad de sus revelaciones: en el 609 el rey muere a manos del faraón Nekao II en la batalla de Megiddo y Judá pierde su autonomía política; el nuevo monarca, Joaquim, será vasallo de Egipto, primero, y de Babilonia —el «enemigo del Norte»— después[5].

La segunda época de su actuación coincide, pues, con el reinado de Joaquim (608-597). Seguro de su misión, en el 604 dictó al escriba Baruc todas las profecías hechas desde los tiempos de su conversión[6], particularmente aquellas que se referían a Jerusalén y Judá, así como las palabras dirigidas contra los pueblos vecinos que hostigaban al reino de Judá. El rollo fue leído públicamente en el Templo por Baruc, siguiendo las órdenes de su maestro y después (en el 604 a.C.) por los consejeros del rey Joaquim, en presencia suya, quien, a medida que realizaba su lectura, lo iba destruyendo.

Jeremías se esforzó por denunciar los falsos cultos y en particular la devoción a la «reina de los cielos»:

¿No ves acaso lo que ellos hacen en las ciudades de Judá y en las calles de Jerusalén? Los hijos recogen leña y los padres encienden el fuego; las mujeres elaboran la masa para hacer tortas a la reina de los cielos y vierten libaciones a los dioses extraños para irritarme (Jr 7, 17-18).

Se trata de una alusión a Ishtar, diosa asirio-babilónica de la fertilidad, similar a la Astarté cananea.

Pero también ataca al rey y a sus funcionarios: a Joaquim por el palacio que se hace construir[7], a éstos por el

mal funcionamiento de la justicia. En 13, 1-7 compara el destino que aguarda a Judá con el de una faja de lino que se deja pudrir en una hendidura del roquedal del Éufrates.

Muchas de sus invectivas van dirigidas también contra el Templo y contra el culto, por lo que se le prohibió su entrada al recinto sagrado; el profeta llegó a sentirse en peligro de muerte[8].

Jeremías no dudó en llegar a poner a Nabucodonosor (rey de Babilonia desde el 605) —en cuanto ejecutor de la cólera que convertirá al país «en ruina y devastación»— como servidor de Yahveh:

Pues no habéis escuchado mis palabras, he aquí que Yo envío a tomar todas las familias del Norte y enviaré también a mi vasallo Nabucodonosor, rey de Babilonia, y los traeré contra este país contra sus habitantes y contra todas las naciones de alrededor y los consagraré al anatema y los convertiré en objeto de pasmo y rechifla y en ruinas perpetuas (Jr 25, 8-9).

Ciertamente no puede sorprendernos que el rey Joaquim hiciera quemar el rollo sobre el que Jeremías había hecho transcribir sus profecías. En los últimos años de este reinado el profeta tuvo que permanecer «ocultado por Yahveh». Durante este retiro secreto Jeremías y Baruc procedieron a una segunda redacción de los oráculos[9], en la que fueron añadidas «numerosas palabras más del mismo género» (que han provocado no poca confusión entre los exégetas).

Inició un nuevo período de actividad en tiempos de Sedecías (desde el 597), nombrado por el rey Nabucodonosor para gobernar en su nombre sobre Judá. Pero la crítica a las injusticias del rey, a la prevaricación de sus funcionarios (los «príncipes de Sedecías»[10]) y al nacionalismo antibabilonio continuaron. El profeta recomienda continuamente la sumisión a Nabucodonosor, una prueba destinada a purificar a Israel; consciente también de la debilidad de Judá, predica dicha sumisión con un acto simbólico: poniéndose él mismo un yugo sobre el cuello:

Así me ha dicho Yahveh: «Fabrícate unas coyundas y unos yugos y póntelos sobre el cuello [...] Y sucederá que la nación o el reino que no se someta a él, a Nabucodonosor, rey de Babilonia, y que no preste su cuello al yugo del rey de Babilonia, con la espada, el hambre y la peste castigaré a tal nación hasta que yo la haya puesto en su mano (Jr 27, 1-8).

De igual forma, lucha abiertamente contra los falsos profetas, como *Jananías, sembradores de vanas esperanzas[11].

En una carta dirigida a los deportados del 597 (fecha en la que fracasó la rebelión de Joaquim y su hijo Jeconías ante el ejército babilonio), les invita a que se establezcan en Babilonia[12]: ellos no podrán volver a ver el país de sus antepasados, pero la prosperidad que darán a la tierra del exilio se convertirá también en la suya.

Célebre es su visión de las dos cestas de higos —una de higos sanos, la otra de higos podridos— mostrando que ahora el porvenir estaba en los deportados (cap. 24). Jeremías cree que la dominación babilónica será larga pero que concluirá al cabo de setenta años[13], plazo que nunca iba a cumplirse; se trata, pues, de una liberación pero no inmediata, que llegará sólo cuando la justicia y la fe en Yahveh se consolidarán en el país.

Los consejos de Jeremías, sin embargo, no tienen éxito. En el 588 Nabucodonosor pone sitio a Jerusalén para prevenir una nueva rebelión como la que se había producido en el año 600. Una fuerza armada egipcia

hace concebir esperanzas a Sedecías. Jeremías le advierte de que no se fíe del ejército del faraón[14], anunciándole que Jerusalén será pronto tomada e incendiada, el rey de Judá entregado al vencedor y con él su pueblo:

Tal dice Yahveh, Dios de Israel: He aquí que yo haré volver atrás las armas que lleváis en vuestra mano y con las cuales peleáis contra el rey de Babilonia y los caldeos que os tienen asediados, del exterior de la muralla, y las reuniré en medio de esta ciudad; y yo mismo pelearé contra vosotros con mano extendida y brazo fuerte, y con cólera, furor y grande ira. Y heriré a los moradores de esta ciudad, a los hombres y las bestias; de una gran pestilencia morirán. Después de esto, a Sedecías, rey de Judá, a sus servidores, al pueblo y a los que hayan quedado en esta ciudad de la peste, la espada y el hambre los entregaré en manos de Nabucodonosor, rey de Babilonia, y en manos de sus enemigos, y en poder de quienes atentan contra su vida, y él los pasará a filo de espada, sin que los compadezca ni se apiade, ni tenga misericordia (Jr 21, 3-7).

Pero todo fue inútil. El «partido» antibabilónico, alimentado quizá por Egipto, hace encarcelar al profeta. En julio del 586 Jerusalén es tomada e incendiada por los babilonios ordenando Nabucodonosor una nueva deportación en masa de judíos con el rey a la cabeza[15]. Las tropas del faraón Ofra (Haibria-Apries), en socorro de sus aliados, fueron escasas y llegaron demasiado tarde.

Jeremías fue respetado por los babilonios, pero poco después no tardó en ser hecho prisionero por sus enemigos, los consejeros reales que le odiaban, y trasladado a Egipto. En Tafnes (en la orilla oriental del Delta) profetizó la invasión de esta nación por Nabucodonosor (que tendría lugar en el 568) y la derrota del faraón Ofra:

Yo entregaré al faraón Ofra, rey de Egipto, en manos de los enemigos que lo persiguen a muerte, como entregué a Sedecías, rey de Judá, en manos de Nabucodonosor, rey de Babilonia, el enemigo que lo perseguía a muerte (Jr 44, 30).

Los acontecimientos del 586 confirmaron los pronósticos de Jeremías y es posible que sus palabras fueran especialmente meditadas por la comunidad judía cautiva en Babilonia.

Un segundo oráculo en tierras egipcias lo dirige contra los refugiados de Judá establecidos en colonias por todo el país; les acusa de sus prácticas idólatras (probablemente influidas por el entorno religioso pagano), de descuidar al Dios de Israel y negar sus mensajes. Por esta traición sólo «un pequeño número volverá al país de Judá en tiempos de la reconciliación»[16].

No sabemos exactamente cuál fue el fin del profeta, que debió de morir en el 586. Según una tradición tardía fue lapidado en Tafnes por aquellos mismos cuya conducta había reprochado.

Junto a sus oráculos merecen recordarse de su «libro» los pasajes llamados «Confesiones de Jeremías»[17], en las que lamenta su soledad terrenal (sin mujer ni hijos) y los tormentos y la persecución sufridos por su condición de mensajero de Dios.

1. 15, 19. / **2.** Caps. 1 y 5. / **3.** 5, 15-16; 6, 22-23. / **4.** 17, 15. / **5.** 2 R 24, 1. / **6.** 25, 3; 36, 2. / **7.** 22, 13-17. / **8.** Cap. 26. / **9.** 36, 32. / **10.** 24, 8. / **11.** 27, 9-10.14-18. / **12.** 29, 4-9. / **13.** 25, 11; 29, 10. / **14.** 37, 6. / **15.** 52, 4-11; 39, 2-7. / **16.** 44, 7, 12-14, 26-28. / **17.** 11, 18 a 12, 6; 15, 10-21; 17, 14-18; 18, 18-23; 20, 7-18.

[Bibl.: A. Aeschimann, *Le prophète Jérémie*, Neuchâtel, 1959; A. Neher, *Jérémie*, Paris, 1960; C. Wolff, *Jeremia im Frühjudentum und Urchristentum*, Berlin, 1967; W. Rudolph, *Jeremias*, Tübingen, 1968; J. M. Berridge, «Prophet, People and the Word of Yahweh. An Examination of Form

and Content in the Proclamation of the Prophet Jeremiah»: *BST*, 4 (1970), pp. 49 ss.; P. M. Bogaert, *Le livre de Jérémie. Le prophéte et son milieu. Les oracles et leur transmission*, Louvaine, 1981; L. Wisser, *Jérémie, critique de la vie sociale*, Genève, 1982; A. G. Auld, «Prophets and Prophecy in Jeremiah and Kings»: *ZAW*, 96 (1984), pp. 66-82; J. M. Asurmendi, «Jeremías y las naciones», en N. Fernández Marcos, *Simposio Bíblico Español*, Madrid, 1984, pp. 325-343.]

JESÚS / *Joshua Ben Ananiah* (hebr.), *Iesoýs* (gr.) (s. I d.C.).— Profeta hebreo que anunció la caída del Templo de Jerusalén por el emperador Tito. Flavio Josefo, nuestra única fuente, dice que era un hombre rústico y plebeyo, hijo de Ananías. Cuatro años antes de comenzar la guerra (70 d.C.), cuando Jerusalén aún estaba en paz, durante una de las fiestas del Templo, comenzó, repentinamente, a dar grandes voces diciendo:

Voz por oriente, voz por occidente, voz por las cuatro partes de los vientos, voz contra Jerusalén y contra el templo, voz contra los recién casados y recién casadas, voz contra todo este pueblo (*BJ*, VII, 12).

Muchos de los habitantes, pesándoles mucho saber la suerte adversa que el profeta les anunciaba, lo prendieron y le azotaron para que callase. Los magistrados de la ciudad, al ver que seguía gritando el mismo mensaje, lo presentaron a las autoridades romanas, quienes ordenaron azotarlo nuevamente, desollándolo «hasta los huesos», pero sólo lograron que, en un tono más suave se lamentara:

¡Ay, ay de ti, Jerusalén! (*ibid.*).

Finalmente, dándosele por loco, se le dejó en libertad. Hasta el inicio de la guerra, siete años después, se le oía incansablemente el mismo lamento que, en los días de fiesta, era de tono más elevado. Cuando, por fin, la ciudad de Jerusalén fue cercada por las legiones romanas (mayo del 70 d.C.), todos entendieron el significado de sus palabras. Jesús se sosegó, gritando desde el muro:

¡Ay, ay de ti, ciudad, templo y pueblo! (*ibid.*).

Presintiendo que llegaba el fin de sus días, añadió:

¡Ay de mí también! (*ibid.*).

En ese instante, un proyectil lanzado contra el muro le alcanzó provocándole la muerte. Josefo añade que, entonces, «salió el alma que aún lloraba todo el daño y la destrucción»[1].

La ciudad fue tomada en septiembre del 70, tras cinco meses de asedio, siendo incendiada y su templo completamente destruido.

1. Joseph., *BJ*, VI, 300-309.

JEZABEL / *Yezabel* (s. I d.C.?).— Falsa profetisa de la secta de los nicolaítas (que en algunas ciudades de Asia Menor practicaba ritos paganos, tales como banquetes sagrados). Jezabel es citada sólo por el autor del Apocalipsis[1] en la carta a la iglesia de Tiatira. En ella se dice que es una mujer «que se dice profetisa y enseña» y se la acusa de engañar a los fieles «haciéndoles fornicar y comer lo sacrificado a los ídolos»[2]; a continuación se amenaza con el castigo para ella y sus seguidores:

Mira, voy a postrarla en el lecho; y a los que adulteran con ella, en una gran tribulación, si no se arrepienten de las obras de ella; y a sus hijos los remataré con la muerte (Ap 2, 22).

La mayor parte de los críticos considera, sin embargo, que Jezabel es un nombre simbólico, tomado de la esposa fenicia de Ajab (rey de Israel) para evocar las depravadas costumbres de la secta.

1. Ap 2, 20. / 2. Ap 2, 20.

JOEL / *Yo'el* (s. IV a.C.?).— Profeta hebreo asociado al Templo cuya doctrina era, sobre todo, de tipo escatológico. Ocupa, cronológicamente, el último lugar entre los profetas menores. Su nombre significa «Yah[veh] es Dios». Parece haber vivido en Judá en época posexílica.

Su obra comienza anunciando dos terribles plagas para el país: una invasión de langostas[1] y una gran sequía[2]; como consecuencia de ambas ni siquiera los sacerdotes del Templo dispondrán de los productos necesarios para los ritos sacrificiales.

Para apaciguar la cólera divina, el profeta invita a los sacerdotes a hacer penitencia, a prescribir un ayuno oficial y a convocar al pueblo a una liturgia especial[3].

Pero dos son, en particular, los mensajes que aparecen en su libro. Por una parte las tradiciones concernientes al tema del «día de Yahveh» que, en sentido escatológico, no se refiere a la salvación de Israel, sino, por el contrario, a su destrucción:

¡Sonad el cuerno de Sión! ¡Y tocad a rebato sobre mi monte santo! / Tiemblen todos los moradores del país, pues viene el día de Yahveh; / en verdad está próximo. Día de tinieblas y oscuridad, / día de nubes y densa niebla. / Como la aurora se extiende sobre los montes, un pueblo numeroso y fuerte; / semejante a él no ha existido jamás, / ni después de él se dará en los años de generación en generación (Jl, 2, 1-2).

Por otra parte, se insiste en los oráculos contra las naciones: después de la caída de Jerusalén y el exilio, Yahveh traerá la salvación para Israel y la destrucción de las naciones impías:

Pues he aquí que en aquellos días y en aquel tiempo / en que Yo repatríe a los cautivos de Judá y Jerusalén, / congregaré a todas las naciones y les haré bajar al valle de Josafat, / y entraré allí en juicio con ellos por mi pueblo y mi heredad, / Israel, a quien dispersaron entre los gentiles, / mientras se repartían mi tierra; / y sobre mi pueblo echaron suertes, y entregaron muchachos por prostitutas / y muchachas vendieron por vino, y bebieron (Jl, 4, 1-3).

1. Jl 1, 4-9. / 2. Jl 1, 10-12. / 3. Jl 1, 13-15.

[Bibl.: A. Lods, *Les prophètes d'Israël et les débuts du judaïsme*, Paris, 1969.]

JONÁS / *Jonah* (s. VIII).— Profeta hebreo (*nabí*), hijo de Amitay[1], originario de Gat-Jefer (Nazaret); su misión tuvo lugar bajo el reinado del rey Jeroboán II (783-743 a.C.). El nombre del profeta («paloma» en hebreo) hace, quizá, alusión a Israel[2].

Según el *Libro de los Reyes* anunció que, conforme a la palabra de Yahveh, Israel restablecería sus antiguas fronteras desde la entrada de Hamat hasta el mar de Arabá[3]. Parece que, en efecto, el rey Jeroboán logró ampliar notablemente los límites de Israel.

El nombre del profeta fue dado posteriormente al héroe del *Libro de Jonás* (en el Antiguo Testamento), redactado quizá en época posexílica (s. V a.C.). En él, Jonás es un profeta judío que trata de eludir el mandato recibido de Dios para que vaya a Nínive, capital del imperio asirio, y advierta a sus habitantes que Dios ha decidido destruirlos, a menos que se arrepientan[4]. La intención del autor era demostrar que

Yahveh deseaba el bien tanto para los judíos como para los gentiles.

1. 2 R 14, 25. / 2. Os 7, 11; 11, 11. / 3. 2 R 14, 25. / 4. Jon 4, 2.

[Bibl.: A. Feuillet, *Le livre de Jonas*, Paris, 1957; V. Mora, *Jonás*, Estella, 1983.]

JUAN DE LICÓPOLIS / *Ioánnes* (s. IV d.C.).— Asceta egipcio originario de la Tebaida, famoso por sus poderes para curar y realizar profecías, por lo que era conocido como el «vidente de la Tebaida».

Mantuvo estrechas relaciones con el emperador Teodosio, quien insistió en vano para que Juan se incorporase (siguiendo el ejemplo de *Arnufis) a su comitiva imperial. Durante la campaña contra el usurpador Máximo (388 d.C.) y, más tarde, contra Eugenio (394 d.C.), tuvo que contentarse con enviar mensajeros al desierto egipcio para consultarle —siempre en calidad de *servus Dei*— sobre el desenlace del encuentro[1]. Juan le predijo en ambos casos una victoria segura (*nuntia victoriae certissima*), que posteriormente se produjo. En la segunda de las consultas también anunció a Teodosio su próxima muerte en su propio lecho, pero a consecuencia de una extraña enfermedad (más tarde se supo que el emperador murió de hidropesía).

Una rica mujer, la noble Poemenia, emparentada con el emperador, afrontó en el año 394 serios peligros (aunque acompañada por obispos y servidores mauros) para visitar a Juan en su gruta de Licópolis (Asiut, a 400 km al sur de El Cairo), donde fue curada de su enfermedad y recibió consejos proféticos[2].

Los autores de la *Historia monachorum in Aegypto*[3] encontraron a Juan poco antes de su muerte, cuando ya contaba noventa años de edad. Se alimentaba únicamente de fruta y decía no haber probado ni pan ni alimento alguno cocido. Recomendaba la purificación del corazón mediante la pureza de intención. La gloria póstuma de Juan fue explotada por los monofisitas de Egipto, que hicieron del asceta cristiano el interlocutor profético de su enemigo, el emperador Marciano (450-457 d.C.).

1. *CD*, V, 26; Rufin., *HE*, XI, (II), 32; Sozom., *HE*, VII, 22; Philost., *HE*, XI, 2. / 2. Pall., *Hist. Laus.*, 35. / 3. Cap. 1.

[Bibl.: P. Peeters, «Une vie copte de S. Juan de Lycopolis»: *An. Boll.*, 54 (1936), pp. 359-381; J. Festugière, *Historia monachorum in Aegypto*, Bruxelles, 1960, pp. 9-35; Id., *Les moines d'Orient* VI/1, Paris, 1968, pp. 9-28; P. Devos, «La "servante de Dieu" Poemenia d'après Pallade, la tradition copte et Jean Rufus»: *An. Boll.*, 87 (1969), pp. 189-212.]

JUDAS / *Yehudah* (s. II a.C.).- Profeta esenio citado por Flavio Josefo, de quien asegura que «nunca erró en profetizar ni jamás mintió»[1]. Solía rodearse de un nutrido grupo de discípulos y gentes que venían a pedirle consejo.

Narra el historiador que viendo pasar al príncipe Antígono (hermano de Aristóbulo I, rey de la «gran Judea») por el Templo de Jerusalén, Judas dijo en voz alta:

Ahora me es a mí bueno morir, pues la verdad murió, quedando yo en vida, y se ha hallado alguna cosa falsa, en lo que yo tenía profetizado, pues vive ese Antígono, el cual debía hoy morir. Tenía ya por suerte señalado lugar para su muerte en la torre de Estratón, que está a seiscientos estadios de aquí: son ya las cuatro horas del día y el tiempo no pasa, y con él mi pronóstico (*BJ*, I, 3, 5, 78-80).

Cuando Judas, entristecido, se puso a meditar sobre las causas del fracaso

de su pronóstico, le llegó la noticia de que Antígono había sido asesinado por la guardia en un oscuro sótano de la fortaleza Baris, la futura Antonia, denominada también «Torre de Estratón» y causa del equívoco del profeta (104 a.C.).

1. *BJ*, I, 3, 5, 78.

JUDAS DE GALILEA / *Yehudah* (s. I d.C.).— Profeta y jefe de rebeldes judío citado por el historiador Flavio Josefo[1]. Llamado también el Gaulanita (por ser originario de Gamala, en la región de Gaulanítide), intentó sublevar a sus compatriotas en el año 6 d.C., coincidiendo con el censo ordenado por Roma (el censo de Caponio y Quirino) tras la anexión de la región al Imperio.

El móvil de la insurrección fue de orden religioso por cuanto el censo venía a refrendar la sujeción de la nación judía a los romanos y, por tanto, de una nación que no debía tolerar, después de Dios, «ningún señor mortal».

El fariseo Gamaliel le evoca en un discurso ante el Sanedrín[2], junto a *Teudas. Los seguidores de Judas fueron dispersados, pero formaron, más tarde, el movimiento de los zelotas.

1. *BJ*, II, 118; 433; VII, 253; *Ant. jud.*, XVIII, 4-10; 23-25. / 2. Hch 5, 37.

[Bibl.: J. S. Kennard, «Judas of Galilee and his Clan»: *Jewish Quart. Rev.*, 36 (1945-1946), pp. 281-186.]

JULDÁ / *Huldah* (s. VII a.C.).— Profetisa hebrea, esposa de Salún (guardián del vestuario litúrgico del Templo de Jerusalén). Bajo el reinado de Josías (hacia el 622 a.C.) tuvo lugar, durante los trabajos de restauración del Templo, el descubrimiento del *Libro de la Ley* (valioso manuscrito del Deuteronomio), oculto quizá por alguna mano piadosa temerosa de la furia destructora del impío Manasés. A iniciativa del rey, una delegación sacerdotal encabezada por el sumo sacerdote Jilquiyahu consultó a Juldá, inspirada por Yahveh, sobre dicho descubrimiento[1].

El oráculo pronunciado por la profetisa amenaza con el castigo divino al pueblo de Judá que, olvidando al Dios de Israel, se ha vuelto hacia la idolatría y los cultos extranjeros:

Así ha dicho Yahveh: «He aquí que voy a acarrear desventura sobre este lugar y sobre sus habitantes: todas las cosas del libro que ha leído el rey de Judá; en pago de que me han abandonado y han quemado incienso a otros dioses a fin de enojarme con todas las obras de sus manos, de suerte que mi furor se ha encendido contra este lugar y no se apagará» (2 R 22, 15-20).

No obstante anuncia que el castigo vendrá después de la muerte del piadoso rey Josías:

...Por esto, he aquí que Yo te reuniré con tus padres y serás acogido en tu sepulcro en paz, y tus ojos no verán todo el mal que Yo voy a acarrear sobre este lugar (2 R 22, 20).

Algunos especialistas advierten que en el oráculo de Juldá puede haber secciones posexílicas, si bien, en general, parece escrito antes de la muerte del rey. La actividad de esta profetisa podríamos situarla cronológicamente, pues, entre la de los profetas *Sofonías y *Jeremías. Con anterioridad a ella sólo dos mujeres, Miriam (hermana de Moisés) y Débora (juez y autora de un largo cántico), reciben el título de «profetisa».

1. 2 R 22, 12-14.

JULIANO EL TEÚRGO / *Ioulianós* (s. II d.C.).— A Juliano el Teúrgo, que vi-

vió en época del emperador Marco Aurelio (161-180 d.C.), se atribuye la autoría de los *Oráculos caldeos* (*Lógia chaldaiká*). Todo lo que sabemos de él nos ha sido transmitido por la Suda[1], un diccionario bizantino del siglo X d.C.

Era hijo de Juliano el Caldeo, que debió de vivir bajo el reinado del emperador Trajano (97-118); se le llamaba así no por su origen oriental sino por su conocimiento de «ciencias» caldeas (magia, astrología, adivinación). Escribió una obra titulada *Sobre los démones*, en cuatro libros, hoy perdida, en la que afirmaba la existencia de amuletos para cada parte del cuerpo, citando expresamente los amuletos telesiúrgicos caldaicos. Una fuente muy tardía (Anastasio, en el s. VII) le cita como rival de Apuleyo y de *Apolonio de Tiana en la purificación de Roma durante una pestilencia; en este «concurso» entre magos, Juliano se mostraría como el más poderoso, capaz de liberar a la ciudad de la epidemia gracias a su dominio sobre las fuerzas demoníacas[2]. La competición teúrgica entre los tres personajes carece, sin embargo, de base histórica.

En un pasaje, Pselo[3] sostiene que Juliano el Caldeo, en el momento en que iba a engendrar a su hijo, pidió al dios Ensamblador (o Supremo) del universo un alma arcangélica para él; una vez nacido, le puso en contacto con todos los dioses y, en particular, con el alma de Platón: por medio del arte hierático elevó a su hijo hasta la visión directa del alma del filósofo para interrogarle sobre lo que quisiera.

Dicho pasaje ha sido interpretado (E. R. Dodds) en el sentido de que Juliano el Teúrgo hizo de *medium* para su padre con el fin de que éste pudiera recibir oráculos.

Heredó de su padre, Juliano el Caldeo, la ciencia oracular y el arte de ponerla en versos. Es posible que los *Oráculos caldeos* fueran escritos por el padre y el hijo; Proclo[4] habla de los «teúrgos» como autores de la obra. Algunos autores antiguos (como Pselo) sostienen que Juliano padre formuló en versos sus doctrinas, mientras que Juliano hijo las «escribió» también en versos.

Los *Oráculos caldeos* se han perdido; sabemos que la obra estaba compuesta en hexámetros y que contenía ideas platónicas, medioplatónicas (Numenio), neopitagóricas, estoicas y orientales, siendo calificada de «biblia de los neoplatónicos». Entre éstos, Porfirio, Jámblico, Siriano y Proclo dedicaron mucha atención a su interpretación y comentario.

Su contenido —al margen de las ideas filosóficas— es extraordinariamente variado, incorporando supersticiones orientales, magia y teúrgia, metafísica y astrología. Se conservan algunos fragmentos de estos *Oráculos* en numerosas citas de autores como Proclo, Damascio y Pselo. Fueron recogidos por primera vez por Kroll, discutidos y traducidos luego por Lewy y magníficamente publicados por Des Places.

A Juliano el Teúrgo se le atribuyen otras obras también perdidas: una consagrada a la teúrgia (*Theurgikà*), otra dedicada a la técnica de la animación de estatuas (*Telestikà*), unos oráculos en verso (*Lógia diepôn*) y tratados donde revelaba los secretos de la teúrgia.

Algunos autores le hacen protagonista del célebre episodio de la «lluvia milagrosa», aunque todo parece indicar que, en realidad, su autoría corresponde al mago *Arnufis. Sozomeno[5] recuerda un «milagro natural» de Juliano el Caldeo, que hizo reventar una piedra con la sola fuerza de su palabra. Anteriormente Luciano[6] alude en uno de sus escritos a un Caldeo que resucitaba muertos, atraía a las serpientes mediante fórmulas sagradas, etc., y en el que algunos autores modernos (Cracco Ruggini) han creído reconocer a uno de los Julianos.

1. I, 433; I, 434. / 2. Anast., *Sin. Quaest. et resp.*, XX = PG, 89, coll. 517-532. / 3. Psel., 27. / 4. *In Cra.*, 72, 10-11. / 5. *HE*, I, 18. / 6. *Philops.*, 12.

[Bibl.: Ediciones de los oráculos: E. Des Places, *Oracles Chaldaïques avec une choix de commentaires anciennes*, Paris, 1971; F. García Bazán, *Oráculos caldeos con una selección de testimonios de Proclo, Pselo y M. Itálico*, Madrid, 1991. Estudios: M. Lewy, *Chaldaean Oracles and Theurgy. Mysticism Magic and Platonism in the Later Roman Empire*, Cairo, 1956; H. D. Saffrey, «Les Néoplatoniciens et les Oracles Chaldaïques»: *REAug*, 27 (1981), pp. 209-225.]

JULIO AQUILA / *Iulius Aquila* (s. I d.C.).— Autor de diversos tratados sobre *Disciplina Etrusca* que fueron consultados por Séneca[1] y Plinio (en los libros I y XI de su *Naturalis Historia*). Sin duda de origen etrusco (*Acvilna?*), es identificado por unos (Müller) con un liberto de Mecenas[2] (el amigo personal del emperador Augusto) inventor de una técnica taquigráfica; otros (M. Torelli) proponen identificarlo con C. Iulius Aquila, *praefectus Aegypti* en el año 10/11 d.C.

1. *NQ*, 14. / 2. Suet., fr. 136 Reifferscheid; Dion Cass., LV, 7, 6.

JUNIO / *Junius* (s. I d.C.).— Mago (nigromante) romano consultado por Druso Libón, en época del emperador Tiberio (14-37 d.C.), para que con sus encantamientos hiciera aparecer las sombras infernales. Libón fue denunciado por el propio Junio ante el cónsul Fulcinio Trión (31 d.C.).

1. Tac., *Ann.*, II, 28.

L

LAMPÓN / *Lámpon* (480-410 a.C.).— Célebre adivino (*mantis*) ateniense, amigo de Pericles[1]. Gozó de gran consideración[2] al destacar como cresmólogo (intérprete de oráculos), sacrificador y experto en el arte de la extispicina[3] y exégeta[4].

Según algunos estudiosos (A. Koerte) es probable que Lampón perteneciese a la familia de los Eumólpidas. También se cree que pudo ser hijo de Olimpiodoros[5] y nieto de Lampón. Debió de nacer en torno al año 480/470 y morir hacia el 410 a.C.

De él conocemos varias intervenciones: *a*) el decreto ático relativo a la ofrenda de las primicias de Eleusis contenía una enmienda dictada por Lampón tras una consulta oracular[6]; *b*) participó en la fundación de la colonia de *Thurioi* (443 a.C.) encabezando a un nutrido grupo de adivinos conocidos colectivamente como *thourio-mánteis;* tenía la función de aconsejar a la expedición, velar para que fuese fundada bajo buenos auspicios y celebrar los cultos fundacionales adecuados[7]; *c*) Tucídides[8] cita en primer lugar el nombre de Lampón entre los atenienses que negociaron la paz de Nicias (abril 421) y luego la alianza con Esparta (mayo 421).

Pero Lampón es conocido sobre todo por su enfrentamiento —que debemos situar poco antes del año 443 a.C.— con el filósofo Anaxágoras de Clazomenes, maestro y amigo de Pericles, a propósito de un prodigio. Plutarco[9] narra que un día le fue mostrado a Pericles la cabeza de un carnero (nacido en una de sus propiedades) que sólo tenía un cuerno. Lampón, al ver que ese cuerno había surgido sólido y fuerte en medio de la frente del animal, declaró que la potencia de los dos partidos que dividían a la ciudad de Atenas (el de Pericles y el de Tucídides), se convertiría en la de un solo hombre, en la de aquel en cuya casa había aparecido ese prodigio. Pero Anaxágoras, cortando el cráneo del animal en dos, hizo ver que el cerebro, en forma puntiaguda, no había ocupado su lugar y que se había desplazado desde la caja craneal hasta el lugar donde partía la raíz del cuerno.

Inicialmente la admiración de los asistentes se volcó hacia Anaxágoras pero cuando Tucídides, el enemigo político de Pericles, fue derrotado y el gobierno pasó a manos de Pericles, todos alabaron a Lampón. Lampón fue, sin embargo, objeto de burlas por parte de los comediógrafos de su tiempo (Cratinos, Lisipo, Antífanes) y es citado varias veces en las comedias de Aristófanes[10].

Según los escoliastas[11], Lampón vivió al menos hasta la representación de *Las aves* de Aristófanes (410 a.C.). Cratinos le cita aún después en su obra *Nemesis*, como si todavía viviera, lo cual parece dudoso.

1. Plut., *Mor.*, 812 d. / 2. Aristof., *Nub.*, 332; *Schol.* Av., 521; Eupolis, Fr. 297 Koch; Kratinos, Fr. 57-58 Koch; Plut., *Per.*, 6, 2. / 3. *Thytes*: *Schol. Av.*, 521; *Schol. Nub.*, 332. / 4. Eupolis. / 5. Herod., IX, 21, 3. / 6. *IG*, I, 2, 76, 47. / 7. Aristof., *Av.*, 521; Diod., 11, 10, 3 ss. / 8. V, 19, 2; 24, 1. / 9. *Per.*, 6, 2. / 10. *Nub.*, 332; *Aves*, 521. / 11. *Schol. Av.*, 521.

[Bibl.: Obst, «Lampon»: *RE*, XII, 1 (1924), cols. 580-584.]

LARGINO PRÓCULO / *Larginus Proculus* (s. I d.C.).— Astrólogo, pero quizá también mago y harúspice, detenido y llevado ante el emperador Domiciano el 18 de septiembre del 96 d.C. (el día de su asesinato), acusado de violar el edicto del año 11 d.C. (*de maiestas*).

Su detención se produjo en la provincia de Germania por hacer profecías (oficialmente prohibidas) sobre la muerte del emperador. Larginio Próculo no negó su culpabilidad pero como ciudadano romano apeló ante el emperador. Suetonio[1] y Dion Cassio[2] son nuestras únicas fuentes sobre lo sucedido. El historiador latino no cita a Próculo pero hace de él un harúspice. Trasladado a Roma, Domiciano le preguntó por el significado de un trueno recientemente escuchado, a lo que Próculo le respondió que anunciaba un cambio de gobierno (sin precisar fechas). Los harúspices disponían en sus libros de un calendario brontoscópico donde se recogía el significado de los truenos según el día en que se habían producido. El emperador decidió sentenciarlo a muerte.

Dion Cassio[3] ofrece más detalles, si bien las técnicas a las que alude son astrológicas y no las propias de un harúspice. Dice primero que Próculo había pronosticado en Germania que el emperador moriría el mismo día que él. Ya ante el emperador, éste dio orden de encadenarle bien, ya que quería, dijo, ser testigo de la ejecución. Próculo le contestó: «Tú no quieres matarme. Porque yo no estoy predestinado a morir por ti».

Condenado a muerte, su ejecución fue demorada hasta que Domiciano se hubiese salvado del peligro. Pero, entretanto, el emperador fue asesinado y Próculo logró salvar su vida, recibiendo del nuevo emperador, Nerva, una suma de 400.000 sestercios. Un precedente casi idéntico de perdón concedido por el sucesor en el trono se produjo unos años antes con el astrólogo *Apolonio, a comienzos del reinado de Claudio (41 d.C.).

Se ha especulado (H. Cramer) con las razones por las que el nuevo emperador, Nerva, recompensó económicamente al astrólogo: *a*) ¿tenía ya en Germania sospechas Próculo de que algo iba a suceder en el trono de Roma?; *b*) ¿rehusó Próculo a dar el nombre de Nerva bajo tortura sabiendo que sería el sucesor de Domiciano? Las relaciones secretas entre Nerva y Próculo nunca podrán ser conocidas pero sin presuponerlas es difícil explicar ese generoso donativo.

1. *Domit.*, 16, 1. / 2. *Ep.*, 67, 16, 2. / 3. 67, 16, 2.

[Bibl: H. Cramer, *Astrology in Roman Law and Politics*, Philadelphia, 1954, pp. 274-275.]

LEPTINES / *Leptines* (s. IV-III a.C.).— Astrólogo (*mathematicus*), quizá de origen sirio, vinculado a la corte del rey Seleuco y conocido sólo por una anécdota de Valerio Máximo (s. I d.C.).

Éste[1] nos dice que Antíoco, el único hijo del rey Seleuco, se había enamorado perdidamente de su madrastra Estratónice; pero dándose cuenta de lo infame de aquel amor trataba de disimularlo. Este afecto escondido le hizo caer en el lecho en una extrema languidez, ante la preocupación del padre por la suerte de su único heredero (h. 294 a.C.).

Leptines, sentado a la vera de Antíoco, observó que cuando entraba en la estancia Estratónice, el joven se encendía de rubor y su corazón latía con más fuerza; en cambio, cuando salía de ella, Antíoco palidecía y su corazón excitado recobraba inmediatamente su ritmo normal.

Una observación más atenta le hizo llegar a conocer la verdad: cogía disimuladamente el brazo del príncipe, cuando entraba y cuando salía Estratónice, y descubrió que el latido de sus venas era más fuerte al entrar y más débil al salir su madrastra. Inmediatamente informó de su descubrimiento al rey Seleuco, quien no dudó en ceder a Estratónice a su hijo Antíoco.

1. V, 7, ext. 1.

LEUCO / *Leýkos* (s. IV a.C.).— Adivino (*mantis*) griego, hijo de Sosímenes, originario de Delfos. Sólo es conocido gracias al hallazgo de una inscripción en versos dísticos[1] datada en el siglo IV a.C. Lico debió de morir en Eretria, lugar donde fue hallada la estela. De su actividad como adivino no sabemos nada.

1. *IG*, XII, 9/291.

LICO / *Lýkos* (s. VI a.C.?).— Adivino (cresmólogo) ateniense, hijo de Pandion, fundador del culto de Apolo Lykios. El héroe mesenio Aristómenes (con quien colaboraba el adivino *Téoclo a comienzos del siglo V a.C.) leyó en uno de sus oráculos la promesa de que con el tiempo Mesenia —entonces en guerra— recuperaría su esplendor[1]; decidió por ello enterrar una reliquia sagrada considerada como semilla del porvenir. Los oráculos de Lico debían ser recientes y, pese a sus pretensiones, nunca alcanzaron la celebridad de los de *Bacis o *Museo.

1. Paus., IV, 20, 4.

LISÍMACO / *Lysímachos* (s. IV a.C.).— Adivino (onirócrito) griego, sobrino del célebre político Arístides; según Plutarco[1] se ganaba la vida interpretando los sueños en las inmediaciones del *Iaccheion* de Atenas sirviéndose para ello de un *pinákion oneirokritikón*, es decir, de una «tabla onirocrítica» considerada por unos como un tipo elemental de libro o prontuario de los sueños y por otros como un simple reclamo publicitario para llamar la atención de los clientes.

1. *Arist.*, 23, 6; *Demost.*, 20, 115 ss.

LISÍSTRATO / *Lysístratos* (s. VI-V a.C.).— Adivino (exégeta) ateniense que anunció a los griegos el desenlace de la batalla naval de Salamina, frente a los persas (480 a.C.), muchos años antes de que ésta se produjese; señaló que llegaría un día en que *las mujeres de Colias cocinarán con remos*[1].

El oráculo no fue entendido y pasó desapercibido hasta que, después de la batalla, cuando los restos de las naves enemigas fueron llevados por los vientos céfiros hasta la punta de la costa del Ática llamada Colias, se aclaró su significado.

1. Herod., VIII, 96, 2.

[Bibl: J. C. Carrière, «Oracles et prodiges de Salamine: Hérodote et Athènes»: *DHA* (1988), pp. 242-243.]

LOCUSTA / *Locusta* (s. I d.C.).— Hechicera gala («langosta» quiere decir su mote), célebre por sus envenenamientos. En tiempos del emperador Claudio fue condenada por envenamiento; Tácito[1] dice que, sin embargo, «fue largo tiempo tenida como uno de los instrumentos del reino», en alusión a que sus servicios fueron solicitados por las instancias oficiales. Fue ella precisamente quien elaboró el veneno que, echado en una seta y suministrado por el eunuco Haloto, acabó con la vida del emperador Claudio (54 d.C.).

Pocos años después intervino en el asesinato del joven Británico. Estaba entonces bajo la custodia de Julio Polión, tribuno de una cohorte pretoriana, siendo llamada por Nerón. Suetonio[2] dice que fue ella, como «experta en drogas», quien proporcionó el veneno al emperador. Pero al actuar más lentamente de lo previsto, ocasionando a Británico únicamente una descomposición intestinal, Nerón, inquieto, la golpeó con sus propias manos, acusándola de haberle dado una medicina en vez de un veneno. Locusta se excusó diciendo que había suministrado una dosis pequeña para disimular un crimen tan odioso; fue, por tanto, obligada por Nerón a preparar en su presencia y en su propia alcoba un veneno mucho más rápido y efectivo. Lo ensayó inmediatamente en un cabrito y como éste viviera aún cinco horas, lo hizo cocer y recocer varias veces hasta que, al término de muchos preparativos, lo suministró a un cochinillo que murió al instante. Sólo entonces dio la orden de que lo llevaran al comedor y lo pusieran en la copa de Británico, que cenaba con Nerón; aquél cayó fulminado al primer sorbo. Suetonio concluye afirmando que Nerón concedió a Locusta, por los servicios prestados, la impunidad, vastos predios e incluso discípulos.

La popularidad de esta hechicera está fuera de toda duda. Juvenal, citándola como Lucusta, dice que enseñaba a las mujeres inocentes «cómo llevar a enterrar a sus lívidos esposos en medio de las habladurías de las gentes»[3].

1. *Ann.*, XII, 66, 2; XIII, 15. / 2. *Ner.*, 33, 2-3 / 3. *Sat.*, I, 71; cf. Dion Cass., LX, 34; LXIV, 3.

[Bibl: S. Mazzarino, «Locusta»: *Orpheus*, 3 (1956), pp. 81-82.]

M

MACAÓN / *Macháon* (s. I d.C.).— Esclavo que, el 1 de enero del año 38, bajo el reinado de Calígula, tras introducirse en el templo de Júpiter Óptimo Máximo en el Capitolio, y subir al lecho (*pulvinar*) del dios, hizo «numerosas y terribles predicciones»[1]. Después de matar a un perro que llevaba consigo, se suicidó con un cuchillo.

1. Dion Cass., LIX, 9, 3.

MACRIANO / *Fulvius Macrianus* (s. III d.C.).— Según Dionisio de Alejandría[1], «maestro» (*didaskalos*) y «jefe (*archisynagogos*) de los magos de Egipto» en tiempos del emperador Valeriano (253-260 d.C.). Odiaba a los cristianos porque, en cuanto «hombres puros y santos», con su sola presencia, obstaculizaban sus encantamientos y ordenó por ello su persecución.

Siempre según el testimonio del autor cristiano, Macriano sugería al emperador realizar «iniciaciones impuras», «sortilegios abominables» y «ritos de mal auspicio»[2], así como degollar a míseros niños, inmolar a hijos de padres infortunados, abrir entrañas de recién nacidos y cortar y despedazar niños.

Probablemente (Cracco Ruggini) fue él también quien, con anterioridad, poco antes del reinado de Decio (hacia el 248 o 249 d.C.), incitó a los alejandrinos a perseguir a los cristianos. Eusebio de Cesarea[3], sin nombrarlo, parece referirse a él cuando le llama «el adivino (*mantis*) y autor de males».

Macrino ocupó altos cargos en el estado mayor de Valeriano y fue padre del futuro emperador Macriano (260-261 a.C.).

1. *apud* Eus., *HE*, VII, 10, 4. / 2. *apud HE*, VII, 10, 4. / 3. *HE*, VI, 41, 1.

[Bibl.: P. Paschini, «La persecuzione di Valeriano»: *Studi Romani*, 6 (1958), pp. 130-137; M. Sordi, «Dionigi di Alessandria e le vicende della persecuzione di Valeriano in Egitto», en *Paradoxos Politeia*, Milano, 1979, pp. 292 ss.]

MAGNO / *Magnus* (s. I d.C.).— Hermano de Craso y de Pisón Liciniano, escribió sobre necromancia, siendo ejecutado por orden del emperador Claudio[1]. Lucilio[2] le cita en un epigrama. Algunos autores le han identificado con Magno de Nísibis, célebre iatrosofista que enseñó medicina en la Alejandría del siglo IV d.C. y al que Libanio[3] cita en una de sus *Cartas*.

1. Tac., *Hist.*, I, 48, 1. / 2. *Anth. Pal.*, 281. / 3. *Or.*, 763.

MALAQUÍAS / *Mal'akay* (s. v a.C.).— Último de los «profetas menores» hebreos. Sabemos que vivió en la comunidad judía de después del Exilio. Su mensaje que dirige al pueblo de Israel está reunido en el libro del Antiguo Testamento que lleva su nombre; dicha compilación es, sin duda, posterior al 515 a.C., fecha en la que el Templo de Jerusalén ha sido ya reconstruido; algunos autores la sitúan a mediados del siglo v a.C.

De los oráculos recogidos en el libro merecen ser destacados dos; uno, sobre «el día de Yahveh»:

En el día que Yo preparo constituirán mi posesión, dice Yahveh, / y los perdonaré como perdona un hombre / a su hijo, que le sirve. / Volveréis, pues, a discernir entre el justo y el impío / entre quien sirve a Elohim y quien no le sirve. / Pues he aquí que llegará el día abrasador como un horno / y serán todos los soberbios / y todo el que obra la impiedad cual rastrojo / y los abrasará aquel día por venir, dice Yahveh, / que no dejará de ellos raíz ni rama (Ml 3, 17-19).

Otro oráculo (quizás una adición tardía) sobre el retorno de *Elías, que predecerá al «grande y terrible» acontecimiento; una antigua tradición sostenía que el profeta Elías, arrebatado al cielo, habría de volver a aparecer antes del día del juicio.

He aquí que Yo os enviaré al profeta Elías / antes de que llegue el día de Yahveh grande y terrible, / para que vuelva el corazón de los padres a los hijos / y el corazón de los hijos a sus padres, / no sea que Yo venga y haya de consagrar el país al anatema (Ml 3, 22-24)

El libro que lleva su nombre incorpora varios oráculos más: el castigo de los sacerdotes por descuidar los sacrificios que, a su vez, serán sustituidos por una oblación pura[1]; calamidad de los matrimonios mixtos[2]; las plagas de langosta, la sequía, la esterilidad desaparecerán cuando los diezmos sean debidamente pagados[3].

1. 1, 6-2, 9. / 2. 2, 10-16. / 3. 3, 6-12.

MANETÓN / *Manethón* (s. I-II d.C.).— Astrólogo griego contemporáneo quizá de *Doroteo de Sidón. Como éste, dio a conocer su obra en forma versificada.

Su tratado principal, en seis libros, los *Apotelesmatiká*, fue compuesto después del *Pentateuco* de Doroteo y acusa una fuerte influencia suya. Se ha podido determinar (Downing) la fecha del nacimiento de Manetón a través del horóscopo que él mismo nos dejó en su poema: el 27/28 mayo del 80 d.C.

Pero quiero proseguir con un nuevo cambio en verso y recordar las estrellas de mi propio nacimiento, cuándo y en qué signo estaba la a menudo buscada Eilethyia [diosa de los nacimientos], me parió del útero de forma que ella verificara por mucho tiempo que el Destino me concedía enseñar, la sabiduría y la belleza poética de las estrellas. El Sol estaba en Géminis y allí también estaba la bella Cypris [Venus] y el querido Faetón [Júpiter] y el dorado Hermes [Mercurio] y en Acuario en aquél momento estaba la Luna y Faenon [Saturno], y Marte estaba en Cáncer y Centauro estaba volviendo hacia mediodía arrastrando su arma. Así el Destino determinó mi natividad.

En VI, 132 señala la imposibilidad de acceder a las constelaciones de los reyes y emperadores, idea recogida algo más tarde por Fírmico Materno[1].

Bajo el nombre de Pseudo-Manetón[2] se agrupan diversas fuentes: Hermes, Asclepios, *Nequepso-Petosiris y, en general, textos egipcios del si-

glo III a.C. De hecho el tratado, dividido en cuatro partes, data del siglo I a.C. al II d.C. y expone las teorías comunes sobre la duración de la vida y el sistema de las *Iniciativas* (es decir, el examen de una configuración planetaria en un momento determinado).

1. *Math.*, II, 30, 4. / 2 Ed. de Köchly, Leipzig, 1858.

MANI / *Manes* (216-274 d.C.).— Profeta fundador del maniqueísmo. Pertenecía a una familia noble, ya que tanto el padre, Patek o Patekios, como la madre, Myriam, estaban emparentados con la dinastía arsácida que reinaba en Persia.

Su propia familia (originaria de Mardinu, en el norte de Babilonia) sufría la crisis espiritual propia de la época. Patek se estableció en Seleucia-Ctesifonte (capital del Imperio); allí, en la *Casa de las imágenes divinas*, escuchó por tres veces una misteriosa voz que le invitaba a renunciar al vino, a la carne y a las mujeres, tras lo cual se retiró a las zonas pantanosas de Babilonia, donde se unió a la secta de los *bautistas* (quizá un movimiento judeocristiano). Esta *conversión* pudo haber influido notablemente en su hijo Mani.

A los doce años (228-229) recibió la visita de un ángel (*at-Ta'um*), quien le probó ser su doble celestial; este *gemelo* es el Paráclito, que en nombre de Dios (rey del Paraíso de las Luces) educará al profeta y le preparará para su misión. A partir de entonces tuvo algunas visiones en las que se veía a sí mismo. Bien instruido, entró al servicio del rey Ardashir I.

En abril del 240 (con 24 años) el ángel se le apareció de nuevo para iniciarle en su carrera como Apóstol de la Luz. El Señor le envía a salir del silencio, a anunciar la verdad y a proclamar públicamente las enseñanzas recibidas (quizá de tipo gnóstico). Mani comunica a sus padres la visión que el ángel le ha enviado y les convierte a la fe.

Un año después, cuando Persia y Roma intensificaban la guerra, viajó a la India, de donde regresaría hacia el 243, fecha en la que el rey Sapor I (fundador de la dinastía sasánida) sucedía a su padre Ardashir.

Predicó desde entonces en Persia y en el país de los partos contando con el apoyo del rey. En Babilonia operó su primera gran conversión: el hermano de Sapor, Mihršah, no cree en la predicación del Apóstol ni en la existencia del Paraíso de la Luz que éste promete, pero Mani, gracias a su poder milagroso, le hace aparecer ante sus ojos el Paraíso, con sus dioses, el soplo inmortal de la vida y un maravilloso jardín. El príncipe, que cayó a tierra inconsciente, pasó a ser uno de sus primeros fieles.

En la primera de las tres ocasiones en que el rey conversó con Mani (abril del 243) recibió de éste un escrito, el *Sahpuhrogan* («Escrito dedicado a Sapor»), cuya lectura le impresionó. Sapor le autorizó a predicar libremente por el Imperio y a acompañarle en sus campañas, llegando a ser una persona influyente en la corte.

Siempre protegido por el monarca, Mani escribió una amplia obra (*Escrituras maniqueas*) y fundó una iglesia; muchos de sus discípulos dieron a conocer su doctrina en ciudades del Oriente y Occidente.

Muerto Sapor (272), le sucedió uno de sus hijos, Bahram I (273-276). Bajo este nuevo reinado, Mobed Kartir asumió enormes poderes. Se le considera fundador de la Iglesia nacional sasánida, maestro de ceremonias, señor del templo del fuego de Anahita y jefe del templo de la ciudad de Istar. Algunos autores le atribuyen el intento de hacer del zoroastrismo la única religión autorizada del Imperio. El renacimiento del culto zoroástrico vino favorecido por las instancias oficiales así como por la

fusión de dos clases sacerdotales rivales: la de los magos (con sede en Siz, en la Media) y la de los herbad (Persia). Fruto de esta fusión será el renacimiento de la iglesia estatal zoroástrica y la redacción canónica del Avesta. Bajo el mandato de Kartir, los magos persas comenzaron a hacerse más fanáticos e intolerantes, persiguiendo a los heréticos (maniqueos) y a los adeptos de otras religiones (cristianos).

En enero del 276, por orden de Bahram, Mani fue encarcelado en la ciudad de Gundesapur (Susiana). Los maniqueos fueron acusados de apartar a los súbditos de la religión oficial y ser incapaces de hacer algo provechoso. El profeta se defendió ante el rey, inútilmente, recordando los muchos milagros realizados y el bien hecho a la familia real; el fragmento de un manuscrito del Turquestán oriental pone en boca del profeta las siguientes palabras dirigidas al monarca:

No os he hecho nada malo. Siempre he hecho buenos servicios a vos y vuestra familia. Y es grande el número de servidores vuestros que he librado de demonios y falsos espíritus. Grande es el número de los que he levantado de su enfermedad. Y grande es el número de los que he redimido de toda clase de fiebres y enfermedades. Y grande es también el número de los que murieron y he vuelto de nuevo a la vida (H. H. Osten, *El mundo de los persas*, Madrid, 1965, p. 125).

Mani murió, semanas después, muy debilitado tras varios días de tortura (en la cárcel llevaba tres cadenas en las manos, tres en los pies y una en el cuello que le impedían todo movimiento y le causaban atroces dolores). La pasión —que los maniqueos designaron con el término cristiano de «crucifixión»— se prolongó casi un mes. Tras ser decapitado, su cabeza fue expuesta en una de las puertas de la ciudad. El resto del cuerpo fue sepultado por sus discípulos en la ciudad de Ctesifonte.

Hoy día Mani es visto como un profeta, inteligente y cultivado (músico, matemático, pintor, astrónomo, médico), que intentó conciliar Oriente y Occidente. En su doctrina no faltan elementos de la moral búdica, del culto mitraico e incluso de procedencia cristiana. En el llamado *Evangelio de la infancia* se cuenta que sus primeros años estuvieron marcados por las enseñanzas gnósticas.

Tras su muerte el rey Bahram ordenó una dura represión del movimiento si bien no logró impedir su progreso, que culminaría en los siglos siguientes.

[Bibl.: H. Ch. Puech, *Le manicheisme, son fondateur, sa doctrine*, Paris, 1949; G. Widengren, *Mani und der Manichäismus*, Stuttgart, 1961; O. Klima, *Manis Zeit und Leben*, Praga, 1962; L. J. R. Ort, *Mani: A religio-historical Description of his Personality*, Leiden, 1967; Fr. Decret, *Mani et la tradition manichéenne*, Paris, 1974; M. Tardieu, *Le manichéisme*, Paris, 1981.]

MANILIO / *Manilius* (s. I d. C.).— Autor de un poema en cinco libros titulado *Astronomica*, dedicado a la astronomía y astrología, compuesto entre los años 9 d.C. y 16 d.C., y dedicado al emperador Tiberio. Aunque se le han atribuido los más diversos lugares de origen, probablemente nació en Italia.

El argumento del libro I, en el que sigue al astrónomo Arato, es astronómico y tiene como objetivo introducir a los otros cuatro, de tema astrológico, sobre las propiedades de los cuerpos celestes, sobre las técnicas para elaborar el horóscopo y sobre la influencia de cada constelación en el destino de los hombres nacidos bajo tales signos.

Manilio se enorgullecía de haber sido el primero en versificar en latín la materia astrológica[1], si bien debió ha-

cerlo sobre materiales anteriores escritos en prosa.

Siguiendo la reciente traducción española de F. Calero, el contenido de los libros astrológicos puede establecerse de la siguiente forma:

Libro II: 1) proemio (vv. 1-149); 2) clasificación de los signos zodiacales según sus propiedades (vv. 150-269); 3) relaciones geométricas entre los signos (vv. 270-432); 4) tutela de los dioses sobre los signos (vv. 433-452) y de éstos sobre cada una de las partes del cuerpo (vv. 453-465); 5) otras relaciones entre los signos (vv. 466-692); 6) divisiones de cada uno de los signos en dodecatemorias (vv. 693-721), término empleado también para indicar la posición de la luna (vv. 722-737) y los dominios de los planetas en cada uno de los signos (vv. 738-787); 7) los cuatro puntos cardinales en un nacimiento son el Medio del Cielo, el Fondo del Cielo, el Horóscopo o signo ascendente y el descendente (vv. 788-855); 8) desarrollo de la vida a través de los doce lugares del Dodecátropos (vv. 856-959).

Libro III: 1) proemio (vv. 1-42); 2) división de la eclíptica con las doce «suertes» (vv. 43-159); 3) modo de encontrar la suerte de la Fortuna (vv. 160-202); 4) cálculo preciso del horóscopo (vv. 203-509); 5) explicación de la «cronocratoría» (influencia de los signos sobre los años, los meses, los días y las horas (vv. 510-617); 6) descripción de los cuatro signos trópicos (Aries, Cáncer, Libra y Capricornio) y *excursus* final (vv. 618-682).

Libro IV: 1) proemio (vv. 1-118); 2) influencias de las constelaciones zodiacales en los nacimientos (vv. 121-293); 3) influencias de los decanos (signos que dominan en cada división en 10 grados) (vv. 297-407); 4) *partes damnandae* o grados nefastos en cada constelación (vv. 408-501); 5) influencias de algunas partes de los signos sobre los nacimientos (vv. 502-584); 6) geografía astrológica, esto es, influencia de los signos en las distintas partes de la tierra (vv. 587-817); 7) males que afectan a los signos que presiden los eclipses lunares (vv. 818-865); 8) epílogo de carácter filosófico (vv. 866-935).

Libro V: 1) proemio (vv. 1-29); 2) *paranatéllonta* o conjunción de dos constelaciones, una zodiacal y otra extrazodiacal, en su orto o en su ocaso (vv. 32-709); 3) magnitudes de las estrellas (vv. 710-745).

El poema de Manilio está elaborado también sobre ideas de la filosofía estoica y, en particular, sobre la «simpatía cósmica» que, en opinión de estos filósofos, garantizaba la validez de las predicciones astrológicas.

Se trata, pues, de una gran síntesis donde confluyen temas tales como el destino, la presencia del mal, la evolución y el progreso o la estructura social.

1. *Astronom.*, I, 1-6 y III, 1-4.

[Bibl.: Ediciones: A. E. Housman, *M. Manilii Astronomica. Editio minor*, Cambridge, 1932; G. P. Goold, *Manilius. Astronomica*, London, 1977; Id., *M. Manilii Astronomica*, Leipzig, 1985; traducción española: F. Calero y M. J. Echarte, *Manilio. Astrología*, Madrid, 1996. Estudios: Van Wageningen, «Manilius»: *RE*, XIV, 1 (1928), cols. 1115-1134; F. F. Lühr, *Ratio und Fatum. Dichtung und Lehre bei Manilius, Diss.*, Frankfort a.M., 1969; L. Baldini Moscadi, «Magia e progresso in Manilio»: *A & R*, 25 (1980), pp. 8-14; C. Salamme, *Introduzione agli Astronomica di Manilio*, Napoli, 1983; J. H. Abry, «L'astrologie à Rome: les Astronomica de Manilius»: *Pallas*, 30 (1983), pp. 49-61; W. Hübner, «Manilius als Astrologe und Dichter»: *ANRW*, II, 32. 1 (1984), pp. 126-320.]

MANILIO ANTÍOCO / *Manilius Antiochus* (s. I a.C.).— Plinio[1] le considera *conditor astrologiae* («fundador de la astrología» [en Roma]). Según el naturalista latino llegó a Roma como

esclavo, en época de Sila (quizá procedente de Siria), en el mismo barco que su primo Publilio Lochio (gran mimógrafo) y otros esclavos que más tarde destacarían en el ámbito de las letras. Según algunos autores fue padre del célebre astrólogo y poeta latino *Manilio.

1. *NH*, XXXV, 199.

MÁNTICLO / *Mántiklos* (s. VI-V a.C.).— Adivino (*mantis*) griego, originario de Mesenia, hijo del también adivino *Teoclo. Pausanias[1] le cita durante su relato de la llamada «tercera guerra mesenia» (hacia el 490 a.C.), si bien algunos estudiosos dudan de su historicidad.

Según Pausanias, Mánticlo jugó un destacado papel durante el asedio del Hira por los espartanos (en los últimos meses de la guerra). Figuró, junto a su padre, entre «los primeros» que se lanzaron sobre los enemigos[2]. Después, durante la retirada de los mesenios, el rey Aristómenes puso de jefes de la retaguardia a su hijo Gorgo y a Mánticlo[3]. Concluida la guerra, nombró a ambos al frente de una expedición de mesenios para establecerse fuera del Peloponeso. Desde Cilene, Gorgo y Mánticlo propusieron planes diferentes: aquél (como príncipe), apoderarse de Zacinto, éste (en calidad de *mantis*), olvidar Mesenia y el odio a los espartanos y navegar hasta Cerdeña[4].

Pero Anaxilas de Regio (494-476 a.C.) propuso a los mesenios asentarse en Zancle (Sicilia) a cambio de que éstos le ayudaran a expulsar a sus habitantes. Cuando los zancleos, acosados en tierra por los mesenios y en el mar por los de Regio, se refugiaron en los altares y santuarios de los dioses, Anaxilas ordenó a los mesenios dar muerte a los hombres y vender como esclavos a las mujeres y a los niños. Gorgo y Mánticlo pidieron al tirano que no les obligase a cometer con los griegos los mismos crímenes que los espartanos habían cometido con ellos. Zancleos y mesenios vivieron en paz y la ciudad pasó a llamarse Mesene[5].

Mánticlo hizo levantar fuera de las murallas de Mesene el santuario de Heracles Mánticlo[6].

1. IV, 16, 1. / 2. IV, 21, 2. / 3. IV, 21, 8. / 4. IV, 23, 5. / 5. IV, 23, 7-9. / 6. IV, 23, 10.

[Bibl.: Ehrenberg, «Mantiklos»: *RE*, XIV, 2 (1930), cols. 1289-1290.]

MARCIO / *Marcius* (s. III a.C.).— Profeta o adivino inspirado (*vates*) del que se creía había vivido en tiempos de la segunda guerra púnica (218-202 a.C.). Cicerón es el único que menciona a dos *vates Marcii* que serían hermanos nacidos de familia noble[1]. Pero él mismo habla de un Marcio (en singular)[2]. Del *vates* Marcio algunos gramáticos recogen sentencias en versos saturnios o en prosa rítmica.

También se atribuyeron a Marcio los *carmina Marciana*, distintos de los anteriores, pero que Cicerón no menciona. Éstos, divulgados en el año 202 a.C. (es decir, a finales de la segunda guerra púnica), estaban compuestos en prosa con cadencia de hexámetros[3]. El primero de estos *carmina* anunciaba (evidentemente *post eventum*) la derrota de Cannas:

Descendiente de Troya, huye del río Canna para que unos extranjeros no te obliguen a trabar combate en el llano de Diomedes. Pero no me creerás hasta que hayas llenado de sangre el llano y desde la tierra fértil el río arrastre hasta el gran puerto a muchos miles de cadáveres tuyos; que tu carne sea alimento para los peces, las aves y las fieras que pueblan las tierras, pues así me lo ha dicho Júpiter (Liv., XXV, 12, 5-6).

El segundo ordenaba dedicar juegos a Apolo según el rito griego si se quería que el enemigo (Aníbal) abandonase Italia:

Romanos, si queréis expulsar de vuestros campos a los enemigos, flagelo que viene de pueblos lejanos, mi opinión es que debéis de ofrecer unos juegos en honor de Apolo que se celebren cada año con regocijo en honor de Apolo; una vez que el pueblo haya sufragado una parte de los fondos públicos, que los particulares contribuyan por sí y por los suyos; que presida su celebración el pretor que sea el juez de más alto rango para el pueblo y la plebe; que los decénviros ofrezcan sacrificios con víctimas según el rito griego. Si lo hacéis convenientemente, os alegraréis por siempre y vuestra suerte irá a mejor; pues el dios que con bondad nutre vuestros campos aniquilará a vuestros enemigos (Liv., XXV, 12, 9-11).

Un día después, el Senado instituía los *Ludi Apollinares*. Hoy se cree que mientras el *vates* Marcio vivió en época muy antigua, los *Carmina Marciana*, compuestos posteriormente, le fueron atribuidos falsamente para darles mayor autoridad y credibilidad, siendo ésta, quizá, la razón de que Cicerón no los mencione.

1. *De div.*, I, 89; II, 113. / 2. I, 115. / 3. Liv., XXV, 12.

[Bibl.: W. Morel (ed.), *Fragmenta poetarum Latinorum*, Leipzig, 1927 (reimp. Stuttgart, 1975).]

MARCIO EL ASTRÓLOGO / *Publius Marcius* (s. I a.C.-I d.C.).— Astrólogo ejecutado por los cónsules tras el decreto de expulsión de astrólogos y magos de la época de Tiberio a la manera antigua: fuera de la puerta Esquilina, tras sonar la trompeta militar[1]. Como su colega *L. Pituanio, fue hallado culpable del delito *de maiestas* quizá por haber participado en la conspiración de Druso Libón (16 d.C.) contra el emperador Tiberio.

1. Tac., *Ann.*, II, 32, 3; cf. Suet., *Ner.*, 49.

MARCO / *Marcus* (s. IV d.C.).— Harúspice de gran renombre en la Roma de mediados del siglo IV d.C. Muerto el emperador Joviano a comienzos del 364 d.C., la jefatura del ejército se reunió en Nicea para nombrar a un sucesor. Hasta la llegada de Valentiniano, el nuevo emperador, se produjo durante diez días un vacío de poder durante el cual nadie mantuvo «el timón del Imperio»[1]; el historiador Amiano Marcelino recuerda que, tiempo antes, dicha situación había sido anunciada en Roma por el harúspice Marco mediante la inspección de las entrañas[2].

1. Amm. Marc., XXVI, 1, 5. / 2. XXVI, 1, 5.

[Bibl.: S. Montero, *Política y adivinación en el Bajo Imperio: emperadores y haúspices*, Bruxelles, 1991, pp. 125-126.]

MARCOS EL MAGO / *Márkos* (s. II d.C.).— Fundador de los marcionitas gnósticos, fue acusado por uno de sus rivales, el cristiano Ireneo de Lión (nuestra única fuente sobre el personaje), de practicar todo género de técnicas mágicas, con las que simulaba hacer milagros, induciendo así a muchos hombres y mujeres a seguir su doctrina. También le llama «profeta capaz de comunicar a los demás el carisma profético»[1].

Marcos enseñó en el Asia proconsular; su proximidad a la teología de los *Extractos* de Teódoto ha animado

a algunos autores a adscribirlo a la escuela valentiniana oriental (J. Montserrat). Sus discípulos enseñaron por el valle del Ródano, donde los encontró el obispo de Lión.

Ireneo compara sus artes con las de *Anaxilao y dice que se muestra como un verdadero precursor del Anticristo. Lo llama mago por su manipulación de la materia eucarística[2], utilizando como tal el vino mezclado con agua. Marcos fingía consagrar cálices que contenían una mezcla de agua y vino; tras prolongar mucho tiempo la *invocatio* (la plegaria o anáfora eucarística), obtenía colores purpúreos y rojos [como la sangre], de modo que pareciese que la Gracia, perteneciente a los seres superiores, derramara su sangre en aquel cáliz por medio de su epíclesis [Marcos].

Todos los asistentes deseaban ardientemente probar aquella bebida para que también sobre ellos se derramase la gracia invocada por el mago. A continuación entregaba a las mujeres otras copas llenas de la mezcla ordenando consagrarlas en su presencia. Una vez realizada la consagración, en función de un sacerdocio ministerial, Marcos presentaba otro cáliz mucho mayor que el utilizado por la mujer engañada en su consagración eucarística y trasvasaba el contenido del más pequeño, el de la mujer, al mayor aportado por él, mientras decía las siguientes palabras:

La gracia que existe antes de todo, inconcebible e inefable, colme tu hombre interior y multiplique en ti su conocimiento, sembrando el grano de mostaza en la buena tierra (Iren., *Adv. Haer.*, I, 2).

Por efecto de esta fórmula sacramental aparecía como un mago llenando por completo el cáliz grande con el contenido del pequeño, hasta hacerlo rebosar[3].

También afirma Ireneo que[4] en el interior de Marcos residía un demonio que le permitía no sólo profetizar sino hacer profetizar a sus seguidoras (las marcosas). En esta labor de captación se dedicaba, sobre todo, a las más ricas, seduciéndolas con estas palabras:

Quiero que participes de mi gracia, puesto que el Padre universal observa siempre a tu ángel en su presencia. El lugar de la grandeza está en nosotros; es preciso que seamos uno. Recibe ante todo de mí y por mí la gracia. Adórnate como esposa que aguarda a su esposo, a fin de que seas lo que yo soy, y yo sea lo que tú eres. Recibe en tu tálamo el semen de la luz. Toma en mí al esposo, ábrete a él y entrarás en él. Mira, la gracia ha descendido sobre ti, abre la boca y profetiza (*Adv. Haer.*, I, 3).

Si la mujer respondía que no sabía o no podía profetizar, Marcos insistía en las invocaciones diciéndole: «Abre la boca y di lo que te pase por la mente y profetizarás»[5]. Engañada por el mago y excitada por la posibilidad de profetizar, la mujer se atrevía a hablar considerándose, a partir de entonces, una profetisa. En agradecimiento, dice Ireneo, las mujeres pagaban a Marcos no sólo con sus riquezas sino entregándose carnalmente a él, en su deseo de unirse así al Uno. Para Ireneo, Marcos representa, en definitiva, a los espíritus «terrenales y endebles aunque audaces y desvergonzados», enviados por Satanás para perder a los que tienen fe en la Iglesia[6].

Por último, Ireneo acusa a Marcos de administrar filtros amatorios y afrodisíacos a algunas mujeres para degradar sus cuerpos. Muchas de ellas lo confesaron, así como que, aunque él abusó físicamente de ellas, lo amaron con violenta pasión[7].

Si bien se ha discutido mucho sobre la veracidad de las acusaciones de Ireneo, lo cierto es que los papiros má-

gicos confirman las relaciones del gnosticismo con las prácticas mágicas (F. Graf).

1. *Adv. Haer.*, I, 7. / 2. *Adv. Haer.*, 1, 7. / 3. *Adv. Haer.*, I, 13, 2. / 4. *Adv. Haer.*, I, 2. / 5. *Adv. Haer.*, I, 3. / 6. *Adv. Haer.*, I, 4. / 7. *Adv. Haer.*, I, 5.

[Bibl.: J. Montserrat Torrents, *Los Gnósticos*, vol. I, Madrid, 1983; J. Reiling, «Marcus gnosticus and the New Testament: Eucharist and Prophecy», en *Miscellanea Neotestamentaria*, I, Leiden, 1978, pp. 161-179.]

MARICCO / *Mariccus* (s. I d.C.).— Adivino y mago de la tribu gala de los boyos (en el alto Loira) que hacia el 69 d.C. utilizó la inspiración divina (probablemente ligada a dotes adivinatorias y taumatúrgicas) para incitar a los suyos al enfrentamiento con Roma.

Tácito[1] dice que llegó a arrogarse el título de dios movilizando a cerca de ocho mil hombres. Vitelio logró desbaratar los propósitos de Maricco y de la *fanatica multitudo* que le seguía; Maricco fue finalmente apresado y arrojado a las fieras, pero como éstas no le desgarraban (la plebe le creía inmortal) fue muerto en presencia del propio Vitelio.

1. *Hist.*, II, 61.

[Bibl.: G. Zecchini, «La profezia dei druidi sull'incendio del Campidoglio nel 69»: CISA, X, Milano, 1984, pp. 121-131.]

MARMÁRIDAS / *Marmarídae*.— Tribu norteafricana de hechiceros famosos por sus encantamientos y por sus poderes para no ser atacados por las serpientes venenosas (como los *psilos); según el poeta Silio Itálico[1] con el solo contacto de su mano las cerastas caían a tierra.

1. *Pun.*, VIII, 300-302.

MARSOS / *Marsi*.— Pueblo sabélico de Italia central (en torno al *lacus Fucinus*, en la actual Marsica) famoso por sus prácticas mágicas y curativas. Documentado desde el siglo VI a.C., vivía sobre todo del pastoreo. Las fuentes recuerdan su habilidad como encantadores de serpientes y expertos en filtros mágicos y hierbas medicinales.

Desde el siglo IV a.C. los marsos tenían fama como encantadores de serpientes y, en general, como expertos en el comportamiento de dichos reptiles. Plinio[1] nos dice que este pueblo itálico era experto en curar la mordedura venenosa de las serpientes y las heridas utilizando el jugo de ciertas hierbas. Silio Itálico, en la misma línea, señala que los marsos eran capaces de dormir a las serpientes[2], así como curar las heridas causadas por éstas mediante hierbas y encantamientos[3]. Aún en el siglo III, el célebre médico Galeno[4] se dirigía a ellos para recabar informaciones técnicas sobre cierta especie de víboras (la *dipsàs*).

Del testimonio del propio Galeno se desprende, sin embargo, que durante la época imperial el término «marsos» designaba sólo un grupo restringido de expertos que trabajaba en Roma y no al total de la población. Aulo Gelio[5], en un pasaje en el que —siguiendo a Plinio— compara a los marsos con los *psilos africanos (también expertos en mordeduras de serpientes), hace alusión a la endogamia practicada por aquel restringido grupo de encantadores; el objetivo de esta costumbre no era otro que el de preservar de influencias extrañas la *vis naturalis*[6] o la *vis genitalis*[7] de la raza.

Una noticia de la *Historia Augusta* precisa el carácter sacral que revestían las prácticas y las tradiciones de los marsos, hasta el punto de asemejarse mucho a una casta sacerdotal: Heliogábalo, según el autor de la biografía, se valió de los «sacerdotes del pueblo marso»[8] para reunir muchas serpientes

y soltarlas repentinamente al alba cuando la multitud se congregaba para presenciar los juegos.

Eustacio[9] dice también que los marsos abastecían a Roma de las serpientes necesarias para la elaboración de triaca. Las actividades de los marsos, primero como pueblo y más tarde como casta sacerdotal, debieron de ser muy amplias, pero una de las principales fue, sin duda, el comercio de productos usados en medicina y en veterinaria tales como la carne y el veneno de serpientes, grasa de oso, ciertas hierbas, etc. Algunos autores[10] sugieren igualmente una actividad dedicada al comercio de importación de venenos venidos del exterior. En esta misma línea Arnobio[11] habla de contravenenos vendidos por los marsos y psilos.

Las *Actas de los Mártires* recuerdan la intervención de los encantadores de serpientes marsos en las torturas de los cristianos. Tal es el caso, por ejemplo, de santa Anatolia[12], que en el siglo III, en la Sabina (en las proximidades del territorio marso), fue encerrada por el sacerdote marso Audax, durante una noche, en un saco con una serpiente. *Audax*, antes de abrir el saco, invocó junto a Mercurio a Gorgona; este hecho es interesante, ya que los marsos decían descender de *Phorcus*, padre de Equidna («Víbora», monstruo con cuerpo de mujer terminado por una cola de serpiente) y de Gorgona.

La divinidad principal de los marsos era la diosa maga Angitia (según Isidoro[13], del lat. *anguis*), capaz de hacer bajar la Luna, detener con la voz el curso de los ríos y desplazar los bosques[14].

Virgilio cita al marso Umbrón[15], sacerdote y guerrero, como experto en estas artes. Coronado su yelmo con rama de olivo es capaz de infundir el sueño «entre cantos y gestos de su mano» a víboras e hidras; con su arte también curaba las mordeduras de serpientes. Sus conocimientos mágicos y en particular sus «cantos somníferos» o las «hierbas cogidas en los montes marsos», fueron insuficientes, sin embargo, para curarse de la mortal herida que una lanza le causó durante el combate.

1. *NH*, VII, 2. / 2. *Pun.*, V, 496: «chelydris cantara soporem» / 3. *Pun.*, V, 497. / 4. XII, 316 K; cf. XI, 143 K. / 5. XVI, 11, 1-2. / 6. Plin., *NH*, VII, 14-15. / 7. Gel., XVI, 11. / 8. HA, *Vit. Heliog.*, 23, 2: «Marsicae gentis sacerdotes». / 9. *Comm. in D.P.*, v. 376. / 10. Plin., *HN*, XI, 89; Luc., IX, 707. / 11. *Adv. Nat.*, II, 32. / 12. A.S., *Iul.*, II, 9, p. 680. / 13. *Orig.*, I, 36, 9. / 14. *Pun.*, V, 500-501. / 15. *Aen.*, VII, 750-758.

[Bibl.: Philipp, «Marsi»: *RE*, XIV, 2 (1930), cols. 1977-1979; C. Letta, *I Marsi e il Fucino nella antichità*, Milano, 1972; S. Perea, «Haruspex legionis»: *Gerión*, 9 (1991), pp. 175-193. Sobre Umbrón: A. Fo, s.v. «Umbrone», en *Enciclopedia Virgiliana*, vol. V, pp. 384-385.]

MARTA / *Mártha* (s. II a.C.).— Vidente y profetisa siria colaboradora de Mario poco antes de las invasiones cimbrias (h. 106 a.C.). Plutarco[1] dice que acompañaba al cónsul romano desplazándose en una litera con gran aparato, profetizando y haciendo sacrificios en su nombre. En la ceremonia sacrificial se presentaba llevando un doble manto de púrpura y sosteniendo una lanza adornada de cintas y guirnaldas[2]. Bajo esta apariencia, sosteniendo una lanza, Marta se asemejaba a una divinidad guerrera, lo que la hacía especialmente adecuada para predecir el desenlace de las batallas y la suerte del ejército. Algunos autores creen, en este sentido, que no es difícil que Marta, aprovechándose de la devoción de Mario por Cibeles, le hubiese atraído también hacia el culto a la diosa siria Atargatis, de características muy similares a la profetisa.

Poco antes de entrar en contacto con él, Marta había sido expulsada del

Senado por pretender anunciar ante sus representantes los acontecimientos futuros y predecir el comienzo de la guerra. También se había dirigido a las mujeres, a las que dio prueba de sus cualidades durante un espectáculo de gladiadores; fue precisamente Julia, mujer de Mario, la que, impresionada por la veracidad de sus pronósticos, la dio a conocer a su marido (102 a.C.).

Mario fue el primero que en Roma se abrió (si sinceramente o no, no lo sabemos) al mundo de la adivinación oriental, particularmente en su forma natural o inspirada. Ésta era, no obstante, conocida ya en Italia gracias a los episodios protagonizados por *Euno.

1. *Mar.*, 17. / 2. *Mar.*, 17, 4.

[Bibl.: Münzer, «Martha»: *RE*, XIV, 2 (1930), col. 2001; F. Chamoux, «La prophetésse Martha», en *Mélanges d'Histoire ancienne offerts à W. Seston*, Paris, 1974, pp. 82-84.]

MARTINA / *Martina* (s. I d.C.).— Hechicera experta en venenos (*venefica*). Es citada sólo por Tácito[1], quien dice de ella que era «de triste fama en la provincia [de Siria] por sus envenenamientos» y «muy querida» por Plancina, mujer de Cneo Pisón (acusado éste de haber envenenado a Germánico, sobrino de Tiberio, en el 19 d.C.). Cneo Sencio, gobernador de Siria y cónsul en el año 4 d.C., la envió detenida a Roma por iniciativa de Vitelio, Veranio y otros que preparaban su inculpación en el crimen. Sin embargo, al llegar a Brindisi (Italia) murió repentinamente. Tácito[2] recoge el rumor de que en una trenza de su tocado fue hallado veneno, sin que se hubiera encontrado en su cuerpo señal alguna de suicidio.

1. *Ann.*, II, 74, 2. / 2. *Ann.*, III, 7, 2.

MASILIOS / *Massilii*.— Tribu norteafricana famosa por sus prácticas de hechicería. De sus representantes sólo conocemos a Temiso (*Temisus*), mago y hechicero citado por el poeta Silio Itálico (s. I d.C.)[1] como un encantador capaz de reforzar el hierro bajo los efectos de sus encantamientos. Fue él quien forjó en un fuego mágico (*cantato ... igni*) la espada que empuñaba el cartaginés Aníbal (247-183 a.C.).

1. *Pun.*, I, 431-432.

MAXIMILA / *Maximilla* (s. II d.C.).— Destacada profetisa montanista (secta fundada por Montano que aparece en Frigia en los últimos decenios del siglo II d.C.).

Maximila es frecuentemente citada junto a Priscila o Prisca. Los datos biográficos sobre ambas mujeres son muy escasos y proceden, en su mayor parte, de informaciones tendenciosas de sus adversarios. Jerónimo[1] dice que eran nobles y ricas. Apolonio[2] las acusa de haber abandonado a sus respectivos maridos (tras haber recibido el don del Espíritu Santo), de aceptar regalos y dinero[3], de teñirse el pelo y pintarse los ojos, amar el lujo, jugar a los dados y prestar dinero con intereses[4]. También acusaba a una de ellas (sin que sepamos a cuál) de convivir con el mártir Alejandro[5] y de perdonar los pecados. Se decía también que Maximila murió ahorcada (hacia el 179 d.C.), como su maestro Montano. Pero la ausencia de ataques a la moralidad de estas mujeres por parte de sus adversarios hace pensar que la conducta moral de Maximila fue intachable.

El papel jugado por Maximila y Prisca en los orígenes del movimiento montanista no fue nada despreciable. Según Hipólito, para quien los montanistas se habían dejado «coger de la nariz por mujeres»[6], ambas se consideraban profetisas superiores a los

apóstoles e incluso a Cristo. Para los montanistas, Maximila y Prisca eran, junto a Montano, los profetas que el Señor había prometido enviar a los hombres[7]; el Espíritu mandado por Cristo había hablado por boca de Montano y Prisca[8]. Los propios montanistas justificaban el profetismo femenino recordando los ejemplos de las hijas de Felipe y de Débora.

Los adversarios creían que Maximila y Prisca estaban poseídas por un espíritu diabólico y las acusaban de profetizar en estado de éxtasis, tras haber perdido la conciencia[9]. Es posible que después de ellas no hubiera existido dentro de la secta ningún otro caso de profetismo[10]. Durante sus años de ejercicio las dos profetisas llegaron incluso a elaborar nuevas normas sobre los ayunos, las fiestas y el régimen alimenticio[11]. No faltaron intentos, por parte de algunos obispos ortodoxos de Asia Menor, de «refutar el espíritu que había en Maximila»[12] y de exorcizar a Prisca, pero la oposición de sus seguidores lo impidió.

Las profecías de estas mujeres gozaron de especial popularidad en Asia (y especialmente en Ancira) provocando el enfrentamiento de las iglesias. Tertuliano cita al obispo de Roma, quizá Ceferino (198-210), entre quienes, inicialmente, manifestaron su adhesión al movimiento.

De los oráculos de Maximila y Prisca existían varias compilaciones, realizadas por sus seguidores (Asterio Urbano es uno de ellos). Según sus detractores, dichas compilaciones eran valoradas en mayor medida que las Sagradas Escrituras[13]. Todavía en el siglo IV circulaban por diversas provincias, pues una disposición imperial del año 398 ordena su destrucción[14].

Se conservan algunos de los oráculos de Maximila, generalmente de tono apocalíptico, anunciando la llegada de guerras y revoluciones[15]. Asterio Urbano recogió unas palabras de Maximila lamentando ser tratada por sus adversarios como un lobo:

Me persiguen como a lobo lejos de las ovejas; yo no soy lobo, soy palabra y espíritu y poder[16].

Por su parte, Epifanio[17] dice que Maximila se sentía enviada como seguidora, reveladora e intérprete de la nueva doctrina religiosa y obligada a aprehender —quisiera o no— el conocimiento de Dios.

De Prisca, la «santa profetisa», conocemos algunos oráculos transmitidos por Tertuliano. Uno de ellos, considerado como «anuncio evangélico», exalta la castidad como causa de la armonía interior e instrumento para tener revelaciones útiles para la salvación[18]. Otro («Soy carne y odio la carne») condena a aquellos que negaban la resurrección de los cuerpos[19].

1. *Ep.*, 133, 4. / 2. Eus., *HE*, V, 18, 3. / 3. *HE*, V, 18, 7.11. / 4. *HE*, V, 18, 11. / 5. *HE*, V, 18, 6.10. / 6. *Refut.*, VIII, 19, 1-2. / 7. Eus., *HE*, V, 16, 12. / 8. Cipr., *Ep.*, 75, 7, 3. / 9. Eus., *HE*, V, 16, 9; Epif., *Pan.*, 48, 3-8. / 10. Eus., *HE*, V, 17, 4. / 11. Hipol., *Refut.*, VIII, 19, 2; Tert., *De ieiun.*, 1, 3. / 12. Eus., *HE*, V, 16, 16. / 13. Hipol., *Refut.*, VIII, 19, 1. / 14. *CTh*, XVI, 5, 34. / 15. Eus., *HE*, V, 16, 18; Epif., *Pan.*, 48, 2, 4. / 16. Eus., *HE*, V, 16, 17. / 17. Epif., *Pan.*, 48, 13, 1. / 18. *De exh. cast.*, 10, 5. / 19. *De res.*, 11, 2.

[Bibl.: C. Mazzucco, «*E fui fatta maschio*». *La donna nel Cristianesimo primitivo*, Torino, 1989; M. J. Hidalgo de la Vega, «El profetismo femenino en la tradición cristiana»: *Studia Historica*, 9 (1991), pp. 115-128.]

MÁXIMO DE ÉFESO / *Máximos* (371 d.C.).— Famoso filósofo neoplatónico y teúrgo del siglo IV d.C., maestro del emperador Juliano[1], condenado a muerte en época de Valente. Teodoreto dijo de él[2] que parecía un filósofo, pero que en realidad era un mago.

Originario de la ciudad de Éfeso[3],

pertenecía a una rica familia; fue discípulo de Edesio[4] y maestro, entre otros, de Eunapio, quien nos dejó algunos datos biográficos de Máximo en su *Vida de los sofistas*[5]. Le describe como un hombre, con barba gris, que emanaba «armonía» cuando se le escuchaba o se le miraba, que movía rápidamente sus ojos y hablaba con rapidez; ni siquiera los más elocuentes se atrevían a contradecirle en los debates filosóficos.

Una de las primeras intervenciones célebres de Máximo, según nos dice Eunapio, tuvo lugar en el ámbito de la magia (o de la teúrgia). A petición de Sosípatra llevó a cabo un hechizo —por medio de su «poder sacrificial» y de ciertas plegarias— para romper el encantamiento amoroso que sobre ella había obrado Filométor[6].

En otra ocasión, cuenta Eunapio, Máximo invitó a Eusebio, otro maestro de Juliano, a entrar en el templo de la diosa Hécate en compañía de un grupo de discípulos. Tras rendir los honores a la diosa, les dijo:

Tomad asiento, queridos amigos, y observad atentamente lo que va a ocurrir y en qué grado tan notable aventajo yo a la masa de las gentes comunes (Eunap., *Vit. Sophist.*, 89).

Dicho esto quemó un grano de incienso y recitó para sí mismo un himno. La imagen de la diosa comenzó primero a sonreír y luego pareció incluso reír a carcajadas. Todos se atemorizaron ante la visión, pero Máximo les dijo:

Que ninguno de vosotros se aterrorice con estas cosas, pues ahora mismo hasta las antorchas que la diosa lleva en sus manos se encenderán hasta dar llama (Eunap., *Vit. Sophist.*, 89).

Antes de que acabara de hablar, las antorchas ardieron en un torrente de luz.

Llegado Juliano al poder, en el 362 d.C. mandó llamar a sus dos principales maestros: *Crisantio y Máximo[7]. Ambos recurrieron a los augurios para conocer la voluntad de los dioses, quienes, sin embargo, dieron signos prohibitivos y hostiles. Pero mientras Crisantio quedó aterrorizado e intimidado y decidió no abandonar su ciudad, Máximo, al contrario, determinó tener un encuentro en Constantinopla con el nuevo emperador:

Sin embargo, Crisantio, pienso que has olvidado que hemos sido educados para creer que es el deber de los genuinos helenos, especialmente si éstos son hombres instruidos, no ceder en modo alguno ante los primeros obstáculos que se encuentren; sino más bien luchar con los poderes celestiales hasta conseguir que éstos se inclinen en favor de su servidor (Eunap., *Vit. Sophist.*, VII, 3, 9).

De esta forma, Máximo ensayó todos los métodos —propios de la teúrgia o de la magia— hasta que obtuvo los resultados que deseaba. Aunque debió de ejercer en la corte un influyente papel, siempre según Eunapio, Máximo comenzó a hacerse insolente, llevaba vestiduras demasiados costosas para un filósofo y se fue haciendo cada vez mas inaccesible e irritable. Debió de ser durante estos años cuando, según Zósimo[8], acusó a Valentiniano de impiedad hacia las leyes divinas a causa de su fe cristiana.

Fue entonces cuando el emperador decidió llamar al filósofo griego Prisco que llegó finalmente a Roma en los primeros meses del 363 d.C. Ambos, Máximo y Prisco —junto con otros sofistas y neoplatónicos— acompañaron a Juliano en su célebre expedición contra Persia; según Amiano, Juliano, en su lecho de muerte (junio del 363) discutió sobre la inmortalidad del alma con Máximo y Prisco[9].

Con el acceso al trono de Valentiniano y Valente, Máximo fue castigado con una fuerte multa acusado de haberse apropiado ilegalmente de bienes ajenos; se trataría, según las fuentes paganas[10], de una venganza de los nuevos emperadores. Fue enviado a Asia para que efectuara el pago de ese dinero, pero allí fue detenido por las autoridades y sometido a una terrible tortura. Cuando su sufrimiento se hacía ya irresistible, pidió a su esposa que le diera veneno para «ponerle en libertad»; quiso ingerirlo inmediatamente, pero ella insistió en morir antes. Muerta su esposa, sin embargo, Máximo no se suicidó[11]. El filósofo y teúrgo quedó finalmente en libertad (366/367) gracias a la mediación del procónsul de Asia, Clearco, amigo del emperador quien también le permitió recuperar sus riquezas[12]. Regresó a Constantinopla donde, tras su escaso éxito en la oratoria pública, decidió reincorporarse a la lectura y la enseñanza de la filosofía[13].

Finalmente sabemos que en el 371 Máximo, dado que «conocía las intenciones de los dioses», interpretó un oscuro oráculo que es parcialmente citado por Amiano Marcelino:

No correrá tu sangre sin venganza. El enojo de Tisifón prepara en las llanuras de Mimas terrible retribución a aquellos cuyos corazones arden en el deseo del mar (Amm. Marc., XXIX, 1, 33).

Máximo aseguró que el oráculo anunciaba la muerte del emperador Valente pero también la de aquellos —incluido él mismo— que habían intentado predecir el porvenir; concretamente, según Eunapio, su interpretación fue:

Después de una multiforme y general matanza de todos los hombres en la cual nosotros seremos víctimas de la carnicería, el emperador morirá de una muerte extraña, y no recibirá sepultura ni el honor de una tumba (Vit. Sophist., 89).

Así ocurrió, pues los conspiradores que se habían conjurado de común acuerdo fueron detenidos o decapitados. Máximo fue llevado a Antioquía, donde se encontraba Valente, y allí compareció ante un tribunal; trasladado a su ciudad natal, Éfeso[14], el procónsul Festo (371) ordenó su decapitación[15]. De esta manera se cumplió una parte del oráculo; el resto del mismo se cumpliría pocos años después, cuando el emperador desapareció en una batalla contra los escitas (la de Adrianópolis en 378), tan sangrienta que ni siquiera pudo hallarse su cuerpo para darle sepultura.

Eunapio concluye su breve biografía narrando lo sucedido a Festo, responsable de la muerte del filósofo. La noticia parece obedecer a la propaganda pagana de la época: había entrado Festo en el templo de la diosa Némesis (diosa de la venganza) cuando tuvo una visión: Máximo había echado un lazo corredizo en torno a su cuello, se había apoderado de él y lo había arrastrado a lo hondo del Hades para que su caso fuera juzgado ante Plutón. Al narrar el sueño, sus amigos le aconsejaron que ofreciese plegarias a la diosa para que ésta no se le indispusiera; así lo hizo, pero, cuando salía del templo, resbaló, cayó de espaldas y quedó tendido sin habla; fue llevado a su casa, pero al momento expiró.

Se conservan dos cartas dirigidas a Máximo, una del emperador Juliano[16] y otra de Libanio[17], pero ninguna de sus obras.

1. Jul., *Or.*, VII, 235 A; *Ep.*, 89 A; Amm. Marc., XXIX, 42, etc. / 2. *HE*, III, 28. / 3. Amm. Marc., XXIX, 1, 42; Socr., III, 1. / 4. VI, 9, 3; VII, 1, 5, 10. / 5. VII, 1, 4. / 6. *Vit. Sophist.*, VI, 9, 6. / 7. Eunap., *Vit. Sophist.*, VII, 3, 9; Jul., *Ep.*, 26. / 8. IV, 2, 2. / 9. *Vit. Sophist.*, VII, 4, 9; Liban., *Or.*, XVIII, 272; Socr., III, 21, 6; Amm. Marc., XXV, 3, 23. / 10. Zos., IV, 2, 2. / 11.

*Vit. Soph*ist., VII, 4, 16-17. / 12. *Vit. Soph*ist., VII, 5, 9-6, 1; 6, 1-2. / 13. *Vit. Soph*ist., VII, 6, 1-2. / 14. *Vit. Soph*ist., VII, 6, 3-6; Amm. Marc., XXIX, 1, 42; Soc., III, 1. / 15. Eun., fr. 39; *Vit. Soph*ist., VII, 6, 7; Amm. Marc., XXIX, 1, 42; Lib., *Or.*, I, 158; Zos., IV, 15, 1. / 16. *Ep.*, 190, 191. / 17. *Ep.*, 694.

[Bibl.: Praechter, «Maximus»: *RE*, XIV, 2 (1930), cols. 2563-2565.]

MÁXIMO / *Máximos* (s. IV d.C.).— Astrólogo neoplatónico, originario quizá de Éfeso. Según la Suda[1] escribió un poema astrológico, *Perì Katarchon*, del que se conservan 610 versos.

Según la posición de la Luna en el Zodíaco y en las constelaciones de los planetas, en ella examina: 1) nacimiento; 2) compra de esclavos; 3) travesías marítimas y comercio; 4) viajes; 5) matrimonio; 6) enfermedades; 7) tratamientos quirúrgicos; 8) huidas [de esclavos]; 9) educación del niño; 10) agricultura; 11) cautividad; 12) robo.

1. s.v. «Maximos».

[Bibl.: Strauss, «Maximus»: *RE*, XIV, 2 (1930), cols. 2573-2575.]

MEGISTIAS / *Megistías* (s. VI-V a.C.).— Adivino (*mantis*) acarnanio[1] de la familia de los *Melampódidas, que vivió en época de las guerras médicas. Eliano[2] le cita, junto a *Silano y *Euclides, entre los «impresionantes expertos» en interpretar los significados de las distintas posiciones de las vísceras.

Megistias formó parte del grupo que, conducido por Léonidas, esperó a los persas en el paso de las Termópilas (480 a.C.). La primera noticia que tuvo el ejército espartano de la proximidad de sus enemigos la recibió de Megistias, quien observando las víctimas sacrificadas, anunció que al asomar la aurora les esperaba la muerte[3]. Cuando el rey espartano despidió a sus aliados poco antes del choque, quiso que Megistias regresara a Esparta para que no perecise en su compañía[4]. Pero éste se negó a abandonarle, diciendo: «Fui enviado como combatiente, no como mensajero»[5]; Megistias se contentó con despedir a su único hijo, que servía en el ejército, sucumbiendo posteriormente en la derrota.

Heródoto nos ha transmitido también el epitafio (un epigrama) que su amigo el poeta Simónides redactó para su tumba:

Éste es el monumento sepulcral del célebre Megistias, a quien un día mataron los medos, después de haber atravesado el río Esperqueo; de un adivino que, a pesar de ver claramente que entonces se le acercaban las Keres [personificaciones de la muerte], no soportó abandonar a los jefes de Esparta (Herod., VII, 228, 3).

Filóstrato, autor griego del siglo III d.C., le cita junto a *Aristandro de Licia como uno de los mejores adivinos en el arte de las vísceras[6] y a través de uno de sus personajes declara su admiración por el adivino, «pues deseó participar en lo que sabía que les iba a ocurrir, teniendo miedo, no de morir, sino de no haber muerto junto a tales hombres»[7]. Plutarco recuerda, de forma más abreviada, la historia de Megistias, que, sin embargo, aparece con el nombre de Temísteas[8].

1. Herod., VII, 221; Filostr., *VA*, VIII, 7, 48. / 2. *HA*, VIII, 5. / 3. Herod., VII, 219. / 4. Herod., VII, 221. / 5. *Mor.*, 221 D. / 6. *VA*, VIII, 7, 15. / 7. IV, 23. / 8. *Mor.*, 221 D.

[Bibl.: Miller, «Megistias»: RE, XV, 1 (1931), p. 332.]

MELAMPO / *Melámpous*.— Adivino (*iatromantis*) mítico, originario quizá de Tesalia, aunque protagonizó en el

Peloponeso, y especialmente en Tirinto y Argos, sus principales actuaciones. Cronológicamente se situaría en torno al 1400 a.C., o quizá algo después, coincidiendo, por tanto, con el comienzo del Heládico Reciente III.

Hijo de Amitaón y Eidomene, fue, según Apolodoro[1], el primero que descubrió la curación por medio de lustraciones y drogas. Aparece mencionado ya en la *Odisea*[2] como adivino (*mantis amymon*) y su historia fue recogida en un poema atribuido a Hesíodo, la *Melampodia*, que no ha llegado hasta nosotros.

Durante su niñez, unas serpientes que él mismo había criado le lamieron los oídos mientras dormía[3]. La creencia griega de que el hombre adquiría así el don de la adivinación explica las dotes adivinatorias de otras figuras míticas como *Héleno y *Casandra[4]. Al despertar se dio cuenta de que comprendía el lenguaje de los animales (en particular de las aves y los insectos) y que, gracias a ello, podía anunciar a los hombres el porvenir.

La primera predicción conocida de Melampo fue hecha a su hermano, Biante. Éste quería casarse con Pero (hija de Neleo), para lo cual debía robar las vacas de Fílaco, guardadas por un perro feroz. Incapaz de hacerlo por sí mismo, le pidió a Melampo que robase los animales; éste aceptó y le predijo que sería descubierto durante el robo pero que, tras un año de cautiverio, conseguiría las vacas.

El pronóstico no tardaría en cumplirse: sorprendido durante el robo, Melampo fue conducido a una celda, donde quedó bajo vigilancia. Transcurrido un año, escuchó la «conversación» de unos gusanos en lo oculto del tejado: preguntando uno de ellos qué parte de la viga estaba ya carcomida, otros contestaron que faltaba ya poco. Melampo pidió inmediatamente el cambio de celda, derrumbándose poco después el techo de la que había abandonado. Fílaco, admirado por la clarividencia del adivino, le dejó en libertad rogándole que curara la esterilidad de su hijo Ificlo. Melampo accedió a condición de obtener las vacas. Con el propósito de curarle, Melampo sacrificó dos toros que dejó abandonados para que fuesen devorados por los pájaros y poder así, al acercarse a las víctimas, escuchar su conversación. Supo de esta forma por un buitre que, en una ocasión, Fílaco, mientras castraba carneros, había dejado el cuchillo aún ensangrentado cerca de Ificlo; el niño huyó asustado y él clavó el cuchillo en la encina sagrada cuya corteza, con el paso del tiempo, acabó por ocultar el instrumento. Finalmente, Melampo reveló a Fílaco que, si una vez descubierto el cuchillo, raspaba su herrumbre durante diez días y se la daba a beber a Ificlo, éste engendraría un hijo[5]. Melampo acertó en su pronóstico, pues Ificlo tuvo más tarde un hijo llamado Podarces. Entregadas las vacas a Neleo, pudo finalmente celebrarse la boda de Biante y Pero.

Otra de las curaciones famosas de Melampo fue la de un caso de histeria femenina colectiva en Tirinto. Según Hesíodo[6], al llegar a la edad núbil, las hijas del rey Preto (tres según Hesíodo y Apolodoro, dos según Ferécides) habían enloquecido al no querer aceptar los ritos de Dioniso; según otra versión recogida por Apolonio[7], por haber menospreciado la estatua de madera de Hera. En su locura —que recuerda a la locura *báquica*— andaban errantes por tierras argivas (Eliano[8] dice que iban desnudas); atravesando después Arcadia y el Peloponeso corrían en el mayor desorden por los montes, campos o desiertos[9]. Su recorrido dejó una gran cantidad de huellas. En la región de Nauplia, las construcciones que Estrabón[10] atribuye a los cíclopes pasaban por habitaciones de las hijas de Preto[11]. Sólo en los textos latinos[12] se menciona que la locura de las prétides consistía en creerse vacas.

Melampo, hasta entonces establecido en Mesenia, se ofreció para curar a las muchachas a cambio de la tercera parte del reino. Cuando Preto rechazó tan alto precio, las doncellas enloquecieron aún más y con ellas las demás mujeres; según Diodoro[13], la locura afectó a la totalidad de las mujeres argivas. Éstas abandonaron sus casas, mataron a sus hijos y marcharon al desierto. Como la desgracia iba en aumento, Preto accedió a las condiciones impuestas por Melampo, pero éste sólo aceptó curarlas si su hermano Biante recibía otro tercio. Preto, temiendo que si se retrasaba la curación el *iatromantis* le pidiera aún más, aceptó el acuerdo. Sólo entonces Melampo, acompañado de los jóvenes más fuertes, las persiguió con gritos y danzas frenéticas desde las montañas hasta Sicione. En el acoso murió una de las hijas, Ifinoe, pero las demás consiguieron recuperar su lucidez mediante lustraciones.

Aún en el siglo II d.C. Pausanias[14] se hace eco de la leyenda que atribuía la causa del insoportable mal olor del río Anigro a que Melampo había purificado en sus aguas a las hijas de Preto. Por su parte, Calímaco[15], sostiene que Preto erigió dos templos en honor de Ártemis gracias a cuya intercesión Melampo curó a las Prétidas: uno de Ártemis Coria (juego etimológico entre Coria y *koúras*, «hijas»), porque devolvió a sus hijas, y otro de Artemis Hémera («amansadora», «apaciguadora») porque suavizó el carácter de aquéllas. Según Pausanias[16] el santuario de Peitó en Sicione fue construido por Preto en el lugar donde sus hijas sanaron de su locura. La leyenda de las Prétides parece típicamente peloponésica.

Según Apolodoro[17], Preto unió a sus hijas en matrimonio con Melampo y Biante. A aquél le correspondió Ifianasa, de cuyo matrimonio nacerían Antífates, Ecles, Mantio Abante, Biante y Prónoe, conocidos como los Melampódidas (una de las tres casas, junto a los Prétidas y Biántidas, en que se divide el reino de Argos).

Algunos autores (C. Antonetti, P. Levêque), basándose en el texto de Pausanias, atribuyen también a Melampo la purificación de Alcátoo tras haber dado muerte a su hijo Calípolis; se trataría de una purificación semejante a la que Melampo opera sobre las hijas de Preto. De hecho, Melampo fue objeto de culto en la ciudad mégara de Egóstenes donde, según Pausanias[18], existía un santuario con una estela que representaba a un hombre de baja estatura; en su honor se realizaban sacrificios (*thyousi*) y se celebraba una ceremonia anual (*heortè*). Las inscripciones[19] confirman el testimonio de Pausanias, pues mencionan un *Melampodeion* así como una competición llamada *Melampodeia* o *agôn tou Mélampodos*. En Egóstenes, Malampo parece haber sido venerado como un dios (*théos patrôos*), pero no se conoce que diera oráculos de ningún tipo. Las monedas de la ciudad acuñadas en el siglo III d.C. le representan como un niño amamantado por una cabra.

Muchas leyendas vinculan a Melampo con Egipto. Según los egipcios[20] Melampo llevó a Grecia el culto de Dioniso así como los relatos míticos de Cronos. Para Clemente de Alejandría[21] Melampo importó de Egipto los misterios de Deméter.

1. *Bibl.*, II, 2, 2. / 2. XI, 291. / 3. Apol., *Bibl.*, I, 9, 11. / 4. *Schol. ad Il.*, VII, 44. / 5. Apol., *Bibl.*, I, 9, 12. / 6. Fr. 131. / 7. *Bibl.*, II, 2. / 8. *VH*, III, 42. / 9. Baquil., X, 54-58; Calim., *Hymn. Dian.*, 236; Apol., *Bibl.*, II, 2, 2. / 10. VIII, 6, 11. / 11. Paus., II, 25, 9. / 12. Virg., *Buc.*, VI, 48-51; Serv., *ad. loc.*; Philargyr., *ad loc.*; Lact. Plac., *Theb.*, III, 453. / 13. IV, 68. / 14. V, 5, 11. / 15. Calim., *Hymn. Dian.*, III, 235 ss. / 16. II, 7, 8. / 17. *Bibl.*, II, 2, 2. / 18. I, 44, 5. / 19. *IG*, VII, 207, 208, 219, 223. / 20. I, 97, 4. / 21. *Protr.*, XIII, 5.

[Bibl.: J. Pley, «Melampus»: *RE*, XV, 1 (1931), cols. 393-399; G. Marenghi, «Mito e Medicina. Melampo e la guarigione delle Pretidi»: *A & R*, 3 (1960), pp. 8-16; F. Vian,

«Mélampous et les Proitides»: *REA*, 67 (1965), pp. 25-30; P. Scarpi, «Melampus e i miracoli di Dionysos», en *Perennitas. Studi in onore di A. Brelich*, Roma, 1980, pp. 431-444; E. Suárez de la Torre, «Les pouvoirs des devins et les récits mythiques: l'exemple de Mélampous»: *LEC*, 60 (1992), pp. 3-21.]

MELANCRERA / *Melanchraíra*.— Nombre dado en ocasiones a la *sibila a causa de la oscuridad de sus oráculos; lo recibe, por ejemplo, la profetisa *Casandra[1] o la sibila de Cumas.

1. Licofr., *Alex.*, 1464.

MELCHOR / *Melkon* (s. I a.C.?).— Uno de los magos «reyes» o «hijos de reyes» que, según la tradición cristiana (evangelios canónicos y apócrifos), junto a Baltasar y Gaspar, fueron a adorar a Jesús recién nacido «siguiendo una estrella». Como «magos» (*Mágoi*) son citados en el evangelio de Mateo[1] el único de los sinópticos que alude a la visita de los magos a Jerusalén y luego a Belén en cumplimiento de la profecía hecha por Miqueas[2], y también en el *Protoevangelio de Santiago*[3], en *Act. Pilatii*[4] y en el *Evangelio del Pseudo Mateo*[5] (que se refiere a ellos como *magi*). El evangelista hace proceder a los magos «de Anatolia», en tanto algunos códices del *Protoevangelio* y el *Evangelio armenio de la infancia*, obra ésta posiblemente del siglo VI, puntualizan claramente de Persia. Sin embargo, hay contradicciones en cuanto al número de los magos y a su condición, nunca claramente expresada. Sólo el *Evangelio armenio*[6] ofrece datos de interés que ha seguido la tradición occidental (a través de san León Magno y Máximo Tauronense): que los magos eran tres, así como sus nombres: *Melkon*, rey de los persas; *Gaspar*, de los indios, y *Baltasar*, de los árabes.

En la entrevista que estos magos mantienen con Herodes en Jerusalén, insisten en que sólo ellos eran poseedores de un escrito muy antiguo (que remontan a Set, un «hijo de consolación» de Adán y Eva) donde se decía el lugar y el día en que iba a nacer Jesús. En la cadena de trasmisión de ese escrito arcano aparecen Noé y su hijo Sem, Abraham y Melquisedec, «rey de Salem y sacerdote del Altísimo por cuyo conducto llegó a conocimiento de nuestro pueblo que los magos decían proceder de Persia en tiempos de Ciro». Melkon, el portavoz y el más importante de los magos, «tomó el libro del Testamento», dirigido a Adán, y lo ofreció al niño, diciendo: «Ábrelo y léelo, pues está a tu nombre». Éste es el texto de la profecía:

En el año seis mil, el sexto día de la semana y a la hora sexta [666 es un número mágico que identifica al diablo] enviaré a mi Hijo unigénito, el Verbo divino, quien tomará carne de tu descendencia y vendrá a ser hijo del hombre. Él te reintegrará a tu prístina dignidad por los tormentos terribles de su pasión en cruz. Y entonces tú, ¡oh, Adán!, unido a mí con alma pura y cuerpo inmortal, serás deificado y podrás, como yo, discernir el bien del mal (*Ev. Armen. Inf.*, X, 23).

La tradición oriental habla de doce magos y los armenios de quince. La versión etiópica del *Protoevangelio* fija también en tres el número de magos y da los nombres etíopes: *Tanisuram*, *Malik* y *Sissebâ*. Cuando, de vuelta a su países, éstos cuentan qué regalos han recibido a cambio de sus presentes —oro, incienso y mirra— responden que el niño les dio un trozo de pan, que ellos «escondieron en la tierra». El rey que los escucha les pide que desentierren el pan y se lo lleven. Cuando excavan la tierra, de donde estaba el pan sale una llamarada de fuego; «por tal razón —acaba el relato— los magos adoran todavía el fuego».

El *Liber de Infantia Salvatoris* hace alguna precisión más cuando se refiere a ellos como adivinos:

[José]... dijo a Simeón: «Creo que son unos adivinos (qui veniunt agnos esse): *pues efectivamente no están quietos un momento, están observando (el cielo) y no paran de conversar. Y me parecen además forasteros, pues su vestimenta es distinta de la nuestra: su traje es amplísimo y de color oscuro. También llevan birretes en sus cabezas y llevan una sarabaras* (sarabarae) *ceñidas a sus piernas como [...] Mas he aquí que se han detenido y me han mirado. Ahora continúan sus pasos hacia nosotros»* (*De Inf. Salv.*, 89).

El manuscrito *Hereford* no habla sólo de *agni*, sino que «entre ellos había también augures que están a todas horas contemplando el cielo» (*inter eos quidam augures esse. Ecce enim omni hora in caelum aspiciunt*). A la pregunta de José de por qué están allí, los magos contestan que «siguiendo una escritura antigua —una profecía— acerca de una estrella»[7], alusión que se repite después:

Tenemos nosotros escrituras de escrituras más antiguas que se refieren a Él. En lo tocante a tu pregunta sobre el origen de nuestro conocimiento, escúchanos: Lo supimos por el signo de una estrella que se nos apareció más resplandeciente que el sol, de cuyo fulgor nadie pudo hablar nunca. Y esta estrella significa que la estirpe de Dios reinará en la claridad del día. Ésta no giraba en el centro del cielo, como suelen (hacerlo) las estrellas fijas y también los planetas, que aunque observan un plazo fijo de tiempo [...]mas sólo ésta no es errante. Pues nos parecía que todo el polo no podía contenerla con toda su grandeza; y ni el mismo Sol pudo nunca oscurecerla, como (lo hace) con otras estrellas, por el fulgor de su luz. Éste pareció debilitarse a vista del resplandor de Su venida. Pues esta estrella es la palabra de Dios, ya que hay tantas palabras de Dios cuantas son las estrellas. Y esta palabra de Dios (como el mismo Dios) es inefable. Lo mismo que es inenarrable esta estrella que fue nuestra compañera de viaje en la marcha para venir hasta Cristo (*De Inf. Salv.*, 94).

La redacción siríaca del *Evangelio de la infancia*, sin embargo, amplía la noticia. Según este libro, el mismo día del nacimiento es enviado a Persia un ángel guardián que se aparece en forma de estrella a los notables del reino, «adoradores del fuego y de las estrellas», durante una fiesta. Entonces «tres hijos de reyes» toman tres libras de oro, incienso y mirra (la historia y significado de los dones está contenida en el *Libro de la caverna y de los tesoros*, que es la narración oriental más antigua sobre los magos) y, ataviados con sus mejores trajes y con la tiara, siguen al mensajero, «el mismo que había arrebatado a Habacuc y alimentado a Daniel en la cueva de los leones». Siguiendo una profecía de *Zaratustra, llegan a Jerusalén, donde, en audiencia ante Herodes, dicen que «uno de sus dioses» les ha informado del nacimiento de un rey. Según la tradición cristiana tardía, Zaratustra era «el inventor de la magia»[8], y Persia era la cuna del arte mágico (*In Persida primum orta est ars magica*)[9] donde, en un tiempo mítico «llegó un gigante llamado Nebroth, después de la confusión de las lenguas, y enseñó a los persas a rendir culto al sol (al fuego)»[10].

Al salir los magos del palacio de Zaratustra, el mensajero (la estrella que habían seguido) se convirtió «en una columna de fuego». El manuscrito *Laurentiano* de este texto precisa la profecía de Zaratustra: «Una virgen daría a luz un hijo que sería sacrificado

por los judíos y que luego subiría al cielo», y que el día del nacimiento les sería anunciado por una estrella. La identificación de Zaratustra con *Balaam (el profeta-astrólogo), por hablar de una «estrella» en sus vaticinios, se debe al empeño de los cristianos primitivos de hacer de aquél un profeta mesiánico apoyándose en la tradición antigua, la de los mazdeístas, según los cuales *Saosyant*, su «mesías», había de venir y aparecer en el *Monte de la Revelación*. Según este *Evangelio árabe*, el presente que los magos llevaron a su país (a Persia, dice la versión siríaca), de regreso, no era un pan, sino un pañal mágico que les había dado María.

[Los magos] celebraron una fiesta y, según su costumbre, encendieron un fuego y lo adoraron. Después arrojaron el pañal sobre la hoguera y al momento fue arrebatado y consumido por el fuego. Mas, cuando éste se extinguió, sacaron el pañal en el mismo estado que tenía antes de arrojarlo, como si el fuego no lo hubiera tocado. Por lo cual, empezaron a besarlo y a colocarlo sobre sus cabezas, diciendo: «Esto sí que es una verdad sin sombra de duda. Es portentoso que el fuego no haya podido destruirlo» [«pues es el vestido de los dioses», añade la versión siríaca]. Por lo cual tomaron aquella prenda y la guardaron entre sus tesoros (*Ev. Árab. Inf.*, VIII).

1. Mt II, 1. / 2. Miq 5, 1. / 3. XXI, 1. / 4. IX, 3. / 5. XVI. / 6. V y XI. / 7. *De Inf. Salv.*, 89. / 8. Isidor., *Etym.*, V, 39, 7. / 9. Isidor., *Etym.*, XIV, 3, 12. / 10. Isidor., *Etym.*, XIV, 3, 12 = Serv., *ad Aen.*, I, 642.

[Bibl.: M. R. James, *Latin Infancy Gospel; a new text, with a paralel version from Irish*, Cambridge, 1927; texto del ms. Hereford en pp. 3-95; G. Messina, *I Magi a Betlemme e una predizione di Zoroastro*, Roma, 1933; U. Monnetey de Villard, «Le leggende orientali sui Magi evangelici»: *StT*, 163 (1952), pp. 136-137; G. Morocho Gayo, «Mito griego y literatura cristiana: los Reyes Magos», en *Estudios de religión y mito en Grecia y Roma. X Jornadas de Filología clásica de Castilla y León*, León, 1995, pp. 103-122.]

MENÉCRATES DE SIRACUSA / *Menekrátes* (s. IV a.C.).— Médico y taumaturgo griego. Se atribuía una naturaleza divina y se denominaba a sí mismo Zeus. Según Eliano[1], envió al rey Filipo de Macedonia una carta que decía: «A Filipo, Menécrates-Zeus: que seas feliz». El monarca le respondió con otra, en la que sutilmente daba a entender que estaba loco: «Filipo a Menécrates: que tengas salud. Te aconsejo que viajes a la región de Anticyra». En esta localidad de la Grecia central crecía el eléboro, que se creía un remedio contra la locura. También otros autores confirman esta autodenominación divina del médico[2].

Sus dotes especiales residían en la curación de los epilépticos. A quienes curaba los obligaba a entrar en su séquito y les daba nombre y dignidad de dioses (*theios chorós*), peregrinando por distintos países[3].

1. *HV*, XII, 51. / 2. Clem. Alex., *Protr.*, 54, 3; Plut., *Ages.*, 21; *Mor.*, 191 A, 213 A. / 3. Ateneo, VII, 289.

[Bibl.: O. Weinreich, «Menekrates, Zeus und Salmoneus»: Tüb. Beitr. Altertum Wissenschaft, 18 (1933).]

MÉROPE / *Merópe*.— Adivino griego, citado en la *Ilíada*[1]. Conocía el arte de la mántica y no dejó a sus hijos, Adrastos y Anfios, ir a la guerra, pese a lo cual éstos desobedecieron; ambos morirían más tarde abatidos por Diomedes.

1. II, 831; XI, 329.

METÓN / *Méton* (s. V a.C.).— Astrólogo ateniense que estudió el solsticio de verano del 28 junio del 432 a.C.[1]. La aldea ateniense de Colona le debía la construcción de una fuente[2].

Metón se había inscrito al servicio del ejército ateniense poco antes de que éste emprendiese la célebre expedición contra la isla de Sicilia (413 a.C.). Como conocía perfectamente el porvenir y la suerte fatal de la expedición[3], intentó evitar a toda costa embarcarse. Plutarco[4] dice que, junto a Metón, también Sócrates (469-399 a.C.) se había mostrado contrario a la expedición naval, pues su «genio familiar» le había predicho el fatal desenlace.

Para evitar el destino, Metón simuló una locura, dando fuego a su casa[5]. Plutarco afirma que fingió mejor su locura que Ulises (que simuló estar loco para no participar en la expedición contra Troya, siendo desenmascarado por Palamedes).

El propio Plutarco[6] ofrece, sin embargo, otra versión: sostiene que Metón no fingió tal locura, sino que, habiendo incendiado su casa por la noche, se presentó en el ágora muy afligido y pidió a los ciudadanos que, en atención a la desventura que correría la expedición, eximieran de ella a su hijo, que había sido nombrado jefe de una trirreme[7]. Eliano[8] dice que los arcontes le liberaron finalmente de su obligación militar.

Al margen de esta anécdota, Aristófanes[9] cita a Metón como geómetra que pretende «medir las llanuras aéreas y dividirlas en calles». En la comedia aparece ridiculizado como un charlatán, resolviendo la cuadratura del círculo:

Con esta otra regla trazo una línea recta, inscribo un cuadrado en el círculo, y coloco en su centro la plaza; a ella afluyen de todas partes calles derechas, del mismo modo que del sol, aunque es circular, parten rayos rectos en todas las direcciones (*Av.*, 992 ss.).

Por su parte Diodoro[10] y Vitrubio[11] le citan, junto a Euktemon, como autor de la reforma del calendario lunisolar (un ciclo de 19 años destinado a armonizar el año solar y el lunar).

1. Ptol., *Synt.*, III, 1. / 2. Aristof., *Av.*, 992 ss. / 3. Elian., *HV*, XIII, 12. / 4. *Alcib.*, 17. / 5. Plut., *Nic.*, 13. / 6. *Nic.*, 13; *Alcib.*, 17. / 7. Plut., *Nic.*, 11. / 8. *HV*, XIII, 12. / 9. *Av.*, 992-1005. / 10. XII, 36, 2. / 11. IX, 7.

MILTAS / *Míltas* (s. V-IV a.C.).— Adivino tesalio, colaborador del tirano Dión de Siracusa (408-353 a.C.). Plutarco[1] dice de él que, como el propio Dión, pertenecía a la Academia de Platón.

Durante la expedición contra Dionisio II (357-354 a.C.), Dión celebró un solemne sacrificio en honor de Apolo, con asistencia de todos sus seguidores, al término del cual se produjo un eclipse de luna (8 de agosto del 357). Según Plutarco el fenómeno no causó sorpresa a Dión, ya que sabía calcular los períodos de los eclipses, pero, siendo conveniente reforzar la moral de los soldados, muy atemorizados, hizo intervenir al adivino Miltas quien dirigiéndose al ejército, dijo:

Cobrad coraje [...] y concebid las mayores esperanzas, pues la divinidad nos muestra por este signo que lo que significaba era el oscurecimiento de cosas que entonces brillaban y que no habiendo cosa más brillante que la tiranía de Dionisio, apagarían su esplendor en el momento en que llegaran a Sicilia (Plut., *Dion*, 24).

Sin embargo, poco después se produjo un segundo prodigio: el enjambre formado por las abejas en la popa de una de las naves de Dión. Interpretando el significado del signo divino, Miltas declaró reservadamente a Dión y a sus amigos que temía que sus acciones, que debían ciertamente traerle mucha

gloria, no fuesen de larga duración y que, después de haber florecido por breve tiempo, se marchitasen. Dión moriría asesinado en el 353 a.C., cuatro años después de su llegada al poder.

1. *Dion*, 22.

[Bibl.: Fritz, «Miltas»: *RE*, XV, 2 (1932), cols. 1678-1679.]

MIQUEAS BEN-YIMLAH / *Micayehu* (s. IX a.C.).— Profeta hebreo de cierta fama, si bien no dejó ningún escrito. Era hijo de Yimlah y no debemos confundirlo con el profeta menor del mismo nombre. Como el profeta *Eleazar, vivió bajo el reinado de Ajab, rey de Israel, aliado de Josafat de Judá contra los sirios. Ajab consulta primero a «cuatrocientos profetas», reunidos en la corte de Samaría, quienes le animan a combatir contra la ciudad de Ramod (Tel Ramîth, al este del Jordán). Pero aún queda un profeta de Yahveh, Micayehu, hijo de Yimlah, a quien el rey odiaba, pues «nunca profetiza acerca de mí cosa buena sino mala»[1]. Éste, no obstante, fue llamado por Ajab para ser consultado también sobre la oportunidad de atacar Ramod, a lo que respondió:

Sube y tendrás éxito, pues Yahveh la ha de entregar en la mano del rey (1 R 22, 15).

Pero el rey, notando el sentido irónico de sus palabras, desconfía y le pide la verdad:

He visto a Yahveh sentado sobre su trono y todo el ejército del cielo se mantenía junto a Él, a su derecha y su izquierda. Y preguntó Yahveh: «¿Quién seducirá a Ajab para que suba y caiga en Ramot de Galaad?». Y uno contestó de un modo y otro respondía del otro. Entonces surgió un espíritu y, presentándose ante Yahveh, declaró: «Yo le seduciré». Díjole Yahveh: «¿De qué manera?». «Saldré —respondió— y me haré espíritu de mentira en la boca de todos sus profetas». Dijo [Yahveh]: «Le seducirás y aún triunfarás; sal y hazlo así». Ahora, pues, he aquí que Yahveh ha infundido un espíritu de mentira en la boca de todos los profetas, y Yahveh ha predicho sobre ti cosa mala (1 R 22, 19-23).

El anuncio del profeta no puede, pues, arrojar peores perspectivas para Ajab de Israel: los profetas cortesanos mienten, ya que Yahveh ha decidido su derrota.

Ajab ordenó que Miqueas fuera detenido y encerrado en un calabozo hasta su vuelta; de esta forma se sabría si Yahveh había hablado o no por boca suya. El final se desarrolla como Miqueas lo había anunciado: Ajab muere en el combate contra el ejército sirio[2].

1. 1 R 22, 8. / 2. 1 R 22, 26-37.

MIQUEAS DE MORESET / *Micayehu* (s. VIII a.C.).— Profeta hebreo originario de Moreset-Gat, al suroeste de Jerusalén, uno de los doce profetas menores. Su actividad profética debió de comenzar poco antes de la caída de Samaria (722), concluyendo en torno al año 712 a.C. Es, pues, contemporáneo de *Isaías.

El libro comienza dirigiéndose a los reinos del Norte y del Sur:

Palabra de Yahveh que fue dirigida a Miqueas el Morastí en / los días de Jotán, Ajaz y Ezequías, reyes de Judá; / lo que vio sobre Samaria y Jerusalén. / Oíd, pueblos todos; escucha, tierra, y cuanto llena, / y sea 'Adonay Yahveh testigo contra vosotros, 'Adonay desde su templo santo. / Pues he aquí que Yahveh sale de su lugar y / desciende

sobre las alturas de la tierra. / Se derriten los montes bajo Él y los valles se hienden / como la cera ante el fuego, cual aguas que se precipitan por una sima. / Por la prevaricación de Jacob es todo esto, / por los pecados de la casa de Israel (Miq 1, 1-5).

Algunos capítulos de su libro[1] se consideran añadidos más tardíos (N. Fernández Marcos). Como otros profetas de la época, sigue un esquema escatológico.

No es ajeno a los problemas sociales, dirigiendo duros ataques a las clases altas y en particular a los ricos propietarios; es probable que el próspero reinado de Jeroboam II hubiese acentuado las diferencias entre ricos y pobres. También desprecia a los profetas cultuales profesionales que vaticinan lo que conviene económicamente a los más ricos[2].

Miqueas condena el sacrificio como inútil, citando expresamente el *tofet* o sacrificio del primogénito[3], lo que otros profetas posteriores como *Jeremías[4] y *Ezequiel[5] volverán a hacer.

1. 4-5; 7, 8-20. / 2. 2, 11. / 3. 6, 7. / 4. 7, 31-33; 19, 4-6; 32, 35. / 5. 20, 25-26.

MITROBARZANES / *Mithrobarzánes* (s. II d.C.?).— Mago babilonio, de blanca cabellera y barba blanca, quizá histórico, citado en el *Menipo,* diálogo satírico de Luciano de Samósata[1]. Tras muchas súplicas, Menipo (un filósofo de la escuela cínica protagonista de varias de las obras de Luciano), logra que el mago, a cambio de dinero, hiciese de guía en su viaje (*katábasis*) al Hades (infierno).

Mitrobarzanes comienza con un largo ritual previo que dura 29 días a partir de la luna nueva: baña en el Éufrates a primera hora de la mañana a su cliente; dirige al sol naciente un largo discurso —ininteligible— en el que invocaba a ciertas divinidades; después le escupía tres veces en la cara. Durante el camino de regreso le obliga a no mirar a la cara de quienes se cruzasen. Los alimentos consistían en una mezcla de leche y miel, agua del Coaspes y el lecho era dispuesto sobre la hierba.

Cuando concluyó la fase preparatoria, Mitrobarzanes purificó a Menipo en las aguas del Tigris, donde le lavó, secó su piel y le santificó con pequeñas antorchas, al tiempo que murmuraba un encantamiento. Después giró alrededor de Menipo («hechizado por completo») para que no fuese dañado por los fantasmas, tras lo cual le condujo nuevamente a casa.

Finalmente se entregaron a los preparativos de la navegación. Mitrobarzanes se puso una túnica mágica («parecida a la que visten los medos»), mientras que a Menipo le hizo ponerse un gorro de marinero y una piel de león y acompañarse de una lira (como Orfeo).

Subiendo ambos a una barca donde estaba dispuesto todo lo necesario para la ceremonia religiosa, descendieron por el Éufrates hasta desembocar en una laguna pantanosa; tras atravesarla, llegaron a un lugar solitario, cubierto de bosque y carente de sol en el que desembarcaron. Allí el mago ordenó cavar un hoyo y sacrificar ovejas derramando sangre en torno a él. Mitrobarzanes, entretanto, con una antorcha encendida en la mano, comenzó a gritar con fuerza, invocando a todas las deidades y, en especial, a las infernales.

En ese instante se abrió el suelo por encantamiento y ambos descendieron por la hendidura. Cerbero pudo ser calmado con los sonidos de la lira. Tras cruzar la laguna Estigia, y siempre guiados por el mago, realizaron el recorrido infernal. Para regresar a la vida, Mitrobarzanes señaló a Menipo una luz que se filtraba del exterior: era el antro de Trofonio (en Beocia), al

que, tras despedirse del mago, logró llegar el filósofo.

1. 6-22.

MOISÉS (Libros de) / *Môsheh* (hebr.), *Moüsês* (gr.), *Moyses* (lat.).— Del Moisés del Antiguo Testamento se hizo uno de los magos más famosos en la Antigüedad clásica. Tal asociación se basa fundamentalmente en el famoso capítulo del Éxodo[1] en el que Arón y Moisés compiten en gestas taumatúrgicas con los magos del faraón.

Los *Hechos de los Apóstoles*[2] dicen también de él que fue instruido en toda la sabiduría de los egipcios y que era poderoso en palabras y obras, lo que equivale a decir que practicaba la magia. Los medios judíos helenizados, de donde provienen los *Hechos*, reconocían en Moisés a un mago, lo que se explicaba por su larga estancia en Egipto.

Un amuleto de Acrae (Sicilia) describe cómo Moisés se transforma en un mago (*physikós*) después de haber subido por la montaña sagrada[3]. El naturalista latino Plinio[4] lo consideraba fundador de una escuela mágica (*magices factio*).

Pero es posible que el mago Moisés hubiese sido conocido ya en el mundo pagano desde época helenística. Algunos autores (Bidez-Cumont) consideran, de hecho, que el catálogo pliniano de los magos, del que Moisés forma parte, remonta al filósofo griego Hermipo (s. III a.C.). Dos de los magos egipcios que compitieron con Moisés, *Iannes y Mambres (o Iambres), aparecen ya en un texto apócrifo de época helenística y, más tarde, también en los catálogos de los magos más celebres de la Antigüedad realizados por Plinio y Apuleyo.

En los *Papiros Mágicos Griegos*[5] su nombre es citado en un amuleto de predicción que ha sido copiado de un libro sagrado. En otro papiro, un exorcismo con invocación al Acéfalo, creador del cielo y de la tierra, se dice:

Yo soy Moisés tu profeta, a quien entregaste tus misterios, que son celebrados por Israel, tú mostraste lo húmedo y lo seco y todos los alimentos. Escúchame (*PGM*, V, 110).

La receta mágica de un papiro[6] para hacerse invisible y conseguir el amor de una mujer está tomada de una obra titulada *Diadema de Moisés*, quizá alguna colección mágica. Por su parte, *PGM*, XIII, 1-5 y 344 (el papiro griego *J 395* del M.° Antigüedades de Leiden, datado a mediados del s. IV d.C., que contiene en dos redacciones la célebre *Kosmopoiía*), recoge el libro sagrado llamado *La Mónada* u *Octavo Libro de Moisés*. Dentro de la *Kosmopoiía* se alude a otros escritos o colecciones de Moisés como *La llave* [7], *El Libro del arcángel*[8] o *La epíclesis oculta de Moisés a la luna* y *El décimo libro oculto de Moisés* (XIII, 1078). La mención de todos estos escritos permite pensar que bajo el nombre de Moisés circuló en la Antigüedad pagana un *corpus* de literatura mágica, al estilo de los escritos mágicos de Hermes, Tot, *Ostanes, *Histaspes o *Zaratustra.

1. 7, 8; 8, 15. / 2. 7, 22. / 3. *IG*, XIV, 2413, 17. / 4. *NH*, XXX, 11. / 5. III, 444. / 6. *PGM*, VII, 620. / 7. XIII, 21 y 383. / 8. XIII, 974.

[Bibl.: Sobre el profetismo de Moisés: L. Perlit, «Mose als Prophet»: *EvTh*, 31 (1971), pp. 588-608; F. García López, «Un profeta como Moisés. Estudio crítico de Dt 18, 9-22», en N. Fernández Marcos (ed.), *Simposio Bíblico Español*, Madrid, 1984, pp. 289-308. Sobre el Moisés del paganismo: J. G. Gager, *Moses in Graeco-Roman Paganism*, Nashville-New York, 1972; N. Fernández Marcos, «Motivos judíos en los papiros mágicos griegos», en *Religión, superstición y magia en el mundo romano*, Cádiz, 1985, pp. 101-127.]

MOPSO / *Mópsos*.— Adivino mítico (*mantis*), hijo de Manto y nieto de *Tiresias. Su nombre va unido, sobre todo, al «concurso profético» que mantuvo con *Calcante, al que un oráculo —tal vez de *Héleno— había anunciado que moriría el día que encontrase a un adivino más hábil que él. El vaticinio se cumplió cuando en la ciudad de Colofón Calcante encontró al adivino Mopso. Entre ambos tuvo lugar el siguiente diálogo:

Había allí un cabrahígo y Calcante preguntó: «¿Cuántos higos lleva?». Mopso contestó «Diez mil, un medimno y además un higo». Así era. Como hubiera una cerda preñada, Mopso preguntó a Calcante: «¿Cuántas crías tiene en su vientre y cuándo parirá?». Le contestó: «Ocho». Pero Mopso, sonriendo, dijo: «La respuesta de Calcante es inexacta, pues yo, como hijo de Apolo y Manto, extraordinariamente dotado para la adivinación, veo que en su vientre no hay ocho como dice Calcante, sino nueve, y que todos son machos y nacerán mañana a la hora sexta» (Apolod., *Bibl. ep.*, 6, 3-4).

Existen, no obstante, otros manuscritos del texto de Apolodoro, con los que coinciden ciertas fuentes[1], que ofrecen la siguiente variante: al permanecer Calcante en silencio, Mopso aseguró que la cerda tenía diez crías, una de ellas macho, y que pariría al día siguiente. Ferécides, según nos dice Estrabón[2], sostiene que la respuesta fue: «Tres cerditos, uno de ellos hembra». Por su parte Conón[3] afirma que la rivalidad de los adivinos consistió en formular vaticinios sobre el resultado de una guerra que iba a emprender el rey de los licios.

En cualquier caso, Calcante, apesadumbrado por su derrota, murió, siendo enterrado en Nocio, cerca de Colofón.

Mopso tenía un santuario oracular en Cilicia —citado aún en el siglo II d.C. por Plutarco[4]— donde las respuestas se daban por medio de los sueños.

1. Tzetzes, *ad Licofr.*, 427-430, 980. / 2. XIV, 1, 27. / 3. *Narr.*, 6. / 4 *De Def. Orac.*, 434 D-E.

[Bibl.: H. Gregoire, «À propos de Karatepe: Mopsos et Chalchas»: *NClio*, 1-2 (1949-1950), pp. 162-165; R. D. Barnett, «Mopsos»: *JHS*, 73 (1953), pp. 140-143; E. Doblhofer, «Mopsos, Arzt der Menschen»: *ÖJH*, 46 (1961-1963), pp. 5-14; D. Metzler, «Der Seher Mopsos auf den Münzen der Stadt Mopsos»: *Kernos*, 3 (1990), pp. 235-250.]

MOPSO ARGONAUTA / *Mópsos*.— Adivino oficial de la expedición de los Argonautas, de origen tesalio o lapita. Era hijo de Ampix, nieto de Pelias y descendiente, por tanto, de Poseidón[1]. En la mitografía posterior suele aparecer como hijo de Apolo[2].

En el relato de Píndaro[3], Mopso da a los Argonautas la señal favorable de partida tras la observación de las aves y la extracción de suertes sagradas, anunciando «dulces esperanzas». En unas leyendas, Mopso muere en el transcurso de la expedición (en Libia) víctima, concretamente, de la mordedura de una serpiente; por esa razón su tumba fue levantada en las proximidades de Cirene[4]. No obstante Estra-bón[5] cita la localidad de Mopsion, en Tesalia, así llamada en honor del lapita Mopso.

En otras tradiciones, Mopso figura participando en los juegos fúnebres celebrados por los Argonautas en honor de Pelias. Ésta sería la más antigua: según Pausanias[6] en el célebre cofre de Cipselo, depositado en Olimpia, Mopso aparece representado compitiendo en dichos juegos con Admeto en la modalidad de pugilato.

1. Paus., V, 17, 10; Hyg., *Fab.*, 14, 128. / 2. Val. Flacc., *Arg.*, I, 384; Stat., *Teb.*, III, 521. / 3. *Pit.*, IV, 190 ss. / 4. Licofr., *Alex.*, 881 ss;

Apol., *Arg.*, I, 65; 80; IV, 1502; Hyg., *Fab.*, XIV, 173; Sen., *Medea*, 652. / 5. IX, 5, 20, 22. / 6. V, 17, 10.

[Bibl.: B. Kruse, «Mopsos»: *RE*, XVI, 1 (1933), cols. 241-242; E. Simon, s.v. «Mopsos»: *LIMC*, VI, 1 (1992), pp. 650-652.]

MUSEO / *Mousaîos* (s. VI a.C.?).— Poeta, sacerdote y adivino semilegendario griego. Según unos, siguiendo alguna tradición pro-ateniense[1], era originario de Eleusis. Era situado por los Eumólpidas en la cuarta generación de su genealogía, es decir, como hijo de Antifemo[2] (Orfeo, Tamiris y Linos aparecen en otros autores como padres de Museo). Otros le creían tracio[3] y compatriota, por tanto, de Orfeo; ambos nombres se asociaron frecuentemente en la leyenda a partir, sobre todo, del siglo V a.C.

También existían varias tradiciones sobre la identidad de su madre: ésta pudo ser una ninfa o, más concretamente, una musa[4]; pero la creencia más generalizada es que Museo era hijo de Selene, es decir, de la Luna[5]. De su esposa Deiope tuvo un hijo, Eumolpo, al que tradicionalmente se atribuyó la fundación de los misterios de Eleusis[6].

Como Orfeo (algunos estudiosos le consideran, incluso, una «réplica» ateniense suya), Museo pasó por ser un gran músico[7] (según Estrabón fue uno de los fundadores de la música, junto a Orfeo y Tamiris), capaz de curar enfermedades con sus melodías. Durante su juventud, Museo cantó sobre las colinas de las Musas, obteniendo de Bóreas, como recompensa, el don de volar[8]. Según Aristóteles[9] Museo afirmaba que para los mortales no existía cosa más agradable que cantar.

Se le atribuía también la introducción en el Ática de los misterios de Eleusis, de donde fue sacerdote (hierofante). Diodoro[10] dice que Heracles llegó a Eleusis en un tiempo en que la iniciación estaba presidida por Museo.

Como poeta fue considerado predecesor de Homero y Hesíodo, componiendo numerosas obras, entre ellas una *Titanomaquia*, una *Teogonía*, un *Himno a Deméter* y una *Eumolpia*.

Según Pausanias[11], en el poema titulado *Eumolpia* Museo afirmaba que el oráculo de Delfos era, en origen, de Poseidón y Gea (Tierra); ésta respondía por sí misma, mientras que el intérprete de Poseidón era Pircón:

Enseguida habló su palabra sabia Gea Ctonia / y con ella Pircón, servidor del ilustre que conmueve la tierra (Paus., X, 5, 6).

Existen dudas sobre la autenticidad de estos pasajes. El propio Pausanias[12] dice que de la obra de Museo lo único auténtico es el *Himno a Deméter*.

Como adivino[13] compuso *perilyseis, teletaí, katharmoí*[14] y, sobre todo, oráculos. Éstos habrían sido reunidos por *Onomácrito[15] y presentados a los atenienses en época de los Pisistrátidas (s. VI a.C.). Las profecías de Museo nunca alcanzaron, sin embargo, la popularidad de las de *Bacis. El hijo o el niño alimentado por las musas permaneció siempre como un poeta hierático en el cual la presciencia se combinaba con la inspiración poética, aunque predominando ésta (Bouché-Leclercq). Museo era, más que un cresmólogo, un *chresmodós*, y por tanto sus oráculos eran más cantos místicos, inspirados por un soplo de entusiasmo religioso, que verdaderas profecías.

Sus predicciones relativas a las guerras médicas (s. VI a.C.) eran citadas como complemento de las de *Bacis[16]. La única cita textual que se conserva de los «oráculos de Museo» es recogida por Pausanias[17] para corroborar la certeza de un oráculo de la *Sibila. Se alegaba como prueba de que dos jefes atenienses, Tideo y Adimanto, fueron

sobornados por Lisandro para traicionar a los suyos en la batalla de Egospótamos (405 a.C.):

Pues sobre los atenienses vendrá una lluvia salvaje, / por la maldad de sus jefes, pero habrá un consuelo / de la derrota; pues no pasarán desapercibidos a la ciudad y pagarán la pena (Paus., X, 9, 11).

Heródoto[18] se refiere también a un oráculo de Museo en relación con otro episodio de las guerras médicas: la batalla de Salamina. Una fuerte ráfaga de viento Céfiro se llevó muchos de los restos de naufragio hacia una playa del Ática, llamada Colias, cumpliéndose plenamente los oráculos pronunciados por Bacis y por Museo sobre esta batalla naval.

Tras morir a edad avanzada, Museo fue enterrado en la colina de las Musas[19], o, según otra tradición, en Falero[20].

1. Aristoxenos, Fr. 91, Wehrli; Harpocr., s.v. «Mousaios». / 2. Paus., X, 12, 11. / 3. Suidas, s.v. «Mousaios». / 4. Platón, *Rep.*, II, 7. / 5. *Schol. Aristof. Ran.*, 1033; 1065. / 6. *Mármol de Paros*, A 15. / 7. X, 3, 17. / 8. Paus., I, 22, 7. / 9. 1339, b, 21-22. / 10. IV, 25, 1. / 11. X, 5, 6. / 12. I, 22, 7; IV, 1, 5. / 13. Sóf., Fr. 111. / 14. *FGrH*, 328, F, 208. / 15. Herod., VII, 6; Paus., I, 22, 7. / 16. Herod., VIII, 96; IX, 43. / 17. X, 9, 11. / 18. VIII, 96. / 19. Paus., I, 25, 8. / 20. *Anth. Pal.*, VII, 615.

[Bibl.: K. Freeman, *The Pre-Socratic Philosophers*, Oxford, 1966, pp. 19-21; G. Colli, *La sabiduría griega*, Madrid, 1996, pp. 297-326; fragmentos: *ibid.*, pp. 435-440.]

N

NAHÚM / *Nehemyah* (s. VII a.C.).— Profeta hebreo, natural de Elqós; su nombre significa «Dios consuela». Parece haber vivido en el reino del Sur, pues sus oráculos se refieren casi siempre a Judá, y debió de ser contemporáneo de *Jeremías y de *Sofonías. Es posible que, como éstos, colaborase en la célebre reforma religiosa del piadoso rey Josías (hacia el 620 a.C.).

Fue autor de un oráculo contra Nínive escrito años antes del 612 a.C. (fecha de la caída de la ciudad), pues Judá se encontraba todavía bajo la dominación asiria.

El libro ha sido considerado de diversa forma por los estudiosos: liturgia de acción de gracias recitada en el Templo de Jerusalén con ocasión de la caída de Nínive (Humbert, Selling), obra de contenido político-religioso elaborada por un círculo político de Jerusulén contra Nínive (Haldar), etc. Suele dividirse (Fohrer) la liturgia en tres partes: *a*) promesa para Judá; *b*) amenaza acompañada de motivación contra Nínive; *c*) amenaza contra Nínive en boca de Yahveh. Así es anunciada la inminente ruina de la ciudad asiria a causa de sus crímenes:

¡Ay de la ciudad sanguinaria, toda ella mentira / llena de violencia! ¡No cesará la presa en ella! / Óyese el chasquido del látigo, estrépito de ruedas, galopar de caballos / saltar de carros, la carga de la caballería / el lampo de las espadas y el fulgor de las lanzas, / la multitud de víctimas y la muchedumbre de muertos, / la infinidad de cadáveres, en cuyos cuerpos se tropieza. / A causa [todo ello] de multitud de prostituciones de la prostituta, / de hermosa gracia, maestra en hechizos, / que con sus prostituciones embauca a las naciones y con sus hechizos a los pueblos (Na 3, 1-4).

Un oráculo anterior fue dirigido contra la ciudad egipcia de Tebas (aquí llamada *No-'Amón*), capital del Alto Egipto, tomada, aunque temporalmente, en el 663, por el rey asirio Asurbanipal[1]:

¿Eres tú mejor que No-'Amón, asentada entre los canales del Nilo, / circuida de aguas, cuyo baluarte era el mar, las aguas su muralla? / Etiopía, como Egipto, era su fuerza sin límites; / Put y los libios eran tus auxiliares. / También ella al destierro marchó en cautiverio; / también sus niños fueron estrellados, en las esquinas de / todas las calles; / y sobre sus nobles echaron suertes, / y todos sus magnates fueron aherrojados con cadenas (Na 3, 8-10).

1. Na., 3, 8-10.

NASAMONES / *Nasamônes*.— Tribu norteafricana de incierta localización, citada por las fuentes clásicas por sus dotes mágicas y adivinatorias. Heródoto es quien nos ofrece más detalles: siguiendo el relato del amonio Etearco dice[1] que los nasamones que llegaron junto al territorio de los cireneos eran todos hechiceros. Probablemente (J. Desanges) venían del oasis de Augila y se asentaron en la zona de Bahr-el-Ghazal.

El geógrafo griego sostiene[2] que, en verano, dejando junto al mar a sus animales, subían a la comarca de Augila para recolectar los dátiles; también cazaban langostas que, tras dejar secar al sol, eran trituradas con piedras y, mezcladas con leche, para ser consumidas. Además de sus costumbres sexuales promiscuas y del uso especial de pactos y juramentos, destacaban por sus prácticas adivinatorias; sabemos que acudían a los sepulcros de sus antepasados y, tras haberles suplicado, se acostaban sobre ellos: lo que se les aparecía en el sueño, les servía para guiarles en el futuro.

1. II, 33. / 2. IV, 172.

[Bibl.: J. Desanges, *Catalogue des tribus africaines de l'Antiquité classique*, Paris, 1962.]

NATÁN / *Nâthân* (s. X a.C.).— Profeta hebreo que ejerció una considerable influencia sobre el rey David (1015-975 a.C.) y su gobierno, como demuestran tres hechos: Natán recriminó al rey por haber seducido a Bat-Seba y dar muerte a su esposo, Urías[1]; aprobó al monarca la construcción del templo, si bien el mensaje revelado por el profeta anunció que no sería él, sino su hijo y sucesor, quien lo construiría:

Desde el día en que establecí jueces sobre mi pueblo Israel, a ti he procurado el descanso de parte de sus enemigos, y a ti ha anunciado Yahveh que Yahveh te haría una casa. Y cuando se cumplan tus días y reposes con tus padres, suscitaré detrás de ti a un vástago tuyo, salido de tus entrañas y consolidaré su realeza. El construirá una casa a mi Nombre y consolidaré el trono de la realeza para siempre (2 S 7, 11-13).

Finalmente, consiguió la sucesión al trono para Salomón[2], resolviendo la difícil cuestión sucesoria. Dos de los hijos del profeta (Azarías y Zabud) desempeñarán altos cargos en la corte del rey Salomón.

Junto al «vidente» *Gad, Natán participó en la organización de los coros de levitas encargados de la música sacra. Algunos autores le atribuyen una *Historia* de David y otra de Salomón que no se han conservado.

1. 2 S 12, 1-2; Sal 51, 2. / 2. 1 R 1, 10-40.

[Bibl: M. Simon, «La prophétie de Nathan et le temple»: *RHPhR*, 32 (1952), pp. 41-58.]

NAVIO / *Attus Navius* (s. VI a.C.?).— Legendario augur romano. Según la tradición[1], siendo un joven de familia modesta, cuidaba las ovejas cuando una de ellas desapareció. Prometió entonces a los dioses que si hallaba el animal perdido les ofrecería la cepa más grande del viñedo familiar. Recuperado el animal, Ato Navio se situó en medio del viñedo mirando hacia mediodía, dividió la propiedad en cuatro partes imaginarias y observó el vuelo de las aves: en la sección por donde éstas aparecieron, halló una cepa de extraordinarias dimensiones. Señalado por los dioses y reconocido por sus dotes, Ato obtuvo pronto gran prestigio, siendo proclamado augur del rey etrusco Tarquinio Prisco.

Al monarca, que proyectaba cambiar el sistema de las tres primitivas centurias de caballeros, le advirtió que tal reforma no podía llevarla a cabo, sin haber consultado primero la voluntad de los dioses a través de la observación de las aves (auspicios). El rey, irritado, viendo que el adivino contrariaba sus planes, le dijo: «Ea, pues, adivino, consulta los auspicios sobre si puede hacerse lo que en este momento pienso». Ato Navio tomó su bastón augural (*lituus*), observó el cielo y respondió afirmativamente. Tarquinio se echó a reír y sacó de su manto una piedra y una navaja y le dijo: «¡Pensaba pedirte que cortaras esta piedra con la navaja!». Impasible, Navio tomó los dos objetos y —con ayuda de Júpiter— cortó la piedra en dos pedazos[2].

La estatua de Ato fue levantada en el comicio, sobre el mismo lugar donde se produjo el hecho. Según Livio[3] la piedra fue también colocada en este mismo lugar para que sirviera a la posteridad como testimonio del prodigio.

Otras fuentes[4] aluden a otro prodigio protagonizado por Ato Navio: el trasplante milagroso al comicio de la higuera (*ficus*) que se hallaba en el Lupercal. Festo[5] la denomina por ello *Ficus Navia*. Se trataría (Coarelli) de un relato etiológico destinado a ilustrar la ampliación de la primitiva ciudad palatina.

1. Liv., I, 36. / 2. Liv., I, 36. / 3. I, 36. / 4. Plin., *NH*, XV, 77. / 5. 168L.

NEFOTES / *Nephótes* (s. IV d.C.?).— Uno de los papiros griegos mágicos[1], datado en la primera mitad del siglo IV d.C., recoge una (falsa) carta del mago Nefotes al faraón Psamético que contiene instrucciones para una práctica de lecanomancia y encantamiento amoroso. El texto comienza de la siguiente forma:

Nefotes a Psamético, rey inmortal de Egipto, saludos. Puesto que el dios grande te ha restablecido como rey inmortal y la naturaleza te ha constituido como el mejor sabio, también yo quiero mostrarte el celo que hay en mí, te envié esta práctica que con toda facilidad proporciona sagrada energía, y si tú la examinas, admirarás lo maravilloso de este método. Lo verás a través del plato de visión directa, en el día que quieras o en la noche, en el lugar que quieras, contemplando al dios en el agua y recibiendo la respuesta oral que procede del dios, en versos, los que tú quieras. Te llevarás también al señor del mundo y cualquier cosa que añadas; y te hablará sobre otras cosas que le preguntes (PGM, IV, 3).

1. *PGM*, IV, 3.

NEQUEPSO-PETOSIRIS / *Nechepsós-Petósiris* (s. II a.C.).— Nombre que recibe el texto fundamental de la astrología neoegipcia atribuido a dos personajes de la historia de Egipto: el faraón Nequepso y el sacerdote Petosiris. Nequepso es citado por Manetón[1] como faraón de la XXVI dinastía (663-522 a.C.), quizá el faraón Necho o Nechao II. La tradición antigua hacía de él un autor de tratados astrológicos[2]. Petosiris fue un sacerdote cuya tumba, conocida antes del 341 a.C., era objeto de culto. Ninguno de ellos tiene relación con los textos astrológicos de época helenística: sus nombres fueron escogidos sin duda porque simbolizaban el prestigio de la monarquía y del sacerdocio egipcio, respectivamente.

Se trata, en realidad, de una compilación hermética escrita en griego, en Alejandría, hacia el año 150 a.C. (cita como no destruida la ciudad de Corinto), redactada de forma proféticamente oscura, lo que creó no pocas dificultades interpretativas a la posteridad. La obra recoge, sin duda, junto al patri-

monio babilónico y del antiguo Egipto faraónico, elementos de la ciencia griega, en particular el ordenamiento de los planetas según la duración de sus revoluciones. No sabemos con seguridad si —como se pretende— los autores fueron efectivamente dos o si fue uno solo que se valió del prestigio de los personajes citados.

El texto no ha llegado íntegro hasta nosotros, pero disponemos de numerosas alusiones posteriores a él que podemos distribuir (T. Barton) en cuatro grupos:

a) Referencias a fenómenos astrales; se trata, probablemente de especulaciones egipcias de modelos mesopotámicos quizá de época ptolemaica. Dichas citas se encuentran en autores muy tardíos: *Hefestion de Tebas, Proclo, Lido. Los fenómenos incluyen: eclipses, el orto de Sirio, fenómenos meteorológicos y cometas en relación con los signos zodiacales. Las predicciones servían tanto para Egipto como para otros pueblos del entorno. El término *postquem* para dichos textos se data en torno al año 150 a.C. Algunos de los textos hacen alusiones a acontecimientos fácilmente datables, como son la guerra entre los griegos y los gálatas o determinadas invasiones bárbaras en el norte de Grecia.

b) El segundo grupo de citas se refiere a la astrología horoscópica. En una cita de *Vetio Valente, Nequepso es descrito recibiendo una revelación nocturna hecha por una «voz del cielo»; dicha revelación es transmitida por el autor a lo largo de trece libros en un estilo hermético. Las referencias suelen centrarse en el método astrológico usado para calcular la duración de la vida de un individuo o la fecha de la concepción de su nacimiento o para hallar la posición de determinados signos. También se discuten temas como los ciclos de períodos buenos y malos, los viajes, los hijos o la fecha de la muerte. En el siglo IV d.C. *Fírmico Materno recordará la doctrina de Nequepso-Petosiris sobre la carta de nacimiento del mundo (el *thema mundi*).

c-d) Los dos últimos grupos de referencias entroncan claramente con el material hermético al que antes se aludía. Los decanos parecen haber jugado un destacado papel en la medicina astrológica hermética; la influencia de la astrología egipcia en el desarrollo de la astrología hermética fue, desde el siglo II o I a.C., muy considerable.

A pesar de haber incorporado el contenido de otras obras astrológicas griegas, el Nequepso-Petosiris acabó suplantando a todas ellas y transformándose en una auténtica «Biblia de los astrólogos» siendo eclipsada —sólo en el siglo II d.C.— por la *Tetrabiblos* de Claudio *Ptolomeo. Gozó, pues, de una considerable difusión en la Roma de comienzos del siglo I a.C.

1. Manet., 48. / 2. Cf. Eusebio, *apud* «Migne»: *PL*, 27 (1866), 364, 370 a.

[Bibl.: Fragmentos en: E. Riess, «Nechepsonidis et Petosiridis fragmenta»: *Philologus Suppl.*, 6 (1892), pp. 325-394, completada por la edición de Boll en *CCAG*, VII, pp. 129-151.]

NESTORIO / *Nestorius* (s. IV d.C.).— Teúrgo, padre de Nestorio y Plutarco (ambos sacerdotes atenienses) y abuelo de Plutarco (escolarca ateniense de la escuela neoplatónica, nacido hacia el 350). Recibía revelaciones relativas a la astrología[1]; Proclo, que le cita como *hieratikos anér* y «experto (*ho mégas*) en todas las artes de la teúrgia», le atribuye un milagro durante su visita a Roma[2].

Por su parte, Zósimo[3] describe cómo hacia el año 375 d.C., siendo Nestorio hierofante de Atenas, recibió en sueños una revelación que le ordenó honrar al héroe griego Aquiles con ceremonias solemnes a cargo del Estado; cuando

Nestorio narró su visión a los magistrados de la ciudad, éstos pensaron que desvariaba a causa de su avanzada edad y no le tuvieron en cuenta. El teúrgo recurrió entonces a un subterfugio: fabricó una pequeña imagen del héroe que depositó en un templo en miniatura y la situó a los pies de la estatua de Atenea, en el Partenón; finalmente cumplió en honor de la diosa y el héroe los ritos tradicionales. Dicha celebración religiosa fue decisiva para la ciudad, pues fue la única que quedó a salvo de un terrible terremoto que asoló la geografía griega.

Como hierofante, Nestorio ocupó un gran cargo sacerdotal en Eleusis, siendo quizá él quien inició al emperador Juliano en los misterios eleusinos. Eunapio silencia su nombre para no delatarlo en tiempos de persecución del paganismo; pero en un pasaje que se refiere a él[4] sostiene —como Zósimo— que tenía el don de conocer el porvenir.

1. Proclo, *In Remp.*, II, 64, 6. / 2. *In Remp.*, II, 64, 6; II, 324, 11 ss. / 3. IV, 18, 1-4. / 4. *Vit. Sophist.*, 7, 3, 1-6.

[Bibl.: E. Évrard, «Le maître de Plutarque d'Athènes et les origenes du néo-platonisme athénien»: *AC*, 29 (1960), pp. 108-133 y 391-406.]

NEUROS / *Neuroí*.— Tribu escita famosa por sus prácticas de licantropía. Heródoto[1] afirma que una generación antes de la expedición del rey persa Darío, es decir, a finales del siglo VI a.C., los neuros abandonaron su país invadido por una plaga de serpientes, viéndose obligados a refugiarse entre los budinos. El historiador griego los califica de hechiceros (*góetas*), ya que no existía ninguno de ellos que una vez al año no se convirtiera en lobo durante unos días, volviendo después a recuperar la forma humana.

1. IV, 105; cf. Mel., II, 7.

[Bibl.: Herrmann, «Neuroi»: *RE*, XVII, 1 (1936), cols. 158-161.]

NICO / *Nikó* (s. II a.C.?).— Hechicera griega (originaria de Larisa) citada en un epigrama anónimo probablemente de época helenística[1]. Nico ofrenda a Afrodita un instrumento mágico, la rueda capaz «de traer por los mares a un hombre y sacar de su alcoba a las niñas». El instrumento es bien conocido gracias a la descripción de Teócrito en su *Idilio* II (*Simeta); en este caso tiene la particularidad de ser muy lujoso, con incrustaciones de amatistas, adornado con oro y ceñido por suaves bandas de lana purpúrea.

1. *Anth. Pal.*, 726 = V 205.

NIGIDIO FÍGULO / *P. Nigidius Figulus* (98-45 a.C.).— Filósofo, adivino, astrólogo y mago nacido en torno al año 98 a.C. (Cicerón[1] afirma que Nigidio era pretor en el 58 a.C., magistratura que en Roma solía alcanzarse a los cuarenta años). Fue contemporáneo de Varrón, amigo de Cicerón (según Plutarco[2], Cicerón afirmaba que los mejores y más importantes consejos, con los cuales había salvado a la patria, los había recibido de Nigidio) y seguidor de Pompeyo[3], lo que le costó ser enviado por César al exilio, junto a otros pompeyanos. Cicerón se esforzó por lograr que regresara a su patria e incluso es probable que preparara una cuarta *Oratio ad Caesaris clementiam* en favor de su amigo (Della Casa).

Nigidio fue un pitagórico convencido, restaurando en Roma la doctrina del filósofo griego (Cicerón[4] usa el verbo *renovare* en el sentido de «restaurar»). En la capital creó una sociedad (*sodalicium*) secreta pitagórica que fue acusada de *sacrilegium*[5].

Dentro de su abundante obra conviene distinguir varios ámbitos:

a) Como *Cecina, tradujo al latín numerosos libros de la antigua *Disciplina Etrusca*[6] que nos ha llegado indirectamente: conocemos de él un tratado, *Sobre las entrañas* (*De extis*)[7], y un calendario brontoscópico (*Ephemeros brontoskopia*) en el que se aclaraba el significado (político, social o económico) de los truenos durante los diferentes días del año. Dicho calendario, transmitido por Lido[8], parece tratarse de un original etrusco que remonta a mediados del siglo III a.C., como se desprende de las alusiones a las revueltas sociales propias de la Etruria del 265 a.C.; así, se alude continuamente a una división de las ciudades en dos partes en conflicto, pueblo y aristocracia:

Si truena (tal día), habrá guerras intestinas; si truena (tal día), el pueblo se ceñirá las armas; si truena (tal día), se adquirirán esclavos extranjeros; si truena (tal día), habrá prosperidad y por otro lado rebeliones en la ciudad; si tuena (tal día), será de buen augurio para el pueblo, pero anunciará males para los poderosos por su discordia (Lid., *De Ort.*, 27).

Un caso revelador es el del 11 de septiembre: «Si truena, aquellos que están sometidos a los nobles prepararán una revuelta en la república».

Nigidio Fígulo debió readaptar el texto etrusco a la realidad romana; se han creído reconocer en él (C. Ampolo) referencias a las guerras civiles y tal vez a sus protagonistas. En este sentido parece oportuno pensar que las familias romanas (o etrusco-romanas) de tendencia oligárquica hicieron uso de este calendario, convenientemente adaptado por un Nigidio llevado de los temores político-sociales del siglo I a.C.

b) También tuvo conocimientos astrológicos[9] y escribió algunas obras sobre esta materia de las que se conservan algunos fragmentos en los *Scholii Basileensi*, en los *Aratea* de Germánico y en los *Scholii Strozziani*. Cuando[10] en el año 63 a.C. se informó a Nigidio acerca de la hora en que había nacido Octavio (el futuro emperador Augusto), aquél anunció que acababa de nacer «el dueño de mundo» (*dominum terrarum orbi natum*). Dicho episodio sugiere la idea de que Nigidio hacía frecuentes predicciones astrológicas de carácter político.

En su *Farsalia*, Lucano le dedica unos versos en los que aparece como astrólogo, deduciendo de los astros la proximidad de la contienda civil (48 a.C.):

O este mundo vaga sin ley alguna en el tiempo y los astros evolucionan con movimiento no fijo, o, si los mueve el destino, se está preparando para la ciudad y para el género humano una catástrofe ya próxima. ¿Se agrietarán los suelos y engullirán las ciudades, o un aire hirviente estropeará el clima? ¿Negará, infiel, sus mieses la tierra, o se alterarán todas las aguas, inficionadas de ponzoña? ¿Qué clase de catástrofes preparáis, dioses celestes, con qué azote ejerceréis vuestra cólera? Los últimos días de muchos resultan coincidir en una sola ocasión. Si la fría estrella de Saturno alumbrara nociva sus negros fuegos en lo alto del cielo, Acuario habría desatado el Diluvio de Deucalión y la tierra entera habría quedado inundada bajo un extendido mar. Si ahora, Febo, abrumaras con tus rayos al cruel León de Nemea, se declararían incendios en todo el mundo y el éter se habría inflamado, prendido por tus carros. Pero no hay tales fuegos. En cambio, tú, Marte, que enciendes al Escorpión amenazante con su cola en llamas y le abrasas las pinzas, ¿qué gran cataclismo preparas? Pues el benigno Júpiter está hundido en un profundo ocaso, y la salutífera estrella de Venus no brilla, el veloz Cilenio está parado:

Marte domina el cielo en solitario. ¿Por qué los signos astrales han abandonado sus trayectorias propias y se dejan llevar apagados por el firmamento, en tanto que refulge sobremanera el flanco de Orión, el provisto de espada? Se cierne inminente la furia de los combates, el poder de las armas transtornará todo derecho con su brazo, al nefando crimen se le dará nombre de virtud, y durará años tal desvarío. Por lo demás, ¿de qué sirve implorar a los dioses que se termine? La paz llegará con un amo. Prolonga, Roma, la serie seguida de tus desgracias y alarga por mucho tiempo el desastre: ya sólo en medio de la guerra civil eres libre (I, 639-672).

Algunos autores (A. Luisi), consideran que en estos versos Lucano trató de recoger lo que Nigidio Fígulo pronosticó al alba del día 19 de enero del 49 a.C. o quizá un año antes. El *dominus* del v. 670 podría referirse a Augusto (cf. la expresión *dominum terrarum orbi natum* antes citada).

c) Varias fuentes sostienen que Nigidio fue también mago[11]. Igualmente se le conoce como filósofo pitagórico que luchó por restaurar en Roma esta doctrina; quizá fue ésta la razón (y no la política) por la que se atrajo la enemistad de César y su partido. Entre los partidarios de esta «secta nigidiana» figuró probablemente el historiador Salustio.

Según Dion Cassio[12], Nigidio (experto en la interpretación de signos celestes) fue acusado de haber practicado «artes reprobables», acusación que —probablemente— se refería en particular al ejercicio de la astrología o de la magia adivinatoria; Nigidio fue el primero en «crear las condiciones del sueño» (es decir, la hipnosis) para que el médium pudiese así responder a lo que se le planteaba. De un pasaje de san Jerónimo[13] se desprende que en el año 45 a.C. Nigidio Fígulo sufrió el exilio, lo que hace suponer que, previamente, fue condenado, quizá en aplicación de la *lex Cornelia de sicariis et veneficis*.

d) Autor de tratados sobre gramática, es calificado por Gelio de *doctissimus*[14], excelente conocedor de todas las disciplinas[15] y una de las dos columnas —junto con Varrón— de la cultura de la época[16].

1. *Ad Q.*, Fr. 1, 2, 16. / 2. *Cic.*, 27. / 3. Cic., *Att.*, 7, 24. / 4. *Tim.*, 1. / 5. Ps. Cic., *In Sall. Resp.*, 5, 14. / 6. Arnob., *Adv. Nat.*, III, 40. / 7. Macrob., *Sat.*, VI, 9. / 8. Lido, *De Ost.*, 27-38. / 9. Serv., *ad Georg.*, I, 19. / 10. *Aug.*, 94, 5. / 11. Apul., *De magia*, 42. / 12. XLV, 1, 3-5. / 13. *Chron. Ol.*, 183, 4 = Helm, 156. / 14. *NA*, IV, 9, 1; 16, 1; 17, 7, 4. / 15. *NA*, X, 11, 2; XI, 11, 1; XIII, 26, 1. / 16. *NA*, XIX, 14, 1-3.

[Bibl.: Los fragmentos de su obra han sido recogidos por D. Liuzzi, *Nigidio Figulo «astrologo» e «mago». Testimonianze e frammenti*, Lecce, 1983. Sobre el personaje y su obra: R. J. Getty, «The astrology of P. Nigidius Figulus»: *CQ*, 35 (1941), pp. 17-22; A. Della Casa, *Nigidio Figulo*, Roma, 1962; A. Traglia, «Nigidio Figulo. Un grande erudito latino dimenticato»: *Cultura e Scuola*, 16 (1977), pp. 84-89; C. Ampolo, «Lotte sociali in Italia centrale. Un documento controverso: il calendario brontoscopico attribuito a Nigidio Figulo»: *Opus*, 9-10 (1990-1991), pp. 185-197.]

NOADIA / *Noadia* (s. V a.C.).— Profetisa hebrea sobornada por Tobiya (un notable de Jerusalén) en el momento en que Nehemías inicia la reconstrucción de las murallas de la ciudad para que amedrentara al profeta Nehemías y le hicieran cometer actos sacrílegos[1].

1. Ne 6, 14.

O

OFIOGENES / *Ophiogenes*.— Familia originaria de Parium, puerto de Frigia (según Plinio[1], en la isla de Chipre). Su nombre («hijos de las serpientes») les emparenta con los ofidios. En ella sólo los varones —y no las mujeres— eran famosos por su capacidad para curar las mordeduras de vívoras y serpientes mediante una sencilla imposición de manos[2]. Otra característica de este grupo étnico, en opinión del naturalista latino[3], es su olor selvático, perceptible en primavera; su sudor y su saliva tenían efectos curativos. Varrón[4] afirmaba que en las proximidades de Parios, en el Helesponto, algunos hombres utilizaban su saliva contra la mordedura de las serpientes.

Previamente atraían sobre ellos mismos la mancha lívida de la picadura calmando así la inflamación y el dolor. Según los mitógrafos uno de los antepasados de esta familia era una serpiente que se transformó en hombre, pero Estrabón[5] cree que aquél pudo proceder de la tribu africana de los *psilos, transmitiendo sus secretos de generación en generación.

Plinio[6] es el único autor que cita a un miembro de esta familia, llamado Evegones: embajador en Roma, fue utilizado por los cónsules como experimento, introduciéndolo en un tonel lleno de serpientes que, ante el asombro de los presentes, le lamieron todo el cuerpo sin hacerle daño.

1. *NH*, XXVIII, 30. / 2. Plin., *NH*, VII, 13. / 3. XXVIII, 31. / 4. *apud* Plin., *NH*, VII, 13. / 5. XIII, 1, 14. / 6. XXVIII, 30.

OFIONEO / *Ophioneús* (s. VIII a.C.).— Adivino (*mantis*) griego, de origen mesenio, que vivió en época de la «primera guerra de Mesenia» (2.ª mitad del siglo VIII a.C.). Suele dudarse de su historicidad.

Según Pausanias[1], era ciego de nacimiento y hacía sus profecías del siguiente modo: preguntaba lo que había pasado y, conforme a esto, anunciaba privada y públicamente el porvenir. Ofioneo, como Epébolo, se opuso a la elección de Aristodemo como rey de los mesenios, por haber matado a su hija (pese a lo cual accedió al trono)[2]. En el año vigésimo de la guerra mesenia, Ofioneo recuperó la vista tras sufrir un fuerte dolor de cabeza[3]. Cuando se aproximaba el final de la larga contienda, le fue comunicado a Aristodemo que el adivino Ofioneo había perdido la vista, quedando nuevamente ciego[4]. El monarca pudo entender entonces un oráculo dado por la Pitia con anterioridad:

...Y la corona de los coros tendrá amargos habitantes cuando en circunstancias dos salgan de lo escondido (IV, 12, 3).

Los «dos» que saldrían de lo escondido, no eran otra cosa que los ojos de Ofioneo. Sabiendo Aristodemo que ya no había esperanzas para su patria, se mató sobre la tumba de su hija.

1. IV, 10, 6. / 2. Paus., IV, 10, 5-6. / 3. Paus., IV, 12, 10. / 4. Paus., IV, 13, 3-4.

[Bibl.: Wüst, «Ophioneus»: *RE*, XVIII, 1 (1939), cols. 646-647.]

OLENO / *Olenus Calenus* (s. VII a.C.?).— Célebre adivino etrusco (quizá un harúspice), probablemente legendario. Durante los trabajos de cimentación del templo de Júpiter en el Capitolio de Roma (en época del rey Tarquinio Prisco, a finales del siglo VII a.C.) fue encontrada la cabeza de un hombre recién degollado. Dionisio de Halicarnaso[1] dice que tenía el rostro igual al de una persona viva, con la sangre que fluía del corte todavía caliente.

Tarquinio decidió entonces enviar a una delegación romana ante Oleno Caleno, el más prestigioso de los adivinos etruscos, para que éste les revelase el significado del hallazgo. Intuyendo el valor y el sentido favorable del presagio, Oleno trató de transferirlo a su propia nación mediante una artimaña. Trazó sobre la tierra, con su bastón, la figura del templo preguntando continuamente:

¿Entendéis querer decir esto, oh romanos? ¿Es aquí que surgirá el templo de Júpiter Optimo Máximo? ¿Aquí habéis encontrado la cabeza? (Plin., *NH*, XXVIII 15).

Según Plinio[2] los *Anales Máximos* sostenían que el destino prometido hubiese caído en favor de Etruria si los componentes de la delegación no hubiesen sido advertidos por el hijo del adivino. De forma que éstos respondieron: «No es precisamente aquí sino en Roma donde hemos encontrado la cabeza».

Oleno Caleno, al no poder engañarlos ni apropiarse del presagio, les dijo:

Romanos, decid a vuestros conciudadanos que está determinado por el destino que ese lugar donde habéis encontrado la cabeza que llegue a ser la cabeza de toda Italia (DH, IV, 2).

Se trata, en realidad, de un mito que relaciona etimológicamente al Capitolio con *caput*, «cabeza»[3]. Livio[4] también se hace eco del prodigio. Según Isidoro[5] la cabeza del hombre llevaba una inscripción en caracteres etruscos.

1. IV, 59, 2. / 2. *NH*, XXVIII, 15. / 3. Var., *LL*, V, 41. / 4. I, 55, 5. / 5. *Etim.*, XV, 31.

OLÍMPICO / *Olýmpichos* (s. I d.C.).— Adivino (*mantis*) citado por el poeta Nicarco[1] (que vivió en Roma en época de los Flavios). En un epigrama satírico un cliente le pregunta si debe embarcarse a Rodas y cómo puede asegurarse una buena travesía. El adivino le responde:

Primero escoges un barco nuevo y no te pongas en ruta en invierno, sino en la estación de verano. Si respetas estos consejos podrás llegar y volver, a menos que un pirata te capture en alta mar (*Anth. Pal.*, XI, 162).

A juzgar por el nombre y la fecha en que pudo haber vivido, quizá debamos identificarlo con el adivino *Olimpo.

1. *Anth. Pal.*, XI, 162.

OLIMPO / *Ólympos* (s. I d.C.?).— Adivino (*mantis*), probablemente his-

tórico, del que se burla el poeta Lucilio, quien escribió en Nápoles en tiempos de Nerón. En el epigrama, el adivino es consultado por el boxeador Onésimo para saber si vivirá mejor. Olimpo le contesta:

Sí, si te retiras ahora. Pero si continúas boxeando, es Cronos quien determina tu destino (*Anth. Pal.*, XI, 161).

En otro epigrama satírico de Lucilio[1], Olimpo es consultado por tres atletas Hylas (un pentatleta), Onésimo (un luchador) y Menecles (un corredor) para sabér cuál de ellos conseguirá la victoria. Olimpo examina las entrañas de las víctimas y les dice:

Todos seréis vencedores, al menos que a ti alguno te sobrepase, a ti que te derriben y a ti que te adelanten en la carrera (*Anth. Pal.*, XI, 163).

Es posible que este adivino proceda de Olimpia, donde algunos *manteis* llevan este nombre.

1. *Anth. Pal.*, XI, 163.

OLÍNDICO / *Olyndicus* (s. II a.C.).— Bajo la apariencia de un profeta (*vaticinator*), agitando una lanza de plata que pretendía enviada del cielo, se había ganado la confianza de los numantinos. Con gran temeridad atacó por la noche el campamento del cónsul romano, siendo alcanzado por la jabalina de un centinela[1].

Quienes han estudiado al personaje (G. Sopeña, García Quintela) establecen las siguientes conclusiones: 1) la lanza de plata recuerda a la del dios Lug, símbolo del rayo; 2) el nombre del personaje lleva el radical *al-*, *ol-*, «poderoso», que en irlandés aparece en términos como *ollam*, nombre del druida de más alto grado; 3) las cualidades del profeta coinciden con las de un especialista sacerdotal; 4) la expresión celtíbera *viros veramos* inscrita en los grafitos del santuario de Peñalba de Villastar (Teruel) puede traducirse literalmente por la expresión *summus vir*, con la que Floro se refiere a Olíndico; 5) su muerte también concuerda con su carácter sacro. Cuando la muerte le sorprende en su solitario intento de golpe de mano, ¿iba a llevar a cabo algún rito de carácter mágico, afín a los que practicaban los druidas?

Floro dice de él que si hubiese tenido éxito hubiese sido un maestro en los dominios de la astucia y de la audacia.

1. Flor., I, 33, 13-14; Liv., *Per.*, 43.

[Bibl.: G. Sopeña, *Dioses, ética y ritos. Aproximaciones para una comprensión de la religiosidad entre los pueblos celtibéricos*, Zaragoza, 1987; Marco V. García Quintela, «El sacrificio humano adivinatorio céltico y la religión de los lusitanos»: *Polis*, 3 (1991), pp. 25-37.]

ONIMASTO / *Onýmastos* (s. IV a.C.).— Adivino griego, hijo de Nikolaios de Thespis, citado en algunas inscripciones datadas entre los años 312 y 304 a.C. En ellas[1] aparece como *mantis* durante una dedicación de los beocios en honor de Apolo Ptoios.

1. *IG*, VII, 2723, 1724, 2724 a, b.

ONOMÁCRITO / *Onomákritos* (s. VI a.C.).— Heródoto[1], de quien procede nuestra información sobre este personaje de origen ateniense, dice que fue un cresmólogo («coleccionista de oráculos») y compilador de los oráculos de *Museo. Algunos autores cristianos[2] sitúan la fecha de su nacimiento entre los años 580-576 a.C. pero probablemente ésta debió de ser posterior.

Onomácrito fue expulsado de Atenas por uno de los hijos del tirano Pisístrato, Hiparco (antes, pues, del 514

a.C.), con el que hasta entonces había venido colaborando, cuando fue sorprendido (por Lasos de Hermione) en el flagrante delito de intercalar en la recopilación de Museo un oráculo según el cual las vecinas islas de Lemnos desaparecerían en el mar[3]. Ignoramos si la *interpolación* de Onomácrito había disgustado al tirano griego porque constituía una acción deshonesta o porque contrariaba las pretensiones del gobierno de Atenas sobre las regiones vecinas del Helesponto.

Desterrado de Atenas, Onomácrito se dirigió a Susa, donde no tardó en unírsele Hipias, hermano de Hiparco, expulsado en el 510 a.C. por los espartanos; ambos entablaron amistad olvidando el pasado. Siempre según Heródoto[4], cuando Onomácrito recitaba varios oráculos en presencia del rey persa Jerjes, lo hacía con el elogio del pisistrátida. Si alguno de estos oráculos pronosticaba al rey persa algún tropiezo, lo silenciaba, mientras que, por el contrario, escogía y entresacaba el que profetizaba éxitos como, por ejemplo, que era conforme al destino que un puente fuese echado sobre el Helesponto por un persa. De esta forma Onomácrito fue alimentando la expedición persa que Jerjes proyectaba contra los griegos (480 a.C.).

Además de su actividad como adivino sabemos que Onomácrito era también un filósofo órfico, autor de unos *Orfikà* sobre cosmogonía y teogonía de los que se conservan algunos fragmentos en la edición de O. Kern. Por su parte, Pausanias[5] dice que Onomácrito compuso versos en honor de Dióniso en los que presentaba a los Titanes como autores de los padecimientos del dios. También es conocido como autor de himnos «homéricos»[6]; un escolio homérico[7] le atribuye la falsificación de unos versos de la *Odisea*.

1. VII, 6. / 2. Clem. Alex., *Strom.*, I, 131, 1; Eus., *Praep. ev.*, X, 11, 30. / 3. Herod., VII, 6, 3. / 4. VII, 6, 4. / 5. VIII, 27, 5. / 6. Fr. 189 Kern. / 7. *Ad Od.*, V, 604.

[Bibl.: Fragmentos: O. Kern, *Orphicorum fragmenta*, Berlin, 1922, núms. 182-195. Estudios: Stoessl, «Onomakritos»: *RE*, XVIII, 1 (1939), cols. 491-493.]

ONOMÁCRITO DE LOCROS / *Onomákritos* (s. VII a.C.?).— Adivino griego (*mantis*), originario de Locros y compañero de Tales (quizá no Tales de Mileto sino un cretense a quien se llamó también después Thaletas). Aristóteles[1] dice que Onomácrito fue el primer experto en legislación, aplicándola en la isla de Creta donde vivía ejerciendo el arte adivinatorio.

1. *Pol.*, 1274a 27.

OPIO PLÁCIDO / *Marcus Oppius Placidus* (s. I d.C.).— Harúspice (*haruspex primario de sexaginta*) a quien el *ordo sanctissimus* de *Lugdunum* (Lyon), es decir, el *ordo decurionum*, sufraga una sepultura, según consta en una inscripción[1]. Se ha pensado que pudiera pertenecer a un *Ordo* romano-etrusco creado en esta ciudad de la Galia, pero parece más probable que, aunque originario de Lyon, perteneciera al célebre *Ordo LX haruspicum* restaurado por el emperador Claudio.

1. *CIL*, XIII, 1821 = *ILS*, 4952 a.

ORTÁGORAS / *Orthagóras* (s. IV a.C.). Adivino griego (*mantis*) de origen desconocido, quizá corintio, que vivió en la primera mitad del siglo IV a.C. Es citado como Ortágoras por Teopompo[1] y Éforo[2], mientras que Timeo[3] le cita como *Satyros* y Clemente de Alejandría[4] como *Timaios*.

Fue amigo y colaborador del tirano de Siracusa, Timoleón. Antes de que éste llegara al poder, Ortágoras, en

compañía del propio Timoleón se entrevistó con el impopular tirano Timofanes (hermano de Timoleón) para que depusiera la tiranía (365 a.C.). Viendo que éste no cedía, Timoleón se retiró a un lado, pero Ortágoras y Esquilo (hermano de la mujer de Timofanes) le atravesaron con sus espadas[5].

1. *FGrH*, 115, F, 334. / 2. *FGrH*, 70, F, 221. / 3. *FGrH*, 556 F 116. / 4. *Strom.*, I, 135, 1. / 5. Plut., *Timol.*, 4; Clem. Alex., *Strom.*, I, 135.

OSEAS / *Hosea'* (s. VIII a.C.).— Profeta hebreo cuya actividad podemos situar entre los años 750 y 730 a.C. Parece que ejerció su ministerio en algún santuario de Samaria antes, pues, de que la ciudad cayera (721 a.C.). Se considera que a juzgar por la forma de expresarse debió ser educado posiblemente en una escuela sapiencial.

Se caracteriza por sus profecías contra la corte y, en general, contra todas las estructuras del Estado (rey, culto del templo, sacerdocio, etc.). Para Oseas la época dorada fue la del desierto, cuando Israel no tenía reyes ni funcionarios de palacio, ni sacerdotes (quienes deberían haber transmitido al pueblo el espíritu de Yahveh), ni sacrificios, ni *terafim*[1]. El libro de Oseas pone, pues, al descubierto los elementos sincretistas que se habían introducido en la primitiva religiosidad judía.

Es posible que sus ideas continúen —sin el elemento violento— la visión política de Eliseo. La atrevida expresión de «espíritu de prostitución» que dice haberse apoderado del pueblo en sus relaciones con Yahveh se explica por la experiencia personal del profeta, ya que Oseas amaba a una mujer, Gomer, devota de los cultos de Baal y Astarté y quizá antigua prostituta sagrada[2]. De ésta (si realmente se trata de una sola mujer y no de dos diferentes) tuvo varios hijos a los que dio nombres simbólicos (Yizreel, No-amada, No-mi-pueblo) en los que se expresa la cólera de Yahveh contra la infiel Israel. Los anuncios de castigos son reiterados:

No te alegres Israel; no jubiles como los gentiles; / pues te has prostituido abandonando a tu Dios; / amaste el salario de la prostitución / sobre todas las eras de grano. La era y el trujal no los sustentarán / y el mosto les fallará. No morarán ya en el país de Yahveh, /mas Efraim regresará a Egipto, y en Asiria comerán manjares impuros. / No harán a Yahveh más libaciones de vino / ni le ofrecerán los sacrificios de ellos; / como pan de enlutados será su pan, todos cuantos lo coman se contaminarán. / Pues su pan será sólo para sí mismos, no entrará en la Casa de Yahveh. / ¿Qué haréis en el día de la solemnidad y en el día de la fiesta de Yahveh? / Pues he aquí que se han marchado por desolación, / Egipto los recogerá, Menfis los sepultará; / sus objetos preciosos de plata las ortigas los heredarán; / cardos habrá en sus tiendas (Os 9, 1-6).

Después de la caída del reino del Norte, amigos del profeta llevaron sus profecías a Judá, donde serían revisadas posteriormente. Oseas ejerció una notable influencia sobre *Jeremías, que volverá a retomar los principales temas de su predicación.

1. Os 3, 4. / 2. Os 1 y 3.

[Bibl.: P. G. Borgone, *Il libro del profeta Osea*, Torino, 1990.]

OSTANES / *Vistana, Ostánes* (s. VI-V a.C.).— Sacerdote, teólogo y mago persa que acompañó al rey Jerjes en la campaña contra los griegos[1].

A su fanatismo religioso se atribuyó el incendio de la Acrópolis de Atenas[2]

así como la introducción en Grecia del ocultismo iranio[3]. Se le consideró seguidor de Zaratustra y, por tanto, sacerdote del culto oficial.

Para los romanos era *magister magorum omnium*, siendo incluso visto como el primero que trató sobre magia «infectando» el mundo con este «arte monstruoso»[4]. Apuleyo[5] le cita como mago junto a Carmendas, *Damigeron y *Moisés. Otros autores resaltan su faceta como filósofo[6].

El único título conocido de su obra es un *Octateuco*[7], aunque quizá se trate de un escrito tardío atribuido a él. Conocemos su contenido por unos pocos fragmentos: descripción de un Dios superior[8], demonología[9], etc.

Bajo su nombre circularon tratados de astronomía[10] así como uno sobre la fuerza oculta de animales, plantas y piedras (los fragmentos 21-25 pertenecen a una *Lithikà*). También se le atribuyen obras de alquimia y existen fragmentos sobre recetas de la simpatía / antipatía de plantas y animales, al estilo de las de *Bolos de Mendes, al que algunos autores consideraron alumno suyo.

Tanto sobre sus fuentes como sobre la autoría de muchos de estos escritos a él atribuidos en la Antigüedad existe una notable polémica, especialmente desde los estudios de Cumont.

Plinio[11] cita a un segundo Ostanes que figuró en la expedición de Alejandro Magno (s. IV a.C.), pero es totalmente desconocido.

1. Herod., VII, 40. / 2. Cic., *De leg.*, II, 26. / 3. Plin., *NH*, XXX, 8. / 4. Plin., *NH*, XXX. 12, 8. / 5. *Apol.*, 90. / 6. Suda, s.v. «Ostanes»; Diog. Laert., *Proem.*, 2. / 7. Eus., I, 10. / 8. Fr. 7. / 9. Fr. 9-16. / 10. Fr. 4. / 11. *NH*, XXX, 12, 8.

[Bibl.: J. Bidez y F. Cumont, *Les mages hellénisés. Zoroastre, Ostanes et Hystaspe d'après la tradition grecque, I: Introduction, II. Les textes*, Paris, 1938.]

P

PÁCULA ANNIA / *Pacula Annia* (s. II a.C.).— Matrona de la Campania y ciudadana romana que, según Livio[1], introdujo como sacerdotisa del dios Baco «cambios radicales» en dicho culto, siempre «bajo inspiración de los dioses» (*tamquam deorum monitu*). Esta mujer, calificada de «sacerdotisa-vidente» (J. Bayet), fue la que comenzó a iniciar a los hombres en los ritos báquicos. Hasta entonces, las Bacanales eran celebradas en Roma exclusivamente por mujeres[2]. Lo hacían atraídas no tanto por el exotismo del ritual como por los nuevos valores que el dionisismo encerraba; su participación constituía, además, una forma de reacción contra la religión oficial, de cuyo culto estaban excluidas.

Pácula Annia es también expresión de uno de los principales aspectos de las liturgias dionisíacas: el éxtasis profético. Además de las danzas con ritmos corporales bruscos, de la música, de los vestidos de pieles, dicho ritual comprendía también *vaticinationes*. Como consecuencia de las importantes reformas de Pácula Annia, según Livio, los hombres, como posesos, hacían vaticinios entre frenéticas contorsiones corporales. Ésta fue una de las razones de que, siguiendo instrucciones del Senado romano, el cónsul Postumio llevara a cabo en el 186 a.C. la célebre represión de las Bacanales, que en adelante fueron prohibidas en Roma.

1. Liv., XXXIX, 13, 9. / 2. Liv., XXXIX, 13, 8; XXXIX, 15.

[Bibl.: J. M. Paillier, *Bacchanalia. La répression de 186 av. J.C. à Rome et en Italie*, Roma, 1988.]

PAFNUCIO / *Pafnutius* (s. III-IV d.C.).— Monje egipcio famoso como taumaturgo y exorcista. Según Rufino de Aquileya había sido condenado por el emperador Maximino a las minas después de haberle hecho reventar el ojo derecho y cortarle los tendones de la pierna izquierda[1]. Según este mismo autor eclesiástico[2] con su sola palabra expulsaba a los demonios y con su oración curaba a los enfermos, lo que hacía de él un «hombre de Dios» y no un mago. Describiendo Rufino los milagros obrados por Pafnucio, que no eran inferiores a los protagonizados por los Apóstoles siglos antes, recuerda que había devuelto la vista a los ciegos y puesto en pie a paralíticos.

Pafnucio llegó a ser nombrado obispo de una región de Egipto y participó

en los trabajos del concilio de Nicea (325).

1. *HE*, I, 4. / 2. *HE*, I, 4.

PÁMMENES / *Pamménes* (gr.), *Pammenes* (lat.) (s. I d.C.).— Según Tácito[1] Pámmenes era un célebre astrólogo que fue desterrado en tiempos de Nerón; en Cerdeña, el lugar de destierro (hacia el 66 d.C.), conoció y entabló amistad con Antistio Sosiano, castigado también con el exilio por haber compuesto coplas infamantes contra Nerón.

Dándose cuenta de la importancia que el emperador concedía a las delaciones y del partido que de ellas podía sacar, Antistio Sosiano decidió delatarle: robó al astrólogo documentación con los horóscopos de ilustres personajes romanos, como Publio Anteyo (que pagaba a Pámmenes una retribución anual por sus consultas por correspondencia) u Ostorio Escápula. Sosiano escribió al emperador comunicándole que Anteyo y Escápula conspiraban contra el orden establecido y especulaban no sólo con sus propios destinos sino también con el del emperador, por lo que fue llamado a Roma. Tras la denuncia, Anteyo se suicidó inmediatamente; al segundo le fue enviado un centurión para que pusiese fin a su vida[2]. Se supone (F. H. Cramer) que Pámmenes fue condenado a muerte acusado de un crimen de lesa majestad.

Es probable que este astrólogo fuese también conocido en su tiempo como alquimista[3]. En cualquier caso es recordado aún por los autores del siglo II d.C.: Eliano[4] cita una de sus obras, *Sobre los animales salvajes*, en la que Pámmenes aseguraba haber visto personalmente en Egipto escorpiones alados provistos de un par de aguijones y serpientes bicéfalas con dos patas en la cola.

1. *Ann.*, XVI, 14. / 2. Suet., *Domit.*, 10, 5. / 3. *Syncellus*, ed. Bonn, 471. / 4. *HA*, XVI, 42.

PANCRATES / *Pankrátes* (s. II d.C.).— Famoso mago egipcio (*hierogrammateys* o «escriba sagrado»), originario de Menfis, admirado por el emperador Adriano, en cuyo honor escribió un poema y a quien acompañó durante su viaje por Egipto. En un papiro griego mágico[1] se recuerda a un *Parates*, profeta de Heliópolis, que demuestra al emperador Adriano la fuerza de su magia haciendo enfermar en dos horas, matando en siete y enviando sueños al emperador para demostrar toda la verdad de su magia. Adriano, admirado por sus técnicas, ordenó que se le duplicaran sus honorarios.

Luciano nos ha dejado en su *Philopseydés*[2] un cuadro de los principales rasgos de su personalidad. Con la cabeza rasurada y cubierto con un vestido de lino, como cualquier sacerdote egipcio, era alto, de labios gruesos y piernas delgadas; siempre meditabundo, no hablaba muy bien griego. Luciano no duda en calificarle de «hombre divino».

Tras permanecer durante 23 años de semiclausura en los santuarios subterráneos de los templos egipcios, donde Isis le reveló los secretos de la magia, salió al exterior para poner a prueba sus conocimientos. Luciano ofrece dos deliciosos ejemplos de sus *terástia*: el paseo de Pancrates en el dorso de los cocodrilos[3] o su poder para nadar entre fieras que se le sometían y le halagaban con las colas y la novela del mago aprendiz[4].

En ésta Luciano narra cómo Pancrates, al llegar a un lugar donde alojarse, cogía una tranca de la puerta, una escoba o una mano de mortero, lo vestía y pronunciando una fórmula mágica de tres sílabas lo hacía andar y parecer un hombre. Este servidor traía agua, guisaba, preparaba los alimentos y lo preveía todo siempre con la mayor des-

treza. Cuando ya no eran necesarios sus servicios, Pancrates pronunciaba otra fórmula y la escoba o la mano recuperaban su forma primitiva.

Eucrates, un amigo del mago, descubriendo la fórmula secreta, ordenó a la mano de mortero, convenientemente vestida, traer agua. Ésta trajo un ánfora llena pero siguió trayendo agua hasta llenar la casa, negándose a obedecer la orden de detenerse. Eucrates decidió entonces partir la mano en dos, pero cada parte cogió un ánfora y continuó trayendo agua de suerte que en vez de uno resultaron dos criados. Al llegar Pancrates y enterarse de lo sucedido, transformó a los aguadores en morteros. Inmediatamente después desapareció, sin que se supiera cómo.

1. *PGM*, IV, 2447-2456. / 2. *Phil.*, 34. / 3. *Phil.*, 34. / 4. *Phil.*, 35-36.

PANIASIS / *Panýasis* (s. I d.C.?).— Onirócrita griego, originario de Halicarnaso, que escribió una obra titulada *Acerca de los sueños*, dividida en dos libros. *Artemidoro, que le cita con frecuencia en tono elogioso[1], dice de él que fue una gran autoridad en materia de interpretación de sueños. Nada tiene que ver con el poeta lírico del mismo nombre.

1. *Oneir.*, I, 2; I, 64; II, 35.

PAPPO / *Pappus* (s. IV d.C.).— Astrólogo que vivió en época del emperador Teodosio[1]. Su cronología es, sin embargo, insegura, pues el último eclipse al que alude en su comentario al *Almagesto* de *Ptolomeo[2] tuvo lugar el 18 de noviembre del 320. En esta misma línea, un manuscrito de Theon de Alejandría lo sitúa en época de Diocleciano (284-305 d.C.). Además de su obra titulada *Sinagoga*, dejó varios comentarios a las obras de Ptolomeo y Euclides, un trabajo geográfico, conservado en armenio, y libros sobre los sueños y los ríos de África citados por Suidas.

1. Suidas, s.v. / 2. VI, 180 ss.

PATRICIO: *Hilario.

PAULO DE ALEJANDRÍA / *Paulus* (s. IV d.C.).— Astrólogo, quizá de origen alejandrino, de finales del siglo IV. Fue autor de una *Eisagogikà* dedicada a su hijo Kronammon que fue concluida el 14 de febrero del 378 d.C.[1], un tratado muy elemental en 37 capítulos en el que da repaso a la posición de los planetas, a las estaciones, las fases de la Luna, la longitud del Sol en cada día, etc.

Conservamos extensas partes que permiten constatar en este tratado pseudo-científico la influencia tanto de la antigua tradición alejandrina como de las nuevas teorías, sobre todo de *Ptolomeo.

Su importancia parece desprenderse del hecho de que entre los meses de mayo y julio del 564 d.C. se impartió un curso sobre sus escritos (quizá dirigido por Olimpiodoro) en la ciudad de Alejandría. Esto parece indicar, a su vez, que la astrología formaba parte de la formación escolar (*quadrivium*) y quizá de los estudios de filosofía, al menos hasta el siglo VI. Suidas[2] alude a él también como filósofo.

1. Paul. Alex., 20 p. 41, 4 / 2. s.v. 810.

[Bib.: Edición: E. Boer (ed.), *Eisagogika, Pauli Alexandrini Elementa Apotelesmatica*, Leipzig, 1958.]

PELÉADAS / *Péleiai, Peleiádes*.— Profetisas (*prophétides*) del oráculo de Zeus en Dodona (Épiro) y sacerdoti-

sas de Dioné (hija de Océano y compañera de Zeus). Contrapartida femenina de los *selos (*Selloi*), las peléadas se identificaban con las palomas del oráculo (en griego *péleiai*). Estrabón[1] señala que, entre los molossos y los epirotas, la palabra tenía también el sentido de «mujeres de avanzada edad».

A esta ambigüedad que caracteriza a las sacerdotisas del oráculo, mujeres o palomas, se suma su propio nombre (*péleiai*), que las califica de «negras» u «oscuras». Si eran negras, estas mujeres originarias de Egipto estaban en su ambiente natural, ya que en la región del Épiro (que se llamaba Skotoyssa), habitaban las dríopes, descendientes de Melaneo o de Mélas.

Heródoto[2] revela los nombres de las tres sacerdotisas dodoneas más antiguas: Promenia, Timarete y Nicandra. Pausanias[3] dice que las peléadas fueron las primeras mujeres que cantaron los versos: «Zeus fue, Zeus es, Zeus será, oh gran Zeus. Gea produce frutos, por esto glorificad a la tierra madre».

El hecho de que Homero no mencione más que a los selos como intérpretes del oráculo ha hecho pensar (Frazer) que el culto de la diosa Dioné y las palomas ha sido introducido tardíamente en el santuario oracular. Sin embargo, Pausanias[4] sostiene que las peléadas eran más antiguas que *Femonoé, la primera intérprete de Apolo en Delfos, lo que nos llevaría a una época pre-doria; las peléadas pudieron, pues, haber desaparecido con las invasiones dorias (G. Rachet). Cierto o no, en cualquier caso, en época de Heródoto (s. v a.C.) las tres sacerdotisas fueron restablecidas en sus funciones coincidiendo con la reaparición del culto de Dioné en Dodona.

Por otra parte, un pasaje de las *Traquinias* de Sófocles[5] permite pensar que quizá a partir del siglo v a.C. se suprimió primero una de las tres peléadas y luego otra, hasta quedar en época tardía sólo una (como rival de la *pitia de Delfos).

Sobre sus técnicas oraculares no sabemos mucho. Se ha propuesto (G. Rachet) que la profetisa (o profetisas) se sentaba bajo la célebre encina de Dodona para emitir su oráculo (de la misma forma que la pitia de Delfos se sentaba en el trípode), bien escuchando el ruido del viento en las hojas del árbol, bien después de haber bebido de la fuente sagrada. En el árbol vivían también las célebres palomas, pero no parece que éstas fueran utilizadas como medio de adivinación.

Las láminas de plomo escritas con la respuesta oracular y halladas por los arqueólogos permiten pensar que, contrariamente a lo que ocurría en Delfos, las sacerdotisas no eran consultadas de forma directa, sino que su respuesta era redactada por los sacerdotes del culto.

Elio Arístides[6] dice que las sacerdotisas de Dodona vaticinaban invadidas por el espíritu del dios Apolo, lo que, de ser cierto, parece responder a una innovación tardía. Por su parte Cicerón[7] es el único autor que habla de cleronomancia (extracción de *sortes*) en Dodona.

De la legendaria sacerdotisa peléada llamada *Myrtila* nos habla Éforo. Cuando los beocios entraron en guerra con los pelasgos de Ática (en época legendaria) ambos pueblos decidieron consultar el oráculo de Zeus en Dodona. Éforo sólo nos transmite la respuesta dada por la sacerdotisa de Zeus, Mirtila, a los beocios: «Un sacrilegio os dará la victoria»[8]. Los beocios, desconfiaron de la respuesta, sospechando que la profetisa servía los intereses de los pelasgos, por lo que, tras capturarla, la arrojaron a una hoguera ardiente; pensaron que de esta forma, si había mentido, el suplicio sería su castigo y que si —por el contrario— había dicho la verdad, se cumpliría el

oráculo y, por tanto, la victoria sería suya. Los dodoneos detuvieron a los asesinos y los juzgaron ante un tribunal compuesto por dos peléadas y dos sacerdotes varones.

Pero los beocios fueron absueltos, dada la igualdad de votos; el oráculo era obedecido sustrayendo cada año de uno de sus templos un trípode para enviarlo secretamente a Dodona. Esta leyenda trata de explicar por qué los beocios en sus consultas oraculares a Dodona no recurrieron, desde entonces, a las peléadas sino a su sacerdocio masculino, los citados selos.

1. VII, Fr. 2-3 / 2. II, 57. / 3. X, 12, 10. / 4. X, 12; X, 5. / 5. v. 171. / 6. *Or.*, 171. / 7. *De divin.*, I, 34. / 8. *apud* Strab., IX, 2, 4; cf. Plut., *Prov.*, 9; Foc., *Bibl.*, 987.

[Bibl.: A. H. Krappe, «Les Péleiades»: *RA*, 36 (1932), pp. 77-93; G. Rachet, «Le sanctuaire de Dodone: origine et moyens de divination»: *BAGB* (1962), pp. 86-99; H. W. Parke, *The Oracles of Zeus. Dodona, Olympia, Ammon*, Oxford, 1967; A. Gartziou-Tatti, «L'Oracle de Dodone. Mythe et rituel»: *Kernos*, 3 (1990), pp. 175-184.]

PEREGRINO PROTEO / *Peregrinus Proteus* (s. II d.C.).— Filósofo cínico que, por su estilo de vida, reunió muchas de las características de un profeta e incluso de un *theios anér* («hombre divino»). Conservamos una biografía suya obra de Luciano de Samósata (*Sobre la muerte de Peregrino*) que constituye nuestra fuente principal aunque es muy contraria a su figura.

Nacido en Parion (Asia Menor), sus primeros años fueron agitados y oscuros si hemos de creer a su biógrafo. Sorprendido cometiendo adulterio en Armenia, Peregrino fue apaleado y tuvo que escapar por el tejado[1]. Poco tiempo después por corromper a un muchacho tuvo que pagar tres mil dracmas a los padres de éste a cambio de no ser denunciado ante el gobernador de Asia[2]. Luciano dice también que estranguló a su padre porque no podía soportar a un viejo que había sobrepasado ya los sesenta años[3]. Cuando el suceso se divulgó, se condenó a sí mismo al destierro y anduvo sin rumbo de un sitio a otro hasta que —en las primeras décadas del siglo II d.C.— entró en contacto con una comunidad cristiana establecida en Palestina.

Allí estudió la «admirable doctrina» de los cristianos hasta llegar a hacerse «profeta», «guía de los actos religiosos», «jefe de la sinagoga», «único y para todo» de la comunidad. Según Luciano, los cristianos le reverenciaban «como a su propio dios»[4] (aunque siempre después de Cristo) y le dieron funciones de legislador. No sólo interpretaba y explicaba algunos de sus libros, sino que él mismo escribía los suyos; imbuido de la *paideia* griega, era llamado «el nuevo Sócrates», llegando en una ocasión a ser encarcelado[5]. Enterado de ello el gobernador de Siria, un hombre culto que gustaba de la filosofía, quizá siguiendo el ejemplo del filósofo griego, decidió dejarlo en libertad y expulsarlo de la provincia[6].

Peregrino volvió a su tierra, donde encontró una gran hostilidad de la población, que no había olvidado la muerte de su padre. Siempre según el panfleto de Luciano, para aplacar a la población se presentó ante la asamblea con el atuendo que en la época llevaban los filósofos cínicos o estoicos: el cabello largo, un sucio manto, una alforja que colgaba del costado y un cayado en su mano. Anunció ante ella que hacía entrega al pueblo de todo la herencia que su padre le había dejado. El odio y las amenazas se tornaron así en elogios, olvidándose la muerte en la que Peregrino estaba implicado[7].

Partió, pues, por segunda vez, deambulando de un sitio a otro, siempre protegido y sustentado por las comunidades cristianas hasta que fue acusado

de contravenir una de sus normas: la de «comer algo prohibido»[8]. Luciano no nos dice qué norma había infringido, pero todo apunta a que comió carne de víctimas sacrificiales (*eidolothyta*), lo que el Nuevo Testamento condena[9].

Peregrino, expulsado por los cristianos, se vio obligado así a buscar refugio en Egipto, donde realizó prácticas extraordinarias de ascetismo siguiendo a su maestro, el filósofo cínico Agatóbulo de Alejandría. Luciano dice que llevaba la mitad de la cabeza rapada, el rostro embadurnado de barro y se hacía azotar o se masturbaba ante la gente que le rodeaba para hacer una demostración de lo que él llamaba un «acto indiferente»[10].

Desde Egipto, Peregrino viajó hasta Roma; pero no tardó, ya en la capital del Imperio, en ser expulsado de ella —quizá en el 152, bajo el gobierno de Antonino Pío— por no recatar su lenguaje y por exponer sus inquietantes opiniones, contrarias muchas de ellas a la figura del emperador. El suceso le dio una gran fama, siendo comparado a otros ilustres filósofos como Musonio Rufo (expulsado por Nerón y más tarde por Vespasiano), Dion de Prusa o Epícteto (ambos desterrados por Vespasiano)[11].

El último de sus viajes lo hizo Peregrino a Grecia; en Olimpia, donde se estableció, asistiría a cuatro Juegos Olímpicos consecutivos: los de 153, 157, 161 y 165 d.C.[12]. A los griegos les trató de persuadir en sus discursos de que alzaran sus armas contra Roma; quizá atacó también a uno de los primeros ciudadanos, Herodes Ático, si bien en 157 debió retractarse de sus afirmaciones[13]. Pero en los años siguientes su popularidad, según Luciano, fue en disminución y pocos eran los que ya le prestaban atención. Difundió entonces, durante los Juegos Olímpicos del 161, la noticia de que cuatro años después se quemaría vivo con la intención de enseñar a los hombres a despreciar la muerte y a mostrar entereza en el sufrimiento[14]. Teágenes de Patras, su apologista y aretólogo, atribuía esta decisión a su deseo de imitar a Heracles y a *Empédocles. Luciano, su enemigo, sostiene que lo hacía por su «pasión por la gloria», como Eróstrato que, en el 356 a.C. incendió con ese único propósito el templo de Artemis en Éfeso[15].

Los modelos que Peregrino debió de seguir al escoger la forma de su suicidio no fueron Heracles ni Empédocles, que se arrojaron al Oeta y al Etna —respectivamente— pero en solitario; el fin que buscaba Peregrino —y en cierta forma Luciano parece llevar razón— era mucho más espectacular, como anteriormente habían hecho ya dos conocidos brahmanes, Calanos y Zamaros. El primero se arrojó a una pira en presencia de Alejandro Magno en Susa (324 a.C.); el segundo se suicidó también ante Augusto y otros iniciados en Eleusis (20 a.C.)[16].

Durante los años anteriores a su muerte, Peregrino cambió el nombre de Proteo por el de Fénix, el pájaro indio que se arroja a una hoguera cuando llega a la ancianidad. También recitaba viejos oráculos según los cuales, obligadamente, él se iba a convertir en un espíritu guardián de la noche. Manifestaba igualmente su deseo de que se le dedicasen altares y se levantase en su honor una estatua de oro[17].

Teágenes decía que la Sibila había anticipado una predicción que anunciaba la fundación de un oráculo y un santuario en el sitio donde el cuerpo de Peregrino había sido incinerado:

Pero cuando Proteo, el mejor con muchos de todos los cínicos, / tras encender un fuego en el recinto del tonante Zeus, / saltando entre las llamas, llegue al inmenso Olimpo, / entonces, sin distingos, a todos los que comen los frutos de la tierra / exhorto a que lo honren, como a héroe excelso que camina en la noche / y comparte el trono

con Hefesto y el imperioso Heracles (*Peregr.*, 29).

No obstante, Luciano recoge también un pretendido oráculo de *Bacis concerniente al mismo asunto:

Cuando el cínico de muchos nombres en un fuego imponente / salte, exaltado en su espíritu por loca ansia de gloria, / entonces los otros perros con hopo, sus seguidores, / deberán imitar el destino del lobo que se va. / Y el que, por ser cobarde, busque escapar a Hefesto, / con piedras, al instante, lo hiciera todo Aqueo, / no vaya a ser que, aún frío, quiera hablar con ardor, / tras de colmar su alforja con oro de la usura; / tres veces cinco talentos posee en la bella Patras (*Peregr.*, 30).

Cuando llegó la fecha anunciada, una enorme multitud, que en aquellos días permanecía en Olimpia para ver los juegos (165 d.C.), asistió al discurso del filósofo; unos censuraban a Proteo, otros aprobaban su intención. En Harpina, en los alrededores de la ciudad, se hallaba preparada la pira. Cuando salió la luna, Proteo hizo su aparición vestido del modo acostumbrado. Le acompañaban varios cínicos, entre los que se encontraba su amigo Teágenes portando la antorcha que encendería la pira. También el filósofo llevaba la suya; una vez encendida la hoguera, se desprendió de la alforja y el manto y se quedó de pie cubierto de una tela sucia. Después pidió incienso para echarlo al fuego y, volviendo su mirada hacia el Sur, dijo: «Espíritus maternos y paternos, acogedme benévolos». Dicho esto saltó al fuego y ya no se le vio, rodeado de las inmensas llamaradas que se alzaban[18].

Muchas personas pensaban encontrarlo todavía vivo al día siguiente pues se había difundido la noticia de que, al salir el sol, subiría a la pira, tras dirigir al astro su saludo, como hacían los brahmanes[19]. Otros acudieron para recoger del fuego alguna reliquia. Un hombre contaba que, después de su cremación, había visto a Proteo vestido de blanco coronado de olivo silvestre; otros, que le habían visto salir volando de la pira subido a un buitre[20]. Es posible que discípulos suyos llegaran a fundar un santuario oracular sobre el sitio de la pira e incluso que, en honor suyo, se realizaran procesiones nocturnas de antorchas.

La vida de Peregrino es, no obstante, mencionada también por otras fuentes. Aulo Gelio tuvo ocasión de conocerle personalmente, visitándolo en una choza situada en los alrededores de Atenas. En sus *Noches Áticas*[21] vierte grandes elogios hacia su figura (*virum gravem et constantem,* dice de él), señalando que recogía de su boca «palabras de profunda moral y gran utilidad». Todo parece indicar que por aquel entonces Peregrino aún no había asumido el cognomen de *Proteus* (Proteo era un adivino, hijo de Zeus), lo que debió hacer sólo cuando, tras abandonar Atenas, se estableció en Olimpia. Menos aún el de *Fenix* (que adoptó en el último año de su vida).

Disponemos también de otros dos testimonios contemporáneos más, ambos cristianos del Oriente griego: Tatiano[22] y Atenágoras[23]. Este último menciona una estatua de Peregrino Proteo en su ciudad natal, Parion, famosa porque daba oráculos poco después de su muerte (aunque él no creía que Peregrino fuese quien los emitiese); la noticia confirma el testimonio de Luciano, quien —como hemos visto— aseguraba que las ciudades griegas erigirán estatuas al nuevo héroe cínico. Atenágoras cita el suicidio de Proteo como un hecho reciente y familiar para Marco Aurelio y Lucio Vero, a quienes va dirigido su escrito.

Entre las referencias a Proteo, ya muerto, destaca una de Filóstrato, quien escribió un tratado titulado *Pro-*

téa, kyna è sophistén («Proteo el Cínico o Sofista») en el que recuerda la invectiva de Proteo contra el lujo del ninfeo construido por Herodes Ático, si bien años después debió elogiar la filantropía de este ilustre ciudadano.

Algunos autores consideran que Proteo intentó fundar una nueva religión a base de elementos tomados de la filosofía cínica y de la religiosidad popular.

Los oráculos emitidos por Peregrino (ya muerto) en su santuario y quizá alguno de los que emitió en vida pasaron a formar parte de colecciones tardías.

1. Luc., *Peregr.*, 9. / 2. *Peregr.*, 9. / 3. *Peregr.*, 10. / 4. *Peregr.*, 11. / 5. *Peregr.*, 12. / 6. *Peregr.*, 14. / 7. *Peregr.*, 14-15. / 8. *Peregr.*, 16. / 9. Cf. Hch 15, 28; 1 Cor 8. / 10. *Peregr.*, 17. / 11. *Peregr.*, 18. / 12. *Peregr.*, 19-31. / 13. *Peregr.*, 20. / 14. *Peregr.*, 21-23. / 15. *Peregr.*, 22. / 16. Arrian., *Anab.*, VII, 3, 6; Dion Cass., LIV, 9, 10. / 17. *Peregr.*, 27. / 18. *Peregr.*, 35-36. / 19. *Peregr.*, 39. / 20. *Peregr.*, 39-41. / 21. *NA*, VIII, 3; XII, 11. / 22. *Oratio ad Graecos*, 25, 1. / 23. *Legatio pro Christianos*, 26, 3-4.

[Bibl.: Trad. tratado de Luciano: M. C. Giner Soria, *Luciano de Samósata. Discursos Sagrados*, Madrid, 1989. Estudios: M. Caster, *Lucien et la pensée religieuse de son temps*, Paris, 1937; J. Schwartz, *De morte Peregrini*, Paris, 1951; R. Pack, «The Volitization of Peregrinus»: AJP, 67 (1946), pp. 344-345; G. Bagnani, «Proteus and Christians»: *Historia*, 4 (1955), pp. 107-112; C. P. Jones, *Culture and Society in Lucian*, Cambridge, Mass., 1986; M.-O. Goulet-Cazé, «Le cynisme è l'époque impériale»: *ANRW*, II, 36.4 (1990), pp. 2720-2823; F. Gascó, «Vida y muerte de Peregrino Proteo», en *Heterodoxos, reformadores y marginados en la Antigüedad Clásica*, Sevilla, 1991, pp. 91-106; D. Clay, «Lucian of Samosata: Four Philosophical Lives (Nigrinus, Demonax, Peregrinus, Alexander Pseudomantis)»: *ANRW*, II, 36.5 (1992), pp. 3406-3450.]

PERIALA / *Perialla* (s. VI-V a.C.).— Pitia de Delfos. A finales del siglo VI a.C. surgió en Esparta una querella entre sus dos monarcas: Cleómenes y Demarato. Aquél discutía la legitimidad de su colega, ya que sostenía que no era hijo del rey Aristón. Ante tal discusión, según Heródoto[1], los espartanos decidieron consultar al oráculo de Delfos si Demarato era hijo de Aristón.

Pero la consulta fue preparada por Cleómenes, quien, por medio de Cobón (hijo de Aristofantos, personaje muy influyente en Delfos) persuadió a la profetisa Periala para que declarara que Demarato no era hijo de Aristón, como así hizo. Sin embargo, la intriga fue descubierta: Cobón tuvo que abandonar Delfos y la profetisa Periala fue destituida de su cargo.

1. VI, 64-66.

PERPETUA / *Vibiana Perpetua* (s. II-III d.C.).— Profetisa montanista. Perteneciente a una rica familia africana (quizá de *Thuburbo Minus*), fue célebre por su profetismo onírico y carismático.

Como otras profetisas de esta secta cristiana (*Maximila, Prisca), advirtiendo que el Espíritu Santo le había enviado el don de la profecía, abandonó libremente a su marido y su hijo (contaba unos 22 años) para abrazar —pese a la oposición de su padre— las ideas de Montano.

En tanto que practicante de una *religio illicita* y en aplicación estricta de un edicto del emperador Septimio Severo, Perpetua fue detenida junto a otros cristianos y encarcelada en Cartago. Fue allí cuando recogió por escrito —a modo de diario— sus sueños y visiones (que, tras una reelaboración, figuran en las *Actas de los Mártires*); este *diario* de sus experiencias religiosas (de cuya autencidad, no obstante, han dudado algunos especialistas), constituye un material inapreciable para el estudio del imaginario cristia-

no con respecto a una instrospección psicológica y religiosa (M. J. Hidalgo). Durante su encarcelamiento Perpetua se erigió, además, en guía moral de los mártires que compartían con ella su misma suerte.

En la primera de las visiones se le muestra una escalera que llega hasta el cielo. A su pie se tiende un dragón cuya misión es impedir que nadie suba por la escalera; a los lados de ésta existen toda clase de instrumentos de hierro: espadas, lanzas, puñales, arpones, etc., de manera que quien subiera debía hacerlo con precaución, sin desviarse, mirando siempre hacia lo alto. Perpetua, tras invocar el nombre de Jesucristo, pisa la cabeza del dragón como si se tratara del primer peldaño de la escalera y sube hasta la cima. Allí accede a un enorme jardín donde un anciano pastor ordeña sus ovejas rodeado de miles de personas vestidas de blanco. El pastor saluda a la recién llegada y le ofrece un bocado del queso que hacía; Perpetua lo toma con las manos juntas mientras los presentes responden «Amén». En este preciso instante Perpetua se despierta de su sueño.

Sin duda el único elemento extraño, dentro del simbolismo cristiano, lo constituya el bocado de queso que recibe Perpetua en actitud de comulgante. Según Epifanio[1], los montanistas comulgaban con pan y queso (por lo que eran llamados *artotyritas*). Por tanto bien la mártir o el redactor de las actas (o ambos) pudieron ser montanistas.

Tras esta visión, Perpetua siente la convicción de que la espera el martirio. La escalera, erizada de armas, no era sino el camino que había de recorrer para llegar al Paraíso. Perpetua vuelve a tener nuevas visiones.

En la primera ve a su hermano Dinócrates, muerto a los siete años de un cáncer en la cara, que sale del purgatorio, sofocado y sediento para acercarse a un estanque: el borde, demasiado alto para su estatura, le impide llegar al agua y saciar su sed. Siglos después, Agustín de Hipona[2] trataría sobre el significado de esta visión de Perpetua.

Trasladada a una nueva cárcel donde, junto a otros cristianos, fue sometida a tortura, Perpetua tuvo una nueva visión onírica de su hermano: Dinócrates, gracias a su oración y sacrificio, está libre de su pena: el estanque bajó su nivel hasta la altura del ombligo del niño, quien se sacia de agua con la ayuda de una copa de oro que jamás se agota. Libre de su sed, Dinócrates se pone a jugar gozoso como un niño más. Es la intercesión de Perpetua, su oración, la que logra sacar a su hermano del purgatorio y llevarlo al cielo.

Finalmente, la víspera del día en que iba a ser llevada al anfiteatro de Cartago para ser arrojada a las fieras, la mártir tuvo una última visión: en ella ve cómo unos jóvenes la desnudan quedando convertida en un hombre con la apariencia de un atleta. Se habrá de enfrentar no a animales salvajes sino a un gladiador egipcio. Las condiciones de la lucha son anunciadas públicamente por un hombre de enormes dimensiones: si el egipcio vence a la mujer, la pasará a filo de espada, pero si vence al egipcio, recibirá un ramo. El combate comienza y la victoria cae del lado de la joven cristiana, quien, aclamada por el público, sale por la puerta de los vivos (*porta sanavivaria*) mientras sus contrincantes son rematados en el *spoliarium*. En este momento despierta y comprende el sentido de la visión: el combate que al día siguiente le espera sería más bien con el diablo que con las fieras[3].

Hasta aquí las notas que Perpetua dejó escritas y sobre las que el colector de la *Passio* elaboró el relato de forma más o menos fidedigna.

1. *Haer.*, 49. / 2. *De natura et origine animae*, I, 20. / 3. *De natura*, I, 20 ss.

[Bibl.: Las visiones de Perpetua están recogidas en las D. Ruiz Bueno (ed.), *Actas de los Mártires*, Madrid, 1968, pp. 397-459. Sobre el texto: J. Amat, «L'authenticité des songes de la Passion de Perpétue et de Félicité»: *Augustinianum*, 29 (1989), pp. 177-191. Sobre la mártir: E. Corsini, «Proposte per una lettura della Passio Perpetuae», en *Forma Futuri. Studi in onore del cardinale Pellegrino*, Torino, 1975, pp. 524-527; L. Robert, «Une vision de Perpétue»: *CRAI* (1982), pp. 229-276; M. J. Hidalgo, «El profetismo femenino en la tradición cristiana»: *Studia Historica*, 9 (1991), pp. 115-128.]

PETOSIRIS: *Nequepso-Petosiris.

PIBEQUIS / *Pibekis* (s. IV d.C.?).— Un papiro mágico griego[1] atribuye al mago Pibequis un «remedio contra los posesos»:

Remedio probado, de Pibequis, contra los posesos. Toma aceite de olivas no maduras con mastigia y pulpa de loto, y ponlo a hervir con mejorana incolora y di: «[fórmula], sal de fulano».

En lo tocante a la fabricación del amuleto, escribe en una lámina de estaño: [fórmula], y cuélgala al cuello del paciente, para espantar a cualquier demon al que tema. Realiza el conjuro poniéndote de frente.

Ésta es la fórmula del conjuro: «Te conjuro por el dios de los hebreos, Jesús [fórmula], tú que te muestras en el fuego, tú el que está en medio de la tierra y de la nieve y de la niebla; Tanetis, que descienda tu ángel, el inexorable, y exorcice al demon que rodea a esta criatura que Dios formó en su santo Paraíso; porque yo te lo suplico, santo Dios, por Amón [fórmula]. Te conjuro [fórmula]. Te conjuro a ti, que fuiste contemplado por Israel en una columna luminosa y en una nube durante el día, que salvó a su pueblo del Faraón e hizo caer sobre el Faraón las diez plagas por haberlos desoído. Yo te conjuro, espíritu de todo demon, para que digas de qué clase eres. Pues yo te conjuro por el sello que puso Salomón sobre la lengua de Jeremías y habló...».

1. *PGM*, IV, 24.

PIRCOS / *Pyrkói*.— En Delfos, adivinos descendientes del divino Pyrkon, hijo de Poseidón[1], especializados en prácticas empirománticas (adivinación a través del fuego). Algunas inscripciones de la Magna Grecia[2] atestiguan que, cuando se dedicaba un templo, los adivinos hieróscopos tenían a los «observadores del humo» (*kapnaygai*) como ayudantes.

1. Paus., X, 5, 6. / 2. *CIG*, 5763.

PITÁGORAS / *Peithagóras* (s. IV a.C.).— Adivino griego (*mantis*) colaborador de Alejandro Magno en los últimos meses de su expedición, quizá tras la desaparición de *Aristandro. Los relatos de Plutarco[1] y Arriano[2] constituyen nuestras fuentes principales sobre él.

Según Arriano (que sigue un relato que Aristóbulo escuchó de boca del propio Pitágoras), Apolodoro, uno de los «compañeros» de Alejandro, a cuya expedición se unió cuando éste regresó de la India, escribió una carta a su hermano Pitágoras (en Babilonia), experto en adivinar el futuro mediante la observación de las vísceras de las aves; el propósito de la misiva era que vaticinara acerca de su propia seguridad, pues, según le hizo saber en una segunda carta, temía a Alejandro y a Hefestión.

Pitágoras sacrificó una víctima para inquirir primeramente a propósito de Hefestión y al no descubrir el lóbulo de la víctima (uno de los peores presagios haruspicinales), escribió a Apolodoro afirmándole que no temiera de él

ya que en poco tiempo iba a desaparecer; dicha carta llegó el día antes de que Hefestión muriera.

A continuación Pitágoras sacrificó otra víctima a propósito de Alejandro y tampoco se pudo encontrar el lóbulo del hígado del animal, por lo que escribió una nueva carta a su hermano en idénticos términos que la anterior.

Sin embargo, Apolodoro no guardó el secreto, dando parte a Alejandro de lo sucedido, lo que éste agradeció. Una vez llegado a Babilonia, el macedonio preguntó a Pitágoras por los indicios en los que se había basado para hacer su anuncio; éste le remitió a la ausencia del lóbulo del hígado de la víctima. Al preguntarle Alejandro qué significaba dicha anomalía, el adivino le contestó: «Algo muy serio»[3]. Alejandro, lejos de irritarse por esta respuesta, aumentó su estima hacia él por haberle revelado sin engaño toda la verdad[4].

Más tarde Pitágoras vaticinó también las muertes de Pérdicas (cuando iba a atacar a Ptolomeo en el 321 a.C.) y de Antígono (en vísperas de la batalla contra Seleuco y Lisímaco en 301 a.C.).

1. *Alex.*, 73, 3-5. / 2. *Anab.*, VII, 18, 2. / 3. *Anab.*, VII, 18, 4. / 4. App., *BC*, II, 152.

PITIA / *Pythía*.— Nombre genérico de la sacerdotisa y profetisa del oráculo de Apolo en Delfos (Fócida). Desde que en el siglo VIII a.C. el dios *llegara* a Delfos se practicaban en el santuario ritos adivinatorios que exigían la intervención también de numerosos sacerdotes. El nombre de *pythía* proviene de *python*, la serpiente telúrica matada por Apolo en Delfos. Las pitias eran escogidas entre las familias —honradas pero no ricas— de Delfos, y se comprometían a mantener su virginidad («pura y casta a lo largo de su vida», dice Plutarco[1]); en el pensamiento griego la castidad de la profetisa está generalmente vinculada con la idea de unión amorosa con la divinidad que la inspira (E. Fehrle). Esquilo y Eurípides la llaman «vieja» y Diodoro Sículo[2] precisa que, al ser elegida, debía tener no menos de 50 años.

La pitia pronunciaba sus oráculos en trance extático tras ser «poseída» por Apolo, transformándose en *medium* del dios; generalmente se la representaba en un estado de agitación alocada, como las ménades o las *sibilas, si bien en autores tardíos como Lucano[3] la pitia es descrita en un estado de quietud corporal.

Solía admitirse que en el *adyton* del templo (también llamado *manteion* o *khrestérion*) la pitia recibía las exhalaciones provenientes del subsuelo que le facilitaban la inspiración profética. Dicha tradición es recogida por autores greco-romanos como Cicerón[4], Estrabón[5], Diodoro[6], Plutarco[7] o Justino[8], pero se trata, probablemente, de una invención helenística, según han señalado algunos autores modernos (Gruppe, Dodds).

El trance de la pitia parece más bien un fenómeno de autosugestión análogo al trance de las ménades. La teoría del «vapor adivinatorio»[9] (*pneûma*) debió ser sugerida por la convicción de que bajo el templo existía una caverna (*stómion*), de la cual habla ya Esquilo[10], de donde emanaban las exhalaciones; las excavaciones arqueológicas, sin embargo, no han probado su existencia. Algunos autores (G. Roux) creen que dicha «caverna» o «brecha en el suelo» fue, en realidad, una construcción artificial.

A esta sugestión contribuían unos rituales previos que la pitia debía cumplir antes de transmitir la respuesta del dios: bañarse (quizá en la fuente Castalia); beber de una fuente sagrada; recitar determinadas oraciones y ofrecer sacrificios; entrar en contacto con el dios por medio del laurel (árbol que le estaba consagrado y que se encontraba en la parte occidental del templo)

sosteniéndolo entre sus manos o masticando sus hojas o quizá inhalando las fumigaciones de las hojas quemadas; sentarse sobre un trípode áureo sobre el que apoyaba el lebete redondo. Este último era el acto ritual que establecía el contacto definitivo con el dios. Otros elementos conocidos del *adyton* eran: el *omphalos* (piedra divina que señalaba el centro del mundo), una estatua de oro de Apolo sosteniendo en su mano una copa de libaciones, una antigua representación del dios tallada en madera de ciprés, la tumba de Dioniso y los altares de Poseidón y Hestia.

Al comienzo la pitia profetizaba sólo un día al año, pero, en el siglo II d.C., según nos dice Plutarco[11], era consultada una vez al mes. El orden de la consulta se decidía por sorteo entre los presentes, si bien existía el privilegio de la *promanteía* o «prioridad oracular». Los consultantes debían pagar una tasa al santuario por la consulta efectuada; no obstante, la ciudad de Delfos podía eximir del pago de dicha cuota (*atélia*) a determinadas personalidades. La consulta no era efectuada directamente a la pitia, sino por mediación de unos «profetas» que, a su vez, transmitían la pregunta verbalmente o por escrito

Sus palabras eran, por lo general, muy concisas y enigmáticas, ambiguas en ocasiones, que exigían su interpretación por parte de un clero masculino especializado. A éste pertenecían los cinco *hosioi* («sagrados», «santos»)[12], elegidos entre las familias más nobles de Delfos.

Las respuestas eran dadas, por lo general, en estado de «locura profética», pero también «por suerte», escogiendo una entre varias soluciones o nombres propuestos.

El templo de Apolo en Delfos era el más famoso de los santuarios de este dios, pero tanto en Grecia como en Asia Menor existían otros muchos.

Conocemos pocos nombres de pitias. Mítica es Manto (*Mantó*), hija del célebre adivino tebano *Tiresias. Los mitógrafos la presentan guiando a su padre ciego por los caminos de Beocia después de que los argivos hubiesen tomado la ciudad de Tebas. Pero Tiresias murió en Haliarto, antes de llegar a Delfos. A este santuario se dirigía Manto cautiva, para ser ofrecida en sacrificio, ya que los argivos, victoriosos, habían ofrecido a Apolo consagrarle lo más bello del botín[13].

En Delfos permaneció Manto algún tiempo perfeccionando el don de la profecía y desempeñando la función de pitia; se pretendía incluso[14] que dado que había dejado redactados oráculos versificados, Homero tomó de ella algunos versos. Concluido este período de formación, el dios la envió, junto con otros tebanos, a colonizar Asia Menor, donde fundó la ciudad de Claros, cerca de Colofón, célebre por su santuario oracular de Apolo.

Según Pausanias[15], en Claros fueron atacados por los cretenses, siendo conducidos ante Racio. Cuando éste supo por Manto quiénes eran y por qué venían, se casó con ella y admitió a sus compañeros entre los suyos. De este matrimonio nació un hijo, el también adivino *Mopso[16].

Existen, no obstante, otras versiones diferentes. Para unos, el padre de Mopso fue el propio dios Apolo. Para otros, Manto se unió a Alcmeón, de quien tuvo un hijo, Anfíloco[17]; pero ésta parece tratarse de una Manto distinta, quizá una hija del adivino *Poliido.

En la *Eneida* de Virgilio[18] aparece Manto como adivina, esposa de Tíber y madre de Ocno (fundador de *Mantova* = Mantua). Ovidio, que la califica de «conocedora del porvenir», la presenta con los rasgos de una pitia o sibila, empujada por una fuerza divina y dictando el siguiente vaticinio:

Isménides [= tebanas], marchad en tro-

pel y ofreced a Latona [madre de Apolo] y a los dos Latonígenas [Apolo y Diana] piadoso incienso acompañado de plegarias, y entrelazad vuestros cabellos. Por mi boca lo manda Latona (*Met.*, VI, 159-162).

Según Servio[19], Manto se trasladó a Italia tras la muerte de su padre. Este comentarista añade que, según otras fuentes, Manto era hija de Heracles. Conocemos otras dos mujeres del mismo nombre: la hija del adivino *Poliido y la de *Melampo.

Aún en tiempos de Pausanias, en el siglo II d.C., se exhibía en Tebas una piedra donde Manto se había sentado llamada el «sillón de Manto»[20].

También Xenocleia es mítica, mientras que históricas parecen *Aristónica y *Periala.

La importancia político-religiosa de los oráculos de Delfos se mantuvo hasta el siglo IV d.C., si bien su auge se sitúa entre los siglos VII y IV a.C.

1. *De Def. Orac.*, 435d. / 2. XVI, 26. / 3. *Fars.*, V, 64 ss. / 4. *De div.*, I, 38 y 79; II, 117. / 5. IX, 3, 5, 419. / 6. XVI, 26. / 7. *De Def. Orac.*, 42. / 8. XXIV, 6, 9. / 9. Strab., IX, 3, 5, 419. / 10. *Choeph.*, 807 y 953. / 11. *De Def. Orac.*, 9; *QG*, 9. / 12. Plut., *De Def. Orac.*, 49. / 13. Apolod., III, 7, 4; Diod., IV, 66, 6 (Dafne); Paus., VII, 3, 3; IX, 23, 2. / 14. Diod., IV, 66. / 15. VII, 3, 2. / 16. Apolod., *Ep.*, 6, 3. / 17. Eurip., *apud* Apolod., III, 7, 7. / 18. X, 198-200. / 19. *Ad Aen.*, X, 198. / 20. IX, 10, 3.

[Bibl.: A. Momigliano, «Manto e l'oracolo di Apollo Clario»: *RFIC* (1934), pp. 313-321; R. Flacelière, *Le fonctionnement de l'oracle de Delphes au temps de Plutarque*, Paris, 1938; P. Boyancé, «Sur les oracles de la Pythie»: *REA*, 40 (1938), pp. 305-316; R. Flacelière, «Le délire de la Pythie est-il une legende?»: *REA*, 52 (1950), pp. 306-324; P. Amandry, *La mantique apollinienne à Delphes*, Paris, 1950; H. W. Parke y D. E. W.Wormell, *The Delphic Oracle*, 2 vols., London, 1956; Fauth, «Pythia»: *RE*, XXIV (1963), cols. 517-547; J. Defradas, *Les thèmes de la propagande delphique*, Paris, 1972; G. Roux, *Delphes, son oracle et ses dieux*, Paris, 1975; A. Piñero, «Sobre la inspiración de la Pitia délfica. Breve historia de una polémica»: *Durius*, 3 (1975), pp. 406-416; J. Fontenrose, *The Delphic Oracle. Its Responses and Operations*, California, 1978; M. Delcourt, *L'oracle de Delphes*, Paris, 1981; A. Iriarte, «La Pitia: figura histórica y personaje literario», en A. Pérez Jiménez (ed.), *Estudios sobre Plutarco*, Málaga, 1990, pp. 187-193.]

PITIS DE TESALIA / *Pítys* (s. I d.C.?).— Mago citado en el IV de los papiros mágicos griegos, tradicionalmente llamado Gran Papiro Mágico Parisino. Fue hallado en Tebas y pertenecía quizá a la biblioteca de un gnóstico egipcio (L. Lenormant), siendo datado en el siglo III o IV d.C.

Sobre la identificación del mago Pitis (que se autodenomina rey) existen grandes dificultades. Quizá (K. Presidanz, F. Graf) se trate de *Bithus de Dyrrhachium*, médico y mago mencionado por Plinio[1] inventor de dos recetas que neutralizaban el poder nocivo de la sangre menstrual; durante la regla la mujer debía evitar pasar delante de un espejo o debía llevar consigo un salmonete (*mulleus*).

Jámblico[2] pudo haber transformado el nombre en *Bitys*, un «profeta egipcio», autor de un escrito dirigido al rey Ammon; ambos nombres parecen ficticios.

Pitis aparece en el citado papiro como autor de conjuros de diverso tipo:

a) Como autor de una fórmula para evocar a los démones de los muertos al servicio del mago:

Fórmula de evocación, del rey Pitis, sobre cualquier cráneo. Petición a Helios de la entrega [de un demon]. Ponte de pie frente al sol saliente y di de esta manera: [fórmula]. Fórmula de éste (Pitis) a Helios cuando el sol se pone: [fórmula]. Quema en su honor ármara e incienso en grumos y retírate. Consulta: hiedra de trece hojas. Empieza por el

lado izquierdo pintándolas una por una con tinta de mirra; corónate con ella y pronuncia los mismos nombres también sobre el cráneo; la misma incripción en la frente, con las expresiones acostumbradas [fórmula]. La tinta: sangre de serpiente y polvo de oro sublimado (*PGM*, IV, 1930-2005).

b) Como autor de una receta necromántica incluida en una carta a *Ostanes (que, en realidad no fue rey, sino consejero del rey persa Jerjes al que acompañó en su expedición contra los griegos y una autoridad en prácticas mágicas[3]):

Al rey Ostanes saluda Pitis. Puesto que en cada ocasión me escribes sobre la consulta de los cráneos, creí necesario comunicarte que este procedimiento es muy deseable y capaz de satisfacerte lo necesario. A continuación te adjunto el procedimiento, pero después se te mostrará la tinta. Toma una piel de asno y ponla a secar en la oscuridad; luego graba sobre ella la figurilla que se te va a describir y, en forma circular, la fórmula siguiente: [fórmula]. Después dirígete de prisa al lugar donde alguien está encerrado o donde hay alguna cosa desechada (del muerto) si no puedes tener un cadáver, y extiende la piel en el suelo en dirección a la puesta de sol. Vete a tu casa y se hará presente por completo y se pondrá a tu lado aquella noche. Él te contará cómo murió y te preguntará antes si puede hacer algo o prestarte algún servicio. Toma una hoja de lino y dibuja, con tinta que se te va a explicar, la diosa que te será indicada y, en forma circular, la fórmula que sigue (y pon sobre la cabeza de él la hoja extendida y estará junto a ti por entero en sueños a través de la noche y te rogará diciendo: «Ordena lo que quieras y lo haré): [fórmula]

Cuando estuviere de acuerdo, ponte en pie enseguida, toma un papiro hierático y dibuja, con la tinta que se te va a explicar, la figura que te será comunicada y, en forma circular, la fórmula; pónlo debajo también, al instante lo traerá a tu lado y, si no se resiste, sin demora, sin dejar pasar ni un solo día. Muchas veces no se utilizará la hoja de lino, sino que por segunda vez se pondrá la tablilla cuando tú lo ordenes que se ponga a tu servicio.

Él conduce hacia ti y hace enfermar y envía sueños y conjura y obtiene sueños para ti a la vez. Esto es lo que consigue la práctica sola; según lo que busques al realizar la práctica, debes modificar únicamente los formularios. Muchos magos que llevaban consigo sus utensilios los dejaron y utilizaron este [demon] como asistente y realizaron lo que antes se ha descrito con toda rapidez; pues él es quien, sin ningún tipo de palabras superfluas, sino con toda sencillez, realiza rápidamente las palabras antedichas [fórmula] (*PGM*, IV, 2005-2140).

c) Y por último se le atribuye la fórmula de una consulta a un cadáver:

Consulta de Pitis el tesalio a un cadáver. Escribe en una hoja de lino esto: azel balemacho (doce letras). Tinta: con bermellón y mirra quemada y zumo de artemisa cruda y siempreviva y lino. Escribe y pónla en la boca [del muerto] (*PGM*, IV, 2140-2144).

1. *NH*, XXVIII, 82; cf. Solin., I, 38. / 2. *De mysteriis*, VIII, 5; X, 7. / 3. Plin., *NH*, XXX, 8-11.

[Bibl.: Las tres recetas de Pitis en: J. L. Calvo Martínez y D. Sánchez Romero, *Textos de magia en papiros griegos*, Madrid, 1987, pp. 148-153. Estudios: K. Preisendanz, «Pitys»: *RE*, XX, 2 (1950), cols. 1882-1883.]

PITUANIO / *L. Pituanius* (s. I a.C.-I d.C.).— Astrólogo arrojado desde la roca Tarpeya acusado (junto a P.

*Marcio) de haber participado en la conjura de Druso Libón contra el emperador Tiberio en el año 16 d.C.[1]

1. Tac., *Ann.*, II, 32, 3.

PNUTIS / *Pnoûthis* (s. III d.C.?).— Uno de los papiros griegos mágicos[1], datado en el siglo III d.C., conserva una «carta» del mago Pnutis, «escriba sagrado», dirigida a Cérix sobre la forma de conseguir un «demon asesor».

El texto comienza así:

Pnutis saluda a Cérix que adora al dios. Como iniciado, he designado para ti este asesor (libro) para que no cometas errores cuando celebres esta [práctica] sagrada. Dejando aparte todas las prescripciones que se nos han transmitido en innumerables libros, te he mostrado una sola, entre todas las que describen cómo captar a este asesor para tu servicio, [con el deseo de que] captéis a este santo [asesor] y solamente... oh amigo de los espíritus aéreos que circulan, me habéis convencido con palabras llenas de divina sabiduría [...] pero ahora te he enviado este libro para que aprendas todo. Pues la palabra de Pnutis tiene poder para convencer a los dioses y a todas las diosas (I, 2, 45-54).

1. *PGM*, I, 2.

POLEMÉNETO / *Polemaínetos* (s. V a.C.).— Adivino (*mantis*) griego, de origen desconocido, que vivió en la segunda mitad del siglo V a.C. Algunos autores (A. Wilhem) han tratado de identificarlo con un *[Pol]e[m]aínetos* que aparece citado en una inscripción griega de finales del siglo V a.C. como epistates ateniense[1], pero dicha identificación no es segura.

Las fuentes le atribuyen la autoría de una obra *Sobre la mántica* (*Perì tes mantikes*) que Poleméneto entregó, poco antes de morir, a su amigo *Trasilo[2]. Éste debió de aprovecharla con éxito, pues, gracias a ella, se convirtió en un adivino de gran prestigio.

1. *Syll.*, 3, 92. / 2. Isocr., 19, 45.

[Bibl.: Ziegler, «Polemainetos»: *RE*, XXI (1954), cols. 1251-1252]

POLÍCRATES / *Claudius Polycrates* (s. III d.C.).— Perteneciente a los *Yámidas, prestigiosa familia de adivinos originaria de Olimpia, su nombre figura entre los adivinos citados en las tablas sagradas[1] de la 256 y 261 olimpíadas (245-265 d.C.), junto al de Claudio Tisameno.

1. *IG*, 2665

POLÍCRITO / *Polýkritos* (s. II a.C.?).— Magistrado etolio transformado en fantasma después de muerto y padre de un niño cuya cabeza profetizaba. El personaje es citado, junto a su hijo, por Flegón de Trales (s. II d.C.) en su obra *Sobre los prodigios*[1].

Polícrito era un magistrado de Etolia de la segunda mitad del siglo II a.C. casado con una mujer de Lócride. Tras haber compartido con ella el lecho durante tres noches, murió. La mujer permaneció, viuda, en la casa, dando a luz un niño que tenía dos órganos genitales, el masculino y el femenino. Asombrada por el nacimiento, la familia lo llevó al ágora para que la asamblea deliberara sobre él.

Los adivinos y especialistas en prodigios dieron al nacimiento interpretaciones diversas; unos creían que anunciaba la separación de los locrios y de los etolios, mientras otros creían que era necesario purificar la ciudad expulsando a la madre y al niño fuera de las fronteras para quemarlos.

Pero, de repente, apareció ante la

asamblea Polícrito, que llevaba un atuendo negro. Cuando cesó el tumulto y la turbación de los presentes, pronunció con voz tenue estas palabras:

Yo, ciudadanos, estoy muerto de cuerpo pero por buena disposición y deferencia hacia vosotros estoy vivo. Y ahora acudo ante vosotros tras haber suplicado a los que gobiernan los infiernos por vuestra conveniencia. Así, pues, os pido a vosotros que sois mis conciudadanos que no os perturbéis y que no os disgustéis por esta aparición sorprendente. Pido a todos vosotros, tras haber hecho votos por la salvación de cada uno, que me devolváis el hijo que ha nacido de mí, para que no le suceda nada violento después de que hayáis tomado vosotros otra decisión ni se convierta en el inicio de acontecimientos penosos y difíciles a causa de vuestra querella conmigo. Pues no me es posible contemplar con indiferencia que el niño sea quemado por vosotros a causa de la locura de los adivinos que os han hecho predicciones. Así, pues, os perdono porque después de haber contemplado una tal visión inesperada no sabéis cómo debéis afrontar correctamente los hechos presentes. Así pues, si me obedecéis con confianza, estaréis alejados de los temores presentes y de los males por venir. Pero si adoptáis otra decisión bien distinta, temo por vosotros que por haberme desobedecido vayáis a caer en desgracias irremediables. Así, pues, por la buena disposición que mantenía cuando todavía vivía y al haberme presentado ahora de manera inesperada, os predigo lo que os conviene. Así, pues, esto pretendo de vosotros, que no os demoréis ya por más tiempo, sino que una vez que hayáis adoptado las decisiones correctas y hayáis prestado atención a mis palabras me entreguéis el niño con palabras de buenos augurios. Pues no me permiten prolongar por más tiempo mi estancia quienes dominan el mundo infernal (Fleg., 1, 2).

Tras su discurso, Polícrito esperó con impaciencia la decisión de sus conciudadanos. Pero viendo que la mayor parte de ellos, atemorizados por lo sucedido, se oponía a su deseo, pronunció de nuevo estas palabras:

Ea, pues, ciudadanos, si os acontece alguna desgracia considerable a causa de vuestra irreflexión, no me echéis la culpa, sino a la suerte que os conduce de esta manera hacia lo peor, la cual, al mostrarse adversa también hacia mí, me fuerza a actuar de forma contraria respecto a mi propio hijo (Fleg., 1,2).

Dicho esto, ante la indecisión de la multitud, se apoderó del niño, lo desgarró en pedazos y lo devoró. La gente, entre gritos, le lanzó piedras para expulsarlo del lugar pero Polícrito no sólo se mostró incólume sino que devoró todo el cuerpo del niño a excepción de su cabeza, haciéndose finalmente invisible.

La incertidumbre y la confusión de los etolios aumentó aún más decidiéndose enviar una comisión a Delfos para interrogar al oráculo de Apolo sobre lo sucedido. En ese instante la cabeza del niño que yacía sobre el suelo emitió un oráculo de los acontecimientos venideros:

Oh muy renombrado pueblo innumerable que habita la tierra, / no te encamines hacia el santuario de Febo y hacia el templo flagante, / pues no tienes las manos limpias de sangre en el aire, / sino que existe una mancha ante tus pies en el interior del camino. / Aprende de mí y renuncia al camino del trípode; / pues te voy a exponer con detalle toda la sentencia del arte profética. / Pues en este día, una vez transcurrido el año, / está determinada la muerte para todos, en cambio viven las almas / de los locrios y etolios mezcladas unas con otras por decisión de Atenea. / No habrá descanso del mal ni siquiera por breve tiempo; / pues ya las gotas de san-

gre se han vertido sobre la cabeza, / y la noche se ha extendido sobre todas las cosas, / y el cielo se ha vuelto negro. / Y de inmediato la tenebrosa noche se ha precipitado sobre toda la tierra, / viudos todos en su casa dejan caer sus miembros en el umbral, / ni la mujer dejará nunca el dolor, ni los hijos / que se lamentan en las cámaras, abrazados a los padres; / pues tal oleada descendió de lo alto para todos. / ¡Ay! ¡Ay!, me lamento continuamente por mi patria que sufre calamidades / y por mi madre, muy desgraciada, a la que más tarde abatió el destino. / Todos los dioses oscurecerán el linaje / de los locrios y de los etolios, cualquier simiente que quedara, / porque la muerte no tocó mi cabeza y no todos los / miembros intactos de mi cuerpo se han vuelto invisibles, / han abandonado la tierra. / ¡Pero venga!, mostrad mi cabeza a la aurora, / y no la ocultéis en el interior de la sombría tierra; / y ellos cuando hayan dejado atrás su país / que se encaminen hacia otro y hacia el pueblo de Atenea, / si es que de manera conveniente podéis lograr alguna liberación de la muerte (Fleg., 1, 2).

Cuando los etolios terminaron de escuchar el oráculo llevaron a un lugar seguro a sus mujeres, a sus hijos pequeños y a los ancianos a la espera de los acontecimientos futuros. Al año siguiente se desencadenó la guerra entre etolios y acarnanios y se produjo una terrible masacre en cada uno de los dos bandos.

1. Fleg., I, 2.

[Bibl.: Fragmentos de Flegón: F. J. Gómez Espelosín, *Paradoxógrafos griegos. Rarezas y maravillas*, Madrid, 1996, pp. 170-174. Sobre el personaje: L. Brisson, «Aspects politiques de la bisexualité: l'histoire de Polycrite»: *EPRO* (*Hommages à M. J. Vermaseren*), 68, I (1978), pp. 80-122, Leiden; Ch. Guittard, «Le témoignage de Phlegon de Tralles»: *Caesarodonum (Les écrivains du deuxième siècle et l'Etrusca Disciplina)*, suppl. 65 (1966), pp. 123-133.]

POLIDAMANTE / *Polydámas*.— Héroe y adivino troyano repetidas veces citado por la *Ilíada*, hijo de Frontis y de Pántoo, sacerdote de Apolo en Delfos[1]. Según el poema homérico, Príamo, rey de Troya, envió una delegación a consultar el oráculo délfico, pero los embajadores se trajeron consigo a Pántoo para que, en el futuro, Troya mantuviese relaciones duraderas con el santuario oracular. Según otra versión, Pántoo fue raptado y llevado a la fuerza por Antenor, uno de los enviados de Príamo, que se había enamorado de él.

Fue Pántoo quien, según versiones más tardías, explicó a los troyanos el significado de la respuesta que Apolo había dado a los troyanos en Delfos[2]. Murió durante la toma de la ciudad de Troya por los aqueos, siendo recordado por Virgilio en su *Eneida*[3].

Polidamante era la segunda autoridad del ejército troyano después de Héctor. Destaca como guerrero (matando a Mecisto y a Oto e hiriendo a Peneleo[4], protegido por Apolo[5]), como excelente consejero de los troyanos (propone un plan de ataque a la muralla del campamento enemigo; sugiere a Héctor que reúna a los jefes troyanos; aconseja a éstos, después de su derrota, que busquen refugio en Ilión y después de la muerte de Héctor que entreguen a Helena) y como intérprete de signos.

Polidamante se nos presenta como hombre de sabios consejos, continuamente increpado por Héctor, su contrapartida heroica. En la *Ilíada*, dirigiéndose a Héctor, interpreta un prodigio que había sido observado por todos:

No marchemos para entrar en batalla / con los dánaos en torno de sus naves. / Pues así ha de cumplirse, en mi opi-

nión, / si, en verdad, este agüero ha venido / por los troyanos que estaban ansiosos / de atravesar la fosa: / un águila de altísimo vuelo / que iba dejando aparte, hacia la izquierda, / a las huestes troyanas / y llevaba apresada entre sus uñas / una roja serpiente color sangre, / enorme, viva, aún jadeante, / que de pronto soltó, / antes de haber llegado a su nido, / y no pudo cumplir el cometido, / para el que la llevaba entre sus garras, / de dársela a comer a sus polluelos. / Así nosotros, si de los aqueos / las puertas y murallas con gran fuerza / lográsemos romper y nos cedieran / terreno los aqueos, / no habremos de volver desde las naves / por los mismos caminos y con orden, / sino que dejaremos detrás nuestro / a muchos de entre las huestes troyanas, / a los que los aqueos / matarán con el bronce, / luchando en defensa de sus naves. / Así respondería un adivino / que en su alma supiera claramente / de los prodigios el significado / y al que las huestes le hicieran caso (XII, 217-229).

Pero Héctor le responde que él ni vuelve su atención hacia las alas desplegadas ni hace caso de ellas[6]. Su fama no parece haber sido olvidada en los siglos siguientes, pues Eliano, en el siglo II d.C., le cita aún —junto con *Tiresias, *Poliido y *Teoclímeno— entre los ornitóscopos más famosos[7].

1. III, 146; XIV, 450; XVI, 808; XVII, 40. / 2. Serv., *ad Aen.*, II, 318; Eustath., *Il.*, XII, 228. / 3. II, 318 ss. / 4. XIV, 425, 449 ss.; XV, 339; XVII, 597. / 5. XV, 520. / 6. XII, 238. / 7. *HA*, VIII, 5.

POLIFIDES / *Polipheídes*.— En la *Odisea* se dice de él que fue «el mejor adivino en la tierra al morir Anfiarao»[1]. Era hijo de Mantio y, por tanto, nieto de *Melampo y recibió del dios Apolo el don de la profecía.

Tras una discusión con su padre, abandonó Argos para establecerse en Hiperasia (en la Acaya) donde dio sus oráculos[2]. Un autor tardío, Ferécides[3], dice que vivió en Eleusis como marido de Aichme. Polifides tuvo un hijo, *Teoclímeno, y una hija, Harmónide. No debemos confundirlo con el héroe sicionio del mismo nombre.

1. XV, 253. / 2. XV, 254-255. / 3. *FGH*, I, 91, 116.

POLIIDO / *Polýidos*.— Adivino corintio (*mantis*) descendiente de *Melampo con el cual se emparenta (en la genealogía que conoce Homero) de la manera siguiente: Melampo tuvo, entre otros hijos, uno llamado Mantio del que nació Ecles; éste, a su vez, tuvo un hijo, Cérano, padre de Poliido.

Su nombre parlante (*poly-eidos*: «el que ve mucho» o «sabe mucho») es muy apropiado para un adivino. Es mencionado ya en la *Ilíada*[1], donde se narra la muerte de su hijo Euquenor (nacido de su matrimonio con Euridamía). Poliido le había vaticinado que podía elegir entre dos destinos: morir de enfermedad en su casa o caer en el campo de batalla a manos de los troyanos. Euquenor escogió lo segundo, siendo muerto por Paris.

Pausanias[2] recoge una tradición megarense según la cual las hijas de Poliido (Asticratea y Manto) estaban enterradas en el *Dionysion* de la ciudad construido por el propio adivino (en el que también depositó la estatua cultual del dios).

Poliido interpretó a Belerofonte el sueño que éste tuvo en la fuente Pirene, en el que la diosa Palas Atenea le dio las instrucciones pertinentes para domar a Pegaso; las palabras de la diosa fueron[3]:

¿Duermes, Rey, estirpe de Eolo? / ¡Vamos!, para los caballos recibe este embrujo, / y muéstralo a tu padre, «el Domador», sacrificándole un cándido toro (Pind., *Ol.*, XIII, 67-69).

Junto a estas palabras la diosa le dejó a su lado derecho un bocado de oro. Al narrárselo a Poliido éste le ordenó cumplir lo ordenado en el sueño cuanto antes y que

...cuando la bestia de dura pezuña / inmolara al dios poderoso, al «Que-ciñe-la-Tierra», / al punto erigiera un altar a Atenea Ecuestre (Pind., *Ol.*, XIII, 80-82).

De esta forma, Belerofonte pudo capturar al caballo Pegaso y con él matar a las Amazonas y la Quimera mostrando así su fuerza y, con ello, su inocencia ante Yóbates, rey de Licia, que lo había calumniado.

Poliido aconsejó a Ifito, hijo de Eurito, que no fuera a Tírinte a recuperar las yeguas de su padre; le dijo simplemente que «no era conveniente»[4]. Ifito no obedeció y murió a manos de Heracles. La contemporaneidad de Heracles y Poliido se adecúa bien a las dataciones que se obtenían de las distintas genealogías: Heracles se situaría hacia el 1280 a.C. y la guerra de Troya, en la que muere el hijo de Poliido, hacia 1250.

La figura de Poliido se ajusta también a la de un *iatromantis,* pues libró de la locura al rey de Misia, Teutrante, y se le atribuía la resurrección de Glauco, el hijo de Minos, ahogado en una jarra de miel en la que desapareció. Según Apolodoro[5], el rey emprendió una intensa búsqueda y consultó con los adivinos el modo de encontrarlo. Los Curetes le informaron que en sus rebaños había una vaca que cambiaba su color dos veces al día (siendo primero blanca, luego roja y después negra[6]): quien mejor pudiera describir el color de esa vaca sería también capaz de devolverle vivo a su hijo. Convocados los adivinos, Poliido, hijo de Cérano, comparó el color de la vaca con la zarzamora (que empieza siendo blanca, luego se enrojece y, en estado de madurez, es totalmente negra). Después, «por medio de sus dotes adivinatorias», logró hallar al niño; otras fuentes son más precisas: Higino y Eliano[7], quizá siguiendo a Eurípides, mencionan una lechuza como instrumento de esta averiguación. De los fragmentos conservados del *Poliido* de Eurípides parece desprenderse que el vuelo de las aves, es decir, la ornitomancia, se utiliza más de una vez para resolver situaciones de este tipo.

Sin embargo, Minos exigió al adivino que resucitara a su hijo y lo encerró con el cadáver. En estas circunstancias Poliido vio cómo una serpiente se acercaba al cuerpo de Glauco; por temor a que el cadáver sufriese algún daño o a que el animal pudiera morderle, arrojó una piedra contra la serpiente y la mató. Pero poco después llegó otra: al ver muerta a la anterior, se alejó, regresando junto a ella con una hierba que extendió a lo largo de su cuerpo; tan pronto como le fue colocada la hierba, la serpiente revivió. Poliido contempló aquel hecho admirado y, aplicando la misma hierba al cuerpo de Glauco, lo resucitó (otras tradiciones sostienen que fue Asclepio quien resucitó a Glauco[8]).

Minos recobró, pues, a su hijo pero no permitió que Poliido regresara a Argos hasta haber enseñado a Glauco el arte adivinatorio. Poliido, obligado por el rey, le instruyó, pero, ya a punto de zarpar, ordenó a Glauco que le escupiese en la boca: cuando éste así lo hizo, olvidó la ciencia que acababa de adquirir.

1. XIII, 663-672. / 2. I, 43, 5. / 3. Pind., *Ol.*, XIII, 75; *Schol. Hom. Od.*, XXI, 22, 67-69. / 4. *Schol. Hom. Od.*, XXI, 22. / 5. III, 3. / 6. Hig., *Fab.*, 136. / 7. Hig., F2; Elian., *HA*, 5, 2. / 8. Apolod., III, 10, 3; Hig., *Fab.*, 49.

[Bibl.: E. Bernet, «Polyidos»: *RE*, XXI, 2 (1952), cols. 1647-1657; E. Suárez de la Torre, «El adivino Poliído», en *Homenaje a Luis Gil*, Madrid, 1994, pp. 243-267.]

POLES / *Pólles* (s. I d.C.?).— Natural de Aegae (Cilicia) escribió sobre la adivinación en general (Suidas cita sus escritos sobre los símbolos «viáticos») y sobre la adivinación etrusca en particular[1].

1. Suidas, s.v. «Pólles»; Lyd., *Ost.*, 2.

POSTUMIO / *Gaius Postumius* (s. I a.C.).— Harúspice de Sila, quizá de origen etrusco. Sabemos por las *Memorias* de este político y militar romano[1] que cuando, hacia el año 89 a.C., éste se hallaba realizando un sacrificio en el campamento romano levantado cerca de la ciudad de Nola (Italia), apareció de repente una serpiente de debajo del altar. El harúspice Cayo Postumio, interpretando favorablemente el prodigio, exhortó a Sila a pasar con el ejército a la ofensiva. Sila siguió su consejo y ante la ciudad de Nola expugnó el campamento de los samnitas[2].

Cicerón[3] vuelve a mencionar nuevamente el prodigio sin dar crédito a su significado sobrenatural, ya que atribuye el éxito de la operación militar al talento de Sila y no a la oportuna predicción del harúspice.

1. Cic., *De div.*, I, 72. / 2. Cic., *De div.*, I, 72. / 3. *De div.*, II, 65.

POTENSE.— *Emilio Potense.

PRAMNAS / *Prámnai.*— Filósofos y magos indios citados por Estrabón[1]. Opuestos a los brahmanes (que estudiaban filosofía y astronomía), los pramnas vivían en las montañas, vestidos con pieles de ciervos, y llevaban sus alforjas llenas de raíces y drogas con las que pretendían curar a los enfermos, ayudándose de encantamientos mágicos y amuletos.

1. XV, 1, 70.

PRAXÍDICO / *Praxidikos* (s. II a.C.).— Astrólogo griego de época helenística, divulgador de la astrología greco-oriental en Occidente. Criticó algunos tratados, atribuidos a *Zaratustra, sobre la influencia de los planetas en las guerras y catástrofes, si bien de su obra sólo se conservan algunos fragmentos.

Plinio[1] alude a una obra astrológica titulada *Praxídica* (¿quizá una simple traducción?) que no nos ha llegado; en dicho fragmento, Accio, su autor, aconseja sembrar cuando la Luna está en Aries. Algunos autores han identificado a este Accio con el poeta trágico Lucio Accio que vivió en Roma entre los años 170 y 90 a.C.

1. *NH*, XVIII, 200.

PRISCA.— *Maximila.

PROMENIA.— *Peléadas.

PROTÁGORAS DE NICEA / *Protagóras* (s. III a.C.).— Astrólogo griego de la primera mitad del siglo III a.C. Su tratado principal llevaba el título de *Synagogaí*, del que quedan unos pocos fragmentos; se le reconoce como una autoridad en determinados aspectos del horóscopo. Diógenes Laercio[1] recuerda que Euforión hizo el elogio fúnebre del astrólogo. Nada tiene que ver con el filósofo del mismo nombre.

1. IX, 56.

PSILOS / *Psýlloi.*— Pueblo africano que habitaba la región de Sirte (costa sud-occidental de Libia), conocido (como los *marsos y los *ofiogenes) por sus poderes sobre las serpientes. Éstas sólo atacaban a quienes no pertenecieran a dicha tribu[1]. Según Plinio[2] en sus cuerpos existía, de forma connatural, un veneno mortal para las ser-

pientes que eran hipnotizadas por su olor (en otro pasaje[3] insiste en que basta el olor de los psilos para poner en fuga a las serpientes). El poder de los psilos sobre las serpientes pasaba sólo a los hombres, no a las mujeres. Cuando aquéllos tenían dudas sobre la legitimidad de sus hijos, solían exponerlos, recién nacidos, a las mordeduras venenosas de un áspid ya que si eran legítimos salían indemnes de ellas[4].

Además de por su inmunidad, los psilos eran conocidos por su habilidad para curar las mordeduras de serpientes[5]. Plinio[6] y también Estrabón[7] dicen que la saliva de los psilos era un antídoto contra el veneno de las serpientes. Sobre la antipatía entre los psilos y las serpientes Plinio vuelve a insistir más adelante[8].

Lucano nos ofrece una descripción detallada del tratamiento dado por un psilo a los soldados de Catón afectados por picaduras de serpientes:

Pues ante todo delimita los miembros con saliva, que frena el virus y reduce la infección a sola la herida; entonces revuelve con su lengua espumeante numerosísimos encantamientos en ininterrumpido murmullo: el curso de la herida no le concede resollar, o es que los hados no le permiten callarse lo más mínimo. Y realmente, con frecuencia la ponzoña, aun ya infiltrada en los ennegrecidos meollos, huye ante los encantamientos; mas si algún veneno se retrasa excesivamente en escucharlos y, aun evocado y conjurado, se resiste a salir, entonces, tendiéndosele encima, lame la lívida herida succionándole el veneno con la boca, le restaña los miembros con los dientes y, conseguido su intento, escupe la muerte que ha extraído del cuerpo yerto; y los psilos son capaces de acertar, gustando el veneno, la especie de serpiente cuya mordedura han neutralizado (Fars., IX, 922-937).

Plutarco[9] y Plinio[10] confirman que los psilos succionaban el veneno. Con gran rigor científico, Celso[11] observa que no hay nada de extraordinario en el hecho de que los psilos curen las mordeduras de las serpientes succionando el veneno de las heridas, desde el momento en que esta operación podía ser realizada por cualquier persona.

Como los *marsos, los psilos sometían a las serpientes con el simple contacto de su mano[12]. No obstante, los psilos eran capaces también de prevenir las mordeduras de serpiente en los campamentos del ejército romano primero mediante ensalmos y palabras mágicas y después encendiendo un fuego en torno al perímetro del campamento en el que quemaban ciertas hierbas (yezgo, gálbano, tamariz, costos, panacea, centaura, cervato, cañaheja, alerces, abrótano) mezcladas con cuernos de ciervo[13].

Silio Itálico[14] cita al psilo *Athyr*, al que califica de *doctus*, por ser capaz de desarmar a la serpiente de su funesto veneno y probar la legitimidad de un niño, si ésta era dudosa, aproximándolo a una cerasta.

Otro psilo, *Synhalus*, es citado también por el poeta. Dice de él que sobrepasaba a los demás en el arte de curar una herida con el jugo de las hierbas[15] (*herbarum [...] sucis*) y de extraer fragmentos de hierro mediante un encantamiento (*cantu*)[16], siendo capaz, además, de hacer dormir a una serpiente (*chelydre*) con el solo contacto de su mano[17]; esta última técnica la había aprendido en el país de los garamantes (donde se encontraba el santuario de Júpiter Amon). Curaba también las mordeduras de las fieras[18]. En los *Punica* es llamado por el cartaginés Aníbal para curar a Magón, herido en la batalla de Cannas (216 a.C.).

1. Plin., *NH*, XXVIII, 30; Solin., II, 29; Gel., *NA*, XVI, 11, 1; Luc., *Fars.*, IX, 891. / 2. *NH*, VII, 14. / 3. *NH*, VIII, 93. / 4. Luc., *Fars.*, IX, 900 ss.; Plin., *NH*, VII, 14. / 5. Elian., *HA*,

I, 57; Paus., IX, 28, 1. / 6. *NH*, VII, 14. / 7. XIII, 1, 14. / 8. XXI, 78. / 9. *Cat. min.*, 56. / 10. *NH*, XXVIII, 30. / 11. V, 27, 3 B. / 12. Sil. Ital., *Pun.*, VIII, 499. / 13. Luc., *Fars.*, IX, 913 ss. / 14. *Pun.*, I, 411-413. / 15. *Pun.*, V, 352-353. / 16. V, 353-354. / 17. V, 354. / 18. V, 358.

[Bibl.: H. Treidler, «Psylloi»: *RE*, XXIII, 2 (1959), cols. 1464-1476]

PTOLOMEO SELÉUCO / *Ptolemaîos* (s. I d.C.).— Astrólogo originario de Alejandría que sirvió a las órdenes del emperador Otón. Antes de que éste llegara al poder, quizá en la Lusitania, donde Otón vivía exiliado (69 d.C.), Ptolomeo le había anunciado repetidas veces que Nerón no le quitaría la vida y que moriría antes que él así como que llegaría a gobernar en Roma, lo que acabó cumpliéndose (15 de enero-25 de abril del 69)[1].

Tácito[2] señala que Ptolomeo era uno más de los muchos astrólogos que acompañaban a Popea (primera esposa de Otón) y le acusa de ser instigador del crimen de Galba, a quien los pretorianos asesinaron para proclamar a Otón. Se cree (H. Cramer) que Juvenal se refiere a él en los siguientes versos de una de sus sátiras: «El principal de ellos [de los astrólogos] es el que ha sufrido más destierros, aquel por cuya amistad, y documento de fidelidad, ha sido asesinado un ciudadado ilustre [Galba] y es temido por Otón»[3].

Cuando Otón se suicidó tras ser derrotado por Vitelio (69 d.C.), Ptolomeo debió huir de Italia, si bien no puede descartarse que se llevase a cabo alguna acción legal contra él. También su desaparición pudo producirse cuando el nuevo emperador decretó la expulsión general de los astrólogos, en el verano de aquel mismo año[4].

Pero con la caída de Vitelio y el advenimiento de Vespasiano (69 d.C.) se inicia una nueva fase de su vida. Ptolomeo regresó a Roma donde, a través de su amistad con *Balbilo (hijo del famoso astrólogo *Trasilo), llegó a ser uno de los astrólogos favoritos de Vespasiano[5]. De esta forma, pese a la acusación pendiente por un crimen *de maiestas*, Ptolomeo Seléuco no sólo fue perdonado sino que pudo seguir ejerciendo su arte en la corte imperial.

Es difícil que Ptolomeo viviese en el momento en que Domiciano decreta una nueva expulsión de astrólogos (89 y 93 d.C.); no obstante, su sólida posición pudo haberle permitido permanecer en Roma.

1. Plut., *Galba*, 23, 4. / 2. *Hist.*, I, 22, 3. / 3. *Sat.*, VI, 557-559. / 4. Suet., *Vitel.*, 14, 4. / 5. Tac., *Hist.*, II, 78.

PTOLOMEO / *Klaúdios Ptolemaîos* (h. 100-178 d.C.).— El más famoso astrónomo y astrólogo de la Antigüedad. De su biografía sólo sabemos que, nacido en *Pelusium* (Egipto), vivió en la Alejandría del siglo II d.C.

Como astrónomo escribió una obra en trece libros, *Syntaxis mathematica* o *Almagesto* (nombre transmitido por la traducción medieval árabe) donde se recogían sus observaciones efectuadas entre marzo del 127 y febrero del 141 y que llegaría a ser considerada como la «suma astronómica» de la Antigüedad. Hiparco es una de sus fuentes principales. Utilizando un método coherente trata en ella de los movimientos del Sol y de la Luna, de los eclipses, de la teoría de los cinco planetas y de las estrellas fijas.

Pero como astrólogo su fama no fue menor, dejando un célebre tratado titulado *Tetrabiblos* (según Robbins) o *Apotelemástica* (según Böll), que utilizaba como fuente principal el célebre compendio astrológico de *Nequepso-Petosiris. En él trataba, de manera crítica y racional, las diversas ramas de la astrología: la astrología «pura», la genetlialogía, los pronósticos sobre la duración de la vida y una clasificación minuciosa de las estrellas fijas, planetas

y signos, según su *secta*, su sexo, su carácter benéfico o maléfico y número de categorías.

Ptolomeo delimita con claridad[1] los límites de esta astrología, que debe diferenciarse claramente tanto de la astrología *no científica* de los caldeos y charlatanes como de la astronomía matemática. Respecto a ésta la astrología aparece a un nivel de menor dignidad epistemológica, lo que justifica, al mismo tiempo, la adopción de un lenguaje propio y la introducción de contenidos que no son absolutamente seguros ni rigurosamente demostrables (S. Fazzo). La astrología ptolemaica no es, ni pretende ser, un cuerpo de saber deductivamente estructurado sino que, en conformidad con el orden natural, intenta disponer la materia de lo general a lo particular[2].

Por ello la divide en dos partes: Astrología Universal y Astrología Genetliaca (o individual). Nada hay en la vida de los hombres que no sea determinable; cuando se establece el momento del nacimiento de un hombre en relación con los cuerpos celestes, podemos definir con precisión absoluta su sexo, la salud, el carácter, la duración de la vida, las enfermedades, los períodos críticos y los felices, la riqueza, la profesión, el matrimonio y los hijos, las amistades, los viajes y, desde luego, la muerte.

En la Astrología Genetlíaca la operación más importante era la determinación del horóscopo. Determinar inequívocamente el punto de intersección del Zodiaco con el horizonte oriental de un tema natal era posible, según Ptolomeo, mediante el uso de ciertas tablas. Así, si cuando nace una persona Saturno se halla en el horizonte oriental, aquélla será de cuerpo robusto, cabellos negros y rizados, estatura normal y tendrá un exceso de frío y humedad en su temperamento. Si, por el contrario, Saturno se halla sobre el horizonte occidental, su cuerpo será delgado, de baja estatura, cabellos lisos, ojos negros, con un exceso de sequedad en su temperamento.

El *Tetrabiblos* de Ptolomeo excluye, por tanto, muchas doctrinas comúnmente aceptadas por los astrólogos de la época y que juegan un destacado papel en la literatura astrológica conocida hasta entonces (por ejemplo silencia los conceptos de *katarchai, paranatellonta, oktotopos, dodekatopos*, etc.). Pero también es cierto que en su obra están presentes otras doctrinas astrológicas que no siempre son coherentes con sus ideas. Así la doctrina de los Zodiacos[3], que Ptolomeo intenta integrar en la teoría fundamental de la acción física de los planetas, aunque a veces, olvidándose de ello, se entrega a su práctica tradicional.

Partiendo, pues, de la base de que la astrología no es ni una práctica supersticiosa ni una ciencia exacta, en los capítulos 1,2 y 1,3 lleva a cabo una defensa de ella: primero[4] intenta demostrar la presencia de una influencia determinante de los astros sobre el mundo; después[5] argumenta la posibilidad de formular previsiones por medio de los astros y finalmente (1,2,14-20) establece los límites de posibilidad de tales previsiones. Prueba de todo ello es que Ptolomeo concluye como «necesario» (*anankaion*) que los seres vivos sufren la acción de los astros y como «consiguiente» (*akolouthon*) que la forma con la que nacen está determinada por las configuraciones celestes.

También con pocos argumentos puede aparecer evidente a todos que la naturaleza etérea difunde y ejerce un cierto poder sobre lo que está en la tierra sometido al devenir, porque los primeros elementos, el fuego, el aire, son circundados y modificados por cambios que se producen en el éter y circundan y hacen volver consigo todo el resto: la tierra, el agua y todos los animales y las plantas que allí habitan.

El Sol, junto a la atmósfera, regula la disposición de todo aquello que está sobre la tierra, en todo sentido: no sólo regula, con el ciclo estacional, la reproducción de los animales, el crecimiento de los frutos, las crecidas de los ríos, la transformación de los seres vivos; sino que influye también en el curso del día recalentando, deshumedeciendo, desenfriando en sucesión ordenada, según las configuraciones que se producen en nuestro cenit. La Luna, siendo el astro más próximo a la tierra, ejerce sobre ella una grandísima influencia, ya que la mayor parte de los seres, animados o inanimados, son simpatéticos con sus cambios de fase: los ríos aumentan o disminuyen, los mares cambian su ímpetu al surgir o esconderse, plantas y animales, parcial o totalmente, crecen junto a ella y decrecen juntos. También el paso de las estrellas da muchísimas indicaciones de calor, de ventosidad, de nieve, en la atmósfera y de todo ello dependen también las condiciones de la tierra.

De igual forma, también las configuraciones recíprocas de los astros, convergiendo y mezclándose los influjos, producen muchísimos y variados cambios; al determinar en general la cualidad, prevalece el poder del Sol y después otros astros cooperan o se oponen: la Luna constantemente y con toda evidencia, los demás en modo menos ostensible y periódicamente, sobre todo cuando se elevan, se esconden o se aproximan.

Considerado todo esto, no sólo es necesario que los seres ya existentes sean sometidos a la influencia de los movimientos astrales, sino que deberá parecer consiguiente a cada uno que también las semillas, en su formación, desarrollo y crecimiento se modelen y tomen forma de las características cualitativas del universo circundante en aquel momento (I, 2-6).

Este texto nos conduce al problema, también abordado por Ptolomeo en su *Tetrabiblos*, de distinguir dos interpretaciones diferentes de la función de los astros en la astrología: como causa de los acontecimientos o como simples signos[6]. S. Fazzo considera que esta cuestión explica la tendencia de muchos estudiosos modernos (Gundel, Long) a separar, en el conjunto de las doctrinas astrológicas, una formulación *fuerte* de otra más *moderada*. Sin embargo, el propio Ptolomeo deja la cuestión abierta, pues señala que ésta se resolverá definitivamente sólo cuando se establezca la naturaleza propia y sustancial (el *hypokeimenon*) de los astros, lo que él admite no saber[7]. De igual forma, tampoco se atreve a dictaminar sobre la relación entre la repetición de los ciclos astrales y la de los acontecimientos humanos.

Pero en otro pasaje sale sorprendentemente en defensa del astrólogo, a cuya impericia con tanta frecuencia se atribuían los errores en el ejercicio de su disciplina:

Está claro que si uno se aplica a este arte con el más sincero espíritu de búsqueda, también le puede suceder que se equivoque, no a causa de los motivos mencionados [impericia, deshonestidad], sino por debilidad del arte respecto a la grandeza de los fines que se propone (I, 2).

La figura de astrólogo es rehabilitada por Ptolomeo (S. Fazzo) poniendo el acento sobre la «debilidad» de la astrología. Ésta es débil no sólo en cuanto «ciencia física» que es sino también por las numerosas concausas (*synaitía*) que escapan a la investigación del astrólogo:

Por lo que concierne al pronóstico individual, es necesario considerar numerosas concausas de no poco peso y desde luego poco casuales que actúan sobre las características del ser que se forma. En primer lugar está la variedad del semen que determina los caracteres de la especie [...] Además, los lugares de naci-

miento producen notables diferencias entre los seres que se constituyen: los nascituri *se resienten mucho de la diversidad de las regiones, sea en el cuerpo o en el alma. Además de estos factores, la nutrición y las costumbres concurren en cierta medida en la conducta de vida del individuo* (I, 2, 18-19).

Respecto al problema del destino[8], Ptolomeo sostiene que no todos los acontecimientos que el astrólogo predice son ineluctables sino que deberá ser el propio astrólogo quien diga cuáles lo son y cuáles pueden ser evitados o mitigados mediante ciertos remedios. En el caso de que tales remedios no sean aplicados los acontecimientos seguirán su curso, pero no porque sean necesarios o inevitables, sino a causa de la ignorancia de los hombres. Tales remedios, en todo caso, no se oponen al destino, sino que actúan también ellos mismos conforme a él[9].

Ptolomeo subraya también que cuando los acontecimientos previstos sean ineluctables el pronóstico tampoco será inútil; los verdaderos beneficios del pronóstico astrológico son otros mucho más importantes: «armonizar y habituar el alma a pensar el futuro como si estuviese presente y disponerla a acoger los acontecimientos con serena imperturbabilidad»[10].

De esta forma el *Tetrabiblos*, rompiendo la vieja conexión entre astrología y fatalismo astral, hace a aquélla compatible con el concepto de libertad.

Al dotar Ptolomeo a la astrología del mismo rigor científico que la astronomía, aquélla experimentó un extraordinario auge dentro de los ámbitos oficiales e institucionales romanos; así se explica que, pocos decenios después, bajo la figura de Alejandro Severo (222-235 d.C.), profesores de astrología fueran llamados por primera vez a enseñar en Roma con cargo al Estado[11]. No sorprende, pues, que la astrología, tal como fue concebida por el astrónomo alejandrino, perteneciera más al ámbito de la *prognosis* que al de la *mantiké*; se diferencia, pues, claramente, de otras formas de adivinación y se aproxima —por el contrario— a disciplinas con una base cognitiva de tipo científico y caracterizadas por las diversas formas de pronóstico, tales como la astronomía, la meteorología o la medicina. La figura del astrólogo profesional se parece más en la obra de Ptolomeo a la del médico que a la del adivino o el mago[12], aunque, eso sí, consciente de sus límites y los de su *téchne*.

Además de estas dos obras capitales, Ptolomeo fue autor de otros muchos trabajos como una *Geografía* y el *Carpos* o *Centiloquium* (epítome en cien aforismos del *Tetrabiblos*).

Influyó sobre muchos astrónomos y astrólogos, como *Fírmico Materno, *Hefestion, *Paulo de Alejandría. Retorio le venera hasta el punto de llamarle «divino Ptolomeo».

1. *Tetr.*, I, 1. / 2. I, 21. / 3. I, 9; I, 10. / 4. I, 2, 1-I, 2, 6. / 5. I, 2, 7-I, 2, 11. / 6. I, 2-VII, 12. / 7. I, 2, 10. / 8. I, 3-VI, 8 / 9. I, 3, 12. / 10. I, 3, 3-5. / 11. SHA, *AS*, 44, 4. / 12. I, 2, 20.

[Bibl.: Ediciones del *Tetrabiblos*: F. Boll-A. Boer (eds.), *Apotelemastica*, Lipsiae, 1957; S. Feraboli (ed.), *Claudio Tolomeo, Le previsioni astrologiche (Tetrabiblos)*, Milano, 1985. Estudios: Boll, *Studien über Claudius Ptolemäeus. Ein Beitrag zur Geschichte der griechischen Philosophie und Astrologie*, Leipzig, 1894; Lammert, «Ptolemaios»: *RE*, XXIII, 2 (1959), cols. 1854-1858; W. J. Tucker, *Ptolemaic astrology, a complete commentary on the Tetrabiblos of Cl. Ptolemy*, Kent, 1961; Id., *L'Astrologie de Ptolémée*, Paris, 1981; S. Fazzo, «Alessandro d'Afrodisia e Tolomeo: aristotelismo e astrologia fra il II e il III secolo d.C.»: *RSF*, 4 (1988), pp. 627-649; Id., «Un arte inconfutabile. La difesa dell'astrologia nella *Tetrabiblos* di Tolomeo»: *Rivista di storia della filosofia*, 2 (1991), pp. 213-244; G. Aujac, *Claude Ptolémée, astronome, astrologue, géographe. Connaissance et représentation du monde habité*, Paris, 1993.]

Q

QUEREMÓN / *Chairémon* (s. I d.C.).— Ignoramos las fechas exactas del nacimiento y muerte de este célebre adivino, uno de los más importantes de la Antigüedad, que vivió a mediados del siglo I d.C. La Suda[1] nos dice que fue maestro del joven Nerón, probablemente antes de que Séneca asumiera esta función en el año 49 d.C.

Con anterioridad, según sabemos por esta misma fuente[2], fue director de una escuela de gramática en Alejandría y quizá trabajó en el *Museum* de esta misma ciudad. Es también probable que Queremón formase parte de una embajada alejandrina desplazada a la corte del emperador Claudio en el año 40 d.C. con algún tipo de petición.

La mayor parte de su producción literaria debemos situarla entre los años 30 y 65 d.C. Queremón debió de morir poco antes del 96, fecha en que Marcial le cita en uno de sus epigramas[3] entonces recién publicado (Schwyzer).

Hay que descartar la posibilidad de que nuestro Queremón sea aquel al que Estrabón[4] cita acompañando a Elio Galo durante su viaje por el Nilo (23 a.C.).

De Queremón no se conserva ninguna obra y nuestra fuente de información se limita a autores de los siglos I al XII. Sabemos por ellos que escribió tres tratados: *Hieroglyphica, Aegyptiakà* y *Perì kometon*. Es probable que también publicara otro tratado sobre gramática cuyo título desconocemos.

Queremón fue un filósofo estoico (como se desprende de algunos fragmentos conservados[5]), pero también un *hierogrammateis* («escriba sagrado») perteneciente, por tanto, a la jerarquía sacerdotal egipcia. Entre las obligaciones de los *hierogrammateis* figuran: la localización de animales sagrados, el examen de candidatos para el sacerdocio egipcio, la interpretación de sueños, la adivinación del futuro y la conservación de los escritos sagrados egipcios. Este último cometido explica que Queremón escribiese un tratado sobre jeroglíficos que tuvo gran influencia aún en la Antigüedad tardía.

El fragmento más interesante de su obra[6], preservado gracias al filósofo neoplatónico Porfirio, es un retrato idealizado de la vida de los sacerdotes egipcios, descritos como filósofos ascetas que viven en los templos sometidos a purificaciones y a todo tipo de privaciones y entregados a la contemplación del mundo divino y al estudio de todas las ciencias (particularmente de la astrología).

Como otros egipcios helenizados, Queremón fue anti-semita: el fragmento 1 conserva su particular versión del Éxodo. Probablemente a la tensión entre griegos y judíos en la ciudad de Alejandría obedece su presencia en la citada embajada del año 40 d.C.

Las ideas de Queremón constituyen, pues, una mezcla de religión egipcia, conceptos filosóficos estoicos y ritos mágicos y astrológicos.

1. s.v. «Alex. Aigaios». / 2. s.v. «Dyon. Alex.» / 3. XI, 56. / 4. XVII, 806. / 5. Frs. 5, 6, 9 y 12. / 6. Fr. 10.

[Bibl.: Fragmentos y biografía: P. W. van der Horst, *Chaeremon, Egyptian Priest and Stoic Philosopher*, Leiden, 1987; P. W. van der Horst, «The way of Life of Egyptian Priests according to Chaeremon», en M. Heerma van Voss (ed.), *Studies in Egyptian Religion Dedicated to J. Zandee*, Leiden, 1982, pp. 61-71.]

QUINTILA / *Quintilla* (s. II d.C.).— Profetisa montanista quizá contemporánea de *Priscila. Según Epifanio[1] se separó del movimiento montanista originario para fundar su propio grupo de seguidores (quintilianos o pepucianos) caracterizado por una cierta radicalización de las mujeres que formaban parte de ella.

Algunos autores atribuyen a Quintila (y no a Priscila) la visión onírica de Cristo en forma de mujer con un hábito resplandeciente, que caminaba a su encuentro. De él recibió la sabiduría así como revelaciones sobre el carácter sagrado de la ciudad de Pepuza (Frigia), donde bajaría la Jerusalén celeste. Por esta razón no tardaron en dirigirse hacia dicha localidad multitud de hombres y mujeres, con el propósito de poder ver a Cristo[2].

Los quintilianos no ocultaron sus preferencias por Eva, ya que fue la primera en comer del árbol de la sabiduría. Asimismo defendían la legitimidad del profetismo femenino, evocando los ejemplos de la hermana de Moisés y de las hijas de Felipe (lo que ha sido considerado por algunos como la primera «lectura feminista» de la Biblia).

Durante sus asambleas siete vírgenes con antorchas y vestidas de blanco entraban para dar los oráculos al pueblo. Con el hábito especial, sus lágrimas y lamentos, conmovían a los presentes hasta hacerles llorar y les inducían al arrepentimiento.

1. *Pan.*, 49, 1-3. / 2. Epif., *Pan.*, 49, 1, 2-4.

S

SALVIO / *Salvius* (s. II a.C.).— Esclavo sirio con dotes adivinatorias que protagonizó en Sicilia la llamada «segunda revuelta servil» (104-100 a.C.). Como *Euno, recurrió a técnicas adivinatorias (en concreto a técnicas haruspicinales, conocidas por los sirios y por los cananeos[1]) para consolidar su carisma como cabeza del movimiento servil.

1. Diod., XXXVI, 4, 4; 5, 1-2.

SAMUEL / *Shamuel* (s. XI a.C.).— Último de los «jueces» hebreos y profeta («vidente»), desempeñó un papel decisivo en el establecimiento de la monarquía en Israel, revelando las exigencias de Yahveh en relación con su pueblo, su política y sus jefes.

Era hijo de Elcaná (de Ramá, en el país de Suf) y de Ana; ésta fue estéril durante mucho tiempo hasta que las oraciones de los esposos fueron escuchadas. Como agradecimiento por el nacimiento de Samuel («Nombre de Dios»), el niño fue llevado al santuario de Siló, donde era custodiada el Arca de la Alianza, para ser consagrado al servicio de Yahveh[1]. Allí fue instruido en la Ley, ejerciendo como ayudante del sacerdote Elí.

Una noche, cuando descansaba junto al Arca, oyó una voz que le llamaba. Era la voz de Yahveh, que le anunciaba su propósito de castigar a Elí a causa de la mala conducta de sus hijos hacia él. El anuncio fue comunicado por Samuel a Elí. Desde entonces, Samuel recibió revelaciones divinas con mucha frecuencia y su fama como verdadero profeta de Yahveh comenzó a extenderse por todo Israel[2].

La primera de las predicciones no tardó en cumplirse. En la batalla de Afec, los israelitas fueron claramente derrotados por los filisteos; el Arca fue capturada y los hijos del sacerdote Elí cayeron entre las víctimas. Al serle anunciado los acontecimientos, Elí murió[3].

Se inició entonces un largo período de dominación de Israel bajo el yugo de los filisteos. Samuel hizo ver a su pueblo que lo sucedido era consecuencia de haberse apartado de Yahveh y adorar a los ídolos:

Si os convertís a Yahveh con todo vuestro corazón, apartad de en medio de vosotros los dioses extranjeros y las Astartés y disponed vuestro corazón hacia Yahveh y servidle a Él solo; y Él os librará del poder de los filisteos (1 S 7, 3).

Siguiendo el consejo de Samuel, los israelitas arrojaron a los ídolos y sirvieron a Yahveh como dios único siendo convocados en Mispah, donde realizaron un ayuno para expiar sus pecados. Por su parte, Samuel ofreció en holocausto un cordero lechal en honor de su Dios para que los salvara de los filisteos. Cuando el ejército filisteo se presentó, los israelitas salieron de Mispah y los derrotaron, expulsándolos del territorio. Para conmemorar la victoria, Samuel levantó una piedra en un lugar al que llamó Ében-ha-'Ézer, «la piedra de la ayuda»[4]. Samuel fue elegido juez de Israel: todos los años visitaba las ciudades de Bet-El, Gilgal y Mispah; después regresaba a su casa en Ramá, donde juzgaba a los israelitas y donde había ordenado edificar un altar en honor de Yahveh.

Dos hechos parecen decisivos para explicar que los ancianos pidieran a Samuel que instituyera sobre ellos, por primera vez, una monarquía. Por una parte, los hijos del profeta, jueces también, no eran íntegros y la continuidad no parecía garantizada; por otra, la amenaza de los filisteos sobre Israel era continua. Inicialmente Samuel intentó resistir a la petición recordando que sólo Yahveh gobernaba sobre Israel; pero decidió transmitir las palabras de su pueblo «a los oídos de Yahveh», quien le respondió:

Escucha su voz [la del pueblo] y nómbrales un rey (1 S 8, 22).

Sobre la elección de Saúl como rey de Israel existen dos versiones. Según la primera, Saúl buscaba las burras de su padre; su criado le indicó que en Ramah vivía un hombre de Dios, muy estimado, que «todo cuanto predice sucede puntualmente». Ambos decidieron entonces buscar al «vidente» para que, a cambio de medio siclo de plata, les informase del lugar donde se encontraban los animales. Pero Samuel había tenido una nueva revelación de Yahveh anunciándole la llegada de Saúl, al que debía ungir como jefe de Israel. Cuando finalmente tuvo lugar el encuentro, el profeta reconoció inmediatamente a Saúl, diciéndole:

Yo soy el vidente. Sube delante de mí a la altura y comeréis conmigo hoy y mañana temprano te dejaré partir y te manifestaré todo cuanto encierra tu corazón. En cuanto a las asnas que perdieron hace tres días, no te inquietes por ellas, pues han sido halladas. Además ¿para quién es todo lo más preciado de Israel? ¿No es para ti y para toda la casa de tu padre? (1 S 9, 19-20).

Según una segunda versión, fueron las suertes sagradas las que designaron a Saúl. Samuel convocó a todas las tribus de Israel en Mispah, y la tirada a suerte cayó en la tribu de Benjamín. Después mandó acercarse a la tribu de Benjamín por familias y tocó la suerte a la familia de Matrí y mandó acercarse a la familia de Matrí por individuos y recayó la suerte en Saúl[5]. Éste intenta esconderse pero le encuentran; Samuel dijo entonces dirigiéndose al pueblo:

¿Habéis visto al que ha escogido Yahveh? En verdad, no hay uno como él en todo el pueblo (1 S 10, 24).

En los años siguientes Saúl derrotó a los amonitas, consolidando así su autoridad como rey; fue proclamado oficialmente como tal en Gilgal, delante de Yahveh y en presencia de Samuel[6].

Poco después éste, «viejo y encanecido», declinaba la judicatura, pronunciado un discurso de cierto tono antimonárquico. Recordó a su pueblo la justicia, a lo largo de su vida, de sus sentencias y decisiones e insistió en que aunque ahora existía un rey, sólo Yahveh era su señor. Les recomendó por último que sirvieran a su Dios y escucharan siempre su voz, pues de lo con-

trario la mano de Yahveh pesaría sobre ellos[7]. Para probar la veracidad de sus palabras les dijo:

¿No es hoy la siega de los trigos? Voy a invocar a Yahveh, y enviará truenos y lluvia, para que comprendáis y veáis cuán grande es el delito que habéis cometido a los ojos de Yahveh al pedir para vosotros un rey (1 S 12, 17).

Tras invocar a Yahveh, éste envió truenos y lluvias, lo que inspiró gran temor del pueblo hacia su Dios. Sin embargo entre el monarca y el profeta no tardaron en surgir varios conflictos. Declarada la guerra a los filisteos, Saúl había recibido de Samuel la orden de esperar siete días antes de ofrecer el sacrificio que debía inaugurar el combate; pero el rey, inquieto ante las deserciones de su ejército, decide realizar personalmente la ofrenda. Samuel le recrimina su desobediencia a las instrucciones recibidas de parte de Yahveh y le anuncia que la realeza no permanecerá en su estirpe:

Has obrado neciamente. ¡Si hubieras observado la orden que Yahveh, tu Dios, te había dado! En verdad, ahora Yahveh habría afirmado para siempre tu realeza sobre Israel. Pero ahora tu realeza no se consolidará: Yahveh se ha buscado un hombre conforme a su corazón y le ha constituido jefe sobre su pueblo, porque no has observado lo que Yahveh te había ordenado (1 S 13, 13-14).

Aún Saúl cometerá una segunda falta religiosa. Samuel había ordenado que se practicara el anatema contra el enemigo condenado por Yahveh: hombres, animales y la totalidad del botín debían ser destruidos. Pero Saúl excluyó al rey de Amalec, Agag, y lo mantuvo cautivo; sus hombres, además, se guardaron lo mejor del botín. El profeta recordó a su rey que Yahveh le había marcado un camino del que él, lanzándose al botín, se había apartado[8]; al rechazar la palabra de Yahveh —le anunció— Él también le rechazaría de la dignidad real. A punto ya de marcharse el profeta abandonando a Saúl, éste le cogió por el extremo del manto y se lo rasgó. Samuel se dirigió de nuevo hacia el rey anunciándole la próxima llegada de su sucesor, David:

Yahveh ha arrancado hoy de sobre ti la realeza de Israel y la ha entregado a prójimo tuyo mejor que tú. Sin embargo, el que es la Gloria de Israel, ni miente ni se arrepiente, pues no es un hombre para arrepentirse (1 S 15, 28-29).

Finalmente, para cumplir la justicia, el propio Samuel dio muerte a Agag, el rey de Amalec, «descuartizándolo» con sus propias manos[9]. Fue la última vez que ambos, rey y profeta, estuvieron juntos. Samuel se retirará a Ramá, donde llorará por el héroe al que había hecho rey, hasta que Yahveh le ordena mirar hacia el futuro y ungir a un nuevo rey en la persona de David[10].

El *Libro de Samuel* vuelve a citar a Samuel en el momento en que David, huyendo de Saúl, todavía rey, se refugia en Ramá junto al profeta[11]. Samuel vive entre «nabíes» o «hijos de profetas» inspirados; se trata de profetas que viven en pequeñas comunidades y se entregan a éxtasis colectivos con la ayuda de la música y una violenta gesticulación. Con estas prácticas proféticas, quizá de origen cananeo, tratan sin embargo de luchar en favor de la religión nacional. La figura de Samuel, al frente de estos grupos, como más tarde la de *Gad, «el vidente de David» o la de *Natán, anuncia ya el profetismo clásico que comenzará con *Elías.

Al morir Samuel, fue enterrado, entre lamentaciones, en la ciudad de Ramá, si bien posteriormente surgieron versiones diferentes sobre la localización de su tumba.

No obstante, aun muerto, sus poderes siguieron siendo invocados. Saúl, acorralado por sus enemigos políticos y por los filisteos, se hallaba atemorizado, sin saber cómo actuar. Yahveh no contestaba a sus ruegos «ni por los sueños, ni por los 'Urim, ni por los profetas»[12]. Pese a haber desterrado de Israel a los nigromantes y adivinos para ajustarse a la Ley, contraviniendo sus propias normas, decidió consultar personalmente a una nigromante clandestina, una «pitonisa» que vivía en En-Dor, a la que pidió que evocase la sombra de Samuel, quien no tardó en subir de la tierra cubierto con un manto. Al exponerle Saúl su situación, el profeta le respondió:

¿Y por qué me consultas a mí, puesto que Yahveh se ha apartado de ti y se ha hecho tu adversario? Ha obrado Yahveh respecto de ti conforme predijo por mi medio; y ha arrancado el reino de tu mano y lo ha dado a David, tu compañero. Como no escuchaste la voz de Yahveh y no pusiste en ejecución el ardor de su ira contra Amaleq, por eso ha obrado hoy contigo Yahveh de esa manera. Y Yahveh pondrá también a Israel contigo en poder de los filisteos, y mañana estaréis tú y tus hijos conmigo. También al ejército israelita entregará Yahveh en manos de los filisteos (1 S 28, 16-19).

Según el *Libro de las Crónicas*, la muerte trágica de Saúl y los suyos fue consecuencia no sólo de sus pecados sino de haber evocado a los muertos[13]. La batalla de Gelboé, protagonizada por los temibles carros filisteos, hizo cumplir todas las predicciones formuladas por la sombra de Samuel.

1. 1 S 1, 1-2 y 9-20. / 2. 1 S 3, 19. / 3. 1 S 4, 1-18. / 4. 1 S 7, 7-12. / 5. 1 S 10, 17-22. / 6. 1 S 11. / 7. 1 S 12. / 8. 1 S 15, 18-19. / 9. 1 S 15, 31-33. / 10. 1 S 15, 9-35. / 11. 1 S 19, 18-20. / 12. 1 S 28, 6. / 13. 1 Cro 10, 13-14.

SÁTIRO / *Sátyros* (s. IV a.C.).— Hijo de Lisianax, pertenecía a la familia de los *Yámidas de Elis, lo que hace suponer que fue un *mantis*, si bien de su actividad como tal nada sabemos. Por el contrario, tenemos noticias de que fue un destacado deportista, lo que entonces no era incompatible con la profesión de adivino. Pausanias[1] dice que triunfó cinco veces en las pruebas de pugilato en Nemea, dos en Pitó y dos en Olimpia. En honor suyo fue levantada una estatua[2], obra de Silanión de Atenas (hacia el 328 a.C.)

1. VI, 4, 5. / 2. Plin., *NH*, XXXIV, 51.

SELOS / *Selloi*.— Profetas del oráculo de Zeus en Dodona (Épiro), cuyas respuestas obtenían, entre otros medios, interpretando el sonido de las hojas de un roble sagrado al ser sacudidas por el viento. Como intérpretes del dios en este santuario están documentados ya en la *Ilíada*[1], donde son designados como *hypophetai* («profetas» o «intérpretes» de Zeus). En el momento de separarse de su amigo Patroclo, Aquiles invoca la protección de Zeus de Dodona recordando que es allí donde moran los selos «que no se lavan los pies y duermen en el suelo».

Un texto de Hesíodo[2] trata de demostrar que, antes de pasar a ser una casta sacerdotal, los selos constituían un pueblo. Éstos tendrían como antepasado epónimo al leñador Helos (los *selloi* eran también llamados *Helloi*), que abandonó su hacha cuando, disponiéndose a cortar una encina, fue advertido por una paloma que se había posado en sus ramas del gesto de impiedad que iba a cometer[3]. Para algunos autores (A. Lesky), Helo sería la divinidad prehistórica del hacha doble.

La costumbre de no lavarse los pies no está atestiguada en el ritual griego y se ha pensado en una influencia venida del exterior, posiblemente de origen

semita (M. Delcor). De hecho, para Estrabón[4] los selos eran bárbaros.

Un autor tardío, Filóstrato, describe un conjunto artístico levantado en Dodona en el que se representaba a los profetas de Zeus; de éstos afirma que son gentes que viven al día y que no se procuran medios de subsistencia y aspiran a ganarse el favor de Zeus sobreviviendo únicamente con lo que está a su alcance. De los sacerdotes representados, uno estaba encargado de las guirnaldas, otro de las preces, un tercero de los pasteles para el sacrificio, otro de los granos de cebada y de los cestos; finalmente otros dos se ocupaban de los sacrificios mientras impedían que se despellejase a la víctima[5].

A mediados del siglo V a.C. Heródoto[6], que visitó Dodona, no menciona a los selos y sí la existencia de tres *promanteis* («profetisas»), llamadas *peléadas (*Peliai*). Más tarde, Estrabón[7] aludirá a esta sustitución del sacerdocio masculino por el femenino en el santuario de Dodona.

1. XVI, 233-235. Cf. *Schol. Il.*, XVI, 234. / 2. *apud Schol. Sofocl. Trach.*, 1169; Strab., VII, 7, 10./ 3. Filostr., *Imag.*, II, 33. / 4. Strab., VII, 7, 10. / 5. Filostr., *Imag.*, II, 33. / 6. Herod., II, 55 ss. / 7. Strab., IX, 2, 4.

[Bibl.: A. Lesky, «Hellos-Hellotis»: *WS*, 46 (1927-1928), pp. 48-68; M. Delcor, «The Selloi of the Oracle of Dodona and the Oracular Priests of Semitic Religions», en *Religion d'Israël et Proche Orient ancien*, Leiden, 1976, pp. 116-123.]

SEMAYA / *Šemaya* (s. X a.C.).— Profeta hebreo colaborador del rey Roboán de Judá (935-914 a.C.), al que se le atribuyen unas *Actas* que llevan su nombre[1].

1. 1 R 12, 22-24; 2 Cro 11, 2; 2 Cro 12, 5.

SEMAYA EL NAJLAMITA / *Šemaya* (s. VI a.C.).— Falso profeta hebreo en el exilio de Babilonia (dos primeros tercios del siglo VI a.C.), al que ataca *Jeremías (profeta verdadero) con un oráculo de Yahveh:

Así habla Yahveh respecto a Semaya el najlamita. Por cuanto Semaya os ha profetizado sin que Yo le haya enviado y os ha hecho confiar en la mentira, por eso así afirma Yahveh: He aquí que castigaré a Semaya, el najlamita, y a su descendencia; no poseerá hombre alguno que habite en medio de este pueblo ni verá el bien que a mi pueblo voy a hacer porque ha predicado la insurrección de Yahveh (Jr 29, 31-32).

Jeremías dirigió también oráculos contra otros «falsos profetas» en el exilio como *Ajab y *Sedecías.

SEPTIMA / *Septima* (s. II d. C.).— Hechicera africana autora de un encantamiento mágico (*devotio*) para atraer a un hombre llamado Sextilio. El texto, una tablilla[1] proveniente de *Hadrumentum* (Sussa), se halla redactado en latín pero utilizando caracteres griegos:

Yo te invoco [...] por el gran dios y por los Antérôs y por aquél que tiene un gavilán sobre la cabeza, y por las Siete Estrellas, a fin de que, a partir del momento en que haya depositado este encanto, Sextilio, hijo de Dionysia, no duerma, que arda y delire, que no duerma ni hable, sino que piense en mi, Septima, hija de Amoena; que arda y delire de amor y deseo por mí, que el alma y el corazón de Sextilio, hijo de Dionysia, ardan de amor y de deseo por mí, Septima, hija de Amoena. Y tú, Abar Barbarie Eloe Sbaoth Pachnufis Pytimeni, haz que Sextilio, hijo de Dionysia, no pueda conciliar el sueño, sino que arda de amor y de deseo por mí; que su espíritu y su corazón se consuman así como

todos los miembros de todo su cuerpo, a él, Sextilio, hijo de Dionysia. De lo contrario, yo descenderé al santuario inviolable de Osiris, romperé su ataúd y lo arrojaré para que sea arrastrado por el río. Pues yo soy el gran Decán del gran dios Achrammachalala.

La imprecación iba dirigida a un difunto cuyo nombre, aunque figuraba al principio, no se ha conservado. Según algunos autores (Bréal, Bernand) Sextilio debía de ser un liberto y Septima una esclava. La operación mágica, como sucede en otros casos, trata, pues, de salvar las barreras sociales.

Los dioses invocados pertenecen a varios panteones. El «gran dios» nombrado en primer lugar es, quizá, Osiris. Al final del texto la hechicera Septima se dirige a él amenazando con descender en la cámara donde reposa su momia (Osiris, dios de los muertos era custodiado por otros dioses para impedir que su cuerpo fuera nuevamente despedazado por su enemigo Tifón); al final del texto la maga se presenta precisamente como uno de los Decán que montan guardia en torno al sarcófago de Osiris, mostrando así a los dioses su enorme poder.

Septima cita también a dioses griegos como Antérôs y utiliza algunos de los epítetos judíos de Yahveh.

1. A. Audollent, *Defixionum Tabellae*, Paris, 1904, núm. 270.

[Bibl.: M. Bréal y G. Masperó, «Tabella devotiones de la nécropole romaine d'Hadrumète (Suesse)»: *Bibliothèque égyptologique*, 2 (1893), pp. 297-303; A. Audollent, *Defixionum tabellae*, Paris, 1904, núm. 270; A. Bernand, *Sorciers grecs*, Paris, 1991, pp. 299-301.]

SERAPION / *Serapion* (s. III d.C.).— Astrólogo egipcio que en el 217 d.C. predijo al emperador Caracalla su muerte, así como que sería sucedido en el trono por el prefecto del pretorio Macrino, el cual tampoco viviría mucho tiempo. Según el historiador Dion Cassio[1] esta predicción le costó ser arrojado a los leones pero, una vez en la arena, con el simple contacto de su mano logró que los animales no le atacasen. Serapion pudo escapar a la ejecución invocando a «ciertos espíritus», pero el aplazamiento de la pena capital solo duró un día más.

1. LXXVIII, 4, 4-5.

SIBILA / *Síbylla*.— Nombre que recibe la sacerdotisa encargada de enunciar los oráculos de Apolo, invadida por el dios (al estilo de la *pitia o de *Casandra), pero sin estar ligada a ningún santuario.

El término aparece por primera vez hacia el año 500 a.C. en la obra de Heráclito de Éfeso[1], designando a una sola profetisa. Ésta parece ser la única conocida hasta el comienzo de la época helenística; así, Eurípides cita una sola, a la que llama Libissa en el prólogo de su tragedia, perdida, no sabemos si titulada *Lamia* o *Busiris*[2]. Heródoto no la menciona, lo cual parece deberse (Hildebrant) a que la profetisa habría permanecido confinada durante siglo y medio en centros de poco renombre, considerada en general como un producto importado de algún culto extranjero. Aristófanes[3] considera ridícula y absurda la creencia de esta sibila. Platón[4], que también se refiere a una sola, habla de ella con respeto, como profetisa inspirada que adivina el porvenir, y análoga a la pitia de Delfos. Aristóteles[5] asocia las sibilas a los adivinos que llevan el nombre de *Bacis. Uno de sus discípulos afirma que la primera sibila es contemporánea de Solón (594 a.C.) y Ciro[6].

Es, pues, en el siglo IV a.C., cuando se consolida la creencia en una pluralidad de sibilas[7], lo que también sucede

con el adivino *Bacis. Su número irá en continuo aumento hasta que Varrón[8], en el s. I a.C., establece una lista de diez sibilas con arreglo no a un criterio cronológico, ni onomástico, sino conforme al lugar donde ejercían su actividad profética: 1) la sibila persa; 2) la sibila libia; 3) la sibila délfica; 4) la sibila cimeria; 5) la sibila eritrea; 6) la sibila samia; 7) la sibila cumana; 8) la sibila helespóntica; 9) la sibila frigia; 10) la sibila tiburtina.

Otros cánones posteriores, como el de Suidas o la *Crónica Pascual* (del s. X d.C.), incluyen otros nombres más. En esta misma línea, pocos son los autores de época imperial romana que aceptan la relación de Varrón, puesto que la reducen y varían sus nombres. Así: Marciano Capela[9] nombra dos (una eritrea, Simáquide, que vivía en Cumas, y otra frigia, llamada Herófile); un escoliasta de Aristófanes[10], tres (una hermana de Apolo, una eritrea y otra de Sardes); Solino[11], también tres (una délfica, una llamada Herófile y una tercera de nombre Aniena); un escoliasta de Licofrón[12] tres (una sibila de Cumas, hermana de Apolo, la eritrea y la de Sardes).

Otros autores creen que las sibilas fueron cuatro; así, Tibulo[13] (Amaltea, la marpesia Herófile, Fito Graia y la Aniena del Tibur), Eliano[14] (eritrea, samia, egipcia y la de Sardes) y Pausanias[15] (la libia, la de Marpeso o Eritras, la de Cumas y la de Babilonia o egipcia, llamada Sabe). Clemente de Alejandría[16] habla de nueve (Samia, Colofonia, Cumana, Eritrea, Tesalia, Tesprotia, Fito, Taraxandra y Macétide).

Por lo general se consideraba que la sibila de Gergos o Gergitio era la más antigua o, al menos, una de las primeras, en disputa con la de Eritras. Era en el templo de Apolo de esta localidad donde la sibila ejercía su actividad profética.

Sobre la filiación de las sibilas no existía acuerdo, si bien Hidole y Lamia suelen ser citadas como madres y Apolo como padre, amante o hermano. De igual forma se hace frecuente alusión a los viajes de las sibilas: la eritrea se habría desplazado a Cumas[17], la frigia se habría desplazado a Delfos[18], la marpesia habría visitado Samos, Claros, Delos y Delfos[19], etc. Según se ha observado (J. J. Caerols), los lugares a los que se desplaza la sibila coinciden con centros del culto apolíneo; en algunas ocasiones (Hildebrant), la sibila sustituye a la sacerdotisa del culto apolíneo local.

La sibila profetiza en estado de éxtasis[20], como la pitia, si bien no parece perder su personalidad en el momento en que es poseída por Apolo. Cuando vaticina lo hace apoyada en una roca, según declaran Herófila de Eritras en su epitafio y la sibila de Delfos[21]. La sibila cristiana anunciaba el futuro sentada en el Capitolio en medio de olivos[22]. En la *Eneida*[23] de Virgilio sus oráculos vienen registrados en hojas de palmera que el viento dispersaba en el antro continuamente.

Si bien sibilas como la cumana nos son presentadas alcanzando una extraordinaria longevidad, existieron lugares que reclamaron para sí el emplazamiento de su tumba (la Tróade, Eritras, Cimme, Sicilia).

Ofrecemos a continuación la clasificación varroniana (s. I a.C.) de las sibilas, enumeradas por el erudito latino[24]:

1) *Sibila persa.*— Una de las sibilas, también llamada caldea, hebrea o babilonia. Su nombre era el de *Sabe* (*Sábbe*) o *Sambethe*. Según Pausanias[25], quien la cita por primera vez, era hija de Beroso y Erimante, mientras otros la presentan como hija o nuera de Noé; ambos aparecen representados en las monedas de la ciudad de Apamea del siglo III d.C. Anuncia los sucesos de la torre de Babel y las victorias de Alejandro Magno. La identificación de la sibila babilónica con la judía debió de operarse en el seno de

la comunidad judía de Alejandría, en torno al s. II a.C. (J. J. Caerols). Para algunos sería contemporánea de la sibila eritrea, llamada Atenaide[26].

Los Libros Sibilinos judíos contienen textos datados en el siglo II a.C. ya que en época helenística los judíos rehicieron oráculos para introducir en ellos ideas monoteístas. Los cristianos atribuyeron a la sibila catorce libros compuestos entre los siglos II y IV d.C.

2) *Sibila libia.*— A veces llamada también egipcia, fue conocida en Grecia hacia mediados del siglo V a.C. (Bouché-Leclercq). Eurípides probablemente se refirió a ella en su *Lamia*.

3) *Sibila délfica.*— Se presenta como hija de Apolo, con frecuencia llamada Herófile[27], a veces Artemis. Según algunos autores, la sibila délfica sustituyó a la *pitia, establecida con anterioridad en el santuario[28]. Pausanias[29] cita un oráculo compuesto por dicha sibila en honor de Apolo.

4) *Sibila cimérica.*— Conocida también como itálica es considerada como madre de Evandro. Posiblemente fue la única sibila local conocida por los autores latinos del siglo III a.C.[30]; residía en las proximidades del lago Averno. Debió de ser el poeta Nevio quien introdujo en la literatura latina el tema de la consulta de Eneas a la sibila cimérica. Posteriormente debió de ser eclipsada por la sacerdotisa del templo de Apolo en Cumas (sibila cumana), cuya actividad como centro oracular debió de llegar hasta finales del siglo IV a.C. En época augústea, Virgilio, apartándose de las citadas tradiciones literarias, otorgará a la de Cumas uno de los papeles más destacados de su *Eneida*.

5) *Sibila eritrea.*— Una de las sibilas, quizá la más conocida y de mayor prestigio, como demuestra el hecho de que la nueva colección de los Libros Sibilinos (76 a.C.) se recopile fundamentalmente en esta ciudad de Asia Menor. En las monedas se la llama *theá* y se la considera nacida en Eritras o en Marpeso (sibila helespóntica); como ésta, su nombre sería Herófila[31]. Una sibila posterior localizada en esta misma ciudad recibe el nombre de Atenaide[32].

6) *Sibila samia.*— Llamada Foito, Fito, *Femónoe o Herófila, se la sitúa en torno a la fundación de Bizancio o, según otros autores, en torno al año 712 a.C.[33]. Pausanias[34], sin embargo, hace de Femónoe la primera pitia de Delfos y la primera que cantó en hexámetros. En el siglo VII d.C., Isidoro la llamará Samonota (nombre modificado de la isla).

7) *Sibila cumana.*— Conocida ya en el siglo III a.C.[35], fue la más famosa entre los romanos, especialmente gracias a la *Eneida* de Virgilio, quien la relaciona con Eneas y los tiempos anteriores a la fundación de Roma. Fue este poeta quien fusionó en ella (Deifobe) a la sacerdotisa de Hécate del *Nekyomanteion* y a la de Apolo de Cumas (*Phoebi Triviaque sacerdos*)[36]. Fue llevada a Cumas por Acates (escudero de Eneas). Allí, ante el templo de Apolo, encontró a Eneas, a quien invitó a sacrificar. Ya en el umbral del templo el dios comenzó a apoderarse de ella. Tras la plegaria y los votos de Eneas al dios Apolo, Deífobe, poseída ya por el dios, le profetizó sus futuras guerras y también su probable triunfo:

Oh tú que ya has agotado los grandes peligros del piélago / (aunque faltan los más grandes de la tierra), a los reinos de Lavinio / llegarán los Dardánidas (saca esa cuita de tu pecho) / y también querrán no haber llegado. Guerra, hórridas guerras, / y el Tíber espumante de la mucha sangre estoy viendo. / No te faltarán los campamentos dorios, ni un Simunte, / ni un Janto; ya otro Aquiles ha nacido en el Lacio, / hijo también éste de una diosa; y Juno, la aflición de los teucros, / no andará lejos tampoco cuando tú en la desgracia suplicante / ¡qué pueblos o qué ciuda-

des de Italia no habrás probado con ruegos! / La causa de tamaño mal, de nuevo una esposa huéspeda de los teucros, / y de nuevo un matrimonio forastero. / No cedas tú a estos males y hasta sigue avanzando lleno de valor / por donde te permita tu Fortuna. De la salvación el camino primero / (nunca lo creerías) habrá de abrirte una ciudad griega (VI, 83-97).

Tras pasar los efectos del éxtasis, Eneas pide que le acompañe a través del infierno para encontrar a su padre Anquises. Deífobe le impone dos condiciones: coger la rama de oro consagrada a Juno infernal y sepultar a Miseno.

Concluido el sacrificio a los dioses infernales en la boca del Averno, Deífobe entra con Eneas en la caverna que conducía a las profundidades de la tierra guiándole por el reino de los muertos: le prohíbe el uso de la espada contra los monstruos, le explica la suerte de los insepultos[37] y consuela a Palinuro (piloto de la nave de Eneas) con el siguiente anuncio:

No confíes en torcer los hados con tus súplicas, / pero guarda en tu corazón estas palabras, consuelo de tu dura suerte. / Que los comarcanos, conmovidos a lo largo y ancho en las / ciudades por prodigios del cielo, expiarán tus huesos / y un túmulo levantarán y honores rendirán al túmulo, / y tendrá el lugar para siempre de Palinuro el nombre (VI, 376-381).

Después calma a Caronte y Cerbero[38], aconseja a Eneas que abandone a Deífobo (hijo de Príamo), le describe el Tártaro, al que el héroe no puede entrar[39] y le ordena poner la rama de oro ante la puerta de Júpiter[40]. Por último, Deífobe interroga a las ánimas felices dónde se encuentra Anquises[41], quien, una vez hallado, asumirá el papel de guía que la adivina venía desempeñando.

Virgilio es el único autor que cita a Deífobe como nombre de la sibila. Varrón[42] conoce los de Amaltea, Herófila y Demófila. Dicha elección parece explicarse por el origen troyano de la adivina; Livio y Servio[43] creían que la sibila cumana había llegado a Italia del exterior. En este sentido Glauco, su padre, es el nombre no sólo de una divinidad marina sino también de varios personajes troyanos.

La sibila cumana era distinguida por la tradición anterior a Virgilio de la sibila cimeria. Nevio[44] y Pisón[45] la presentan custodiando el *Nekyomanteion* del Averno. Probablemente fue Nevio quien introdujo en la literatura la consulta de la sibila cimeria por parte de Eneas. Virgilio no hizo sino fusionar la sacerdotisa de Hécate del *Nekyomanteion* y la de Apolo de Cumas; en VI, 35 aparece citada como «sacerdotisa de Febo y de Trivia». De esta forma no es difícil explicarnos el doble papel que desempeña Deífobe como sibila y guía de Eneas en los Infiernos.

Virgilio tampoco olvidó relacionar a la sibila cumana con los Libros Sibilinos custodiados en época augústea en el templo de Apolo Palatino. En la profecía de *Héleno[46] se presupone la fijación por escrito de las respuestas; según Varrón[47] la sibila usaba hojas de palmera. En el s. IV d.C., Servio[48] le atribuye un *Carmen Euboicum* o *Chalcidicum*.

8) *Sibila helespóntica*.— Una de las sibilas anteriores a la guerra de Troya, la segunda más antigua[49]. Predijo que, para perdición de Asia y Europa, Helena se habría de criar en Esparta, y que, a causa de ella, Troya sería tomada por los griegos.

Algunas fuentes la llaman Herófila; había nacido en Tróade y según algunas tradiciones, más concretamente, en Marpeso. Los habitantes de esta región mantienen estrecho contacto con las gentes de Cime (Eolia), de donde parten los colonos que fundarán Cumas,

en Italia, llevando consigo el culto de Apolo y los oráculos de la sibila.

Los habitantes de Alejandría Tróade decían que Herófile fue guardiana del templo de Apolo Esminteo y que fue allí donde vaticinó a Hécuba sobre su sueño; pero, según H. W. Parke, se trata de una leyenda inventada en época helenística cuando esta ciudad controlaba la Tróade y reclamaba para sí la actividad profética de la sibila de Marpeso. No obstante los eritreos también vindicaban para sí la nacionalidad de la sibila.

Herófila pasó la mayor parte de la vida en Samos, visitando luego Claros, Delos y Delfos, donde realizaba sus predicciones subida sobre una piedra que llevaba consigo. Pausanias[50] sostiene que, interpretando el sueño de Hécuba, predijo la guerra y la destrucción de Troya por culpa de Paris. Según Dionisio de Halicarnaso[51], predijo el desembarco de Eneas en Italia y el final del peregrinar de los troyanos.

En Delos se recordaba un himno a Apolo que Herófila compuso enloquecida por el dios; ella se llamaba a sí misma Ártemis y «esposa de Apolo». Pero Pausanias dice que en otras ocasiones declaraba ser hija de madre inmortal (una de las ninfas del Ida) y de padre mortal:

Yo he nacido de mortal y de diosa, / de una ninfa inmortal y de un padre comedor de peces, / de una madre nacida en el Ida, y mi patria es la roja / Marpeso, consagrada a la madre, y el río Aidoneo (X, 12, 3).

Murió en Tróade y se creía que su sepulcro estaba en el bosque sagrado de Apolo Esminteo. Sobre su estela, Pausanias leyó los siguientes dísticos, compuestos probablemente en época helenística:

Yo soy aquella sibila intérprete de Febo / y ahora me pudro bajo esta losa de piedra, / antes doncella cantora y ahora para siempre muda, / debo a la suerte dura esta tierra. / Pero también descanso cerca de las ninfas y Hermes / y abajo tengo parte del reino de antaño (X, 12, 6).

Pausanias aclara que junto al sepulcro de la sibila se levanta un Hermes y a su izquierda brotaba agua de una fuente junto a las imágenes de las ninfas. Su roca, desde la que solía profetizar, se guardó en Delfos, donde también fue vista por Pausanias.

9) *Sibila frigia.*— Recibe diversos nombres, tales como Artemis, Herófile, Saríside, Casandra o Taraxandra.

10) *Sibila tiburtina.* En origen era una ninfa itálica, de carácter local. La posterior popularidad de las sibilas explica que ambas acabaran confundiéndose. Su nombre es Aniena o Albúnea.

Varrón[52] dice de ella que era adorada como diosa de Tibur (Tívoli), a orillas del Anio, en cuyo cauce se dice que se encontró una estatua con un libro en la mano. Una tradición pretendía que Albúnea atravesó el río llevando en su regazo las *sortes* sin que éstas se mojaran[53]. Horacio[54] la recuerda como una diosa de las aguas de Tibur (Tívoli) y alude a la *domus Albuneae resonantis*, quizá una de las grutas que se abren en las montañas próximas a la ciudad latina. El nombre de Albúnea aparece también en una inscripción hallada en Tívoli, hoy depositada en el Museo Nazionale Romano[55].

En la *Eneida*[56], Albúnea es una selva en la cual había una fuente de aguas sulfurosas donde Latino consultó el oráculo del dios Fauno. Los arqueólogos modernos tienden a identificar el lugar en la localidad de Solforata, en la vía Ardeatina, a unos seis kilómetros de Lavinium, donde existían unas aguas sulfúricas. En favor de esta hipótesis vino el descubrimiento, en 1940, de unos restos arquitectónicos (del siglo IV o III a.C.) en una colina

próxima a aquella localidad y materiales epigráficos (cipo de Tor Tignosa) con importantes dedicatorias al Lar Aenias y a las Parcas.

Servio[57] señala que sus escritos se conservan, junto con los Libros Sibilinos y los *Carmina Marciana* entre los documentos oficiales de la religión romana. En la Edad Media circulaban aún profecías atribuidas a la sibila tiburtina.

Después de la clasificación de Varrón no faltaron otros intentos por alargar la lista de las sibilas: Suidas (s.v. «Síbylla») añade la tesalia (identificada con Manto, hija del adivino *Tiresias, representada en monedas de las ciudades de Tricca y Pelimna), colofonia (llamada Lampusa, hija del adivino Calcante), tesprótica, siciliana (cuya tumba según Solino[58] se encontraba en Lilibeo), rodia, lucana y la sarda. La *Crónica Pascual*[59], compilación del siglo x d.C., cita doce sibilas (las diez de Varrón más la judía y la rodia), sin duda con el propósito de igualar su número con el de los Apóstoles (J. J. Caerols).

Existen escasas referencias de un culto a una sibila que, si existió, debió de ser anulado por el de Apolo; tan sólo una alusión en Servio[60]. Como *Thea*, aparece sólo en las monedas de Eritras.

Suele ser representada como una mujer sin edad determinada, vieja en ocasiones, a veces parcialmente desnuda (quizá en alusión a su virginidad). Según Plutarco[61], la cara de la sibila muerta era identificada con la Luna.

1. Diels, *Vorsokr.*, 22B, 92; Plut., *De Pyth. orac.*, 397c; Clem. Alex., *Strom.*, I, 70, 3. / 2. Varr., *apud* Lact., VI, 1, 6. / 3. *Eq.*, 61; *Pax*, 1095, 116. / 4. *Fedr.*, 244a-b; *Thg.*, 124d. / 5. Pr., 354, 35. / 6. Cic., *De div.*, I, 34; Elian., *HV*, 12, 35. / 7. Heracl. Pont., *apud* Clem. Alex., *Strom.*, I, 108, 3. / 8. *Gram.*, 179. / 9. II, 159. / 10. *Schol. Aristof. Av.*, 962. / 11. II, 18. / 12. *Schol. ad Lyc.*, 1278. / 13. II, 5, 67-69. / 14. *HV*, 12, 135. / 15. X, 12. / 16. *Strom.*, I, 132, 3. / 17. Ps. Arist., *Mir.*, 838, 5-4; Serv., *ad Aen.*, VI, 321. / 18. Heraclid. Pont., Fr. 130 W. / 19. Paus., X, 12. / 20. Virg., *Aen.*, VI. / 21. Plut., *De Pyth. or.*, 398c; Paus., X, 12, 1. / 22. *Orac. Baalbek*, II, 12-13. / 23. III, 444. / 24. Varr., *Gramm.*, 179. / 25. X, 12, 9. / 26. Nicanor, 146, *FGH*, 1; Callist., 124, *FGH*, 14; Strab., XVII, 143; Varr., *Gramm.*, 179. / 27. Chrysipp. Stoic., 1216; Paus., X, 12; Apollod., 422; Clem. Alex., *Strom.*, I, 108. / 28. Paus., X, 12; Suda., s.v. «Síbylla Kaldaía». / 29. X, 12. / 30. Nev., *Bellum Poenicum*, Fr. 12; Calp. Piso, 41. / 31. Heraclid. Pont., Fr. 130 W. / 32. Calisth., 124, *FGH*; Strab., XVII, 143. / 33. Eratosth., 241, *FGH*, 26; Isid., VIII, 8, 4. / 34. X, 5, 7. / 35. Ps. Arist., 838, 5-14. / 36. *Aen.*, VI, 35. / 37. *Aen.*, VI, 322 ss. / 38. *Ant. rerum div.*, Fr. 56a, 10 Cardauns. / 39. *Aen.*, VI, 562. / 40. *Aen.*, VI, 628. / 41. *Aen.*, VI, 669. / 42. *apud* Serv., *ad Aen.*, III, 444; *Inst. div.*, I, 6, 10. / 43. Liv., I, 7, 8; Serv. *ad Aen.*, VI, 321. / 44. *Bellum Poenicum*, Fr. 12. / 45. Varr., *apud* Lact. *Inst. div.*, I, 6, 9. / 46. *Aen.*, III, 441-460. / 47. *apud* Serv., *ad Aen.*, III, 344; VI, 74. / 48. *ad Aen.*, VI, 322 ss. / 49. Paus., X, 12, 2; Suidas, s.v. «Herophila». / 50. X, 12, 5. / 51. I, 55. / 52. *apud* Lact., *Inst. Div.*, I, 6, 12; Suidas, s.v. «Sibylla Kaldaia». / 53. Tib., II, 5, 69-70. / 54. *Carm.*, I, 7, 12-13. / 55. *CIL* XIV, 4262. / 56. VII, 82-84. / 57. *Ad Aen.*, VI, 35. / 58. II, 17; 5, 7. / 59. *Chr. Pasch.*, 201 Bonn. / 60. *Ad Aen.*, VI, 71; Varr., *Ant. rerum div.*, Fr. 56a, 12. / 61. *De Pyth. or.*, 398d.

[Bibl: P. Corsen, «Die Sibylle im 6. Buch der Aeneis»: *Socrates* 1 (1913), pp. 1-16; Rzach, «Sibyllen»: *RE*, II, A, 2 (1923), cols. 2073-2103; Th. Zielinski, *La Sibylle*, Paris, 1924; J. Hubeaux, «Deiphobe et la Sibylle»: *AC*, 8 (1939), pp. 97-109; S. Eitrem, «La Sibylle de Cumes et Virgile»: *SO*, 24 (1945), pp. 88-120; J. H. Waszink, «Vergil and the Sibyl of Cumae»: *Mnemosyne*, 4 (1948), pp. 43-58; M. Guarducci, «Albunea», en *Studi in onore G. Funaioli*, Roma, 1955, pp. 77-99; R. J. Clark, *Catabasis: Vergil and the Wisdom-Tradition*, Amsterdam, 1979, pp. 204-211; H. W. Parke, *Sibyls and Sibylline Prophecy in Classical Antiquity*, London, 1988; J. J. Caerols, *Los Libros Sibilinos en la historiografía latina*, Madrid, 1989; E. Suárez de la Torre, «Sibylles, Mantique inspirée et collections oraculaires»: *Kernos*, 7 (1994), pp. 179-205; M. Caccamo Caltabiano, s.v. «Sibyllae», en LIMC, VII, 1, pp. 753-757.]

SILA / *Sylla* (s. I d.C.).— Astrólogo consultado por el emperador Calígula al que, según Suetonio[1], predijo su muerte inmediata.

1. *Calig.*, 57, 5.

SILANO / *Silanós* (s. V a.C.).— Adivino (hieróscopo) originario de Ambracia (una colonia de Corinto fundada en el Épiro) al servicio del príncipe persa Ciro el Joven (quien encabezó una expedición para destronar a su hermano Artajerjes hacia el año 400 a.C.)[1].

En vísperas de la batalla de Cunaxa Ciro le dio tres mil dáricos porque once días antes le había anunciado en el curso de un sacrificio que el rey no presentaría batalla en diez días[2], como así fue.

Posteriormente le vemos al servicio de Jenofonte (mercenario de Ciro al frente de los Diez Mil), cuando aquél decidió fundar una ciudad. Antes de comunicar sus proyectos a ningún soldado llamó a Silano; éste, que quería regresar cuanto antes a Grecia, pues había conseguido mantener intacta la suma entregada por Ciro, reveló al ejército la intención de Jenofonte de permanecer en tierras persas para fundar una ciudad y tener fama y poder[3].

Al producirse las primeras divisiones en el seno de la expedición, Jenofonte habló públicamente para decir que tras los últimos sacrificios el adivino Silano le había comunicado que las víctimas eran favorables, pero que las entrañas ponían de manifiesto un engaño y conspiración contra él. Después propuso abandonar el proyecto y regresar a Grecia. Como no todos querían, Silano[4], gritando, intentó decir que lo justo era que se marcharan los que quisieran, pero los soldados lo amenazaron con castigarle si le sorprendían escapando.

La última alusión de Jenofonte a Silano[5] se refiere al momento en que la expedición había llegado a Heraclea. Los estrategos realizaron sacrificios sobre el lugar pero Silano de Ambracia ya no se encontraba presente, pues había huido de Heraclea en un barco. En su lugar le sustituyó otro adivino, *Arexión de Arcadia.

1. Jenof., *Anab.*, *passim*; Filóstr., *Vit. Apoll.*, VIII, 7, 48. / 2. *Anab.*, I, 7, 18. / 3. *Anab.*, V, 6, 17-18. / 4. *Anab.*, V, 6, 34. / 5. *Anab.*, VI, 4, 13.

SILAS / *Sýllas* (s. I d.C.).— Cristiano de la comunidad de Jerusalén, quizá ciudadano romano, muy estimado por sus dotes como «profeta». Su nombre es una forma aramea de Saúl («solicitado por Dios») y es llamado Silvano en las epístolas de Pedro y Pablo.

Junto con Pablo, Bernabé y Judas Barsabás se trasladó hasta Antioquía para dar a conocer a la comunidad cristiana las decisiones tomadas en el Concilio de Jerusalén[1]. Allí Judas y Silas exhortaron y animaron a los hermanos con un largo discurso[2]. Posteriormente, acompañó a Pablo hasta Filipos (Macedonia), donde una esclava «que tenía el don de la adivinación» iba detrás de Pablo y Silas gritando:

Estos hombres son esclavos del Dios Altísimo que os anuncian el camino de la salvación (Hch 16, 17).

Pablo la liberó de un «espíritu divino» que habitaba en su interior, pero los amos de la muchacha, que se beneficiaban económicamente de su actividad adivinatoria, denunciaron a los misioneros y lograron encarcelarlos. Aquella noche, cuando Pablo y Silas cantaban un himno a Dios[3], se produjo un fuerte terremoto que abrió las puertas de la cárcel y libró de los grilletes a todos los presos. El carcelero, postrado ante Pablo y Silas, se convirtió al cristianismo.

Silas predicó con Pablo en Tesalónica[4] y en Berea, donde fueron hostigados y perseguidos por las comunidades judías de estas ciudades. Su nombre aparece junto al de Pablo en la epístola que éste dirige desde Corinto a la Iglesia de Tesalónica. Años después, entre el 62 y el 64 d.C., Silas redactó la carta que Pedro dirigió a las comunidades cristianas de Asia Menor[5].

1. Hch 15, 22-32. / 2. Hch 15, 32. / 3. Hch 16, 22. / 4. Hch 17, 4 y 6. / 5. 1P 5, 12.

SIMEÓN / *Šimeón* (s. I a.C.).—Profeta citado por el Nuevo Testamento. Vivía en Jerusalén y, según Lucas, era un anciano «justo y religioso», es decir, exacto en el cumplimiento de los deberes morales de la Ley[1]. El Espíritu Santo le había revelado que no moriría sin ver antes al Mesías. Poseído por el Espíritu reconoció a éste en el niño que sus padres, María y José, siguiendo la tradición judía, llevaban al Templo para la purificación de la madre y para la presentación de Jesús como primogénito. Simeón lo cogió entre sus brazos y pronunció un cántico inspirado, que la Iglesia conservaría posteriormente en su liturgia, en el que se afirma que la salvación mesiánica es universal y espiritual, no restringida a Israel:

Ahora, Señor, puedes dejar a tu esclavo / [ir] en paz, según tu palabra; / porque mis ojos vieron tu salvación, / la que preparaste a la vista de todos los pueblos: / luz para revelación de las naciones, / y esplendor de tu pueblo Israel (Lc 2, 29-32).

Sorprendidos los padres por cuanto el profeta decía de su hijo, Simeón los bendijo y, dirigiéndose a María, anunció que Jesús era la «señal» dada por Dios que todos deben reconocer pero que muchos rechazarán:

Mira, éste está puesto para caída y levantamiento de muchos en Israel, y para [ser] una señal que se discute (y a tu misma alma la traspasará una espada), para que se revelen los pensamientos de muchos corazones (Lc 2, 34-35).

Lucas recuerda también a otra persona sencilla y de poco relieve social, *Ana, que, como Simeón, dotada del espíritu de profecía, reconocerá en Cristo al Mesías.

1. Lc 2, 25.

[Bibl.: J. Winandy, «La prophétie de Symeón (Lc II, 34-35)»: *RB*, 72 (1965), pp. 321-351.]

SIMETA / *Simaítha* (s. III a.C.?).—Hechicera citada por el poeta siracusano Teócrito en el segundo de sus *Idilios*[1], para algunos autores histórica. Locamente enamorada de Delfis, que en los últimos días ha dejado de visitarla, Simeta, tras saber que le es infiel, recurre con la ayuda de su torpe esclava Téstilis a un rito mágico con el que pretende recuperar a su amante (simbolizado en una figurilla de cera).

El poema de Teócrito, quizá el mejor texto para conocer la magia erótica de época helenística, se inicia con un preámbulo en el que se nos describen los preparativos nocturnos de la hechicera. Ésta recurre al laurel, a filtros y a un vaso coronado con lana purpúrea:

¿Dónde están mis ramos de laurel? Traémelos, Téstilis. ¿Y dónde las pócimas de amor? Corona el tazón con la vedija purpúrea de una oveja, y así ataré al amado que tan duro me es, y que van para doce los días que, el miserable, ni aun se me acerca, sin saber si estamos muertas o vivas, ni tocar, enemigo, a mi puerta. Sin duda que se le han llevado para otra parte Amor y Afrodita su espíritu ligero [...] Mas ahora lo ataré con el

fuego. ¡Ea, Luna, muestra tu hermoso brillo! Pues a ti, diosa, te cantaré con voz queda, y a Hécate soterraña, que incluso a los perros hace temblar cuando sobre los sepulcros de muertos y negra sangre transita. ¡Salve Hécate terrible!, y hasta el fin préstame asistencia, haciendo estas pócimas no menos eficaces que Circe ni que Medea ni que la rubia Perimeda! (vv. 1 ss.).

El núcleo del poema consta de dos partes: en la primera se recoge el conjuro con su lenguaje tenebroso (no exento de cierto humor); el elemento clave es la rueda (como instrumento mágico) que Simeta maneja durante el ritual, quizá girándola cada vez que pronuncia la fórmula del estribillo:

¡Mágica rueda, arrastra tú a mi casa a mi hombre! / Primero he aquí la harina de cebada que se consume en el / fuego [...] Espolvorea [Téstilis] a la vez que ve diciendo: / «De Delfis los huesos espolvoreo». / ¡Mágica rueda, arrastra tú a mi casa a mi hombre! / Delfis me ha lastimado y yo por causa de Delfis quemo el / laurel. Que lo mismo que éste crepita abrasándose y tan / presto prendió y ni cenizas vimos de él, así se consuma en / la llama la carne de Delfis. / ¡Mágica rueda, arrastra tú a mi casa a mi hombre! / Tal como yo derrito esta cera con ayuda de la diosa, así se / derrita de pasión al momento Delfis el mundo. Y tal como / gira, por Afrodita movido, este disco de bronce, que así / aquél venga a girar a mi puerta. / ¡Mágica rueda, arrastra tú a mi casa a mi hombre! / Quemaré ahora el afrecho. Y tú, Artemis, que puedes mover / las puertas de acero del Hades y todo cuanto haya más firme / [...] (Téstilis, por la ciudad aúllan las perras: en las / encrucijadas anda la diosa. ¡Deprisa, haz que el bronce retumbe!) / ¡Mágica rueda, arrastra tú a mi casa a mi hombre! / He aquí que guarda silencio la mar y guardan silencio los / vientos. Mas mi dolor dentro del pecho no guarda silencio, / sino que toda me abraso por aquel que, cuitada de mí, en vez / de hacerme su esposa me ha llenado de oprobio sin ser ya doncella. / ¡Mágica rueda, arrastra tú a mi casa a mi hombre! / Por tres veces una libación te dedico, Señora, por tres / veces esta fórmula pronuncio: «Que ya si a su lado yace / mujer, ya si hombre también, a tal grado se olvide de ellos / cuanto Teseo una vez, según dicen, un día se olvidó de / Ariadna la de trenzas hermosas». / ¡Mágica rueda, arrastra tú a mi casa a mi hombre! / La fárfara crece en Arcadia y con ella en el monte / enloquecen todas las potras y yeguas veloces. Que así / también vea yo a Delfis y como un loco llegue a esta casa / desde el gimnasio aceitoso. / ¡Mágica rueda, arrastra tú a mi casa a mi hombre! / Esta orla Delfis perdió de su capa: ahora yo hilo a hilo la / arrojo en el fuego cruel. ¡Ay! Amor doloroso, ¿por qué me has / chupado toda la negra sangre de mi cuerpo, como sanguijuela / del pantano aferrándote a mí? / ¡Mágica rueda, arrastra tú a mi casa a mi hombre! / De salamandra machacada te llevaré mañana una mala poción. / Y tú ahora, Téstilis, toma y vete a untar sobre su umbral / este emplasto de hierbas (en tanto que yo aún ahora tengo / atada mi alma y él no me hace caso) y di en murmullo: / «De Delfis los huesos abraso». / ¡Mágica rueda, arrastra tú a mi casa a mi hombre! (vv. 16-64).

La segunda y última parte (vv. 65-166) es una rememoración sentimental que Simeta hace en presencia de la Luna (invocada como Hécate) del encuentro con el amado y su posterior infidelidad.

1. *Idil.*, II, 1-166.

[Bibl.: J. B. Sutphen, «Magic in Theokrit and Vergil», en *Studies in honour of Gildersleeve*, Baltimore, 1935, pp. 315-328; A.

S. F. Gow, *Theocritus*, vol. II, Cambridge, 1952, pp. 25 ss.; F. Graf, *La Magie dans l'Antiquité gréco-romaine*, Paris, 1994, pp. 200-216.]

SIMÓN / *Símon* (s. I a.C./I d.C.).— Adivino e intérprete de sueños, de origen esenio, contemporáneo de Arquelao (hijo de Herodes el Grande, etnarca de Judea desde el año 4 a.C.).

Según Flavio Josefo, Arquelao soñó que unos bueyes comían nueve espigas, las mayores y más llenas. Para conocer su significado llamó a unos adivinos entre los que se encontraba Simón. Éste le dijo que las espigas simbolizaban años y los bueyes grandes cambios en las cosas de la vida, porque al arar los campos revolvían toda la tierra y la trocaban; y que había de reinar tantos años cuantas espigas eran en el sueño y que, después de haber visto muchos cambios y mutaciones en todas sus cosas, había de morir[1].

Nueve años después de haber llegado al cargo, en el año 5/6 d.C. (es decir, durante el principado de Augusto), fue juzgado y destituido a petición de los notables de Judea y Samaría, siendo exiliado a Vienna, en la Galia.

1. *BJ*, I, 6; *Ant. Iud.*, XVII, 13, 3.

SIMÓN MAGO / *Simon Magus* (s. I d.C.).— Llamado «el Mago» tanto en los *Hechos de los Apóstoles*[1] como en otras fuentes, vivía en Samaria a la muerte de Cristo. Por sus prácticas mágicas tenía *atónitos* a los habitantes de Samaria (una zona propicia para el sincretismo religioso), pero él mismo quedó vivamente impresionado por las curaciones y por los milagros del diácono Felipe, siendo bautizado por él y convirtiéndose a la nueva religión.

Cuando Pedro y Juan llegaron a Samaria, muchos acudieron a ellos para que les impusieran sus manos y recibir así al Espíritu Santo. Simón, maravillado, intentó comprar a los Apóstoles el poder de transmitir el don de Dios («Dadme también a mí ese poder: que al que le imponga yo las manos reciba al Espíritu Santo»[2]), siendo duramente criticado por Pedro («¡Que tu dinero se vaya contigo a la perdición, porque creíste poder comprar con dinero el don de Dios»[3]). El término simonía designa por ello el tráfico de cosas santas.

Justino Mártir (100-165 d.C.), copaisano de Simón (había nacido en Naplús y éste en Gitton), se refiere a él en su *Diálogo con el hebreo Trifón* asegurando que Simón Mago era venerado por sus seguidores como si fuera un dios; también *Hechos*[4] afirma que todos decían de él: «Éste es la fuerza de Dios que se llama Grande». Justino refiere que Simón se hacía acompañar siempre por una cierta Helena que había ejercido la prostitución (en la ciudad de Tiro, según Ireneo) y que había sido rescatada por él. A partir de estos hechos biográficos Simón elaboró un sistema gnóstico cuyos puntos fundamentales eran los siguientes: sus seguidores —samaritanos o no— le adoraban como el «primer Dios» y reconocían en Helena «la Idea primordial procedente de él»[5]. A través de esta Idea o *Ennoia* primordial habían sido creados todos los seres, permaneciendo Simón por encima de ellos.

Ireneo[6] aclaró el sistema de Simón asegurando que Simón se había presentado entre los judíos como Hijo, en Samaría como Padre, en otras naciones como Espíritu Santo; decía de sí mismo que era la *sublimissima Virtus* y *super omnia Pater* (lo que pone de manifiesto la influencia de los Evangelios sobre el pensamiento de Simón). Por medio de Helena concibió desde el principio con la mente crear los ángeles y arcángeles, pero tras haberlos engendrado, Helena fue hecha prisionera por la envidia de

aquellos seres. Maltratada por sus carceleros para que no acudiese a su padre, Helena se vio obligada a través de la Historia a encarnarse de un cuerpo de mujer a otro; pasó por el cuerpo de Helena de Troya hasta que finalmente se refugió en un prostíbulo de Tiro. Fue Simón quien la liberó de sus cadenas y descendió hasta los hombres haciéndose semejante a ellos para salvarlos.

En Roma, según nos dice Justino[7], fue levantada una estatua en honor de Simón con la inscripción *Simoni Deo sancto* («al dios santo Simón»). Sin embargo, la noticia parece falsa, pues en el zócalo de la estatua (hallado en 1574) se lee *Semoni Sanco Deo Fidio*; es decir, se refiere a la diosa sabina Semo Sanco, que tenía un templo en Roma. Probablemente en una de sus visitas a Roma Justino leyó erróneamente la inscripción relacionándola de forma equivocada con el mago Simón. En cualquier caso la noticia confirmaría que muchos atribuían al mago una naturaleza divina.

Simón practicó la magia en muchas ocasiones, tras haber aprendido dicho arte en Egipto, fundando finalmente una escuela; sus seguidores (simonianos) también practicaron la magia, utilizando, según Ireneo[8], exorcismos y encantamientos y entregándose, mediante filtros excitantes, a los espíritus demoníacos e inductores de sueños.

Se atribuye a discípulos de Simón Mago un evangelio apócrifo titulado *Evangelio de los cuatro rincones y juicios del mundo*. Estos gnósticos simonistas tenían «la magia como profesión y llevaban colgados al cuello hilos de color morado y rosáceo en señal de un pacto hecho con el diablo», según escribe Abraham Echelense en un escolio-prefacio al concilio de Nicea[9].

Los exorcismos de Simón eran practicados siempre con fines personales (Luck). Pretendía haber evocado el espíritu de un niño inocente, víctima de un homicidio, obligándole después a entrar en un nuevo cuerpo que Simón había creado del aire; presumía así de una obra superior a la que Dios hizo creando a Adán, pues mientras éste había sido formado de la tierra él había creado al niño del aire.

Fue finalmente el apóstol Pedro quien desafió a Simón ante el emperador Nerón[10]. Simón logró volar durante algún tiempo, cosa que impresionó a Nerón, pero Pedro superó sus poderes mágicos al hacerlo caer. Simón murió a causa de las heridas, sin que llegara a producirse nunca la resurrección que él mismo había anunciado (a condición de ser sepultado vivo).

Aunque el carácter mágico de su actividad ha sido considerado por algunos como una simple calumnia, la frecuencia de las prácticas mágicas en el judaísmo de la época no hace inverosímil, en opinión de otros (J. Montserrat), tal atribución.

Según Ireneo[11], sus discípulos poseían una estatua de Simón que reproducía la figura de Júpiter (quizá como Pensamiento de Dios) y otra de Helena en figura de Minerva (es decir, Atenea, que nació de la cabeza de Zeus).

Sólo Hipólito[12] registra la noticia de que Simón habría escrito una obra titulada *Grande declaración* (*Apóphasis megále*), de la cual no tenemos otra información.

1. 8, 9 ss. / 2. Hch 8, 19. / 3. Hch 8, 20. / 4. 8, 10. / 5. Just., *Apolog.*, I, 26. / 6. *Adv. Haer.*, I, 23, 1-4. / 7. *Apolog.*, 26, 1-3. / 8. *Adv. Haer.*, I, 23, 4. / 9. Abrahamus Ecchellensis, *Praefatio in concilium Niceanum ex arabicis Orientalium codicibus latine donata.* / 10. Ps. Clem., *Homil.*, 2, 22 ss.; 4, 4, ss.; *Hechos de Pedro.* / 11. *Adv. Haer.*, I, 23, 4. / 12. *Philosoph.*, VI, 7-20.

[Bibl.: J. M. A. Salles-Dabadie, *Recherches sur Simon le Mage*, Paris, 1969; K. Beyschlag, *Simon Magus und die christliche Gnosis*, Tübingen, 1974; G. Lüdemann, *Untersuchungen zur simonianischen Gno-*

sis, Göttingen, 1975; J. D. M. Derret, «Simon Magus»: *Conoscenza religiosa*, 4 (1981), pp. 397-414.]

SIRA / *Síra* (s. I a.C.?).— Sira de Gádara aparece citada, junto a la tesalia Filina de Tesalia, en un papiro mágico[1] (el más antiguo de la colección, datado hacia el siglo I a.C.), en hexámetros griegos, como autora de un conjuro contra todo tipo de quemaduras del que sólo se conserva un fragmento:

... el iniciado en los misterios se quemó, se quemó en el monte más alto [...] siete fuentes de lobos, siete osos, siete leones. Siete muchachas de ojos oscuros sacan agua con cántaros oscuros y apagaron un fuego inextinguible (PGM, XX).

1. *PGM*, XX.

SIRO DE PALESTINA / *Sýros* (s. II d.C.).— Taumaturgo y exorcista citado por Luciano de Samosata[1]. Era famoso porque, en ciertas fases de la luna, era capaz de hacer sanar a epilépticos con los ojos en blanco y la boca llena de espuma. Primero preguntaba a estos enfermos por qué parte del cuerpo se les había metido el demon. Los enfermos solían callar, pero el demonio respondía en griego u otra lengua y revelaba quién era, de dónde venía y cómo se había introducido en el cuerpo del paciente. Después, Siro le exhortaba a salir y, si no le obedecía, le expulsaba por medio de amenazas.

Algunos autores modernos han creído ver en este personaje, sin demasiado fundamento, una referencia a Cristo. Siro parece haber sido un contemporáneo de Luciano y, por tanto, debió haber vivido en el siglo II.

1. *Incred.*, 16.

SOFONÍAS / *Sepanyah* (s. VII a.C.).— Uno de los profetas menores judíos. Era de noble linaje, aunque no parece que descendiera directamente del rey de Judá Ezequías, como se ha pretendido; por el contrario, su padre, Kuš, fue quizá un etíope y no un judío.

Su actividad profética tuvo lugar en tiempos del rey Josías de Judá (639-609 a.C.)[1], pocos años antes de que éste llevara a cabo su reforma religiosa (621); debió ser contemporáneo, pues, de los profetas *Nahún y *Jeremías.

En el Antiguo Testamento un libro de profecías lleva su nombre. De ellas algunas se adecúan bien a la época de Josías.

Así, las maldiciones contra los «etíopes» (bajo cuya denominación quizá se oculten los egipcios de la XXV dinastía, derrotados en el 605 en la batalla de Karkemish) y los asirios:

Tambien vosotros, etíopes, sois muertos por mi espada. / Luego extenderá su mano contra el Norte, y destruirá Asiria, / y convertirá a Nínive en una desolación, un lugar árido como el desierto. / Y se echarán en medio de ella los hatos, toda clase de partidas de animales; / tanto el pelícano como el erizo, pernoctarán entre sus capiteles (Hab 2, 12-14).

De igual forma se puede atribuir a Sofonías la maldición contra Jerusalén y los dirigentes del pueblo de Judá por no haber escuchado la voz de Dios por los profetas:

¡Ay de la rebelde y mancillada, la ciudad opresora! / No ha escuchado voz, no ha aceptado corrección, / en Yahveh no confía, a su Dios no se acerca. / Sus jefes, en medio de ella, son leones rugientes; / sus jueces lobos nocturnos que no dejan hueso para la mañana siguiente. / Sus profetas son fanfarrones, hombres pérfidos; / sus sacerdotes han profanado el Santuario, han violado la

Ley. / [...] / Por eso, espérame en el día en que me levantaré como un testimonio; / pues mi resolución es reunir a las naciones, congregar los reinos, / para derramar sobre ellos mi ira, todo el furor de mi cólera / porque con el fuego de mi celo será devorada toda la tierra (So 3, 1-8).

Otros oráculos dirigidos contra los filisteos, los moabitas y los hijos de Amón[2] son más tardíos y no parecen proceder del profeta.

Un sello inscrito con el nombre de Sofonías y datado en el siglo VI fue hallado en Lakish. La inscripción parece referirse al profeta. Si esto es cierto, Sofonías fue padre de un Jeremías (propietario del sello) perteneciente a algún colegio de profetas.

1. So 1, 1. / 2. So 2, 4-11.

[Bibl.: K. Seybold, *Satirische Prophetie. Studien zum Buch Zefanja*, *SBS*, 120, Stuttgart, 1985; P. R. House, *Zephaniah. A Prophetic Srama*, Bible and Literature Series, 16, Sheffield, 1987.]

SÓSTRATO / *Sóstratos* (s. I d.C.).— Sacerdote y hieróscopo del templo de Afrodita de Pafos. Durante el viaje de Tito, hijo del emperador Vespasiano, a Judea, hizo una escala en Pafos (Chipre), atraído por la fama del oráculo de Afrodita. Primero interrogó al oráculo sobre su travesía marítima y después, tras sacrificar una buena cantidad de víctimas, sobre su propio futuro[1]. Según Tácito[2] fue Sóstrato, sacerdote de la diosa, quien vio que las entrañas de las víctimas se mostraban propicias y concordes y que la diosa asentía a sus designios; pidiéndole a Tito una entrevista a solas le descubrió su futuro. Del relato taciteo se desprende que, al menos, una de las técnicas empleadas por Sóstrato debió ser la hepatoscopia, introducida en la isla por Támiras[3], adivino ligado a la familia de los *Ciniras.

Los pronósticos anunciados debieron ser favorables, pues Tácito dice que Tito llegó junto a su padre con los ánimos acrecentados y con gran confianza en el porvenir.

1. Tacit., *Hist.*, II, 1; Suet., *Tit.*, 5, 1. / 2. *Hist.*, II, 4, 2. / 3. Tacit., *Hist.*, II, 3, 1.

SPURINNA.— *Espurina.

SUDINES / *Soudínes* (s. III a.C.).— Astrólogo y adivino colaborador del rey de Pérgamo, Atalo I (241-197 a.C), con quien luchó frente a los gálatas (h. 240 a.C.). Polieno[1] le llama «adivino caldeo», lo que hace pensar que no era de origen griego. Estrabón[2] le cita también como astrólogo, junto a Seleuco y Naburiano. Sus conocimientos astrológicos debieron de ser grandes, pues *Vetio Valente, cuatro siglos después, utilizaba todavía sus tablas lunares[3].

También debió de tener conocimientos de hepatoscopia. Según Frontino[4], durante el reinado de Eumenes (197-159 a.C.) cometió un célebre fraude: grabar en el hígado de una víctima caracteres que prometían la victoria en vísperas del combate contra los galos.

Polieno[5] narra con más detalle el engaño, si bien lo sitúa en época de Átalo I. Según este autor fue el monarca quien (quizá por oden del adivino), después de triturar agalla de roble, escribió en su mano derecha —de izquierda a derecha— las palabras: «victoria del rey». Cuando se extraían las entrañas de la víctima colocó la mano bajo ellas, imprimiendo la inscripción en el hígado aún caliente y blando. Sudines, tras examinar los lóbulos, la vesícula y otras partes del hígado, dio la vuelta al lóbulo «descubriendo» la

inscripción que anunciaba la victoria del rey. El monarca disimuló el fraude y enseñó el signo al ejército que, lleno de ánimo, venció a los gálatas.

Plinio[6] cita repetidamente a un Sudines, autor de un tratado sobre las virtudes mágicas de las perlas y piedras preciosas (ónix, cristales, ámbar, *chrysophalo* y *astolos*). Quizá se trate del mismo personaje, ya que a *Trasilo, astrólogo del emperador Tiberio, se le atribuía también un *Lapidario*.

1. *Strat.*, IV, 20. / 2. XVI, 1, 6. / 3. *Anthol.*, IX, 12, p. 339, 21 (Pingree). / 4. *Strat.*, I, 11, 14-15. / 5. *Strat.*, IV, 20. / 6. *NH*, IX, 35, 112; 36, 37; XXXVI, 7, 59; XXXVII, 2, 25, 34.

T

TAGES (Libros de) / *Tages*.— Profeta etrusco legendario al que se vinculaban los orígenes de la *Disciplina Etrusca*. Cicerón[1], Ovidio[2] y otros autores[3] narran con ligeras variantes lo sucedido a un campesino mientras araba en el territorio de la ciudad de Tarquinia: vio cómo un terrón se movía espontáneamente y sin que nadie lo empujara y enseguida tomaba forma de hombre: era Tages, un sabio pero con forma de niño. A los gritos del campesino todos los etruscos se concentraron sobre el lugar aprendiendo de él los fundamentos de la disciplina o adivinación etrusca; los *lucumo-nes* (o reyes etruscos) pusieron después por escrito esas enseñanzas.

Para los etruscólogos se trata de un mito etiológico del saber adivinatorio de los etruscos creado en el momento de máximo esplendor de la Dodecápolis o Liga de doce ciudades etruscas. Fue entonces cuando se elaboraron unas normas rituales que sirvieron de vínculo entre los *populi* a los que, según Festo[4], iban dirigidos los preceptos de Tages.

El origen divino del fundador de la doctrina viene asegurado por su genealogía; según Festo[5], Tages era hijo de Genius y nieto de Júpiter. Algunos autores han intentado compararlo con Numa o con la ninfa etrusca *Vegoia. Aunque se le atribuía la revelación del contenido de los libros sagrados etruscos, sin embargo sólo una parte viene explícitamente referida a él; concretamente a: *a)* los *libri haruspicini*, es decir, aquellos relativos al ámbito del sacrificio y a la lectura de los designios divinos en las entrañas de las víctimas y *b)* los *libri Acherontici* (que formaban parte de los *libri fatales*), relacionados con la vida de ultratumba. Lido[6], autor bizantino del siglo VI d.C. pero bien informado, atribuía a Tages una obra sobre el valor adivinatorio de los terremotos (*tà seismotropikà*), traducida por *Vicelio al latín, y otra sobre los truenos, manejada y quizá completada por *Nigidio Fígulo.

Durante la Antigüedad tardía, las obras de Tages cobraron una autoridad enorme, siendo comparado con figuras como Platón, Pitágoras o Sócrates. Los autores cristianos no dudaron en considerar a Tages un equivalente de los profetas, mientras los griegos lo asimilaron a Hermes Chtonio. En Macrobio[7] aparece ligado a la fundación de ciudades.

Otra fuente de primer orden para el conocimiento de este personaje es la iconografía. Un espejo de Tuscania (datado hacia el 300 a.C., hoy en el

Museo Arqueológico de Florencia) representa a un personaje joven cubierto con un gorro puntiagudo, típico de los harúspices, indagando el interior de un hígado (concretamente palpando con los dedos el *processus pyramidalis*) que sostiene con la mano izquierda; le acompaña la inscripción *Pavatarchies* (Tages?). Aparece junto a otros personajes, entre los que sobresale un hombre barbado acompañado por la inscripción *Tarchunus*, quizá Tarconte (*tarchnte, Tárkon*).

Se trata de un adivino legendario etrusco. Según las fuentes[8] era hijo (o hermano) de Tirreno, quien le encargó fundar las doce ciudades de Etruria (para otras fuentes fundaría sólo Tarquinia, Cortona, Pisa y Mantua). En la *Eneida*[9] de Virgilio aparece como jefe de la flota y del ejército etrusco aliado con Eneas protagonizando episodios (como la lucha contra los rútulos o las tropas de Mecencio) en los que demostraría su valor.

Pero además de ser un héroe ligado a los orígenes lidios de los etruscos y a la fundación de ciudades (en especial de Tarquinia), las fuentes antiguas le atribuyen una especial función en la llamada *Disciplina Etrusca*. Fue él quien (según Lido[10]) recogió de Tages los contenidos sobre la adivinación haruspicinal transmitiéndolos después a todo el pueblo etrusco. Para Columela[11] fue el primero en circundar los campos con vides blancas con el fin de evitar que fueran alcanzados por los rayos de Júpiter.

En las representaciones artísticas ligadas a la ciudad etrusca de Tarquinia la imagen de Tarconte aparece con frecuencia; así, en el citado espejo de Tuscania aparece un personaje, identificado como *avl(e) tarchunus* («Aulo de Tarchon») y representado como un harúspice, que asiste a *Pavatarchies* (¿Tages?) en su examen hepatoscópico. En el llamado «trono de Claudio» proveniente de Cerveteri, Tarquinia es representada mediante un personaje masculino togado en acto de sacrificar. Los etruscólogos creen posible que tales representaciones remonten a un culto tarquiniense en honor de Tarconte atestiguado, quizá, en uno de los *elogia* hallados en las proximidades del llamado Ara della Regina. Fue frecuentemente relacionado con Tages.

1. *De div.*, II, 50-51; II, 80. / 2. *Met.*, XV, 552-559. / 3. Luc., *Fars.*, I, 636; Estac., *Silv.*, V, 2, 1; Colum., X, 344 ss.; Censor., IV, 13; Arnob., II, 69; VII, 26; Amm. Marc., XXI, 1, 10; Serv., *ad Aen.*, I, 2; II, 781; VIII, 398. / 4. 492, L, s.v. «Tages». / 5. 492, L, s.v. «Tages». / 6. *De ost.*, 2-3. / 7. *Satur.*, V, 19, 13. / 8. Str., V, 219; Licofr., *Alex.*, 1242 ss. / 9. *Aen.*, X, 153. / 10. Lido, *De ost.*, 3. / 11. Colum., X, 346.

[Bibl.: S. Weinstock, «Tages»: *RE*, IV, A, 2 (1932), cols. 2009-2011; J. R. Wood, «The myth of Tages»: *Latomus*, 39 (1980), pp. 325-344; J. R. Wood, «The Etrusco-Latin liber Tageticus in Lydus de ostentis»: *MPhL*, 16 (1981), pp. 94-125; D. Briquel, «La religion étrusque à la fin de la période impériale. Tagès contre Jésus», en *Mélanges offerts à Raymond Chevallier*, Luxembourg, 1994, pp. 106-119.]

TAGES / *Tages* (s. IV d.C.).— Harúspice, quizá de origen etrusco, sacerdote supremo (*magister haruspicum*) del prestigioso *Ordo LX haruspicum* y colaborador del emperador Diocleciano (285-305 d.C.).

Según Lactancio[1], poco antes de la llamada «gran persecución» del año 303 d.C., Diocleciano se entregaba, en Antioquía, a sacrificar animales con el fin de escudriñar el futuro en sus vísceras. Pero los harúspices que colaboraban con él no veían en las vísceras las señales de costumbre, lo que les obligaba a sacrificar una y otra vez.

Entonces Tages declaró que la causa de que los sacrificios no diesen resultado era que personas profanas (es

decir, los cristianos) estaban presentes en la ceremonia[2].

Según Lactancio, Tages, furioso, ordenó que sacrificasen no sólo los ministros del culto, sino también todos los que se encontrasen en palacio y, caso de que se negasen, que fuesen obligados a ello a fuerza de azotes[3]. Asimismo dio órdenes escritas a los jefes de las unidades militares para que se obligase también a los soldados a realizar los sacrificios so pena de que quienes desobedeciesen fuesen expulsados del ejército.

El historiador cristiano señala también[4] que, poco después, el emperador Diocleciano envió un harúspice al oráculo de Apolo Milesio para consultar al dios sobre la conveniencia de iniciar una persecución contra los cristianos. Es posible que este harúspice, hombre de confianza del emperador, haya sido el propio Tages.

1. *De mort. persec.*, 10, 2. / 2. 10, 2-3. / 3. 10, 4. / 4. 11, 7.

[Bibl.: S. Montero, *Política y adivinación en el Bajo Imperio: emperadores y harúspices*, Bruxelles, 1991, p. 141.]

TALETAS DE GORTINA / *Thalétas* (s. VI a.C.?).— Taumaturgo cretense (nacido en la ciudad de Gortina, según Pausanias[1]) llamado por Esparta para «curar» (o armonizar) a sus habitantes, enfrentados socialmente, y liberar al país de una pestilencia; para ello recurrió a la música (según Marciano Capella[2], a su cítara).

Diógenes Laercio[3] lo hace contemporáneo de Hesíodo, Homero y Licurgo, pero según Glauco de Regio[4] Taletas vivió después de Arquíloco, a mediados del siglo VI a.C.

Taletas es un «maestro de la verdad» (M. Detienne) y como tal pudo modificar una realidad desfavorable con su palabra y la música, medio éste utilizado en la época para dar mayor fuerza a la acción mágico-religiosa. Dicha práctica era utilizada por los *orfeotelestas* en sus ritos purificatorios.

Según Eliano[5], que le cita como «purificador», fue hecho venir siguiendo el oráculo de la pitia de Delfos. En la Antigüedad fue frecuentemente comparado con el también cretense *Epiménides, ya que ambos efectuaban ritos catárquicos siguiendo tradiciones locales. Polimnesto de Colofón escribió para los espartanos unos versos sobre Taletas[6].

1. I, 14, 4. / 2. 9, 926. / 3. I, 38. / 4. *FHG*, II, 24 F 4. / 5. *HV*, XII, 50; cf. Plut., *Mor.*, 1146, B. / 6. Paus., I, 14, 4.

TALO / *Thallus* (s. II d.C.).— Joven esclavo utilizado por el literato y filósofo neoplatónico Apuleyo (s. II d.C.) para que le revelara el porvenir. Apuleyo fue acusado de haberlo llevado a un lugar apartado para obligarle a que le revelara el futuro, según él mismo cuenta[1]. El filósofo enumera las cualidades que deben reunir estos niños profetas para que la «fuerza divina» pueda encontrar una morada digna en su interior: un bello cuerpo sin tara, espíritu delicado y palabra fácil[2].

Apuleyo se defendió de la grave acusación que se le hizo, alegando que Talo era epiléptico y, por tanto, impuro para acoger en su espíritu a la divinidad.

1. Apul., *Apol.*, XLII, 5. / 2. *Apol.*, XLIII, 4.

TAMIRAS.— *Ciniras.

TARCONTE.— *Tages.

TARQUENNA / *Tarquenna* (s. I a.C.?).— Varrón[1] nos transmite una fórmula mágica, atribuida a Tarquen-

na, destinada a tratar ciertos dolores de pies:

Cuando a uno comienzan a dolerle los pies si piensas en ti puedes curarlo; yo pienso en mí, cura mis pies. La tierra tenga el daño, la salud permanezca aquí [en mis pies] (Var., *RR*, I, 3).

Se ha pensado (A. M. Tupet) que la locución verbal *dolere coepissent* hace alusión a un dolor intenso, pudiéndose tratar de un ataque de gota. Tarquenna prescribía recitar en ayunas la fórmula mágica veintisiete veces, tocar la tierra y escupir.

Los autores modernos se han esforzado por identificar a este personaje. Para unos podría tratarse de Tarconte (*Tages), mítico fundador de la ciudad de Tarquinia al que se atribuirían curaciones milagrosas. Sin embargo desde los estudios de J. Heurgon se le identifica con *Tarquicio Prisco, célebre harúspice contemporáneo de Varrón.

1. *RR*, I, 2, 27.

[Bibl.: J. Heurgon, «Tarquitius Priscus et l'organisation de l'ordre des haruspices sous l'empereur Claude»: *Latomus*, 12 (1953), pp. 402-417; A. M. Tupet, *La magie dans la poésie latine*, Paris, 1976, pp. 172 ss.]

TARQUICIO PRISCO / *Tarquitius Priscus* (s. I a.C.).— Harúspice de origen etrusco y uno de los primeros traductores al latín de la llamada *Disciplina Etrusca,* que compendiaba los libros de adivinación de este pueblo. Probablemente luchó en la batalla de Asculum (90 a.C.) como oficial de Cneo Pompeyo Estrabón. De su obra conocemos:

a) Un *Ostentarium Tuscum* o recopilación de prodigios, del que Macrobio nos ha conservado un fragmento. Éste trata sobre el significado de los tonos polícromos que pueden aparecer sobre la lana de las ovejas, de los cuales el purpúreo afecta, en especial, al emperador:

*Si la oveja o la cabra se colorean de púrpura o de oro, al príncipe del orden y de la estirpe (*principi ordinis et generis*) aumentará su munificencia con suma prosperidad, la estirpe propaga la descendencia en esplendor y la hace más vigorosa* (Macr., *Satur.*, III, 7, 2).

b) Macrobio nos informa igualmente de otra de sus obras, un *Ostentarium Arborarium,* donde se recoge una lista de los árboles y plantas leñosas con las que poder quemar vivos los *monstra* o prodigios, es decir, aquellos seres animales o humanos nacidos con deformaciones físicas:

*Los árboles que están bajo la protección de los dioses infernales y que alejan los males se llaman infelices (de mal augurio): son el lintemo, la caña sanguínea, el helecho, el higo oscuro y aquellos que producen bayas negras y frutos negros; análogamente el acebo, el peral selvático, el ciruelo y el arbusto espinoso con los que es necesario hacer quemar los prodigios y los presagios funestos (*portenta prodigiaque*)* (Macr., *Satur.*, III, 20, 3).

c) Los *libri haruspicinales* y *fulgurales* y *d*) parte de los *libri rituales*[1], especialmente aquellos que concernían al ritual de las asambleas públicas (*ritus comitialis*), también se debían a Tarquicio.

Sus traducciones y comentarios fueron consultadas hasta el final de la Antigüedad, con su nombre, *(ex) Tarquitianis libris*, como sabemos por Amiano Marcelino[2], que los cita durante la expedición persa del emperador Juliano (363 d.C.), es decir, cuatro siglos después de la muerte de su au-

tor. Amiano menciona incluso un *titulus* donde se recomendaba, en caso de aparecer un cometa, no librar combate ni llevar a cabo actos de guerra[3].

Un epigrama atribuido a Virgilio asocia irrespetuosamente el nombre de Tarquitio Prisco con el de Varrón entre otros retores «llenos de viento»[4].

Dos inscripciones de la ciudad etrusca de Tarquinia, de la época de Claudio, fijadas en la sede del *Ordo LX haruspicum*, nos informan de él y de su hijo[5]. Éste había aprendido de su padre la ciencia de los rayos (lo que hace pensar que la disciplina se transmitía como una herencia en línea paterna), sucediéndole a su muerte en la *cátedra* de haruspicina. Ambos *elogia* de los *Tarquitii* debieron de ser redactados por iniciativa de un tercer *Tarquitius* que fue, a mediados del siglo I d.C., consejero del emperador Claudio en su política religiosa contra las *supersticiones extranjeras*. Durante cerca de 30 años enseñó en Roma el arte de la haruspicina.

1. Plin., *NH*, II y XI. / 2. XXV, 2, 8. / 3. XXV, 2, 8. / 4. Append. Verg., *Cataletton*, V, 3. / 5. *CIL*, XI, 3370 y 7566.

[Bibl.: J. Heurgon, «Tarquitius Priscus et l'organisation de l'ordre des haruspices»: *Latomus*, 12 (1953), pp. 402-417.]

TARUCIO DE FIRMO / *Lucius Tarutius Firmanus* (s. I a. C.).— Lucio Tarucio (*Firmanus* parece indicar su lugar de origen, Firmum, y no su *cognomen*), es un astrólogo conocido, sobre todo, por su elaboración del horóscopo de la ciudad de Roma. A finales del mundo helenístico los astrólogos creían que el futuro de una ciudad, como el de un particular, comportaba una duración determinada que podía llegar a conocerse observando la posición de los astros en el momento de su fundación.

Varrón (117-27 a.C.), contemporáneo y amigo de Tarucio, llegó a incluir el horóscopo en una de sus obras perdidas (el libro VI de los *Disciplinarum libri IX*).

Nuestra información sobre este astrólogo procede de Cicerón y Plutarco. Cicerón[1], que también le trató (*familiaris noster*), dice que Tarucio era un perfecto conocedor de la «doctrina caldea» (*in primis Chaldaicis rationibus eruditus*) y que hizo remontar el *dies natalis* de Roma a la fiesta de Pales (Palilia o Parilia, el 21 de abril) cuando la luna se encontraba en la constelación de Libra.

Por su parte Plutarco[2] comienza recordando que la fundación de Roma se produjo un 21 de abril (del 753 a.C.) durante la conjunción eclíptica de la luna con el sol. Además, sostiene que fue Varrón quien antes del año 44 a.C. propuso a Tarucio, excelente especialista en astrología, que determinase el día y la hora de nacimiento de Rómulo. Tarucio cumplió el encargo y tras enterarse de las acciones de Rómulo y de las circunstancias de su muerte, concluyó que la madre de Rómulo le había concebido

...el año primero de la segunda Olimpiada *[772 a.C.], en el mes* choiak *de los egipcios, el día vigésimo tercero [24 de junio] y a la hora tercia, en que el sol sufrió un eclipse total, y el nacimiento exacto en el mes* thoyth, *el día vigésimo primero [24 marzo], a la salida del sol; y que Roma fue fundada por él el día noveno del mes* pharmouthí *[4 de octubre], entre la hora segunda y tercia* (Plut., *Rom.*, 12, 4).

El uso de los nombres egipcios de los meses pone de manifiesto la práctica sincretista propia de la época; Tarucio parece haber conocido y consultado la obra atribuida a *Nequepso-Petosiris.

De ambas fuentes (bastante escépticas, por cierto, con el método de Ta-

rucio), se desprende que existía una tradición, sin duda anterior al propio Tarucio, según la cual Roma había sido fundada el 21 de abril, coincidiendo con la fiesta de las Parilia. Lo que el astrólogo romano «aportó» fue la determinación de la constelación bajo la cual Roma había sido fundada (llamada Libra por los romanos y *zigós* por los griegos, es decir, «yugo» o «yugo de la balanza»). La «elección» del signo zodiacal parece haber sido hecha porque prometía a la capital la dominación universal; quizá Varrón, con su consulta al astrólogo, pretendía buscar una justificación del imperialismo romano. Es precisamente en la obra de Varrón[3] donde encontramos la primera definición de Libra.

Tarucio fue autor de un tratado, en griego, titulado *De astris* (*Sobre las estrellas*), que Plinio cita[4] como una de sus fuentes en materia astrológica. Algunos autores (Bouché-Leclercq) consideran que Tarucio fue un harúspice interesado por la astrología, lo que no parece probable.

1. *De div.*, II, 47, 98. / 2. *Rom.*, 12, 4; cf. Lyd., *De mens.*, I, 14. / 3. *LL*, VII, 14; cf. Q. Cicerón, *Carm.*, Fr. 8. / 4. *NH*, «ind. auct.», XVIII.

[Bibl.: W. Kroll, «Tarrutius»: *RE*, IV, A, 2 (1932), cols. 2407-2409; A. Grafton, «The Horoscope of the Foundation of Rome»: *CPh*, 81 (1986), pp. 148-153; J. H. Abry, «L'Horoscope de Rome (Cicéron, *Div.*, II, 98-99)», en *Les Astres. Les correspondences entre le ciel, la terre et l'homme*, Montpellier, 1996, pp. 121-140.]

TEÉNETO / *Theaínetos* (s. V a.C.).— Adivino (*mantis*) griego, hijo de Tolmides[1], quizá originario de Platea, que vivió en la segunda mitad del siglo V a.C. durante la llamada guerra arquidámica.

En el invierno del 428/427 a.C., cuando los habitantes de Platea estaban sitiados por los peloponesios y beocios, el adivino Teéneto elaboró con Eupómpides un plan consistente en que todos los sitiados salieran conjuntamente, atravesando las barreras de los enemigos[2]. La mitad desistió por considerarlo muy arriesgado, pero cerca de doscientos cincuenta hombres se ofrecieron voluntariamente: éstos, aprovechando las inclemencias de una noche invernal, lograron escapar, rompiendo el cerco enemigo, hasta llegar al Ática[3]. Quienes optaron por permanecer fueron ejecutados por los espartanos o sometidos a esclavitud (agosto del 427 a.C.); Platea, arrasada, pasó a manos del Estado espartano. Aunque nada nos dice Tucídides hay que suponer que tanto Teéneto como Eupómpides, autores del plan, figuraron entre los escapados, si bien el historiador añade que a Atenas sólo llegaron 212 hombres, pues algunos de los que ya habían emprendido la huida decidieron regresar en el último momento a Platea.

1. Tuc., III, 20, 1. / 2. Tuc., IV, 20, 2. / 3. III, 20, 1-2.

TELÉNICO / *Telénikos* (s. V a.C.).— Adivino griego (*mantis*), probablemente de origen ateniense, que vivió en la segunda mitad del siglo V a.C. Telénico formó parte de la expedición ateniense a Egipto, donde debió de morir en los primeros años de las operaciones militares (459/458 a.C.).

Telénico es conocido sólo a través de una inscripción[1] que recoge su nombre entre los caídos de la tribu Erechtheïs. Conocemos a Teleas, hijo de un Telénico, del demos ático de Pergase, que era escritor hacia el 415/4[2]; quizá se trate de un hijo o nieto del *mantis*.

1. *IG*, I², 929/128. / 2. *IG*, I² 246/174; cf. Aristof., *Av.*, 1025.

TELÍADAS / *Telliádai*.— A esta familia de adivinos, originaria de la Élide, se refieren Heródoto[1] y Filóstrato[2]. Se hacían descender de *Telias. Heródoto cita a *Hegesístrato como el «más insigne de los Telíadas». Ya en el siglo I a.C. Cicerón[3] parece aludir a la familia en pasado.

Las fuentes citan la empiromancia entre las técnicas de los Telíadas. Los autores modernos se inclinan por creerla relacionada (una rama?) con otras dos «familias» eléadas de adivinos: la de los *Yámidas (Wilamowitz) y la de los *Clitíadas (Weniger).

1. IX, 37, 1. / 2. *VA*, V, 25. / 3. *De div.*, I, 91.

TELIAS / *Tellías* (s. VI-V a.C.).— Adivino (*mantis*) griego de la familia de los *Telíadas, originaria de la Élide, que vivió en época de las guerras médicas[1].

Según Herodoto[2] ayudó a los focenses en la lucha desesperada contra los tesalios poco antes de las guerras médicas. El espíritu inventivo de este adivino, unido a la angustiosa situación de los focenses, refugiados en el Parnaso, parece explicar lo narrado por el historiador griego: Telias embadurnó con yeso, de pies a cabeza, a 600 focenses, los más valientes del ejército, que recibieron todas sus armas. El adivino les dio la orden de que, durante la noche (con luna llena, según Pausanias[3] y Polieno[4]), matasen a cualquiera que no viesen blanquear. Los centinelas de los tesalios se sorprendieron al verles, pensando que eran fantasmas (*phásma*)[5] o apariciones. Al terror de los centinelas siguió el de todo el ejército tesalio, lo que permitió a los focenses no sólo dar muerte a muchos de ellos sino capturar sus armas, la mitad de las cuales fue consagrada en Delfos.

Pausanias[6] refiere que por estos hechos los focenses enviaron como ofrendas a Delfos las estatuas de Apolo y del adivino Telias, hechas por Aristomedonte de Argos.

1. Herod., VIII, 27, 3; Paus., X, 1, 8. / 2. VIII, 27, 3. / 3. X, 1, II. / 4. VI, 18. / 5. Polien., VI, 18. / 6. X, 1, 10.

[Bibl.: Fiehn, «Telliadai»: *RE*, V, A, 1 (1934), cols. 405-406.]

TELMESIOS / *Telmessioí, Telmesseîs*.— Los Telmesios, como los *Galeotas de Sicilia, no sólo formaban una familia cuyos secretos en materia adivinatoria se transmitían de padre a hijo, sino que constituían una comunidad étnica (*génos*) caracterizada por sus estrechos vínculos religiosos. Se suponía que descendían de Telmissos.

Para ellos el arte adivinatorio no era una ciencia personal sino una capacidad innata de todos los miembros del clan. Dicho don se manifestaba, pues, entre todos los miembros del *génos*, es decir, entre los hombres, mujeres y niños del clan[1].

En Asia Menor existían dos ciudades con el nombre de Telmessos: una en Caria (cerca de Halicarnaso) y otra en Licia. Parece ser de aquélla de donde procedían los telmésidas a juzgar por algunas inscripciones (ss. IV-III a.C.) relativas al oráculo de Apolo en la ciudad. Plinio[2] llama a la ciudad *religiosissimam urbem*.

Arriano[3] cita al *génos* en la leyenda del rey frigio Gordio. Siendo éste aún un hombre pobre que sólo poseía un puñado de tierra para trabajar y dos yuntas de bueyes (una para arar y otra para llevar el carro), un águila se le posó sobre el yugo permaneciendo en él hasta que fue la hora de desuncir los bueyes. Maravillado por lo que vio, Gordio decidió ponerlo en conocimiento de los adivinos Telmesios. Al llegar al poblado se encontró con una joven que estaba sacando agua, a la que contó lo que le había sucedido. Ella le

ordenó que regresara a aquel sitio e hiciera un sacrificio a Zeus, pero Gordio pidió a la muchacha que le acompañara para celebrar el sacrificio conforme a sus indicaciones; de sus relaciones con la muchacha nació un hijo llamado Midas.

En los años siguientes se produjo una guerra civil entre los frigios. Un oráculo había anunciado que un carro les traería un rey que pondría fin a su guerra fraticida. Cierto día apareció el joven Midas, acompañado de sus padres, e hizo detener el carro ante la asamblea entonces reunida. Los frigios, recordando el oráculo, reconocieron en él al hombre que los dioses les habían anunciado, haciendo de él su rey.

Los Telmesios fueron consultados también por el rey de Lidia, Creso (560-546 a.C.)[4], cuando las inmediaciones de la ciudad de Sardes fueron invadidas por serpientes que eran comidas por los caballos, ofreciendo la siguiente interpretación del prodigio: un ejército extranjero estaba a punto de llegar al país de Creso y, una vez en él, sometería a sus habitantes, pues la serpiente era hija de la tierra, y el caballo, enemigo y venido de fuera. Cuando los consultantes regresaron a Sardes con la respuesta, Creso ya había sido hecho prisionero por los persas.

Las formas de adivinación practicadas por los Telmesios fueron: *a*) la hepatoscopia o haruspicina[5]; *b*) la observación del vuelo de las aves (Aristófanes[6] habla de *melanopterygon korakínon*); *c*) según los escritores cristianos también la adivinación por sueños[7]. A juzgar por el más famoso de los Telmesios, *Aristandro, adivino de Alejandro Magno, aquéllos también debieron de destacar en la interpretación de prodigios y portentos.

La obra de Aristófanes titulada *Hoi Telemesses* parodiaba probablemente las supersticiones asociadas al lugar y a sus habitantes.

1. Arr., *Anab.*, II, 3, 4. / 2. *NH*, II, 30, 6. / 3. *Anab.*, II, 3. / 4. I, 78. / 5. Cic., *De div.*, I, 91; Arr., *Anab.*, IV, 4, 3. / 6. *Telmiss.*, 537 Koch = ap. Athen., 7, 308-309. / 7. *Schol. Greg. Naz.*, *Or.* 1 *c. Iulian.* 7 = *PG*, 36, 1022.

TEMISTEAS / *Themistéas* (s. VI-V a.C.).— Adivino griego (*mantis*) de origen desconocido. Plutarco[1] le atribuye un vaticinio al rey espartano Leónidas similar al del adivino *Megistias (con el cual parece confundirse): la derrota de su ejército y su propia muerte en la batalla de las Termópilas. El rey quiso entonces enviarle a Esparta con el pretexto de anunciar lo que iba a suceder, pero en realidad para que no muriera con los demás; sin embargo, él no quiso apartarse de Leónidas y le dijo: «Fui enviado como combatiente, no como mensajero»[2].

1. *Mor.*, 221, C. / 2. Herod., VII, 221; Plut., *Mor.*, 88, C.

TEMISTOCLEA / *Themistókleia* (s. VI a.C.).— Pitia citada también como *Theocleia*[1] y *Aristokleia*[2]. Según Diógenes Laercio[3], Pitágoras recibió de Temistoclea los dogmas de Delfos. Parece tratarse de una de tantas tradiciones que vinculaban al filósofo con el culto de Apolo.

1. Suda, s.v. «Pythagoras». / 2. Porph., *Vit. Pyth.*, 41. / 3. VIII, 21, 8.

TEOCLÍMENO / *Theoclýmenos*.— Adivino griego (*mantis*), originario de Argos, hijo de *Polifides y descendiente de *Melampo. En la *Odisea*[1] el propio Teoclímeno nos dice que, tras haber dado muerte a un hombre, tuvo que abandonar su patria y buscar refugio en Pilos; allí se encontró a Telémaco, a quien acompañó hasta Ítaca.

Sus virtudes mánticas son puestas de manifiesto en el poema homérico en tres ocasiones:

a) Cuando al desembarcar en Ítaca, en compañía de Telémaco, interpreta a éste, favorablemente, un presagio del que todos habían sido testigos: un halcón, «mensajero de Apolo», que voló sobre Telémaco desde el lado derecho, desplumó una paloma al pasar cayendo sus plumas esparcidas en tierra cerca de Telémaco:

No sin orden de un dios, ¡oh Telémaco!, / ha sido este vuelo del halcón a tu diestra; / bien veo que es ave agorera; / nunca habrá otro linaje más regio que el tuyo / en las tierras y las gentes de Ítaca; / el mando será siempre vuestro (XV, 531-534).

b) Cuando predice, en presencia de Penélope, que Ulises no está lejos: :

Venerable consorte de Ulises Laértida, tu hijo / no ha llegado a entender, pero tú graba en ti mis palabras, / pues te voy a augurar con verdad sin dejar nada oculto; / y por Zeus ante todo otro dios, por la mesa en que hoy / me acogiste y la casa del hombre sin tacha a que llego, / te aseguro que Ulises ya está en el país de sus padres; / en él duerme, en él anda, investiga estas obras perversas / y prepara en su mente a esos hombres desgracia y ruina; / tal señal de las aves noté cuando estaba sentado / sobre el sólido barco y, al punto, mostréla a tu hijo (XVII, 150-161).

c) Cuando anuncia la muerte a los pretendientes de Penélope:

¡Desgraciados! ¿Qué mal os aflige? Sumidos en noche / vuestros rostros están, las cabezas, las mismas rodillas; / el sollozo os abrasa, las caras se os cubren de llanto; / las paredes chorrean de sangre, las vigas hermosas; / el vestíbulo llenan y pueblan el patio fantasmas / que a las sombras se lanzan del Érebo; el sol en el cielo / se ha eclipsado, una niebla funesta recúbrelo todo (XX, 350-357).

Recriminado por uno de los pretendientes, que le considera un loco y desea arrojarlo de la casa de Ulises, Teoclímeno añade (en la que será su última intervención en el poema):

Para nada, ¡oh Eurímaco!, quiero de ti compañía; / ojos tengo y oídos y tengo dos pies bien servibles / y una mente por dentro cabal y sin tacha. Con ellos / a la calle me iré, porque veo el desastre que viene / sobre todos vosotros; ninguno podrá desviarlo / ni rehuirlo entre tanto galán como en casa de Ulises / el divino insultáis a los hombres tramando maldades (XV, 364-370).

1. XV, 271-278.

TÉOCLO / *Théoklos* (s. VI-V a.C.).— Adivino griego contemporáneo y rival de *Hecas. Pertenece a la rama mesenia de la familia de los *Yámidas de Élide. Era hijo de Eumantis y padre del también adivino *Mánticlo. Como en el caso de aquél no sabemos con seguridad si participó en la segunda o —como parece más probable— en la tercera guerra mesenia (h. 490 a.C.)

Pausanias[1] le cita en el bando mesenio desde los comienzos de la guerra, realizando los sacrificios propiciatorios de la batalla contra los lacedemonios. Lo cierto es, pues, que aparece como consejero y colaborador del jefe del ejército mesenio, Aristómenes.

También se narra[2] que durante la batalla, Téoclo prohibió a Aristómenes que fuese más allá de cierto lugar donde había un peral silvestre en el que —como fruto quizá de una visión— dijo que se hallaban los dióscuros. Pero Aristómenes, llevado de su furia, desobedeció al adivino y, al llegar al árbol, perdió el escudo; los lacedemonios pudieron salvarse en la huida gracias precisamente a que Aristómenes trataba de recuperarlo. Sólo algún tiempo después, cuando por indica-

ción de la *pitia de Delfos descendió al antro de Trofonio en Lebadea, pudo hallar allí su escudo.

La tercera guerra mesenia se prolongó durante once años; en realidad, se transformó en un asedio lacedemonio del monte Hira, donde los mesenios se habían refugiado. Según Pausanias, en el último año se cumplió lo que el dios Apolo había anunciado a Aristómenes y Téoclo cuando, trasladados a Delfos para consultar sobre su salvación, la pitia les dio la siguiente respuesta:

Enseguida que el macho cabrío beba el agua arremolinada del Neda / dejaré de sostener a Mesenia; pues cerca estará la ruina (IV, 20, 1).

Los mesenios temían que los machos cabríos bebiesen de las aguas del Neda (que separaba el territorio mesenio del eleo), pero el adivino Téoclo al ver un cabrahígo (*trágos*) nacido junto al Neda cuyas hojas se mojaban el el río, comprendió a qué se refería la pitia. Ocultando el verdadero significado a los demás, llevó a Aristómenes al cabrahígo para hacerle ver que ya no tenían salvación.

A partir de entonces los mesenios comenzaron a perder sus posiciones frente a los espartanos. Durante los últimos días del asedio Téoclo y su hijo Mánticlo (junto con Aristómenes) encabezaron el ataque contra los enemigos[3] aun sabiendo que no tardaría mucho en llegar la derrota final de los mesenios. Es más, recorrían la ciudad animando a los suyos a ser valientes, recordándoles el heroísmo de los jonios frente a Lidia[4].

El último día de la guerra, viendo el cansancio de los mesenios, Téoclo se presentó ante Aristómenes y le dijo:

¿Por qué soportas inútilmente esta fatiga? Está escrito que Mesenia caiga, y la desgracia que vemos hace tiempo nos la advirtió la pitia y recientemente el cabrahígo. A mí me marca el dios un fin común con el de la patria; tú, en cuanto puedas, salva a los mesenios, sálvate a ti mismo (IV, 21, 10).

Dicho esto, Téoclo corrió hacia los enemigos gritándoles unas palabras que luego resultarían proféticas (profecía que parece *ex eventu* si admitimos que se refiere a lo que sucederá en la Esparta del siglo IV a.C.):

¡No siempre disfrutaréis alegres lo de los mesenios! (IV, 21, 10).

Después se lanzó contra los enemigos y, tras matar a algunos de ellos, cayó herido de muerte, satisfecho —dice Pausanias— por su final[5].

Los mesenios, dirigidos por Gorgos (hijo del rey Aristómenes) y por un nuevo adivino, *Mánticlo, acabaron estableciéndose en la ciudad de Zancle (Sicilia).

1. IV, 16, 1. / 2. IV, 16, 5. / 3. IV, 21, 2. / 4. XXI, 3-6. / 5. IV, 21, 10-11.

[Bibl.: Türk: *RE*, V, A, 2 (1934), col. 1997; P. Oliva, *Esparta y sus problemas sociales*, Madrid, 1983.]

TEÓCRITO / *Theókritos* (s. IV a.C.).— Adivino griego (*mantis*) al servicio del ejército beocio en la batalla de Leuctra (371 a.C.). Plutarco[1] le atribuye la certera interpretación de un prodigio en vísperas del célebre combate: habiendo recibido Pelópidas en sueños la orden de inmolar a los manes de las hijas de Esquedaso (violadas y muertas por los espartanos) una virgen rubia, para poder así alcanzar la victoria sobre sus enemigos, decidió consultar a los adivinos sobre la oportunidad de cumplir el mandato divino. En esto, una yegua se escapó de la manada del campamento y, tras llegar hasta donde estaban aquéllos, se detuvo. Todos se fijaron

en el color de la crin, resplandeciente como el fuego, y en la suavidad de su relincho.

Teócrito, tras reflexionar unos instantes, se dirigió a Pelópidas exclamando:

¡Noble Pelópidas, he aquí la víctima!; no esperemos ya otra virgen sino que acepta e inmola ésta que la diosa te presenta (*Pelop.*, 22).

Siguiendo el consejo de Teócrito, llevaron a la yegua al altar donde, tras dirigir plegarias y ponerle coronas, fue inmolada. El triunfo tebano en Leuctra sobre los espartanos probó el acierto de la interpretación de Teócrito.

1. *Pelop.*, 22.

TEODORO / *Theódoros* (s. IV-III a.C.).— Adivino (*mantis*) al servicio de Pirro (328-272 a.C.), rey del Epiro. Según Plutarco[1], a punto de firmar Pirro una paz con Lisímaco y Ptolomeo, Teodoro realizó un sacrificio público previo al acto de juramento. Trajeron un macho cabrío, un toro y un carnero, pero éste último murió de repente, lo que causó risa a los presentes. Sin embargo, el adivino Teodoro prohibió a Pirro que hiciese el juramento alegando que aquel prodigio significaba la muerte de uno de los tres reyes. Pirro se apartó de la paz por esta causa.

1. *Pirr.*, 7.

TEÓGENES / *Theogénes* (s. I a.C.).— Astrólogo griego que desde su observatorio en Apolonia (Epiro) reveló, en el invierno del 45/44 a.C., el futuro a Agripa y a Octavio (Augusto), años antes, pues, de que éste accediese al poder (31 a.C.).

Según Suetonio[1], Teógenes anunció a Agripa «bienandanzas increíbles», pero cuando examinó el horóscopo de Augusto se levantó de un salto y se postró a sus pies.

El biógrafo latino dice[2] que a partir de ese momento tuvo Augusto tanta confianza en su destino, que hizo publicar su horóscopo y acuñar monedas de plata con la efigie de la constelación de Capricornio, bajo la cual había nacido. Sin embargo, Suetonio no parece estar en lo cierto, pues las primeras emisiones monetales con dicho tema fueron emitidas años después de su visita a Apolonia y el horóscopo de Augusto fue publicado sólo en el año 11 d.C.[3].

1. *Aug.*, 94, 12. / 2. *Aug.*, 94, 12. / 3. Dion Cass., LVI, 25, 2.

TEÓRIDE / *Theorís* (s. IV a.C.).— Adivina (*mantis*[1]) y sacerdotisa (*hiéreia*[2]) originaria de Lemnos[3]. El orador griego Demóstenes (384-322 a.C.)[4], dice de ella que era una hechicera y una *pharmakís* (envenenadora); la acusa de componer sortilegios y pretender curar a los enfermos de epilepsia así como de enseñar a los esclavos a engañar a sus amos. Tras un juicio fue culpada de *asebeía* (impiedad), siendo condenada a muerte por los atenienses, junto a toda su familia[5]. Es posible que Teoride fuese también sacerdotisa de algún culto extranjero, quizá el de Sabazio.

1. Filocoro, *FGrH*, 238 F 60. / 2. Plut., *Demost.*, 14, 6. / 3. Demost., XXV, 79. / 4. Demost., 14. / 5. Demost., XXV, 79 ss.

[Bibl.: Ziehen, «Theoris»: *RE*, V, A, 2 (1934), cols. 2237-2238.]

TEOTECNO / *Theóteknos* (s. III-IV d.C.).— Mago y profeta de Antioquía (Siria) que trataba de fundar un oráculo con una estatua de Zeus Philios

cuando fue muerto (313 d.C.) por orden del emperador romano Licinio por haber animado a Maximino Daia a luchar contra sus enemigos y a perseguir a los cristianos. Por ello Eusebio[1] dice de él que era hombre temible, charlatán, malvado y que no hacía honor a su nombre («hijo de Dios»). Teotecno llegó a ser nombrado, según dice el propio Eusebio, *curator civitatis* de Antioquía.

1. *HE*, IX, 2-3.

TESALIOS / *Thessalii*.— Los habitantes de la región griega de Tesalia, y en especial sus mujeres, eran famosos por sus prácticas de hechicería. Conocemos pocas hechiceras tesalias históricas (*Aglaonicé, *Filina), pero la literatura latina se interesó frecuentemente por ellas siendo especialmente celébres Ericto, Meroe y Mícale. Aun tratándose de recreaciones poéticas será útil recordarlas, especialmente para conocer sus técnicas.

La primera, Ericto (*Ericthó*), protagoniza el libro VI de la *Farsalia*[1] de Lucano (39-65 d.C.). Es Sexto Pompeyo, hijo de Pompeyo Magno, quien en el poema decide consultar a Ericto sobre su suerte en las guerras civiles de finales de la República. La hechicera parte para el campo de batalla en búsqueda de un cadáver que conservara los pulmones para poder hacerle hablar. Se trata, pues, de una escena de *nekyomanteía* (consulta adivinatoria a través de la sombra o el alma de un difunto), como la protagonizada ya por Ulises en la *Odisea* (a *Tiresias). Ericto viste un manto variopinto, lleva el rostro descubierto (apartando los mechones del rostro) y ciñe su cabellera con una guirnalda de víboras.

El ritual es simple. Después de hallar un cadáver y transportarlo hasta el bosque, el cuerpo del soldado muerto es preparado con el fin de hacerle revelar el futuro: transfunde sangre hirviente al pecho abierto, limpia de podre los meollos y le administra en abundancia el «virus lunar»; éste es mezclado con espuma de perros hidrófobos, entrañas de lince, vértebras de hiena, meollos de ciervos cebados con serpientes, etc.

Viene a continuación una plegaria que consta de dos partes diferenciadas: en la primera emite sonidos similares al ladrido de los perros, al aullido de los lobos, a los gemidos del búho y el vampiro, al silbido de la serpiente, todos ellos en «una única voz». La segunda parte va dirigida, ya en el lenguaje humano, a las divinidades infernales (Caos, Perséfone, Hécate, Cerbero, Caronte):

Si os invoco con boca suficientemente sacrílega y mancillada, si jamás canto estos ensalmos ayuna de carne humana, si a menudo he lavado pechos todavía llenos de espíritu humano, después de hacerlos rajar, con cerebro aún caliente, si todo crío del que he colocado cabeza y entrañas en vuestros platos iba a vivir, obedeced a mis ruegos. No reclamamos un alma oculta en la gruta del Tártaro y de tiempo acostumbrada a las tinieblas, sino una que aún desciende, abandonada la luz poco ha; todavía está parada en la primera hendidura del lívido Orco; aunque preste oídos a estas hierbas, una sola vez habrá de llegar a los Manes. La sombra pompeyana de un soldado, hace poco, uno de los nuestros, cántelo todo al hijo de su jefe, si es que las guerras civiles merecen vuestro beneplácito (*Fars.*, VI, 706-719).

Algunos autores (F. Graf) consideran que esta plegaria adopta la estructura de cualquier plegaria greco-romana, articulada, pues, por una *invocatio*, una *narratio* y, finalmente, unas *preces*. Pero, naturalmente, tanto la plegaria como los sacrificios constituyen una

inversión deliberada del culto ordinario romano.

Ericto, viendo que sus palabras no surten el efecto esperado, recurre a una segunda plegaria muy distinta de la anterior: esta vez es una invocación mágica (*carmen*) dirigida en un tono amenazante e imprecatorio:

Tisifone y tú, Mégera [dos de las tres Furias o Erinias], indiferente a mis palabras, ¿cómo no empujáis con crueles azotes, a través del vacío Erebo, a esta alma desgraciada? Ya os provocaré yo a salir mentándoos el nombre auténtico, y abandonaré los canes estigios en la luz de aquí arriba; os perseguiré, guardesa, por tumbas y funerales, os arrojaré de los túmulos y os echaré de todas las urnas. Y a ti, escuálida Hécate de lívido rostro, te mostraré a los dioses, ante los que sueles presentarte con otra fisonomía, y te impediré cambiar tu cara del Erebo. Difundiré, Hennea [Perséfone], qué manjares te retienen bajo el peso de la tierra, a costa de qué pacto amas al tétrico rey de la noche, qué lacras sufriste que determinaran a Ceres a no volver a llamarte. A ti, el peor de los árbitros del universo [Plutón], te introduciré al Titán, hendiendo tus cavernas y una súbita luz diurna te herirá. ¿Me obedecéis, o será preciso dirigirme a aquel a cuya invocación jamás la tierra deja de temblar sacudida, que contempla descubierta a Górgona y castiga a la Erinis con sus propios látigos, que habita los Tártaros fuera del alcance de vuestra mirada, para el que vosotros sois los dioses de arriba, y al que perjura por las ondas de la Estigia? (*Fars.*, VI, 711-749).

Al momento el cadáver se incorporó («fue despedido por la tierra», dice Lucano). La hechicera, dirigiéndose a él, le promete que, si habla y revela el futuro, nadie volverá a interrumpir su sueño eterno:

Dime lo que requiero a cambio de una gran recompensa; pues si dices la verdad, te haré inmune a las artes hemonias mientras dure el mundo: en tal sepulcro y con tales leños incineraré tus miembros al son de una fórmula de la Estigia, que tu sombra no volverá a escuchar encantada a ningún mago. Sea éste el precio de haber vivido por segunda vez: ni palabras ni hierbas osarán interrumpirte el sueño de un prolongado Leteo una vez que haya dado yo la muerte. A los trípodes y adivinos de los dioses les cuadra un hado enigmático: vuélvese cerciorado quienquiera pregunta la verdad a las sombras y acude esforzado a los oráculos de la muerte inexorable. No andes con miramientos, te lo ruego: di las cosas por su nombre, di los lugares; presta tu voz para que por ella los hados hablen conmigo (*Fars.*, VI, 762-774).

Finalmente el cuerpo sin vida del soldado prorrumpe en llanto y describe los principales acontecimientos que marcarán las guerras civiles romanas. Tras el relato, reclamó nuevamente la muerte. Nuevas fórmulas mágicas y hierbas son precisas para que el cadáver se desplome pero, al no mostrarse efectivas, Ericto decide levantar una pira funeraria donde el cadáver es quemado.

La hechicera tesalia Mícale (*Mycále*) es citada por Séneca (4-65 d.C.) en su tragedia *Hércules en el Eta* (vv. 525 ss.). La «docta Mícale» era la única entre todas las magas a quien seguía la luna. A ella se atribuía una pócima, con la que debían empaparse las vestiduras del esposo o la persona amada en caso de que una «odiosa rival» la hubiera robado el lecho.

Finalmente, la hechicera tesalia Meroe es citada en las *Metamorfosis* de Apuleyo (h. 155 d.C.). Se la describe como mujer entrada en años pero todavía muy elegante. Uno de los personajes de la novela, Sócrates, la encuentra al frente de una taberna en las

proximidades de la ciudad de Larisa; comparte con ella su excelente mesa, y después la cama, pero aquélla le roba todo cuanto posee.

Entre las «virtudes sobrenaturales» de Meroe, Apuleyo cita[2] su capacidad para rebajar la bóveda del cielo, suspender en los aires la tierra, petrificar las aguas, disolver las montañas, invocar a los poderes infernales, hacer descender sobre la tierra a los dioses, oscurecer las estrellas o iluminar el Tártaro.

Más adelante, tras señalar que es capaz también de que se enamoren de ella los habitantes de la comarca e incluso los indios y los etíopes[3], el personaje pasa a enumerar otros prodigios más creíbles que Meroe hizo en presencia de muchos testigos: transformar o convertir a uno de sus amantes en castór[4]; a un cantinero que le hacía la competencia, en rana[5]; a un abogado que había hablado contra ella, en borrego[6]; a la mujer de otro de sus amantes que se había burlado de ella y que estaba encinta la condenó a un embarazo permanente (de más de ocho años)[7].

Los habitantes de la zona, indignados con ella, decidieron condenarla a morir bajo una lluvia de piedras pero Meroe se adelantó: valiéndose, sobre una fosa, de ciertas *devotiones* sepulcrales, retuvo a todos encerrados en sus respectivas casas durante dos días completos, haciendo imposible forzar las cerraduras, arrancar las puertas o perforar las paredes[8]. Sólo cuando las gentes juraron no castigarla e incluso protegerla en caso de sentirse amenazada, se aplacó y liberó a toda la ciudad[9]. A quien había encabezado la oposición contra ella, lo transportó (con su casa y su solar) a otra ciudad situada en la cúspide de una roca abrupta[10].

Meroe lleva a cabo en un albergue su venganza sobre Sócrates (compañero de viaje de Lucio, el protagonista de la novela), quien había menospreciado su amor, la había mentido y, además, se preparaba para huir. Introduciéndose de noche en su habitación en compañía de su hermana Pantia, Meroe atraviesa con su espada el cuello de Sócrates, recogiendo cuidadosamente en un odre la sangre que brotaba. Después, introduciendo la mano derecha por la herida, Meroe extrajo el corazón de la víctima. Finalmente, Pantia puso una esponja cubriendo la herida entreabierta al tiempo que formulaba un conjuro: «Atención, esponja, ten cuidado: eres hija del mar, no pases por el río». Concluida la operación las hermanas se retiraron, no sin antes orinar sobre la cara de Lucio, el protagonista.

A la mañana siguiente, cuando Lucio se disponía a suicidarse, Sócrates se levanta con vida[11] creyendo que todo había sido un sueño. Pero, poco después de reanudar el viaje, apenas había tocado con los labios la superficie del agua para calmar su sed, la herida de su cuello se abrió saliendo por ella la esponja empapada en sangre; el conjuro de Pantia se había mostrado efectivo y el cuerpo de Sócrates quedó inánime sobre el río.

1. vv. 624-830. / 2. I, 8, 4. / 3. I, 8, 6. / 4. I, 8, 2. / 5. I, 8, 3. / 6. I, 8, 4. / 7. I, 8, 6. / 8. I, 9, 1-3. / 9. I, 9, 4. / 10. I, 9, 5. / 11. I, 13-17.

[Bibl.: En general: J. Cazeaux, «La Thessalie des magiciens», en B. Helly, *La Thessalie. Coll. Maison de l'Orient*, Lyon-Paris, 1979, pp. 265-275. Sobre Ericto: R. Gordon, «Lucan'Erichto», en *Homo Viator: Classical Essays for J. Bramble*, Bristol, 1987, pp. 231-241. Sobre la magia en Lucano: W. Fauth, «Die Bedeutung der Nekromantie-Szene in Lucan Pharsalia»: *RhM*, 118 (1975), pp. 325-344; L. Baldini, «Osservazioni sull'episodio magico del l. VI della Farsaglia»: *SFIC* (1976), pp. 140-147.]

TÉSALO DE TRALES / *Thessalós* (s. I d.C.).— Médico de época neroniana,

originario de *Tralles* (Caria) y fundador de la escuela metódica que fue instruido por Imouthis-Asklepios, dios protector de la magia, para iniciarse en la astrología y en la aplicación de las hierbas. Al menos es lo que pretende una carta (apócrifa) de Tésalo, preservada en un tratado astrológico[1].

Tésalo se dirige a un sacerdote egipcio residente en Dióspolis (Tebas), quien le propone conversar con el fantasma de un muerto o con la divinidad misma. Tésalo opta por hablar con el dios Asklepios. En el texto que a continuación se reproduce, traducido de la versión francesa, Tésalo relata su experiencia religiosa:

Tésalo a César Augusto, ¡salud! Muchos han intentado durante su vida, Augusto César, dedicarse al secreto de las cosas maravillosas, pero ninguno de ellos ha podido todavía llevar a buen término su proyecto, a causa de las tinieblas fatales que vienen a cubrir su espíritu: yo soy, pues, aparentemente, el único de todos aquellos que han existido desde el comienzo de los tiempos, en haber compuesto un tratado maravilloso. En efecto, si bien he emprendido una tarea que sobrepasa los límites de las fuerzas humanas, he sabido coronarla con el fin que le era debido, aunque es cierto que no sin muchas pruebas y peligros.

Después de haber ejercido en la ciencia de la gramática en Asia y haber llegado a ser el más sabio de los hombres de este país, decidí sacar provecho, por algún tiempo, de mi ciencia. Haciendo, pues, vela hacia esa ciudad a la que todos se apresuran a ir, Alejandría, provisto de una buena suma de plata, frecuenté los filólogos más prestigiosos y todos me hicieron alabanzas por mi amor al estudio y mi rapidez en comprender.

*Yo era también asiduo de las lecciones de los médicos dialécticos, pues ardía de una pasión increíble por esta ciencia. Como había llegado el momento de volver a casa, pues ya había avanzado mucho en medicina, me puse a recorrer las bibliotecas en busca de ciencia; y, habiendo descubierto un libro de *Nequepso que contenía veinticuatro maneras de tratar el cuerpo y todas las enfermedades según cada signo del zodíaco por medio de piedras y plantas, quedé turbado por la grandeza maravillosa de la empresa. Pero no había en ella, según parecía, más que vano humo de una fatuidad real: pues preparaba la píldora helíaca preconizada por el autor y sus otras recetas y fracasaba en todos los intentos que hacía tratando las enfermedades. Este error me pareció más cruel que la muerte y fui consumido de malhumor, pues habiéndome fiado ciegamente de esta obra, había alabado en una carta a mis familiares la virtud de estos remedios y les había anunciado que regresaría solo cuando hubiese adquirido la experiencia necesaria.*

En su narración, Tésalo recuerda que abandonó la ciudad de Alejandría a causa de las burlas de sus colegas médicos. Puesto que no deseaba tampoco volver a casa, decidió recorrer Egipto en la idea de realizar su experiencia o, si fracasaba, suicidarse. Su alma «le predecía sin cesar» que tendría un contacto con los dioses, por lo que tendía continuamente sus manos hacia el cielo suplicándoles una «visión durante el sueño» o «una inspiración de lo alto» que le revelara la forma de llevar a cabo sus proyectos.

Habiendo, pues, llegado a Dióspolis, la capital más antigua de Egipto, que posee multitud de templos, me establecí en ella; allí se encontraban, en efecto, multitud de sacerdotes amantes de las letras y sabios en muchas ciencias. El tiempo pasa, mi amistad por los sacerdotes iba en aumento y yo les pregunté un día si quedaba algo de la fuerza operatoria de la magia. Vi entonces que

la mayor parte de ellos se indignaba por mi temeridad en concebir tales esperanzas; sin embargo uno de ellos, que inspiraba confianza por la seriedad de sus costumbres y su gran edad, no defraudó mi amistad. Me aseguró que tenía el poder de producir visiones por medio de un plato lleno de agua. Le invité, pues, a dar un paseo conmigo por la parte más vacía de la ciudad sin decirle lo que deseaba. Llegamos hasta un bosque de los alrededores, de gran tranquilidad, y allí me arrojé de repente contra el suelo y, lleno de lágrimas, le besé los pies. Y como, extrañado ante lo inesperado de mi acción, me preguntara por las razones de mi comportamiento, le contesté que mi vida estaba en sus manos, que era necesario que conversara con un dios y que si, tal cosa no sucedía, estaba dispuesto a quitarme la vida. Entonces, levantándome del suelo y consolado con los mejores propósitos, me prometió cordialmente atender mis peticiones y me ordenó un ayuno de tres días. Yo, atraído por sus promesas, le besé la mano y le cubrí de agradecimientos, llorando como una fuente: pues es una ley de la naturaleza que una alegría inesperada provoca más lágrimas que la pena. Después, abandonando el bosque, comenzamos a ayunar, y estos tres días, en la impaciencia en que me hallaba, me parecieron otros tantos años.

Cuando llegó el tercer día, a partir de la aurora, fui a saludar al sacerdote; éste había preparado una habitación con todo lo que era necesario para la consulta; por mi parte, siempre previsor, había llevado, sin decírselo al sacerdote, papel y tinta para tomar nota de lo que se dijera. El sacerdote me preguntó si deseaba conversar con el fantasma de algún muerto o con un dios: «Con Asclepio», le dije, añadiendo que culminaría mi dicha si me dejara comunicarme con el dios a solas. Él me lo prometió de mala gana (su rostro así lo mostraba), pero me lo prometió. Allí abajo, habiéndome encerrado en la habitación y pidiéndome que me sentara frente al trono donde el dios tenía que aparecer, evoca a Asclepio gracias a la virtud de las palabras misteriosas, saliendo después de cerrar la puerta con llave. Yo estaba, pues, sentado estupefacto de cuerpo y alma a la vista de un espectáculo tan maravilloso (pues ninguna palabra humana sabría describir los rasgos de este rostro ni el esplendor de los ornamentos), cuando el dios, levantando su mano derecha, me saluda en estos términos: «¡Oh feliz Tésalo, hoy un dios te honra, y pronto, cuando hayan sabido de tus éxitos, los hombres te tendrán en reverencia como a un dios! Interrógame, pues, sobre lo que quieras; yo te responderé con agrado sobre todas las cosas». Pero aunque yo apenas podía hablar, fuera de mí y con el alma fascinada por la belleza del dios, sin embargo, le pregunté por qué había fracasado ensayando las recetas de Nequepso. Sobre ello el dios me dijo: «El rey Nequepso, hombre sensato que estaba en posesión de todo poder mágico, no recibió de ninguna voz divina ninguno de los secretos que tú quieres aprender; dotado de una sagacidad natural, había comprendido la afinidad existente entre las piedras y las plantas con los astros, pero no sabía los momentos y los lugares en los que era necesario recolectar las plantas. El crecimiento y la muerte de todos los frutos de la estación dependen del influjo de los astros; además, el espíritu divino que su extrema sutilidad hace pasar a través de toda sustancia, se expande en particular abundancia en los lugares que alcanzan los influjos astrales en el transcurso de su revolución cósmica (CCAG, VIII, 3, 134-151).

Tésalo *recibió* del dios un largo tratado (*Sobre las plantas sometidas a los doce signos del zodíaco y a los siete planetas*), prototipo de una ciencia profana revelada por un dios. En el epílogo

de la versión latina, Tésalo pregunta al dios si existe alguna planta que haga al hombre inmortal; Asklepios le responde que muchas, pero que no es bueno para el hombre que las conozca. Después desaparece y sube al cielo.

1. *CCAG*, VIII, 3, 134-151.

[Bibl.: Fragmentos en P. Boudreaux (ed.), *Catalogus Codicum Astrologorum Graecorum* VIII, 3, Bruxelles, 1912, pp. 132-165. Estudios: P. Boudreaux, «Notes sur quelques manuscrits grecs des bibliothèques de Rome. I. Thessalos l'astrologue»: *MEFRA*, 26 (1906), pp. 351-364; F. Cumont, «Écrits hermétiques, II: Le médicin Thassalus et les plantes astrales d'Hermes Trismégiste»: *Revue de Philologie*, 42 (1918), pp. 85-108; A. J. Festugière, «L'expérience religieuse du médicin Thessalos»: *Revue Biblique*, 48 (1939), 45 ss.; H. V. Friedrich, *Thessalus von Tralles: griechisch und lateinisch*, Meisenheim am Glan, 1968.]

TEUCRO / *Teukros* (s. I a.C.).— Astrólogo babilonio de época helenística. Escribió en griego una obra, *Sphaera barbarica*, compuesta quizá en Asia Menor, en la que describía el cielo y las estrellas fijas; también recogía en ella los términos egipcios, babilonios y griegos de las constelaciones. El resultado es una obra que, al menos, triplicaba el catálogo elaborado por Arato.

Su trabajo fue consultado a comienzos del Imperio por Asclepíades de Mirlea y por *Manilio; más tarde por los astrólogos Antioco y Retorio (s. VI d.C.) y, en Persia, por Abu Ma'shar, que lo tradujo del persa al árabe. Por su parte Ibn Ezra de Toledo, en el siglo XII d.C., lo tradujo al hebreo.

1. II, 3.

TEUDAS / *Theudâs* (s. I d. C.).— Profeta judío (quizá zelota), citado por el historiador Flavio Josefo[1], ejecutado por los romanos bajo el gobernador Cupio Fado, es decir, entre los años 44 y 46 d.C. Había persuadido a gran parte de los judíos a seguirle hasta el río Jordán anunciando que, como profeta («mago» le llama sin embargo Flavio Josefo), a una orden suya se abrirían las aguas del río y que de esta manera les haría fácil el cruce. El procurador romano truncó el intento lanzando la caballería contra la multitud y deteniendo a Teudas, al que más tarde se le decapitó la cabeza que sería enviada a Jerusalén.

Suele ser identificado con un agitador citado en el Nuevo Testamento[2]. Sabemos que, poco antes de la sedición de *Judas el Galileo, se sublevó al frente de 400 hombres. El fariseo Gamaliel, dirigiéndose al Sanedrín (ante el que comparecían los apóstoles Pedro y Juan), recuerda que «no hace mucho» Teudas se alzó diciendo «que él era alguien», se le adhirieron cuatrocientos hombres, cayó muerto y todos los que le obedecían se disolvieron. Recomienda, pues, permanecer al margen de los Apóstoles en la idea de que, igual que Teudas y Judas, fracasarán.

El Teudas de Gamaliel es uno de los muchos profetas y agitadores que aparecieron a comienzos del siglo I d.C.

Es posible que Flavio Josefo cometa un error situando al personaje cuarenta años después de la época en que realmente vivió.

1. *Ant. Jud.*, XX, 5, 1. / 2. 1 Hch 5, 36.

TIMARCO / *Timarchos* (s. IV a.C.).— Adivino griego (*mantis*), citado por Plutarco en su diálogo *Sobre el demon de Sócrates*[1]. El diálogo tiene lugar en Atenas en un círculo aristocrático protebano, donde se pide a Cafisias, hermano de Epaminondas, que narre el levantamiento de Tebas contra la guarnición espartana de la Cadmea (379 a.C.). El tema preferente de discusión

se centra en la naturaleza del demon socrático.

1. *Passim*.

[Bibl.: Traducción española del diálogo: R. M. Aguilar, *Plutarco. Obras morales y de costumbres (Moralia)*, VIII, Madrid, 1996, pp. 261-265.]

TIMEO / *Timaîos* (s. I a.C.).— Astrólogo griego del siglo I a.C. Según Antíoco[1], fijó los siete «lugares» influyentes del *Dodekatopos*, las cuatro esquinas, los dos trigonios del horóscopo y el orto del centro celeste. Plinio[2] le cita en varias ocasiones como *mathematicus*: recuerda su cálculo de la órbita de Venus y sus teorías tanto sobre los desbordamientos del Nilo[3] como la que sostenía que las hojas caen cuando el Sol pasa a la constelación de Escorpión[4]. *Vetio Valente[5] (s. II d.C.) alude a él en uno de los capítulos de su obra, así como Palchos[6]. Suidas cita entre sus escritos una *Mathematiká* (de contenido astrológico) y *Perì Physeos*.

1. *CCAG*, VIII, 3, 116, 3. / 2. *NH*, II, 38. / 3. *NH*, V, 55. / 4. *NH*, XVI, 82. / 5. II, 31. / 6. *CCAG*, I, 97.

TIMESÍTEO / *Timesítheos* (s. VI a.C.).— Adivino (*mantis*) griego, natural de Delfos, colaborador del político ateniense Iságoras, en cuya facción militaba. En el 508/507 a.C. tomó parte en el intento de Iságoras, apoyado por el espartano Cleómenes, de apoderarse de la acrópolis de Atenas y establecer un régimen oligárquico, pero fue hecho prisionero por los partidarios de Clístenes, siendo condenado a muerte[1].

Con anterioridad, además de como *mantis*, había destacado tanto por su valiente actuación en la guerra como por proclamarse vencedor en dos competiciones de pancracio en Olimpia y tres en Pitó[2]; sus éxitos deportivos le valieron la erección, en Olimpia, de una estatua, obra de Agéladas de Argos.

1. Herod., V, 72, 4; Paus., VI, 8, 6. / 2. Paus., VI, 8, 6.

TIRESIAS / *Teiresías*. Célebre adivino (*mantis*) tebano y destacado protagonista del llamado «ciclo tebano». Sobre sus orígenes existe acuerdo en presentarlo como hijo de Everes (un descendiente del *esparto* Udeo) y de la ninfa Cariclo[1]. Su nombre se relaciona con *téras* («signo prodigioso»), sin duda por su capacidad para interpretarlos (*teratoskópos*).

En cambio, tanto sobre su ceguera como sobre su arte adivinatoria circulaban tres versiones diferentes. Según una de ellas, quizá la más antigua, Tiresias había sido castigado con la ceguera, bien durante su infancia o ya en la madurez, por revelar a los hombres secretos que los dioses se reservaban para sí[2]. Otra, atribuida a Ferécides[3], sostiene que fue cegado por la Atenea: Tiresias vio involuntariamente a la diosa desnuda mientras tomaba un baño y ésta, tapándole los ojos con sus manos, los oscureció para siempre. La ninfa Cariclo, que contaba con el afecto de Atenea, le rogó que le devolviera la vista pero no pudo; en cambio, purificó sus oídos para que pudiera interpretar el lenguaje de las aves y le regaló un báculo de cerezo silvestre que le permitía caminar como si viese [4].

Una versión casi idéntica, pero más detallada, es presentada por Calímaco en su *Himno al baño de Palas*[5]: cuando Atenea se bañaba en compañía de Cariclo en la fuente Hipocrene, Tiresias, que, sediento, se había acercado a ella, las vio involuntariamente. Atenea, diosa virginal y casta, no pudo consentir que el mortal que la había visto des-

nuda quedara impune (si bien en el poema de Calímaco Atenea dice sólo que se le castiga porque a los dioses no se les puede ver sin su consentimiento): cegó a Tiresias pero, apiadada por las súplicas de la madre, lo convirtió en adivino de larga vida y le concedió el privilegio de ser el único que, una vez muerto, pudiera conservar su arte adivinatorio en el Más Allá. La ceguera es, en cualquier caso, una característica común a muchos adivinos griegos (*Fineo, *Evenio).

Por su parte Hesíodo[6], seguido por otros autores [7], ofrece la tercera versión: paseando Tiresias por el monte Cilene halló unas serpientes copulando; tras herirlas (o tras separarlas) fue transformado en mujer. Siete años después, pasando por el mismo lugar, volvió a ver otras dos serpientes acopladas y, actuando de la misma forma, recuperó su sexo original. Ovidio[8] pone en boca de Tiresias el siguiente razonamiento: «Si el poder de los golpes que recibís es tan grande que hace que se transforme en su contraria la naturaleza de quien os los da, voy a heriros también ahora». Algunas fuentes añaden que el cambio de varón a hembra se produjo al golpear a la serpiente hembra y el de hembra a varón al golpear al macho.

Finalmente, cuando Zeus y Hera discutían sobre quién disfrutaba más en los encuentros amorosos, si la mujer (como creía el dios) o el hombre (como pensaba la diosa), decidieron llamar a Tiresias, que conocía por experiencia el amor desde ambos sexos. Éste dijo que, si el placer tuviera diez partes, «una sola parte de diez goza el hombre; las diez satisfacen a la mujer deleitando su mente»[9]. Entonces Hera, encolerizada por la respuesta, lo cegó, pero, en compensación, Zeus le concedió el arte de la adivinación y una larga vida, en opinión de algunos antiguos, de hasta siete generaciones (se le hacía vivir entre los tiempos de Cadmos y la caída de Tebas, saqueada por los Epígonos). Hesíodo pone en boca suya la siguiente plegaria a Zeus:

Zeus padre, ojalá, ojalá me hubieras dado un tiempo de vida más corto y ver en mis entrañas preocupaciones iguales a las de los hombres mortales. Pero ahora ni un poco me honraste tú que me hiciste tener un largo tiempo de vida y vivir siete generaciones de hombres mortales (*apud* Tzetes, *Licofr.*, 682).

Sólo el apenas conocido Sóstrato[10], que escribió un poema elegíaco titulado *Tiresias*, se aparta de los autores que siguen la versión hesiodea, pues dice que el adivino cambió siete veces de sexo.

Desde entonces Tiresias —en su papel de transmisor de los anuncios divinos— aparece como un viejo, a veces cansado de la vida, sin ambiciones. Juega, sin embargo, un destacado papel en *Antígona* y *Edipo Rey* de Sófocles y en *Las Fenicias* y en *Las Bacantes* de Eurípides.

Se le atribuían muchas profecías relativas a los acontecimientos más importantes del llamado ciclo tebano:

a) Revela a Anfitrión la infidelidad involuntaria de su esposa, Alcmena (Zeus había tomado la apariencia de Anfitrión), de la que nacería Heracles[11].

b) Descubre los crímenes de Edipo y aconseja a Creonte que expulse al rey para librar a Tebas de la mancha que éste le impone.

c) Durante la primera guerra tebana (Expedición de los Siete Jefes), Tiresias revela a los suyos que el único medio de salvar la ciudad y vencer a los argivos era que Meneceo, hijo del rey tebano Creonte, fuera sacrificado a Ares. El sacrificio de Meneceo parece ser una innovación de Eurípides. En *Las Fenicias* el adivino dice a Creonte:

Escucha entonces, pues, la senda de mis predicciones [eso que, si lo hacéis,

salvaréis a la ciudad de los Cadmeos]. Debes sacrificar a este Meneceo en favor de la patria, a tu propio hijo, ya que tú eres el que invoca al destino (*Fen.*, 911-914).

Creonte reacciona violentamente contra el adivino, negándose a sacrificar la vida de su hijo. Tiresias, tras explicarle las razones por las que había caído tal desgracia sobre su familia, termina exponiendo la difícil situación de los adivinos:

En lo que de mí depende, todo lo sabes. Guíame, hija, hacia casa. Quien se dedica al arte de los presagios, pierde su vida. Si se da el caso de que anuncia dolores se hace odioso a aquellos a los que pronostica los augurios. Y si dice mentiras por piedad hacia quienes le consultan viola los preceptos de los dioses. ¡Sólo Febo debiera dar oráculos a los humanos, él que no tiene temor a ninguno! (*Fen.*, 954-959).

Meneceo, que ofrece voluntariamente su vida por el bien de la patria al conocer la predicción de Tiresias, es un antídoto contra el egoísmo de los demás, el mejor héroe ciudadano. Después de la inmolación de Meneceo se cumplen las predicciones de Tiresias, pues Capaneo escala la muralla de Tebas, pero muere alcanzado por un rayo de Zeus, tras lo cual los argivos se retiran.

d) Cuando, tiempo después, los Epígonos dedicieron atacar Tebas para vengar la muerte de sus padres, Tiresias aconsejó a los tebanos recurrir a las negociaciones y abandonar de noche la ciudad para evitar una matanza general; enviado un heraldo a los enemigos, y subiendo a los carros a los niños y mujeres, los tebanos lograron salir de la ciudad y salvarse [12]. Sin embargo, esa misma noche, al llegar a la fuente llamada Tilfusa, sediento y cansado de andar, Tiresias bebió de ella y murió [13]. Su tumba, situada en las proximidades, era visitada aún en época histórica. No obstante, según otra versión, Tiresias había sido capturado por los argivos, junto a su hija Manto, muriendo de fatiga en en el camino a Delfos, cerca de Haliarto[14].

También en plena época histórica se mostraba en Tebas el lugar desde donde Tiresias observaba las aves con fines adivinatorios[15]; dado que no podía contemplar su vuelo, escuchaba con atención su canto y el revoloteo de sus alas. Por ello Sófocles puso en boca del adivino las siguientes palabras dirigidas a Creonte (con las que comienza a revelarle la muerte inminente de su hijo):

Lo sabrás, si das oídos a los presagios de mi arte. Estaba yo sentado en mi sitial de auspicios acostumbrado, puerto adonde afluían toda clase de aves, cuando oigo un alboroto de pájaros extraño para mí, chirriando todos con funesta furia y en tumultuosa algarabía; noté que con sus garras se estaban destrozando cruelmente los unos a los otros, pues lo decía a voces el ruido de sus alas (*Antig.*, 1000 ss.).

En otras ocasiones la ceguera le impide examinar personalmente las vísceras de las víctimas para conocer a través de ellas el futuro. Recurre entonces a los «ojos», es decir, a la descripción que le hacen otros, como su propia hija.

Durante la época helenística y romana, el nombre de Tiresias aparece asociado a varias leyendas: el adivino aconseja al rey Penteo que no se oponga a la introducción del culto a Dioniso en Beocia y revela la suerte de la ninfa Eco después de su metamorfosis. También predice la muerte de Narciso[16].

Tiresias había recibido de Zeus el privilegio de conservar, después de su muerte, el don de la profecía. Ya en los poemas homéricos, Ulises —por indicación de Circe— emprende su viaje al país de los cimerios para evocar la sombra del adivino (*necyoman-*

teía) con el fin de conocer cómo regresar a Ítaca:

¡Oh Laertíada, retoño de Zeus, Ulises mañanero! / ¿Cómo ha sido, infeliz, que, a la luz renunciando del día, / has venido los muertos a ver y el lugar sin contento? / Mas aparta del hoyo, retira el agudo cuchillo, / que yo pueda la sangre beber y decir mis verdades (Od., XI, 90 ss.).

Tiresias, empuñando un cetro de oro, anuncia a Ulises que llegará a su patria solo y en un barco extranjero; que tendrá que vengarse en ella de los pretendientes de Penélope, pero que después deberá partir nuevamente con su remo al hombro hasta que llegue a un país cuyos habitantes, no conociendo el mar, le preguntarán qué bieldo es ése que lleva: allí deberá realizar un sacrificio expiatorio en honor de Poseidón, tras el cual podría regresar nuevamente al hogar. Finalmente le anuncia su propia muerte que le llegará, en edad avanzada, lejos del mar:

Claro Ulises, en ansias estás de tu dulce regreso, / pero un dios te lo va a hacer penoso. No pienso que olvide / el que bate la tierra las iras que puso en su pecho / al entrar en furor contra ti, que cegaste a tu hijo; / mas con todo, entre muchos trabajos vendréis a la patria / si decides tu gusto frenar y el ardor de tus hombres. / Una vez atracada tu sólida nave en la isla / de Trinacria después de escapar a las cárdenas aguas, / unas vacas pastando verás entre recias ovejas: / son del Sol, el que todo lo mira, el que todo lo escucha. / Si a esas reses respetas, atento tan sólo al regreso, / a la patria podréis arribar aún con grandes trabajos; / mas si en algo las dañas, entonces predigo ruina / para ti, tu bajel y tu gente. Y si tú la esquivases, / irás tarde, en desgracia, con muerte de todos los tuyos, / sobre nave extranjera y allí encontrarás nuevos males: / unos hombres que henchidos de orgullo te comen los bienes / pretendiendo a tu esposa sin par con ofertas de dotes. / Verdad es que al llegar vengarás sus violencias; mas luego / que a los fieros galanes des muerte en tus salas, ya sea / por astucia, ya en lucha leal con el filo del bronce, / toma al punto en tus manos un remo y emprende el camino / hasta hallar unos hombres que ignoren el mar y no coman / alimento ninguno salado, ni sepan tampoco / de las naves de flancos purpúreos ni entiendan los remos / de expedito manejo que el barco convierte en sus alas. / Una clara señal te daré, bien habrás de entenderla: / cuando un día te encuentres al paso con un caminante / que te hable del bieldo que llevas al hombro robusto, / clava al punto en la tierra tu remo ligero y ofrece / al real Posidón sacrificios de reses hermosas, / un carnero y un toro, un montés cubridor de marranas; / luego vuelve a tu hogar, donde harás oblación de hecatombes / uno a uno a los dioses que pueblan el cielo / anchuroso; librado del mar, llegará a ti la muerte, / pero blanda y suave, acabada tu vida en la calma / de lozana vejez; entretanto tus gentes en torno / venturosas serán. Éstas son las verdades que anuncio (Od., XI, 100-137).

La imagen del adivino impartiendo sus profecías desde el mundo de ultratumba explica que en Orcómene existiera desde muy antiguo un oráculo de Tiresias.

Se ha observado que las profecías de Tiresias no están ligadas al dios Apolo. Su saber le viene de Atenea o de Zeus (Píndaro[17] le llama «profeta de Zeus»), lo que explica el enorme prestigio de este adivino a lo largo de la historia.

1. Apolod., III, 6, 7; Teocr., *Idil.*, XXIV, 65; Ferecid., Fr. 16. / 2. Apolod., III, 6, 7. / 3. *apud* Apolod., III, 6, 7. / 4. Apolod., III, 6, 7. / 5. vv. 57 ss. / 6. Fr. 275. / 7. Ovid., *Met.*, III, 316-318; Higin., *Fab.*, 75; Ant. Lib., 17; Fleg.

Tralles, 257 F 36; Lact. Plac., *Theb.*, II, 95. / 8. *Met.*, III, 328-330. / 9. Hes., Fr. 275. / 10. *apud* Eust., 1665, 40-64. / 11. Apolod., II, 4, 8. / 12. Apolod., III, 7, 3; Diod., IV, 66. / 13. Paus., IX, 33, 1; Diod., IV, 67, 1. / 14. Paus., VII, 33, 1; IX, 18, 3. / 15. Paus., IX, 16, 1. / 16. Ovid., *Met.*, III, 349 ss. / 17. Nem., I, 60.

[Bibl.: C. García Gual, «Tiresias o el adivino como mediador»: *Emerita*, 43 (1975), pp. 107-132 = *Mitos, viajes, héroes*, Madrid, 1996; L. Brisson, *Le mythe de Tirésias. Essai d'analyse structurale*, Leyden, 1976; A. Paparizos, «Autorité mantique et autorité politique: Tirésias et Oedipe»: *Kernos*, 3 (1990), pp. 307-318; G. Ugoldini, «Tiresia e i sovrani di Tebe: il topos del litigio»: *MD*, 27 (1991), pp. 9-36; N. Loreaux, *The experiences of Tiresias. The femenine and the Greek Mon*, Princeton, 1995.]

TISAMENO / *Tisamenós* (s. V a.C.).— Célebre adivino griego (*mantis*) y sacrificador, hijo de *Antíoco y hermano de Agias, de la familia de los *Yámidas[1], originario, por tanto, de la Élide. Tisameno fue, a su vez, padre de *Agéloco, abuelo de *Agias y quizá también de *Tisameno. Vivió en época de las guerras médicas, muriendo quizá tras la batalla de Tanagra (457 a.C.)

Heródoto[2] dice que en una ocasión Tisameno consultó a la pitia de Delfos si tendría o no descendencia, a lo que la profetisa le respondió que saldría vencedor en cinco famosas contiendas. Pensó Tisameno que con esta oscura respuesta la pitia se refería a los juegos olímpicos, presentándose al pentatlón (competición que comportaba cinco modalidades atléticas), pero fue vencido por su rival, Hierónimo Andrio.

De su derrota dedujo inmediatamente que la respuesta de la pitia se refería no a las competiciones deportivas sino a contiendas militares. Los espartanos, que no desconocían la respuesta de la pitia, procuraron atraerlo con dinero para que colaborara con el ejército espartano. Tisameno, haciéndose de rogar, puso entonces como condición que se le concediera la ciudadanía espartana con todos sus privilegios e incluso, algo después, exigió idéntica pretensión para su hermano Agias. Atemorizados por la suerte de la guerra contra los persas, los espartanos cedieron finalmente a sus reclamaciones, quizá poco después de la batalla de las Termópilas (480 a.C.); según Heródoto los hermanos fueron los dos únicos extranjeros que obtuvieron la nacionalidad espartana. En compañía del ejército espartano Tisameno participó en cinco expediciones: Platea (contra los persas), Tegea (contra tegeatas y argivos), Dipea, Itome (contra los hilotas) y Tanagra (contra argivos y atenienses).

Tisameno se convirtió no sólo en garante de las victorias del ejército espartano sino en un hábil y prudente consejero militar. Heródoto[3] dice que durante la batalla de Platea (479 a.C.), las víctimas sacrificadas por Tisameno anunciaron una victoria para los griegos si los invadidos se mantenían a la defensiva, pero señales desfavorables en caso de querer pasar el Asopo y atacar los primeros.

En el asedio a los hilotas sublevados de Itome, los espartanos dejaron salir a todos aquellos hilotas y mesenios que lo desearan (con el fin de evitar una masacre inútil) obedeciendo, según dice Pausanias[4], los consejos de Tisameno (secundado a su vez por el oráculo de Delfos). A su muerte se construyó una tumba a cargo del Estado para él y los suyos; sus descendientes siguieron asesorando espiritualmente al ejército espartano.

1. Herod., IX, 33, 1. / 2. IX, 33. / 3. IX, 36. / 4. III, 11, 8.

[Bibl.: Schwahn, «Teisamenos»: *RE*, V, A, 1 (1934), cols. 135-136.]

TISAMENO DE ESPARTA / *Tisamenós* (s. V a.C.).— Adivino griego (*mantis*), de la familia de los *Yámidas, quizá nieto del anterior y hermano o hijo de *Agias. Natural de Esparta, vivió en la segunda mitad del siglo V a.C.

Según Jenofonte[1] el nombre del adivino Tisameno figuró en la lista de cómplices de la conjura de Cinadón (398 a.C.). Cinadón debía de ser un espartano libre, pero no ciudadano, quizá un espartano empobrecido, un *hypomeion,* que trataba de organizar una alianza de diversos grupos sociales contra los espartanos. Sin embargo una información de lo que se tramaba, puesta en conocimiento de los magistrados (éforos), permitió la detención de los conjurados.

Jenofonte describe con detalle los funestos presagios que aparecieron en varias ocasiones cuando el rey espartano Agesilao estaba sacrificando; fue entonces cuando un delator —cuyo nombre ha permanecido en el anonimato— reveló a los éforos que Cinadón estaba preparando una revuelta. Tanto Cinadón como Tisameno y otros colaboradores debieron pagar duramente el intento.

1. *Hell.*, III, 3, 11.

[Bibl.: Schwahn, «Teisamenos»: *RE*, V, A (1936), col. 136.]

TISIS.— *Epébolo.

TOLOMEO.— *Ptolomeo.

TRASIAS DE MANTINEA / *Thrasýas* (s. IV a.C.?).— Fabricante y vendedor de drogas (farmacópola), citado por Teofrasto[1]. Descubrió una droga de tal eficacia que era capaz de hacer que el desenlace fatal fuera fácil e indoloro. Empleaba los jugos de la cicuta, de la adormidera y de otras hierbas análogas en dosis tan pequeñas que pesaban menos de una dracma. No existía nada capaz de neutralizar este veneno que, además, conservaba su poder durante un tiempo prolongado sin perder sus propiedades. Teofrasto añade que Trasias cogía la cicuta no de cualquier sitio sino de lugares «fríos y sombríos». Su discípulo, Alexias, fue también experto en la preparación de venenos.

1. *HP*, IX, 16, 8.

TRASÍBULO DE ÉLIDE / *Thrasyboulos* (s. III a.C.).— Adivino perteneciente a la familia de los *Yámidas, hijo de *Eneas. A mediados del siglo III a.C. colaboraba con los mantineos. En una batalla contra el rey espartano Agis IV (244-241) anunció a los de Mantinea la victoria ayudándoles personalmente.

Los mantineos le elevaron una estatua, descrita por Pausanias[1], en la que se le representaba con un perro sacrificado a sus pies, en dos trozos y dejando ver el hígado, y un lagarto trepando hacia su hombro derecho. Algunos autores (así Bouché-Leclercq, H. W. Parke) han interpretado este hecho como un deseo de Trasíbulo de combinar el método de la extispicina con las técnicas adivinatorias de los *Galeotas de Sicilia.

Respecto a la primera de estas técnicas adivinatorias habría sido un innovador, pues hasta entonces la adivinación griega aplicaba la extispicina a las entrañas de las cabritos, los corderos y terneros. Los adivinos chipriotas habían añadido a esta lista el cerdo. Trasíbulo sería, pues, el primero que observó las entrañas del perro.

Pero, a juzgar por una serie de testimonios[2], sabemos que el perro partido en dos mitades era utilizado en Grecia no como animal para la adivinación, sino en una ceremonia purificatoria del ejército; dicho ritual, quizá de origen

indoeuropeo, era utilizado por los ejércitos macedonio y beocio. La estatua de Trasíbulo dedicada en Olimpia simbolizaría, pues, no las dos técnicas adivinatorias citadas sino la predicción del porvenir (mediante la observación de los movimientos del lagarto) y los ritos de purificación mágica del ejército en la apertura de la campaña militar.

Plutarco[3] cita a Trasíbulo entre los asesinos de Aristótimos, tirano de Elis (270 a.C.), y Pausanias[4] como donante de una estatua del rey Pirro en Olimpia, lo que parece poco probable. Agatino, hijo de Trasíbulo, recibió, a su vez, una estatua de los habitantes de Acaya[5].

1. VII, 2, 4. / 2. Liv., XL, 6, 1-3; Curcio, X, 9, 12. / 3. *Mor.*, 253, b. / 4. VI, 14, 9. / 5. Paus., VI, 13, 11.

[Bibl.: S. Montero, «La estatua del adivino Trasíbulo», en *Hommage offert à Robert Turcan* (en prensa).]

TRASÍBULO / *Thrasyboulos* (s. III d.C.).— Astrólogo consejero y amigo personal del emperador Alejandro Severo (222-235 d.C.). Según la *Historia Augusta*[1] le predijo que necesariamente moriría «atravesado por una espada bárbara»; Alejandro se alegró creyendo que tendría una muerte digna de un emperador y un militar. Más tarde se cumplió el anuncio de Trasíbulo pero no como el emperador lo había entendido: un germano de su propia guardia le mató mientras dormía.

1. *AS*, 62, 2-4.

TRASILO/ *Thrásyllos* (s. V-IV a.C.).— Adivino (*mantis*[1]), originario de Sifnos y padre de tres hijos (Sopolis, Trasíloco y una hija) a los que dejó en herencia todo cuanto poseía. Estuvo casado tres veces; su última esposa era una respetada mujer de Seriphos.

Trasilo era amigo y huésped del *mantis* *Poleméneto, de quien heredó sus libros sobre la adivinación y una parte de su fortuna, lo que le hizo muy rico. Fue éste también quien le inició tempranamente en el arte de la adivinación. Muerto su maestro, Trasilo ejerció el arte de la adivinación, viajando por Grecia; tras un largo período ausente, regresó nuevamente a su ciudad natal.

Isócrates le cita en uno de sus discursos, la *Eginética,* cuyo asunto es el siguiente: Trasíloco, hijo de la tercera mujer del adivino Trasilo, adoptó en su lecho de muerte a un sobrino de la primera mujer de su padre y le designó para casarse con su hermana. Pero una hermanastra de Trasíloco, hija ilegítima de Trasilo, reivindicó la herencia.

Trasilo murió en el 395 a.C. según sabemos por el propio Isócrates, contemporáneo suyo.

1. Isocr., XIX, 45.

TRASILO DE ALEJANDRÍA / *Tiberius Claudius Thrasyllus* (36 d.C.).— Célebre astrólogo, de origen alejandrino, y una de las más destacadas figuras de la filosofía y de las letras de su tiempo.

Nada sabemos de él con anterioridad a su establecimiento en Rodas. Quizá eligió esta isla por su intensa vida intelectual que desde los tiempos de Panecio atrajo a destacadas personalidades de Roma (Cicerón, César). Allí, en los círculos filosóficos en los que quizá enseñó, tuvo ocasión de conocer a Tiberio, quien voluntariamente se había exiliado allí (6-2 a.C.).

Tácito no dice que ambos se conociesen en los círculos intelectuales pero ofrece una versión del primer encuentro. Según el historiador[1], Tiberio llevó al astrólogo a unas rocas de la isla con el fin de arrojarlo al mar si en el transcurso de la conversación tenía alguna sospecha de él o se sentía enga-

ñado en sus pronósticos astrológicos. Pero pronto quedó impresionado, primero por pronosticarle su futuro y el imperio y, además, porque el astrólogo egipcio, averiguando a instigación de Tiberio su propio horóscopo, le advirtió la amenaza de «un riesgo ambiguo y casi extremo».

Suetonio[2] narra la anécdota —que sitúa poco antes del regreso de Tiberio a Roma tras el exilio— con otras variantes: justo en el momento en que Tiberio había decidido arrojarlo al mar, por considerarle un farsante y haberle confiado imprudentemente muchos secretos, Trasilo afirmó que una nave que se divisaba a lo lejos era portadora de buenas noticias. Dion Cassio dice también[3] que Trasilo «poseía una visión tan clara de todos los asuntos» que cuando divisó a lo lejos la embarcación, comunicó a Tiberio que llegaba un mensaje de Augusto y Livia invitándole a regresar a Roma, como así fue.

En cualquier caso, a partir de entonces Trasilo pasó a formar parte de su séquito como consejero y amigo[4] (según Suetonio, como *sapientiae professorem*). Fue probablemente él quien le inició en los secretos y, sobre todo, en la práctica de la astrología. Trasilo obtuvo, gracias a Tiberio, la ciudadanía romana[5], pasando a llamarse *Tiberius Claudius Thrasyllus*.

Entre ambos se entabló una amistad que duró hasta el final de sus vidas. Para autores como Temistio[6] aquella llegó a ser un claro ejemplo de «famosa amistad». Sólo el emperador Juliano, en una carta[7], contradice la tradición popular sobre la buena amistad entre el emperador y el astrólogo.

Una vez llamado Tiberio a Roma por Augusto en el año 2 d.C. (Augusto le nombró oficialmente como heredero en el 4 d.C.),

Trasilo viajó con él, estableciéndose en la capital del Imperio. Es posible (H. Cramer) que el propio Tiberio hiciese de mediador cuando Trasilo pidió la mano de la princesa Aka de Commagene; allí estaba establecida una dinastía que venía mostrando tradicionalmente un gran interés por la astrología. El matrimonio debió de celebrarse en torno al año 2 d.C.

Trasilo, una vez en la corte, pudo haber influido sobre algunos astrólogos como *Manilio, autor de un poema astrológico titulado *Astronomica* (H. Cramer); sobre él pudieron dejarse sentir, en concreto, algunas de sus nuevas teorías astrológicas como el *thema mundi*, el *heptazonos* o la doctrina de los doce lugares y la *physis* de los planetas y signos zodiacales.

Trasilo llegó a mantener un trato directo y asiduo con el emperador Augusto, sobre todo en los últimos años de la vida de éste (14 d.C.). Así se desprende de una conversación entre ambos mantenida durante la celebración de un banquete en la isla de Capri que Suetonio reproduce[8].

Pero la influencia de Trasilo llegó a su cota más alta a partir del año 14, cuando su amigo Tiberio llega al poder. H. Cramer sostiene que antes del 15 d.C. se produjo la boda entre la hija de Trasilo y un caballero romano llamado L. Ennio. Por otra parte, las relaciones de Trasilo con la familia imperial parecen haber sido —a excepción de con Druso— bastante amistosas. Es probable que —como cree Cramer— existiera una alianza entre Trasilo y el poderoso prefecto del pretorio, Sejano, (especialmente frente a las aspiraciones de Druso, asesinado en el 23 d.C.); pero cuando el prefecto comenzó a pensar seriamente en desplazar al emperador en su propio provecho, Trasilo se negó a traicionar su amistad y le abandonó.

Durante estos años, Tiberio coleccionaba los horóscopos de los personajes más notables y según los resultados del examen hecho por él mismo o por Trasilo se deshacía de los que esta-

ban llamados por los astros a ocupar altos destinos[9]. De igual forma sabemos[10] que Trasilo, en colaboración con Tiberio, examinó el horóscopo de Galba; anunciándole Trasilo que Galba llegaría a ser emperador, pero en una fecha avanzada (lo que sucedió en el 69 d.C.) Tiberio decidió nombrarle cónsul (33 d.C.)[11].

Pero Trasilo es descrito también por las fuentes en su papel de moderador del emperador: Suetonio[12] dice que si Trasilo no hubiera inducido al emperador a aplazar algunas ejecuciones haciéndole creer que le quedaban aún muchos años de vida, aquél hubiera hecho perecer a muchas personas más. También Dion Cassio[13] insiste en esta falsa predicción de Trasilo.

Cuando Tiberio se preocupó por la figura de su sucesor, consultó también a Trasilo; éste declaró que Cayo [es decir, Calígula, su futuro sucesor] «tenía tantas probabilidades de ser emperador como de atravesar a caballo el golfo de Bayas»[14]. Quizá para dar la razón al astrólogo, Calígula —siendo ya emperador— hizo construir un gigantesco puente de madera que cruzaba dicho golfo.

Trasilo fue un escritor polifacético. Escribió un tratado de astrología titulado *Pinax*, que dedicó a un cierto Hierocles[15], probablemente un sacerdote rodio, lo que hace pensar que fue redactado en la isla (W. Gundel); en él cita y maneja las obras de astrólogos legendarios como *Nequepso y Hermes Trismegisto[16].

Según un escolio[17], también fue autor de varios libros sobre pitagorismo y platonismo que aún en el siglo III d.C. seguían siendo consultados; Porfirio[18] los consideraba como los mejores en esta materia. Los autores tardíos le atribuyen un tratado titulado *Sobre los siete tonos* (*Perì ton eptà tónon*) pero no queda ningun fragmento de él; el título, sin embargo, tiene resonancias pitagóricas.

Quizá por ello se cree (H. Cramer) que fue él (y no Trasilo de Mendes) quien escribió un lapidario o tratado sobre las propiedades de las piedras, *Perì líthon*, en tres libros, que con frecuencia eran puestas en relación con el Zodiaco. El Pseudo-Plutarco[19] la atribuye a un Trasilo de Mendes.

Pero Trasilo fue conocido también por su actividad como editor y filólogo. Basándose en los trabajos de los alejandrinos procedió a realizar un catálogo de los escritos de Demócrito en trece tetralogías. También cuidó una edición de Platón, si bien parece poco probable que fuera él quien diera una división tetralógica a los diálogos platónicos.

Plinio le cita como una de las fuentes de sus libros[20], pero mucho más tarde *Vetio Valente[21], en el siglo II d.C., y Hefastion de Tebas[22], en el IV d.C., seguían utilizando sus trabajos. Trasilo debió de morir poco antes de Tiberio, en el año 36 d.C.[23].

1. *Ann.*, VI, 21. / 2. *Tib.*, 14, 6. / 3. LV, 11. / 4. *Tib.*, 14, 4. / 5. *CIL*, III, 7107. / 6. *Or.*, V, 8; 11; 34. / 7. *Epist. ad Themist.*, fr. 265, C-D. / 8. *Aug.*, 98, 4. / 9. Dion Cass., LVII, 19. / 10. Tacit., *Ann.*, VI, 20. / 11. Dion Cass., LVII, 19, 4; Suet., *Galb.*, 1. / 12. *Tib.*, 62, 3. / 13. LVIII, 27, 3. / 14. Suet., *Calig.*, 19, 3. / 15. Hefest., 8, 2, 99. / 16. Hefest., 100, 19; 101, 16-17. / 17. *Schol. Iuv.*, VI, 576. / 18. *Vita Plot.*, 20. / 19. *De fluviis*, XI, 4. / 20. *NH*, II, 9 y 31. / 21. *Anthologiae*, 9, 11 ed. Kroll / 22. *Cat.*, 6, 100, 11. / 23. *Tib.*, 62, 3; Dion Cass., LVIII, 27, 1.

[Bibl.: W. Gundel, «Thrasyllos»: RE, VI, A, 581 ss.; C. Cichorius, «Der Astrologe Thrasyllos und sein Haus», en *Römische Studien*, Berlin, 1922, pp. 390-398; H. Cramer, *Astrology in Roman Law and Politics*, Philadelphia, 1954; J. Gagé, «Tibère à Capri: histoire, légende et thèmes astrologiques»: *Revue des Études Italiennes*, 8 (1961), pp. 25-35.]

TRIFOSA / *Tryphôsa* (s. II d.C.).— Nombre de la única sacerdotisa que conocemos del santuario oracular de

Dídima, en las proximidades de Mileto (el tercero en importancia de los templos del mundo griego tras el Artemision de Éfeso y el Heraion de Samos). Es citada en una inscripción hallada en el templo que se data en el año 200 d.C.[1]. Pertenecía a una familia noble de Mileto, lo que desmiente el requisito de que las profetisas fueran necesariamente mujeres incultas de baja extracción social. Como en Delfos, el oráculo era transmitido por el dios Apolo a través del trance de su sacerdotisa; previamente ésta se sometía a un baño purificatorio y a un período de ayuno. Antes de ser entregada, la respuesta era versificada por un «profeta».

1. W. Günther, *Ist. Mitt.*, 30 (1980), p. 164, insc. núm. 5.

TUMANTE / *Thoýmantis* (s. v a.C.).— Adivino griego (*mantis*), quizá de origen ateniense, que vivió en la segunda mitad del siglo v a.C. Viajaba de un lugar a otro ofreciendo sus servicios, siendo muy celebrada su extrema delgadez. Aristófanes[1] dice de él que, privado de todo hogar y derramando lágrimas arrancadas por el hambre, se agarraba suplicante al carcaj del Apolo délfico para evitar el rigor de la miseria. El cómico Hermipo[2] también ridiculizaba el hambre del adivino Tumante.

1. *Eq.*, 1268. / 2. Fr. 35 Koch.

U

UMBRICIO MELIOR / *Umbricius Melior* (s. I d.C.).— Harúspice personal del emperador Galba (69 d.C.). Originario de la colonia de *Florentia*, es conocido tanto a través de las fuentes historiográficas como de una inscripción hallada en Tarento[1] en la que se le menciona como *haruspex Caesarum*, es decir, de Vespasiano y sus hijos. Fue también patrono del municipio (*patronus municipii*).

Tácito[2] dice que el 15 de enero del año 69 d.C., al ofrecer el emperador un sacrificio ante el templo de Apolo, Umbricio le anunció que las entrañas de la víctima eran de mal presagio, que lo amenazaban asechanzas y que tenía un enemigo en su casa (éste no podía ser otro que Otón, presente en la ceremonia, quien interpretó favorablemente el anuncio).

Por su parte Suetonio, sin citar el nombre del harúspice, dice[3] que antes de ser asesinado el emperador, Umbricio le advirtió varias veces, mientras estaba realizando un sacrificio, que se guardara de un peligro, ya que los asesinos estaban cerca.

Pero es Plutarco[4] quien ofrece mayor número de detalles; señala que cuando sacrificaba Galba en su palacio en presencia de los suyos, el harúspice Umbricio, en el momento de tomar en sus manos las entrañas de la víctima, exclamó que veía claramente en la cabeza del hígado señales (*semeia*) de revolución y un inminente peligro que amenzaba al emperador. El historiador griego añade también que Otón, presente en la ceremonia, estaba muy atento a lo que Umbricio decía y anunciaba; interpretando los signos haruspicinales a su favor, se ausentó con un pretexto para unirse a los conjurados en el Foro. Aprovechando que el emperador y su harúspice seguían ocupados inspeccionando pacientemente cada signo, Otón llevó a cabo su conspiración y se adueñó del poder.

Umbricio fue autor de un comentario sobre *Disciplina etrusca* utilizado por Plinio[5], quien le califica de *haruspicum [...] peritissimus*. En el pasaje de Plinio éste afirma que, según Umbricio, los buitres ponen trece huevos, que toman uno para purificar tanto los demás como el nido (que después arrojan) y que acuden tres días antes a los lugares donde habrá cadáveres.

1. *AEp*, 52 (1930), 351. / 2. *Hist.*, I, 27, 2. / 3. *Galb.*, 19, 1. / 4. *Galb.*, 24. / 5. *NH*, X, 19.

[Bibl.: M. Torelli, «Senatori etruschi della tarda repubblica e dell'impero»: *DArch*, 3

(1969), p. 290; D. Briquel, «Sur un fragment d'Umbricius Melior»: *Caesarodonum (Les écrivains et l'Etrusca Disciplina de Claude à Trajan)*, suppl. 64 (1995), pp. 17-26.]

URANIO / *Uranius* (s. IV d.C.).— Astrólogo conocido a través de un poema de Claudio Claudiano[1], quizá contemporáneo suyo. Éste dice que era experto en disponer «astros engañosos» en una esfera de vidrio, quejarse a menudo de las errantes estrellas de Saturno y prometer por pocas monedas la llegada de Júpiter. Debió de amasar una gran fortuna practicando la astrología; el dinero fue, sin embargo, dilapidado por su hijo Curetio, contra el que Claudiano dirige una durísima diatriba[2].

1. *Carm. min.*, 43. / 2. *Carm. min.*, 44.

V

VALENTE / *Valens* (s. IV d.C.).— Astrólogo consultado por el emperador Constantino (306-337 d.C.) sobre el horóscopo de la ciudad de Constantinopla por él fundada. El día oficial escogido para la fundación (el 11 de mayo del 338 d.C.) el Sol se encontraba en Tauro, la Luna y Saturno en Leo, Venus y Júpiter en Cáncer, Mercurio y Marte en Géminis[1]. Con base en estos datos, Valente predijo que la ciudad estaba destinada a vivir 696 años, es decir, hasta el 1026[2]. Con anterioridad, *Tarucio había elaborado el horóscopo de la ciudad de Roma.

1. *CCAG*, IX, 2, 177. / 2. Zon., XIII, 3.

[Bibl.: D. Pingree, «The Horoscope of Constantinople», en *Prismata. Naturwissenschaftsgeschichtliche Studien. Festschrift W. Hartner*, Wiesbaden, 1977, pp. 305-315.]

VEGOIA (Libros de) / etr. *Vecuvia*, lat. *Begoe*.— Ninfa etrusca (cuyo nombre aparece citado otras veces en las fuentes como Begoe o Bacchitis) a la que se atribuía una obra sobre la interpretación de los rayos. Su nombre es asimilable al gentilicio etrusco *Vecu* (en particular en su forma femenina derivada *Vecuvia*) que encontramos como apelativo de Lasa. Los libros de Vegoia aparecen citados en el *corpus* de agrimensores romanos en un pasaje que trata sobre la limitación de las propiedades rústicas. A esos libros pertenece la célebre «profecía» («decisiones de Júpiter y de la Justicia») que Vegoia reveló a *Arruns Velthymnus*; dicho anuncio trata de la inviolabilidad de los confines de las propiedades. Se conserva completa y dice así:

Sepas que el mar ha sido separado de la tierra. Cuando Júpiter reivindicó la tierra de Etruria estableció y ordenó que las llanuras fueran medidas y los campos limitados. Conociendo la avaricia humana y la pasión suscitada por la tierra, quiere que todo fuese definido con signos de los confines. Estos signos, cuando alguno, un día, llevado por la avaricia al acabar el octavo siglo, no contento con los bienes que ha recibido, desee los de otros, serán violados con maniobras dolosas, removidos y desplazados por los hombres. Pero quien los haya removido y desplazado para engrandecer su propia propiedad y disminuir otras será, por este delito, condenado por los dioses. Aquellos que hayan desplazado los signos serán alcanzados por las peores enfermedades y afligidos en los miembros más débi-

les. La tierra será después sacudida por tempestades y tormentas que la harán vacilar; las cosechas irán mal, serán arruinadas por la lluvia y el granizo, morirán bajo la canícula y serán destruidas por la herrumbre. Habrá numerosas discordias entre pueblos. Sepas que estos castigos tendrán lugar cuando tales delitos se verifiquen (*Gramatici Veteres*, [K. Lachman, ed.], pp. 350, 17-351, 11).

En general la profecía, que recuerda ciertos pasajes del Génesis, es una imprecación de venganza contra aquellos que transgreden las leyes sobre la propiedad de los campos decretada por Júpiter. La profecía parece haber sido dictada en un momento en que la tierra etrusca estaba amenzada por la reforma agraria de los Graco y de sus continuadores. Aunque existen muchas discrepancias sobre su cronología, la profecía de Vegoia parece haber sido dictada coincidiendo con el nacimiento del noveno siglo etrusco, datado (según Plutarco[1]) hacia el año 88 a.C. Fue probablemente un harúspice quien, usurpando el nombre legendario de Vegoia e imitando el estilo y las fórmulas de la adivinación etrusca tradicional, renovó la maldición de los libros sagrados contra aquellos que removiesen los mojones (*termini*) limítrofes.

Los *libri Vegoici* o *Vegonici* (traducidos al latín por *Tarquicio Prisco) fueron conservados, por orden de Augusto, en el interior del templo de Apolo Palatino junto a los *libri *Marcii* y a los libros sibilinos.

1. *Sila*, 7.

[Bibl.: A. Valvo, *La «profezia di Vegoia». Proprietà fondiaria e aruspicina in Etruria nel I secolo a.C.*, Roma, 1988]

VÉLEDA / *Veleda* (s. I d.C.).— Sacerdotisa y profetisa germana perteneciente a la tribu de los brúcteros. Su nombre es de origen celta (*vales, veleta*) y significa, según algunos autores, «vidente». Tácito[1], a quien debemos la mayor parte de nuestra información sobre ella, dice que gozaba de gran autoridad sobre los brúcteros, pues había predicho los éxitos de los germanos y el exterminio de las legiones romanas.

Su figura debemos situarla entre los año 69 y 70 d.C. (siendo, pues, contemporánea de *Maricco) durante la revuelta galo-germana encabezada por el jefe bátavo Julio Civil de quien Véleda fue la auténtica inspiradora religiosa y consejera política.

El profundo respeto de su pueblo y otras tribus vecinas hacia su figura se tradujo en su actuación como árbitro ante la que se sancionaban pactos[2] así como en diversos actos de sumisión: Véleda recibía de los suyos, como gesto de ese reconocimiento, prisioneros romanos (como el propio legado de la legión Munio Luperco) o regalos tan asombrosos como una trirreme capturada a los romanos.

La santidad de esta *virgo*, identificada por muchos según Tácito con una diosa, explica las medidas para mantenerla en un cierto aislamiento, haciéndose inaccesible incluso a los suyos[3].

Pero la suerte de Véleda cambió radicalmente tras su captura y posterior traslado a Roma: aquélla se produjo durante la victoriosa expedición de Rutilio Gálico (78 d.C.) contra las tribus germanas del Bajo Rin. Es probable que la sacerdotisa fuese exhibida en el triunfo celebrado en Roma por Gálico, pero poco después debió de ser recluida en un templo en las proximidades de Roma.

En el año 1926 fue hallada una inscripción en la localidad latina de Ardea que, aunque en mal estado de conservación, conserva una respuesta oracular no de Véleda pero sí sobre ella. Es probable (M. Guarducci) que Vespasiano consultase algún oráculo itálico o grie-

go cuando, recién capturada la profetisa, su presencia debía plantear no pocos problemas. De la inscripción parece deducirse que el oráculo recomendó al emperador —en un tono más bien irónico— que dedicase a la sacerdotisa germana a labores de limpieza del santuario, lo que no sabemos si aquél finalmente cumplió.

1. *Hist.*, IV, 61 ss. / 2. *Hist.* IV, 65, 3. / 3. *Hist.*, IV, 65.

[Bibl.: M. Guarducci, «Veleda»: *RPAA*, 21 (1945), pp. 163-176; M. Guarducci, «Nuove osservazioni sull'epigrafe ardeatina di Veleda»: *RPAA*, 25-26 (1950-1951), pp. 75-87; R. Merkelbach, «Das Epigramm aus Veleda»: *ZPE*, 43 (1981), p. 241.]

VERTACO.— *Fulonio Saturnino.

VETIO / *Vettius* (s. I a.C.).— Adivino y augur romano. Según sabemos por Censorino[1], Varrón escribió sobre él en el libro XVIII de sus *Antigüedades* (obra perdida), señalando que era celebrado por su ciencia augural (*in augurio non ignobilem*), de gran talento (*ingenio magno*) y que igualaba a los más grandes adivinos (*cuivis doctiori in discrepando parem*).

Varrón le oyó decir que si lo que decían los historiadores sobre los augurios tomados por Rómulo (cuando divisó doce buitres durante la fundación de Roma) era cierto, el pueblo romano llegaría a vivir 1.200 años, ya que había pasado sin dificultad los 120 primeros años. El hecho de asignar una duración determinada a un pueblo (en este caso doce siglos al pueblo romano) es de origen etrusco (*Vulcanio), pero es difícil afirmar que Vetio, augur romano, haya sido influído por las ideas religiosas etruscas.

1. *De die nat.*, 17, 15.

[Bibl.: S. Reinach, «Une prédiction accomplie», en *Cultes, Mythes et Religions*, III, Paris, 1908, pp. 302-310.]

VETIO VALENTE / *Vettius Valens* (s. II d.C.).— Astrólogo sirio (pese a su nombre latino), quizá originario de Antioquía. Pese a sus orígenes modestos, durante la primera etapa de su vida realizó un viaje a Alejandría (Egipto), donde posiblemente fue iniciado en la astrología (cita con frecuencia a los «adivinos egipcios»). El astrólogo árabe del siglo VIII d.C. Masallah[1] narra sus maravillosas aventuras en Persia; de hecho en la astrología árabe Vettio Valente gozó de gran reputación[2], siendo citado en estos tratados junto a filósofos de prestigio como Platón o Aristóteles.

Su época es aún motivo de controversias. No obstante, la mayor parte de los estudiosos (Riess, Kroll, Cumont, Neugebauer) cree que vivió en la Roma de los Antoninos y más concretamente bajo el reinado de Adriano. Sería, por tanto, contemporáneo del célebre astrólogo Claudio *Ptolomeo.

Sus *Antologías*, redactadas en griego en nueve libros (o quizá en diez), nos han llegado en mal estado. En ellas trata de compatibilizar dos doctrinas tradicionalmente enfrentadas: la babilónica y la de *Nequepso-Petosiris (que sigue más de cerca); sin embargo su exposición es a menudo contradictoria tanto desde el punto de vista terminológico como desde el ideológico. Han sido señaladas (W. Kroll) analogías entre la obra de Valente y la de astrólogos como Ptolomeo, *Fírmico Materno o el Pseudo *Manetón, lo que se explica por la consulta de fuentes comunes del siglo I d.C.

En ella se conservan, completos o parciales, cerca de 130 horóscopos datados entre los años 37 y 188 d.C. Del conjunto de libros de que constaba la obra, un *Protréptico* o exhorta-

ción al estudio de la astrología y un *Libro del Maestro* se han perdido; es posible que Valente hubiera querido fundar una escuela, como denotan sus esfuerzos por hacer su contenido accesible a todos.

Algunos autores modernos (T. Barton) creen que siguió una tradición esotérica o hermética de la astrología. En el prefacio al libro VII dice que debe exigirse un juramento a aquellos que lean el libro para comprometerse a leerlo reservadamente, norma que recuerda a los cultos mistéricos. De igual forma, exhorta expresamente al lector a tratar sus revelaciones como en los misterios y a no revelar los secretos a nadie. Con frecuencia cita el *Libro de Hermes*.

Es difícil determinar la naturaleza de sus fuentes (cita con frecuencia a astrólogos como *Critodemo —y en particular su *Horasis*—, Hipsicles, Trásilo, Apolonio de Pergé y el tratado del Hermipo), ya que también debió de copiar textos hoy perdidos. A pesar de lo limitado de su obra gozó de una considerable reputación hasta la Edad Media, como lo demuestra su influencia sobre los astrólogos tardíos (*Hefestion de Tebas, Anónimo del 379, Palchos, Retorio, Teófilo de Edesa, etc.).

1. *CCAG*, V, 3. / 2. *CCAG*, I, 81 ss.

[Bibl.: Fragmentos: *CCAG*, II, 83-117; IV, 174; I, 2; D. Pingree, *Vettius Valens. Anthologiae*, Leipzig, 1986; J. F. Bara, *Vettius Valens d'Antioche. Anthologies, Livre I*, Leiden, 1989. Estudios: O. Neugebauer, «The chronology of Vettius Valens'Anthologiae»: HThR, 47 (1954), pp. 65-67.]

VETURIO RUFO / *L. Veturius Rufus* (s. II d.C.?).— Una inscripción latina menciona a este *avispex exptispicius*, es decir, experto en la observación del vuelo de las aves y de las entrañas de las víctimas que se declara *sacerdos publicus et privatus*, lo que autoriza a pensar (al menos para Iguvium) en la compatibilidad entre sus funciones oficiales y las consultas privadas, evidentemente remuneradas.

1. *CIL*, XI, 5824.

VICELIO / *Vicellius* (s. I a.C.?).— Identificado por algunos autores modernos (Müller, Wachsmuth) con *Nigidio Fígulo, sólo sabemos por un pasaje de Lido[1] que escribió sobre adivinación etrusca (*Disciplina Etrusca*). Sobre su fecha no existe acuerdo: para unos (Bardon), es anterior a Varrón, para otros (Weinstock), posterior a *Ptolomeo.

1. *De ost.*, 8, 22-27 Wachsmuth.

VINDICIANO / *Vindicianus* (s. IV d.C.).— Astrólogo citado por Agustín[1]. Abandonó la astrología para hacerse médico, al comprobar que los libros de astrología estaban repletos de falsedades y que no quería vivir engañando a los demás. Fue él quien aconsejó a Agustín que abandonara la lectura de obras de astrología y que empleara su esfuerzo en cosas útiles. Agustín recoge las palabras que Vindiciano le dirigió en aquella ocasión:

Pero tú que tienes la clase de retórica para vivir en este mundo, sigues esta falacia [la astrología], no por necesidad de dinero, sino por libre curiosidad. Por eso debes creer lo que te he dicho y con tanta mayor razón cuanto que yo traté de aprenderla tan perfectamente que quise vivir de ella sola (*Conf.*, IV, 5).

En otro pasaje[2] Agustín vuelve a recordar que, según Vindiciano, no existía el arte de predecir el futuro, aunque a veces las conjeturas humanas eran corroboradas por la suerte. Vin-

diciano coronó a Agustín cuando éste ganó un concurso literario durante la celebración de las fiestas Quinquenales del 380.

1. *Conf.*, IV, 3. / 2. *Conf.*, VII, 6, 8.

VOLUSIO / *Volusius* (s. I a.C.).— Harúspice citado (junto al médico Cornelio y al pregonero Valerio) por Cicerón[1] como colaborador de Verres (propretor en Sicilia del 73 al 71 acusado de concusión en el año 70) y partícipe en el juicio contra Ninfón.

1. *Verr.*, III, 54.

VULCANIO / *Vulcanius* (s. I a.C.).— A través de Servio[1] sabemos que este harúspice, quizá de origen etrusco, anunció en Roma, en el 44 a.C., ante una asamblea, que el cometa visto por el pueblo anunciaba el fin del «noveno siglo» etrusco y el comienzo del «décimo». Aquel mismo año César murió asesinado.

1. *Ad Buc.*, IX, 46.

Y

YÁMIDAS / *Iamídai*.— Prestigiosa familia de ilustres adivinos, originaria de Olimpia (Grecia). Se decía descender de Yamo, héroe de Olimpia. Otro de los primeros miembros míticos de la familia sería *Eúmantis* («el buen adivino»).

Son, sobre todo, Píndaro[1] y sus escolios quienes nos han transmitido su leyenda. Su madre, Evadne (hija de Poseidón), fue amada por Apolo; de la unión nació Yamo, pero aquélla, avergonzada de haber sido seducida abandonó al niño, que fue alimentado con miel (símbolo de la adivinación) por dos serpientes de ojos brillantes (símbolo de la sabiduría). Cuando el padre «humano» o adoptivo de Evadne, el rey arcadio Épito, interrogó al oráculo de Delfos sobre el niño, el dios le respondió que sería un célebre adivino y padre de una estirpe de sacerdotes y adivinos que nunca cesaría. Yamo fue hallado oculto entre juncos y zarzas; su cuerpo estaba rodeado de violetas en flor, por lo cual su madre decidió llamarle así (*íon*, «violeta»).

Años después, Yamo invocó a orillas del río Alfeo a su padre Apolo y a su abuelo Poseidón. Apolo, tras pedirle que siguiese su voz, le condujo hasta Olimpia, donde le ordenó que se estableciese allí hasta que Heracles fundara más tarde los celebres juegos que darían fama a la ciudad. Apolo le otorgó el don de la profecía o, en palabras de Píndaro, escuchar la voz que ningún engaño conoce[2].

En Olimpia, los Yámidas transmitían el sacerdocio de Zeus y su oráculo por línea hereditaria. Sus consultas se efectuaban en el gran altar de Zeus tanto mediante la extispicina (siendo ellos quienes quizá la introdujeron en Grecia) como mediante la empiromancia[3].

Píndaro (que dedicó la sexta de sus *Olímpicas* a *Hagesias, miembro de los Yámidas por su triunfo en el carro de mulas en el año 468 a.C. y muerto dos años después en Siracusa, víctima de una revolución) menciona dichas técnicas adivinatorias:

¡Oh Madre de los certámenes de aúreas coronas, Olimpia reina de la verdad!, donde varones adivinos, atisbando en llameantes ofrendas, tantean el designio de Zeus señor de los rayos por si tiene oráculo alguno acerca de los hombres que en su corazón se esfuerzan por lograr recompensa de grandes virtudes y respiro después de fatigas (*Olimp.*, VIII, 2-7).

Sin embargo, el escoliasta de Píndaro dice también de ellos que sacaban

presagios de las pieles de animales sacrificiales que examinaban y disecaban siguiendo un procedimiento especial[4].

Pero los Yámidas fueron más conocidos por el libre ejercicio de su profesión. Según A. Bouché-Leclercq, los primeros miembros fueron Eumantis, *Téoclo, *Tisis, *Epébolo y *Manticlo. Posteriormente los Yámidas se desgajaron en varias ramas asentadas en diferentes lugares: *a*) Olimpia (hasta el siglo II d.C.); *b*) Arcadia (*Eneas, *Agesias); *c*) Esparta (*Tisameno, *Agéloco *Agias, Sichares); *d*) Mesenia (Téoclo, *Mánticlo, *Epébolo), Siracusa (*Agesias) y Magna Grecia (*Calias).

1. *Olimp.*, VI, 46-71. / 2. *Olimp.*, VI, 66-67. / 3. *Schol. Pind. Olimp.*, VII, 111. / 4. *Schol. Pind. Olimp.*, VIII, 2-7.

YANNES (Libro de) / *Iannês* (s. I a.C.?).— En el Antiguo Testamento[1], unos magos egipcios, anónimos, compiten contra *Moisés y Aarón dotados de poderes sobrenaturales gracias a Yahveh. San Pablo los llama Yannes (o Yambrés) y Mambres, nombres sin embargo no egipcios, sino hebreos; el Apóstol parece recoger estos nombres de algún escrito judío del siglo I. Afirma Orígenes que san Pablo[2] conocía un libro sagrado que se titulaba *El libro de Iannes y Mambres*», pero éste no es citado por otras fuentes.

Los nombres de los magos aparecen también en un tratado apócrifo de Nicodemo[3] y en la *Passio Petri et Pauli*. El naturalista latino Plinio alude a Yannes y Mambres[4] formando parte de una «secta mágica». Apuleyo[5] los cita entre los magos de mayor prestigio.

1. Ex 7, 8. / 2. 2 Tm 3, 8. / 3. Cap. 5. / 4. *NH*, XXX, 11. / 5. *Apol.*, 90.

YEDO.— *Ido.

YEHU / *Yehu'* (s. X a.C.).— Profeta hebreo, cuyo nombre significa «[hombre] de Dios», hijo del vidente *Jananí. Atacó y maldijo al rey de Israel Baasá por haber arrastrado a su pueblo a la idolatría; anunció que la maldición de Yahveh caería sobre su dinastía. Las palabras divinas transmitidas por el profeta fueron:

Por cuanto Yo le había exaltado del polvo y constituido príncipe sobre mi pueblo Israel, y tú has marchado por el camino de Jeroboam y has inducido a pecar a mi pueblo Israel, irritándome con sus pecados, he aquí que Yo decido lo que resta de Baasá y de su familia y dejaré tu casa como la de Jeroboam, hijo de Nebat. Al que de Baasá muera en la ciudad le comerán los perros, y a quien muera de él en el campo le comerán las aves del cielo (1 R 16, 2-4).

Z

ZACARÍAS / *Zekaryah* (s. VI a.C.).— Profeta visionario y sacerdote hebreo, hijo de Berec[1], que llamó a los judíos a la reconstrucción del Templo de Jerusalén, cuyas obras se había paralizado como consecuencia de la oposición de los samaritanos[2]. La reconstrucción comenzó en los inicios del gobierno del rey persa Darío, hacia el 520 a.C., concluyendo pocos años después[3].

Del libro que lleva su nombre sólo se le atribuyen con seguridad los ocho primeros capítulos; los demás parecen obra de algún autor anónimo posterior (Deutero-Zacarías). Las predicciones de esta primera parte están fechadas entre los años 520 y 518 a.C.

Su profecía se orienta hacia la irrupción de la época escatológica de la salvación y a la organización de la comunidad escatológica; sigue en este sentido a *Oseas, *Amós, *Isaías y *Jeremías.

Las imágenes de las ocho visiones apocalípticas que se describen en el libro proceden tanto de concepciones religiosas israelitas como de cultos extranjeros. La figura de Dios es trascendida mediante el recurso y la intervención de ángeles mediadores que hacen de guía en las visiones. Son éstas: *a*) intervención del ángel de Yahveh: las naciones hostiles serán aniquiladas y Jerusalén restaurada; *b*) los cuatro cuernos de la visión, símbolo de las potencias hostiles, son vencidos por ángeles bajo la forma de herreros; *c*) las murallas de Jerusalén no se han alzado, algunos barrios están destruidos y son pocos sus habitantes. Un ángel anuncia que, a partir de entonces, Jerusalén va a ser una ciudad abierta, sin murallas que impidan el acceso; *d*) el sumo sacerdote Josué, denunciado por Satán el acusador, es rehabilitado y adornado con vestidos de alegría y gloria; *e*) el candelabro de la visión, símbolo de Dios, aparece flanqueado por dos olivos que representan a Zorobabel y Josué, que velan sobre la tierra; *f*) y *g*) el «rollo que vuela» y «la mujer en un celemín» tratan de la purificación de Israel; *h*) los carros, mensajeros de Dios, llevan su espíritu por todas partes del mundo.

1. Za 1, 1. / 2. Esd 4. / 3. Esd 6, 14-15.

ZALMOXIS / *Zálmoxis* (s. VI a.C.?).— Esclavo y discípulo tracio de Pitágoras, poseedor según los griegos de amplios conocimientos astrológicos y mágicos.

Heródoto[1], informado por los colonos griegos del Helesponto y del Mar Negro, sostiene que Zalmoxis, tras re-

cibir una educación helénica y habiendo sido liberado por su amo, el filósofo Pitágoras, regresó cargado de riquezas a Tracia. Allí se hizo construir una sala de recepción (*andreon*) donde acogía a los principales ciudadanos; en el curso de la fiesta les enseñaba que ni ellos ni sus descendientes morirían jamás, sino que irían a un lugar en el que sobrevivirían para siempre y gozarían de una felicidad completa.

Mientras tanto, se hizo construir una morada subterránea a la que descendió, viviendo en ella durante tres años. Al cuarto año compareció de nuevo ante los hombres, quienes no tardaron en creer en sus mensajes y, en particular, en la existencia de una vida después de la muerte.

Heródoto menciona también un rito muy significativo: cada cuatro años, un mensajero era lanzado contra las picas o jabalinas sostenidas por tres guerreros. El alma de este hombre sacrificado era recibida en la «morada subterránea», la gruta donde habitaba Zalmoxis durante el tiempo que permanecía oculto. Así se restablecía la comunicación y se reactualizaba la manifestación de Zalmoxis.

La inspiración de Zalmoxis parece haber sido de naturaleza ctónica: como otros profetas míticos (Minos, Radamantis, *Epiménides), desaparecía durante tres años tras descender por una cavidad subterránea. Diodoro[2] dice que tenía comunicación con Hestia. No obstante otros mitógrafos griegos han tratado de establecer vínculos entre Zalmoxis y Heracles[3] o Cronos[4].

Pero es Eliade, máximo estudioso de la figura de Zalmoxis, quien ha ofrecido la interpretación más aceptada. Los ritos de Zalmoxis son, en su opinión, de tipo iniciático, muy similar por tanto a los misterios griegos y helenísticos (Orfeo, Dióniso). Del texto de Heródoto se deduce la existencia de un complejo mítico-ritual de «muerte» (ocultación) y «retorno a la tierra» (epifanía). Los elementos más característicos de su culto (*andreon* y banquetes ceremoniales, ocultamiento en la morada subterránea y epifanía pasados cuatro años, inmortalidad del alma y creencia en una existencia en el otro mundo), hacen que Zalmoxis se aproxime, sobre todo, a los cultos mistéricos.

El mito de Zalmoxis llamó poderosamente la atención de Platón[5]; Sócrates considera en este diálogo a los médicos del «rey tracio Zalmoxis» capaces de conferir incluso la inmortalidad, pues su rey «es también un dios».

A comienzos de la era cristiana, Estrabón[6] presenta una nueva versión del mito de Zalmoxis, para lo que se sirvió ante todo de los datos recogidos por Posidonio (s. I a.C.). Zalmoxis fue un esclavo de Pitágoras, pero de su maestro habría aprendido no la doctrina de la inmortalidad, sino la astrología, es decir, la ciencia de predecir el futuro mediante la observación de los astros; según el geógrafo griego fue también Pitágoras quien previamente le había puesto en contacto con los sacerdotes egipcios. Gracias a sus conocimientos astrológicos y mánticos realizó grandes prodigios y logró que el rey lo asociara al gobierno. Como sumo sacerdote y profeta, Zalmoxis se retiró a una cueva situada en la cumbre de la montaña sagrada Kogainon donde sólo recibía al monarca y a sus servidores.

En esta nueva etapa de la religión geto-tracia Zalmoxis aparece sensiblemente modificado respecto a la época clásica: no existe alusión alguna a una estructura mistérica, tal y como aparece en Heródoto. El culto del dios (demon) Zalmoxis está dominado por un gran sacerdote (identificado con aquél) que vive solitario en la cumbre de la montaña pero que, al mismo tiempo, es consejero del rey.

Estrabón recuerda que cuando Burebista reinaba sobre los getas, las fun-

ciones de Zalmoxis eran desempeñadas por otro sacerdote y profeta con conocimientos astrológicos y mágicos, *Deceneo.

Algunos autores postularon que este profeta inspirado había enseñado sus doctrinas místicas, así como la inmortalidad del alma, no sólo a las tribus tracias sino también a los druidas[7].

La imagen de un Zalmoxis inspirado por Apolo parece ser aún más tardía, cuando los neoplatónicos creyeron reconocer en Pitágoras una encarnación del dios solar.

1. IV, 94-95; Porf., *Vit. Pyth.*, 24, 15. / 2. I, 94. / 3. Porf., *Vit. Pyth.*, 14. / 4. Diog. Laert., VIII, 1, 2. / 5. *Cármides*, 136. / 6. VII, 3, 5. / 7. Hippol., *Philos.*, I, 2; Strab., XVI, 2, 38.

[Bibl.: Russu, «Zalmoxis»: *RE*, IX, A, 2 (1967), cols. 2301-2305; M. Eliade, *De Zalmoxis à Gengis-Khan. Études comparatives sur les religions et le folklore de la Dacie et de l'Europe orientale*, Paris, 1970.]

ZARATAS / *Zarátas* (s. VI a.C.).— Sabio y mago caldeo bajo el que pretendidamente estudió Pitágoras de Samos durante su estancia en Babilonia[1]. Algunos han relacionado su nombre con el de Zoroastro (*Zaratustra), pero parece tratarse de dos figuras distintas, ya que, además, Zaratas seguía la religión de Zaratustra.

Según Porfirio, Pitágoras aprendió tres cosas de Zaratas: *a*) cómo purificarse de las impurezas de la vida anterior; *b*) cómo puede el sabio purificarse; *c*) cómo escuchar un discurso acerca de la naturaleza que examina los principios metafísicos del cosmos.

Zaratas hizo de Pitágoras uno de los puros e inspirados por la divinidad mediante ritos mágicos sagrados, aconsejándole, además, cómo podría conservar esta pureza durante el resto de sus días. Los ritos de iniciación y la pureza ritual por la que Pitágoras pasó sin duda implicaban la utilización de hierbas y plantas mágicas conocidas por los magos; los antiguos acostumbraban a purificarse la mente y el cuerpo con el eléboro.

El aspecto astrológico de las enseñanzas de Zaratas, otra de las características de los magos persas, aparece en el misterioso discurso que Záratas pronuncia ante Pitágoras relativo a las fuerzas metafísicas que actúan en el cosmos.

Un pasaje de Aristoxeno conserva las palabras de Zaratas sobre sus propias creencias:

...hay dos dioses [démones], uno celestial, el otro infernal; el dios del infierno produce la vida que hay en la tierra, el del cielo forma el alma (principio de vida que existe en el cosmos como contrario a las cosas corpóreas, mortales, creadas por la deidad infernal). El alma es un fuego que forma parte del aire y es caliente y fría. Pues bien, ninguna de estas cosas pueden destruir ni contaminar el alma. Ésta es la esencia de las cosas (Hipol., *Elench.*, 12, 12, 7).

Se trata de un pasaje de marcado caracter dualístico, ajustado al mensaje oficial del zoroastrismo: dos dioses, uno del bien, el otro del mal. Pitágoras, siguiendo las enseñanzas de Zaratas en Babilonia, concibió el cosmos como una tensión entre las fuerzas del bien y del mal comprometidas en una lucha eterna.

1. Porf., *Vit. Pyth.*, 23, 12.

[Bibl.: P. Gorman, *Pitágoras*, Barcelona, 1988, pp. 72-75.]

ZARATUSTRA / *Zarathustra* (s. IX a.C.?).— Profeta iranio, autor de los *Gatha*, los más antiguos fragmentos del *Avesta* (libro sagrado del mazdeísmo). La cronología de este personaje sigue ofreciendo grandes problemas. Tradicionalmente se ha considerado

que vivió en torno al año 600 a.C. y que fue acogido en la corte de Histaspes o Vishaspa (identificado con el padre del rey Darío I), pero la tendencia actual es elevar la cronología hasta los siglos IX-VIII a.C.

Existe acuerdo (gracias tanto a las noticias griegas como a los *Gatha* y la *Veda*) en que su patria fueron las estepas bañadas por el Oxus y, en particular, la Chorasmia, en el Irán Oriental. Zaratustra fue un sacerdote (*zaotar* iranio, *hotar* indio) encargado de cantar himnos y realizar ofrendas al fuego pero, con el paso del tiempo, fue transformándose en un teólogo o profeta y fundador de un nuevo movimiento religioso.

Su doctrina es conocida por los *Gatha*, la parte más antigua del *Avesta*, y descansa tanto en las relaciones del adorador con la suprema divinidad universal (Ahura Mazda) como en el dualismo entre el bien y el mal, en el que el hombre está también implicado. Él puede contribuir a la victoria del bien sobre el mal si, libremente, se adhiere a los valores de la verdad y de la justicia. Zaratustra defendía la existencia de dos diversos estados del ser (*ahu*) que suelen traducirse por «espiritual» y «material».

De su propio testimonio[1] parece desprenderse que el clero tradicional no aceptó sus enseñanzas, obligándole a abandonar su tierra natal; posiblemente el fondo del conflicto radicó en el rechazo, por parte del profeta, de la práctica sacrificial que unía a la muerte del animal bovino el uso de bebidas embriagantes y alucinógenas (como el *haoma*), condenado por Zaratustra como «orina» de una droga tóxica[2].

Una de las características, pues, de las enseñanzas de Zaratustra era su acentuado antirritualismo (G. Gnoli), si bien la plegaria tenía —mediante el uso tradicional de *menthra* o fórmulas sagradas— un importante lugar en la nueva religión.

El zoroastrismo se difundió por Irán occidental (tierras de medos y persas) en el siglo VII, siendo acogido por los magos. Con alguna frecuencia Zaratustra aparece como *Zaratus* (lat.) o *Zarátas* (gr.), transcripción que remonta a la época de la penetración del zoroastrismo en los ambientes caldeos.

Desde la época helenística circuló una abundante literatura sagrada, de tema mágico en su mayor parte, atribuida a Zaratustra. Hermipo[3], autor de un tratado *Sobre los magos* escrito hacia el año 200 a.C., señala que en la Biblioteca de Alejandría existía un gran número de obras de Zaratustra que contenían hasta un total de dos millones de líneas. Casi todo lo que se refería a la magia persa solía llevar el nombre de este mago legendario: Dion Crisóstomo[4] conocía de él unos *Himnos* que aludían a ceremonias mistéricas; Nicolás de Damasco[5] unos *Oráculos*; Filón de Biblos[6], una *Recopilación sagrada*; Clemente de Alejandría un tratado *De la Naturaleza* en cuatro libros; Plinio, un *Lapidario*. También se le atribuyeron en época helenística libros de astrología (*Apotelesmatiká*), de magia y de alquimia.

1. Yasna 46, 1. / 2. Yasna 48, 10. / 3. Fr. E, 4. / 4. Fr. 8, II, 142. / 5. Fr. D, 9. / 6. Fr. 11.

[Bibl.: J. Duchesne-Guillemin, *Zoroastre*, Paris, 1948; W. Hinz, *Zarathustra*, Stuttgart, 1961; B. Schlerath (ed.), *Zarathustra*, Darmstadt, 1970; M. Boyce y F. Grenet, *A History of Zoroastrianism*, 3 vols., Leiden, 1975-1991; G. Gnoli, *Zoroaster's Time and Homeland*, Napoli, 1980.]

ZATCLAS / *Zatchlas* (s. II d.C.?).— Sacerdote egipcio de Diós polis la Grande (Tebas), famoso por sus técnicas necrománticas. Es conocido, sobre todo, a través de la *Metamorfosis* de Apuleyo[1], donde aparece sacando del infierno al espíritu de un difunto y

dando vida al cadáver para que pueda testificar en un juicio.

Apuleyo lo describe vestido con túnica de lino, calzado con sandalias de fibra de palmera y la cabeza totalmente afeitada. El «profeta», tras pronunciar una plegaria, aplica cierta hierba en la boca del cadáver y otra en su pecho y, mirando hacia el oriente, invoca en silencio al Sol. Con este ritual, el milagro surte efecto: el cadáver se levanta y comienza a hablar, pidiendo que se le deje en paz. Pero Zatclas le increpa diciéndole:

¡No! Has de hablar, has de poner en claro ante el pueblo todo el misterio de tu muerte. ¿Crees acaso que mis encantamientos carecen de virtud para invocar las Furias y atormentar tus miembros agotados? (*Met.*, II, 28).

El resucitado toma entonces nuevamente la palabra y, dirigiéndose al pueblo, acusa a su mujer de haberle envenenado.

La práctica de la necromancia era habitual en Egipto, donde nacieron otros necromantes famosos como Nectanebo, cuya reputación no era inferior a la del mago persa *Ostanes. Para algunos poetas latinos, como Lucano[2], Egipto era la cuna de esta técnica adivinatoria. También los papiros mágicos egipcios aluden a ella.

1. II, 28-30. / 2. *Fars.*, VI, 451.

ZMINIS DE TENTIRA / *Zminis* (s. IV d.C.?).— Mago, quizá de origen egipcio, autor de una receta para elaborar un «emisor de sueños». Se trata, probablemente, de una figura histórica, aunque nada sabemos de ella. El objetivo de la receta, recogida en los *Papiros Griegos Mágicos*[1], es atraerse al demon bueno para que se introduzca en casa de cualquier persona y, durante el sueño, transmita a ésta todo cuanto se quiera que esa persona sepa. El primer requisito es dibujar una extraña figura:

Toma un lienzo puro y pinta en él con tinta de mirra una figura de aspecto humano y cuatro alas; que tenga la mano izquierda extendida con las dos alas del lado izquierdo y la derecha doblada con los dedos doblados también; sobre la cabeza, una diadema real, y un manto alrededor del antebrazo y dos vueltas en el manto; sobre la cabeza, unos cuernos de toro. En las nalgas, la cola alada de un pájaro. Que la mano derecha esté sobre el estómago, cerrada; que una espada se extienda hasta cada uno de los tobillos (*PGM*, XII, 5).

1. *PGM*, XII, 5.

[Bibl.: Texto: J. L. Calvo Martínez y M. D. Sánchez Romero, *Textos de magia en papiros griegos*, Madrid, 1987.]